

CHRISTIAN CAMERON

TIRANO

LUCHA DE REYES

Lectulandia

El descomunal y mortífero conflicto entre los antiguos generales de Alejandro Magno en la lucha por dominar su imperio ha llegado a un punto muerto cargado de tensión. Lisímaco, sátrapa de Tracia; Casandro, rey de Macedonia; Tolomeo de Egipto; Antígono, señor de Asia; Seleuco, señor de Babilonia; ninguno parece capaz de asestar el golpe definitivo.

Incluso Estratocles, el astuto ateniense que siempre da la impresión de ir dos jugadas por delante, se ha visto traicionado inesperadamente. Con su vida — y la de la ciudad a la que sirve— pendiente de un hilo, ha llegado la hora de poner otra ficha en el tablero. Pues escondido en las remotas montañas de Hircania hay un muchacho que lo podría cambiar todo: Heracles, el hijo de Alejandro.

Lectulandia

Christian Cameron

Lucha de reyes

Tirano 6

ePub r1.0

libra 22.09.15

Título original: *Tyrant. Force of Kings*

Christian Cameron, 2014

Traducción: Borja Folch

Editor digital: libra

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

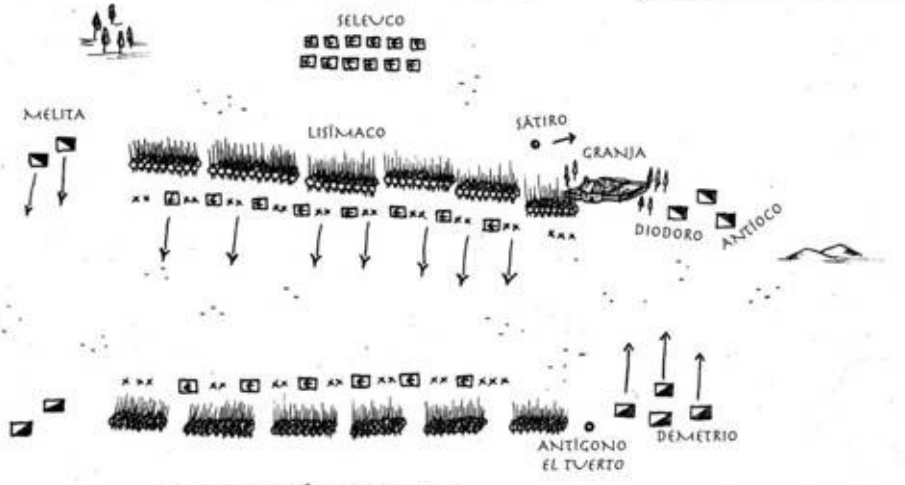
*A Shelley Power y Bill Massey,
pues sin ellos no habría sido escritor*



BATALLA DE IPSOS 301 BC

- ☐ ELEFANTES
- ☐ FALANGE
- ☐ CABALLERÍA
- xx INFANTERÍA LIGERA

MACEDONIOS



ANTIQUÓNIDAS

Prólogo

Tendría que haber sido el día de su mayor triunfo.

Estratocles vestía sus mejores galas, un quitón con llamas de púrpura de Tiro lamiendo la lana blanca inmaculada del dobladillo, siendo este tan grueso que costaba atravesar la tela con los alfileres de oro que sujetaban la prenda. Sobre los hombros lucía una clámide púrpura, bordada en oro, y en la frente una diadema de oro y amatistas violetas que por sí sola valía tanto como un *penteres*, sin contar los demás atavíos que llevaba: sandalias de oro con hebillas de oro, engastes de oro en el puñal que portaba bajo la axila, anillos de oro en los dedos.

La extravagancia de su atuendo era igualada, cuando no superada, por la de todos los demás presentes en el templo de Hera. Pese a ser enemiga de Heracles, las imágenes de Hera abundaban en Heraclea, y su templo resplandecía con sus columnas de mármol blanco y sus estatuas magníficamente pintadas. La bóveda del pórtico presentaba paneles con incrustaciones de lapislázuli y franjas de oro repujado en torno a cada panel, de modo que los nichos que ocupaban daban la impresión de irradiar luz. Ingeniosas máquinas que había inventado el propio Estratocles permitían abrir y cerrar nichos alternos, permitiendo que los rayos del sol cayeran directos sobre el reluciente mosaico del suelo.

Y de pie en aquel suelo aguardaban los invitados; el séquito nupcial del novio. Estaban en la penumbra, cuidadosamente ubicados por Estratocles con el debido respeto a la precedencia. Representaban un cambio radical en la política y cinco tensos meses de apurada diplomacia. Estratocles, a bordo de un barco de guerra robado, había tenido que romper las líneas del sitio de Rodas que pusiera Demetrio y después cabalgar a través de Grecia con su amante, Amastris, reina de Heraclea, en sus brazos.

Mas lo había logrado, y la recompensa encabezaba la procesión: Lisímaco, entonces sátrapa e inminente rey de Tracia, uno de los principales contendientes por el imperio de Alejandro, vecino cercano y peligroso soldado profesional con todos los recursos que le proporcionaban las minas de plata de Tracia y el respaldo de las tribus guerreras tracias. Detrás de él, Casandro, rey de Macedonia, que seguía siendo, pese a los intentos en sentido contrario de Antígono y su hijo Demetrio, el señor de casi toda Grecia. A continuación, Amintas, hermano de Tolomeo de Egipto. Y en último lugar, resplandeciente de púrpura y oro, iba Filipo de Babilonia, hermano de Seleuco. Juntos, estos cuatro hombres representaban la alianza que se enfrentaba a Antígono, señor de Asia, y a su hijo Demetrio, el asediador. Estratocles había dispuesto llevarlos a todos ellos allí, a Heraclea, para celebrar la boda de su pupila Amastris, cuidadosamente instruida, que estaba prácticamente sola en un haz de dorada luz solar que él había organizado que cayera cual bendición del cielo sobre su cabeza rubia. Parecía la encarnación de Afrodita, vestida con un quitón largo con ricos bordados de oro sobre un lino tan fino que el sol lo atravesaba. Y Amastris tenía un

cuerpo capaz de resistir el examen del más crítico de los hombres.

Y la cabeza para utilizar ese cuerpo a su antojo, a fin de conseguir lo que deseara por el bien de su ciudad o en aras de su propio poder.

Estratocles la miró con aprobación; aprobación y un distante matiz de deseo. La había amado desde su primer encuentro pero los años habían sosegado su amor, convirtiéndolo en una especie de feliz servidumbre. Amastris lo recompensaba depositando en él su confianza y poniendo en práctica los principios que él le había inculcado. Y con dinero. Ahora Estratocles era un hombre muy rico.

Tendría que haber sido el día de su mayor triunfo.

Sin embargo, la mujer que estaba al lado de Casandro no era su esposa Penélope, como tampoco la mujer que la mayoría de macedonios aceptaba como su amante, Eurídice de Atenas.

Ahora bien, el mundo había cambiado, y Casandro y Tolomeo se necesitaban mutuamente para hacer frente al poder de Antígono.

Mientras se dirigía hacia ella, Estratocles se esforzó en recordar de qué manera había utilizado a Fiale y si esta tenía motivos para guardarle rencor. Le había aconsejado que abandonara Alejandría, pues León *el Númida* tarde o temprano la desenmascararía.

Siendo así, ¿por qué lo miraba con tanto odio? Era extraño, pero Estratocles hacía mucho tiempo que había aprendido a atacar a todo oponente peligroso sin dejar ni uno a sus espaldas, de modo que cruzó el suelo hasta ella con unas pocas zancadas, fijándose en cómo apartaban la vista los cortesanos que la rodeaban.

—¿Fiale? —saludó Estratocles.

Casandro se apartó de ella para hablar con Filipo de Macedonia y otro hombre de más edad que estaba con él.

—Estratocles *el Informante* —susurró con voz ronca Fiale—. Qué alegría verte.

Sus ojos, dominados a la perfección, lo acariciaron. Ya no transmitían un mensaje de odio sino otro muy diferente.

Estratocles se mesó la barba.

—Una vez fuimos amigos —dijo.

Fiale se rio y posó una mano en su brazo.

—Vamos, querido, todavía somos amigos. ¿Tienes noticias de Sátiro de Tanais?

Estratocles reparó en que su mirada volvía a afilarse como una espada al mencionar aquel nombre.

—Sigue siendo una especie de fuerza de la naturaleza. El amado de los dioses.

Sonrió forzosamente; algo iba mal, algo que no lograba definir, algo relacionado con alguien que acababa de ver y con la ausencia de hombres que buscaran sus favores. Estaba aislado en medio de los suyos. Y Fiale sabía algo.

Estratocles no volvió la cabeza pero se las arregló para echar un vistazo a su izquierda, donde estaban los guardias. Había muchos y eran buenos, casi todos los había seleccionado él. Se frotó el mentón, se echó el himatión sobre el hombro y se

volvió de nuevo hacia Fiale como si todo estuviera en orden.

—No obstante —dijo un tanto al azar—, Sátiro es bastante inofensivo.

Fiale se puso roja.

—¿En serio? —preguntó—. La última vez que tú y yo éramos amigos, querías verlo muerto.

—Así es la política..., ¿no? ¿Puedo decirte que estás muy guapa?

Estratocles le sonrió y Fiale le sonrió a su vez, pero su sonrisa no alcanzó las minúsculas arrugas de las comisuras de los párpados.

—Antes no te mostrabas tan despreocupado con Sátiro —le dijo.

Estratocles sonrió, y su mirada siguió recorriendo la estancia por encima de la cabeza de Fiale. «¡Por las sombras del Tártaro! ¿Qué ha ocurrido?». Funcionando en automático, su mente le puso palabras en los labios.

—Antes no suministraba grano a Atenas —respondió Estratocles—. Esta temporada sus naves escoltan a las nuestras hasta Atenas. Por consiguiente, somos amigos.

Fiale volvió a sonreír.

—¿Estás vendiendo a su novia a Lisímaco y crees que escoltará tus naves hasta Atenas?

Estratocles le devolvió la sonrisa.

—Me aseguré de que hubiese zarpado antes de dar la noticia de la boda —contestó—. Además, lo sabe. Él y Amastris llevan un año separados. Me encargué de que así fuera. Ella no necesita ni desea un jefe militar. Desea un igual.

Fiale controló la expresión de su rostro. Estratocles la observó hacerlo e interpretó, en el cuidadoso juego de los músculos de su barbilla, que estaba sentenciado.

Ella sabía algo. La palabra «igual» había provocado su reacción.

—¿De modo que Sátiro va camino de Atenas? —preguntó Fiale.

—Primero a Rodas y después a Atenas —contestó Estratocles—. ¿Tienes la bondad de disculparme, bella señora?

Estratocles hizo una reverencia y recorrió el pórtico del templo hasta donde lo aguardaba Lucio, su segundo. Lucio iba tan bien vestido como él, y era más apuesto. Estratocles tenía un físico perfecto y una mandíbula fuerte, pero su rostro lo estropeaba la cicatriz de una mala herida que hacía que su nariz pareciera más propia de un cómico que de una persona relevante. Lucio era bien parecido según todos los cánones, pero tenía una mata de pelo rojiza que entre los griegos no era signo de belleza.

—Algo va mal —dijo Estratocles.

Lucio asintió.

—Nadie te está lamiendo el culo, señor —dijo.

Eso lo rubricó. Por más grosero que pudiera ser, Lucio había dado en el clavo. En un día como aquel, un día que culminaba toda una generación de hábil diplomacia y

cuidadosas traiciones, Estratocles tendría que estar rodeado de aduladores, pelotilleros y grandes hombres que buscaran su favor.

En cambio, lo habían dejado a solas, y su implicación en los detalles de la indumentaria, la iluminación y la ceremonia lo habían llevado a engaño.

—Me van a despachar —dijo Estratocles—. Lo presiento.

—¿Ves a Fiale? —preguntó Lucio.

—Es como ver un fantasma.

Estratocles se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás. Era realista, pero el corazón le palpitaba y todavía no daba crédito. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué querría sacrificarlo su amada señora? Las estudiadas reacciones de Fiale le dieron una respuesta. Su señora precisaba ser utilizada, no cortejada. Lisímaco había querido que él se marchara.

Su mirada interceptó por casualidad la de uno de los escoltas, que se amedrentó ostensiblemente. Era un hombre que había elegido el propio Estratocles, un macedonio que se rezagó durante una de las aventuras militares de Sátiro de Tanais, un hombre que debía a Estratocles su mismísima vida. Y ese hombre no le sostenía la mirada.

—Estúpido —dijo Estratocles en voz baja. Si los guardias estaban en el ajo, significaba que lo había vendido la propia Amastris.

La boda estaba a punto de comenzar. Vio a las dos sacerdotisas de Hera encabezando la procesión de personalidades religiosas y aristócratas heracleos, en su mayoría pasmados de estar en presencia de las figuras más destacadas de su época.

—Tenemos que marcharnos —dijo Estratocles.

Lucio asintió.

Fiale apretó ligeramente el brazo de su amante.

—¿Mi señor?

Casandro se volvió hacia ella y, con un gesto de la mano, indicó a un hombre bien parecido y de tez morena que tenía a su lado.

—Mi señora, la cortesana Fiale de Atenas. Él es Mitrídates de Bitinia. Un nuevo aliado contra Antígono.

—He deseado mucho tiempo ser tu aliado, mi señor. —Mitrídates parecía persa, con su larga nariz recta y su cutis perfecto. Fiale lo encontró atractivo; deseó tocar aquella piel—. Y esta boda sitúa a tus fuerzas en mi lado del Bósforo, posibilitando nuestra cooperación... si consigo destronar a mi tío.

—Estratocles fue muy listo al ver que podríamos convencerte de que te unieras a nosotros. —Casandro le dedicó una sonrisa radiante—. Es insuperable. A veces pienso que todos los demás no somos más que sus marionetas. ¿Lo has visto? —preguntó Casandro.

Fiale volvió un poco la cabeza.

—Ahí está, mi señor. Hablando con el pelirrojo.

—Por Heracles, ¿cómo se puede ser tan feo? ¿Lo conoces, Mitrídates? —La mirada de Casandro recorría rápidamente la sala—. ¿Qué tenía que decirte a ti, querida?

Mitrídates hizo una reverencia.

—Lo conozco. Mi señor, debo ir a presentarme a Filipo de Babilonia. Fiale, eres la mujer más hermosa de la sala.

Sus ojos se detuvieron un momento en los de Fiale, que suspiró ante tan inesperado cumplido. Mitrídates se alejó hacia la muchedumbre y Casandro tomó a Fiale de la cintura y se la llevó hasta una columna, lo más parecido a la privacidad que un rey podía permitirse justo antes de una boda.

—¿Qué te ha dicho? —dijo Casandro entre dientes.

—¿Lo conoces, mi señor? —preguntó Fiale.

—Lo conozco, querida. Me serví de él, en su momento. —Casandro sonrió: un hombre apuesto y encantador en la cúspide de su poder—. ¿No serás amiga de él, verdad?

Fiale dirigió una sonrisa deslumbrante al hermano de Seleuco, haciendo que el joven derramara un poco de vino.

—Lo odio. Me utilizó... mal.

—Entonces te alegrará saber que está viviendo su última hora —dijo Casandro. Le sonrió con los labios prietos—. Es un hombre peligroso que ha sobrevivido a su utilidad. Organizó esta boda, y Lisímaco quiere que se vaya. Lisímaco desea que esta ciudad, con su comercio y su puerta trasera abierta a Asia, se tienda como una mujer doblegada a su voluntad... sin que tenga ideas propias. Estratocles tiene que irse. Es demasiado bueno. —Casandro suspiró—. Tan bueno que lo echaré de menos. Incluso cuando yerra, lo reconoce. Ninguno de mis instrumentos es tan capaz como él.

Fiale miró un momento a Casandro.

—¿Y Sátiro de Tanais? —preguntó.

Casandro se rio. La sacerdotisa de Hera estaba al frente de su cortejo, visible al otro lado del pórtico del templo, y la ceremonia iba a comenzar. Su risa se hizo oír en toda la sala, y varias cabezas se volvieron.

—Lisímaco se encargará de él —dijo Casandro.

—¿Y si te dijera que yo podría librarte de él... sin repercusiones? —preguntó Fiale.

Casandro le dio un beso.

—Pues te amaría más de lo que ya te amo ahora, si es que eso es posible.

Fiale sonrió.

—Después de la boda, necesitaré una nave veloz para zarpar rumbo a Atenas.

—Después de la boda, tenía otros planes para nosotros, querida.

Le acarició la barbilla con un dedo.

—¿No dice Sócrates que los placeres de la venganza son más dulces que los

placeres del amor? —preguntó Fiale.

—Que yo sepa, no —contestó Casandro.

—Pues debería —repuso Fiale.

—¿Y bien? —preguntó Lucio—. ¿Tienes un plan fenomenal?

Estratocles no tenía energías para reír. Estaba enojado, y bajo el enojo se gestaba el principio de una sombría depresión. ¿Cómo era posible que Amastris lo hubiese traicionado? Quería enfrentarse a ella, pero sería una locura. Si estaba equivocado, se enfadaría mucho y si estaba en lo cierto, lo mataría.

—Ningún plan fenomenal. Pongámonos en marcha. Vamos.

Se echó a caminar con paso decidido hacia el templo interior. Puso cuidado en mantener la cabeza gacha, como si estuviera escuchando atentamente a Lucio.

—No dejarán que nos marchemos sin más —dijo Lucio.

—Quizá sí —opinó Estratocles—. Mira, la procesión de sacerdotes está en el pórtico. La tradición sujeta a los hombres mejor que las cadenas. Nadie interrumpirá la ceremonia. Sigue caminando.

A pocos pasos del templo interior, ya casi a salvo, Estratocles entrevió el vuelo de un himatión y, con el rabillo del ojo, distinguió entre las sombras una nariz y una ceja.

—Zeus Miliquio —dijo Estratocles—. Es el médico.

León hizo una pausa, saboreando el peso de las piedras blancas que tenía en la mano. Estudió el tablero con detenimiento y luego decidió hacer una captura en lugar de mover. Cogió otra piedra blanca del tablero y la hizo repiquetear con las demás de la mano.

Tolomeo se rio a su manera bronca, de granjero.

—¿Sabes qué? —dijo, tirando sus dados—. Tengo cortesanos que tienen la deferencia de dejarme ganar.

León vio que el rey sacaba un cuatro.

—Pues deberías jugar con ellos —dijo.

Tolomeo movió dos piedras y retiró una de las negras de León. Titubeó un buen rato antes de efectuar su cuarto movimiento y, finalmente, avanzó una única piedra.

—No es lo mismo —dijo.

León tiró sus dados sin vacilar ni un instante. Le salió un seis. Mientras el rey de Egipto refunfuñaba, movió sus fuerzas deprisa, aislando el último e indeciso ataque de Tolomeo, capturando dos piedras blancas y haciendo patente cuál iba a ser el resultado de la partida.

Tolomeo negó con la cabeza.

—¿Más vino?

—No —rehusó León—. Mañana tengo que revisar las cuentas e inspeccionar los barcos de mi astillero. —Se levantó—. Podría enseñarte a jugar mejor —agregó.

—Bah, seguro que podrías enseñarme a gobernar mi reino mejor —respondió Tolomeo—. Te recomiendo que no lo hagas.

Bebió un sorbo de vino mientras los esclavos se afanaban, unos trayendo las sandalias de León, otros su himación.

León se detuvo un momento.

—¿Alguna vez pensaste, cuando luchabas en el Kush con Alejandro, que un día tendrías todo esto?

Tolomeo sonrió.

—¿Recuerdas cuando Kineas me tomó prisionero? Entonces no te conocía. ¿Estabas allí?

León asintió.

—Estaba en la hoguera cuando Filocles te trajo.

—Un gran hombre —dijo Tolomeo.

—El mejor —convino León.

—Pienso en ello a menudo. Cuando caí preso... después de la escaramuza... tuve claro que había llegado mi hora. Los lugareños siempre torturaban a los prisioneros hasta que morían; los habíamos visto empalados a lo largo de los caminos. Pensé que era hombre muerto... muerto por nada, en una campaña perdida, de una manera especialmente horrible. Entonces Filocles me recogió, y al ver que era griego supe que iba a vivir. —El rey bebió un largo trago de vino—. Pero si me hubiesen capturado tus sakje... bueno, ¿habría sido bastante desagradable, eh?

León se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Pero sí... sobre todo si hubiesen sido jóvenes. Les gusta ver qué son capaces de hacer.

Tolomeo hizo girar el vino en su copa de oro.

—Pienso en ello a menudo. Verás... Cuando las cosas se ponen feas, me digo, «Gracias a los dioses, pues ahora podría ser un montón de huesos viejos en Samarcanda».

—Muy pitagórico por tu parte —señaló León.

Tolomeo se encogió de hombros.

—Ahora pienso más en... las cosas. Será la edad, supongo. ¿Cómo está tu sobrino?

El «sobrino» de León era Sátiro de Tanais. En realidad no estaban emparentados, pero León había formado parte de la casa del padre de Sátiro, y León había albergado a Sátiro en su propia casa, y todo el mundo los llamaba tío y sobrino.

—Estupendamente, desde el sitio. Está en el Euxino, ocupándose de su pueblo. —León sonrió—. Cambio de parecer y acepto media copa de vino.

Acto seguido, un esclavo le puso una copa en la mano.

León lo probó; buen vino de Chian, aunque nada sofisticado.

—Te equivocas —dijo Tolomeo—. Galon me lo ha contado esta mañana. Ha zarpado hacia Rodas; es probable que ya esté allí.

León, cuyo servicio de inteligencia era el mejor del mundo, se sorprendió.

—¿Lleva la flota del grano? ¿Tan pronto? ¿Con qué fin?

Tolomeo asintió.

—Eso es precisamente lo que te estoy preguntando. No es que desconfíe del chico, me ha servido como si fuese súbdito mío; más leal que la mitad de mis capitanes. Pero la última vez que su flota de grano zarpó, desembarcó a tres mil hombres y se hizo con el control de la Propóntide durante un año. ¡Zeus! Habrá amasado una fortuna en peajes.

León sonrió.

—En efecto. Tengo razones para saberlo.

—Bien —dijo Tolomeo—. ¿Cuál es el juego esta vez?

León miró el vino de su copa.

—No me lo ha contado —dijo, y había enojo en su voz—. ¿Cuántas naves, según te han informado? —preguntó gentilmente.

—Cuarenta naves de grano de Tanais y Pantecapea, otras diez de Olbia y quince más de Heraclea. Corre el rumor de que llevará la mitad de su grano a Rodas y que venderá la otra mitad en Atenas.

Tras haber lanzado la bomba, Tolomeo se recostó.

—¿Atenas? —preguntó León—. Ahora no hacemos negocios allí. Demetrio controla Atenas.

—Precisamente —respondió Tolomeo—. ¿No estará... considerando un cambio?

León tomó un sorbo de vino. Tolomeo era el mejor disimulador que conocía; el rey había jugado dos partidas tan solo para hacer que se sintiera a gusto antes de abordar el tema.

—Por Poseidón —renegó León—. Nunca creería algo semejante de él.

Tolomeo asintió.

—Bien, bien. Eso es lo que necesitaba oír. Galon tenía la teoría, te la cuento como un cabrón celoso a otro, de que cuando Amastris lo dejó plantado tuvo que pasar corriendo al otro bando. Va a casarse con Lisímaco, como sin duda sabes.

—Me figuro que a estas alturas todo el Mediterráneo estará enterado —dijo León—. Pero él, mi sobrino, ha sabido que Amastris tiene otros intereses... desde hace un año. Tal vez más. Antes del sitio, en cualquier caso. —Hizo una pausa—. Ya sabes que según las condiciones de la tregua que se firmó después del asedio, mi sobrino no puede guerrear abiertamente contra Demetrio durante un año entero.

—Por supuesto —respondió Tolomeo—. Mi hermano ayudó a negociar el tratado. Pero al final de ese año, lo necesito a mi lado; en espíritu, si no en carne y hueso. —El rey le dio una palmada en la espalda—. Con la flota de Sátiro, la flota de Rodas y mi flota, podemos mantener a raya a Antígono y a Demetrio. —Asintió—. Si Sátiro se pasara al bando de Demetrio...

León se puso de pie.

—Te daré una respuesta en firme, señor. Pero no aceptes habladurías. Sátiro

nunca te ha dado motivo. Dejas que tus capitanes cortejen abiertamente a Casandro y Antígono, dejas que tus compañías de mercenarios crucen las fronteras cuando sus contratos expiran. ¡Por Artemis, permites que tu propio hermano flirtee con Demetrio!

—Mi hermano no tiene veinte trirremes recién botados y una escuadra de *penteres* construyéndose aquí, en mi propio puerto —dijo el rey—. Tendría mucho más cuidado con él si tuviera el dinero y el poder que Sátiro controla ahora. Y la fama. Desde el sitio, tu sobrino es famoso.

León asintió.

—No voy a expresar estas sospechas más que en esta habitación. ¡Por Heracles, León! No quiero desconfiar del chico. Pero corren malos tiempos. Este año tengo que subir los impuestos. Seleuco y Lisímaco quieren que invada Asiria. Los muy cabrones quieren que yo me lleve la peor parte contra las fuerzas de Antígono mientras ellos reducen sus provincias. Casandro solo quiere que todos muramos. A veces me pregunto si me he equivocado de bando. ¿Acaso soy el único rey que no aspira a más? Quiero gobernar Egipto. Nadie podría gobernar el mundo entero; ni yo ni Antígono ni Alejandro.

El rey se peinó la barba con los dedos y un esclavo le sirvió otra copa de vino.

León apuró la suya y se levantó.

—Los agricultores arrendatarios no podrán soportar impuestos mucho más altos —dijo—. Invadir Asiria sería una equivocación. Aunque quizá podría hacerse algo con los judíos. Te aman, y odian a Antígono.

Tolomeo asintió.

—No quiero Asiria. No quiero subir los impuestos. ¿Sabes cuánto han aumentado los gastos militares desde que Alejandro murió? —Se quedó mirando a León un momento y después se rio—. Claro que lo sabes.

León puso su copa bocabajo.

—Veré qué está pasando con Sátiro. Estoy convencido de que es inocente.

Tolomeo asintió.

—Rezo para que lo sea. ¿Pero quién se lleva treinta naves de guerra para hacer algo inocente? Temo uno de esos movimientos relámpago que cambian la partida. Sátiro no se consideraría una tercera parte, ¿verdad?

León suspiró.

—Espero que no —dijo.

—El médico —dijo Lucio, desenvainado su espada. Dos hileras de columnas los ocultaban de la boda, pero el primer ruido de un combate rompería el hechizo, haría que todas las cabezas se volvieran.

Sófocles de Atenas, un hombre que estudiaba medicina en el Liceo, un hombre que aceptaba dinero para matar; muy posiblemente, el hombre más peligroso del

mundo helénico. Se detuvo y se apoyó contra un pilar, cubierto con su festivo himatión, y las armas que ocultara, de la cabeza a los pies.

—Estratocles —dijo.

—Sófocles —respondió el Informante, asintiendo—. Las bendiciones de Hera sean contigo y con tus obras de hoy.

El médico asintió.

—Y contigo, querido. Casandro te ha abandonado, te ha vendido como un esclavo de primera a Lisímaco, que me ha dado una buena bolsa de oro para que te aparte del juego.

Lucio ya había visto a los hombres que subían por la escalinata.

Estratocles se encogió de hombros.

—No fingiré que todo este asunto no me enoje —dijo—. En general, he servido bien.

Sófocles asintió. Miró a Lucio.

—Tranquilo, señor. Si los amenazas, podríamos tener problemas. Guarda esa espada. —A Estratocles le dijo—: La decisión de Casandro de prescindir de ti supone una amenaza para todos nosotros. Por otra parte, te la tengo jurada por lo de Alejandría. Me abandonaste.

Estratocles se encogió de hombros.

—Estabas en un sitio apropiado, cerca del rey, y no te habían detectado. No tenía manera de saber que Fiale te vendería a Sátiro y a León. Además, señor, eso es historia antigua. Si vas a matarme, hazlo de una vez.

—En realidad dudo que Fiale me vendiera —dijo el médico—, pero quería oírte negarlo. Intenté acabar con Melita, la muchacha. La hermana de Sátiro de Tanais. Fracasé, pero por poco. Los mismos dioses protegen a esos dos.

Estratocles sonrió a pesar de las circunstancias.

—La de sangre y oro que he derrochado en ellos... Heracles los lleva en la palma de la mano. —Negó con la cabeza—. Sátiro es bastante simpático.

—Su cabeza sigue teniendo un precio muy alto —dijo el médico.

—¿Seguro? Eumeles está muerto y enterrado. A manos de Sátiro, me parece.

Estratocles estaba intentando calcular. ¿El médico tenía intención de matarlo? Aquella estaba siendo una conversación curiosamente larga, e incluso él vacilaría antes de matarlo en el recinto sagrado.

—Eumeles no es el cliente. Lo fue, pero el contrato actual es mucho más amplio. Me preguntaba si te unirías a mí en aceptarlo. —El médico inclinó la cabeza, de un igual a otro—. Tienes recursos de los que carezco. Personas que tratarán contigo pero que no lo harán conmigo.

—Un triste comentario para uno de nosotros, doctor —dijo Estratocles—. ¿Supongo que no te agrada darme tiempo para considerarlo?

El médico miró hacia la boda.

—No —dijo.

Estratocles asintió, más para sí mismo que para el médico.

—¿Tu contrato incluye a Lucio, aquí presente? —le preguntó.

Sófocles asintió.

—Eso me temo.

Lucio miró en derredor.

—Estoy aquí, y seguro que puedo acabar con esa chusma.

El médico miró a Estratocles.

—De todas maneras, la verdad es que preferiría no presenciar una demostración.

Estratocles había cometido errores terribles durante las últimas semanas, sin duda había pasado por alto miles de indicios de la traición que se avecinaba, pero en aquel momento apenas le importaba. Una vida de disimulo lo había conducido a aquello, a morir en la escalinata de un templo, a manos de un antiguo aliado, a instancias de su propio jefe.

Se encogió de hombros; fundamentalmente estaba muy cansado.

—¿Sabes qué? —dijo—. Me gustaría salvar a Lucio. Ha sido muy leal, y no participa en nuestros juegucitos; es latino. Deja que se marche.

El médico lo miró de arriba abajo.

—Lo que propongo es dejaros marchar a los dos y que os unáis a nosotros —dijo.

Estratocles negó con la cabeza. Fue un gesto impulsivo pero, por todas las furias, estaba más que harto de aquella clase de vida.

—No —respondió—. No quiero matar al joven Sátiro por dinero.

El médico asintió.

—Ya veía venir donde irías a parar —dijo—, pero no me lo podía creer. Has perdido agudeza.

—Tanto así que me quedaré aquí y dejaré que me mates —dijo Estratocles, con una sonrisa que esperó que fuese noble—. Incluso bajaré y cruzaré el linde hasta esos árboles sin ofrecer resistencia... si dejas marchar a Lucio. Ninguna irreverencia por tu parte. Ninguna impureza religiosa sobre vuestras cabezas.

El médico le echó un vistazo.

—Eres un hombre sorprendente —dijo. Miró a Lucio—. Vete —dijo—. Ha comprado tu vida. No te permitas un acto baladí de falsa nobleza. Huye.

La única despedida de Lucio a su señor fue una ceja enarcada. Luego dio media vuelta y se marchó.

Estratocles no sabía qué sentía. ¿Alivio por haber logrado hacer algo bueno? ¿O un fracaso total puesto que iba a morir? Morir. De inmediato. Le temblaron las rodillas y se obligó a pensar en todas las otras ocasiones en que había burlado a la muerte. Realmente, siendo un hombre de su profesión, le había ido bastante bien. Se cuadró.

—Demos un paseo, doctor —dijo.

Pasaron juntos, bajando la escalinata y cruzando el patio donde los doscientos dignatarios visitantes pudieran verlos. La visión suscitó muchas reacciones diferentes

que Estratocles no vio. Fiale sonrió de tal modo que se le afeó el semblante, y Amastris se volvió hacia otro lado, la alegría de su día de triunfo enturbiada, y varios hombres que Estratocles había formado sintieron el nudo en el estómago que te dice que te has portado muy, muy mal. Pero nadie movió un pie para salvarlo.

Salió del recinto sagrado y desapareció.

Miriam se arrebujó con su manto y miró a su hermano, enarcando una ceja.

—¿Dónde estamos, por Dios? —preguntó.

Estaban mirando por la portilla maltrecha de un remero en la banda de un *penteres* deteriorado que avanzaba despacio. Los habían encerrado en un camarote, casi como una jaula, tan pequeño que no podían estar de pie ni sentarse, a popa de la cubierta de remo inferior, a menudo llamado el tabernáculo. Los pies del timonel estaban justo encima de sus cabezas.

Abraham volvió a mirar por la pequeña abertura.

—Asia, estoy convencido. No reconozco el cabo, pero estamos cerca de Kos o soy un gentil. No me preguntes como lo sé, querida hermana. Simplemente lo sé.

Miriam estaba asustada, aterrorizada en realidad, pero tenía mucha práctica en disimular el terror.

—¿Nos va a vender como esclavos? —preguntó.

Abraham la rodeó con un brazo.

—Lo dudo mucho, Miriam. Somos ciudadanos de Rodas... y rehenes. Matarnos sería... bueno, sería una locura.

Al final del sitio de Rodas, Demetrio había insistido en tomar cien rehenes, y entre ellos había escogido a los amigos más íntimos de Sátiro. Había exigido el pago de un tributo y, más importante todavía, los rehenes iban a garantizar que ni Rodas ni las ciudades del Euxino desempeñaran un papel activo contra él, ni en tierra firme ni en el mar.

Ambos habían pasado un cautiverio muy agradable en Atenas, en casa de un meticuloso judío, Belshazzar, hasta dos semanas antes, cuando los habían embarcado a toda prisa en un pesado buque de guerra. Incluso entonces los habían tratado dignamente, incluso con deferencia, hasta dos noches antes, cuando unos infantes de marina con armadura completa los habían encerrado en aquella caja.

Fuera había otras naves; según Abraham, todas de mercancías. Algunas eran muy grandes y otras bastante pequeñas: un convoy. Su ángulo de visión era muy limitado, pero en su mente comenzó a tomar forma una sospecha. Se apoyaba con tanta fuerza contra el ojo de buey, que la madera le lastimó los huesos de la órbita ocular.

Justo en el borde de su campo visual, una recia nave de guerra los estaba alcanzando de prisa por popa. Estuvo casi seguro de que procedía del norte. Una tremiola; una nave rodia, pues, o...

El tosco cerrojo de bronce de su pequeña jaula chirrió, y apareció un infante de

marina con armadura completa. Puso la punta de su lanza en el cuello de Miriam.

Estratocles se encaramó al muro del recinto sagrado, echó un último vistazo al mundo y saltó al olivar del otro lado como un chiquillo que fuera a robar aceitunas con la intención de comer cuantas pudiera. Estaría muerto en cuestión de segundos. Incluso el aire olía de maravilla. El olivar era el más bonito que hubiera visto jamás.

«Esperaba algo más de la despedida de Lucio, me parece».

Se volvió hacia donde Sófocles estaba saltando el muro del recinto. Luego se adentró en el olivar. La comitiva de asesinos del médico lo siguió, una mezcla extraña de sujetos con galas que no estaban acostumbrados a llevar.

El médico lo alcanzó y caminaron juntos en silencio hasta que estuvieron en medio del olivar, bien ocultos del templo.

—¿Quieres cerrar los ojos? —preguntó el médico.

Estratocles negó con la cabeza.

—No, especialmente —contestó.

—Me gustaría mucho que reconsiderases mi oferta. ¿Qué significa Sático para ti?

El médico ladeó un poco la cabeza, como un gato curioso.

Estratocles esbozó una sonrisa forzada.

—Nada. No tengo afecto alguno por él, y él tampoco por mí. Pero ya estoy harto, Sófocles. No quiero jugar más. No quiero esconderme, no quiero corretear de aquí para allá. Me gustó servir a Amastris. A esta ciudad le ha ido mejor cuando yo he llevado el timón, y los hombres comen grano en Atenas porque me ocupé de estos campos. —Se encogió de hombros—. Después de eso, matar por dinero... bueno, no resulta muy atractivo.

Sófocles asintió.

—No eres la primera víctima que rechaza una oferta mía. Como tampoco mi primera víctima valiente.

Desenvainó la espada, un acero calcídico de notable factura, un *xiphos* con un grueso nervio central.

—¿Cuello o barriga? —preguntó Sófocles.

Uno de los matones del médico gruñó.

—¡Hazlo de una puta vez!

—No hay motivo para tener prisa, Laertes —dijo el médico. Su voz traslucía una sibilante advertencia, y el matón, Laertes, se arredró. Fue la primera señal que Estratocles vio de que el médico seguía siendo el monstruo que siempre había sido.

—Ve a vigilar el templo —dijo el médico a media voz.

—Sí, señor —contestó Laertes.

—Aprecio la cortesía profesional, pero estoy a punto de cagarme encima. Haz lo que tengas que hacer.

Estratocles se irguió, se apartó la clámide ligera de los hombros y la hizo girar

encima de su cabeza.

El médico había retrocedido un par de pasos.

—No voy a resistirme —dijo Estratocles con satisfacción. Había acobardado al médico. Tiró la clámide al suelo.

El médico asintió.

—Por alguna razón, tengo la sensación de que matarte solo servirá para debilitarme. Tarde o temprano también me matará a mí.

Estratocles asintió.

—En efecto. ¿Esa no debería ser mi frase, al suplicar por mi vida? ¿Decirte que serás el siguiente? Permíteme hacer una sugerencia distinta. Coge el dinero que te den por matarme y huye. A Babilonia; allí nadie te conoce. Vive tu vida.

Esta vez el médico sonrió.

—¿Hablas en serio? ¿Qué harías si te dejara marchar?

Estratocles se encogió de hombros.

—Eres un cabrón muy cruel, Sófocles. No tienes la más remota intención de dejar que me marche.

—Te estoy concediendo un minuto más de vida, ingrato. Sígueme la corriente.

El médico blandió la espada.

—¿Te acuerdas de Banugul? —preguntó Estratocles.

—He oído hablar de ella.

Sófocles se encogió de hombros y se volvió de repente al creer oír un ruido.

—La tengo. O, mejor dicho, sé donde está, y además con su hijo. El hijo de Alejandro —agregó, riendo.

—Diríase que estás intentando comprar tu vida, ¿me equivoco? —Sófocles asintió—. Ya me sé el cuento. Me ofreces algo de gran valor. Y lo confieso: un hijo de Alejandro, incluso bastardo, tiene mucho valor.

—Bien, no es para ti. El manejo que sería preciso para empujar a ese muchacho a la arena, para conducirlo hasta el momento en que pueda derrocar a Casandro, no sé si será viable. —Estratocles se encogió de hombros—. Ni siquiera estoy seguro de querer hacerlo, él y su madre viven muy lejos... entre bastidores, apartados del juego. Por lo que me han dicho, el chico ha muerto o es deforme.

—¿Debe tener, cuántos, veintitrés? ¿Veinticuatro años? —Sófocles miró por encima de su hombro—. ¿Por casualidad me estás haciendo un doble juego, Estratocles?

Estratocles frunció el ceño.

—Aquí me tienes, dispuesto a morir, tú eres el que habla... ¿y piensas que te estoy traicionando?

—¿Laertes? —llamó el médico.

—Muerto como un puto chivo expiatorio —dijo Lucio, apareciendo entre los árboles. Empuñaba la espada ensangrentada con la mano izquierda y agarraba la jabalina con la derecha, montada y con la soga lista para lanzarla. Dirigió una mirada

a Estratocles.

—Gracias por salvarme la vida, pero yo no huyo. Huí una vez... y fue suficiente para toda mi vida.

—¿Has matado a todos mis hombres? —preguntó el médico—. Estoy muy impresionado.

Lucio escupió.

—No lo estés. No valían una mierda.

El médico asintió.

—En cualquier caso, me acompañaban más por dar color que por su bravura.

Estratocles notó que se le aliviaba la tensión de los hombros.

—Márchate, Sófocles —dijo. El médico estaba preparado para saltar; tenía los pies en un ángulo raro, los miembros flexionados—. Si vienes por mí, lucharemos. Alguien morirá; seguramente tú y yo.

El médico no cambió de postura.

—Soy todo oídos.

—Todos nos retiramos. Paso a paso.

Sófocles se arriesgó a mirar a Lucio.

—Él lleva un arma de alcance y yo no —dijo el médico—. La distancia solo te ayuda a ti, y tomarte como rehén es mi única respuesta viable.

Estratocles respiró profundamente.

—En realidad no querías matarme, Sófocles. Te garantizo que vivirás. Lo juro ante las furias. Márchate, y considéralo una justa compensación por mi desacierto en Alejandría.

Nadie podía decir que Sófocles de Atenas fuese indeciso.

—Acepto —dijo, y se enderezó. Les dio la espalda y se marchó. Dio una docena de pasos y envainó la espada tras esgrimirla en dirección a Lucio, que volvió a escupir. Hizo una reverencia a Estratocles. Luego dio media vuelta y se echó a correr.

Estratocles se quedó mirándolo hasta que lo perdió de vista.

—Bien —dijo Estratocles. Se volvió aguantándose las ganas de vomitar. No estaba en condiciones de hablar.

Lucio aguardó y le pasó una cantimplora de vino.

—Pensaba que iba a llegar tarde —dijo.

—No quería hacerlo. Es un hombre extraño —respondió Estratocles, y negó con la cabeza.

—Le has ofrecido tu vida para salvarme —dijo Lucio—. Jamás hubiera esperado algo así.

—Me hago viejo —dijo Estratocles.

—¿Hacia dónde? —preguntó Lucio—. Tengo un par de caballos, y deberíamos ponernos en marcha.

Estratocles escupió el vino agrio.

—A Hircania. Podemos llegar en diez días.

Lucio enarcó una ceja.

Estratocles se encogió de hombros.

—Voy a echar otra pieza en el tablero. Aunque lo único que consiga sea que el cabrón de Casandro duerma mal unas cuantas noches, me daré por satisfecho.

La hoja permanecía apoyada, fría como una piedra del sótano de su padre, contra el cuello de Melita.

—Ahora, ni una palabra —dijo el soldado. Su voz era firme, casi como de disculpa—. Dice el trierarca que si abris la boca, os liquide a los dos. Lo siento, *despoina*. Órdenes.

Abraham yacía perfectamente inmóvil, con Miriam a su lado. En el silencio, oían las gaviotas, pies presurosos por la pasarela de combate de la primera cubierta de remo, y al timonel encima de sus cabezas. El navarco habló, pero la cubierta amortiguó su voz.

—... justo allí —dijo el timonel.

—Como si fueran los amos del mundo —dijo el navarco—. Saluda como si fuésemos amigos.

Miriam procuraba dejar de temblar, procuraba que su mente no la arrojara al abismo del pánico.

—¡Zarpamos de Atenas hace diez días! —rugió el timonel encima de sus cabezas. Le gritaba a otro barco; eso lo entendió a pesar del terror y el enojo.

—¿Qué derrota lleváis? —oyó preguntar a una voz desde el otro barco, clara como el nuevo día. Aquel sonido la reconfortó como un plato de sopa caliente un día de frío. Notó que su hermano le apretaba la mano con fuerza, vio relumbrar los ojos del soldado.

—¡Éfeso! —contestó el timonel.

—¡Pues que tengáis buen viaje! —gritó Sátiro de Tanais desde el puesto de mando de su nave.

Impotentes en su jaula, Abraham y Miriam se abrazaron en silencio mientras los remos se los llevaban cada vez más lejos.

Libro I

1

—¡Por Heracles! ¡Este instrumento inútil no me vencerá! —gruñó Sático.

—Vuelve a poner los dedos en las cuerdas y deja de intentar ser perfecto — insistió Anaxágoras.

—Prometí a Miriam que aprendería a tocarla antes de que volviéramos a vernos —dijo Sático. Estaba sentado en una banqueta plegable, justo enfrente del puesto del timonel, y Anaxágoras apoyaba la espalda contra el palo mesana que habían montado para aprovechar las brisas ligeras del final del verano. Hacía una hora que habían zarpado de la playa donde habían desayunado, y navegaban al sur de Lesbos con rumbo a Rodas.

—Tu promesa no valdrá la saliva que gastas si no te permites ser humano —dijo Anaxágoras. Tocó los primeros compases impecablemente—. Se aprende con la práctica. Igual que la esgrima o el pancracio.

Los ojos de Sático volvieron a buscar el *penteres* antigónida, ahora ya solo una muesca en el horizonte.

—Su comportamiento me ha parecido un poco raro. Demasiado jovial. Tendríamos que haber oído abucheos y maldiciones.

Anaxágoras asintió.

—Tal vez. Pero tú tienes treinta naves mercantes y casi otras tantas de guerra en su estela, hermano. Diría que se han amilanado al verlo.

Sático se rio.

—Mantendré la tregua; tienen a la mitad de mis amigos como rehenes.

Anaxágoras enarcó una ceja.

—Estoy convencido de que el navarco antigónida lo sabía, amigo mío, pero sospecho que incluso así tu estilo de batalla le ha hecho apretar el culo. Tienes que reconocerle su mérito, pobre hombre. Ha sido educado contigo, igual que tú con él, y ahora es agua pasada.

Sático cambió su banqueta de sitio. El tiempo ya era caluroso, húmedo como solo puede ser húmeda la superficie del mar, y la sal que flotaba en el aire hacía que le escocieran las diminutas laceraciones que se había hecho en los hombros y la espalda mientras entrenaba con la armadura presta. Estaba sumamente descontento.

—Quiero estar camino de Atenas —dijo.

Anaxágoras se rio.

—Quiero estar de regreso en Tanais o tal vez en Pantecapea.

Ahora fue Sático quien tuvo que reír.

—Ella tampoco estará allí. Se ha marchado a los altiplanos. Ha estado alejada de su pueblo tres cuartas partes de un año y necesita ser vista.

Se refería a su hermana, que, por nacimiento y vocación, era la reina de los Masagetas, los clanes occidentales de los sakje, las tribus escitas de la Puerta Occidental del Mar de Hierba.

Anaxágoras asintió.

—Debería estar cabalgando con ella.

Sátiro sonrió.

—No —dijo—. Estás donde tienes que estar: aquí conmigo. Vendiendo grano como mercaderes, tocando la lira, corriendo aventuras. Esta noche podemos varar las naves en una playa del sur de Quíos. Conozco una ensenada que puede albergar a la flota entera. Además, apenas sabes montar.

Anaxágoras inclinó la cabeza, reconociendo que era verdad.

—Ojalá de niño hubiese sabido que mi felicidad futura dependería de mi habilidad para montar —dijo.

—Menudo sofista estás hecho —respondió Sátiro.

—Solo he dicho la verdad —replicó Anaxágoras.

—No, estás insinuando que montar a caballo es una habilidad sin ningún valor —dijo Sátiro.

—Tanto como tú me das a entender cada día que tocar la lira es propio de diletantes, de auténticos caballeros —repuso Anaxágoras—. No domarás a la lira mediante la fuerza, hermano.

El silencio se prolongó el tiempo que tardaron los remeros en dar diez paladas.

—Cuando adoptas ese aire de superioridad eres exactamente igual que Filocles, salvo por el acento lacedemonio.

Sátiro se puso de pie de un salto.

—Me lo tomaré como un cumplido, puesto que lo amabas. ¿Quizás él también usaba la lógica para debatir contigo, en lugar de las emociones viscerales?

Anaxágoras enarcó una ceja.

—A veces simplemente me pegaba —convino Sátiro—. Cosa que no dejaba de tener su lógica. No lo paso bien siendo tan malo en algo como cuando toco la lira.

—Me figuro que tu destreza para el pancracio no es innata, ¿verdad? —preguntó Anaxágoras con malicia.

—Jenofonte dice que todos los hombres son espadachines natos. El viejo Sócrates decía que los hombres nacen sabios por naturaleza. —Sátiro sonrió—. Pero no, tu comentario es justo y acertado. Adquirí mi habilidad para el pancracio recorriendo un largo y duro camino. Y tal como viste en Pantecapea, sigue costándome lo mío derribar a Terón, pese a que él pasa de los cuarenta y yo estoy en mi mejor momento.

Anaxágoras asintió.

—Fue algo digno de verse. Podría haberos mirado el día entero; todos los hombres presentes sentían lo mismo. Era como asistir a una lucha de leones.

Sátiro alargó una espinilla amarillenta.

—Mis magulladuras todavía no se han curado. —Levantó la vista hacia el tope del mástil y se volvió hacia su timonel, Thrassos, un bárbaro pelirrojo que ahora era ciudadano de Rodas—. El viento rola, Thrassos —dijo Sátiro.

—Sí —respondió el celta. No era muy corpulento, pero sus tatuajes, las cicatrices

en torno a los ojos y el pelo rojo le conferían un aspecto temible, y aun siendo ciudadano de tres ciudades, nadie lo tomaría jamás por griego.

—¿Algún plan al respecto? —preguntó Sátiro.

—Todavía no es constante —dijo Thrassos.

Como para demostrar su tino meteorológico, una racha del oeste sacudió la proa y los remeros casi perdieron su palada.

Sátiro negó con la cabeza.

—Me siento como si el dios hubiese querido decirme algo esta mañana y no le hubiese hecho caso —dijo—. Pero por mi vida que no sé de qué se trataba. ¿He sido irreverente? Bah, perdóneme, Anaxágoras. Estoy de mal humor.

Su amigo se agarró al mástil para ponerse de pie.

—Entre amigos sobran las disculpas, hermano. Te sentirás mejor cuando nos larguemos de Rodas y pongamos rumbo a Atenas y a Miriam.

Rodas no era la misma que había abandonado apenas cuatro meses antes. Los rodios estaban invirtiendo tesoros en la reconstrucción de su ciudad, y en toda la parte norte del puerto, prácticamente arrasada por las máquinas de sitio, habían comenzado a crecer tejados y paredes como una cosecha de setas silvestres de pintoresco colorido; casas nuevas, encaladas y con tejados rojos o marrones, y aquí y allí un hombre osado se había construido un techo amarillo o azul, hecho con las nuevas tejas de cerámica que hacían furor desde Sicilia hasta Asia.

El templo de Poseidón estaba restaurado casi por completo, con todas sus columnas erigidas y el tejado nuevo casi terminado; un tejado mejor que el que tenía antes del asedio, con las tejas y las vigas de mármol macizo como el Partenón de la Acrópolis de Atenas. En la dársena no quedaba un solo buque siniestrado, y cuarenta naves de guerra permanecían abarloadas a un par de muelles de piedra, listas para zarpar enseguida, mientras otras veinte estaban en cobertizos playa arriba, una edificación totalmente nueva que había conllevado la reconstrucción de la muralla del puerto con una docena de torres de defensa.

Sátiro abarcó todo el puerto de un vistazo y sonrió pese a los restos de mal humor del día anterior. Rodas había resistido el peor sitio de la historia desde que los aqueos fueran a Troya. Y él había puesto de su parte para que los rodios salieran victoriosos.

Cuando su nave echó el ancla de piedra frente a la playa, el práctico insistió en que, como héroe de la ciudad, Sátiro podía amarrarse a los muelles de piedra, pero Sátiro no necesitaba aquel espacio. Aguardó mientras su cómitre^[1] y su timonel aseguraban el fondeo del barco y luego observó sus naves de grano, las designadas para Rodas, entrar en el puerto interior y dirigirse, una tras otra, al muelle principal.

Menedemos, el arconte en funciones, bajó de sus oficinas en la torre del puerto para ir a saludarlo cuando desembarcó vadeando.

—Un gran hombre como tú no debería mojarse los pies —dijo Menedemos.

—Salvo si no haciéndolo retrasara la descarga aunque solo sea un segundo —respondió Sático, riendo—. Sigo rumbo a Atenas con el resto de mi grano.

Menedemos enarcó una ceja.

Sático se encogió de hombros.

—De acuerdo, admito que tendré suerte si zarpo dentro de dos días, e incluso entonces dejaré un buen puñado de remeros en vuestros burdeles.

Menedemos se rio y le estrechó la mano.

—Me alegra que hayas regresado. No tendrás problemas para encontrar alojamiento; de hecho, estaría encantado de acogerte.

—Prometí a Abraham que iría a ver cómo van las obras en su casa —dijo Sático.

—Ya me lo figuraba, pero la oferta sigue en pie. ¿Algún contratiempo por el camino? —preguntó Menedemos.

—Ninguno. Supongo que, siendo firmante de la tregua, estoy a salvo; además, he garantizado la mitad de mi grano a Atenas, y por ende a Demetrio le interesa que se me trate bien. Nos cruzamos con uno de sus *penteres* cerca de Quíos; navegaba con viento portante hacia Éfeso. El navarco fue sumamente cordial.

—¿Piratas? —preguntó Menedemos.

—Menedemos, debemos de haber matado a la mitad de los piratas del océano, este último año. —Sático se rio—. No hay un pirata en el Bósforo, y tampoco en el Ponto. En el Ponto corre el rumor de que los supervivientes huyeron hacia el oeste, a Cerdeña y Córcega. —Miró a su alrededor—. Pero la flota de Demetrio sí que está en el Ponto, cobrando peajes y acorralando a Lisímaco para expulsarlo de Asia.

—No teníamos noticia.

—Esto es nuevo. ¿Son muy caros los peajes? —preguntó Menedemos.

Sático hizo una mueca.

—Puesto que la mitad de mi grano es para Atenas, quedé eximido. Cosa que probablemente sea lo mejor para todas las partes interesadas. Pero vigila a los tuyos, Menedemos. Demetrio puede exprimiros sin romper la tregua.

—Que exprima cuanto quiera —respondió Menedemos—, él también tiene que vender sus productos procedentes de Asia. Nos necesita. ¡Hades! Si Antígono tuviera dos dedos de frente, se daría cuenta de que también necesita contar con Alejandría. Todos saldríamos beneficiados, no es precisa esta riña interminable.

Sático sonrió.

—Me parece que Demetrio tiene otros intereses aparte de una balanza comercial saneada —dijo.

La última vez que había estado en casa de Abraham, el suelo embaldosado del andrón tenía como techo el firmamento. Ahora las paredes volvían a estar en pie, y toda la casa olía a yeso y arcilla, un olor terroso con un toque ácido de cal.

Jacob, el administrador de Abraham, le franqueó la entrada al patio.

—¡Mi señor! —dijo, y estrechó la mano de Sático.

—Jacob —respondió Sático. Abrazó al anciano—. Envié una carta.

—La recibimos, señor. El revoque todavía está húmedo, pero todo marcha bien. Apenas tengo esclavos, señor, Abraham liberó a la mayoría durante el sitio, pero todavía me queda personal suficiente para mover muebles y preparar comida. — Jacob hizo una reverencia a Menedemos—. ¿Puedo ir a buscar una copa de vino para los caballeros?

Sático asintió.

—Y también para Anaxágoras y Apolodoro. Están al caer. Así pues, ¿hay escasez de esclavos?

Menedemos asintió.

—La ciudad, o sea yo, está comprando casi todos los cargamentos que llegan al puerto. Los necesitamos para reconstruir las murallas... y arrasar el campamento de los sitiadores.

Sático hizo una mueca.

—Tenía esperanzas de hacerme con un nuevo hipaspista^[2]. O al menos con un esclavo personal.

Menedemos negó con la cabeza mientras una mujer de cierta edad servía vino.

—Quizás en Delos, señor. Aquí no.

Más tarde, Sático salió de la casa solo, una rara excepción para un rey, y recorrió las callejuelas restauradas hacia la parte trasera del templo de Poseidón, donde se encontraba el ágora.

El día tocaba a su fin. Abajo, en los embarcaderos, sus naves descargaban grano tan deprisa como los esclavos y los remeros podían vaciar las bodegas, y sus infantes de marina ya estaban llenando las tabernas de los muelles. Anaxágoras dormía como un tronco bajo el pesado calor de finales de verano.

Sático pasó un mal rato al deambular por las calles porque en la ciudad todos lo conocían, y los hombres se detenían para estrecharle el brazo o hacerle reverencias. Las mujeres lo miraban a la cara, y los hombres lo señalaban a sus hijos.

Se preguntó si era más conocido en Rodas que en Pantecapea. Terón le había dicho que aquella sería su última aventura, que ya iba siendo hora de que se quedara en casa y ejerciera de rey.

Sático tenía toda la intención de actuar como soberano... cuando tuviera a Miriam a su lado. Navegaba por el Mediterráneo para cumplir con el compromiso contraído con Demetrio, llevar grano para Atenas y recuperar a los rehenes. Cuando hubiese cumplido con su deber y Miriam fuese libre, Sático estaba dispuesto a regresar a su reino y nunca jamás volver a marcharse. Sonrió al pensarlo.

Incluso aquel viaje... Tanais nunca había estado más bonita, y las naves que se construían en las nuevas rampas eran una visión que había suscitado sus ganas de quedarse y pasarlo bien. Había aprendido a disfrutar administrando justicia, paseando por el ágora y haciendo que los hombres escucharan sus opiniones.

Sonrió a otro veterano del sitio e hizo una ligera reverencia a un trío de mujeres, todas ellas viudas, junto a la pared del templo, donde se había acurrucado con Miriam a las primeras luces del amanecer, preparándose para otro día de sitio. Se sintió cerca de ella; ilógico puesto que Miriam estaba en Atenas, pero tuvo la sensación de que en cualquier momento podría salir de una callejuela o aparecer seguida de sus mujeres, de regreso del mercado.

Después cruzó el ágora, donde su propia estatua se alzaba cerca de las de Demetrio, Antígono y Lisímaco. Los rodios eran fabulosos erigiendo estatuas, y ni siquiera en pleno sitio habían destruido las de los hombres que los estaban asediando. Y ahora él tenía la suya. Se detuvo a contemplarla.

No halló eco alguno en ella y sintió una extraña decepción. ¿Qué había esperado? ¿Una conversación consigo mismo?

Al alejarse de las estatuas, unos chiquillos lo siguieron, algunos mendigando aunque en su mayoría tan solo coreaban su nombre a voz en cuello.

En el extremo occidental del mercado había un pequeño olivar, solo seis o siete árboles, y la entrada a un templo subterráneo de la más remota antigüedad, donde se habían almacenado las reservas de grano de la ciudad durante el sitio. Ahora había un altar nuevo encima del templo, una gran pieza de mármol labrado con un acusado reborde y volutas en los lados. Frente al altar se alzaba una docena de estelas en homenaje a los muertos durante el sitio.

Jubal, su maestro remero y entonces ingeniero de sitio, estaba sentado a horcajadas sobre una de ellas. Le faltaban algunos dientes, y su tez era del marrón oscuro del cuero viejo y manchado de sal. Había rastro de lágrimas en sus mejillas polvorientas.

Sátiro hizo caso omiso de los niños y se puso en cuclillas al lado de Jubal.

—Neiron —dijo Jubal.

—Helios —agregó Sátiro.

Uno tras otro, fueron localizando los nombres de sus muertos en la estela recién tallada. Incluso los niños se callaron.

Cuando hubieron terminado, pagaron a la sacerdotisa el sacrificio de un ternero y regalaron casi toda la carne. Antes que el humo de la grasa y los huesos comenzara a elevarse hacia los dioses, vinieron Anaxágoras y Apolodoro. Ellos también leyeron las piedras. Ellos también lloraron.

Otros hombres acudieron, unos atraídos por la carne gratis y otros por la observancia del rito, y pasaron horas hasta que fueron libres de irse, cogidos del brazo, de regreso a casa de Abraham.

Menedemos estaba con ellos para entonces, y los cinco celebraron un pequeño simposio bajo las estrellas, en el jardín restaurado.

Apolodoro se emborrachó bastante pronto y se puso a llorar desconsoladamente; una fuente de lágrimas. Anaxágoras lo observaba llorar como quien observa a un extranjero peligroso.

—Nunca lo había visto llorar —dijo.

Sátiro bebió otro trago.

—Dudo que llore mientras tenga al enemigo en su cubierta —respondió.

—Los hombres no lloran por los amigos muertos, lloran por sí mismos —terció Anaxágoras.

Sátiro negó con la cabeza.

—Es muy fácil decirlo, amigo, pero cuando pienso en Helios, no solo pienso en lo que he perdido; buen vino caliente cada mañana. La ropa lista cuando la necesitaba. Una lanza a mi lado en la que podía confiar. Por todos los dioses, si eso lo fuera todo, sería un espécimen patético. Apolodoro también. ¿Qué dice Aquiles? ¿Mejor un esclavo que un mal rey en el Hades? Helios se ha ido a la tierra de las sombras. Yo mismo estaré allí más temprano que tarde.

—Otro llorica.

Anaxágoras levantó su copa pidiendo más vino y se tumbó bocabajo.

—¿Qué haces cuando no me estás criticando? —preguntó Sátiro.

—Me critico a mí mismo. No merece la pena vivir sin examinar la vida. —Anaxágoras se rio—. ¿Dónde está el joven Cármides?

—Sospecho que en un burdel, haciendo buen uso de toda su belleza y juventud. O tal vez enamorando bajo el balcón de una afortunada doncella. —Sátiro derramó vino—. Por él.

—Por Ares, pareces un cuarentón barrigudo y calvo —dijo Anaxágoras—. Tienes, ¿cuántos, cinco años más que Cármides?

En otro diván, Jubal había conseguido ponerse de pie. Abrazó a Jacob, o quizá cayó en sus brazos, y se fue a la cama. Sátiro se levantó, y lo mismo hizo Anaxágoras, y dejaron a Apolodoro en su *kline*, llorando como si nunca fuese a cesar.

2

—Esto se está prolongando demasiado —murmuró Sático. Esperó estar guardando sus pensamientos para sí; sus naves embarcaban y desembarcaban tan deprisa como podían trabajar los bien sobornados esclavos, él ya había cobrado y, sin embargo, todavía tenía la impresión de que cada tinaja de grano tardaba un siglo en trasladarse.

Anaxágoras, que estaba a su lado en el gran muelle de piedra, su tez rubicunda casi blanca bajo el resplandor del sol, hizo una expresión con la boca; sardónica, reprobatoria, cómplice, divertida, y todo ello tan solo torciendo los labios.

Sático reparó en la expresión y supo que era transparente.

—Sabes de sobra que es perfectamente capaz de entretenerse sola —dijo Anaxágoras. Imperdonablemente preciso, condenatoriamente exacto y acertado sobre el tema de sus pensamientos—. No es una bailarina tonta que suspirará por ti un par de días y luego se abrirá de piernas para el siguiente joven rey guapo que encuentre.

—No eres tan divertido como crees —dijo Sático. Procuró que su tono fuese desenfadado.

Ambos habían estado enamorados de Miriam... al mismo tiempo. En buena medida, su amistad se fundamentaba en aquella rivalidad y en la manera en que la habían superado, pero Sático todavía evitaba hablar de Miriam con su amigo, unas veces debido a su sentido del decoro y otras por miedo al ridículo. Anaxágoras, al parecer, había trasladado sus atenciones a Melita, la hermana de Sático.

—Sí que lo soy —replicó Anaxágoras—. Simplemente no estás de humor para reír. Puedo volver el puñal contra mí; tu hermana está en las llanuras ahora mismo, y como mínimo la acompañan un antiguo amante suyo y diez hombres que se quieren casar con ella, cada uno de los cuales sabe cabalgar como el viento y tirar con arco.

—Si mi hermana hubiese querido un marido sakje, lo habría tenido —dijo Sático.

—A eso iba precisamente —respondió Anaxágoras—. Me consta que no tengo nada que temer.

Miró a Sático. Su tono, su expresión, daban a entender que el caso era justo lo contrario, y se rio un tanto atribulado.

—Al menos tú verás a Miriam en Atenas.

—Suponiendo que alguna vez lleguemos —concedió Sático.

En la palestra hacía menos calor, la arena era gustosa entre los dedos de sus pies, la brisa marina se arremolinaba en el pórtico para refrescarle la piel bañada en sudor.

Él y Anaxágoras habían luchado, boxeado, librado dos encuentros de pancraccio y ahora se enfrentaban con espadas cortas de madera y las clámides enrolladas en el brazo a modo de escudo. Sático tenía la sensación que produce el ejercicio intenso, unos pocos moretones, el cuerpo en plena forma física.

Anaxágoras había dispuesto de un año de sitio para convertirse en un excelente espada; había aprendido con el mismo preceptor que ayudara a Sático a recuperar la musculatura después de una enfermedad que lo dejó en los huesos. De ahí que ambos dieran vueltas con cautela y que Anaxágoras, antaño un espadachín agresivo pero torpe, aguardara el momento oportuno, consciente de que, siendo el combatiente inferior, si bien no por mucho, necesitaba lanzar contragolpes en lugar de intentar un ataque contra los brazos más largos de Sático y su mayor experiencia.

Sático también sabía todo eso y, además, estaba cansado; agradablemente cansado pero con suficiente fatiga en los músculos para que se contuviera. Daba vueltas, esquivaba y se aquietaba otra vez. Durante largos momentos, ambos hombres permanecían totalmente inmóviles.

—Este es el último asalto. Necesito un masaje —dijo Sático. Podía llegar a resultar duro ser el rey constantemente. Incluso Anaxágoras, que tenía la habilidad de los artistas para ser el igual de cualquier hombre, defería a Sático en cuestiones de entrenamiento. Anaxágoras entrenaba hasta caer rendido de agotamiento; siempre era Sático quien decidía el momento de acabar.

Anaxágoras hizo un leve gesto de asentimiento.

Se movió hacia la izquierda otra vez, tal como Sático esperaba, y Sático inició un ataque lento, tan lento que fue casi lánguido. La clámide se desenvolvió de su brazo como si tuviera vida propia, agitándose con un chasquido, y el peso de la tela la dejó lisa durante una fracción de segundo.

Anaxágoras pivotó sobre sus talones, girando la cadera para evitar que la clámide de Sático le diera en el rostro, y la suya restalló para golpear la espada que lo acometía, pero no encontró arma alguna y la bajó, buscándola.

El mandoble de Sático fue tan bajo que la parada de Anaxágoras, cegado por el remolino de tela, falló por completo, y la hoja de madera le golpeó plana en un lado del cuello... una pizca demasiado fuerte. Hincó una rodilla en tierra y se llevó la mano al cuello.

Sático estaba a su lado, con la espada bajada.

—¡Apolo! ¡Mil disculpas, Anaxágoras!

El músico negó con la cabeza.

—No es nada. O, mejor dicho, es un acompañamiento adecuado para mi sensación de humillación. ¿Cómo has conseguido encajar ese golpe, exactamente?

Tranquilizado a propósito de la salud de su amigo, Sático se hinchó de orgullo.

—Hay que calcular el tiempo. Nunca daría resultado sin la clámide; simplemente despista al adversario en cuanto a la velocidad del combate.

—¡Devastador! —dijo Anaxágoras.

—No si tu oponente golpea deprisa; ve venir el golpe, alcanza el brazo de la espada —comentó Apolodoro desde la columnata del pórtico.

—¡Mira quien se ha recobrado de sus excesos con el vino! —dijo Anaxágoras, claramente picado porque Apolodoro hubiera visto cómo le golpeaban con tanta

facilidad.

Sátiro sonrió para sus adentros ante la desenvoltura con la que ambos hombres, hombres que eran amigos y camaradas, podían ofenderse mutuamente. A Sátiro casi nunca lo ofendían Apolodoro y sus abrasivos comentarios en todos los campos del arte militar; era un profesional, y dichos comentarios solo pretendían ser una crítica profesional, nada más. Pero aquel hombre menudo y de facciones angulosas nunca había dominado el arte de criticar.

—Enfréntate conmigo y a ver qué pasa —dijo Apolodoro, entrando en la arena. Se quitó la clámide y se la enrolló en el brazo, revelando un cuerpo cubierto de cicatrices que recordaban los tatuajes de los bárbaros. Sátiro nunca las había contado pero calculaba que su capitán de infantes de marina tenía no menos de cien cicatrices, una de las cuales comenzaba en el cuello, donde los poderosos músculos del hombro se encontraban con la clavícula, y proseguía, roja, brillante y profunda, cruzándole el pecho hasta la cadera.

Apolodoro era un hombre menudo pero muy bien formado, musculoso y rápido. Sátiro le lanzó su espada de prácticas y él y Anaxágoras empezaron a dar vueltas.

Anaxágoras se mantuvo cauto y a la defensiva, cosa que Sátiro interpretó como un signo de enojo. En combate, Anaxágoras era peligrosamente agresivo, casi como si supiera la hora de su muerte y nada le importara demasiado hasta que llegara. Apolodoro solía ser un contendiente precavido; un hombre solo sobrevivía a tantos combates como había conocido Apolodoro en virtud de cierta prudencia. Pero aquel día era quien estaba empeñado en atacar.

—Estamos al final de nuestro entrenamiento —dijo Sátiro—. Los bebedores deben aceptar las consecuencias de sus excesos.

—Tú serás el siguiente —respondió Apolodoro. Mientras hablaba, hizo una finta con el brazo de la clámide, a la que siguió su espada una fracción de segundo después.

Rápido como el pensamiento, Anaxágoras paró el golpe, y las espadas chocaron con fuerza.

Pero Apolodoro no mantuvo la presión. En cambio, soltó su arma, avanzó y forcejeó, agarrando expertamente la muñeca de Apolodoro con la mano libre y cubriendo la cabeza del músico con su clámide.

Anaxágoras levantó la mano izquierda, indicando que había perdido, y Apolodoro lo desenvolvió, retirando los pliegues de tela.

—Necesitaba lo de anoche —dijo Apolodoro. Las palabras no transmitían disculpa, pero el tono sí.

—Desde luego me has puesto en mi sitio —reconoció Anaxágoras—. Volveré a dedicarme a la lira y os dejaré la espada a vosotros dos.

—Tonterías —repuso Apolodoro—. Si pudieras vencerme, pobre ejemplo daría. —Asintió a Sátiro—. Tu turno.

Sátiro cogió al vuelo la espada que le lanzó Anaxágoras y se encontró con que

Apolodoro arremetía contra él de inmediato, espada y clámide bamboleándose como una pareja de bailarinas. Reaccionó sin pensar, agachándose, retrocediendo; atrapó con su clámide la espada de Apolodoro, intentó encajar un mandoblazo y falló, le asestó una patada en la espinilla y acertó; le dio de refilón, pero le hizo perder el equilibrio y Apolodoro cayó de espaldas, y Sátiro retalló su clámide, con la espada escondida detrás, y retrocedió a su vez para recobrar el aliento; y la espada de Apolodoro le golpeó la muñeca con tanta fuerza que Sátiro tuvo que soltar la suya.

Anaxágoras dio una palmada. Había otros hombres debajo del pórtico, y también aplaudieron.

—¡Espléndido! —gritó un joven. Sátiro no recordaba cómo se llamaba, pero aquel hombre había sido Efebo durante el sitio. Todavía estaba flaco. Sátiro se preguntó si alguno de ellos recuperaría su peso después de un año alimentándose con raciones de hambre.

Se frotó la muñeca y sonrió a Apolodoro.

—Sigues siendo el maestro —dijo.

Apolodoro se frotó la espinilla.

—Si me hubieses dado una patada de verdad, quizá no habría podido asestar ese mandoble —respondió.

Sátiro reparó en que le temblaban las manos; fatiga muscular y el *daimon* del combate a la vez.

—Estoy agotado —dijo, mostrando sus manos temblorosas.

Otros hombres entraron en la arena y se pusieron a luchar y boxear, y Sátiro cayó en la cuenta de que habían estado aguardando por él; cediéndole la arena, como decían los hombres a propósito de alguien a quien respetaban. Sonrió a su alrededor, procurando interceptar las miradas de todos ellos a fin de agradecerles que lo tuvieran en tan alta estima.

Sentaba bien ser un héroe.

Se fue a por un masaje y un baño.

Más tarde, después de revisar sus cuentas con el administrador de Abraham, se encontró en el patio con Anaxágoras, que llevaba la lira bajo el brazo tal como lo haría un hombre mucho más joven.

—La venganza es dulce —dijo Anaxágoras, con una sonrisa maliciosa.

Desde luego, Anaxágoras era el mejor de los maestros; infinitamente paciente, con una voz cuidadosamente modulada, parco en elogios y difícil de enojar, de modo que cuando elogiaba, el estudiante sabía que lo había hecho verdaderamente bien, y cuando sus mejillas se teñían de rojo, el estudiante sabía que lo había hecho verdaderamente mal.

Tampoco es que aquello fuera en modo alguno el reverso de sus encuentros en la palestra. Anaxágoras era un luchador competente, un boxeador excelente, un

oponente rápido en el pancracio y ahora también un brillante espadachín. Sátiro era, como mucho, un músico mediocre. Le encantaba tocar, disfrutaba con cualquier música, en todo momento le sorprendía gratamente ser capaz de tocar algo pero rara vez practicaba en serio, de ahí que la mera digitación fuese el límite de su capacidad, y era poco frecuente que los deberes y los placeres le dejaran tiempo o ganas de tomar una lección completa.

—Toca la escala de nuevo. Esta vez, notas alternas —dijo Anaxágoras.

Sátiro hizo lo que le ordenaron.

—Otra vez, poniendo cuidado en el tempo. Que todas las notas tengan exactamente la misma duración —dijo Anaxágoras.

Su expresión contenida insinuaba que estaba disimulando una sonrisa. Sátiro tendía a tocar todas las notas de una melodía, pero sin la estricta adhesión al tiempo que era fundamental para interpretar la música correctamente.

—Una vez más —dijo Anaxágoras—. Tu costumbre de apoyar el pulgar en la caja de resonancia es parte del motivo por el que no logras hacer bien las transiciones.

Sátiro volvió la cabeza de golpe, con una réplica en la punta de la lengua. Pero cedió, pues la razón le dijo que enojarse con un profesor que intentaba ayudarlo era indigno, estúpido y pueril. Además, la expresión impostada del maestro daba a entender que aquello, en realidad, era una forma de venganza.

Tercer día en puerto. Parecía que Miriam estuviera a mil parasangas^[3], y un carguero de mineral de hierro se las había ingeniado para adelantarse a sus tres últimas naves de grano en el embarcadero, y pese a que la confusión se resolvió, había perdido un día más. En su irritación, cometió un error y la punta de la espada de Anaxágoras le dio en el cuello con tanta fuerza que notó cómo se le juntaba la parte delantera de la garganta con la trasera, y le dolió todo el día.

—Cuando estamos de campaña por estos mundos, en el décimo u onceavo día seguido de lluvia, y me siento una piltrafa y no queda vino, deseo haber disfrutado más de estos días —dijo Sátiro a Anaxágoras, que estaba sentado con la lira en el regazo. Le dolía la garganta y no tenía ganas de tocar. O, mejor dicho, tenía ganas de tocar bien pero ningún interés en llevar a cabo el trabajo preciso para conseguirlo.

—Eres rey, no mercenario —dijo Anaxágoras—. Seguro que tarde o temprano dejarás de luchar.

Sátiro se encogió de hombros.

—Lo veo poco probable. A lo mejor cuando Lisímaco, Tolomeo, Seleuco, Casandro y Demetrio y todos los demás cabrones intrigantes estén muertos. Pero entonces habrá otros, dalo por hecho. Tal vez incluso peores. He oído rumores de que Lisímaco se está preparando para marchar sobre mi territorio, sosteniendo que solo pretende circundar el Euxino camino de Asia.

—¿Ahora que va a casarse con Amastris? —preguntó Anaxágoras.

Sátiro miró el mar, azul como los ojos de su antigua amante bajo el resplandor del sol.

—Ya se han casado —dijo—, salvo que haya ocurrido algo que lo impidiera.

—¿Deberíamos beber a su salud? —preguntó Anaxágoras—. ¿Por eso estás tan ausente últimamente?

Sátiro derramó una libación.

—A Hera, diosa del lecho conyugal. Bendita sea Amastris. Que ambos sean felices.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Anaxágoras.

Sátiro sonrió. Lo hizo con una sonrisa irónica, pero no mezquina.

—Eso creo. Al menos hago lo posible para que así sea.

Anaxágoras se rio por lo bajo.

—Escucha, amigo, cuando yo era joven...

—¡Mira que barba tan canosa! —dijo Sátiro.

Anaxágoras echó una ojeada a Cármides, que estaba admirando a una sirvienta que, bastante cohibida, cruzaba la calle con una vasija de agua en la cabeza.

—Cármides hace que todos no sintamos viejos —dijo, y ambos rieron. El joven los miró y sonrió.

Sátiro correspondió a su sonrisa.

—¿Alguna vez será viejo Cármides? —preguntó.

Anaxágoras negó con la cabeza, descartando el tema.

—En cualquier caso, cuando yo era joven quería casarme con una muchacha muy guapa, una muchacha libre. Hija de un granjero de la zona. Era pudorosa y lista, y tenía unas piernas... Ay, incluso ahora, cuando pienso en ella...

—¡Por Afrodita, amigo! ¿Cuánto hace de eso, seis años? ¡Deja de contarlo como si hubiesen pasado décadas!

Sátiro se rio.

—Y mi padre me lo prohibió, claro. Los hijos de hombres ricos no se casan con hijas de granjeros, por más que tengan las piernas bonitas.

Se rio, pero tenía la mirada perdida.

Sátiro sintió un ligero desasosiego.

—Y lo peor de todo fue que yo lo sabía. Supe desde el principio que mi padre llevaba razón y que nunca me casaría con ella. Pero era testarudo y romántico, y la perseguí. El tiempo suficiente para convencer a su padre de que iba en serio. —Se encogió de hombros—. Y entonces me di cuenta de que era simplemente lista, no inteligente. Que le importaban mucho el dinero y las cosas buenas.

—Resulta fácil mofarse de esos sentimientos cuando eres rico —dijo Sátiro.

—Cierto. No es una historia bonita, y tampoco es que me haga quedar demasiado bien. —Anaxágoras se sirvió más vino—. Con el tiempo, dejé de verla. Fue fácil; al fin y al cabo, era una mujer libre y pudorosa, de modo que verla había exigido

enormes esfuerzos. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto —dijo Sático.

—Y luego, al cabo de un año, se casó. Se casó bien; mejor, en realidad, que si lo hubiera hecho conmigo. Con el hijo de un aristócrata, un hombre poderoso, bien relacionado y de rancio abolengo. Y a fecha de hoy todavía no sé decidir cuál fue mi papel en este asunto. ¿La amé? ¿Bendigo su éxito? ¿Tendría que haberme casado con ella? —Anaxágoras se terminó el vino—. ¿Lo ves? Nada de grandes lecciones. Solo la vida real.

Sático asintió. El silencio se instaló entre ellos sin incomodarlos. El silencio cómodo había sido el primer indicio de su amistad, y ahora perduraba como muestra de estima.

—Me preocupa no poder casarme con Miriam —dijo Sático.

La conexión era obvia. Miriam era judía, no helena. Hija de uno de los mercaderes más ricos del Mediterráneo, nadie podía insinuar que casarse con ella fuera casarse con alguien inferior. Pero era bárbara, extranjera.

—Lo sé —respondió Anaxágoras—. Yo me preguntaba lo mismo. Incluso me pregunté si al hacerle la corte estaba... Bah, yo qué sé. Una idea estúpida.

Sático sonrió.

—¿Redimiéndote, hermano?

—Más bien demostrando que no era un presumido. Aunque Miriam está muy por encima de cualquier afectación.

Se miraron a los ojos y Sático sonrió.

—Mi madre era más bárbara de lo que Miriam podría llegar a serlo —dijo.

—Tu padre no era rey, por supuesto. ¿Estaban casados tus padres? —preguntó Anaxágoras.

—Ante los griegos y los sakje —contestó Sático—. A veces tengo la impresión de haber estado presente, de tantas veces como he oído contarlos. Mi padre estaba de campaña contra Alejandro en el mar de Hierba. —Derramó vino al espíritu de su padre—. ¿Sabes que casi todos nuestros marineros e infantes adoran a mi padre como a un dios?

Anaxágoras asintió.

—Sé que Apolodoro lleva su amuleto, y Cármides también. —Sonrió—. ¿Te molesta?

Sático se encogió de hombros.

—Cuando era niño, creía que me hablaba. Y cuando el año pasado estuve enfermo tenía la sensación de que él y Filocles me visitaban constantemente. Y, sin embargo, Filocles nunca me dio a entender que mi padre fuese algo más que un buen hombre. Un patrón con el que me sería difícil medirme, digno pero nada más. —Volvió a encogerse de hombros—. A medida que me hago mayor, encuentro... ¿Cómo decirlo? Encuentro la idea de divinizar a mi padre un poco ofensiva. Obscena.

Anaxágoras asintió.

—Trato de imaginar cómo me sentiría si divinizaran a mi padre. —Se rio—. Y no puedo. Un buen hombre de negocios, un hombre piadoso y un buen padre para un hijo irresponsable. Pero la bondad no habita en él y, cuando fallezca, su espíritu no alcanzará los cielos para la apoteosis. —Anaxágoras se frotó la barba—. Ni siquiera estoy seguro de que la quisiera aunque se la ofrecieran.

Sátiro respiró profundamente. Acto seguido, cambió de tercio.

—¿Mañana? —preguntó.

Anaxágoras asintió.

—¿Por qué no dejamos de ponernos serios, bajamos al embarcadero y vemos cómo van las cosas?

El terral de primera hora de la mañana los alcanzó cuando ya habían dejado a tras la bocana del puerto, la enorme vela mayor desplegada para atrapar el viento del mundo, un ligero bóreas que soplaba hacia el oeste, casi de empopada en su rumbo a Atenas una vez doblado el promontorio del norte de Rodas. Las naves que habían ido cargadas de grano para Rodas ahora iban llenas de cobre de Chipre, tablas de cedro del Líbano, esclavos cualificados que en cuestión de dos años serían hombres libres en Tanais o Pantecapea, mármol, especias e incluso una remesa de muebles egipcios para un mercader muy rico de Olbia. También cargaban con las pesadas monedas de plata que habían cobrado por la abundancia de grano. Dos días después, las envió hacia el norte desde aguas de Lesbos, bajo la escolta de la mitad de sus barcos, al mando de Diocles, su trierarca de más confianza.

Aekes, un hombre menudo y exaltado, sacó su *Artemis Efesia* de la playa con estilo y se alejó hacia el oeste a remo; era la nave exploradora. Sátiro lo siguió con dos *penteres*, dos *triemiolas* y seis trirremes; casi una cuarta parte de su flota completa, siendo algunas de sus mejores naves, y también de las más despiadadas.

Ya extrañaba a Diocles, pues lo había visto muy poco durante la estancia en Rodas, pero mantener a todos sus mejores capitanes a su lado era una mala estrategia y una injusticia para con ellos. Se quedó con Aekes, no obstante, porque podía confiársele cualquier cosa; había trabajado duro para ascender a trierarca desde un puesto inicial de ilota espartano, y le debía a Sátiro su posición social, su ciudadanía y su fortuna.

Gobernando su *penteres*, no su amado *Areté*, incendiado durante el sitio de Rodas, sino el *Medea*, un quinquerreme más ligero y pequeño construido en Olbia, Sátiro reflexionó sobre Atenas como destino y sobre lo que aquella visita significaba para él. Más que tan solo ver a Miriam, aunque tuvo que admitir que verla era uno de los aspectos más importantes. Debía decidir, antes de que su proa tocara el gran muelle del Pireo, si tenía intención de casarse con ella. Pero en Atenas había otras oportunidades, otros peligros; allí era ciudadano, y sus actividades le habían granjeado buena y mala fama; era un héroe y un monstruo. Demetrio el sitiador era el señor de la ciudad en aquel momento. Sátiro quería desembarcar en Atenas preparado para hacer frente a cualquier cosa que pudiera suceder. Quería poner punto final al

conflicto bélico con Demetrio porque, entre otras cosas, estaba seguro de que pronto estaría en guerra con Lisímaco.

Mirando a Anaxágoras, que echaba un sueñecito bajo el sol, Sátiro rememoró su última conversación en Rodas y frunció el ceño. Cuesta mentirle a un amigo. Más cuesta todavía esconderte de ti mismo. La sensación de amargura, incluso de traición, debida al cambio de actitud de Amastris era más profunda de lo que nunca reconocería ante otro hombre. Se dijo a sí mismo que aquella sensación era solo consecuencia de que lo hubiese dejado plantado, como tampoco celos. Recordó que se habría acostado con Miriam cien veces, mil veces durante el sitio si ella hubiese estado dispuesta. Admitió que Amastris era gobernante, igual que él, y que se debía a su ciudad, igual que él.

A pesar de todo esto, no podía pensar en ella sin enojarse. Su decisión de casarse con el sátrapa de Tracia, un jugador principal en la guerra contra Antígono, hacía que la guerra contra Lisímaco fuese casi segura; una guerra que lo enfrentaría a Tolomeo, si no como un hecho inmediato al menos formalmente, y que tendría repercusiones en su vida personal, profesional y mercantil. Por eso había sido tan cuidadoso al elegir a los trierarcas que se llevaría a Atenas. Solo quería a sus hombres más dignos de confianza, hombres que velaran por sus intereses incluso si les ofrecían sustanciosos sobornos, incluso si los amenazaban. No sabía qué intentaría hacer la ciudad. Pero la puerta que había abierto la tregua con Demetrio debía dejarla como mínimo entornada, aunque eso significara comerciar con el enemigo. La boda de Amastris lo había puesto en aquella situación, y no tenía más opción que reaccionar de esta manera.

O al menos eso se dijo a sí mismo.

Así pues, llevaba consigo a Aeques como avanzadilla de exploración, y a Anaxilao y su hermano Gelón, aristócratas sicilianos, ricos y nada amigos de Atenas. Iban al mando del *Oinoe* y el *Platea*. Y Dédalo de Halicarnaso cerraba la formación a bordo de otro *penteres* pesado, el *Gloria de Deméter*, una nave famosa.

Sin embargo, no podía llevarse solo a sus capitanes más dignos de confianza. Ninguno de los demás eran hombres notables, y todos ellos eran nuevos para él; tenía a Ajax, el hijo de Eumenes de Olbia, un joven brillante con una nave nueva bautizada *Apolo de Olbia*, y otras dos naves de Pantecapea al mando gobernadas por parientes de su antiguo adversario Herón, el último tirano de Pantecapea: Likeles hijo de Draco y Eumeles hijo de Tirso, ambos demasiado jóvenes para haberse forjado una reputación. Llevaban dos trirremes ligeros, el *Tanais* y el *Pantecapea*.

Y, finalmente, tenía una pareja de *triemiolas* de construcción rodia, trirremes con media cubierta superior destinada a llevar velamen completo y más marineros, o infantes de marina. Sus capitanes eran hombres prósperos que había formado León: Sandokes de Lesbos, un petimetre famoso por su atrevida manera de navegar, trierarca del potente *Maratón*, y el etrusco Sarpax, a quien León había empleado durante veinte años. Sátiro alcanzaba a ver a Sarpax desde el timón porque el etrusco

era alto y estaba de pie en la proa de su *Rosa del Desierto*, a pocos largos de caballo de la popa del *Medea*.

Había puesto a los hombres menos experimentados en medio de la escuadra, tal como un buen *strategos* los situaría en una falange. Contaban con la ayuda de expertos timoneles; ahora su dinero y su reputación atraían a algunos de los mejores del océano.

Todo resultaba muy satisfactorio. Volvió la vista atrás para ver la alineación de sus barcos de guerra, todos bastante escorados a estribor por la presión del viento, con las velas bien orientadas, y los cabos que las cruzaban parecían ser restricciones para la bravura del mismísimo bóreas. Y detrás de sus barcos de guerra, dieciséis mercantes pesados: seis naves de grano atenienses que descollaban sobre el resto, y diez suyas. Una fortuna en grano, cuidadosamente vigilada, que representaba la riqueza de su reino y una nueva vía diplomática. Grano para Atenas.

La ciudad a la que Estratocles le había suplicado que lo llevara. Estratocles, que había maquinado sin la ayuda de nadie la traición de Amastris, su boda con Lisímaco. En el banco construido bajo las altas tracas de la popa junto al puesto del timonel, Anaxágoras abrió los ojos.

—¿Quién podría dudar de los dioses en un día como este? —preguntó.

Sátiro sonrió y miró hacia otro lado.

—Ajá —dijo Anaxágoras, bajando los pies a los tablones de la cubierta—. Tú podrías. ¿Piensas en Miriam?

Sátiro negó con la cabeza.

—Lisímaco, Casandro, Estratocles.

El último nombre lo escupió.

—No te ha causado ningún perjuicio —dijo Anaxágoras.

—Hmmm —respondió Sátiro.

—Ninguno, amigo. Tienes que mantenerte más alejado de todos... a un brazo de distancia, creo que decía Coeno. —Anaxágoras señaló el norte con el mentón, en dirección a la remota Tanais, donde Coeno era regente—. La aparente alianza con Atenas dará un respiro a todo el mundo.

Sátiro se encogió de hombros.

—Ya lo sé.

—Y no te gusta —dijo Anaxágoras—. ¿Alguna vez has pensado que los hombres hacen la guerra porque no quieren pasar por el tedioso proceso de mantener la paz?

Sátiro se rio.

—Aciertas de pleno. Precisamente andaba pensando cuánto más simple es la guerra abierta que la paz. Intimidamos a Atenas con nuestras naves de guerra mientras le vendemos grano de nuestra espléndida flota mercante, al tiempo que se lo vendemos a Rodas y ofrecemos nuestras naves a Tolomeo. Cuando Demetrio nos lanzaba sus piedras gigantescas, al menos sabíamos dónde estaba el enemigo.

Anaxágoras negó con la cabeza.

—No es verdad. Piensa en la traición de Néstor. Piensa en todos los idiotas que habrían vendido Rodas por un poco de dinero y una garantía de supervivencia. Piensa en el maremágnun de fines contrapuestos; esclavos, mercenarios, soldados, tus hombres, los rodios, viejos contra jóvenes... todas las facciones, todos los bandos. Aquello fue la guerra. —Anaxágoras sonrió cuando su mirada se cruzó con la de Cármides, que estaba haciendo ejercicios en cubierta—. Lo que tú deseas, señor, es tener la libertad de fingir que el mundo es sencillo, cuando tú y yo sabemos que en la guerra y en la paz el mundo es muy, pero que muy complicado.

Sátiro asintió.

—¿Quién te hizo tan sabio? —preguntó.

—Dionisio —contestó Anaxágoras—. Y el viejo Aristóteles también contribuyó, me figuro.

—Podríamos ir a luchar al Liceo —dijo Sátiro—. Te aguarda la gloria.

—Ahora sí que te escucho, hermano. Luchar en el Liceo, y las mejores cortesanas del mundo. Vaya, no quería decirlo en voz alta. —Se partió de risa ante la reacción de Sátiro—. ¡Te pillé, te pillé!

Sátiro también se rio. A popa, Sarpax saludó con la mano. También estaba riendo.

Hicieron recalada en Delos bien entrada la tarde. Sátiro era un hombre piadoso, y la oportunidad de volver a visitar el complejo de templos era muy atractiva, incluso con Atenas amenazando tan solo a unos días de viaje. Además se dijo a sí mismo que necesitaba un esclavo personal.

Varó sus naves en una playa del lado de barlovento de la isla y contrató a un pescador para que lo llevara a los templos que quedaban detrás del cabo. Sandokes y Aekes lo acompañaron junto con sus respectivos timoneles, y lo mismo hicieron Apolodoro y Cármides. Anaxágoras había comido marisco en mal estado en la playa y estaba ocupado devolviéndoselo a Poseidón, o al menos eso dijo con voz ronca entre arcadas.

Esta vez, Sátiro envió primero a Apolodoro a la playa para asegurarse de que los sacerdotes supieran que aquella era una visita religiosa, no una visita oficial. Luego bajó a tierra, no sin antes pagar al pescador un darico de oro para que los aguardara en la playa. El pescador lo mordió, lo examinó detenidamente y luego le dirigió una complacida sonrisa.

—Te habría vendido la barca, por esta moneda —dijo alegremente.

—No se lo digas a los sacerdotes o encontrarán la manera de quitártela —le advirtió Sátiro, bromeando solo a medias.

El pescador se rio y se alejó remando playa abajo hacia donde hombres más pobres aguardaban en fila su turno para acceder al templo.

Por descontado, nada de esperas para los reyes, ni siquiera para aquellos cuya visita no era oficial.

Sátiro se sentó en la antesala del oráculo, procurando poner la mente en un estado receptivo al dios. Había luchado con Anaxágoras antes de la travesía, y aquel encuentro le ocupaba el pensamiento. Anaxágoras lo había derribado con un brazo extendido y lo que había parecido un golpe de lo más suave con su cadera, y Sátiro descubrió en aquel movimiento toda una nueva expresión del equilibrio en el combate. No podía quitársela de la mente, le impedía alcanzar un estado meditativo.

Tras pedir disculpas a los dos hombres que aguardaban con él, un ateniense de linaje sacerdotal y un corintio, salió al pórtico del templo, adoptó una postura de lucha y comenzó a girar el pie en ángulos extraños.

Cuando se detuvo, el hierofante lo estaba observando.

—He visto a una mujer ofreciendo su danza al dios, pero nunca a un hombre ofreciendo su juego de pies en el pancracio. Sin embargo, el tuyo es muy bueno.

Sonrió, mas en absoluto con la gravedad y dignidad propias de un sumo sacerdote sino, por un momento, como un griego que sabía apreciar el buen deporte y un buen cuerpo.

Sátiro se avergonzó, sentimiento nada frecuente en él.

—Mis disculpas, no tenía intención de ser irrespetuoso. He estado practicando con la lira...

Se calló, sintiéndose como un adolescente pillado mientras acariciaba a una esclava.

El hierofante se rio socarronamente.

—Lo más probable es que tu dedicación a la lira nunca llegue a estar a la altura de tu destreza como luchador, mi señor. ¿Tendrías la bondad de venir conmigo?

—Todavía no me toca —contestó Sátiro.

—Te he cedido mi turno —dijo el sacerdote ateniense, inclinando la cabeza—. Estoy aquí en representación de mi ciudad para resolver un asunto menor relativo a leyes religiosas. —Sonrió—. Si hubiese sabido que vería a un famoso luchador de pancracio, habría venido más temprano.

El sacerdote ateniense iba vestido con sencillez y, sin embargo, saltaba a la vista que era un hombre de inmensa valía. También tenía un buen físico, alto y robusto.

Sátiro sonrió ante el cumplido e inclinó la cabeza a su vez.

—Señor, voy de camino a Atenas, donde también yo soy ciudadano. ¿Quizá podríamos quedar en el Liceo para un combate?

—Soy Policrates, hijo de Lisandro —se presentó el ateniense, y se dieron la mano—. Estamos haciendo aguardar al hierofante.

El hierofante asintió.

—Me parece que este encuentro ha sido el motivo por el que el dios te ha traído aquí. Este podría ser el único momento que el dios exigía. —Asintió ante la expresión confundida de Sátiro y Policrates—. A menudo es así. Brasidas conoció al Rey de los Tracios aquí. Vino a preguntar con qué medios podía derrotar a los atenienses en Tracia. Tengo entendido que nunca tuvo que hacer esa pregunta.

Se llevó a Sático cogido de la mano al lago sagrado y rezó en voz alta a Apolo, una plegaria muy antigua al viejo estilo jónico, con los brazos abiertos en cruz. Sático adoptó la misma postura y aguardó.

—Haz tu pregunta —dijo el sumo sacerdote.

—¡No vayas a Atenas! —exclamó una voz ronca y grave a lo lejos. Y luego se oyó reír. Sático volvió la cabeza y vio a un grupo de criados, posiblemente al servicio de Policrates, jugando al lado del templo.

El presagio fue claro para Sático. Miró al sacerdote, que le devolvió la mirada, todavía con los brazos abiertos.

—¿Estabas considerando un viaje a Atenas? —preguntó muy gentilmente.

—Tengo una flota de naves cargadas de grano hasta arriba, en ruta hacia Atenas. Hay una mujer... Es decir, a mi mejor amiga la tienen allí como rehén. Esas naves de grano garantizan mi buena voluntad. Debo ir a Atenas sin falta.

El sacerdote asintió tajantemente.

—Ojalá me hubiesen dado un dracma cada vez que un suplicante ha recibido una orden directa del dios y luego me ha informado, y conmigo a mi señor Apolo, que no le es posible obedecerla —dijo—. Ahora sería rico.

Sático había tenido intención de preguntar algo solemne, preguntar cómo podía servir mejor a su pueblo, o algo igualmente vago. En su opinión, en Delos lo más apropiado eran las preguntas vagas. Pero ahora se dejó llevar por la inspiración divina.

—Señor Apolo, Señor del Arco de Plata, Dios de la Lira, ¿qué debo hacer para sobrevivir en Atenas?

La voz ronca del fondo del templo del patio flotó a través del lago del templo:

—Huésped... la amistad sigue siendo sagrada... incluso en Atenas.

Tan claro como si lo hubiese dicho el propio sacerdote. En la distancia, unos hombres rieron. Muchas conversaciones se fundieron con la voz del dios.

Sático se planteó salir corriendo en busca de aquellos hombres para preguntarles de qué estaban hablando, qué chiste habían contado, qué anécdota procaz daba pie a aquellas manifestaciones tan parecidas a la voz del dios. Pero solo para ver el mecanismo del aliento del dios. Pues Sático estaba completamente seguro de haber oído la voz del dios flotando sobre el lago sagrado.

—Estás muy cerca de los dioses —dijo el hierofante.

Sático enarcó una ceja.

—Alguna vez me lo han dicho —respondió.

—Conozco a hombres que matarían por una respuesta tan clara como la que has recibido —dijo el hierofante—. Ven.

Regresaron juntos a la antesala del pórtico del templo. El ateniense estaba moviendo los pies tal como Sático lo había estado haciendo antes. Sonrió, también como un hombre mucho más joven pillado en un renuncio.

—Ya lo tengo —dijo—. Un movimiento muy corto de la cadera puede ser tan

potente como otro mucho más amplio.

Sátiro se encogió de hombros.

—Quizá no tan potente —respondió—, pero es bastante eficaz en espacios reducidos o en combates reales.

Policrates asintió.

—¿Puedo tomarte la palabra a propósito de nuestro encuentro en el Liceo?

Sátiro entornó los ojos.

—Permíteme hacerte un ofrecimiento mejor, señor. Jurémonos amistad y hospitalidad, aquí y ahora, y te llevaré de vuelta a Atenas. Podemos luchar en todas las playas del camino.

Los ojos de Policrates chispearon.

—Nada podría resultarme más grato —dijo—. Tanto más cuanto que me permitirá librarme de un aprendiz de trierarca francamente pesado que me ha amargado la vida. Ahora podré dejar que siga su derrota hacia Corinto. Si mal no recuerdo, no eres amigo de Demetrio.

Sátiro hizo una reverencia.

—No estamos en guerra, él y yo —contestó cuidadosamente.

Policrates asintió.

—Bien, más vale que lo sepas, yo soy amigo suyo. Tal vez su principal partidario en Atenas. ¿Aun así me llevarás a casa?

Sátiro le tendió la mano.

Policrates se la estrechó.

—Vayamos ante el dios.

Cogidos del brazo, con el hierofante detrás de ellos, obviamente complacido, se dirigieron a la presencia divina, donde ardía la llama. Hicieron los signos preceptivos al dios y acto seguido, obedeciendo las indicaciones del hierofante, se juraron amistad y hospitalidad. Sátiro las asumió como rey del Bósforo, con toda solemnidad, y Policrates le contestó con la misma moneda, como sumo sacerdote de Heracles en Atenas.

Cuando hubieron terminado, Sátiro miró a su nuevo amigo y asintió.

—O sea que eres el sacerdote de Heracles —dijo.

—Y tú su descendiente, ¿no? —preguntó Policrates—. Así pues, ambos somos heráclidas.

La flota del grano podría haber llegado a Atenas en dos largas y duras jornadas, pero Sátiro se permitió hacer el viaje en tres; de repente tenía menos prisa y estaba resuelto a conocer mejor a Policrates, además de recabar las noticias que pudieran darle los pescadores. La amenaza más probable procedía de Demetrio; le pareció evidente, cuando lo pensó tendido en la arena de Siros, observando la bóveda celeste sobre su cabeza, que Demetrio quisiera atraparlo y retenerlo. No había forma más

segura de impedir que volviera a entrar en guerra cuando la tregua firmada al final del sitio de Rodas expirase.

Además, Policrates era un luchador maravilloso en las distancias cortas, y Sátiro descubrió que podía aprender cosas con él. Tenía una técnica para luchar desde el suelo, una técnica que Sátiro había visto usar a Terón, aunque no se la había enseñado. Policrates podía hacer palanca apoyándose en los hombros y el cuello y asir con las piernas como si fuesen las tenazas de un herrero, agarrando a su oponente y derribándolo para obligarlo a forcejear en el suelo, forcejeo que Policrates, con su recia complexión, ganaba inevitablemente.

A Cármides le fastidiaba aquella técnica.

—¿Qué me impide largarme en cuanto te tiras al suelo? —preguntó al ateniense.

Sátiro negó con la cabeza.

—No siempre luchamos por decisión propia, Cármides. ¿Y si las circunstancias o Tiké te ponen a ti en el suelo? ¿Y si te atacan después de que te hayan derribado? No siempre luchamos desde una posición ventajosa.

—En realidad —terció Apolodoro, con una pronta sonrisa—, nunca parece que luchemos desde una posición ventajosa. Nadie te ataca porque estés preparado para ser atacado, jovencito.

Cármides, avergonzado, se sonrojó.

—Claro que no. Tendría que haberme mordido la lengua.

De hecho, eran casi multitud los que querían medirse con el fornido ateniense. Era cortés, cuidadoso y muy bueno.

Tan bueno que la primera noche venció a Sátiro, con un resultado de tres asaltos a dos. Sátiro estaba acostado, contemplando las estrellas. Hacía mucho tiempo que nadie lo había vencido. Podía consolarse pensando que no se había servido de toda su destreza, pero tampoco lo había hecho el ateniense, de eso estaba seguro. Nadie lo haría en un encuentro amistoso en la playa. Y hacía mucho tiempo que no había perdido, y estaba intentando soportarlo de buena gana.

Tras permanecer despierto una hora, se quitó de encima el manto y las pieles, recorrió la playa hasta el lugar donde guardaba su equipo debajo de su *aspis*, y cogió su cantimplora. Estaba llena de vino. Se sentó con la espalda apoyada contra la popa, recitó unos cuantos poemas para sí mismo y luego fue a buscar su lira de viaje, se dirigió al otro lado del cabo y tocó durante media hora. Se enfrascó en la interpretación, una de las mejores que jamás hubiese ejecutado. Cuando hubo terminado sus ejercicios y el himno a Apolo le entró sueño, de modo que regresó a su manto y cayó dormido en el acto.

—¿Me estoy volviendo más arrogante? —preguntó Sátiro.

Estaba entre los dos remos de gobierno del *Medea*, una hora después de zarpar de Siros, pilotando en un mar picado con el viento de empopada. Todos los remeros

disfrutaban haciendo de pasajeros mientras los tripulantes de cubierta se afanaban como hormigas para mantener las velas bien orientadas para aprovechar bien un viento traicionero.

Anaxágoras sonrió.

—Lo siento, pero... ¿cómo voy a saberlo? Vamos a ver, si uno tira alquitrán a una estatua negra...

Sátiro le arreó un manotazo con la palma abierta.

—Lo digo en serio —dijo.

Anaxágoras frunció el ceño.

—¿De veras? Todas las tragedias parecen contener este momento, hermano. ¿Alguna vez has conocido a una mujer que te preguntara si estaba gorda, deseando que le dieras una respuesta sincera?

Sátiro, consternado, miró hacia otro lado.

—O sea que la respuesta es que sí.

Anaxágoras se encogió de hombros.

—Sí. Es decir, el sitio endureció una parte de ti. Antes titubeabas un poco antes de dar ciertas opiniones. Ahora das por sentado que tu opinión es necesaria en todos los ámbitos. —Levantó una mano para prevenir las explicaciones de Sátiro—. Ahora bien, sin duda alguna, amigo, ahora eres rey, y también eres comandante. Pero ya que lo has preguntado, ¿puedo decir a modo de alegoría que soy un músico famoso, y que encuentro que eso no aumenta especialmente mi capacidad para dictaminar cómo navega este barco?

Sátiro intentó reír; al menos pintó una sonrisa en su semblante.

—¿Mientras que yo considero que siendo rey se justifica que exprese mi opinión sobre cualquier tema? —preguntó.

Anaxágoras negó con la cabeza.

—¿Lo ves? En realidad no te gusta mi opinión. —Puso los ojos en blanco—. Me imagino que seré ejecutado.

Sátiro miró el horizonte.

—Que te den —dijo—. He hecho una pregunta. Esperaba una respuesta menos categórica.

Anaxágoras negó con la cabeza.

—Sabías la respuesta antes de preguntar.

Sátiro suspiró.

—Estoy llevando muy mal las derrotas en los combates de pancracio.

Anaxágoras sonrió de oreja a oreja.

—¡Vaya, en eso puedes estar tranquilo! Creo que las estás llevando muy bien, no has gritado maldiciones ni insultos. ¿Cuándo perdiste por última vez?

—¿Perder rotundamente? —Sátiro reflexionó—. Hará tres o cuatro años.

Anaxágoras asintió.

—Bueno, pues te hará bien. Forja el carácter.

—Filocles, mi preceptor, decía lo mismo —dijo Sátiro asintiendo. Estaba picado, y hacia un gran esfuerzo para no demostrarlo.

—Todos los preceptores lo dicen —respondió Anaxágoras. Apoyó una mano en el hombro de Sátiro—. ¿Puedo decir, aun a riesgo de enojarte más, que has sido valiente al preguntarlo? ¿Y que puedes remediarlo fácilmente, callando de vez en cuando?

Sátiro apartó la vista, y se le ocurrieron varias respuestas. No obstante, una vez más consiguió sonreír.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

Policrates regresó de la proa, donde había estado tomando el fresco.

—¡Qué mañana tan perfecta! —dijo. Saludó a Anaxágoras con un gesto de asentimiento—. Mi señor, llevas muy buena compañía, buenos hombres, con buenos modales y verdadera excelencia. Ese Cármides...

Sátiro enarcó ambas cejas.

—Todo el mundo adora a Cármides —dijo.

—¿De dónde procede? —preguntó Policrates—. ¿Es de buena familia?

Apolodoro apareció en cubierta con la armadura puesta.

—Muy buena —dijo secamente—. ¿Espadas, Sátiro?

Hacía días que Sátiro no practicaba con armadura. Cármides acudió con presteza y lo ayudó a ponerse su *thorax* de bronce, y él y Apolodoro comenzaron a moverse arriba y abajo por la pasarela central.

Sátiro luchaba comidiéndose, resistiendo la tentación de emplearse más a fondo para compensar la derrota de la víspera. Y tras unos pocos mandobles, ya estuvo demasiado metido en faena para preocuparse de tales cosas. Apolodoro siempre lo había empujado al límite de sus posibilidades, y aquel día no era la excepción; en todo caso, luchaba mejor que de costumbre, dando grandes saltos, brincando desde un banco de remeros para asestar un golpe la mar de ingenioso en el cogote de Sátiro.

Pero Sátiro, después de comenzar despacio, se puso a su nivel. Luchó tan bien que llegó un momento en el que ambos se detuvieron, estaban en la plataforma de combate del centro de la nave, sin que ninguno de los dos hubiese empujado al otro hacia proa o popa. Cada uno dio un último mandoble sencillo y, casi como un solo hombre, se quitaron los yelmos, jadeando, y se echaron a reír.

—Buen combate —dijo Apolodoro—. Me has dejado sin aliento.

Sátiro tuvo que recurrir a la voluntad para no agacharse a fin de inhalar mayores bocanadas de aire. No se arriesgó a hablar, sino que simplemente se rio y dio una palmada en la espalda a su capitán.

Policrates aplaudió.

—¿Puedo? —preguntó—. No tengo armadura...

Sátiro se sentía mucho mejor. Sonrió.

—Puedes usar la mía si no te importa el sudor.

Policrates envió a su esclavo personal en busca de un *chitoniskos*.

—Debería decir algo simpático sobre el sudor de un rey —le dijo, cogiendo el *thorax*—, pero lo has dejado prácticamente empapado.

—Te toca medirte con Apolodoro —dijo Sático. En realidad, no lo hizo por rivalidad; Apolodoro era el mejor espadachín y quien estaba más en forma.

—Ah —dijo Policrates—, entonces debería aguardar hasta mañana, cuando no esté tan fatigado.

Apolodoro se molestó, tal vez porque hablaran de él en tercera persona.

—Ya me he recuperado, ateniense —dijo—. A ver qué haces.

Policrates no tuvo claro que le gustara semejante reacción, se le notó en el semblante, y Sático tuvo ocasión de ver el aspecto que tenía un hombre poderoso cuando estaba contrariado. Se le veía engreído y tonto, y Sático sabía que había tenido el mismo aspecto la noche anterior, cuando perdió el encuentro de pancracio. Asintió sin dirigirse a alguien concreto. Faltaba un día para llegar a Atenas, con todo el peligro que había anunciado la profecía mezclado con sus ansias de ver a Miriam; le pareció un buen momento para honrar a los dioses y esforzarse en la excelencia.

El esclavo de Policrates le llevó un *chitoniskos* de lino, una prenda de calidad con una banda roja. El ateniense se desnudó y se lo puso, y luego Sático lo ayudó a ponerse su *thorax* de escamas, que le quedaba bastante bien aunque un poco ajustado en el pecho. Sático ató los cordones lo menos dos dedos más flojos que cuando se lo ponía él; cuando se lo abrochaba, los ojetes se tocaban.

Policrates recogió el *aspis* de prácticas de Sático y lo movió de un lado a otro.

—Pesa —dijo, pareciendo más humano.

—Practico con un escudo más pesado... —comenzó Sático.

—Por supuesto. Tú combates en serio. —Policrates flexionó las rodillas, recogió la espada de madera y saludó a Apolodoro—. A tu servicio. Y no pretendía desairarte, señor, cuando he dicho que aguardaría a que hubieras descansado. Aquí me siento muy en desventaja. Vosotros sois soldados profesionales, atletas, hombres que viven como héroes de Homero, y yo soy un político rico de Atenas. Si no me he expresado bien, ruego que aceptes mis disculpas.

Apolodoro bajó la celada de su yelmo.

—No es necesario —dijo simplemente, y dio media vuelta para recorrer la pasarela de mando hasta la plataforma de mando del medio del barco.

Sático reparo en una mirada del ateniense que daba a entender que se sentía rechazado.

—Ha sido una disculpa cabal —dijo Anaxágoras.

—A veces actúa como un capullo —terció Sático.

Anaxágoras frunció los labios.

—Si estuvieras solo en esta nave, rodeado de asesinos...

Sático ladeó la cabeza a izquierda y derecha.

—Buena observación. No lo había visto así.

Tras unos momentos mirándose de hito en hito, ambos contendientes se

aproximaron; dos golpes cautos, uno cada uno, ambos fácilmente parados con el borde del escudo, y volvieron a separarse.

Cruzaron mandobles el tiempo que la nave tardó en recorrer la longitud de un islote minúsculo, y entonces Policrates arremetió.

O, mejor dicho, intentó arremeter, empujando con la pierna de atrás y girando la cadera para golpear a su oponente con el escudo.

Apolodoro se preparó, con el escudo ladeado para amortiguar el impacto, y alargó de golpe el brazo de la espada, por encima de la cabeza del ateniense, y acto seguido su oponente se encontró tumbado de espaldas en la cubierta, con la punta de la espada de Apolodoro en la garganta.

Policrates palmeó la cubierta indicando que se rendía y se puso de pie fluidamente; una buena exhibición de fuerza, para ser un hombre mayor. Se frotó la cadera en el punto en el que se había golpeado contra el tablado de la cubierta.

Pero se puso en guardia en cuestión de segundos, y volvieron a enzarzarse y la siguiente vez en que Apolodoro intentó un mandoble simple, el ateniense lo paró y retrocedió. Ambos encajaron unos cuantos golpes, unos pocos más Apolodoro, y entonces Policrates alcanzó a Apolodoro en el antebrazo con fuerza suficiente para hacerlo sangrar.

En el tiempo que un hombre tarda en decir una sola palabra, Policrates se había quitado el yelmo y estaba disculpándose.

—Te he dado muy fuerte. Perdona, camarada. Me estabas venciendo fácilmente y me he esforzado demasiado.

Negó con la cabeza.

Apolodoro sonrió.

—Sería un pobre hombre si no pudiera aguantar el tajo de una espada de madera, Policrates. Pero creo que por hoy ya he terminado.

Se abrazaron, no obstante, y Policrates fue más humano, y mejor recibido, después del combate en cubierta.

Aquella noche volvieron a luchar, pancracio de nuevo, y esta vez Policrates ganó tres asaltos consecutivos. Otros hombres aguardaban su turno para luchar con él, y Sátiro consideró que no debía pedir un cuarto asalto. No era solo una cuestión de tamaño, aunque el alcance de aquel hombre era impresionante; también lo era el de Terón, y Sátiro era capaz de empatar con Terón.

—Eres muy bueno —dijo Policrates, acercándose para abrazarlo.

Por alguna razón el cumplido enojó a Sátiro, pero aceptó el abrazo y se fue a tocar la lira. Cantó canciones de Safo a las olas y el ocaso, y pensó en Miriam, y se preguntó qué sorpresas lo aguardaban en Atenas.

Por la mañana reunió a los capitanes de sus naves de combate y los llevó, rodeando el cabo, hasta la playa donde habían juntado las naves mercantes.

—Apolo me dijo que Atenas será peligrosa para mí —dijo—. He estado pensando seriamente en ello y he entendido las palabras del dios: Demetrio intentará atraparme en Atenas —agregó.

Si esperaba consternación, se llevó un buen chasco. Sus capitanes estaban al tanto del rumor; habían oído hablar de su visita a Delos más de lo que Sátiro hubiese querido.

—Estaremos cubriéndote las espaldas —dijo Apolodoro.

Sátiro negó con la cabeza, imaginando el castigo que Demetrio infligiría a los rehenes si desembarcaba a sus infantes de marina armados en Atenas.

—No. No quiero parecer una amenaza. De modo que la flota de combate no entrará en el puerto. De hecho, quiero ver cómo desaparecen todos los barcos de guerra en cuanto avistemos el Pireo. Daré la señal con mi escudo; todos vosotros iréis a Egina. Si todo va bien, me reuniré con vosotros dentro de tres días. En caso contrario, Apolodoro tiene el mando y debe hacer lo que considere oportuno. Nada de rescates; aunque Demetrio me detenga, solo será el preludio de una negociación posterior. —Miró a su alrededor—. Permittedme repetirlo, amigos: si Demetrio me detiene, no será un acto de guerra. Nada de capturar naves atenienses, nada de atacar a su flota en Corinto. ¿Me oís, amigos?

Todos gruñeron; todos, excepto Aekes, que se limitó a asentir. Sátiro miró a su alrededor.

—Si por algún motivo Demetrio hace que me maten... Bueno, quedáis eximidos de vuestro juramento, pero consideraré un favor que hagáis todo el daño posible a su flota estacionada en Corinto.

Sonrió. Nadie correspondió a su sonrisa.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Apolodoro.

Sátiro negó con la cabeza.

—No —contestó—. Si no fuera por la profecía, no temería por mí en absoluto. Sería el colmo de la locura que Demetrio me atacara. Pero Apolo no habla a la ligera a los mortales.

Aekes negó con la cabeza.

—No tiene ningún sentido —dijo—. Si te toma prisionero, tú pierdes muy poco y Rodas es libre de romper el tratado.

—No mientras tenga a sus rehenes —contestó Sátiro—. Pero, aun así, estoy de acuerdo contigo, Aekes. He pensado en ello cada noche y no he logrado sacar nada en claro.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? —preguntó Anaxilao—. Acampamos en esta playa, nosotros llevamos la flota mercante a Atenas, vendemos el grano y nos

reunimos contigo aquí. Puedes entretenerte luchando con Cármides.

Todos se rieron. Sátiro negó con la cabeza.

—Tengo asuntos personales en Atenas —dijo.

—¿Asuntos con las piernas largas? —preguntó Aekes, aunque en voz muy baja—. Escucha, señor —dijo, más alto—. No soy un hombre piadoso, pero si el dios ha sido tan directo contigo, ¿por qué no lo obedeces? ¿Te quedas aquí? Dinos a quién quieres ver y te lo traeremos.

—Abraham es rehén de Demetrio —dijo Sátiro—. No podéis sacarlo de Atenas, y necesito verlo.

Sus capitanes lo miraron con algo parecido a la sospecha.

—Voy a ir a Atenas —insistió Sátiro.

—¿Sin tu flota? —preguntó Sandokes—. ¿No debería ser al revés? Si tienes que ir, ¿por qué no hacerlo con una demostración de fuerza?

—¿Podéis estar tres días armados y listos para combatir? —preguntó Sátiro—. ¿En medio de la flota ateniense? No. Confiad en mi criterio, amigos. Y obedeced; os pago el salario. Id a Egina y aguardad.

Sandokes estaba descontento y no tenía el menor interés en disimularlo.

—Señor, siempre obedecemos. Somos buenos capitanes y buenos combatientes, y la mayoría de nosotros llevamos unos cuantos años contigo. El tiempo suficiente para ganar el derecho a avisarte cuando te equivocas de plano. —Tomó aire—. Señor, te equivocas. Llévanos a Atenas; con diez naves llenas de combatientes nadie osará ponerte un dedo encima. O, mejor aún, quédate aquí, o ve tú a Egina y nosotros iremos a Atenas.

Sátiro se encogió de hombros, enojado.

—¿Todos pensáis lo mismo? —preguntó.

Sarpax negó con la cabeza.

—No —dijo—. Aekes y Sandokes tienen su parte de razón, pero yo te obedeceré. No sé exactamente cuál es tu relación con Demetrio, y tú sí. —Miró a los demás capitanes—. No lo sabemos.

Sandokes negó con la cabeza.

—Obedeceré, señor; aunque supongo que se me permite no estar de acuerdo.

Sátiro se mordió el labio. Superado el enojo, eligió sus palabras cuidadosamente.

—Agradezco que intentéis ayudarme. Espero que confiéis en que he pensado en esto tan detenidamente como he podido, y que tengo una visión más amplia de los factores en juego que cualquiera de vosotros.

Sandokes no se echó para atrás.

—Espero que te des cuenta de que en el fondo solo velamos por tus intereses, señor. Y que no deseamos buscar empleo en otra parte mientras tu cadáver se enfría. —Se encogió de hombros—. Nuestros remeros son cada día más duros, tenemos buenos timoneles y buenas naves con los fondos limpios. Apuesto a que podemos apresar veinte naves en esta agua. Nadie, nadie con dos dedos de frente, se meterá

contigo mientras estemos en el puerto.

Sátiro esbozó una sonrisa forzada.

—Si lleváis razón, os autorizaré de buen grado a que me lo digáis —respondió.

Sandokes dio media vuelta. Aekes lo agarró del hombro.

—No voy a cambiar de parecer —dijo Sátiro.

Sandokes se encogió de hombros.

—Zarparemos hacia Egina cuando tú digas —dijo Aekes.

Sátiro no había tenido semejante premonición de un desastre en toda su vida. Estaba ignorando el consejo de un dios y el de todos sus mejores capitanes y navegaría hasta Atenas sin protección. Pero su intuición, la misma que lo ayudaba a bloquear una estocada en un combate, le decía que lo último que le convenía era provocar a Demetrio.

Se lo explicó a Anaxágoras mientras los remeros empujaban las naves al agua. Anaxágoras tan solo negó con la cabeza.

—Me siento como un idiota —dijo Sátiro—, pero no voy a cambiar de parecer.

Anaxágoras suspiró.

—Cuando estemos cerca del Pireo, pasaré al *Miranda* o a otra nave de carga. Quiero que te quedes con la flota —dijo Sátiro—. Por si acaso.

Anaxágoras recogió el petate de cuero que contenía su armadura y la pesada bolsa de lana con su ropa de navegar y su lira.

—Muy bien —dijo secamente.

—Piensas que soy un idiota —dijo Sátiro.

—Pienso que arriesgas tu vida y tu reino por ver a Miriam, y sabes perfectamente que no tienes por qué hacerlo. Miriam te ama. Te aguardará. De modo que sí, pienso que te estás portando como un idiota.

Sátiro entrecerró los ojos.

—Has preguntado —dijo Anaxágoras inocentemente, y se marchó.

3

El Ática apareció entre la calima del mar, una neblina tan fina que un campesino no habría reparado en lo limitada que era la visibilidad. Sátiro veía las montañas, pero la costa seguía sin verse.

—Tengo un favor que pedirte —murmuró Policrates, que apareció de súbito a su lado.

Sátiro estaba junto a la borda. Su timonel, Thrassos, llevaba los remos de gobierno, a una estocada de él.

Se volvió hacia el sacerdote ateniense.

—Somos amigos de hospitalidad —dijo Sátiro—. Si puedo hacer algo por ti, lo haré.

Policrates se ruborizó.

—Siendo así, estoy en deuda contigo. Necesito que desembarques a mi esclavo en el templo de Poseidón. En Sunion. Se trata de un asunto religioso, el asunto que me llevó a Delos. Y él es... muy bueno llevando mensajes.

Sátiro apenas se había fijado en el joven, un muchacho desgarrado con la cara llena de granos y espinillas. Ahora que Sátiro lo miraba, era bastante musculoso en relación con su osamenta. Tenía el pelo negro. Era mayor de lo que parecía a primera vista.

—Parece griego —dijo Sátiro. Asintió mirando al joven. Su aspecto le gustaba a pesar de las espinillas.

—Sus padres eran tebanos. —Policrates miró a lo lejos—. Amigos míos, de hecho. Lo que Alejandro hizo allí... fue brutal. Horrible. En realidad Jasón no es esclavo, sino más bien una especie de protegido. Y me presta sus servicios. —Policrates miró en derredor—. Me sirve políticamente, si entiendes lo que quiero decir.

Sátiro pensó que era notable la poca información que Policrates acababa de transmitir, dado que había bajado la voz hasta un tono prácticamente inaudible.

Sonrió al muchacho. Era de la edad de Cármides o un poco más joven, iba muy erguido pero lo envolvía ese aire indefinible propio de la esclavitud. Su actitud hizo que Sátiro viera a Policrates de un modo distinto.

Se puede juzgar a un hombre por sus perros, o por sus esclavos. Sátiro esperó que ninguno de sus esclavos presentara alguna vez el mismo aspecto que aquel muchacho. «Estoy buscando motivos para tomar antipatía a Policrates —pensó—. Porque es capaz de vencerme en la disciplina deportiva que se me da mejor».

—Será un placer desembarcarlo en Sunion. —Sátiro se volvió hacia Thrassos—. Avísame cuando veas el templo de Poseidón con claridad —le dijo.

Thrassos enarcó una ceja. Sátiro tuvo ganas de preguntar a los dioses por qué todos los timoneles eran unos capullos arrogantes, discutidores y engreídos, pero ya sabía la respuesta.

—Cuidado con tu estela —le advirtió, injustamente.

«Qué desabrido que estoy esta mañana», pensó.

Sátiro hizo que el *Medea* sirviera de guía, adentrándose en la cala que se abría a los pies del templo. Con su escudo emitió destellos a las demás naves, izó una bandera roja en popa y esperó que lo entendieran; sus capitanes de guerra conocían casi todas las señales, pero no tan bien como los hombres que habían servido en los mares de Egipto el año anterior, como Aekes, y los capitanes mercantes las desconocían por completo.

El *Medea* avanzaba raudo hacia la playa a remo, y Policrates estaba en la proa con el joven Jasón, susurrándole con apremio.

—Es un jodido espía —espetó Thrassos, señalando con el mentón a Policrates.

Cármides asintió, mostrando su parecer.

—No es un buen hombre, por más diestro que sea en pancracio.

—Habló el paradigma de la hombría griega —dijo Sátiro.

Cármides se sonrojó y apartó la mirada.

—Un jodido espía —insistió Thrassos.

—El propio Apolo me dijo que lo hiciera mi amigo de hospitalidad —dijo Sátiro.

—Nunca he sido un gran seguidor del Dios de la Luz —respondió Thrassos—.

No es exactamente un dios para hombres.

Anaxágoras estaba terminando sus ejercicios. Dio una patada seca, un ataque a la espinilla, con el pie izquierdo, un puñetazo con la derecha, y volvió ligeramente la cabeza.

—¿Quién no es dios para hombres, Thrassos? ¿Y quién te curó cuando tuviste cierta, hmmm, dolencia? —preguntó.

Thrassos se puso rojo como un tomate; una llamarada de color desde el medio del pecho hasta su cabeza pelirroja, que hizo que sus oscuros tatuajes resaltaran como marcas de ganado.

—No pretendía ofender —dijo—. Solo que no es mi favorito.

Anaxágoras enarcó una ceja.

—Tú, amigo bárbaro, adoras a un dios de la tormenta que ni siquiera está incluido en los panteones más civilizados y crees que el amuleto que llevas al cuello te protegerá mejor de ahogarte que aprender a nadar, ¿eh? Ten más respeto por nuestros dioses.

—Alguien está de mal humor —murmuró Thrassos.

—No has sido demasiado respetuoso con sus creencias, que digamos —dijo Sátiro. En la proa, Jasón ya había recibido sus instrucciones.

—No vararemos la nave en la playa —dijo Sátiro—. Daremos media vuelta en cuanto veas la arena debajo del agua.

—Sí, señor. En la barra de arena.

Thrassos envió a un chico a proa para que voceara la profundidad que hubiere bajo el espolón.

Policrates fue a la popa.

—¿Puedo darte las gracias de nuevo, mi señor? Toda tu flota demorada; esto es verdadera amistad, desde luego. Pero mi chico sabe nadar. Está preparado.

Sátiro vio que el muchacho estaba desnudo en la proa, con toda su ropa en un petate de cuero. Saludó como un atleta al inicio de una competición, gesto que le hizo ganar puntos en la estima de Sátiro, y saltó al agua desde la barandilla de la plataforma de combate, desapareciendo bajo la superficie un buen rato, un rato verdaderamente sorprendente, tanto así que Sátiro comenzó a escrutar el mar, preguntándose dónde había emergido la cabeza oscura, y al cabo comenzó a temer por la suerte del muchacho.

—Es un nadador de primera —dijo Policrates—. Y un buen luchador. Un buen hombre en todos los sentidos. —Suspiró—. La verdad es que no podría vivir sin él.

El muchacho emergió lejos, más lejos de donde a Sátiro se le habría ocurrido mirar, a medio camino de la playa.

—Listos para virar —dijo Sátiro.

Thrassos sonrió. Ya habían iniciado la virada.

—Muy bien, sabelotodo. Abarlóame al *Miranda*. —A Policrates le dijo—: Tu Jasón me ha hecho recordar que quería comprar un esclavo personal en Delos.

—Estaré encantado de prestarte uno de mi casa —dijo Policrates—. Si te gusta, puedes comprarlo. ¿Qué tipo de cuerpo te gusta?

Sátiro se rio.

—No me refería a esa clase de esclavo personal, amigo mío. Me refería a un sirviente, un hombre que cuide de mi ropa, me trence el pelo, limpie mis armas y no se separe de mí en los combates.

Policrates negó con la cabeza.

—¿Un esclavo? ¿En un combate?

—Oh, lo liberaría si me sirviera bien.

Sátiro notó que había impreso cierta causticidad a su voz.

Eso pareció acallar a Policrates, cosa bien desafortunada puesto que todavía les quedaban unas cuantas horas de navegación. Los remeros se estaban empleando a fondo, y Sátiro recorrió la sección central del *Medea*, hablando con sus hombres de la cubierta superior para asegurarse de que supieran que estaría fuera unos días pero que regresaría.

Notó el cambio cuando la nave efectuó una virada cerrada y subió la escalera de popa desde la cubierta de los tranitas en un abrir y cerrar de ojos. Sacó su petate de debajo del banco del timonel, abrazó a Thrassos y se despidió de Anaxágoras y de Cármides con un gesto de la mano.

—No dejes que te maten —dijo Anaxágoras—. Y llévate la lira. Nada mejor que un rato en una celda para practicar.

—Que te den —respondió Sático, pero cogió la lira y abrazó a aquel hombre, a aquel cabrón deslenguado que se había convertido en amigo. Después abrazó a Cármides y a Apolodoro.

—Creo que deberías llevarme contigo —dijo Apolodoro—. A mí, como mínimo.

—Estáis poniendo demasiado énfasis en esto —dijo Sático—. Y, Apolodoro, eres mi comandante en funciones. Te necesito con la flota.

Le dio otro abrazo, recogió su equipaje y salió de la borda del *Medea* a la sección media, mucho más alta, del *Miranda*. Policrates lo siguió, y luego Fileo, su cómitre, lanzó el equipaje de Policrates a bordo, las bolsas impulsadas por sus músculos volaron por los aires antes de caer con estrépito sobre el liso entarimado de la nave mercante.

Y de pronto sus amigos se mantuvieron a una eslora de distancia durante dos horas mientras recorrían la costa del Ática, Anaxágoras claramente visible tocando la lira en la proa, y luego la cítara, y después cantando para los remeros. Durante todo el tiempo que estuvo tocando música, los remeros trabajaron impecablemente; el tempo era preciso, y el hincapié de Anaxágoras en el ritmo y el metro al tocar surtían un efecto patente en el manejo de los remos. También oyó cantar a Cármides, tomando lecciones de Anaxágoras. Y la risa de Thrassos. Y la voz de Apolodoro castigando a un epíбата^[4] por lo que llamó terquedad, un delito que Apolodoro sabía manipular a su conveniencia.

—Por lo general no me parece apropiado... liberar esclavos —dijo Policrates, al cabo de un rato—. Pero deduzco que tú eres de la opinión contraria, y no pretendo discutir contigo.

Sático encontró bastante interesante la maniobra de la nave mercante. Tenían veinte remos en el agua, pero también manipulaban la gran vela mayor cuadrada izada en el mástil con mucha más delicadeza; el mástil salía de un casco mucho mayor, y tenía muchos más cabos para rizar, permitiendo reducir el velamen a distintos tamaños y girar medio círculo la inmensa botavara. Ningún aparejo era muy distinto de su equivalente en una nave de guerra, pero el conjunto era más fácil de maniobrar y permitía navegar con unos pocos más ángulos de viento. Sático estaba tratando de dilucidar cómo podría aparejarse de la misma manera una nave de guerra cuando Policrates interrumpió sus pensamientos.

—¿Perdón? —preguntó.

—Piensas que debería liberar a Jasón —dijo Policrates.

Sático puso mala cara.

—No es asunto mío —respondió.

—Lo has dejado bastante claro. Y tu timonel se tomó su tiempo para informarme de que liberas a casi todos los esclavos que compras.

El ateniense había cuadrado los hombros como un hombre preparándose para luchar.

—Lo hago, es verdad. Cuando éramos niños, mi hermana y yo juramos tener tan

pocos esclavos como pudiéramos. Soy consciente de que ninguna sociedad puede vivir sin ellos pero me parece un gesto de *areté*^[5] mejorar su situación cuando me lo puedo permitir.

Sátiro avistó Egina claramente por la amura de babor. Volvió la cabeza. Tal como esperaba, el *Medea* ya estaba haciendo señales, y todas las naves de la escuadra de guerra viraron a la vez, y de pronto estuvieron en línea de combate, con los remos resplandecientes bajo el sol.

—Apolodoro nos está dedicando una demostración —dijo Sátiro.

—Tus hombres temen que te apresen en Atenas.

No fue un pregunta. Sátiro se encogió de hombros.

—Sí —contestó.

Policrates negó con la cabeza.

—Me cuesta imaginarlo —dijo—. Demetrio te tiene en gran consideración, tal como lo hace con cualquier hombre en el círculo del mundo.

Sátiro sonrió.

—No tengo palabras para decirte cuánto me tranquilizas —dijo. En su fuero interno se preguntó, de repente, si todo aquello era un montaje: el sacerdote, Delos, una estratagema para atraerlo...

Tonterías. Nadie más que los dioses sabía que iba a ir a Delos. Y de todos modos se dirigía a Atenas; su corazón le decía que era Miriam, y solo Miriam, lo que lo conducía en persona a Atenas; era inconcebible que le hubiesen tendido una trampa. No necesitaba otro aliciente. Y nadie podía saber en qué medida se sentía atraído por Miriam, salvo que...

—¿Por qué no te quedas conmigo, amigo de hospitalidad? —preguntó Policrates—. En mi casa no tienes nada que temer. Tengo guardias y hombres y todo eso, y además, todo el mundo me conoce.

—Estaría encantado —respondió Sátiro—, pero soy ciudadano, tengo casa propia.

Policrates asintió, con la mirada ausente.

—Lo había olvidado. Pero debo insistir en que eres bienvenido. ¿Tal vez hasta que te instales y contrates personal?

Sátiro se rio.

—Tengo planeado quedarme solo tres días, y ahora que lo pienso sería una tontería dormir en una casa que huele a moho cuando puedo estar cómodo en la casa bien amueblada de un amigo. De modo que sí, acepto gustoso tu invitación.

—¿Tienes otros asuntos que atender, aparte de descargar tu grano? Estoy convencido de que el rey Demetrio estaría encantado si lo visitaras, pero sospecho que ahora mismo está en Corinto. Ha sitiado el Acrocorinto.

Sátiro no lo sabía. El lugar más inexpugnable de Grecia. «No pudiste tomar Rodas y ahora pruebas suerte allí. Tal como yo tenía que ganar con la espada lo que había perdido en el pancracio».

—Creo que no tendré tiempo en este viaje —dijo—. Además, mis aliados probablemente no verían con buenos ojos que hiciera una visita social a Demetrio.

Policrates asintió.

—Me había preguntado...

—¿Preguntado? —preguntó Sático.

—Hmm. —Policrates esbozó una sonrisa—. Todo esto de tener asuntos que atender en Atenas. Me había preguntado qué te traías entre manos. —El ateniense levantó la mano—. Por favor, no te estoy pidiendo que me confíes tus secretos, pero la gente hablará.

Sático negó con la cabeza.

—Son asuntos personales. Mi amigo Abraham Ben Zion, un ciudadano de Rodas, está aquí como rehén. Necesito verle.

—Por supuesto —respondió, en un tono de voz que daba a entender que no se creía una sola palabra.

Sático no tenía la menor intención de hablar con alguien acerca de Miriam. Las complicaciones de su relación solo se multiplicarían si la hacía pública. Y para un animal político como Policrates, pese al juramento de hospitalidad, tal conocimiento le arrogaría un inmenso poder... y el dominio sobre Sático.

Una vez más pensó que lo que estaba haciendo era una estupidez. Si en efecto conseguía verla, no sería en privado. Tampoco sería fácil. Y para cualquier observador atento resultaría en extremo patente que había ido a Atenas para verla.

Por descontado, lo más seguro sería no verla.

Sático sonrió. No iba a hacer lo más seguro. Desde el sitio de Rodas se había familiarizado con su propia mortalidad. La vida era, de hecho, muy corta.

«La quiero ahora —pensó—. Quizá no haya un mañana».

—El Pireo —dijo Policrates—. Atenas.

Y allí estaba el puerto, y el Partenón resplandeciente bajo el sol, lejos, en lo alto de la acrópolis, uno de los panoramas más nobles del mundo.

El *Miranda* fue la última nave en entrar. Cleóstenes, su capitán, era el oficial mercante de más alto rango de Olbia, y quería ver todos los cargamentos a salvo antes de atracar, con lo cual aumentó la estima que le profesaba Sático. Las naves de guerra se habían marchado, perdidas en la bruma de las costas de Egina, y Sático sabía que, para entonces, Apolodoro y todos los demás tierarcas estarían pagando a los remeros, que pronto estarían bebiendo, fornicando o, solo posiblemente, visitando a familiares en tierra. Le constaba que Egina proporcionaba un buen número de remeros.

El Pireo tenía más embarcaderos que cualquier otra ciudad del mundo excepto quizás Alejandría, y se esperaba la llegada de la flota de grano, anunciada por todas las barcas de pesca que la habían avistado a primera hora de la mañana. Había dos

embarcaderos despejados de punta a punta, y todo estaba dispuesto; doscientos esclavos de la ciudad aguardaban en pelotones para ayudar a los estibadores a descargar las vasijas de grano, carretas, asnos... y casi a los pies de Sático, mientras el *Miranda* se abarloada, estaba el factor de León en Atenas, Harmonio, un liberto de Alejandría. Sático lo conocía desde que era niño. No era alto ni tenía un físico imponente, pero tenía una cabeza para el cálculo sin paragon en la casa de contabilidad de León, y sus hombres lo utilizaban en todas las transacciones comerciales. Tenía una piel morena que recordaba el cuero lustrado, buen cuero caro, y pelo oscuro rizado, y a pesar de haber llevado vida de esclavo, o quizá porque ahora era un hombre libre, lucía una sonrisa perpetua que hacía fácil hablar y aprender cosas con él. Sático había aprendido geometría con Harmonio en Tanais y en Atenas, antes de que Filocles regresara de una campaña con Diodoro para convertirse en su preceptor.

Sático saludó con la mano y Harmonio correspondió a su saludo y señaló a otro hombre.

—¡Aguarda donde estás, mi señor! —gritó Harmonio.

Sático tuvo ganas de reír. Harmonio le había desollado la espalda con una vara cuando no prestaba la debida atención; que lo llamara «señor» parecía un tanto incorrecto.

El hombre que lo acompañaba llevaba armadura. Subió por la pasarela y él y Harmonio hicieron respetuosas reverencias a Sático.

—Señor, permíteme presentarte a un oficial de la ciudadela: Lisandro, hijo de Nicomedes de Atenas. Se encarga de recaudar el impuesto naval que pagan las naves extranjeras. Le he explicado que no adeudamos impuesto alguno y que así lo garantizó el propio Demetrio. Tengo una carta a tal efecto.

Sático se encogió de hombros.

—¿Cuál es el supuesto problema, Lisandro? Este grano es mío y soy ciudadano de Atenas. Puedes ver por ti mismo que la mitad de estas naves son atenienses con tripulaciones atenienses.

El joven se quitó el yelmo y se secó la frente. Sático lo miró de arriba abajo, y resultó no ser tan joven como había supuesto. Tenía una cicatriz ancha que le cruzaba el puente de la nariz, casi como la que tenía Estratocles. Fue un extraña idea al azar.

—Lo siento, mi señor, pero órdenes son órdenes. La ley ha cambiado, o mi capitán ha cometido un error. Nos han ordenado cobrarte el impuesto naval.

Se encogió de hombros a modo de disculpa.

Sático notó que arrugaba la frente y combatió esa expresión, esforzándose en mantenerse sereno y de buen talante.

—Muchacho, con toda la buena voluntad del mundo, ruego que le digas a tu capitán que si persiste, Harmonio, aquí presente, lo llevará ante un tribunal. No soy un hombre difícil pero tampoco un mercader cualquiera al que la ciudadela pueda emplazar.

Sátiro miró a Policrates, que asintió.

—Tal vez pueda ayudar —dijo Policrates, interviniendo por primera vez—. ¿Me conoces, señor?

El soldado negó con la cabeza.

—Me temo que no, señor.

Policrates enarcó una ceja.

—Asistes a la asamblea, ¿verdad? Muy bien. Soy Policrates, sacerdote de Heracles. Serviré de fiador de estos cargamentos hasta que sea posible ponerse en contacto con el señor Demetrio.

El soldado no cambió de opinión.

—Eso serían... no menos de sesenta talentos de oro —dijo.

Policrates se encogió de hombros, ahora abiertamente displicente.

—Habla con mi administrador, entonces. Te los mostrará. Y eso es lo más cerca que estarás de ellos hasta que haya hablado con ciertas personas.

El soldado negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no voy a permitir esto. Tienes que dejar de descargar.

Policrates negó con la cabeza.

—Perdona, hijo, pero eres un idiota. Estos hombres son importantes, este grano es importante para la ciudad. Ve a decirle a tu capitán... Es mi amigo Isocles, ¿no? Ve a decirle a Isocles que se equivoca de medio a medio, y que si viene a mi casa esta noche a tomar una copa de buen vino, podrá discutirlo con nosotros. ¿Lo has entendido, muchacho?

—Nadie me llama muchacho —dijo el soldado.

—Yo sí. —Policrates no cedió terreno—. ¿Quién coño eres y a qué viene esa actitud?

Sátiro se interpuso entre ambos.

—Está claro que hay un malentendido. Ve a comprobarlo con tu capitán. Aguardaré.

El soldado dio media vuelta y se marchó, las tachuelas de sus sandalias crepitaron sobre la pasarela.

—Soldados de la ciudad; efebos y mercenarios desplazados. Me disculpo en nombre de la ciudad —dijo Policrates.

Sátiro se volvió hacia Harmonio y lo abrazó.

—Viejo maestro... ¡Tienes todo el pelo blanco!

Harmonio se rio. Luego miró al soldado, que ya estaba en la otra punta del embarcadero con su pelotón.

—Ni siquiera cuando Atenas estaba técnicamente en guerra con Alejandría tuve este tipo de problemas con un cargamento. —Negó con la cabeza—. Me mantengo al día sobre los cambios legales pero solo soy un meteco y no me ha querido hacer caso.

Sátiro sonrió.

—No hay de qué preocuparse. Tal como dice Policrates, no es más que un

mercenario a quien se la han subido los humos. Bajemos nuestras cosas a tierra. Después practicaré con la lira mientras aguardo a que regrese.

—No lo dirás en serio —dijo Policrates—. No debemos aguardar ni un momento. Conozco a su capitán. Por Heracles nuestro ancestro común, conozco a todos los hombres de esta ciudad. No hay necesidad alguna de que el rey Bósforo aguarde como un mercader cualquiera. Subiremos a mi casa a caballo, y si Isocles necesita algo de ti, que venga a vernos. ¡Eres un rey!

Sátiro sonrió con ironía.

—Aquí, en Atenas, solo soy un ciudadano más —dijo. Luego asintió—. Pero gracias. Tienes razón. Vayámonos.

Alquilaron una carreta tirada por dos asnos y también dos caballos, monturas mediocres desde el punto de vista de un jinete de caballería pero buenos animales para un ateniense. Su propietario estaba justo en el embarcadero, ansioso por servir y encantado de cobrar la tarifa completa.

—¡Déjame a mí! —protestó Policrates—. Eres demasiado cortés. Lástima que no trajeras contigo a Cármides o Anaxágoras, son hombres cabales.

Sátiro miró hacia el embarcadero con los ojos entrecerrados por el brillo del sol.

—Tuve que tomar algunas precauciones.

—Tendrías que haberme abierto tu mente —dijo Policrates—. Te habría tranquilizado.

Sátiro montó, su cuerpo pasó del transporte acuático al equino con un solo movimiento, y a pesar de la tendencia del caballo a respingar hacia la derecha, encontró que respondía bastante bien; una montura decente, siendo una bestia alquilada en el puerto.

Había pagado al granjero para que llevara sus pertenencias a casa de Policrates, y ambos montaban sin trabas por el muelle, sorteando a los estibadores.

Los soldados de la muralla los miraron con severidad, y Policrates desmontó para hablar con el filarco de la puerta. Cuando la hubieron cruzado, se encogió de hombros.

—Saben quién eres, y no sabían nada de que Isocles te exigiera el impuesto naval —dijo—. Todo esto es un desatino, Sátiro. Si Isocles tiene tantas ganas de hablar contigo, ¿por qué no nos han detenido en la puerta?

Sátiro negó con la cabeza.

—Ni idea —respondió. Siguió su camino al trote, adelantando carretas, una docena de carretas que ya iban cargadas con vasijas de grano del Euxino.

—¿Hay alguien que pudiera intentar robarme el grano? —preguntó Sátiro.

Policrates negó con la cabeza.

—Cualquiera que te atacara tendría que estar loco —contestó—. La venganza de Demetrio sería terrible.

Siguieron cabalgando. El verano comenzaba a agostar la hierba y había flores por doquier, tanto así que la tierra parecía estar particularmente llena de vida para un

hombre que había pasado varias semanas enteras en el mar. Sátiro estaba sonriendo a un macizo de jazmines cuando Policrates dio un grito y se cayó del caballo.

Sátiro tardó demasiado en percatarse de que su amigo y anfitrión había recibido una pedrada lanzada con honda en la cabeza y que se tapaba la frente; le manaba sangre entre los dedos de las manos y abría y cerraba la boca como un pez. Un puñado de hombres lo rodeó. Y dos de ellos agarraron su brida. Todos portaban espadas y algunos, lanzas.

Un soldado dio una patada brutal a Policrates.

—Eso te enseñará a no replicarme con insolencia, culocoño —dijo el oficial con la cicatriz en el rostro. Y dio otra patada a Policrates.

Sátiro levantó las manos.

—No sé qué quieres, pero estás matando a un hombre importante. —Miró a su alrededor—. ¡Para de inmediato!

Tal fue la fuerza de su voz que todos los soldados dieron un paso atrás, incluso el de la cicatriz. Pero entonces adoptó un aire despectivo.

—Que te jodan —espetó, y clavó su lanza en el corazón de Policrates.

Sátiro se paralizó, el mundo pareció detenerse, solo por un instante. Acto seguido saltó del caballo, quería pensar que podría salvar a aquel hombre que le había jurado amistad y hospitalidad.

No tenía salvación.

Sátiro se dio media vuelta rápidamente.

—Has matado a un amigo de Demetrio. ¿Cómo se puede ser tan estúpido?

Pero el hechizo se había roto. Caracortada se aproximó.

—Quieto ahí —ordenó.

Varios brazos agarraron a Sátiro por detrás. No podía hacer nada que resultara productivo, no contra diez hombres. Ni siquiera portaba espada; no estaba permitido en los confines de Atenas. Su espada estaba con sus cosas en la carreta, en algún lugar del camino.

El oficial sí que llevaba espada. La desenvainó, se agachó y cortó el cuello de Policrates.

—Culocoño —dijo. Soltó una risa nerviosa—. Y ahora tú, supuesto rey, puedes venir conmigo...

Sátiro arremetió. Agarró el codo de un soldado y le puso un pie debajo; forcejeó, y alguien lo golpeó, y se encontró trastabillando pero libre del brazo que lo retenía... libre del otro, y el entrenamiento hizo lo demás.

Alcanzó el brazo de un hombre y lo rompió, el hueso cedió con un chasquido sordo como el de una rama verde de olivo al partirse. El soldado chilló, y Sátiro lo empujó de una patada contra otros dos soldados que se tambalearon hacia atrás. Sátiro se agachó, por puro instinto, y un garrote le tocó en el hombro en lugar de la cabeza. Dolor, pero ningún daño irreparable. Rodó por el suelo hacia su derecha, ignorando otro golpe en el muslo, y lanzó otra patada mientras cambiaba de postura;

alcanzó la rodilla derecha de su oponente con tanta fuerza que la pierna se le dobló al revés, giró sobre el pie que tenía en el suelo, no había tiempo para forcejeos, y se lio a puñetazos: izquierda, derecha, encajaba la mitad de los golpes por pura velocidad.

Ahora llevaba libre el tiempo suficiente para trazar un plan, que consistió en volver a montar a un caballo y largarse al galope. Los hombres que no vivían con caballos no sabían lo rápido que era capaz de montar alguien entrenado por los sakje. Agarró a un soldado por el cogote, giró la cadera y lo tiró de bruces al suelo.

El oficial, a quien Sático había bautizado Culocoño, gritó a sus hombres.

—¡Todos juntos! —vociferó.

Su grito les dio un respiro y, mientras hacían una pausa, Sático dio un golpe con la palma abierta al mentón de otro soldado y le rompió la mandíbula; el pelotón ya iba siendo menos numeroso.

«Puedo hacerlo», pensó.

Golpeó con la frente la nariz de otro hombre, notó el satisfactorio crujido, recibió un golpe muy fuerte en los hombros y pasó por encima de su oponente, pisándole con saña la entrepierna. Había dejado a unos cuantos fuera de combate.

Apoyó la espalda contra su caballo pero el animal, falto de entrenamiento, se apartó, cuando un caballo sakje se habría apretado contra su espalda, o incluso habría coceado a un agresor.

Dio un traspie, se volvió para montar y el fuste de una lanza le dio en el costado. No tenía más elección que abandonar el intento de montar, y rodó por debajo del caballo. Ningún golpe de los que había recibido hasta entonces bastaba para detenerlo, al fin y al cabo, era un luchador de pancracio bien entrenado, pero la suma de la paliza había empezado a pesarle como un buey sobre los hombros. Se puso de pie pero fue lento, y allí estaba Culocoño, que le dio un mandoblazo con notable destreza. Eso limitó sus opciones. Sático dio un salto a la izquierda, y por pura mala suerte su caballo fue en la misma dirección, resoplando y retrocediendo, y cayó debajo de su casco; se levantó, despacio después de haber sido pateado, pero ahora tenía al caballo entre él y la espada.

Culocoño mató al caballo de un tajo, la cuchilla de su espada cortó limpiamente la arteria de la base del cuello del animal; Sático vio el ascenso de la espada y el juego de caderas del oficial, y supo que era un luchador bien entrenado. Había sangre de caballo por doquier.

El otro caballo se desbocó, y las opciones de Sático se redujeron drásticamente.

Estaba jadeando, y el oponente más cercano lo tomó por una señal de que estaba acabado y fue a por él, con su garrote en alto. Sático se abalanzó hacia el golpe, agarró el codo del soldado y le clavó el pulgar en el ojo izquierdo, matándolo en el acto.

Solo quedaban cinco soldados de pie, pero ya no había caballos, y esos cinco que quedaban sin duda eran los mejores del pelotón, y se movieron para rodearlo. Sático se obligó a sonreír porque los adversarios sonrientes dan miedo. Y decidió ir a por

Culocoño porque si lograba hacerse con la espada, estaba razonablemente seguro de que podría matar a los demás. Tomó aire...

Un garrote silbó tan cerca de su oreja que notó la brisa y el tirón de pelo al saltar adelante; pie derecho, pie izquierdo, equilibrio, postura; una finta de cadera y tuvo en su mano la muñeca de Culocoño; lo hizo girar sobre sus caderas y le arrebató la espada de la mano, pero Culocoño le dio un puñetazo en el vientre en lugar de quedarse atontado por la sorpresa, y otro golpe funesto de uno de los demás hombres alcanzó la espada y la hizo salir rodando por los aires.

La pelea estaba perdida. Tuvo tiempo de pensar en Heracles, de esperar haber honrado al dios en su última pelea, y de preguntarse, mientras se desplomaba, cómo era posible que Demetrio hubiese ordenado aquello. Pero el tercer golpe contra la cabeza le hizo perder el mundo de vista. Fue extraño: no se desmayó enseguida sino que se demoró, como si estuviera fuera de su cuerpo, mientras Culocoño mataba a sus heridos.

«Me habría gustado matar a ese hombre», pensó, y entonces perdió el conocimiento.

Estratocles había tenido intención de hacer todo el camino hasta Hircania a caballo, pero los acontecimientos conspiraron para hacerle más fácil el viaje, y llegó al poblado de Námaste en una barca de pesca que los llevó a él, a Lucio y a sus seis caballos tan apiñados que Estratocles dormía con la cabeza apoyada en la grupa de su caballo.

Sin embargo, el viento era fresco y el mar estaba en calma, y estuvo cabalgando colina arriba hacia la ciudadela tan solo once días después de huir de Heraclea. Su monedero estaba casi vacío. Habría estado plano como un pan ácimo si él y Lucio no hubiesen tenido la buena suerte de toparse con unos bandidos que eran más ricos y tenían mejores monturas que ellos. Sus caballos y sus daricos habían resuelto casi todos los problemas de su viaje.

—No has dicho gran cosa sobre el sitio al que vamos —dijo Lucio, mientras cabalgaban cuesta arriba, hacia la ciudadela de lo alto de la colina.

—Kineas de Tanais tomó por asalto este lugar —dijo Estratocles—. Quizá sí que era un dios. ¿Cómo es posible, por todos los dioses, que tomara este lugar por asalto?

Lucio miró la empinada pendiente y se encogió de hombros.

—Una mierda de defensores, magníficos asaltadores; la historia de siempre. Como la mayoría, cuento con que ganó el contraataque mientras estaba entrenando a su legión, no aquí durante el combate.

Estratocles sonrió.

—No eres solo una cara bonita —dijo.

Lucio negó con la cabeza.

—Si nos dejáramos de puñaladas traperas y combatiéramos en una guerra, tú yo quizá prosperaríamos —contestó.

Estratocles asintió.

—Justo lo que yo pienso. La cuestión es, ¿con qué bando? Y la respuesta... *Establezcamos el nuestro.*

Banugul ya no era joven. A diferencia de muchas mujeres guapas, no se molestaba en ocultar su edad. No se pintaba los labios de rojo ni se ponía demasiado khol u otros cosméticos para suavizar las minúsculas arrugas ni disimular los años.

De hecho, a pesar de, o incluso debido a las patas de gallo de las comisuras de los ojos y los labios, la piel del mentón y la levísima insinuación de un papada, seguía siendo Banugul de la cabeza a los pies; pies esbeltos y arqueados que calzaban sandalias ligeras de oro porque a su dueña no le daba miedo hacerlos resaltar sino todo lo contrario. Bajo su quitón de matrona griega, su cuerpo era duro y musculoso, los pechos proporcionados a las caderas y los hombros, y cuando se movía, ninguna bailarina del templo de Heraclea podría haber rivalizado con ella.

—Estratocles —dijo Bangul, levantándose de su trono tallado para darle la mano.

—Mi señora —respondió él, formalmente.

—¿Y quién es este amigo tuyo tan guapo? —preguntó Banugul.

Estratocles hizo una reverencia.

—Es Lucio, un latino de la remota Italia. Lleva varios años a mi servicio; de hecho, estaba conmigo cuando rescatamos a tu hijo.

Banugul sonrió, y su sonrisa adornó la habitación. Incluso desde un lado, Estratocles captó su fuerza, y Lucio, que era a quien iba dirigida, faltó poco para que se quedara estupefacto.

Banugul bajó de la tarima y le tomó ambas manos.

—Según tengo entendido, Estratocles y tú, señor, os llevasteis a mi hijo para vuestros propios fines. Y, sin embargo, como madre que soy, me consta que vuestras acciones le salvaron la vida. Demetrio lo habría ejecutado; o lo habría hecho Casandro, o incluso Tolomeo.

Se volvió hacia Estratocles como el haz de una lámpara girada hacia una polilla, y Estratocles se sorprendió sonriendo como un tonto.

—He venido para hablar de tu hijo —dijo Estratocles.

—La respuesta es no. —Banugul sonrió de un modo muy distinto—. Lo quieres para alguna intriga. Ya no estoy para intrigas, Estratocles. Una vez, en esta misma habitación, Kineas de Olbia me dijo que me conformara con lo que tenía. Y así lo hice. ¿Y sabes qué? Me he montado una vida aquí, querido. He matado a casi todos mis enemigos y gobierno un buen trecho de costa, el sátrapa y yo somos viejos amigos y tanto Antígono como Seleuco me cortejan.

Estratocles torció los labios.

Lucio estaba traspasado por su mirada cual mariposa clavada en un trozo de pergamino, como espécimen para la colección de un hombre rico. O quizás una mujer rica.

Estratocles, al llegar, se había fijado en que en el mosaico de la sala del trono había una mirilla detrás del sitial; una mirilla en la que había reparado en visitas anteriores. En otros tiempos, parecía una imperfección en el pelo negro de una ninfa desnuda que estaba disfrutando, o siendo disfrutada por un Sátiro bien dotado y particularmente ardiente, pero el mosaico había cambiado con arreglo al gusto de su propietaria, y la mirilla ahora estaba en la piel oscura de una regocijada pantera. Estratocles sonrió para sí, buscando algo ingenioso que decir a propósito del cambio de decoración.

Las esclavas llevaban ropa, además.

Pero había un ojo en la mirilla, y aquel ojo solo podría ser de una persona.

Estratocles se volvió hacia donde Banugul estaba atareada conquistando a Lucio sin mediar palabra. El latino se la comía con los ojos y ella se limitaba a aceptar su homenaje sin prometer ni rehusar, alentando una mayor entrega.

—Ya tiene edad suficiente para tomar sus propias decisiones, ¿no, tu hijo? —dijo

Estratocles.

—¡Así contraigas la sífilis, ateniense intrigante! —respondió Banugul sin aspereza—. ¿Por qué no puedes extasiarte con mis encantos como cualquier otro hombre?

—Despoina, estoy embelesado como el que más. Solo busco formas más prácticas de encontrar el camino hasta tu lecho.

Sonrió. Banugul sonrió a su vez. Lucio se quedó atónito.

En un aparte, Estratocles dijo:

—Nada de lo que prometen esos ojos llega a cumplirse, Lucio.

—Contigo, tal vez sea cierto, pero no lo es con todos los hombres —dijo Banugul.

Estratocles se encogió de hombros.

El silencio se prolongaba demasiado.

—Tiene veintitrés años, ¿no? Ya es mayor para hacerse un nombre por su cuenta.

—No —respondió Banugul. Nerviosa, desvió la mirada hacia la pared, y Estratocles supo que sus sospechas, todas ellas, se confirmaban.

—Heracles debe ser el último vástago de Alejandro que quede en el tablero —caviló Estratocles en voz alta—. Me pregunto si posee alguno de los talentos de su padre. ¿La destreza? ¿El pensamiento estratégico?

—¿Las borracheras? —replicó Banugul—. ¿Puedes parar de una vez? Ambos sabemos que está escuchando. Estás jugando con él.

De hecho, tras una pausa, el joven en cuestión entró por una puerta escondida detrás de un tapiz.

Era bajo, para ser griego, pero estaba bien formado, con una cabeza una pizca demasiado grande para sus hombros pero con una abundante mata de pelo rubio y un rostro agraciado; mandíbula fuerte, buena nariz. Su porte no era tan erguido como le habría gustado a Estratocles; demasiado cabalgar y poco entrenamiento en el gimnasio.

Inclinó la cabeza ante Estratocles.

—Os recuerdo a los dos —dijo—. Me salvasteis de Demetrio.

Estratocles asintió.

—Así es, muchacho, y ahora hemos regresado. Quiero que pidas a tu madre que te deje salir de aquí para ponerte en el tablero de juego. Llévate a ver mundo, mandar tropas, combatir. Los jugadores principales se encaminan hacia una gran batalla, tal vez la última. Antígono es viejo. Demetrio sufrió una derrota aplastante en Rodas, tanto si lo sabe como si no. Si deseas vivir en el gran mundo, ha llegado el momento. Dentro de uno o dos años, es posible que el tablero esté despejado y entonces... bueno, el vencedor solo te querrá muerto, muchacho. Porque cualquier necio es capaz de ver que eres el vivo retrato de tu padre.

Heracles sonrió.

—No lo hagas, hijo, te lo ruego, no caigas víctima de los certeros y mortíferos

halagos de este hombre.

Procuró hacer el comentario a la ligera, pero sus palabras fueron mordaces.

—¿Tal como hiciste tú misma, madre? No obstante —Heracles negó con la cabeza—, ya tengo calado a este hombre. Me gusta. Me rescató.

—Para sus propios fines —dijo Banugul.

—¡Por supuesto! —Heracles negó con la cabeza—. ¿Si me voy contigo, caballero, seré tu señor?

A Estratocles no se le había ocurrido que el niño difícil de diez años atrás pudiera haberse convertido en un hombre tan dotado, por más que tuviera los hombros caídos. Torció los labios y se frotó el nódulo que tenía donde le habían cortado un trozo de nariz.

—Seremos compañeros —dijo Estratocles—. Seré tu preceptor y mentor y, a veces, tu primer ministro. Con el tiempo, al menos tres años y tal vez bastante más, te serviré y te llamaré señor.

Heracles asintió pensativamente.

—No me gusta que me den órdenes e instrucciones —dijo con arrogancia.

—Nunca te gustó —respondió Estratocles, sonriendo.

—Ahora soy demasiado mayor para que me pongas la mano encima —dijo el joven.

Lucio dio un resoplido.

Heracles se volvió hacia él.

—Y tú. Me acuerdo de ti. ¡Me diste una zurra!

—Y volvería a hacerlo —dijo Lucio—, pero solo si la mereces.

Sus ojos volvían a estar puestos en Banugul.

—Lo prohíbo. Estratocles, no vas a llevarte a mi hijo de este castillo. Y esta es mi palabra, como reina y como madre.

Banugul miró fijamente a Estratocles; ojos azul oscuro como el lapislázuli que eran capaces de derretir de la ética de cualquier hombre.

Estratocles fingió sostenerle la mirada con indiferencia, pues era la única arma que cabía esgrimir en tan desigual competición.

—Entonces Lucio y yo hemos efectuado un largo viaje en balde —dijo.

Entrada la noche, estaba recostado en un diván con el joven Heracles, bebiendo vino, mientras que Lucio compartía otro diván con Banugul. Estratocles nunca había visto a Lucio tan desquiciado por una mujer, y le divertía. También le daba un poco de lástima. La imperturbabilidad de Lucio era su principal ventaja; su sentido de la dignidad, *gravitas*, como la llamaba en su idioma, era una de sus cualidades más atractivas.

Pero resultaba entretenido, y duraría años como fuente de tomaduras de pelo. Lo mejor de todo era que a Lucio ya lo estaba incomodando su propio atolondramiento.

Después de cenar, Estratocles resistió con firmeza la tentación de hablar de política o de seducir al joven Heracles con algo tan banal como promesas de grandeza. De modo que, en cambio, habló de Sátiro de Tanais.

—¡El hijo de Kineas! —dijo Banugul von verdadero placer—. Su hermana estuvo aquí el año pasado con un grupo de asalto, de regreso al oeste. Llevaba a su hombre —agregó, solo con un toque de malicia.

—A menudo lo hace —convino Estratocles.

—Es guapísima, por supuesto —dijo Banugul.

—Ni la mitad que tú —dijo Lucio, aparentemente afligido.

Banugul giró sobre una cadera y le pegó en broma.

—Si eso es lo mejor que puedes decir, guárdatelo para ti, latino. Melita de Tanais tiene el cutis perfecto de una doncella, ojos tan bonitos como los míos, los magníficos pechos de su madre, buenos músculos y una cicatriz en la cara que demuestra que no es un juguete. —Sonrió, se estiró, rodó sobre su vientre y levantó los talones hasta su cabeza, exhibiendo su excelente musculatura—. Vosotros, los hombres, pensáis que todas somos como gatos, pero no es verdad. La mujeres de valía admiran a los hombres de valía.

—Cualquiera diría que te gusta esa mujer, madre —dijo Heracles.

—No puedo disimular que me habría gustado veros juntos —admitió Banugul—. Siendo su marido, habrías tenido un lugar y protección. Y ninguno de los bellacos que compiten por el imperio de Alejandro tiene huevos para adentrarse en el Mar de Hierba.

El vino le hacían sacar su rudeza.

A Estratocles le gustaba más así.

—Me trató como si fuese un niño —dijo Heracles.

—Es reina y guerrera —dijo Estratocles—. No es amiga mía, pero diré esto por ella: si te trató como a un niño, es porque eso fue lo que le pareciste.

Heracles saltó del diván, irguiéndose indignado.

Estratocles se encogió de hombros.

—Nunca has mandado un ejército; ella sí. Nunca has luchado cuerpo a cuerpo, ¿verdad? Ella es una luchadora notable; seguramente ha matado más hombres que su hermano. Su tiro con arco es famoso de una punta a otra de la estepa. Gobierna a los masagetas de la Puerta Occidental con mano de hierro pero también con justicia, y ellos la adoran. No podría reemplazarla con dinero ni con asesinos a sueldo. Dejas que tu madre gobierne este pequeño país de lobos mientras que ella es la señora del Mar de Hierba. En su mundo, un hombre se mide por sus logros. Tú que has logrado? Por consiguiente —concluyó Estratocles, despiadado como el ataque de una falange—, por consiguiente, para ella eres como un niño.

Heracles levantó un brazo como quien intenta parar un golpe. Distorsionaba el semblante pero sin llegar a decir nada, de pronto giró y chocó con un esclavo, derramando vino por todas partes, y salió corriendo de la habitación.

Banugul aplaudió. Se incorporó, dando palmadas. Esclavos aterrorizados se apresuraron a limpiar el suelo, y ella siguió aplaudiendo.

—Bien hecho, Estratocles. Y no creas que no adivino tus intenciones.

Estratocles negó con la cabeza.

—Como no intento disimular, no tienes nada que adivinar. Quiero que entre en razón, sacarlo de la alcoba de su madre para que salga al mundo.

Banugul se rio.

—Me parece que has empezado con demasiado ímpetu, amigo mío. Nunca te perdonará.

Lucio negó con la cabeza.

—Antes adoraba a Estratocles. Yo solía observarlos en la hoguera del campamento cuando vinimos juntos aquí. ¿Cuándo fue eso? ¿El año de Gaza?

La miró a los ojos y perdió el hilo de su discurso.

Estratocles dio un resoplido y faltó poco para que escupiera vino por la nariz.

—Vuelve, Lucio —dijo.

Aún más tarde, Estratocles estaba tendido en una cama ancha con buenas sábanas de lino, y Banugul yacía en el círculo de su brazo de la espada con la cabeza apoyada en su bíceps.

—Te he echado de menos —dijo—. ¿Por qué no vienes nunca? ¿Esa ramera de Heraclea te amaba mejor?

Estratocles sonrió al techo, a los dioses.

—Amastris de Heraclea nunca me hizo el amor —dijo—. Estuve a su servicio. Me traicionó, organizó mi muerte y falló. —Se encogió de hombros, un gesto cómodo que le hizo apreciar más si cabe el cuerpo de Banugul—. Yo también la utilice, querida. Y no puedo servir a Atenas siendo tu compañero de cama. A Atenas le trae sin cuidado Hircania.

Banugul permaneció tendida un ratito más.

—¿Tengo que volver a decirte que te he echado de menos? —preguntó.

Estratocles la besó, no apasionadamente como unos momentos antes, sino tiernamente, con amistad.

—También yo te he extrañado; no cada día pero, a veces, muchísimo.

—¿Y otras veces olvidabas que existía? ¿Tú, el hombre más feo de la creación? —espetó Banugul, pero no había malevolencia en su voz; lo hizo por pura pose, no con ánimo de herir sus sentimientos.

Estratocles se rio.

—¿Cuán a menudo has pensado en mí?

—Al menos una vez al año. Y cada vez que veo una cabra vieja particularmente fea.

Banugul sofocó la risa contra el pecho de Estratocles.

Y comenzaron a besarse de nuevo, despacio al principio, explorando territorios desconocidos, y después más deprisa y profundamente al descubrir otras cosas que habían olvidado o, simplemente, dejado a un lado; el sabor de la boca de Estratocles y lo afilados que eran sus dientes, la cálida rotundidad de los pechos de Banugul y la textura de sus pezones...

Estratocles dejó de conspirar, incluso de hacer planes, y el diván se convirtió, durante un rato, en el círculo del mundo, y el pelo de Banugul en los confines del universo.

—Si te lo llevas —dijo Banugul mucho más tarde, después de haberse sorprendido ambos haciendo el amor dos veces, como jóvenes—, si te lo llevas, no tendré nada.

No sollozó ni trató de seducir a Estratocles. Sus palabras contenían una verdad demoledora.

—Tiene que estar en el mundo —dijo Estratocles, y suspiró.

—¡No! —repuso Banugul, y se puso encima de él—. Afrodita, por la mañana estaré dolorida, y tengo las mejillas despellejadas por culpa de tu barba. Pero no, no necesita conocer el gran mundo. Eres tú quien lo necesita en el mundo. Lo necesitas como peón para tu venganza.

Estratocles la observó a la luz de la lámpara, la luz más amable para todas las mujeres, viejas o jóvenes, y la vio magnífica, y de nuevo dio las gracias a los dioses por aquello, por aquella mujer, por un descanso de su vida de lucha incesante.

—Sí —respondió—. Es verdad. Quiero arrojárselo a Casandro y verlo sudar.

Banugul volvió a tenderse.

—Eso está mejor. —Se despezó lánguidamente—. Si consiguiéramos hacerlo una tercera vez, creo que me sentiría bastante joven.

Estratocles le acarició con un pulgar experto el pezón y le lamió la oreja.

—Serás tú quien haga todo el trabajo —dijo—. La última vez que hice el amor tres veces seguidas, estaba aquí. Y era diez años más joven.

Banugul se rio, y su risa bastó para que Estratocles comenzara a excitarse.

—Creo que es el mejor cumplido que me has hecho jamás.

—¡Cómo! ¿Mejor que «no es ni la mitad de guapa que tú»?

Estratocles se rio, hundiendo la cara en su cuello, forcejearon un poco, él tratando de sujetarla con las piernas y ella intentando ponerse encima de él, y luego Estratocles se quedó quieto mientras Banugul comenzó a acariciarlo con las manos al tiempo que le mordía el hombro.

—Vaya, vaya —dijo en voz baja Estratocles a la nube de tormenta que formaban los cabellos de Banugul.

—¿Por qué no me dijiste que era tu mujer? —preguntó Lucio con resentimiento. Estaban haciendo ejercicio en el patio. Estratocles mostraba las señales de su noche

de amor; tampoco es que tuviera interés en ocultarlas. De hecho, se sentía veinte años más joven.

Estratocles paró la espada de madera con el brazo envuelto con la clámide, dio un paso a la izquierda y retrocedió, listo para dar una patada. Lucio cambió su guardia. Entrenaban tan a menudo que prácticamente lo único que hacían era mostrarse sus respectivas guardias; hacía tiempo que habían dejado de sorprenderse, como un matrimonio mayor con sus riñas.

—No es mi mujer. Más bien diría que es su propia mujer —dijo Estratocles—. Y si hubiese querido, anoche habría acudido a tu cama, sin permitirme la más ligera protesta.

—¿Es una ramera? —preguntó Lucio.

—Es la reina de este pequeño país. Es la hija de un gran noble persa. Fue amante de Alejandro y tal vez también de Antígono. Ha sobrevivido mientras que todos los suyos, su familia y sus amigos, han muerto. Su hijo es el último bastardo de Alejandro que queda en el círculo del mundo, y solo está vivo porque Banugul y yo somos unos conspiradores natos, y porque Antígono piensa que el chico no supone una amenaza. —Estratocles se encogió de hombros—. Además, creía que ya sabías que éramos... amigos.

—Así me parta un rayo, un amigo muy íntimo, ateniense. —Lucio se encogió de hombros—. Es una mujer extraordinaria. Como una gran dama de mi país; muy parecida a ellas. ¿No estás celoso?

—¿Quién estaría celoso por compartir el sol? —respondió Estratocles—. El calor nos calienta a los dos, y nuestros deseos le importan por igual.

—¡Bien hablado! —dijo Banugul. Dio una palmada—. Estáis los dos muy elegantes, así desnudos.

Lucio torció el gesto y dio media vuelta, pero en cuanto la miró a los ojos cayó cautivo de ella, y no hubo desasosiego que pudiera ocultar sus sentimientos. Aun así, se sonrojó desde el vientre hasta el pelo.

Estratocles hizo una finta y le dio una colleja.

—Presta atención, Lucio —dijo.

—Que te den —dijo Lucio en voz baja. Pero acto seguido retrocedió y saludó—. Me estoy haciendo viejo —agregó—. Y tú parece que hayas encontrado el elixir de la juventud.

—Es posible —admitió Estratocles, sonriendo. Y le dio otra colleja.

Una semana después, Estratocles cabalgaba hacia el oeste con diez guerreros que le había proporcionado la reina, todos ellos macedonios, así como con Lucio y Heracles. El joven montaba con armadura en la espalda, una buena espada en el costado, un bonito yelmo dorado y un par de alas de águila en el arzón de su silla, y cuatro sirvientes para atenderlo. Detrás de él, su madre saludó con la mano una vez

desde la puerta, vio su mano alzada a modo de respuesta y luego se dirigió al interior pausadamente para ocuparse de los asuntos de su pequeño reino. Era demasiado orgullosa para llorar en público.

Estratocles no intentó besarla en público, pero ya habían tenido unas palabras. Banugul estaba enojada, y él lo comprendía, pero de todos modos se llevó a su hijo.

Sin embargo, la reina lloró, noche tras noche. Y no lloraba por haberse separado de su amante. Estratocles actuaba así; se iba a conquistar el mundo, regresaba cuando lo derrotaban y al cabo volvía a partir. Lo que Banugul más amaba en él era ser capaz de curarlo.

Ahora bien, sus sentimientos para con su hijo eran cincuenta veces más intensos, o incluso cien veces. Y tras la quinta noche de insomnio y llanto, se forzó a ir al santuario de Afrodita y se tiró al suelo, una *prokinesis* completa, e invocó a la diosa.

—Bendita Señora de la Costa Cipria, nacida de la espuma, diosa de los amantes, ¡que mi hijo viva y triunfe en el mundo! Y si Estratocles el ateniense lo conduce a la muerte, que él muera a su vez, así como todos los que le hayan causado la muerte, ¡mi maldición caiga sobre ellos y sobre él! Y si vive, que vaya de gloria en gloria, pero primero, Señora, ¡deja que viva! —Lloró, y fue a gatas hasta los pies de la estatua de la diosa—. ¡Deja que viva! ¡Deja que disfrute de su gloria y viva!

Se quedó allí tendida hasta que creyó haber recibido respuesta.

Artajarta, en Media Atropatene, ocho días al suroeste de Hircania, recorriendo más de diez *parasangs* al día. Artajarta, donde la ruta de Estratocles finalmente cruzaba el Camino Real que les permitiría avanzar más deprisa.

—¿Cuándo descansaremos? —gimoteó Heracles—. ¡Por todos los dioses, Estratocles, dame un respiro!

—Descansarás cuando seas rey del mundo occidental —dijo Estratocles—. Nos han retrasado las montañas, la niebla y la mala suerte, y ahora quiero avanzar. Con un poco de suerte, podemos estar en la costa reclutando mercenarios antes de que empiecen a circular rumores acerca de nosotros.

Lucio negó con la cabeza.

—Incluso tratándose de ti, es un lance a la desesperada. Este chico no está preparado para hacer de Alejandro en tu juego.

Estratocles negó con la cabeza.

—Te equivocas. ¡Vamos! —dijo, y se lanzaron a galope tendido por el Camino Real.

Antígono y Seleuco combatían constantemente por la posesión de las satrapías del norte, de ahí que las paradas de postas no siempre estuvieran en condiciones, pero muchas lo estaban, y mientras las hubiera, Estratocles derrocharía dinero en caballos y velocidad. Sus bonitos ropajes de la boda, su diadema y el cinturón incrustado de piedras preciosas, desaparecieron como la niebla de primavera bajo un sol veraniego.

Cada tarde, por más cansado que el príncipe asegurara estar, Lucio y Estratocles le enseñaban por turnos, mayormente manejo de espada y pancracio. Al principio, Heracles se mostraba mal dispuesto, incluso desafiante. Después, simplemente malhumorado y agresivo, hasta que Lucio le dio un puñetazo tan fuerte que lo derribó.

—La apostura y la buena cuna no derrotarán a un solo enemigo —dijo Lucio al colérico joven—, y si te echas a llorar delante de tus macedonios, puedes dar por hecho que desertarán. Ninguna cantidad de daricos de oro conseguirá que un macedonio tolere a un niño llorón. En eso, al menos, son como los romanos.

Si Heracles lloró, lo hizo a escondidas.

Al cabo de diez días en el camino, iba con la espalda más erguida y había dejado de gimotear.

El undécimo día faltó poco para que lo mataran. Ardía en deseos de probar sus recién aprendidas artes de combate, y cuando un vaquero le escupió, aires altivos sin amigos en el Camino Real, se volvió, desenvainó la espada y le asestó una estocada. Después, Lucio tuvo que admitir que había desenvainado y estocado con destreza.

Ahora bien, Heracles tuvo la mala fortuna de elegir a un noble persa caído en desgracia, un hombre mayor que llevaba treinta años luchando y que contraatacó, desarmando al ansioso príncipe, y entonces tuvo vía libre para su espada.

Heracles se paralizó.

Por suerte, Lucio lo había visto venir. Estaba detrás del persa; lo inmovilizó con una llave, lo desarmó y lo tiró al suelo, y le puso la punta de su espada en el cuello.

Esta se mantuvo a distancia, negando con la cabeza. Había faltado el canto de un darico para que se quedara sin su nuevo amo. Y el muchacho intentó disimular pero lloró, avergonzado de que lo hubieran desarmado. Cuando retomaron el camino, formaban un grupo silencioso.

Al este de Sardis, Estratocles oyó rumores de que Antígono había comenzado a marchar y que Demetrio estaba a punto de tomar Corinto.

Aquella noche, junto a la hoguera del campamento, negó con la cabeza.

—Si Tolomeo y Seleuco no actúan pronto, Casandro se verá entre la espada y la pared.

Lucio se rio.

—Te veo descontento. Querías ver a Casandro muerto.

Estratocles frunció el ceño.

—Me gustaría que recibiera un buen castigo, pero solo por mi mano. He cometido un error de cálculo. Pensaba que después del fracaso del sitio de Rodas, Demetrio se hundiría como un castillo de naipes, pero se ha remontado.

—¿Lisímaco? —preguntó Lucio.

—El mejor de todos, aunque sea quien me vendió junto al río... o quien exigió mi

cabeza. Tendría que haberlo visto venir. Es artero y muy buen diplomático, pero no tiene autoridad suficiente para detener a Antígono, como tampoco tropas. Lo sitiarán en Heraclea antes de que termine el año. Quedará atrapado a no ser que algo ponga fin a la tregua que Demetrio firmó con Rodas y los rodios entren de nuevo en guerra.

—Siendo así, ¿qué estamos haciendo? —preguntó Heracles. Se había recuperado. Lo mejor que cabía decir de él era que olvidaba pronto las derrotas.

Estratocles negó con la cabeza y se frotó la nariz.

—Todavía no lo sé. Pregúntame en Sardis.

Sardis, y cualquier recuerdo del consuelo de la cama de Banugul perdido para siempre en el polvo de veinticinco días de camino.

—Ese espadero del ágora dice que Demetrio asesinó a Sátiro de Tanais en Atenas —informó Lucio después de una incursión de exploración intramuros. Habían pasado tanto tiempo en el camino que ahora Estratocles tomaba todas las precauciones, incluso la de vigilar a los guardias del joven príncipe por si desertaban.

—A Sátiro se le ha dado por muerto más veces de las que una *porne* toca la flauta en un simposio —bromeó Estratocles, pinchando una salchicha en un palo—. Pero si Demetrio lo ha atacado... ¿Secuestrado? Lo que sea. Ha cometido un craso error. —Se agachó y arrojó la salchicha a la lumbre, y Lucio le pasó un odre lleno de un vino bebible—. Detesto que los grandes jugadores cometan equivocaciones estúpidas —se quejó Estratocles—. No puedo hacer planes para hombres que actúan como niños.

—No lo entiendo —dijo Heracles. Aunque no lo dijo gimoteando.

—No me extraña, muchacho. Sátiro de Tanais ayudó a romper el sitio de Rodas. Está comprometido por la tregua que se firmó al final del asedio; juró a los dioses que no atacaría a Demetrio. Y tiene una flota poderosa. Si Demetrio lo ha matado, ha invalidado la tregua, y Melita irá a por su yugular. —Estratocles negó con la cabeza—. Si reacciona deprisa, volverá a adueñarse del Bósforo, o simplemente dejará que Lisímaco y Casandro se muevan con absoluta libertad. ¿Por qué demonios haría Demetrio semejante tontería?

Se rascó el puente de la nariz.

Heracles frunció los labios.

—A lo mejor —dijo despacio, claramente temeroso de que se burlaran de él—, a lo mejor no lo hizo Demetrio.

Se sonrojó de placer, su piel clara mostró el rubor incluso a la luz de las llamas, cuando Lucio y Estratocles lo miraron con renovada atención.

—¡Caramba! —dijo Estratocles. Se puso en cuclillas y dio un mordisco a la salchicha. Luego un trago de vino. Pasó el odre a Heracles, que lo tomó con gusto—. No está mal, muchacho.

Lucio sonrió.

—¿El vino o la idea? —preguntó.

Estratocles asintió.

—Ambas cosas. Si lo organizó Casandro es... Ah, un golpe maestro. Venganza por un antiguo fracaso, todas las sospechas sobre Demetrio, y Melita corriendo a su lado aunque mi Amastris acabe de dejar plantado a su hermano. —Se rascó la nariz otra vez, y alargó la mano para que le pasaran el odre de vino—. Aunque me pregunto si hay una palabra de verdad en todo esto.

Cinco días hasta la costa. Bajaron en Mileto, que ya no era un puerto principal desde que la rada comenzó a encenagarse, pero la ciudadela todavía era fuerte, y el comandante, un capitán antigónida con cuarenta años de experiencia, era un viejo amigo suyo; o, al menos, un aliado ocasional. Mileto era el tercer mayor centro comercial para contratar mercenarios, Antígono lo permitía porque era mejor que tenerlos en otro lugar.

Estratocles iba a presentar a su pupilo y amo cuando el comandante, un Filipo más, Filipo hijo de Alejandro, enarcó una ceja.

—¿Tienes planes de quedarte mucho tiempo?

—Estaba pensando a ver qué podría contratar aquí —contestó Estratocles vagamente.

—Poca cosa, ahora mismo. ¿Te has enterado de que Demetrio arrestó a Sátiro de Tanais? —preguntó Filipo.

—Me dijeron que estaba muerto —contestó Estratocles.

—Sí, detenido o muerto, o pronto a morir. —Filipo se encogió de hombros—. Qué raro. Creía que el joven Demetrio y Sátiro eran amigos; el año pasado lo parecían, créeme. Pero su navarco tiene la flota del joven rey justo enfrente, en Lesbos. En Mitilene, para ser más exactos. Está contratando a todos los hombres. Por más de mi salario. Pero si el Niño Bonito hizo eso, se arrepentirá. Apolodoro no es idiota. Con unos cuantos miles de los mejores y veinte naves, puede causar muchos problemas.

—¿Por qué no le paras los pies? —preguntó Estratocles—. Tú eres uno de los hombres del Tuerto, ¿no?

El viejo macedonio lo miró de hito en hito.

—Antígono no pasará de este invierno. Lo sabes tan bien como yo. Y su hijo... bueno, es valiente. Pero no vale gran cosa para un tipo como yo. Corre el rumor de que Lisímaco está al otro lado del Euxino con algunos hombres, no muchos, pero que está marchando hacia aquí.

Dejó el resto en el aire.

Resultaba casi cómico. Dos meses antes, Estratocles habría comprado la lealtad de aquel hombre en el acto para Lisímaco. «Idiota», pensó. Pero no había sospechado lo realmente mal que estaba por dentro el organismo de Antígono.

—Bien —dijo—. Si todos los mercenarios están en Mitilene, supongo que tendré

que ir allí.

Mitilene seguía siendo la misma ciudad pequeña que recordaba, una agradable localidad con mujeres bonitas, hombres apuestos y buen vino. Y aceitunas de primera.

—Aquí me podría retirar —dijo Estratocles.

—Te retirarás con dos palmos de acero en el torso —dijo Lucio.

—¡Ja! Seguro —dijo Estratocles—, pero hasta entonces puedo soñar despierto.

Heracles miraba Mitilene como si acabara de llegar al paraíso. Mileto había resultado demasiado grande para un hombre que había crecido hasta la edad adulta en un pueblo de cuatro mil habitantes, esclavos incluidos, pero Mitilene era ideal.

Además, Estratocles le estaba permitiendo exhibirse bien vestido. Si iban a llevar a cabo aquella tarea, la comenzarían allí.

Habían efectuado la travesía hasta Lesbos llevando caballos consigo, siempre una buena inversión, más aún tratándose de grandes y distinguidos caballos de guerra persas. De modo que cuando subieron desde el puerto parecían un príncipe y su séquito.

Heracles estaba como pez en el agua y resplandeció de manera rotundamente, igual que su madre, cuando todos tuvieron claro que los mercenarios veían un parecido en él. Se volvieron cabezas para mirarlo a lo largo del camino que subía desde la playa.

Estratocles organizó el alojamiento en casa de un amigo, el próxeno^[6] ateniense, en realidad. Pero antes de que tuviera ocasión de probar el vino o las aceitunas, y mucho menos las mujeres, recibió un llamamiento de parte de alguien a quien prefirió no ignorar.

—Bien —dijo Apolodoro—. ¿Eres un cuervo que ha venido a escamondar las huesos o un aliado?

Estratocles hacía girar el vino en su copa.

—Hemos sido más veces adversarios que aliados —dijo.

Apolodoro asintió.

—Cierto.

Estratocles respiró profundamente.

—He venido aquí a contratar hombres para otro propósito —dijo—, pero...

—¿Pero podría tentarte ayudarme? —preguntó Apolodoro.

—Sí, si tú me ayudas a mí —contestó Estratocles—. Y debo advertirte que León y yo nunca hemos sido amigos.

El nómada salió de detrás de un tapiz.

—Bien hablado, serpiente. Lo mismo le dije yo. Pero fui yo quien te mandó

avisar para que vinieras aquí.

—¿Avisar? —preguntó Estratocles—. ¿Dónde?

—Pues en Heraclea, por supuesto. Aunque al principio me pregunté si esto había sido obra tuya.

León negó con la cabeza. Tenía casi todo el pelo blanco. Hizo que Estratocles se sintiera viejo.

Estratocles negó con la cabeza.

—Amastris...

León sonrió.

—Te despidió.

Estratocles se encogió de hombros.

—Intentó hacerme matar, en realidad.

León volvió a sonreír.

—Conozco esa sensación —dijo.

—Fracasó. Me marché al este una temporada —explicó Estratocles, enarcando una ceja.

León respiró profundamente.

—¿Estás diciendo que no has venido en respuesta a mi invitación? —preguntó.

Estratocles negó con la cabeza.

—Deduzco que no es la respuesta que esperabas —dijo—. Es una lástima, porque me parece que estoy dispuesto a ayudar. —Miró en derredor—. Seguro que la señora Melita también estará aquí, ¿no?

—Tiene el resto de la flota —dijo León. Apolodoro meneaba la cabeza. León bebió un poco de vino, se inclinó hacia delante y dijo—: Creo que puede ayudar. Tú también. ¿Por qué no se lo contamos?

—Porque todo lo que le digamos llegará directamente a oídos de Demetrio —dijo Apolodoro—. Ahora que está sentado aquí, recuerdo lo mucho que odio a este cabrón.

Estratocles apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Apolodoro, si León y yo podemos hacer negocios, no veo que tengas derecho a pretender que tu rivalidad sea más antigua y profunda. Creo que ni siquiera hemos cruzado nuestros hierros. De hecho, me parece que fuimos camaradas... en Tanais.

—En Rodas por poco te destripo —dijo Apolodoro.

—Bah. Somos profesionales. León, cuéntame qué quieres de mí. Te juro, por los dioses que quieras, que ahora mismo no me debo a patrón alguno y que no revelaré lo que me digas hasta dentro de un mes, contando a partir de hoy.

Se levantó.

León le tomó la palabra.

—Trae la imagen de Heracles —dijo—. Jura por el señor Heracles y los heroicos caídos en Maratón, donde Atenas demostró su grandeza, y que sus espíritus vengan a rondarte si rompes tu juramento, de que guardarás para ti cualquier cosa que te

digamos a partir de hoy y durante un mes lunar completo.

Estratocles miró a León a los ojos.

—Juro por el señor Heracles y los heroicos caídos en Maratón, donde Atenas demostró su grandeza, y que sus espíritus vengan a rondarme si rompo mi juramento de que guardaré para mí y mi lugarteniente Lucio, que queda sujeto al mismo juramento, cualquier cosa que me digáis a partir de hoy y durante un mes lunar completo.

Apolodoro se puso de pie de un salto.

—¿Lo has oído? ¡Ha cambiado el juramento! —dijo.

León asintió.

—Ha querido demostrarnos que es un hombre sincero. Si nos ayuda, tiene que explicárselo a sus secuaces.

Asintió de nuevo.

Estratocles pensó que era injusto que León se conservara tan guapo. La apostura le arrogaba un aire de dignidad que seguramente él nunca tendría.

—¿Y bien? —dijo—. He prestado juramento.

León le pasó una copa de vino.

—Toma. Es una larga historia.

Más tarde, ambos hombres se dieron la mano.

Aquella noche Estratocles escribió una carta muy larga a Hircania y ordenó a dos macedonios de Heracles y a seis mercenarios recién contratados que fueran a entregarla en mano. Y luego se sentó en un simposio con Lucio y todos los capitanes de Sátiro y, por raro que pareciera, lo pasó bien.

Libro II

—Plistias de Cos —dijo Diocles, protegiéndose del sol con las dos manos—. ¿Ves ese extraño artefacto sobre el pico de su *penteres*? Es para romper remos. Lo hizo fundir para su buque insignia.

—Cualquier podría fundir uno —murmuró Melita, también haciendo visera con las manos.

Diocles se limitó a encoger los hombros. Fue un gesto elocuente; dio a entender que si bien cualquiera podría hacerlo, solo un hombre lo había hecho.

Hacía un neblinoso día de verano en los Dardanelos, y el buque insignia de Diocles encabezaba una formación de veinticuatro naves de guerra. Canal abajo, oculta en buena parte tras el cabo de los Vientos, se encontraba la flota del norte de Demetrio y Antígono, sesenta naves de guerra.

Diocles se volvió hacia su timonel, Leónidas de Tarento, un italiota de cierta edad.

—Directo avante. Quiero quedar a distancia de saludo.

—Distancia de saludo será —contestó Leónidas.

Melita se volvió hacia su navarco.

—¿Deberíamos irnos poniendo armadura? —preguntó.

Diocles frunció los labios.

—Despoina, no lo sé. La respuesta a esa pregunta te corresponde darla a ti. Todo depende de la señal que quieras enviar. ¿Guerra? ¿Paz?

Melita admiró su calma.

—Si no se marcha, lucharemos —dijo.

Diocles asintió.

—Lo sé.

Ella asintió y torció la boca; una expresión en verdad semejante a la de su hermano.

Desapareció bajo el toldo a modo de tienda que había instalado a media eslora, como una yurta sakje a bordo de una nave, y reapareció con un abrigo de pálida piel de caribú con adornos azules de pelo de alce y placas y campanitas de oro. Se lo puso y lo abrochó, se colgó el *akinakes* en la cadera y se dirigió a la popa.

Diocles sonrió, pero se guardó mucho de que la Señora de los Masagetas lo viera.

Plistias no se amilanó, permaneció bien adentrado en la corriente con dos tirremes apostados detrás de él, advertido de que había otra escuadra en el canal.

Diocles no había igualado sus fuerzas; se adelantó solo, confiando en que el elevado nivel de entrenamiento y la construcción superior de su nave lo mantendrían alejado si Plistias se comportaba mal.

Se mordía las puntas del bigote. «Confiando» no era la palabra más acertada. Su tripulación y su nave le darían una sola oportunidad...

—¿Cómo se ha llegado a esto? —preguntó Melita—. Detesto no saberlo.

Diocles se encogió de hombros.

—Si Demetrio realmente ha apresado a tu hermano o lo ha matado, cuenta con el «no saber» para demorarnos.

Coeno y Terón salieron de la tienda de media eslorá, llevando simples quitones como si fuesen granjeros.

Coeno hizo visera con la mano y observó el buque insignia de Plistias. Negó con la cabeza.

—Ojalá nuestras probabilidades fueran mejores —dijo.

Terón resopló.

—Desde niño me enseñaron que en aguas restringidas, la flota menor no está en desventaja —dijo—. Mira qué ocurrió en Salamina.

Diocles y Coeno se encogieron de hombros a la vez.

Coeno sonrió.

—Preferiría poner a prueba esa teoría desde una posición de ventaja abrumadora —dijo—. Y tal como creo que Diocles corroborará, a principios de primavera teníamos una ventaja impresionante en remeros; los nuestros trabajan todo el año, los suyos, no. ¿Pero ahora? Tal vez tengamos ventaja en espíritu, pero su flota está bien entrenada. Mira qué manejo de remos. No es bonito, pero sí bastante eficaz.

Diocles sonrió de oreja a oreja.

—Creía que eras soldado de caballería.

Coeno enarcó una ceja.

—¿Qué parte de Grecia está a más de un día del mar, cabalgando al paso? Desde luego, Megara no.

—Ni Corinto —terció Terón.

A un estadio de ellos, los remeros de Plistias solo bogaban para mantener las naves en posición.

—Está aguardando algo —murmuró Coeno.

A Diocles no le gustaba la espera, el no saber. Sobre todo habida cuenta de que había naves de guerra haciéndose a la mar al otro lado del cabo y abatiendo los mástiles, listas para entrar en combate; o al menos eso era lo que le parecía.

Melita se volvió hacia él.

—Si nos ataca, lo aniquilamos. Que mi flecha sea la señal para que las balistas empiecen a disparar.

—Quizá ya hayas muerto —dijo Diocles con brutal sinceridad.

Melita se encogió de hombros.

—Entonces el linaje de mi madre se habrá terminado, y lo que ocurra apenas importará a los hombres o a los dioses.

—Es posible que yo siga vivo —bromeó Terón, divertido por su visión del mundo—. Y a Diocles, aquí presente, quizá le importe vivir.

Movió los hombros enojada. Era fácil olvidar lo joven que era en realidad hasta que mostraba irritación o resplandecía de felicidad. Aunque lo segundo ocurría con

poca frecuencia, desde hacía un tiempo.

Un cuarto de estadio, y oían el ritmo de los remos de la otra nave con tanta claridad como si su maestro remero estuviera a bordo de la nave de Diocles.

—¡Ah el barco! ¿Quién va? —preguntó uno de los hombres de Plistias, con un bruñido *thorax* de bronce.

—El *Atlante* —respondió Diocles, con la voz como una trompeta—. De Tanais y Pantecapea.

Cincuenta *pous*, a bocajarro para las balistas. Los arqueros del *Atlante* iban armados y tenían flechas en sus arcos, pero estaban a media eslora, bien apartados de la borda. Ahora bien, las balistas estaban cargadas y el invento de Jubal, los cigüeñales de recarga, estaban tensados a tope.

La nave de Plistias de Cos, el *Deméter Dorada*, también estaba preparada en orden de combate. Sus dos balistas de proa se iban tensando mientras las dos naves navegaban aproximándose, no del todo cara a cara.

—Remos dentro —dijo Diocles con voz serena y clara, y el maestro remero, Milos, repitió la orden en voz baja.

Melita encontró el silencio más peligroso que el ruido. Para sus oídos entrenados en la estepa, silencio significaba emboscada. Estaba, completamente expuesta en su caribú blanco, en la plataforma de popa, y oyó el ruido de casi doscientos remos al ser arrastrados por sus portillos y cruzados sobre las bancadas; una maniobra practicada hasta la saciedad, pero nunca silenciosa.

Al entrar sus remos señalaban que no iban a combatir. El tiempo que sería preciso para volver a sacar los remos sería crítico en un combate.

Veinte *pous* o menos separaban las naves; una distancia que prácticamente se podía saltar. Melita sonrió.

—Más cerca —dijo en voz baja al timonel.

Milos dio un toque a los remos de gobierno con las palmas de las manos, y la proa se movió hacia babor.

Antes de tener ocasión de cambiar de parecer o de que sus consejeros pudieran disuadirla, Melita se encaramó a la borda, una larga pierna reluciendo bajo el sol veraniego, y saltó a la nave de Plistias.

Cayó con soltura, aunque con menos holgura de lo que habría querido, recobró el equilibrio y saltó de la baranda a la plataforma del timonel del *Deméter Dorada*. Media docena de infantes de marina la miraban como si tuviese alas y hubiese volado.

Mientras estaban boquiabiertos, se deslizó hacia delante.

—¿Plistias de Cos? —preguntó.

Él asintió, con la boca todavía un poco abierta.

—Melita, señora de los Masagetas. Mi hermano es el rey del Bósforo.

—Despoina —dijo Plistias cortésmente. Sus infantes estaban empezando a reaccionar.

—Tu amo, Demetrio, ha tomado preso a mi hermano, contraviniendo las disposiciones de la Tregua de Rodas...

—¿Qué? —Plistias negó con la cabeza—. Despoina, no...

Melita le puso una mano delante de la cara.

—Por favor, no hables.

Otro hombre presente en cubierta inclinó la cabeza.

—Despoina, no hemos oído nada que sugiera... Es decir, el rey Demetrio tiene en la más alta estima...

El brusco movimiento de la mano de Melita habría decapitado a aquel hombre, si hubiese empuñado una espada. Respiró profundamente.

—Sacarás a tu flota del estrecho y te retirarás al Egeo, o combatiremos. Nada de negociaciones. Si tu rey no ha apresado a mi hermano, os dejaré regresar al estrecho cuando lo sepa con seguridad. Si vuestro rey lo tiene preso, puede recuperar el acceso al estrecho devolviéndome a mi hermano.

Plistias se encogió de hombros.

—Despoina, tienes muy pocas naves para hacer efectivas tus amenazas.

Melita se encogió de hombros a su vez.

—Os doy hasta mañana para retiraros. Quien avisa no es traidor. —Sonrió con su sonrisa de asesina de la estepa, la sonrisa que le había ganado el sobrenombre de *Huele a Muerte*—. Si hubiese hecho lo que quería, os habría atacado esta mañana sin más. Pero el pueblo de mi hermano cree que hay que hablar. De modo que he hablado.

Pasó entre dos infantes de marina como si no estuvieran allí, subió de un salto a la borda y en un abrir y cerrar de ojos volvió a estar en su nave.

—Remos fuera —dijo Diocles.

—¡No respondemos a amenazas! —gritó Plistias.

—Ciad —dijo Diocles al maestro remero en cuanto los remos estuvieron fuera. Al otro lado del agua, veía hombres con los arcos tensos. No sería precisa una orden para iniciar la guerra, bastaría una equivocación.

Cuatro paladas, cinco paladas y la distancia comenzó a crecer. En esos momentos, solo las armas pesadas montadas en proa podrían responder.

—Eso no ha sido... lo que habíamos convenido —dijo Coeno cuidadosamente.

—He cambiado de parecer —contestó Melita alegremente—. Ahora ese hombre al menos sabe quién soy.

—Pensará que eres bárbara —dijo Terón con amabilidad.

Melita encogió un hombro para sacarse el abrigo de caribú.

—Pero, querido, es que soy bárbara.

Amanecer. Humo elevándose en el remoto horizonte, probablemente en Imbros. Bastante más allá del estrecho, cinco parasangas o más. Melita lo contemplaba con satisfacción.

—¿Apolodoro?

Coeno y Nicéforo estaban junto a ella.

Melita asintió.

—A no ser que alguien haya capturado nuestro libro de señales o a uno de nuestros mensajeros.

—Plistias también lo habrá visto —dijo Nicéforo.

Melita se rio.

—Espero que también lo vean Lisímaco, Casandro y Antígono. Lo que estamos haciendo es mandar una amenaza, y necesitamos que esa amenaza sea vista y entendida en todos los campamentos.

Se puso un *thorax* ligero de escamas de hierro prendidas a un recio cuero de venado; sin canesú, a la manera sakje, y un yelmo ligero que apenas reducía su campo visual. Ese día llevaba su *gorytos* sin disimulo.

Nicéforo iba armado de bronce de la cabeza a los pies, igual que Coeno y Terón. Diocles llevaba un *thorax* de bronce y una gorra beocia de cuero.

Compartieron un *kylix* de vino, derramaron libaciones a Poseidón, a Heracles y a todos los dioses, y se dirigieron a sus respectivas naves.

El sol estaba alto sobre el horizonte cuando remaban hacia Kynossema y bajaron sus mástiles, preparados para combatir.

Al otro lado del cabo, detrás del difícil promontorio donde habían aguardado flotas desde el sitio de Troya, las naves de Plistias maniobraron, formando para el combate; dos líneas de naves pesadas y una tercera de naves más ligeras, bien pegadas a la costa europea, de popa a la playa. Era una formación sorprendentemente prudente. Para empezar, permitía que la flota de Melita doblara el cabo para entrar al canal en Kynossema sin oposición.

Los bosforeños tenían veintiocho naves y formaban dos líneas, con quince en la primera y solo trece en la segunda, pero ambas líneas doblaron el cabo a la vez, girando al unísono sobre las rocas picudas de la costa europea como hoplitas haciendo instrucción en el ágora.

—Una buena maniobra —comentó Diocles.

—¿Porque hemos pasado? —preguntó Melita.

—Porque Plistias ha tenido que ver por narices lo buenos que somos. ¿Ves que las naves centrales de su línea todavía intentan colocarse en posición? Tiene algunas tripulaciones muy novatas —concluyó Diocles, asintiendo.

—¿Ves cómo aguarda de popa a su campamento? —dijo Coeno—. No quiere combatir.

La flota bosforeña avanzó lenta por el Helesponto, manteniendo una formación impecable, hasta que se enfrentó con la flota antigónida.

Un poco tarde, pero no demasiado, la primera división de las escuadras de Apolodoro apareció por el sur con rumbo al Helesponto.

Diocles sonrió de oreja a oreja.

Apolodoro tenía veintiuna naves de guerra, casi la mitad de ellas *penteres* de diseño reciente; el *Gloria de Deméter*, el *Lirio del Nilo*, el *Oinoe* y el resto de las naves que habían viajado a Atenas pocas semanas antes.

—Está levantando los mástiles —dijo Diocles—. ¿Vas a dejar que huya corriente abajo o lo matarás ahora mismo?

Melita miró a Coeno. Coeno enarcó una ceja.

—No soy el rey —dijo.

Melita miró a Terón. Terón le guiñó el ojo.

—Dejemos que se vaya —dijo Melita.

—Buena chica —susurró Coeno, en voz un poco demasiado alta.

Aquella noche, las escuadras acamparon en la misma playa donde Plistias de Cos lo había hecho la noche anterior. Era un punto estratégico. A Melita le gustaba por su historia: durante un aseo por la playa fangosa había encontrado una punta de flecha sakje, de un estilo de más de cien años de antigüedad, y un óbolo ateniense todavía más antiguo.

León y Apolodoro tenían a Estratocles con ellos. Melita debía reflexionar a ese respecto. Aquel hombre había sido su adversario demasiado a menudo para permitir que formara parte de su guardia, aunque podía ver su utilidad en aquel caso y, además, el Euxino bullía de noticias sobre la traición de que había sido objeto por parte de Amastris al casarse con Lisímaco.

A no ser que el muy cabrón hubiera hecho a propósito lo de difundir ese rumor para ganarse su confianza.

Melita negó con la cabeza, tal como la habría meneado si hubiese recibido un golpe en combate. Según su experiencia, aquella manera de pensar nunca terminaba bien. Se volvió hacia el campamento, sin apartar los ojos de la playa.

Con la cabeza despejada, se dirigió al círculo de hombres que la aguardaban.

—Bien —dijo—. ¿Está enviado nuestro mensaje?

Estratocles asintió.

—Y bien enviado, despoina. Puedes cerrar el Helesponto. Demetrio no podrá pasarlo por alto.

León asintió.

—Me preocupa Tolomeo —admitió—. Para una mente recelosa, estamos siendo ambiguos. O incluso cambiando de bando.

Apolodoro negó con la cabeza.

—Si hubiésemos expulsado a Lisímaco, quizá Tolomeo pensaría lo que dices. Pero León, hemos expulsado a Plistias.

León negó con la cabeza.

—Hemos cambiado el tablero de juego y eso afectará a todo el mundo. Creo que no tenemos información suficiente para saber quién apresó a Sático. Puede parecer que sea Demetrio, pero eso también conviene a Lisímaco y a Casandro.

Melita lo fulminó con la mirada.

—Me das dolor de cabeza, ateniense. ¿Y quién es este chico? Lo recuerdo... Hircania.

—Es mi pupilo, Heracles.

Estratocles se apartó un poco para ceder al joven su sitio en el círculo de comandantes.

El viejo Draco, ahora capitán de marines a bordo del *Atlante*, reaccionó tardíamente.

—¿Heracles de quién?

Melita asintió mirando a Estratocles.

—Hijo de Alejandro, si no me equivoco.

Estratocles asintió. Draco silbó.

—Encantado de conocerte, mi señor. Serví con tu padre.

Heracles se sonrojó y enderezó la espalda.

—Despoina, he conocido más de veinticinco inviernos, ya no soy un chico.

Melita asintió.

—¿Tenemos una edad, verdad, Heracles? —Miró a León—. ¿Este astuto ateniense y este macedonio hircano nos están utilizando, León?

León respiró profundamente.

—Por los dioses, espero que no. Dejé que Estratocles me convenciera de que la presencia del joven Heracles nos sería tan útil como la toma del Helesponto para amenazar a Antígono y a Casandro. Correrá la voz.

Melita miró a Apolodoro.

—¿Y esto contó con tu aprobación?

Apolodoro miró a su alrededor.

—Sático me otorgó el mando y lo usé para traer sus naves hasta aquí. Con tu permiso, despoina, abandonaré el mando ahora mismo y volveré a servir como infante de marina. —Miró a Estratocles—. Soy... soy más vacilante que León.

Melita asintió.

—Mi agradecimiento, Apolodoro. Y el de mi hermano.

—Ha hecho un buen trabajo —dijo León.

—Quiere atacar a las fuerzas de Demetrio y matar —dijo Estratocles—. Y no me ama. Correspondo a ese sentimiento.

Melita miró en derredor.

—Bien, pues. Aquí estamos. Tenemos una flota, un ejército y un rey de

Macedonia en potencia. ¿Cuál es nuestro paso siguiente?

León cruzó los brazos.

—Ahora, aguardamos.

Estratocles negó con la cabeza.

—Yo no. Con tu permiso, Anaxágoras y yo... no iremos a Atenas. Lo único que pido es que permitáis que cualquiera que venga a vuestro campamento vea a mi chivo expiatorio, y que no dejéis que se pierda ni que muera.

Heracles asintió, si no asustado, al menos profundamente titubeante.

—¿Me abandonas, Estratocles?

Estratocles estaba comenzando a cobrar afecto al joven, pese a su temperamento y a su molesto sentido de su propia importancia. Y siempre le había costado no apreciar a quienes lo apreciaban.

—Regresaré —dijo.

Cuando los oficiales de menor rango, trierarcas de las naves y centarcas de los taxeis, hubieron regresado a sus quehaceres, Melita avisó a Estratocles con un gesto de la mano. Estratocles pensó en los comentarios de Banugul acerca de ella. Era más imponente de lo que recordaba, y sus ojos, más oscuros y un poco más salvajes. Sus músculos también eran impresionantes.

—No me gustas —dijo Melita.

Estratocles cruzó los brazos. Sonrió. Siempre sonreía cuando peleaba.

—Te admiro —contestó.

Eso la detuvo.

—No me fío de ti —dijo Melita—. Mataste a mi madre.

Estratocles negó con la cabeza.

—No, despoina. Ya lo hemos hablado otras veces. No maté a tu madre. En realidad, ella me hizo este tajo en la nariz.

—Ayudaste a que la mataran —insistió Melita entre dientes.

Estratocles miró a su alrededor, buscando a Lucio.

—Sí —respondió. Le gustaba esta nueva táctica; decir simplemente la verdad. Era fácil de recordar y ahorra un montón de energía—. Actué bajo órdenes del hombre que era mi patrón en aquel momento, y en nombre de mi ciudad.

Se encogió de hombros. Melita entrecerró los ojos.

—Puedo matarte —dijo.

Estratocles tuvo el absurdo impulso de volver a sonreír.

—Despoina —dijo—, me consta que no te entusiasma tenerme como aliado pero, francamente, si me lo permites, no arriesgas nada enviándome a Atenas. Si estoy confabulado con Demetrio, ¿qué gano? Te dejo el rehén más valioso del mundo actual. Y si regreso con tu hermano, esperaré que te dignes a disculparte.

Melita lo observó, tal como un gato observa a un ratón. Resultaba fascinante, si se tomaba en consideración que era un hombre un palmo más alto que ella, lo imponente que se la veía. Se permitió esbozar la más leve de las sonrisas, torciendo tan solo las

comisuras de los labios.

—No —dijo Melita—. Trae a mi hermano y estaremos empatados.

Estratocles maldijo su veleidoso corazón, pues se sentía atraído por aquella espada desenvainada de mujer a pesar de percibir su odio como el calor de una llama sobre su rostro. Ahora se permitió sonreír.

—Me conformaré con el empate —dijo.

Melita negó con la cabeza.

—No, no lo harás. Me harás una jugarreta, una jugarreta muy inteligente. Y entonces te mataré.

Estratocles negó con la cabeza.

—Nada de juegos —dijo.

Ahora le tocó a ella sonreír.

—Estratocles, ¿te conozco mejor que tú mismo? —Asintió—. En serio: si me traes a mi hermano quizá te perdone una o dos jugarretas.

A Estratocles le gustaba aquel juego. Melita de Tanais era mucho más interesante a su manera que Amastris. Se le ocurrió pensar, de un modo indirecto y vengativo, que servir a Melita sería toda una venganza de por sí. Habían sido amigas, una vez, Melita y Amastris... hasta que los celos de Amastris por la libertad de Melita las separó. O algo por el estilo.

—Veamos qué traigo de vuelta —dijo Estratocles con picardía.

Se sintió vivo.

6

Sátiro se despertó con todos los dolores de un hombre que ha perdido una pelea. La cabeza le martilleaba, notaba la sangre apelmazada en el pelo y, cuando puso su mano derecha con cuidado en el costado derecho del cuero cabelludo, se movió, y la carne hizo un ruido de succión como el de una esponja de baño.

Le dolía el codo derecho, y cuando intentó girarse, las costillas... al menos una estaba rota. Una punzada de dolor le hizo desistir, y la mezcla de sus heridas estalló como una serie de fuegos internos.

—Está despierto —dijo Culocoño.

«Deberías estar muerto», pensó Sátiro. Había faltado muy poco.

Sátiro la olió antes de verla, y supo de inmediato quién lo había secuestrado y por qué, y tuvo miedo.

—Mi pobre Sátiro —dijo Fiale, acercándose a un lado de la caja sobre la que lo habían tendido. Apoyó ligeramente una mano en su frente—. Pobre Sátiro.

—Tú —logró decir él.

—Yo —contestó ella—. Qué gran satisfacción. El dinero es algo maravilloso, Sátiro. Pagué a este hombre una cantidad y aquí estás. Sin apenas esfuerzo.

Sátiro supuso que estaba sonriendo. Su visión era demasiado borrosa para estar seguro.

Aunque Fiale tenía un puñal. Lo notó cuando se lo apoyó sobre una mejilla.

—Me enviaste a Alejandría como si fuese un objeto desechable —dijo, con la voz ronca—. No sé decidir qué preferiré: cortarte la nariz y el pene y luego enviarte de vuelta con la puta de tu hermana, o simplemente ejecutarte.

Sátiro gruñó. Quiso decir algo, decirle que estaba loca, por ejemplo. Estaba loca; de eso Sátiro estaba bien seguro, aunque tampoco era que fuese muy relevante en la posición en que se encontraba, con la fría hoja de su puñal en la mejilla.

—Bien —dijo Fiale—, a decir verdad, me gustaría verte un poco más en forma que ahora, Sátiro. Me temo que estás tan destrozado que cortarte parece una pérdida de tiempo. —El puñal le lamía la mejilla. Estaba afilado; notó la sangre antes de sentir el escozor del corte.

—Mira, Tenedos, está hecho una ruina. Acabo de rebanarle la cara y ni siquiera ha gritado. —Fiale se puso de pie y Sátiro oyó que se sacudía las manos como si su sangre fuese sucia; tal vez lo fuese, para ella—. Pegajoso —dijo, y soltó una risita nerviosa—. Avísame cuando esté mejor —dijo—. Ya sabes donde encontrarme.

Culocoño gruñó.

—Lo que tú digas, despoina.

—Sí —contestó Fiale—, lo que yo diga.

Al día siguiente tenía la mejilla infectada donde se la había rajado casi hasta el

hueso, y estaba más débil; pérdida de sangre, esperó. Le ardía toda la cara, tampoco podía mover mucho los hombros y ni siquiera sabía por qué.

—Está loca de atar —dijo Culocoño—. Y va a hacerte daño. Es curioso, tuve que esforzarme un huevo para no matarte en el Pireo. Mataste a unos cuantos de mis hombres; putos inútiles, la mayoría, pero Eneas era un buen hombre. Si te hubiese matado entonces, nos habría hecho un favor a los dos. —Se rio alegremente—. Me gustaría liquidarte por Eneas pero te estaría haciendo un favor. ¿Captas la ironía?

Culocoño se conformó con darle una patada en las costillas.

Cuando Sático volvió a recobrar medianamente el sentido, fue consciente de haber soñado con su padre, con Heracles y con el Olimpo. El sueño le dio fuerzas.

Decidió escapar. No tenía un plan, como tampoco la menor idea de dónde estaba, solo la determinación de escapar inmediatamente. Se incorporó hasta quedar sentado, los pulmones le presionaron la costilla rota y se cayó al suelo... envuelto en una ola de dolor.

¡No te rindas ahora!

Estaba en el suelo, un suelo de fuego, le habían cortado la cabeza y ahora flotaba encima de él, separada de su cadáver sin cabeza; avanzó a gatas, las llamas que ascendían del suelo cada vez que movía los brazos le quemaban las manos. Tocó algo con el codo; siguió avanzando, el dolor de la rodilla y el del hombro derecho no podían compararse con el de la cabeza, cortada de los hombros y ardiendo en una bruma dorada sobre el muñón de su cuello.

Sigue adelante.

Tenía las manos encima de algo frío. No sabía qué era, pero arrastró el cuerpo hacia allí. Tiró con los brazos cuando las piernas se negaron a responder. Ahora tenía las manos calientes y las rodillas pasaban por la cosa fría.

Se permitió dejarse caer sobre el vientre.

¡No! ¡Venga! ¡Un poco más!

Se apoyó en los codos, un sufrimiento infinito, y se arrastró, un brazo cada vez, hasta que no hubo nada debajo de sus manos. Se retorció, empujó con un pie atascado... y cayó.

La sensación de caer estuvo dissociada del movimiento, y por un prolongado segundo, no sintió dolor puesto que ninguna parte de su cuerpo lastimado estaba presionada contra el suelo. Y entonces chocó contra el suelo.

¡Despierta! ¡Ya casi está! ¡Vamos!

Se puso en posición fetal. No se sintió peor ni mejor. Levantó la cabeza y rodó sobre el vientre, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, se levantó y fue a gatas hacia lo que le pareció que era una abertura, aunque tenía los ojos prácticamente cerrados debido a la hinchazón.

Un brazo y el otro. Luego un empujón con una rodilla, con un pie. Otro. Otro

más.

Nada debajo de las manos. De nuevo. Esta vez estaba más lúcido y, por consiguiente, tuvo más miedo, y alargó el brazo... y encontró piedra. No era una caída muy alta. Un peldaño, un solo peldaño. Hizo palanca con los brazos, torció el gesto cuando las costillas pasaron por encima del umbral, se desmoronó entre jadeos bajo lo que debía de ser el sol.

—¡Apolo! —dijo una voz de mujer—. Hay un jodido cadáver en la calle; ¡se mueve!

—¡Plutón! Parece mierda de burro —dijo la voz de un chico—. Lo han desnudado, además.

—Y golpeado. ¡Eh! ¿Estás vivo? —preguntó la mujer. Una mano le tocó el hombro. Lo hizo girar y Sátiro dio un chillido. Se armó de voluntad, se humedeció los labios. Una oportunidad.

—¡Oro! —susurró—. Sácame de aquí.

Y perdió el sentido. De nuevo. Y ninguna voz vino a decirle cómo lo había hecho.

Volvió en sí dolorido: un dolor ardiente, como púas de hielo y fuego en la cabeza y la espalda, y un dolor sordo que lo envolvía todo; un dolor frío y sordo que siempre estaba presente entre las punzadas de dolor más agudo. Lo estaban sacudiendo; arriba, abajo, arriba, abajo. Los ojos se negaban a abrirse. Había voces a su alrededor. Era como si la mitad de la raza humana estuviera gritando a su alrededor, pero dos voces se destacaron con claridad.

—¡Este mariconazo pesa como un saco doble de grano! —dijo una voz debajo de él.

—Pero vale bastante más, encanto.

Una cama. Estaba en una cama, en la habitación más pequeña que hubiera visto alguna vez. Estaba en una cama baja y estrecha con sábanas limpias, y las paredes no eran mucho más anchas que sus hombros. La almohada estaba cubierta de pus.

Ese pus procedía de su rostro. Lo notaba húmedo, pegajoso y caliente. Pero al menos lo notaba, y la hinchazón tenía que haber remitido puesto que veía por el ojo izquierdo. Flexionó los hombros, sintió los bordes del dolor de las costillas rotas bajo un prieto vendaje. Un trabajo profesional.

Si tenía fiebre, era ligera; podía pensar. Ver. Moverse un poco.

Había una cortina en un extremo de la angosta habitación. Alguien la levantó y entró un hombre cargado de espaldas con un morral en bandolera y una mata de pelo blanco rizado.

—Sigues vivo —dijo, sonriendo—. Ya sabía yo que eras fuerte.

Sátiro trató de corresponder a la sonrisa pero su intento se perdió en una ola de

dolor al tiempo que algo se le reventó en el rostro; un fluido caliente le resbaló hasta el mentón, y tosió.

—Pus —dijo el hombre de pelo blanco, y abrió su morral—. Alguien te la tiene jurada, muchacho. Haré lo que pueda, pero tu cara nunca volverá a ser como antes. Ahora, descansa. He visto casos peores; cuando una *sarisa*^[7] atraviesa la mejilla de un hombre, heridas punzantes en ambos lados, todos los dientes rotos.

—¿Y... —logró decir Sático. Su voz fue ronca, la palabra, incomprendible—. Y vivió?

Rizos Blancos se rio.

—No. Murió de hambre. Aunque lo mantuve vivo mucho tiempo. En realidad no quería vivir. Su chico lo había dejado por otro hombre.

—¿Eres... médico? —balbució Sático.

—Hmm. Sí. Aunque no sé si Hipócrates me aceptaría si viera mi consulta. ¿Tienes nombre, muchacho? Las putas que te trajeron quieren cobrar. Dijiste oro. —Le guiñó un ojo—. Con una paliza como la que te dieron, yo también habría sostenido tener oro. ¿Mi consejo? No estés demasiado ansioso por pagar.

Sático tosió.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque tienes hemorragias internas, hijo. Estás orinando sangre. Paga si vives, ese es mi consejo. ¿Tienes familia en Atenas? —preguntó.

—No —contestó Sático.

—No me vengas con que eres un esclavo. Llevabas dos anillos hasta que un mamón, y uso el término en sentido estricto, se los llevó. —Comenzó a deshacer el vendaje de Sático—. Esto te va a doler. ¿Algo que quieras decir antes?

—Kineas —dijo Sático, sin pensarlo. Tenía la mente lo bastante despejada para saber que dar su nombre seguramente no era la mejor idea—. Alejandría.

—Ah —dijo el médico—. Así que tienes unos cuantos daricos, ¿eh? ¿Puedo decírselo a los chicos y las chicas?

Sático asintió.

—En ese caso —dijo el médico—, te daré un poco de amapola para el dolor.

El dios yacía junto a su arroyo, como siempre, una figura magnífica; más corpulento que Terón, más corpulento que cualquier hombre que Sático hubiese visto alguna vez, la piel suave y sin marcas, los músculos poderosos. Se cubría con una piel de león.

Sático estaba curado. Caminó hasta el borde del arroyo y se sentó con desenvoltura, todos sus músculos respondían a la perfección.

—Tendrás que tomar una decisión —dijo el dios—. Tendrás un amigo; un amigo débil.

Sático tenía ganas de sumergir la cabeza en el arroyo frío, no de escuchar al

dios. Se puso bocabajo. El suelo debajo de él era de musgo; húmedo, frío y ligeramente mullido. El arroyo era estrecho pero rápido, y Sátiro veía la grava del fondo. Metió las manos en la corriente, que estaba fría como el hielo. Sumergió la cabeza...

—¿Estás despierto, señor? ¿Señor? ¿Estás despierto? —dijo una voz insistente.

Sátiro salió de un profundo pozo de sueño y amapola, dirigiéndose a la voz.

—Por favor, despierta, señor. Por favor, despierta, señor. Por favor, despierta.

Era una voz desagradable, una voz de mujer sorprendentemente desagradable, chillona, chirriante, el sonido de una espada sobre una roca.

Sátiro intentó responder. Farfulló algo ininteligible y abrió los ojos.

—Eres todo un caballero, señor. Qué bien. Una mañana encantadora, muy fresca. ¿Puedes decirme cómo te llamas, señor? ¿Dónde podemos encontrar a... tu gente? —preguntó.

Había un hombre a su lado.

—Banqueros. Pregúntale si tiene banqueros.

Voz de Arpía se impacientó.

—No seas estúpido. Apenas puede hablar. Tendremos suerte si es propietario de una nave.

Sátiro no pensaba con mucha claridad. Tenía miedo, sensación poco frecuente en él. Miedo a que aquella mujer de voz áspera lo vendiera a Fiale. Miedo a que Fiale lo encontrara; estaba en un burdel, supuso. Con su ojo izquierdo pudo ver que Voz de Arpía era una chica de dieciséis o diecisiete años, de rostro insulso, con las piernas largas y magníficos pechos y caderas prominentes cubiertos por un *chitoniskos* tan corto que resultaba indecente. Pero era lógico que fuese indecente. Era una puta. Una *porne*. Su mirada, no obstante, era furibunda, independiente... interesada.

El chico que tenía detrás era más joven; espalda ancha, cintura estrecha. En forma, pero con el rostro deforme, como si le hubiesen pegado con fuerza de pequeño o se hubiera roto la mandíbula y se la hubiesen recompuesto mal. Parecía más estúpido que un buey. Un buey con la mandíbula rota.

—¿Quizás el nombre de una nave, entonces? —preguntó Cara de Buey—. ¿A lo mejor está de permiso y sus oficiales nos pagarán?

—Cierra el pico —dijo Voz de Arpía. Se inclinó sobre Sátiro; tenía que hacerlo, no había espacio para estar de pie al lado de la cama—. Un nombre, encanto. Solo un nombre, para que podamos conseguirte ayuda. No te ofendas, señor, pero no estamos haciendo esto por tu *areté*.

Que utilizara esa palabra propia de las clases altas hizo sonreír a Sátiro.

—Uy, encanto, conoces esa palabra, ¿verdad? —dijo, y se sentó junto a los pies de Sátiro, poniéndose en cuclillas—. Tanto mejor para nosotros, Alex.

—¿Por qué? —preguntó Alex con su voz de buey.

—Porque los idiotas y los pobres no tienen nada que ver con la *areté*, hete aquí por qué. No es para gente como nosotros. —Sonrió a Sátiro; una sonrisa

absolutamente falsa y no muy efectiva—. Dame un nombre, amor.

A Sátiro no se le ocurría un nombre que pudiera ayudarlo sin comprometerlo. León tenía factores en Atenas, pero lo más probable era que Fiale los tuviera vigilados. Incluso en una de sus casas sería vulnerable ante Fiale o su amo.

Sátiro tenía que suponer que Fiale trabajaba para Demetrio.

La chica se inclinó sobre la cama, moviendo los pies por el borde para gatear hasta situarse encima de él como una araña, con la soltura de una dilatada experiencia, supuso Sátiro. Sus pechos quedaron ante sus ojos, y pese a la neblina de la amapola, fue consciente de su presencia.

—Vaya —dijo la chica—. De modo que estás vivo. Escúchame, encanto. Necesito un nombre y una promesa de recompensa si no quieres que despeje esta cama. Pago cuatro óbolos al día por esta cama, pago al médico con mamadas y, la verdad, tengo un montón de trabajo ahora mismo. Así pues... un nombre. —Sonrió. Fue una sonrisa mejor—. Venga. Me trae sin cuidado qué marido te dio la paliza. Vivirás, no estarás guapo pero vivirás. El médico dice que no meas mucha sangre. Así que ya basta, corazón. Un nombre.

Estaba muerto pero era un nombre de una de las grandes familias de Atenas, y si Demetrio estaba detrás de aquello, la familia de ese hombre lo ayudaría de todos modos. No se detuvo a comprobar la consistencia de su lógica. Podría conducir a un elefante entre los errores, pero tenía que salir de aquel burdel antes de que Fiale, que había salido de uno de ellos y los conocía como él conocía las llanuras de Tanais, comenzara a buscarlo.

—Policrates de Lisandro —graznó.

—Oh, cariño —dijo la chica, y dio una palmada—. Oh, corazón. A cambio de ese nombre, te alojaré una semana.

Se inclinó y le besó la frente y saltó de la cama. Sátiro tuvo una visión fugaz de su madre.

—Venga, Alex —dijo—. Vamos a ser ricos.

Se marchó, y su compañero con cara de buey se fue con ella.

Una vez que se hubo ido, Sátiro dispuso de mucho rato para examinar lo que había hecho y dudar al respecto. Al fin y al cabo, el hombre estaba muerto. Era posible que la noticia todavía no circulara. Sátiro estaba tendido en su estrecha cama y era incapaz de decidir cuántos días habían transcurrido. ¿Dos? Como mínimo, dos. Tal vez tantos como... En realidad, no tenía la más remota idea.

También era posible que todavía no hubieran encontrado el cadáver de Policrates. En tal caso, su familia seguiría siendo leal a Demetrio. Sátiro gruñó. Podía seguir aquel hilo de pensamiento, yendo de un desastre al siguiente.

La piel de debajo del vendaje de lino que llevaba en torno al torso le picaba como si tuviera doce picaduras de mosquito envueltas, pero los brazos estaban mejor. Intentó rascarse y descubrió que podía mover los hombros y el cuello, una auténtica mejora.

Observó las sombras que pasaban tras la cortina. En algún lugar encima de su cabeza había un ventanuco sin vidrios; no corría brisa pero, en cierto modo, el aire de la habitación estaba vivo.

Cuando estaba quieto, podía escuchar los ruidos de la casa. A medida que las sombras se fueron alargando en la cortina, comenzaron a llegar clientes. Muchos de ellos pasaban justo por el otro lado de su cortina; pisadas ruidosas y silenciosas, agresivas y sigilosas, presurosas y comedidas, algunos eran parlanchines; se interesaban por la salud de su compañero o compañera como si se tratara de un encuentro casual en el ágora con un amigo; otros eran silenciosos, impacientes o exigentes.

Su primera noche de lucidez. Se preguntó cuántas veces le habrían cambiado las sábanas. Tenía la boca seca, y tantas ganas de orinar que le dolía la espalda, y, a juzgar por el olor, sospechó que había estado mojando la cama hasta entonces.

Pasillo abajo, un hombre estaba pegando a su *porne*. El pecado del chico era no conseguir que aquel tipo tuviera una erección; una escena espantosa, interpretada al otro lado de unos tabiques delgados. Sátiro tenía poca experiencia en burdeles. Escuchar lo ponía enfermo pese al dolor y a su vejiga.

En el cuarto contiguo una mujer gemía de placer; su voz cada vez más alta y rápida. Sátiro nunca había oído a una mujer hacer tales ruidos mientras hacía el amor, y tuvo que suponer que eran simulados.

Simulados partiendo de qué conocimiento del placer, se preguntó. Estaba claro que el burdel tenía sus propias reglas. Desde luego el *porne* debía dar las gracias a su cliente cuando este había terminado.

El daño de la vejiga ya era insoportable. Y nadie acudiría, eso lo tenía claro. Todo el personal estaba trabajando, y el médico...

Se apoyó en los codos y se retorció para bajar de la cama, casi sin dolor en las caderas y con las costillas protestando, pero soportablemente. Consiguió poner los pies en el suelo al final de la cama, entonces tuvo que tenderse y vio estrellas en el techo; la habitación se puso a dar vueltas cuando levantó la cabeza. Pero entonces vio una ánfora vieja, con la boca rota, apoyada en el rincón; un orinal improvisado.

Volvió a poner los pies en el suelo y arrastró las caderas hasta el borde de la cama otra vez. Levantó la cabeza. Malo.

Iba a hacerlo.

Levantó la cabeza y apoyó las manos en las paredes. Le dolieron las muñecas; el hombro izquierdo parecía estar dislocado.

«Heracles, no me abandones», pensó; un grito de guerra para ir a orinar. Le hizo reír; un gorjeo grave.

—¡Eh! ¿No me estrás dejando plantada, verdad? —dijo Voz de Arpía, asomando la cabeza por la cortina.

—Tengo que... mear —farfulló Sátiro.

—¡Oh! Perdona, encanto. Normalmente mojas la cama. Y los pobres esclavos

limpian todo. Ea, eso es, cielo, deja que meta el hombro ahí.

Lo levantó, sacándolo de la cama; era fuerte. Pero cuando se situó ante el orinal improvisado, se zafó del brazo que lo sujetaba.

—Gracias —dijo.

—Eres todo un caballero —dijo ella—. He visto unas cuantas vergas, encanto. Ahora, mea.

—Vete —dijo Sátiro. Notó que se estaba sonrojando, y tenía la vejiga a punto de reventar, pero no podría soltar ni una gota mientras ella estuviera allí.

Ella se rio tontamente; una reacción sincera, pensó Sátiro.

—Aguardaré en el pasillo —dijo.

Le salió como un torrente naranja y rojo. Con sangre, pero no más que cuando había recibido un golpe en los riñones a través de la armadura. No la suficiente para desesperar, en cualquier caso, pero sí suficiente para tomárselo en serio.

La micción se prolongó vergonzosamente, y tuvo que apoyarse en las paredes para sostenerse de pie.

—¿Estás celebrando un simposio, amor mío? —preguntó Voz de Arpía, y se echó a reír. En la puerta de al lado, el mismo crescendo de pasión se estaba interpretando por segunda vez aquella noche.

—Dime lo grande que soy —exigió una voz masculina.

—Oooh. ¡Me llenas toda! —contestó la *porne* del cubículo contigo.

—Ahora lámeme la oreja —dijo la voz masculina.

Sátiro negó con la cabeza.

—¿Aún no has terminado? —preguntó Voz de Arpía.

—¡Mi tiempo no se ha terminado, joder! —gritó el cliente.

—No hablaba contigo, encanto —respondió Voz de Arpía.

Sátiro se secó con un trapo previsto para tal menester y se quedó consternado al ver lo rojo, magullado e inflamado que tenía el pene. No era la primera paliza que recibía, también le habían golpeado los genitales antes, pero nunca de aquella manera. No era de extrañar que le doliera tanto.

Se volvió para regresar a trompicones a la cama, calculó mal la distancia y se cayó.

—Maldito seas, señor —dijo Voz de Arpía—. Lo único que tenías que hacer era avisar, ¿sabes? ¿No puedes permitir que una trabajadora te vea las partes, no puedes permitir que te vea mear? Los hombres sois tontos.

Lo puso de pie valiéndose de las piernas, con un empuje que más de un luchador habría envidiado, y soltó a Sátiro de espaldas sobre la cama.

A lo lejos sonó una campanilla.

—¡Eurídice! —llamó una voz encantadora y culta.

—Vaya. Lo siento, cielo. Cliente para mí —dijo. Pateó el suelo—. Dime que vas a hacerme rica, corazón. Por favor.

Sátiro gruñó. Le dolió. Pero consiguió torcer el lado derecho de la cara.

—Rica —dijo.

—Hmm. A lo mejor me estoy enamorando de ti —dijo Eurídice alegremente, con su voz chirriante—. ¡Hasta luego!

Y se fue.

Tardó horas en dormirse. Oyó golpear a varios *porne*; algunos a manos de clientes que simplemente tenían ganas de pegar a alguien, pero otros clientes eran tiernos, solícitos, y esos resultaban tan tontos como los lujuriosos y los violentos.

En un momento dado, todas las camas debían estar trabajando a la vez. Sátiro podía oler el sexo. Podía oírlo a su alrededor. Era... curioso.

Finalmente, los ruidos comenzaron a desvanecerse. Era bastante tarde; de hecho, en horario de granjeros, era muy temprano. Sátiro había dormido; le costó separar las pestañas, y tenía una sed desesperante.

Intentó tragar, intentó salivar. Decidió que tendría que levantarse. Estaba seguro de poder hacerlo.

Había comenzado a arrastrarse para bajar de la cama cuando la cortina se abrió. Cabeza de buey lo miró.

—¿Estás bien? —preguntó el chico, un joven, en realidad, con edad suficiente para ser un efebo subalterno.

Sátiro levantó una mano.

—Agua —dijo.

—¡Oh, claro! —respondió el joven—. Se suponía que tenía que traértela cuando entrara de turno, pero me han enviado a una fiesta.

Dicho esto, desapareció.

En cierto modo, aguardar a que regresara fue más duro que toda la espera hasta aquel momento.

Entró de nuevo, apartando la cortina, con una jarra, una pieza de cerámica negra muy sencilla, llena a rebosar. Mojó una esponja y se la pasó a Sátiro, que la succionó hasta dejarla seca.

Sátiro repitió esta operación tres veces y se sintió inmensamente mejor.

—Ayúdame a incorporarme —dijo.

El joven Alex lo rodeó con un brazo y lo levantó. Era amable y fuerte, y Sátiro se apoyó contra la pared, tomó la jarra de agua y bebió.

—Por supuesto —dijo, a nadie en concreto—, ahora tendré que volver a mear.

Alex se rio.

—Me pasa cada vez que tengo que quedarme en una fiesta —dijo—. Cuando han acabado conmigo, me envían a la cocina. No voy a las dependencias de los esclavos; no soy esclavo. Pero siempre me encierran, ¡como si fuera a robar a mis clientes! ¿Y cuando tengo que mear?

Se rio.

—¿No eres esclavo? —preguntó Sátiro.

—Oh, no, señor. Soy ciudadano. Mi padre y mi madre eran ciudadanos.

Pese a su rostro, el muchacho parecía bastante inteligente.

Sátiro bebió más agua.

—¿Qué haces en las fiestas? —preguntó.

Alex hizo rodar la cabeza.

—Normalmente bailo. A veces toco tambores para una de las chicas. Algunos grupos nos pagan para follar; yo y Aella, normalmente, y es divertido. Lo hacemos bien. —Asintió—. En una buena fiesta, después de los bailes, alguien me lleva a un aparte y entonces solo es un negocio. ¿De acuerdo? —sonrió—. En una mala fiesta, los hombres se emborrachan, y luego todos quieren follarme a la vez. A veces duele, y a veces hay idiotas que no pagan. —Se encogió de hombros—. Me está empezando a salir el pelo, de modo que mis días de fiesta están a punto de terminar, cosa que ya me viene bien. He ahorrado un dineral.

Sátiro asintió. Había estado en fiestas con flautistas y chicos. Ahora estaba hablando con la otra cara de la moneda.

Aella asomó la cabeza a la cortina.

—¿Cómo está nuestro caballero? —preguntó.

—Mejor —contestó Sátiro.

—Me alegro por ti, encanto. Te traigo un poco de pan con miel, y dátiles. El médico dice que pruebes a comer.

Entró, y estaba desnuda. Sátiro sonrió.

—Desde luego intentaré haceros ricos a los dos —dijo. Tenía que ganarse su lealtad sin más dilación, antes de que lo vendieran a un tercero. Demetrio.

Aella sonrió.

—¿Sabes cuántos hombres han prometido que me harían rica, cielo? —dijo—. Pero el único monedero que quieren entregar nunca parece contener efectivo, ¿eh? —se rio.

Alex puso los ojos en blanco.

—Tengo que irme a dormir —dijo Aella—. Alex irá a buscar a tu amigo Policrates mañana, ¿verdad, Alex?

—Día libre, después de una fiesta —dijo Alex. Se encogió de hombros—. Un mala fiesta.

—Lo siento, cielo —dijo Aella; la primera muestra de empatía que había mostrado, pensó Sátiro.

Alex se encogió de hombros.

—Iba bien untado de aceite; Safo se ocupó de mí. Pero ninguno la quería a ella y todos me querían a mí, y algunos eran unos cabrones. —Se encogió de hombros—. Vayamos a acostarnos.

Salieron de la angosta habitación. Sátiro, que los habría ignorado, viéndolos apenas como humanos en otras circunstancias, los añoró de inmediato. Estaba aburrido y solo, y tenía miedo. Estuvo pensando en aquellas cosas. Finalmente, en lugar de perder el conocimiento, se durmió, pese a las ansias de tomar opio.

Se despertó en un burdel silencioso. Por la inclinación del sol, supo que era por la mañana, última hora de la mañana, y en las camas no había actividad. Se quedó tendido y escuchó, y lo único que oyó fue una risa distante y el llanto de un bebé. Dos bebés.

Pensó en el joven Alexander. En lo desagradable que debía de ser una mala fiesta; ya era bastante mala cuando eras uno de los invitados. Había visto cómo era capaz de comportarse un grupo de oficiales macedonios; unos con otros, con cualquier hombre a quien usaran. Peor si eras un *porne*. Probablemente mucho peor.

La hinchazón de la mejilla había remitido. El pus había formado una costra.

Alex o Aella habían rellenado su jarra, y bebió un poco de agua. Fue hasta el ánfora sin ayuda. Nadie la había vaciado.

Acababa de regresar a la cama cuando entró el médico.

—Andando de nuevo, ¿eh? Excelente.

Abrió su morral y sacó un pequeño tarro de alabastro.

—No más amapola, gracias —dijo Sátiro.

—¿En serio? No me digas que eres un tacaño.

El médico guardó el tarro, envuelto en un trozo de piel vuelta.

—He tomado bastante —dijo Sátiro—. Demasiado, para una vida.

—¿Soldado? —preguntó el médico.

—Algo por el estilo —contestó Sátiro.

El médico asintió.

—Bien. Tú sabrás lo que haces, pero cuando quite el vendaje te dolerá como el Hades.

Llevaba razón. Dolió.

No se desmayó, pero el dolor fue considerable. Gritó; no una vez sino dos. Luego lo vendó otra vez.

—Alguien te detesta de veras —dijo el médico.

Sátiro asintió.

El médico sonrió.

—Bien. Espero que hagas ricos a los *porne*, muchacho. Puedes seguir llevando el vendaje, supongo, y si no quieres amapola... Bueno, tu mejilla está limpia y seca, y te dolerá durante semanas, pero ya he terminado contigo. Tengo entrepiernas que examinar.

Sátiro le tendió la mano pero el hombre ya había desaparecido detrás de la cortina.

Sátiro comenzó a pensar que podía notar las diferencias entre distintos actos sexuales guiándose por los sonidos. Estaba consternado, a ratos divertido, por la franqueza y la vulgaridad de los clientes. Los hombres pedían las cosas más

ordinarias; unos con un sonsonete como niños pequeños, otros con severas exigencias. Aella entró a ver cómo estaba y se quedó un rato charlando mientras se untaba de aceite la vagina, acto que llevaba a cabo sin la menor timidez o vergüenza.

—Ninguna chica puede sacar suficiente jugo para durar toda la noche; y menos durante el festival de Afrodita —explicó—. ¡Mi campanilla! —dijo, y se marchó volando.

«¡El festival de Afrodita! —pensó Sátiro—. ¡Llevo aquí dos semanas!».

Las tardes transcurrían despacio. Los chicos y las chicas conversaban, o se bañaban, se enfurruñaban, leían, debatían... Eran atenienses, y Sátiro no pudo evitar reírse de lo atenienses que llegaban a ser: debatían asuntos políticos, discutían los méritos respectivos de Casandro y Lisímaco, Tolomeo y Antígono. Aella era una ferviente partidaria de Demetrio, a quien había visto en persona.

—Es como uno de los dioses —le oyó decir mientras pasaba por el pasillo—. Su padre ha capturado a Mitrídates; no el bueno, sino el malo. El que está en contra de nosotros.

Se rio como el seguidor de un equipo deportivo vencedor. Nadie tuvo algo que objetar.

Sátiro se preguntó con qué facilidad cabía etiquetar a los hombres como buenos o malos debido a sus creencias o al bando que respaldaban en una guerra civil. Resultaba... insondable. Filosofó al respecto hasta que oyó a la propietaria inspeccionando a las chicas.

La propietaria era una mujer de cierta edad, con grandes ojos un poco separados y el pelo teñido de negro azabache. A la luz del día podía ser bastante desagradable, con su narizota y los dientes en mal estado, pero cuando caía la tarde resultaba encantadora, atractiva a la manera en que es atractiva una vieja matrona, con un sentido de la dignidad que Sátiro nunca habría asociado con aquel mundo de *porne* y sexo. Su nombre, mencionado con frecuencia, era Lisístrata.

Sátiro la conocía por la voz y por haberla entrevisto al otro lado de la cortina, pero aquella tarde entró en su cubículo.

—¡Medea! —llamó; la voz del mando, o de una madre.

Entró una muchacha. Su sangre sakje saltaba a la vista; tenía las mejillas altas y, además, cicatrices tribales en el hombro derecho y los brazos. Tenía un rostro duro, nada bonito.

—¿Sí, despoina? —preguntó. Era dócil, y mantenía la vista baja.

—Vacía ese orinal. Apesta. El olor a orina no es un afrodisíaco, jovencita.

—Sí, despoina —dijo la chica sakje, y lanzó una mirada a Sátiro.

—Buenas tardes —saludó Sátiro en masageta.

La muchacha se sobresaltó y abrió ojos como platos. Acto seguido se fue corriendo, llevándose el ánfora llena de porquería. Al cabo de un momento se la oyó llorar en el pasillo.

—Me la has jugado bien, señor, y mi casa paga tus facturas. —Lo fulminó con la

mirada—. He venido a ver cómo seguías y, ¿qué le has dicho?

—Le he dado las buenas tardes en el idioma de su pueblo.

De repente Sátiro se sintió expuesto. Los comerciantes alejandrinos no conocían las lenguas sakje.

—Es la peor esclava que quepa imaginar —dijo Lisístrata, y se sorbió la nariz—. Ha herido a dos caballeros. Debería venderla como niñera pero algunas de esas casas son... bueno, peores que los burdeles. —Lisístrata sonrió—. Y me costó lo indecible que adoptara nuestras costumbres. Pienso recuperar mi inversión. Y en cuanto a ti, señor, también recuperaré la inversión que he hecho en ti. Dicen mis jóvenes que tienes relación con Policrates.

Sátiro asintió.

Lisístrata cruzó los brazos.

—Solo que en las calles corre otro rumor, querido, y según parece alguien ofrece una gran cantidad de dinero en efectivo para quien localice a un hombre de Olbia o Pantecapea. Un hombre con un corte en la mejilla como una alfa, y alto.

Sonrió.

Sátiro supo que lo había descubierto. Había hecho entrar a la chica sakje a propósito. Su mente calculaba; estaba suficientemente en forma para agarrarla. ¿Tal vez... usarla como rehén?

No. A Fiale no le importaría lo más mínimo. Tenía que huir. Enseguida. Estaba desnudo en las sábanas manchadas de un camastro en un burdel; sin ropa, sin dinero...

—¿Cuánto vale para ti, en efectivo, no en promesas, que siga escondiéndote? ¿Señor? —preguntó Lisístrata.

Sátiro se esforzó en aparentar una calma que no sentía. Tomó aire, como si se preparara para salir a la palestra.

—Policrates pagará por mí —dijo, más que nada para ganar tiempo. El resultado más probable era que lo vendiera a Fiale y también a Policrates. Solo que Policrates estaba muerto, y a no ser que lograra encontrarse y hablar con un miembro de su familia, no tendrían motivo alguno para ayudarlo.

¡Dos semanas! Sus naves de grano ya habrían partido. El factor de León tendría el dinero del grano; de sobras para pagar el rescate de un rey o dos.

Solo cabía mostrarse audaz. Consiguió sonreír.

—Hay una mujer que quiere verme muerto —dijo, sucintamente—. Si lo consigue y acusan a tu casa... —Sátiro dejó que la amenaza fuese tácita—. En cambio, si logro llegar a casa de mis amigos, puedes contar con recibir una gran cantidad de dinero, y tal vez algo más.

—Falsas amenazas y promesas que puede hacerme cualquier rufián en el ágora —dijo Lisístrata, pero estaba interesada.

Sátiro había visto a León y a Diodoro hacer aquello, había observado a Filocles hacerlo mil veces, utilizando la codicia y la avaricia de la gente contra su buen

criterio. Pero Filocles, antaño espía y jefe de espionaje, lo había considerado impropio de un rey. «La manipulación es la más pobre forma de gestión», solía decir.

Sátiro no tenía opción.

—Mis promesas no son falsas. Juzga por ti misma; ¿te parezco un hombre de valía?

—Dame un nombre —dijo Lisístrata.

—Ya lo he hecho. Policrates. Tráeme a un miembro de su familia. —Sátiro hizo una pausa; aquella mujer era inteligente, y no quería servirle en bandeja sus puntos flacos—. O a él en persona, y me encargaré de que cobres... una sustanciosa suma. Una cantidad escandalosa.

—Mi querido señor, tu rival está ofreciendo una cantidad escandalosa. Y es posible que tengas varios rivales. —Se rio como una vieja bruja—. A lo mejor pujarán por ti, tal como hacen los hombres por una esclava guapa.

La había juzgado mal. Por alguna razón, estaba vengándose en él de todos los hombres que le desagradaban, todos los hombres que la habían comprado y vendido. O tal vez así fuese como reaccionaba ante todos los hombres.

—Puedo pagar más —dijo Sátiro, con una confianza que distaba mucho de sentir—. Y si muero... lo sentirás.

—Conozco hasta el último político de esta artera ciudad —dijo Lisístrata—. Los tengo a casi todos cogidos por los huevos.

Sátiro se encogió de hombros.

—Sería una lástima verte vendida de nuevo como esclava —dijo.

Lisístrata se sobresaltó, se puso blanca y luego roja.

—Que te den, pretencioso.

Había salido a través de la cortina antes de que Sátiro pudiera retractarse.

En cuanto las suelas de corcho de sus sandalias bajaron la escalera, Aella apareció.

—Menuda bruja —dijo—. Está intentando apalancarse el dinero que nos prometiste a Alex y a mí, ¿verdad, señor?

Sátiro asintió.

—Ayúdame a levantarme.

Aella se asomó al pasillo.

—Ha salido.

—Ha ido en busca de mis enemigos. Por favor... Esto es un asunto de vida o muerte.

Aella hizo una pausa.

—¡Júralo! —dijo—. Jura por la Estigia que me harás rica, y a Alex también.

Sátiro levantó la mano.

—Juro por la Estigia, y sobre la tumba de mi padre, y ante todos los dioses, así las furias me acosen, que cuidaré de ti y de tu amigo Alex, y que os haré ricos.

Aella frunció los labios.

—Si me pilla, me espera una paliza o algo peor.

Sátiro sonrió.

—A mí, la muerte. —Respiró profundamente. Habiendo fallado estrepitosamente como manipulador, intentó un enfoque diferente con Aella—. ¿Cuánto tiempo podrás seguir viviendo así, cielo? ¿Antes... antes de que la piel se te aje y los pechos te cuelguen? ¿Qué otra alternativa tienes?

Fuera, en la calle, se oía movimiento.

—¡Aella! —llamó la voz de Alex.

Salió corriendo por la cortina.

Sátiro se puso de pie. Si Fiale estaba cerca, sus secuaces llegarían allí en cualquier momento.

Se apoyó en la pared, avanzando tan deprisa como pudo, hasta que alcanzó la cortina.

—Parece bastante rico, diría yo —oyó decir a Aella.

—Es esclavo de Policrates; su chico.

El discordante susurro de Alex subió por la escalera. Sátiro estaba en el pasillo, un pasillo que solo conocía por sus ruidos. Encalado, con el suelo de baldosas barrido, era estrecho y recorría toda la longitud de la segunda planta; tendría unas veinte habitaciones pequeñas.

Las habitaciones del otro lado del pasillo daban a la calle; algunas tenían una exedra o un balcón.

—¡Mierda! —dijo Aella—. Ya vuelve. Con matones.

Alex dijo algo con desesperación. Otra voz habló con apremio.

—¡Inténtalo! —dijo Aella—. ¡Vete antes de que nos vea!

Ahora Sátiro estaba paralizado, plantado en lo alto de las escaleras. Ni siquiera sabía si había otro acceso a la segunda planta. Las exedras a menudo tenían sus propias escaleras, pero en un burdel parecía poco probable.

Aella subió la escalera a la carrera, sus pies descalzos resonaron en los peldaños de madera.

—Por Afrodita —dijo—. ¡Estás levantado! Tienes un aspecto horrible. Vamos, ven conmigo.

Le agarró la mano y lo arrastró por el pasillo. Sátiro dio un traspie y faltó poco para que se cayera.

—Arriba —dijo Lisístrata en la calle—. Un hombre corpulento.

—Descuida, ya lo conozco —dijo Culocoño.

Aella tiraba de él por el pasillo, pasando por delante de los tres únicos cubículos que estaban ocupados. Casi al final del pasillo había una puerta, mientras que todas las demás habitaciones tenían solo cortinas.

—Es la de ella —dijo Aella. Respiró profundamente—. Si me pilla haciendo esto, estoy jodida —agregó.

Se oyeron pasos rápidos en la escalera.

Aella abrió la puerta y ambos entraron en la habitación. Aella empujó la puerta para cerrar de un portazo pero Sático la cogió y cerró sin hacer ruido. Había un cerrojo. Lo corrió con cuidado.

Era una habitación agradable, la habitación de una mujer, con un telar sin usar, dos buenos tapices, una alfombra persa y una cesta llena de rollos.

—Nos deja leer aquí, cuando nos trata con favoritismo —susurró Aella.

—¡Ha huido! —rugió Culocoño—. No puede andar lejos. ¡Registrad las habitaciones!

—Siempre he querido registrar un burdel —dijo otra voz—. ¡Eh, abrid!

El inconfundible ruido del pomo de una espada contra una pared.

—¡No podéis registrar donde estén mis clientes! —chilló Lisístrata.

—No seas tímida —dijo Culocoño—. ¡Me he follado a todas las chicas de esta casa! —Se rio—. No les importará que mis chicos las miren un rato.

—Deja de molestar, cabrón. Esta es mi casa. ¡Teo! —llamó. Su gorila.

—Jódete, bruja —dijo Culocoño—. Registrad todas las habitaciones. Matad a cualquiera que intente deteneros.

El ruido de un bofetón, y Lisístrata volvió a chillar, y luego pasos.

—¿Hay otra salida? —preguntó Sático. El corazón le martilleaba en el pecho.

—Sí. Desde la exedra. Tiene su propia escalera. —Aella estaba teniendo dificultades para respirar—. ¡Corre!

—Tú primero —ordenó Sático. Apenas era capaz de sostenerse de pie, pero quería un arma.

Se sujetó con los brazos y fue de superficie en superficie, sin encontrar nada. Fuera, en el pasillo, se oían ruidos de pelea, y un cliente enojado le gritaba a alguien; caos.

Sático siguió a Aella a la exedra, que recorría todo aquel lado de la casa, sobre un callejón poco más ancho que sus hombros.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó una voz como un relincho; no la de Culocoño. Uno de sus hombres.

—Es mi habitación —dijo Lisístrata—. ¡No se os ocurra entrar!

Una equivocación haber corrido el cerrojo. Demasiado tarde para arrepentirse. Sático bajó la escalera bastante bien. Allí estaban Aella, Alex y otro hombre que le resultó familiar.

—¡No está aquí! —chilló Lisístrata—. Mi puerta está cerrada. ¡Cabrón!

Su voz sonaba cerca. Debía de estar al otro lado de la puerta.

—Sígueme, señor —dijo el hombre cuyo aspecto le resultaba familiar—. No es lejos. Vamos.

Los cuatro avanzaron tan deprisa como podía Sático. Fueron de callejón en callejón, con Aella explorando adelantada y los dos jóvenes sosteniendo a Sático; al cabo de veinte pasos, necesitaba un hombro debajo de cada brazo tan solo para mantenerse erguido.

—¡Jasón! —dijo Sátiro.

—Exacto, señor.

Jasón estaba jadeando por el agotamiento de llevar a rastras a un hombre tan corpulento como Sátiro.

Dos callejones, y el cruce de una calle con tráfico peatonal y una carreta, y cuatro hombres aguardando junto a un enorme canasto de pan en la entrada de un callejón. Jasón los condujo a un cobertizo, y en cuestión de un momento, y no sin dolor, Sátiro estuvo dentro del canasto de pan.

—Vosotros dos volved al trabajo —dijo Jasón—. Sabéis donde vivo. Venid mañana.

Era Jasón, el esclavo personal de Policrates. Iba bien vestido, limpio y arreglado, y con alfileres de plata en el quitón; el esclavo de un hombre muy rico, o un hombre acomodado de clase media.

Aella se mostró feroz.

—Nos prometió oro.

Jasón le asintió.

—Y os lo dará. Pero, chiquilla, si no lo sacamos pronto de aquí, ya puedes darlo por muerto.

—No soy una chiquilla —protestó Aella.

—¿Cuándo cobraremos? —preguntó Alex.

—Cuando lo tenga a salvo en mi casa —contestó Jasón.

—Eres esclavo, ¿verdad? —preguntó Aella a Jasón.

—Pues sí —contestó Jasón. Por primera vez, pareció menos confiado.

—Ya decía yo. Nosotros no somos esclavos, ¿sabes? Si nos jodes, te joderemos de vuelta. —Aella se sorbió la nariz—. Pasaremos mañana. Más vale que tengas listo el dinero para nosotros.

Luego silencio, los ruidos de la calle, y luego muchos hombres, todos a la vez, y el canasto se levantó.

—Es el pan más pesado que haya acarreado alguna vez —dijo un porteador.

—Es un cuerpo, idiota. Ese niño bonito no es aprendiz de panadero. ¿Alfileres de plata en el quitón? Esto es política. Tú coge el dinero, lleva el canasto y aguarda a ver a quién han asesinado. Mañana. Cuando estemos a salvo.

Ahora avanzaban deprisa. Sátiro notaba la velocidad y veía un poco través del canasto; cambios de luz y sombra, mayormente, pero de vez en cuando, cuando el sol estaba en un ángulo propicio, veía figuras.

Recorrieron un largo trayecto. Sátiro tuvo tiempo de tener sed y ganas de orinar, de coger frío a medida que el aire del anochecer le iba acariciando la piel desnuda. Combatir en la cubierta de una nave de guerra era mucho mejor que aquella impotencia.

Transcurrió una hora, como mínimo. O eso pareció.

—Zeus Panhelenio, ¿dónde estamos yendo?

—¿Cuánto nos dan por esto, jefe?

—Cuatro dracmas por cabeza. No seáis tan maricones. —Cambio de voz—. ¿Señor? ¿Joven señor? ¿Estamos cerca?

—Es justo ahí —dijo Jasón—. El carro de mi granja llegará de un momento a otro. Gracias. Aquí tenéis vuestro dinero. Toma. —Ruido de monedas—. Y toma.

Más monedas. Gruñidos y murmullos, despedidas.

—¿Dónde está mi amo? —preguntó Jasón, desde fuera del canasto.

—Muerto —contestó Sátiro.

La tapa del canasto se abrió.

—Debía asegurarme de que se hubiesen ido. Estoy improvisando sobre la marcha. ¿Quién lo mató?

Sátiro sacó la cabeza de dentro del canasto y aspiró una bocanada de aire fresco.

—No lo sé. Una cortesana, Fiale, fue la agente, me parece.

Negó con la cabeza.

Jasón lo ayudó a sentarse.

—¿Quién estaba detrás de ella? Hay hombres buscándote por todas partes, señor. Pagué a una cuadrilla para que buscara a mi amo; mis informantes se topan con ellos cada dos por tres. Supuse... Bueno, supuse que habían matado al amo y que habías huido. Era una posibilidad que encajaba con lo que sabía. Están buscando a un hombre de Olbia.

Sátiro asintió.

—Me capturaron... Escapé.

Jasón lo miró.

—Sé por el amo que eres un luchador famoso. Escúchame, por favor. Te he encontrado y te llevaré a casa del amo. ¿De acuerdo? Después te ruego que hagas algo por mí.

Sátiro asintió.

—Cualquier cosa que esté en mi mano, chico.

—Llévame contigo —dijo Jasón—. El amo me mantuvo a salvo. De ciertas cosas. Quiero librarme de ellas.

Sátiro se preguntó cuán desesperado era el mundo de los esclavos y los libertos. Regateo constante. Y cuán tentados estarían Alex o Aella cuando se enterasen de que él era valioso para Demetrio.

—Te haré libre —dijo Sátiro. Lo dijo en serio, pero también sabía que se trataba de un ofrecimiento que triunfaría sobre cualquier oferta de dinero.

Jasón sonrió. Sátiro no lo había visto sonreír. Hacía que pareciera mucho más joven.

—Quiero algo más que eso —dijo Jasón—. Quiero ser ciudadano, aunque no aquí; aquí tengo demasiado bagaje.

Sátiro, desnudo y casi incapaz de hablar, tuvo que sonreír.

—Puedo hacerte ciudadano de Olbia, de Tanais o de Pantcapea tan solo con

decir que lo eres —dijo.

Jasón asintió.

—Sé que puedes, señor. Mi amo ha muerto. Puedo servirte a ti.

Sátiro respiró profundamente.

—Todavía no me has contado nada sobre tus problemas ni de los complots de tu amo —dijo—. Sácame de esta y me encargaré de que obtengas la libertad. No puedo prometer nada más.

Jasón asintió.

—Apóyate en mí. Vámonos.

Cruzaron la verja de una granja y anduvieron a lo largo de un muro de piedra cruzando un olivar, subieron una colina y bajaron por otro olivar, y esta vez tuvieron que soportar los ladridos de los perros y las miradas enojadas de un rebaño de ovejas.

Al final de la suave pendiente había una gran casa y, cuando llegaron, Sátiro iba renqueando, pero se encontraba mejor, no peor, como si a los músculos les hubiese hecho bien la caminata.

—¿Puedes montar, señor? —preguntó Jasón.

Sátiro asintió. Le faltaba el aire.

En el patio de la gran casa había cuatro hombres, hombres fornidos que portaban espada. Sátiro tuvo el impulso de huir pero Jasón se limitó a saludarlos con una inclinación de cabeza.

—Tarifas habituales —dijo.

El hombre más corpulento se rio entre dientes.

—Nos encanta trabajar para ti, Jas.

Jasón se volvió hacia Sátiro.

—He tenido que organizar esto sobre la marcha. Estos son Aquiles y sus amigos Ajax, Menón y Ulises. Caballeros, este hombre necesita vuestra protección. Llevadlo a un lugar seguro y decidme dónde en cuanto podáis. Tengo unos cuantos cabos sueltos que atar. Es buen pagador, y puede ser un buen amigo. Señor, haz lo que te digan.

Sátiro se encogió de hombros.

—Me gustaría ponerme algo de ropa y tener una espada —dijo. Aquiles era alto y podría haber sido guapo si no le hubiese atravesado la cara un tajo de un dedo de ancho que le dejaba la boca con una expresión permanente de malicia. Incluso con semejante cicatriz, tenía porte y dignidad. Ajax era más alto y recio, panzudo, con las piernas tan grandes como el pecho de un hombre menudo y una sonrisa que desarmaba. Menón era africano, enjuto y nervudo, y Ulises tenía un buen puñado de dientes de oro y una barba hirsuta, y en conjunto parecía más patán que los otros tres, que bien podrían haber pasado por caballeros.

Aquiles lo miró de arriba abajo.

—Puedes quedarte la mía, señor, si insistes, pero diría que ahora mismo no vales más que un escupitajo en una pelea.

Sátiro tuvo que estar de acuerdo.

Jasón intervino.

—Puedo traerle un par de quitones y una clámide —dijo—. Dudo que en la casa haya una espada.

Desapareció en el interior.

Menón lo miró detenidamente.

—¿Quién te persigue? ¿Y por qué tenemos que llamarte señor?

Sátiro se sentó pesadamente en un banco adosado a la pared.

—No tenéis que llamarme señor. Creo que Jasón lo hace con demasiada facilidad.

Jasón regresó con una canasta, un morral de cuero y un fardo.

—No he encontrado sandalias, pero sí un buen par de botas. Estira las piernas, señor.

Sátiro estiró las piernas y Jasón le ató las botas, que le iban bastante bien; botas altas beocias, de buena factura.

Después Jasón lo ayudó a ponerse un *chitoniskos*; la lana estaba bien lavada y era suave, pero levantar los brazos por encima de la cabeza le hizo gruñir.

—Tienes unos moratones increíbles, jefe —dijo Ulises—. Solía luchar a puño pelado en las tabernas, y nunca me hicieron un moratón como este.

Estaba señalando la marca de una gruesa vara de roble en el bíceps izquierdo de Sátiro, todavía morada después de más de dos semanas, una buena magulladura sin duda.

—¿Ganaste o perdiste? —preguntó Ajax.

—Perdí —contestó Sátiro.

Los cuatro asintieron.

—Déjame verte las manos —dijo Ulises.

Sátiro abrió las palmas.

—Necesito que os pongáis en marcha —dijo Jasón—. Será fácil seguir el rastro de esos porteadores.

Aquiles levantó la mano.

—Un momento, Jas. A este bruto no lo llamamos Ulises porque sí.

El hombre de los dientes de oro palpó las manos de Sátiro.

—Bastante duras. ¿Espada? ¿Hoplita?

—Sí —dijo Sátiro.

—¿Sabes hablar bajo y actuar... como nosotros? —preguntó Ulises.

—Es inútil —dijo Ajax—. Miradlo. Gimnasio a diario. Modales.

Sátiro sonrió, escupió a un lado tal como recordaba haber visto hacer a Terón y ladeó la cabeza.

—Que te den —dijo.

Ulises sonrió.

—No está mal. No hables mucho, y procura no llevar siempre la espalda erguida. Cabalga a mi lado. Somos espadas mercenarias buscando trabajo con Demetrio, y nos

conoces desde...

—Rodas —dijo Sátiro.

—Lo siento, pero no estuvimos en Rodas. Salimos poco de Ática. —Aquiles sonrió, y su cicatriz se movió—. No importa. Tú escupe, pon cara de estar enojado y herido. En marcha.

Menón sacó seis caballos de los establos y Jasón ayudó a Sátiro a montar.

Se sintió mejor, a lomos de un caballo.

—No me has preguntado si sé montar —dijo a Ulises.

Los dientes de Ulises destellaron con los últimos rayos del sol veraniego.

—No hacía falta —respondió—. Sabemos quién eres.

Tiró de las riendas cuando Jasón se acercó a ellos.

—Dejadme recado como de costumbre —dijo—. A partir de hoy no seré un hombre público.

Aquiles asintió.

—¿Entonces es verdad? ¿Policrates ha muerto? ¿Quién lo mató?

Jasón negó con la cabeza.

—Todavía estoy tratando de averiguarlo. Es probable que también os necesite para ese menester.

A Sátiro le divirtió constatar que su rescate, si es que realmente lo estaban rescatando, no ocupaba el centro del escenario.

—¿Sois hombres de Policrates? —preguntó Sátiro.

—Hmm —contestó Aquiles—. Hmm. Hay quien diría que sí y quien diría que no.

Ulises asintió.

—Somos nuestros propios hombres. Policrates paga bien, pagaba, supongo, y daba la cara por nosotros cuando se lo pedíamos.

—No como el capullo de Demetrio de Falero —murmuró Menón.

Comenzaron a cabalgar, primero colina abajo, a través de un trigal, y luego siguiendo un sendero a través de un viñedo hasta que llegaron a una verja en una tapia de piedra muy alta y salieron a un camino.

Sátiro no conocía Atenas demasiado bien, pero vio el Partenón tan claro como la luna; los últimos rayos del sol brillaban en el tejado, ocho o diez estadios al sur. Cabalgaban hacia un cielo rojo, dirigiéndose al oeste, y avanzaban tan deprisa como Sátiro les permitía. Ya no tenía malas heridas pero estaba cansado y le dolían las caderas.

No se quejó.

La luna salió y el cielo pasó del azul oscuro al negro, salieron también las estrellas y seguían cabalgando. Cruzaron dos arroyos y giraron más hacia el suroeste, y cuando Sátiro casi se había dormido en la silla, Aquiles dio el alto, todos desmontaron y Ulises repartió morcilla de cebolla.

Sátiro se había orientado.

—El camino de Eleusis —dijo.

—Lo has pillado a la primera —contestó Ulises.

Orinaron, bebieron agua y montaron de nuevo, cabalgando más deprisa. Aquiles y Ajax, los dos hombres más corpulentos, cambiaron de caballo.

Comenzaron a subir por una pendiente empinada, entre promontorios rocosos que se veían amenazantes incluso a la luz de la luna. Pasaron junto a dos pueblos, ni una luz a la vista, y luego, bastante después de que hubiese salido la luna, cuando Sátiro pensaba que su incomodidad no podía ser peor, entraron en un tercer pueblo. En este había una gran posada, y la verja del patio se abrió cuando Aquiles pronunció una frase de los misterios.

Los esclavos se llevaron sus caballos; hoscos esclavos que maldecían porque los habían sacado de sus camastros.

—Llegáis tarde —dijo una voz regañona.

Aquiles hizo una reverencia, como un sacerdote delante de su dios.

—Despoina, Tiké afecta a todos los hombres, incluso a los héroes.

Fuera quien fuese, Sátiro no la veía. Puesto que Ulises le estaba sujetando un brazo y le había tapado la cabeza con su clámide, supuso que no querían que la mujer lo viera.

—La habitación de encima del establo, tal como pedisteis. Veamos el brillo de vuestra plata. —Sátiro oyó el tintineo de las monedas, vio que la silueta mordía una—. El mundo está lleno de ladrones —dijo la mujer—. Esto cubre todos los gastos, chicos. Gracias. Que durmáis bien. Hay pan, encurtidos y un buen pedazo de venado esperando.

Subieron por una escalera estrecha y empinada sin barandilla. Arriba había una mesa de caballete. Sátiro se sentó, y alguien le puso una pequeña copa de arcilla entre las manos. Abajo, Aquiles seguía hablando con la mujer, la propietaria de la taberna, supuso Sátiro. El vino era maravilloso, rico en sabores, oscuro como la sangre a la luz de la lámpara.

Ajax comía en silencio, deprisa y eficientemente mientras Menón vigilaba por la ventana enrejada y Ulises almohazaba a los caballos y les daba de comer; un equipo bastante eficiente. El único signo de disfrutar del excelente venado fue cuando Menón terminó su ración y bebió su primer sorbo de vino.

—Lessa es una buena anfitriona —dijo. Asintió a Sátiro y bajó la empinada escalera.

Aquiles subió. Fue hasta un baúl que había en un rincón, una caja lo bastante grande para meter un cuerpo, y lo abrió. Sacó un arco sakje, un carcaj griego y una espada espartana.

—Es todo lo que tengo —dijo, pasando el largo puñal a Sátiro—. Sabes cómo usarla, ¿verdad?

Sátiro se colgó el cordón del carcaj del hombro. En el peor de los casos, ahora podría ocuparse de que no lo capturaran con vida. Asintió.

—Gracias —dijo.

—No me des las gracias hasta que pagues —respondió Aquiles—. Tenemos que aclarar algunas cosas. Hay un montón de gente buscándote. ¿Cierto?

Sátiro asintió.

—Bien, Ulises dice que eres el rey del Bósforo. ¿Lleva razón? —preguntó Aquiles.

Sátiro asintió.

Aquiles asintió unas cuantas veces a modo de respuesta y le guiñó el ojo a Ajax.

—Podría retirarme a una granja ahora mismo, los cuatro podríamos, si te traicionáramos.

Aquiles se recostó y cruzó los brazos.

—Todo el mundo me dice lo mismo —dijo Sátiro—. Hasta que encuentre a mi gente, no tengo nada que ofreceros.

—¿Y cuándo encuentres a tu gente? —preguntó Aquiles—. Entonces, ¿qué? Haznos una oferta.

Sátiro negó con la cabeza.

—Me has dado el puñal —dijo—. Y ya tienes un trato con Jasón. ¿Por qué debería hacer un nuevo trato?

Aquiles asintió.

—Soy un hombre justo. No te traicionaré enseguida, pero yo y los míos quizá te abandonemos. Jasón dice que esto es un trabajo de escolta. Pero sabemos quién eres, y la vieja bruja que regenta este sitio dice que los caminos están llenos de hombres que te buscan.

—¿Hombres de quién? —preguntó Sátiro.

—Hombres de Demetrio —contestó Aquiles.

—¿Soldados? —preguntó Sátiro.

—Exacto —dijo Aquiles—. ¿Y bien?

—¿Un talento de plata para cada uno? —dijo Sátiro.

—¡Zeus Panhelenio! —exclamó Ajax—. Te sacaríamos del Tártaro por esa cantidad.

—Cierra el pico, tú. —Aquiles se rio—. No tienes cabeza para negociar. Pero no pasa nada. Por esa tarifa, te sacaremos de Ática y te cobijaremos en uno de nuestros escondites durante una semana, hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Siempre vuelven.

Sátiro asintió.

Seis días de camino, recuperando el tono muscular, y ascendieron para salir de Ática por el collado del monte Kimeron, pasando cerca de Eléuteras hasta la vecina Platea.

Beocia estaba bonita en pleno verano, la pista de baile de Ares se extendía hacia el horizonte, un mosaico de campos dorados y verdes, como una versión cultivada del

Mar de Hierba. Platea estaba en las faldas del Kimeron, dominando el valle hasta el río Asopo; las murallas eran nuevas y brillaban al sol. Los espartanos y los tebanos habían destruido la ciudad juntos dos veces, y Alejandro de Macedonia había ordenado reconstruirla a un elevado coste, justa recompensa para los hombres y mujeres que habían luchado entre los más valientes en defensa de la libertad griega, o eso sostenía Alejandro.

—Aquí la tierra era barata como el estiércol cuando empezamos en este negocio —dijo Ulises mientras cabalgaban a orillas del Asopo y comenzaban a subir por una loma—. Nos cayó un dinero como llovido del cielo y compramos esta granja —agregó, sonriendo.

La granja estaba en la cima de una colina, con una torre chata de piedra y una antigua fragua, un buen viñedo y unos cuantos manzanos esmirriados. Varias familias de esclavos vivían en una aldea, detrás de la casa principal.

—Aquí somos como señores —admitió Aquiles—. ¡Eh, Tegara! ¡Estamos en casa!

Unas mujeres salieron de detrás de la torre; algunas atractivas, otras con aspecto de ser duras como el bronce y otras dos que eran mayores que las demás. Dos chicos salieron del cobertizo y se llevaron los seis caballos.

—Este es un invitado —dijo Aquiles a las mujeres—. Encargaos de que tenga estancia agradable, es un cliente de pago.

Oyéndolo, Sátiro dedujo que no todos los visitantes eran bienvenidos, o voluntarios.

A la mañana siguiente, Ulises se había ido.

—Otro asunto —dijo Aquiles, restándole importancia con un ademán—. Pero nos pondrá en contacto con Jasón, si es que el chico sigue vivo.

Sátiro durmió en una cama y al día siguiente hizo un poco de ejercicio, tirando flechas con Aquiles y Menón fuera del recinto tapiado del patio. Se fatigó más de lo normal y durmió una siesta debajo de los viejos olivos. Tegara, la mayor de las mujeres, les llevó aceitunas y queso. Se sentó al lado de Sátiro, recogiendo el quitón bajo las caderas con un gesto más propio de una dama que de una campesina.

—¿Quién eres, en realidad? —preguntó. Tenía una bonita voz ronca que desmentía su condición de matrona granjera.

—Nadie importante, despoina —dijo Sátiro.

Tegara le sonrió, mirándolo con atrevimiento.

—Ruego se me permita dudarle. Tienes un aspecto exótico, para mí.

Sin más palabras, se situó detrás de él y comenzó a darle masaje en la espalda y los hombros; no una faena erótica sino profesional, lo que un hombre esperaría en un gimnasio.

Aquiles rio para sus adentros.

—Has logrado una curiosa conversión, señor. ¡A Tegara nadie le cae bien!

Sátiro durmió mejor aquella noche, y a la mañana siguiente encontró a Aquiles en

el patio, con Tegara echándole cubos de agua por la cabeza. Tegara le guiñó un ojo a Sátiro, que correspondió con el mismo gesto. Había algo en aquella mujer que trascendía la edad o el sexo; era fácil apreciarla, pues, de un modo u otro, se había librado de las trabas de las convenciones.

—¿Espadas? —preguntó Sátiro a Aquiles mientras este se bañaba.

Aquiles sonrió.

—Tengo unas cuantas.

—¿Practicamos? —preguntó Sátiro. Un cubo de agua lo alcanzó por un lado. Tegara rio disimuladamente. Él escurrió el agua.

—Encantado, pero antes me gustaría verte hacer algunos ejercicios —contestó Aquiles, y asintió.

Sátiro lo entendió. Ningún hombre quiere jugar con espadas de madera con un desconocido que quizá no contenga sus golpes o no se comporte con decencia. Asintió. Después se bañó y se ungió con aceite del aríbalo de Aquiles, cogió una vara y comenzó sus ejercicios; los seis golpes y las dos estocadas, el juego de pies del pancracio, los bloqueos de brazo y los bloqueos de espada; arriba y abajo delante del codo hasta que Aquiles le dio una palmada en el muslo.

—¿De modo que eres *hoplomachos*, eh? Eso me pasa por preguntar, supongo. —Negó con la cabeza—. Promete que no humillarás a un viejo mercenario, ¿eh?

Sátiro sorprendió una mirada extraña en el rostro de Tegara. Su pícara sonrisa tardó en aparecer en su semblante cuando reparó en que Sátiro la estaba mirando, haciendo que su expresión resultara curiosamente falsa.

—Tuve buenos maestros —dijo Sátiro, tanto a ella como a Aquiles.

—Eres un aristócrata —dijo Tegara, sin demasiada amabilidad. Su comentario implícito era «creía que eras un hombre».

Se fue como ofendida, con la cabeza bien alta.

—Y te ha tomado manía tan deprisa como se prendó de ti —dijo Menón, bajando de la exedra. Se encogió de hombros—. No te enojas con ella. Es la verdadera dueña de este lugar. Por lo que sabemos, no ha tenido una vida fácil.

Aquiles señaló a Sátiro con el mentón.

—Nuestro invitado quiere jugar con la espada.

Menón se sorprendió.

—Vaya, vaya —dijo.

Los tres salieron del patio con media docena de espadas de madera debajo del brazo, y dos pequeños escudos de estilo macedonio. Una vez que llegaron a una hermosa hondonada de césped que quedaba debajo del olivar, Menón soltó el equipo que llevaba y se sentó.

Sátiro eligió una espada de madera que le gustaba, más corta y un poco más pesada que casi todas las demás, y se enrolló cuidadosamente la clámide en el brazo.

Aquiles asintió.

—Prestemos juramento —dijo—. Nadie traerá mala voluntad a este cuadrilátero

de hierba, ni guardará rencor cuando lo abandone a pesar de la competencia, los errores o las heridas. Lo juro por Ares y por Atenea, dios y diosa de la Guerra.

Era una fórmula anticuada; griego jónico, como en la *Ilíada*. El juramento en sí alegró a Sátiro, dándole la sensación de estar viviendo en la antigüedad. Lo repitió, procurando imitar la dicción y la pronunciación de Aquiles.

Aquiles no saludó. En su lugar, simplemente se puso en guardia.

—Listo —dijo.

De cerca era muy corpulento, demasiado corpulento para muchas de las tácticas de dominación de Sátiro. Sátiro estaba acostumbrado a ser más corpulento que la mayoría de sus contrincantes, y Aquiles le sacaba un palmo. Ajax, ausente en la casa, era todavía una cabeza más alto.

—Listo —dijo Sátiro.

Había esperado un truco, un salto inmediato, una entrada a fondo, algún truco propio de la palestra, pero Aquiles dio la impresión de relajarse. Comenzó a trazar círculos por la hondonada, con un cuidadoso juego de pies pero no con los pasos de baile de un hombre entrenado en el gimnasio.

Al principio Sátiro no reaccionó, enfrentándose deliberadamente a la orientación inicial de Aquiles, permitiendo que girara en torno a él...

Aquiles lanzó un golpe desde su izquierda, un corte alto.

Sátiro retrocedió para salir de su alcance y Aquiles se puso de nuevo en guardia. Volvió a dar unos pasos en círculo, y Sátiro cambió su frente con un solo paso de giro, una fluida reorientación de delante atrás que dejó a Aquiles al alcance de su espada, y Sátiro hizo una finta con su brazo envuelto en la clámide y dio un golpe bajo, pero, tal como había esperado, Aquiles estaba bien entrenado e ignoró el golpe contra su costado protegido, parando el verdadero golpe asestado en la línea de apertura.

Ambos sonrieron. Había sido un breve intercambio sin verdadero contacto, pero ahora Aquiles sabía con qué precisión era capaz de asestar sus golpes Sátiro, y Sátiro había apreciado lo bueno que era el equilibrio de Aquiles en las distancias cortas, y ambos se separaron en diagonal, abriendo el radio de acción.

Siguieron buscándose trazando círculos. El sol atravesaba los árboles solo en un punto, y Sátiro se planteó intentar orientar a su oponente hacia él, aunque no pareció que tal estratagema surtiera efecto.

Aquiles tomó una decisión en su fuero interno y resolvió atacar. Giró deprisa e inició un ataque adelantando el pie de la espada, y Sátiro fue al encuentro de la arremetida, maniobra arriesgada contra un hombre de mayor estatura, aisló el codo del atacante con el brazo de la clámide y dio una ligera patada a Aquiles justo por encima de la rodilla al tiempo que mantenía la espada a punto para el verdadero tajo que dirigió, como era de prever, por debajo de su clámide; giró sobre el pie izquierdo, levantó la rodilla hacia el golpe que se le venía encima y golpeó a Aquiles en la cabeza con su espada.

Aquiles retrocedió.

Sátiro se puso en guardia y saludó.

—Golpe a la rodilla —dijo.

—Ah, bueno —respondió Aquiles—. Me doy por muerto. —Sonrió—. A decir verdad, supongo que me habrías roto la rodilla con esa patada, ¿eh?

Sátiro se encogió de hombros.

Aquiles asintió.

—Sabía que eras bueno en pancracio, pero verlo es otra cosa.

Sátiro asintió.

—Dar patadas en un combate es peligroso; tienes la pierna desprotegida. Cuando los hombres llevan armadura, espadas y lanzas, de poco sirve, realmente, a no ser que estés cuerpo a cuerpo.

Aquiles asintió.

Se prepararon otra vez y ambos dijeron «listo».

Sátiro tuvo la impresión de que lo justo sería que emprendiera el siguiente ataque, y lanzó uno sencillo, un corte seco ascendente que pareció apuntar la parte baja de la pierna del escudo, se desvió para convertirse en un golpe alto a modo de estocada contra el pecho desprotegido del oponente, era uno de sus movimientos favoritos, una rutina que llevaba diez años practicando.

Aquiles frustró la finta y toda la intención de Sátiro dando un largo paso atrás, fuera de su alcance, y Sátiro intentó entablar combate, pero entonces el grandullón se movió hacia delante y la derecha, obligando a Sátiro a volverse para parar el golpe con el brazo. Aquiles jugaba con la espada, buscado un forcejeo, y Sátiro respondió con un brazo fuerte y tenaz, retrocedió y golpeó; el otro hombre recibió el golpe de pleno en el brazo y dio una estocada baja, Sátiro bloqueó la estocada baja e intentó girar las caderas para aislar la espada y desarmarlo, y recibió un ligero golpe en un lado de la boca cuando el puñetazo de Aquiles le dio un toque.

Sátiro retrocedió y asintió.

—Buen golpe —dijo.

Aquiles parecía contento.

—Gracias —dijo, cordialmente—. ¿Listo?

Sátiro asintió y esta vez Aquiles estuvo encima de él antes de que hubiera recobrado el aliento; un ráfaga de golpes altos, medios y bajos.

Sátiro retrocedió y volvió a retroceder, y luego, de nuevo alerta, acometió; brazo de la clámide y después una patada rápida con el pie derecho. En cuanto hubo roto el ritmo del adversario, se abalanzó, dando un potente paso adelante con el pie de la espada, una transición de pie trasero a pie delantero rauda como una centella, de una situación de golpes largos a estar casi cara a cara, y con la punta de su espalda a un palmo de la garganta del otro.

Aquiles retrocedió dando un salto, y no estaba sonriendo.

—Tocado —dijo.

—Te tiene calado —dijo Menón.

Aquiles fue a por él con otra ráfaga de golpes, esta vez más rápidos y fuertes. Pero esta vez Sático estaba preparado, fue a su encuentro cuerpo a cuerpo y paró el segundo golpe con la espada; no mediante un bloqueo típico sino con un contragolpe alto que golpeó con fuerza la otra espada y luego la muñeca del oponente. Pero el golpe de Aquiles había sido una finta; el resultado fue que ambos contenientes retrocedieron, frotándose las muñecas.

—Demasiado fuerte —dijo Sático—. Lo siento.

—Yo también. Hacen falta dos para acabar tan mal.

Aquiles tuvo que sentarse. Ambos habían golpeado con más o menos la velocidad de un mandoblazo.

Sático era obvio que estaba menos lastimado y se quedó de pie, girando la muñeca en un sentido y otro.

Menón se puso de pie.

—¿Te quedan fuerzas para un asalto conmigo, señor? —preguntó.

Sático asintió, y Menón cogió una espada más larga.

Aquiles gruñó, se puso de pie y se fue el otro lado de la hondonada, sosteniéndose la muñeca con la otra mano.

—¿Está rota? —preguntó Sático—. Perdona...

—Bah —respondió Aquiles—. Mi orgullo está más herido que mi muñeca.

Menón dijo «listo», Sático contestó y comenzaron el encuentro. Estuvieron girando en círculos un buen rato, mucho más de cuanto lo habían hecho Sático y Aquiles. Finalmente, Menón empezó a hacer fintas muy prudentes; siempre la misma finta, iniciándola con el pie izquierdo y asestando un golpe por encima de su cabeza contra el lado de la espada de Sático. Cuando lo hubo hecho nueve veces, Sático se había impacientado; parar por ese lado le obligaba a mover los pies y los brazos de tal manera que le molestaban las costillas, como poco, y además era un movimiento aburrido, un movimiento hecho enteramente para medir a Sático y hacer que se moviera.

Sático asestó un contragolpe a la muñeca en el undécimo ataque, calculando para darlo en el instante justo después de lanzada la finta.

Menón se echó para atrás, saltó hacia un lado, y Sático se volvió para enfrentársele de nuevo, notando otro tirón en las costillas.

Menón esbozó una sonrisa y lanzó un ataque completamente distinto, una combinación izquierda-derecha que comenzó con el brazo de la clámide acometiendo con fuerza, un puñetazo directo al brazo de la clámide de Sático, y luego el negro se acercó mucho, levantando la espada. De repente el ataque fue el mismo que había amagado tantas veces, y cuando Sático fue a pararlo, sintió una intensa punzada de dolor en las costillas; y Menón ganó el punto, tocándolo en la cabeza limpiamente por encima de su débil contragolpe.

Sático retrocedió, agarrándose las costillas.

—Buen golpe —dijo.

Aquiles negó con la cabeza.

—Menón no es un caballero —dijo—. Ha visto que cuidabas de tus costillas y ha atacado ese punto débil. Y tú se lo has permitido.

Menón cogió su espada mientras Sátiro se sentaba pensadamente.

—No hay justicia que valga en un combate a espada —le dijo—. Pero no tenía intención de hacerte tanto daño.

Sátiro respiró profundamente; el dolor había remitido un poco.

—Lo que has hecho ha sido correcto —dijo.

Menón sonrió.

—¡Pues sí! —dijo—. Eres un buen espada. Tenía que derrotarte por creído. — Escupió—. ¿Una copa de vino, señor?

Sátiro bebió vino con ellos, procurando calarlos mejor. Aquiles había intentado combatir con él como en la palestra, con cuidado y destreza. Menón había pasado por alto tales convenciones. Se preguntó qué decía aquello a propósito de ellos, dado que ambos eran espadas de alquiler, asesinos a sueldo, mercenarios. ¿Cuál de los dos era el más honesto? ¿Cuál era el verdadero espadachín?

Sátiro no estaba seguro pero sabía que le dolían las costillas y también sabía que ambos hombres eran buena compañía, y que preferiría tenerlos a su espalda que detrás de un muro de escudos.

—¿Cuánto cuesta contrataros a los cuatro? —preguntó Sátiro—. Pongamos... ¿por un año?

Menón se rio. Aquiles lo miró desde debajo de su prominente frente y enarcó una ceja.

—¿Lo dices en serio? —preguntó—. ¿Cuál es el trabajo?

—Guardaespaldas. Para mí. —Sátiro se encogió de hombros—. Supongo que sois dignos de confianza. En efectivo, con un anticipo.

Sonrió.

Aquiles correspondió a su sonrisa.

—¿Un año? Casi siempre trabajamos por días...

Menón mojó un trozo de pan duro en aceite de oliva.

—Cuando estamos sin blanca, trabajamos para Demetrio o Casandro por la paga de un soldado —dijo—. ¿De cuánto estamos hablando, aquí?

Sátiro enarcó una ceja.

—No lo sé. No soy Croeso. ¿Cuánto asciende vuestra tarifa diaria?

Jasón nos da diez dracmas al día, más gastos si necesitamos equipo o caballos — contestó Menón—. El doble de lo que cobra un hoplita, si tiene equipo propio.

Sátiro asintió.

—¿Y una bonificación?

Aquiles negó con la cabeza.

—A menudo, pero no siempre. A veces el trabajo trae sus propias bonificaciones.

Si matas a un hombre rico...

Dejó el resto del pensamiento flotando en el aire.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos los cuatro? —preguntó Sático.

Menón apartó la vista.

Aquiles negó con la cabeza.

—No tanto tiempo, ¿eh? Menón solo está con nosotros, qué, ¿desde el festival de Deméter, no? Antes éramos Ulises y yo desde... ni me acuerdo. Años, en cualquier caso. Más tiempo del que teníamos derecho a vivir. Ajax... Bueno, lo conocimos luchando contra él, hace unos pocos años. Aquí el amigo Menón es el último recluta.

—Tardaría cien años en reclutar un ejército —respondió Menón. Rio con cautela, tal como combatía.

—¿Y bien? —dijo Sático—. ¿Qué tal si os pago vuestra tarifa diaria correspondiente a un año, la mitad por adelantado, por los cuatro?

Aquiles volvió a enarcar una ceja, expresión que le confería más aspecto de filósofo que de guerrero.

—Hay que preguntar a los demás. —Asintió—. ¿Será muy peligroso?

Sático se encogió de hombros.

—He participado en seis combates navales en cuatro años —contestó.

—Caray, es la hostia de peligroso —dijo Aquiles—. Bien, me parece justo; al menos dices la verdad. —Miró a Sático—. La lucha con lanza es más real que con espada. Solo lo digo.

A Sático le dolía toda la cara cuando sonreía, pero, aun así, logró hacerlo.

—Lo sé —dijo—. Pero hay personas que se hacen daño... jugando con fustes.

Aquiles asintió.

—Ponme a prueba mañana —dijo.

Sático se dio cuenta de que estaba herido en su orgullo de soldado. Después de su experiencia con Policrates, era más sensible a los sentimientos de los demás.

—Probaremos con lanza —dijo—. Mañana.

Bostezó, maldijo el daño de la mejilla y lo volvió a intentar.

—¿Cuándo vence vuestro contrato con Jasón? —preguntó. Recogieron las espadas y escudos y comenzaron a caminar hacia la casa.

Aquiles se encogió de hombros.

—Todavía no hemos visto un óbolo —admitió—. Supuse que duraría hasta que Jasón viniera a buscarte. La verdad es que no quiero quedarme mucho más tiempo aquí; la gente te vio llegar. Pero necesito tener noticias de Ulises antes de que nos traslademos otra vez.

Sático reflexionaba sobre eso mientras subía la escalera de la vieja torre. Tenía tiempo, demasiado tiempo para pensar, y le preocupaba la gente del pueblo, y observaba sus movimientos desde lo alto de la torre; vigilaba el incesante flujo de tráfico que ascendía por la falda del Kimeron y descendía hacia el valle del Asopo, hombres y mujeres en asno o caminando solos o en grupos. Platea no estaba en la

principal ruta comercial de Ática a Beocia, el camino de Tebas a Atenas que pasaba por el Parnaso, pero era la segunda vía más transitada, y Sátiro veía a cada viajero como un espía en potencia.

También tuvo tiempo para preocuparse por Abraham y Miriam. Si Demetrio había intentado arrestarlo, no debía intentar liberar a los demás rehenes. Sátiro pasó el día con una tablilla que le prestaron y un estilo, tratando de poner en claro lo que sabía sobre el ataque contra él y lo que podía significar.

Si Demetrio le había atacado a propósito, tendría que haber usado a Policrates como herramienta y hacerlo en casa de este. Que era a donde se dirigía Sátiro. Cuantas más vueltas le daba Sátiro a esta lógica, menos posible parecía que se hubiese contratado a un atajo de asesinos tan ineptos que habían matado a un principal aliado de Demetrio, fortuitamente, como parte de la aprehensión de un oponente político. Tanto más cuanto que una intentona chapucera, y había faltado poco para que lo fuera, podría haber acarreado consecuencias militares inmediatas. Y tal vez ya las tuviera; Sátiro no se lo había planteado hasta entonces, pero, cuanto más pensaba en ello, más probable le parecía que a aquellas alturas Apolodoro y su hermana ya se hubiesen puesto en acción.

Por otra parte, si los tenientes de Demetrio habían obedecido chapuceramente sus instrucciones, y tales cosas ocurrían con demasiada frecuencia, significaba que los demás rehenes rodios estaban muertos o bajo renovadas amenazas, siendo la única esperanza que Demetrio tendría para mantener a Rodas en jaque.

Sátiro bebía un vaso tras otro de la excelente agua del pozo bajo el sol abrasador, vigilaba los caminos que pasaban cerca de la vieja casa y procuraba desentrañar todas las posibilidades distintas.

Una que no podía descartar era que el ataque lo hubiese promovido Casandro. Sopesó la idea, haciendo puntos al azar con el estilo en la cera blanda de la tablilla. Hacía calor, estaba adormilado y era demasiado fácil dejarse llevar por la ensoñación de tener el cuerpo de Miriam tendido al lado del suyo...

Sátiro se preguntó si había en el mundo otro hombre tan poderoso como él que pasara más tiempo anhelando mujeres en vez de simplemente montándolas. Las esclavas que mantenía Aquiles eran claramente para esta finalidad, y algunas se habían ofrecido de un modo u otro. La única que le gustaba era Tegara, una mujer libre que por algún motivo suscitaba la admiración de Sátiro pero que no se había mostrado ni mucho menos receptiva. Sátiro reconoció que en parte se debía a aquello; lo inalcanzable siempre era preferible, supuso.

Subió al tejado cuando el sol comenzó a declinar. Cogió una lira que encontró en la sala principal y la afinó, las viejas cuerdas de tripa aguantaron pese a los años de abandono, y probó a tocar sus escalas y se encontró con que le estaban aguardando. Tocó una melodía simple, las líneas de apertura de la *Ilíada*, tal como las tocaban los rapsodas. Pensó en Anaxágoras.

En realidad, ya iba siendo hora de que dejara de ser prisionero del ataque y de que

tomara cartas en el asunto. El camino más obvio era sencillo: atraer a Aquiles, comprar sus servicios y marcharse al Quersoneso, donde estaría Melita.

En el valle vio que una mujer hablaba con un jinete. Los caballos eran poco comunes en Platea. Algo en su espalda erguida y el porte de su cabeza lo alertó. El jinete desmontó y fue caminando al lado de ella un buen trecho, bastante abiertamente, y Sátiro perdió interés.

La otra opción era ir a ver a Demetrio.

Al fin y al cabo, era lo que lo había llevado a la Grecia continental; la oportunidad de ver a Miriam y discutir la liberación de los rehenes. Y ahora no había manera mejor de juzgar las intenciones que tuviera Demetrio, excepto por el precio que quizá debería pagar Sátiro si se equivocaba.

No obstante, complacía a su gusto por la acción, y comenzó a valorar métodos para garantizar su propia seguridad.

Ahora el jinete volvía a montar; se encontraba lejos, en la ladera del Kimeron, pero no había enfilado el paso hacia Atenas sino que se dirigía al oeste, y Sátiro se desentendió de él. Un novio, un aristócrata local; tampoco parecía que a ella le gustaran los lugareños. Por descontado, la mujer que había visto junto al puente era Tegara.

Aquella noche Tegara no lo miró a los ojos durante la cena, que ella no tomó con los hombres, limitándose a supervisarla.

—Me parece que ha llegado la hora de moverse —dijo Sátiro—. ¿Habéis considerado mi oferta?

Sátiro se sorprendió cuando contestó Ajax. Era el más corpulento, y su rostro normalmente lucía una expresión de profunda y bovina estupidez.

No así cuando habló, sin embargo.

—Nos gusta —dijo, y encogió sus hombros gigantescos—. Pero aguardamos a oír la opinión de Ulises. Hicimos un juramente; la opinión de uno es la opinión de todos.

Sátiro asintió.

—Lo entiendo —dijo.

Aquiles asintió.

—Yo también pienso que tenemos que irnos. Hoy he visto jinetes en los altozanos, camino de Eléuteras, y también abajo, en el puente.

Sátiro asintió.

—Los he visto. O, mejor dicho, he visto a uno.

Miró a Tegara y confirmó sus sospechas. Tegara apartó la vista, y no era una gran disimuladora.

—Tegara ha estado hablando con uno de esos jinetes —dijo Sátiro en voz baja.

La mujer enderezó la espalda.

—¿Y bien? —le dijo a Aquiles—. ¿Qué pasa si lo hice? Era bastante guapo, y me preguntó cortésmente por el camino hacia Corinto.

Aquiles miró a Sátiro, que asintió.

—Se alejó cabalgando hacia Corinto —admitió.

Aquiles miró largamente a Tegara.

—Mujer, aquí tienes una buena vida —dijo—. Y necesitamos que gobiernes la casa, de manera que no...

Negó con la cabeza.

Tegara se puso colorada, luego blanca.

—¿Una buena vida, dices? —preguntó.

Sátiro se levantó.

—Creo que deberíamos partir al amanecer —dijo.

Menón asintió.

—Estoy de acuerdo. Demetrio está en Corinto, ¿verdad?

Miró a Tegara, que lo fulminó con la mirada.

Ajax maldijo.

—¡Estás loca, mujer! Esto es nuestro negocio. No tenías derecho. —Miró a Aquiles, que la sujetaba del brazo—. Nuestro hombre lleva razón, hay que largarse. Pero entonces Ulises no sabrá dónde encontrarnos. —Sostenía la mirada de Tegara—. Y a ella no podemos decírselo.

—¿La matamos? —dijo Aquiles cansinamente.

Eran hombres tan agradables y campechanos con sus maneras soldadescas que Sátiro casi pasó por alto el momento en que sus necesidades profesionales pesaron más que cualquier pretensión de moralidad. Tegara lloraba; no dramáticamente, simplemente permanecía de pie, sollozando en silencio, con la punta de la espada de Aquiles en el cuello.

—¡Espera! —dijo Sátiro—. ¿Por qué no le preguntamos qué ha hecho y por qué? Y entonces... ¡Dioses, caballeros! ¿Por qué matarla?

Aquiles se quedó desconcertado.

—Nos la ha jugado —dijo—. Se le ve en la cara.

—Solo es una mujer —agregó Menón—. No tiene a nadie que vaya a ir a por nosotros.

Sátiro se levantó.

—Si vais a trabajar para mí —dijo, os prohíbo que la matéis. Siempre y cuando nos diga a quién nos ha vendido y por qué.

Tegara se irguió.

—Os las dais señores —dijo—, pero yo soy una mujer de Platea, y vosotros un atajo de atracadores, ladrones y violadores. ¿Creéis que me gusta ver lo que hacéis? —Se encogió de hombros. Se dio por vencida—. Me parece que eran hombres de Demetrio. De caballería. —Miró a Sátiro—. Estuvieron buscándolo antes de que regresarais, solo que entonces lo llamaban rey del Bósforo.

Sátiro asintió.

—Soy el rey —dijo.

Aquiles le dio un golpe tan fuerte que cayó desplomada al suelo.

—Supongo que estoy trabajando para ti, señor —dijo—, de modo que no la mataré, aunque pienso que estás siendo un blandengue.

—No eres el primero que lo piensa —respondió Sátiro—. La ética es importante. Importa el cómo, no solo el dónde y el por qué. —Se acercó, miró a la mujer y suspiró—. Si nos vamos ahora, ¿podemos sortear el peligro?

—Id a Delfos —dijo Menón—. Yo subiré a la montaña y me esconderé; ninguna partida de caballeros me encontrará. Buscaré a Ulises.

Se pusieron manos a la obra. Sátiro engulló el resto de su comida, pues tenía larga experiencia de cabalgar duro. Subió corriendo al piso más alto de la torre, llenó un petate de cuero con ropa y alfileres, un peine; dejó la lira.

El patio estaba a oscuras pese a las antorchas que había encendidas, pero Menón lo cogió de la mano.

—Ajax dice que no encendamos nada más, o los vigías sabrán lo que estamos tramando —dijo—. Aquí tienes tu caballo.

Aquiles ya había montado.

—Vamos a bajar a cruzar el Asopo y campo traviesa hasta Tebas —dijo—. Luego al norte hasta Delfos. Cuento con llegar en un par de días, a no ser que tengamos que escondernos.

Menón esbozó un saludo, su piel oscura brillaba como hierro bruñido a la luz titilante de las antorchas.

—Os encontraré.

Se pusieron en marcha colina abajo, avanzando con sumo cuidado por el camino en la oscuridad sin luna. Las estrellas eran como lámparas distantes en la noche despejada, y el ruido de los insectos solo lo ahogaba el borboteo del río mientras cabalgaban hacia el puente.

Aquiles se inclinó para dar una lanza a Sátiro.

—No veo a nadie en el puente —dijo—, pero, joder, podría haber veinte hombres detrás de esa casa y no los vería.

Pasó delante y Sátiro lo siguió, sintiéndose más libre con una buena lanza de caballería en el puño. La sensación duró hasta que los cascos sin herrar de sus caballos resonaron sobre el puente de piedra, y entonces Aquiles detuvo su caballo y maldijo, llenando el estrecho puente, y Sátiro miró atrás y vio que había al menos una docena de hombres acercándose por su espalda.

No alcanzaba a ver lo que había delante de Aquiles, pero incluso con el ruido del agua oyó el ruido de un escuadrón de caballería, un ruido con el que estaba familiarizado desde la infancia.

—Jefe... —Aquiles se volvió en la silla. Empuñaba la espada, pero no la apuntaba a Sátiro—. Lamento decirlo, pero me parece que hemos echado a perder tus talentos de plata. —Se encogió de hombros—. Estamos rodeados. Hombres de Demetrio, diría.

Sátiro se volvió otra vez.

—Maldita sea.

Aquiles se encogió de hombros.

—Si quieres que te sea sincero, probablemente es culpa nuestra, pero preferiría no morir por ello. ¿Te rendirás?

Sátiro palpó la espada que portaba en el costado. Balanceó la lanza que empuñaba. Los jinetes que los seguían estaban quietos, aunque no tranquilos.

—Seguramente, no —dijo.

Aquiles asintió.

—Intenta hablar con el oficial. Mira, señor, seguramente cuenta con cien hombres y han estado aguardándonos toda la tarde.

—¿Sátiro de Tanais? —llamó un oficial. Era alto y rubio. Sátiro lo recordaba del personal de Demetrio. Su armadura valía tanto como la granja de la colina, si no más.

Sátiro asintió.

—Aquí estoy. Tengo una tregua con tu jefe. ¿Por qué estáis aquí?

La sonrisa del oficial reflejó un inmenso alivio.

—Señor, estoy tan contento de haberte encontrado que podría reventar. Señor, estamos aquí para protegerte. Gracias a los dioses que estás vivo.

Sátiro miró a su alrededor.

—Esto no es lo que esperaba —dijo a Aquiles. Miró al mercenario—. ¿No me habrás vendido tú, verdad? —preguntó en voz baja.

Aquiles frunció el ceño.

—No —contestó—. Sería malo para mi reputación, hacer algo semejante.

—¿Vendrías conmigo si me fuera con ellos? —Sátiro señaló a los *agêma*—. Mi oferta sigue en pie.

—¿Como escolta? —preguntó Aquiles.

—Si él está de acuerdo y nos permite ir armados, habré descubierto algo —dijo Sátiro—. Para serte sincero, si él y tú no podéis estar de acuerdo con esto, quizá recurra a mi espada. No voy a dejar que me capturen otra vez. Y por alguna razón, confío en ti.

Aquiles asintió.

Sátiro levantó la voz para que lo oyeran desde el otro lado del puente.

—Iré con vosotros si puedo llevar a mi escolta, armado y montado, conmigo. Conservaré mis armas, y él las suyas.

El oficial —¿Filipo, Amintas? Todos los macedonios tenían nombres parecidos— asintió con entusiasmo.

—Sí, sí. Como tú quieras, señor. Solo te pido que vengas a Corinto conmigo.

Aquiles se encogió de hombros.

—Menón es lo bastante listo para figurarse que nos han capturado y vendrá; o no.

—Siendo así, os acompañamos —gritó Sátiro. Dejó su espada en la vaina y cabalgó por el puente detrás de Aquiles.

Nadie agarró su brida ni hizo algún gesto agresivo, cosa que vio como una buena

señal. Sátiro cabalgó derecho hasta el oficial.

—Soy Sátiro de Tanais —dijo—. Este es mi guardaespaldas, Aquiles. Tiene que hablar un momento con el barquero del transbordador. No se lo impediréis, ¿verdad?

—Amintas hijo de Filipo —se presentó el oficial, quitándose el yelmo y colgándolo del barullo de equipo que llevaba detrás de la silla con la soltura que daba la práctica—. Acabas de conseguirme un ascenso, señor, y no es un aspaviento. Corre el rumor de que hay unos hombres que intentan matarte. Nos ha dado instrucciones Demetrio en persona, ofreció una recompensa para quien te encontrara.

Aquiles desmontó en la casa del viejo transbordador que cruzaba el río antes de que Alejandro ordenara la construcción del puente. El anciano que vivía allí estaba bien despierto y asustado; todos los campesinos del pueblo, si no toda Platea, sin duda sabían que aquella noche el campo estaba lleno de soldados de caballería. Sin embargo, aceptó el mensaje de Aquiles, prometió que su hijo mayor llevaría la noticia a la Granja de la Colina del Medio por la mañana y que enviaría a otro hijo suyo a la montaña. Sátiro le dio una lechuza de plata y el buen hombre se la agradeció con una sonrisa.

Después siguieron su camino, adentrándose en la noche.

Sorprendieron a Sátiro dirigiéndose hacia el oeste; no era ni mucho menos el camino más directo hacia Corinto, y enseguida alcanzaron el Oreoe, al principio poco más que un cauce seco pero que no tardó en convertirse en una considerable corriente. Se detuvieron una primera vez para abreviar a los caballos y después una segunda en Kreusis, un pueblo aletargado a luz de las estrellas, con cuatro trirremes aguardando frente a la playa.

—Te quieren con ganas —dijo Aquiles.

Sátiro, que tenía la boca seca, solo pudo asentir con la cabeza.

Dejaron sus monturas con los soldados de caballería, y el centarca, Amintas, acudió en persona.

—Carece de sentido complacer al rey si no cobras la recompensa en persona —dijo alegremente—. Por favor, sube a bordo conmigo.

—No te comportas como si fueras a matarme por la mañana —dijo Sátiro.

Amintas negó con la cabeza.

—Hombre, yo no diría tanto —respondió, con una voz no del todo tranquilizadora. Pero los condujo hasta el trirreme y luego se tumbó junto al banco del timonel y se durmió en el acto.

Cuando el sol salió sobre el golfo de Corinto reveló la antigua ciudad y el asedio al que estaba sometida por etapas, de modo que Sátiro vio primero el Acrocorinto y la ciudadela de los defensores, besada por el Alba mientras ascendía de su lascivo lecho para iluminar el día, o así lo aseveraban algunos remeros en términos más groseros.

El sol alcanzó primero el templo de la cima de la ciudadela y después las murallas, que parecían, a diez estadios de distancia, absolutamente inexpugnables, alzándose a una altura inimaginable sobre la llanura, y finalmente el sol iluminó las

obras y el campamento de los sitiadores. Pero el campamento de Demetrio era extenso, cubría buena parte de la llanura de Corinto, y no tenía una sino dos líneas de sitio rodeando la ciudad por entero. Desde la altura de la plataforma de popa, Sátiro vio que Demetrio tenía dos escuadras, una en el golfo de Corinto y otra bloqueando la playa del Egeo orientada al sur, de modo que, con dos campamentos militares, veinte estadios de muros de arcilla y dos flotas, tenía la ciudad completamente bloqueada; una hazaña difícil contra la poderosa Corinto y sus dos playas.

Aquiles estaba tan despierto como él, y apareció a su lado.

—El rey los tiene en el bote cuando quiera —dijo—. Una plaza fuerte no es garantía contra el sitiador.

Sátiro tuvo que disentir.

—Nosotros teníamos menos para defendernos en Rodas —dijo—, y le paramos los pies.

Aquiles asintió.

—Y muy bien, sin duda. Pero vosotros teníais ciudadanos con sus vidas y fortunas pendientes de un hilo. Prepalao, que es el *strategos* de Casandro en Corinto, tiene mercenarios, y muchos de ellos valen menos que las cagarrutas de cabra. Con cagarrutas de cabra al menos puedes abonar un campo.

Sátiro no pudo contener la risa. Se sintió menos tenso pero el costado le dolió. También le dolían los hombros y cada dos por tres tenía retortijones de estómago. Y al reír le hacían daño las costillas y la mejilla.

Aquiles se tiró un pedo muy largo y sonrió atribulado.

—Perdón —dijo—. Esto no me gusta nada.

Sátiro se encogió de hombros.

—A mí tampoco. Quizás estemos a punto de morir por culpa de un malentendido. —Hizo girar los hombros—. Aguardar es peor que combatir —agregó.

—Desde luego —corroboró Aquiles.

Tardaron más de media hora en varar la nave. La tripulación maniobró chapuceramente, de popa pero con poco cuidado, y un remero saltó por la borda y corrió playa arriba hacia el campamento militar, a todas luces para anunciar la llegada de Sátiro.

Sátiro no tenía muy buena opinión de los remeros ni del trierarca como tampoco de su cuidado del barco, y saltó a las olas someras del rompiente, de poco más de un palmo. Los tres se encaminaron a la playa.

—La mejor señal —dijo Sátiro abiertamente a Aquiles— es que nos hayan dejado a solas con el joven Amintas, que es un verdadero caballero. Supongo que si tuvieran intención de hacernos daño habrían recibido la nave con una escolta.

El sol ya estaba en lo alto del cielo, y Aquiles reparó en la mirada de Sátiro antes de que comenzara a hablar. Amintas dio media vuelta, con ánimo de protestar o de amenazar, pero Sátiro le arrebató la espada de la mano y Aquiles tuvo la punta de la suya en el cuello del macedonio tan deprisa que cualquiera habría supuesto que

estaban practicando.

—Sin ánimo de ofender —dijo Sátiro—, pero no tengo ganas de que me ejecute Demetrio.

Amintas estaba rojo como un tomate.

—¡No va a ejecutarte! —exclamó.

Sátiro asintió. Cruzó una mirada con Aquiles. Ahora, un poco tarde quizás, había veinte soldados bajando a la playa desde el campamento, conducidos por un hombre con una armadura adornada y una piel de leopardo encima de los hombros.

Sátiro se dirigió playa arriba.

—¡Demetrio! —gritó.

El rey de medio mundo rio.

—Sátiro, eres el colmo, pero estás vivo.

—Tu oficial de caballería me encontró; me capturó bastante hábilmente, de modo que no tiene de qué avergonzarse. Pero ahora es la única baza que tengo para negociar.

Sátiro señaló hacia atrás con la cabeza, confiando en que Aquiles siguiera reteniendo a Amintas a punta de espada.

—Es el hijo menor de la hermana de mi padre —reconoció Demetrio—, de modo que supongo que quiero recuperarlo.

Sátiro dio otro paso al frente.

—Tal como digo, me atrapó con notable eficiencia.

Demetrio asintió.

—Me alegro por él. Se ha ganado una recompensa, a pesar de que se haya dejado atrapar en su propia playa.

Sátiro recordaba muy bien el tono jocoso y la voluntad de acero que ocultaba.

—Siendo así, escúchame, señor. Te lo entregaré con mis disculpas en cuanto me jures que no tienes intención de perjudicarme, que juras ante los dioses que no me harás daño ni provocarás que se me haga daño, y tampoco que lo hayas intentado desde que finalizó el sitio. Júralo, y todas las espadas desaparecerán.

Demetrio sonrió; una sonrisa enojada.

—Siempre te empeñas en obligarme a hacer juramentos, Sátiro. Un juramento te hace dependiente de los dioses. Yo busco contarme entre los dioses.

—Júralo por la Estigia, si lo prefieres —respondió Sátiro.

Demetrio lo miró.

—Si te mato ahora mismo en esta playa por la captura de uno de mis oficiales, podría hacerle tararí a tu hermana y sus aliados.

Sátiro levantó su lanza.

—Suponiendo que te quedara un pulgar^[8] —respondió.

Demetrio asintió secamente.

—Eres un hijo de puta muy gallito. De acuerdo, juro por la Estigia, sobre la que los propios dioses juran, por mi padre y por mis muertos que no tengo intención de

hacerte daño, como tampoco lo he intentado desde el final del sitio de Rodas, y que tampoco lo haré en el futuro a no ser que te vuelvas contra mí. Y ahora tú jura lo mismo.

Sátiro dijo:

—Juro por Kineas mi padre, por Arimnestos de Platea y por toda mi familia hasta nuestro ancestro Heracles, que no tengo intención de hacerte daño, salvo si te vuelves contra mí o nos encontramos frente a frente en el campo de batalla.

Demetrio asintió.

—Y yo lo mismo; ha sido una adenda inteligente, y la incorporo a mi juramento. Eres un hombre inteligente. ¿Puedo recuperar a mi joven bribón?

Sátiro hizo un gesto a Aquiles, que liberó al macedonio. Amintas fulminó a Sátiro con la mirada.

—He sido sumamente cortés contigo, mi señor.

Sátiro enarcó las cejas, sorprendido.

—Eres macedonio, ¿no? Aprendí estas costumbres con tus parientes.

Demetrio asintió.

—Detesto caminar por la arena —dijo—. Se me han llenado mis mejores botas. Pero eres divertido. Este sitio ha comenzado a aburrirme a muerte, y todavía quedan meses por delante. ¿Permites que te invite a comer?

Sátiro envainó su espada.

—Será un placer —dijo.

Los veinte hipaspistas de élite lo rodearon en cuanto envainó la espada y, por un momento, se paralizó, pero Demetrio permaneció a su lado, absolutamente relajado.

—He tenido a dos arqueros cretenses apuntándote en todo momento —dijo.

Sátiro miró playa arriba y vio a los dos hombres desencordando sus arcos.

—Vaya —dijo.

—Hablo en serio cuando digo que no te quiero ningún mal —prosiguió Demetrio—. Tu hermana ha fastidiado mi campaña de primavera completamente en tu nombre, desplazando mi tercera flota fuera del Ponto. —Miró a Sátiro—. Fue Casandro, primo. No yo. Una mujer, Fiale, actuó para él. Mis espías dicen que se planeó todo en la boda de tu antigua aliada, Heraclea, con ese idiota de Lisímaco.

Sátiro se apenó. Siguieron caminando playa arriba.

—Eh, no pienses que Amastris o Lisímaco tuvieran algo que ver —dijo Demetrio—. Cierto es que les deseo todos los males, pero Amastris me sirvió bastante bien contra Rodas y en otras partes. Un momento —dijo el sitiador, y se volvió para hablar con un hombre que llevaba armadura sencilla, un ingeniero, al parecer, que dio su informe sobre los progresos de una rampa de tierra que construían contra las murallas de Corinto.

Sátiro se volvió hacia Aquiles.

—No estamos amenazados.

Aquiles miro a su alrededor.

—Ya lo veremos —respondió—, pero al menos no moriremos asietados al amanecer. —Sonrió a Sático—. Por ahora, no me parece gran cosa lo de trabajar para ti.

Sático se sentó en una roca y se sacudió la arena de las sandalias. Un hipaspista le ofreció agua, y bebió un poco.

Demetrio regresó.

—Comamos. No siempre me gusta levantarme tan temprano, pero una promesa de comida es un aliciente para olvidar el reposo.

Comieron en la terraza de una granja con vistas al golfo de Corinto.

—Podría envidiar a este hombre —dijo Demetrio mientras mojaba un pedazo de dorado pan especiado en aceite de oliva y miel.

—¿Al granjero? —preguntó Sático.

Demetrio asintió.

—Así es como debería vivir todo hombre.

—¿Pero no deseas ser un dios? —preguntó Sático.

Demetrio asintió, con la boca llena.

—Todavía soy un hombre —admitió—. Me gusta el pan especiado, el aceite, el tacto de un pecho bajo mis mano. Bah, si hay que creerse los mitos, a los dioses también les gustan todas estas cosas. Pero el cuento de Heracles tiene todas las claves, ¿no? Un hombre puede convertirse en un dios. —Miró a Sático, chasqueó los dedos y un esclavo acudió para rellenarle la copa—. Piensas que estoy loco —agregó.

Sático negó con la cabeza, avergonzado.

—Nunca me ha interesado lo más mínimo convertirme en un dios —reconoció—. Pero me gustaría ser un héroe.

Se sorprendió ante su propia temeridad, pero era la verdad.

—Quizá por eso me caes bien —dijo Demetrio—. Muchos hombres me siguen la corriente; muy pocos se enfrentan a mí en mi propio terreno. Tengo intención de asaltar el suburbio mañana al amanecer. ¿Vendrías a blandir tu espada a mi lado? Me complacería —agregó, como si eso fuese lo más importante del mundo.

Sático negó con la cabeza.

—No es mi lucha, señor, y los hombres tal vez digan que soy una veleta, que estoy combatiendo contra mis aliados.

Demetrio se rio.

—Casandro te quiere ver muerto. No es un aliado. Tu aliado es el Granjero, Tolomeo de Egipto, y él y Casandro no son nada amigos. Pero por un accidente de la historia, mi padre y Tolomeo serían aliados, y entonces el resto de esta chusma silbaría por una victoria y nunca la lograría. —Tomó un sorbo de vino—. Te permitiré interrogar a Nerón, mi jefe de espionaje. Tal vez él pueda satisfacerte.

Sático se encogió de hombros, sostuvo en alto la copa y le sirvieron más zumo de frutas, un brebaje delicioso, dulce como el néctar.

—Vine a entregar un cargamento de grano, tal como había prometido. Y a ver a

mi amigo Abraham. Te hago una oferta. Si liberas a Abraham, mañana lucharé a tu lado.

Demetrio se mostró apenado.

—Ay, los rehenes rodios —dijo, incomodo—. Verás, cuando tu hermana amenazó a mis naves, envié a los rehenes a otra parte.

Sátiro se incorporó.

—¿Adónde? —preguntó.

Demetrio se recostó.

—No emplees ese tono conmigo —dijo—. Se marcharon a Éfeso, donde puedo mantenerlos al margen de conspiraciones; más cerca de Rodas, más cerca de casa. No soy un hombre severo, pero quería que tú y tu hermana vierais que están en mi poder.

—El tratado especificaba Atenas —dijo Sátiro, súbitamente preocupado. El propósito de mantener los rehenes en Atenas era que no pudieran ser utilizados en negociaciones posteriores. Aunque Demetrio era poderoso en Atenas, los ciudadanos tenían sus propias opiniones y la capacidad de conservar cierta neutralidad. Éfeso, en cambio, era una posesión antigónida.

—Sí, bueno, el tratado no autorizaba a tu hermana a cerrar el Ponto a mis naves ni a permitir que el maldito Lisímaco llevara a una tercera parte de sus hombres a Asia —dijo Demetrio, repentinamente enojado—. ¿Por qué te tolero?

Sátiro se dio cuenta de que el sitiador estaba encolerizado. Desafiado.

—Lo único que quiero —dijo—, es que mis amigos estén a salvo y mi comercio, ininterrumpido. Con Rodas, Alejandría y Atenas. No soy yo quien intenta conquistar a otros.

Inconstante como las estaciones, Demetrio adoptó de repente una actitud juguetona.

—¿Eso pasa por retórica en el Euxino? —preguntó—. ¿Tal vez seríamos aliados si me casara con tu hermana?

Faltó poco para que Sátiro escupiera el zumo que tenía en la boca. Demetrio le dio una palmada en el muslo.

—¿Lo ves? No soy un compañero aburrido. Ven conmigo mañana a tomar por asalto la brecha, y veamos qué podemos arreglar.

Sátiro estaba a punto de negarse en redondo cuando Aquiles se inclinó hacia delante. Sátiro ni siquiera lo había visto entrar en la habitación.

—Haz lo que pide y luego reclama su ayuda —sugirió Aquiles—. Actúa como si fuese más importante que tú.

Estuvo de vuelta a su sitio, detrás de los divanes, en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tu guardaespaldas? —preguntó Demetrio—. Un conocido rufián.

—Mi único consejero, ahora mismo —dijo Sátiro—. Muy bien, mañana iré a la brecha contigo.

Demetrio cambió de talante una vez más. Dio la impresión de crecerse y se levantó, copa en mano.

—Eso —dijo— es maravilloso. ¡Hagámoslo memorable!

Una hora antes del amanecer. Una brisa suave y más cálida, promesa de un día tórrido. Con armadura, una armadura prestada y que no le iba demasiado bien, Sátiro ya tenía calor.

—Tienes que pagarme más —comentó Aquiles. Movi6 los brazos otra vez, molesto con la sisa del canesú de su coraza prestada—. Esto es una guerra. ¿Asaltar una brecha? En un asalto, la gente muere como ovejas en el aprisco cuando entra un le6n.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó Sátiro. Demetrio había sido espléndido en su ofrecimiento de armas y armaduras, y, como se trataba de una cuesti6n de vida o muerte, Sátiro se estaba tomando su tiempo para elegir una espada.

«Es curioso —pensó—, que en la posada cogiera la única espada disponible y me acabara gustando y que ahora, al ofrecérseme todas estos hermosos aceros sea incapaz de elegir uno, y mucho menos de disfrutarlo. Sócrates habría tenido algo que decir al respecto, y Filocles también, me imagino». Tuvo una visi6n fugaz de Filocles, de pie antes del amanecer en Gaza, silencioso ante la inminente batalla. A aquellas alturas Sátiro había participado en varias batallas, en tierra y en el mar, y un a6o de combate en Rodas lo había dejado cansado. La emoci6n, el simple y juvenil subid6n de *eudaimonia*, el escalofrío del miedo y el deseo de gloria, no estaban presentes. Buenas armas y bonitas armaduras eran manifestaciones de su estatus, no las herramientas de su oficio. Sonrió.

No estaba siquiera razonablemente nervioso.

Escogió una espada magnífica, calcídica, con los filos maravillosamente aguzados hasta una siniestra y muy prosaica punta capaz de penetrar una armadura. El mango era de marfil, la guarnici6n, de bronce con adornos de oro, y la vaina valía tanto como una posada en Ática o una granja en Platea. Estaba afilada como una navaja barbera, la hoja era fina y tenía una espina muy recia que se prolongaba hasta la punta.

A pesar de su falta de interés, la espada era buena. Encajaba en su mano, su equilibrio era mejor que el de la larga *machaira* de su padre, que siempre le había parecido la mejor espada que jamás hubiera empuñado.

Encogió la espalda, colgó el cinto de su hombro derecho y blandió la espada, haciendo una mueca cuando la armadura, demasiado pequeña, le pellizcó el bíceps derecho al desenvainar.

—¿D6nde está el esclavo? —preguntó a Aquiles, que sali6 de su tienda, una tienda enorme de lino rojo. Sátiro se preguntó qui6n sería el oficial macedonio que dormía amargado debajo de su manto y al rato oyó su voz.

Dos esclavos persas entraron e hicieron una profunda reverencia.

—He escogido las armas —dijo Sátiro. Levantó los brazos—. La armadura es demasiado pequeña. Necesito un *thorax* más grande, aunque sea de cuero o de lino y

sin adornos.

Los esclavos lo ayudaron a quitarse la armadura. El de más edad volvió a hacer una reverencia.

—Mil disculpas, señor. Regresaremos con una armadura mejor.

Aquiles sonrió y también levantó los brazos.

—Me gusta este juego. La mía la quiero más ancha, con el canesú más pequeño y cubierta de oro. Con joyas.

El persa hizo una reverencia.

—Señor, tus deseos son órdenes.

Parecía cansado. ¿Quién no lo estaría en la penumbra previa al amanecer?

Llegaron esclavos con teas que colocaron en antorcheros en torno al pórtico de delante de la tienda, y otros vinieron con una mesa en la que dispusieron una vajilla de oro y plata; copas, aguamaniles, platos y una fuente enorme. Aparecieron vino y frutas, y buen pan recién salido del horno, y aceite de oliva, miel y leche y pequeñas morcillas de cebolla, así como anchoas recién asadas.

Los persas regresaron cual dos Tetis cargando con la armadura de Hefestión para Aquiles en su afán de complacerlo.

Aquiles se rio.

—Me parece que le gustas a Demetrio —dijo.

Sátiro escogió un *thorax* de bronce sin adornos y se lo probó. La talla era la justa, quizás un poco pequeña, pero las sisas eran lo bastante amplias para mover los brazos libremente. Levantó los hombros, dio unas patadas. Le dolían las costillas pero podía combatir.

—Me quedo con este —dijo.

Aquiles era aún más corpulento, pero dieron con su talla al tercer intento.

—De haber sabido a qué clase de fiesta iba, habría traído la ropa apropiada —bromeó.

Sátiro mojó pan en aceite de oliva y tomó un bocado. Le estaba resultando sorprendentemente fácil comer.

—Por lo general estoy mucho más... preocupado... antes de un combate —confesó—. Es curioso. No estoy inquieto.

—Ándate con cuidado —dijo Aquiles—. El miedo es lo que mantiene a los hombres con vida.

Sátiro asintió. Había más claridad en el exterior, y una multitud se movía entre la penumbra, justo donde terminaban los vientos de su enorme tienda. Dio una vuelta alrededor del perímetro para observar aquel ajeteo y se topó de cara con una fila de hombres armados hasta los dientes.

—¡Abrid paso al rey! —dijo uno de los hombres. Al ver que Sátiro no obedecía de inmediato, el soldado levantó su lanza y arremetió...

Contra el aire. Sátiro retrocedió, saltó a la izquierda, agarró la punta de la lanza y tiró, desarmándolo.

—¡Alto! —ordenó Demetrio—. Sátiro, he venido a desayunar contigo.

El soldado fulminó a Sátiro con la mirada.

Sátiro le devolvió la lanza.

—Este tipo de cosas quizá den resultado en Asia —dijo—, pero en Grecia alguien podría usar tu pellejo para ahuyentar a los cuervos de sus cosechas.

Demetrio asintió.

—Se lo digo constantemente. Mi deseo es que los griegos me amen, y mis hipaspistas quieren que me odien.

—¡Te protegemos, señor! —protestó el soldado.

Tras el rey aparecieron unos esclavos que transportaban braseros en los que asaron más pescado, y hubo más pan fresco y zumo de fruta.

Sátiro se comió un plato de anchoas y bebió zumo de granada, un lujo incluso para el rey del Bósforo.

—Te envidio todo esto —dijo.

—Podría ponerme simplista y decir que si fuésemos aliados podrías compartirlo cada día —dijo Demetrio.

—¿Así es como enamoraste a Amastris? —preguntó Sátiro, bromeando solo a medias.

Demetrio negó con la cabeza.

—Una mujer muy atractiva y con un puerto muy atractivo. —Tomó un bocado de olivada—. No la seduje. Y no porque no lo intentara. Fue culpa de su maldito jefe de espionaje. Al parecer le aconsejó que me mantuviera a distancia. Excelente consejo. Un hombre muy, pero que muy peligroso.

Sátiro sonrió.

¿Estratocles de Atenas? Realmente peligroso, señor, en eso podemos estar de acuerdo.

Demetrio chasqueó los dedos.

—¿Nerón? —llamó.

Un asirio alto y delgado se acercó. Estaba bastante bien formado, pero sus miembros, demasiado largos, le conferían un aspecto vagamente simiesco. Tenía una poblada barba negra y la mirada adusta.

Nerón hizo una reverencia.

—Sátiro de Tanais —saludó—. Es un gran placer verte en persona, después de haber leído tantos informes acerca de ti. Mi amo se deleita escuchando tus andanzas. Me das mucho que hacer.

Pese a su predisposición, a Sátiro le cayó bien; su agudeza hablaba a favor de su inteligencia.

—Mucho gusto, señor —dijo Sátiro, estrechándole la mano.

—¿Agradas a todo el mundo, Sátiro? —preguntó Demetrio—. Qué cansado debe ser para tus amigos.

Sátiro no tenía respuesta para aquello. Se encogió de hombros.

—Haz tus preguntas a Nerón —pidió Demetrio.

—¿De qué me servirá? —preguntó Sátiro—. Bien puedes haberle dicho que me cuente cualquier cosa.

Demetrio puso los ojos en blanco y siguió comiendo.

—¿Quién pagó para que me prendieran en Atenas? —preguntó Sátiro.

Nerón hizo una reverencia a Demetrio.

—¿Podría comer algo, señor? —preguntó, y cuando Demetrio asintió con impaciencia, el espía sirvió una copa de vino y comenzó a amontonar pescado fresco en un plato de plata.

—¿Conoces a Fiale de Alejandría? —preguntó Nerón.

—La conozco muy bien —contestó Sátiro.

Nerón sonrió de manera desagradable.

—Como tantos otros que luego lo lamentan. —Se encogió de hombros—. Las mujeres que venden su cuerpo rara vez son personas simpáticas o fáciles de trato, y siempre son malas agentes.

Sátiro enarcó una ceja.

—Muy socrático por tu parte, pero ya sabía que Fiale fue agente de mi captura. Hablé con ella.

—¡Ah! —dijo Nerón. Echó una mirada a su amo con un aire de fatigada tolerancia—. A veces la fuente de información más difícil que tengo es mi propio señor, que no siempre comparte conmigo todo lo que debería compartir.

Sátiro asintió.

—Amastris de Heraclea se casó hace pocas semanas —dijo Nerón—. En su boda, según mis mejores informes, Casandro organizó el asesinato de Estratocles de Atenas. ¿Lo conoces? Un hombre de mucho talento en mi misma profesión.

—¿Tu rival, quizá? —preguntó Sátiro.

—Hmm. No creo que sea un jugador de mi talla, mi señor, pero solo por su ridícula lealtad a Atenas, a una Atenas que no existe desde hace cien años. ¿Tal vez te ofendo con mi franqueza?

Nerón bebió un sorbo de vino y le añadió más agua.

—Ni mucho menos, y, sin embargo, supongo que tú eres igualmente leal a tu amo —dijo Sátiro. La conversación era espinosa, y quería enseñar los dientes.

—Bastante leal, en los tiempos que corren —contestó Nerón—. En cualquier caso, el asesinato de Estratocles se frustró.

—Me sorprende a mí mismo, me alegra oírlo.

Sátiro no pudo evitar echarse a reír.

Nerón correspondió con un destello de su dentadura.

—Es notable, mi señor, que eso sea exactamente lo que siento. Estratocles ha sido de gran ayuda para mí, y también un acérrimo enemigo; el mundo parecería más vacío si lo barrieran del tablero de juego. —Miró a su alrededor—. Hasta ahora, todo lo que he dicho es información al alcance de cualquier mercader. Esto, no. Lisímaco,

Casandro y enviados de Seleuco y Tolomeo se reunieron. Hablaron de ciertas cosas. Lisímaco también se reunió en privado con Casandro. Hablaron de otras cosas. — Nerón se encogió de hombros—. Mi amo, como tú lo llamas, me ha dicho que sea franco contigo, y lo seré siempre y cuando nuestros intereses converjan. ¿Pero me perdonarás si señalo que en realidad no eres amigo nuestro, y que tus amigos son indudablemente nuestros enemigos?

—¿E inducirme a error para que siembre confusión entre tus enemigos es demasiado tentador? —preguntó Sátiro.

Nerón se mostró decepcionado.

—Estos juegos sin sentido son propios de aficionados. Estoy compartiendo información.

Demetrio asintió desde el otro lado de la mesa. Unos esclavos le llevaron una silla y se sentó.

—Escúchame, Sátiro. Aspiro a ser rey; rey absoluto del mundo. Necesito hombres, hombres como tú, que confíen en mí. Si hoy pillas a Nerón con una mentira, dímelo y lo haré ejecutar pese al gran servicio que me ha prestado, porque si los hombres como tú no van a confiar en mí, mi causa está perdida. ¿Lo entiendes? Y mi causa, para la que quiero ganarte, es la causa de la justicia, el buen gobierno, un único imperio de un extremo del mundo al otro con tribunales, ciudades estado y filósofos, donde un mercader o un académico pueda viajar desde la India hasta la Puerta de Heracles sin temer a piratas, atracadores o tributos.

Sátiro frunció el ceño porque Demetrio le presentaba un buen argumento. Y porque, salvo si Demetrio era un mentiroso consumado, parecía completamente sincero, tal como tenía que serlo un hombre que deseaba ser un dios. Decidido hasta... la locura, o la divinidad.

—Haz tus preguntas y no seas mezquino —dijo Demetrio.

Sátiro bebió un vaso entero de zumo de fruta.

—Casandro y Lisímaco —apuntó.

Nerón miró a Demetrio negando con la cabeza.

—Basta decir que discutieron cuestiones de estrategia. Mi amo no guarda en secreto sus intenciones de expulsar a Casandro de la Grecia continental primero y de Macedonia después. Casandro quiere a Lisímaco en Asia, contra Antígono. Lisímaco preferiría quedarse en Tracia y cobrar impuestos a sus tracios. —Nerón asintió—. Para ser un jugador menor, Lisímaco es sabio, prudente y capaz. Ha sobrevivido a dos derrotas militares aplastantes, signo que distingue a un comandante verdaderamente capaz. Se negó a autorizar tu asesinato cuando Casandro lo propuso. Dijo que esta en deuda contigo por tu apoyo en años anteriores.

—Mientras se casaba con mi Amastris —dijo Sátiro, con más resentimiento del que creía sentir.

—Fue más una cuestión de estado que de lujuria, me parece —dijo Demetrio—. Entiéndelo. Que posea Heraclea, y la posee tan plenamente como sin duda ha poseído

el acogedor cuerpo de Amastris, y que tu hermana expulsara a mis naves del Ponto me han puesto en una posición imposible mientras Lisímaco ha trasladado casi la mitad de su ejército a través del Euxino hasta Asia para gran malestar de mi padre. — Demetrio se puso de pie, resplandeciente en su armadura de oro. Detrás de su silla, el sol estaba a punto de salir. El alba se estaba levantando de su lecho oceánico—. Tenemos un asalto que llevar a cabo. Y después, cuando hayamos blandido juntos nuestras espadas, espero que podamos sentarnos como amigos y convencerte de que mi bando es el bando de la areté.

Aceptó un manto púrpura que le ofreció un esclavo y se lo echó sobre los hombros.

Nerón se inclinó hacia delante.

—Pero Casandro insistió, y al final Lisímaco aceptó tu muerte a cambio del apoyo naval de Casandro, apoyo que no ha recibido, y de tener las manos libres en el Euxino, donde tiene intención de sucederte como rey. Estos, señor, son tus aliados.

Sátiro enarcó una ceja.

—Me has dado mucho en que pensar mientras mato a hombres que no han hecho nada que atente contra mí —dijo—. A pesar de tus protestas y las del rey, me perdonarás si no acepto ipso facto que mis aliados ardan en deseos de traicionarme.

Nerón hizo una reverencia.

—Serías a un tiempo ingenuo e inhumano si pensaras de otro modo —dijo Nerón—. Pero conste que te he dicho la verdad según la conozco.

Sátiro se colgó la espada del hombro y recogió el escudo que había elegido; no un verdadero *aspis* sino un escudo macedonio de menor tamaño, un círculo de tres palmos y pico de diámetro con la estrella de Macedonia de oro.

Él y Demetrio salieron del recinto de las tiendas, pasaron entre los caballos estacados y continuaron su camino entre miles de servidores, esclavos que acarreaban agua, hombres que almohazaban caballos, mujeres que hacían la colada. Los hipaspistas cerraron filas en torno a ellos cuando el gentío aumentó pero, por lo demás, Demetrio daba la impresión de estar dando un paseo a través de su ejército con la libertad de un filósofo paseando por el ágora ateniense. Nadie lo abordó, al parecer existían ciertas normas, pero él se detenía para dirigirse a soldados, incluso a esclavos, y su obediencia era tan inmediata como profundas eran sus reverencias.

Todo resultaba muy poco griego.

—Está a sus anchas con los esclavos —murmuró Aquiles a su lado.

Sátiro pensó que era una observación muy astuta.

A dos tiros largos de arco comenzaba la rampa hacia los baluartes de la periferia. Una batería de máquinas de sitio se agazapaba tras intrincados montículos de tierra, grava, piedra y madera. Enormes canastos de mimbre, llenos de piedras sueltas y arena o tierra, cubrían las baterías. Había trincheras tanto delante de las murallas como detrás de ellas. Las obras más recientes eran estrechas y poco profundas; las anteriores eran hondas, con parapetos altos y el interior en terraplenes reforzados con

gruesas vigas de madera.

Miles de esclavos, quizá decenas de miles, trabajaban como hormigas en las obras. Los hombres cavaban, las mujeres acarreaban tierra en canastas que llevaban sobre la cabeza, los niños tejían canastas para acarrear más tierra o para que sirvieran de moldes para la ingeniería. Allí donde Sátiro mirase, en todas partes, el sitio se llevaba a cabo con una mano de obra ingente.

Demetrio sonrió.

—¿Alguna vez has visto algo igual? —preguntó.

—Sí —contestó Sátiro—. En Rodas. ¿O acaso lo has olvidado?

Demetrio se incomodó visiblemente.

—Muy bien —respondió—. Pero es diferente cuando eres quien da el primer paso. ¿Quién podría llevar a cabo un asedio como este sin sentirse como un dios? Chasqueo los dedos y sucede esto. Podría ordenar que la mismísima montaña fuera reducida a escombros... y se haría.

—Hmm —dijo Sátiro. Le habían dado una *dory*, un tipo de lanza larga y pesada que no le gustaba; y le estaba gustando cada vez menos. No obstante, Demetrio llevaba una semejante, y Sátiro supuso que era la norma. A bordo llevaba consigo un par de jabalinas cortas.

La rampa se extendía delante de él, llenando su campo visual, y finalmente comenzó a sentir el nerviosismo habitual. Las manos le empezaron a temblar.

—¿No te impresiona mi ejército de esclavos? —preguntó Demetrio.

Sátiro clavó la contera de su lanza en el suelo, cogió un puñado de arena, se frotó las manos para secarse el sudor y desenvainó la espada.

—Te doy las gracias por la espada. Es excelente —dijo Sátiro.

Demetrio resplandeció.

—¡Vaya! O sea que sé complacerte. ¿Por qué te gusta?

Sátiro se encogió de hombros, y se encontró sonriéndole al arma.

—Es magnífica —dijo—. Bonita de ver, perfectamente equilibrada y no demasiado llamativa.

—La hicieron para mí —dijo Demetrio—. La trajo una embajada, me parece. Úsala en salud. ¿Estás listo?

Sátiro asintió.

Demetrio hizo una señal al comandante de los hipaspistas. Sátiro reparó entonces en que el comandante había estado conversando con Nerón, y en que Nerón se había escabullido a toda prisa.

El oficial hipaspista se acercó. A una señal de Demetrio, alzó su lanza y las máquinas empezaron a disparar sus proyectiles entre los sonoros chasquidos cuando las palancas golpeaban las vigas de retenida y las hondas se abrían. Eran máquinas de cinco talentos, y Sátiro las observó mientras disparaban y vio cómo sus proyectiles levantaban nubes de piedra molida cuando golpeaban las torres de lo alto de la brecha. Por un momento tuvo una sensación extrañísima, la sensación de que aquello

estaba predestinado, que lo había hecho antes o visto en un sueño, solapada con la sensación de que estaba a punto de asaltarse a sí mismo, que se encontraría entre los defensores.

—¿Señor? —le preguntó el capitán hipaspista—. ¿Te situarás a la derecha del rey, con tu hombre en la fila de detrás?

—La brisa es perfecta —dijo Demetrio.

Sátiro se volvió para mirarlo.

—¿Perfecta para qué? —preguntó.

—Un truquillo que idearon mis ingenieros después del sitio de Rodas. Me gusta pensar que si lo hubiese tenido entonces, habría tomado la ciudad.

Se volvió hacia un esclavo y cogió lo que parecía una bufanda.

El sol apenas asomaba sobre el horizonte del mar, y ya hacía calor. Sátiro sudaba dentro de su armadura. No tenía el menor interés en ponerse una bufanda.

—Más vale que cojas una —dijo el rey.

Sátiro olió humo. Salió de la formación y miró en derredor, y ahí estaban; miles de haces de broza verde cuyo follaje lamían otras tantas hogueras. Sátiro los había tomado por una trinchera.

—El humo nos cubrirá hasta que lleguemos —explicó Demetrio—. Ponte una bufanda.

Sátiro cogió una de las que ofrecía el esclavo. Reparó en que casi todas las filas de hipaspistas ya se la habían puesto, haciendo que parecieran un regimiento de salteadores. Casi todos llevaban magníficos yelmos de estilo tracio con elaboradas viseras en forma de rostro, algunas con pobladas barbas y bigotes de pintura negra, esmalte o plata ennegrecida, e incluso de oro brillante. Las bufandas desaparecían cuando se bajaban las viseras.

Sátiro se bajó la visera. Llevaba un sencillo yelmo ático, una pieza ligera de bronce con un ordinario penacho de crines rojas y blancas, nada que ver con los que lucían los veteranos que lo rodeaban.

Embutido en el yelmo, el campo visual de Sátiro se limitaba a unos pocos grados desde la línea central; había perdido casi por completo la visión periférica. Y le costaba respirar debido a la bufanda húmeda. La coraza que había elegido le iba un poco pequeña, ahora parecía un instrumento de tortura que le apretaba los pulmones cuando intentaba inhalar aire a través de la maldita bufanda, y olía a humo por doquier.

«¿Por qué estoy haciendo esto?», se preguntó. La respuesta no era fácil.

La rampa se extendía en lontananza, aparentemente hasta los confines del cielo. Medía casi un estadio de longitud y se elevaba diez veces la estatura de un hombre. Los primeros dos tercios estaban bien recubiertos de tepes pero el último tercio se adivinaba de tierra suelta.

Y entonces la brisa alcanzó el humo y lo empujó hacia delante, y ya no podía ver nada.

Comenzaron a llover flechas desde las almenas de la periferia, y proyectiles más mortíferos y grandes llegaban desde lo alto del Acrocorinto; balas y piedras de máquinas.

Demetrio salió de la formación.

—Soy vuestro rey —dijo—, y no os quitaré el ojo de encima. Luchad conmigo y sed mis hermanos, o mostrad cobardía y sed menos que hombres.

Miró a Sátiro a los ojos y alzó la lanza a modo de saludo.

Sátiro correspondió al saludo.

—El humo es bueno —dijo entre toses el comandante hipaspista—. Denso.

—Que las máquinas disparen otra vez —ordenó Demetrio.

Sátiro sudaba y se estremeció.

—¿Me recuerdas por qué dije que debíamos hacer esto? —murmuró Aquiles.

Un hipaspista se rio.

—Esto es trabajo de hombres —dijo—. Vosotros, los extranjeros, no deberíais tomar parte.

Aquiles gruñó.

—¿Me llamas extranjero? ¿Dónde naciste, asiático?

—¡Silencio en las filas! —ordenó un filarco, y Sátiro sonrió al pensar que iba a combatir como hoplita, no como rey.

—¡Preparados! —gritó el comandante.

Los filarcos respondieron y Sátiro se dio cuenta de que iba en cabeza de una fila de ocho hombres y que más le valía contestar.

—¡Listos! —gritó con voz ronca por el humo.

—¿Alguna vez has participado en una batalla? —preguntó el hombre que tenía al lado.

—Un par de veces —contestó Sátiro.

—¡Combatió contra nosotros en Rodas! —dijo el filarco a su izquierda. Se rio—. ¡Ojo con él, Filipino! Cumplirá con creces.

Sátiro se sintió curiosamente complacido por el cumplido.

—Adelante, pues —dijo el comandante.

Demetrio se situó en medio de la primera línea en el último instante y levantó su escudo. Las flechas caían más seguidas; caminaban derechos hacia ellas.

—¡Escudos arriba! —gritó el comandante—. ¡Bien altos! ¡No seáis perezosos!

Sátiro deseó tener un aspis cuando levantó el escudo macedonio, de menores dimensiones, por encima de la cabeza. Las flechas comenzaron a golpear la superficie, y algo le alcanzó el mentón.

El humo era debilitante, y Sátiro no estuvo seguro, como antiguo comandante, de que su cortina valiera la pena. Las flechas daban la impresión de caer con malicioso pensamiento propio, y el humo le llenaba los pulmones y le provocaba ganas de vomitar; tenía las tripas revueltas como cuando se come demasiada grasa.

Cuesta arriba, sus pies todavía pisaban tepe, de modo que no habían avanzado

mucho, pero Sátiro ya sentía ardor en los muslos y las flechas caían sin cesar, y de pronto un proyectil de balista alcanzó al filarco que iba a su lado y al hombre que lo seguía, un resonante griterío y caos de muerte, y todo el frente se combó mientras los hombres caían, heridos o tan solo golpeados por trozos de cadáveres; el filarco decapitado cayó de espaldas sobre su fila.

—¡Alto! —gritó el comandante—. ¡Cerrad filas!

El humo se estaba disipando. El alcance era casi a bocajarro, y las máquinas enemigas disparaban hacia abajo con más fuerza y más puntería, y un segundo impacto se llevó por delante la mitad trasera de otra fila entre un tumulto de gritos y repiqueteo de armaduras.

—¿Estás preparado para ser un héroe? —preguntó Demetrio. Estaban nariz contra nariz—. ¿Te he dicho que la brecha solo tiene una anchura de ocho hombres? Nosotros pasamos delante, sea lo que sea lo que Filipo se proponga hacer. Él quiere protegerme. Yo quiero ser el primero en llegar a la muralla.

Bajo sus adornada visera, Sátiro vio los cercos blancos de sus ojos, la sonrisa ligeramente demente.

—Estaré a tu lado, señor —dijo Sátiro. Luego se permitió sonreír—. O delante de ti, si tropiezas.

Demetrio le golpeó el yelmo con la lanza.

—Adoro este momento. Que dure para siempre en el recuerdo.

—¡Adelante!

Filipo, el comandante hipaspista, parecía presa del pánico. Sus pérdidas ya eran superiores a lo que había esperado, y Sátiro estaba francamente sorprendido de que no se estuvieran batiendo en retirada. Con una décima parte de caídos y una brecha tan estrecha, aquello parecía una locura.

¿Una locura que Demetrio llevaba a cabo porque tenía que impresionar al rey del Bósforo?

Las piedras de las hondas comenzaron a alcanzarlos; primero un puñetazo contra su escudo, luego un golpe como de un martillo gigantesco contra la cresta de su yelmo. Sátiro ajustó el escudo, se agachó y comenzó a avanzar más deprisa. Lo mismo hizo el filarco que iba a su izquierda.

De pronto el suelo desapareció de debajo de sus pies y se encontró sobre tierra suelta y arena, agradeciendo llevar botas. Apretó todavía más el paso, las piedras de las hondas eran como una tormenta de avispa mortíferas; zumbaban en el aire, resonaban cuando daban a las armaduras, chocaban con un ruido sordo cuando alcanzaban un miembro desprotegido.

La brecha no está preparada. Demetrio ha cometido un error.

El instinto de supervivencia decía que si no se podía huir, se podía correr hacia la brecha, y eso fue lo que hizo Sátiro. De repente fue consciente de lo estrecha que era la rampa en realidad y del largo trecho que todavía le quedaba por recorrer. Había salido de la cortina de humo, la brecha estaba llena de hombres y él iba... al frente. Si

patinaba hacia la izquierda o la derecha se caería, probablemente para morir contra las rocas de la base de la rampa.

Y entonces toda preocupación, todo pensamiento, toda estrategia se desvanecieron, y Sátiro estaba corriendo por una empinada cuesta hacia unos hombres que querían matarlo, y ya no importaba si Casandro había intentado matarlo o si era realmente su aliado, porque solo existían el aquí y el ahora, y también un hombre alto con un penacho amarillo que parecía llenar él solo toda la brecha.

Sátiro se detuvo a unos diez pasos de la muralla; cambió el peso de lado y tiró su dory, que medía dos veces la estatura de un hombre, una lanza larga para acometer, no para ser arrojada.

Se clavó a través del escudo de Penacho Amarillo, que dio un grito y se desplomó.

Sátiro desenvainó la espada, pasó por encima de Penacho Amarillo, que todavía se retorció con la lanza clavada en el costado, y arremetió con el escudo contra los tres hombres siguientes, que intentaban lancearlo a la vez. Paró dos de las lanzas y la tercera le golpeó con fuerza en el yelmo, se enganchó un momento en el soporte del penacho antes de resbalar, haciéndole echar la cabeza hacia delante dolorosamente contra el barboquejo.

Afianzó los pies y reaccionó, adelantando la pierna derecha para situarse debajo de las puntas de lanza. Detrás de los hombres que tenía enfrente había otra línea, y sus espadas atronaron contra su escudo y una le desgarró el muslo con una estocada que no llegó a ver. Otra rebotó en su *thorax* de bronce.

De pronto se encontró escudo contra escudo con la línea de frente, y dio tajos a muslos y pies, desgajando sin piedad sus tendones con el doble filo de su nueva espada al tiempo que levantaba el escudo. Recogió sus lanzas y se arrojó como un amante contra sus pechos.

Comenzaron a caer hombres.

El *daimon* se adueñó de él, y Sátiro avanzaba, daba vueltas y tajos como si lo guiara una mano invisible o como si fuese un bailarín ejecutando una danza muy ensayada. Dejó de percibir el tiempo como algo lineal y avanzó entre sus oponentes, viéndolos como imágenes fraccionarias de la acción; un revés descendente contra la visera de un oponente, una entrada a fondo con giro de muñeca que penetró la coraza de cuero y el vientre de un hombre, una arremetida con lanza que le arrancó un trozo del borde del escudo; el segundo ataque del lancero, empleando la lanza a modo de hacha, y su reacción; bloqueo, evitación, entrar en el radio de acción de la lanza, los ojos aterrorizados del lancero mientras Sátiro lo derribaba de un tajo...

Vio venir el golpe. El universo intermitente de instantes de vida y muerte le mostró la lanza de un soldado menudo acercándose a su flanco derecho desprotegido; estaba intentando arrancar la espada del cuerpo de su última víctima, y la hoja afilada se había incrustado en el hueso; darse cuenta en menos de medio segundo de que no podría parar el golpe; la lanza enemiga; otra lanza interceptándola y Sátiro seguía

vivo, con la espada arrancada de su última víctima, y justo a su lado Demetrio resplandecía triunfante al arrancar la lanza ensartada en el cuerpo del hombrecillo.

—Te he salvado la vida —dijo con verdadera satisfacción.

Sátiro no se detuvo puesto que había tres hombres intentando matarlo.

Su hermosa espada se clavó en las costillas de una nueva víctima pocos segundos después, y Sátiro salió despedido por un potente golpe contra su escudo; un hombre que había tropezado y caído sobre el borde de su propio escudo quedó en una posición ideal para derribarlo y Sátiro se vio con una rodilla en tierra; las lanzas repiquetearon contra su escudo y una resonó contra el yelmo, y la mano con la que buscaba a tientas su espada no encontró nada en la grava y los escombros de la brecha.

Aquiles arremetió por encima de su cabeza, rápido como el agujijón de una abeja; un, dos, tres; y la rapidez y la fuerza de sus golpes fue divina; la tercera estocada se hundió un palmo en un escudo enemigo, y su portador gritó mientras la punta de la lanza, afilada cual aguja, le abría el brazo en canal.

Desprovisto de arma, siquiera un fuste de lanza, Sátiro se levantó, agarró el escudo del hombre herido con la mano libre e hizo girar el borde, rompiéndole el brazo y dislocándole el hombro. Pasando por encima de él, Sátiro golpeó con el borde de su escudo al siguiente hombre que había en la brecha, trabándolo en el suyo y clavándose en la boca desprotegida rompiéndole los dientes, y Sátiro le arrebató la lanza mientras el defensor gritaba y caía de rodillas.

Ahora Sátiro estaba en la punta de una cuña, con Demetrio a un lado y Aquiles al otro, y los defensores de la brecha titubeaban porque sus mejores hombres, los que habían ocupado la línea de frente, habían caído.

La pausa dio tiempo a Sátiro para percatarse de que lo habían herido dos veces, que sus costillas mal curadas le quemaban como brasas y que el combate por la brecha estaba prácticamente ganado. Uno de sus adversarios, más audaz que los demás, entró a fondo para alcanzarle la pierna izquierda, que, adelantada, no quedaba protegida por el escudo. Bajó la punta de su lanza y apartó el arma de su agresor hacia un lado al tiempo que adelantaba la pierna derecha, cruzó el fuste de su lanza con el del adversario, lo hizo girar y arremetió con su *sarauter*, pillándolo desprevenido, y le hizo un tajo en el cuello que lo mató en el acto. Y oyó que Demetrio gruñía admirado. Levantó la lanza, se volvió sobre un pie y la tiró contra un hombre que miraba hacia otro lado y que pagó con la vida su distracción, y luego Sátiro dejó caer el escudo, recogió una piedra grande que había formado parte de la muralla y la arrojó contra la línea enemiga, justo por encima del borde superior del escudo de un adversario. El hombre levantó el escudo y cayó redondo con el pesado impacto de la piedra.

Demetrio estaba con él, y luego otro hombre; entrando a la brecha, ensanchándola como operarios trabajando el mármol con el cincel, y en el tiempo que Sátiro tardó en agacharse y recuperar su escudo, los defensores fueron expulsados de la brecha.

—Toma mi espada —dijo Aquiles.

Sátiro volvió la cabeza, vio la empuñadura que le ofrecía y la cogió. Escupió.

—Gracias —dijo—, pero creo que esto ha terminado.

Sin embargo, recogió el escudo y se tomó su tiempo para ajustárselo bien en el brazo.

Los hipaspistas los adelantaron entre empellones, ansiosos por llegar junto a su rey, que ahora iba tres largos de caballo por delante, y Sátiro se vio arrastrado por la avalancha. Una punta de lanza le abrió la pantorrilla como una línea de fuego en la piel; cabrón descuidado.

Sátiro se movió hacia la derecha, otra vez hacia la derecha, empujado hacia delante por la incesante presión de los hipaspistas pero controlando su avance. El enemigo iba retrocediendo, procurando reagruparse, intentando no huir.

Sátiro vio los destellos de nuevos penachos y yelmos de buena factura por encima de los defensores derrotados; refuerzos.

—¡Formad ahí! —bramó, pero su acento era griego, no macedonio, y los hombres ansiosos que lo rodeaban le hicieron caso omiso. Los hipaspistas empujaban hacia delante en masa, sus lanzas en alto o pegadas a ellos por la presión.

Los enemigos, los enemigos vencidos, volvieron la cabeza casi todos a la vez, como una bandada de pájaros cambiando de dirección en el aire. Y entonces abrieron sus filas, no muy bien pero sí bastante, y dejaron pasar a los recién llegados. El cambio de filas tardó cincuenta segundos, y durante ese tiempo el nuevo enemigo era vulnerable, pero los hipaspistas no estaban en orden de ataque y en su mayoría se juntaron en torno a su rey, separándolo del combate con un escudo humano.

Y entonces los enemigos atacaron. Eran mercenarios, casi todos exiliados políticos que sentían un odio tremendo por Demetrio y sus métodosseudodemocráticos, y arremetieron contra sus desordenados hipaspistas, haciéndolos retroceder diez pasos, matando al avanzar, y en el tiempo que un atleta olímpico tarda en correr un estadio, Sátiro se vio en primera línea.

Su oponente lucía un penacho magnífico sobre uno de los nuevos yelmos; un pequeño yelmo ático con grabados en todas las superficies. Tenía una poblada barba rubia bajo la visera, y golpeó con su lanza el escudo de Sátiro con la confianza de un hombre que se sabe más corpulento que su adversario.

Sátiro se retiró rápidamente hacia atrás y frenó para absorber el impacto de la lanza enemiga, y luego arremetió; empujó con la pierna derecha, adelantó la izquierda, recobró el equilibrio y ya estuvo bajo la lanza de Barba Rubia, empujando escudo contra escudo; Barba Rubia intentaba pinchar prácticamente de arriba abajo por encima de los escudos trabados. Sátiro se encorvó para meter su escudo por debajo del borde del otro hombre, y mientras este respondía a esa amenaza, le hizo un tajo en el empeine, seguido de un revés por debajo de la greba contra el tobillo desprotegido, y entonces lo empujó, haciéndolo trastabillar y caer sobre su propia línea...

Ahora Aquiles estaba a su lado, clavó su lanza en el rostro del defensor derribado y la línea enemiga se detuvo.

Pero los hipaspistas de Demetrio no eran los hipaspistas de Alejandro, y todavía no estaban en orden de combate. Una docena o más, veinte tal vez, estaban apiñados en torno a Sátiro y Aquiles, pero el resto había rodeado al rey, obligándolo a descender por la rampa.

—Estamos jodidos —dijo Aquiles.

Sátiro escupió. Habían vuelto a herirlo, y la futilidad del combate estaba pesando más que el *daimon*.

Dio un paso atrás y Aquiles se situó a su altura.

Retrocedió otros tres pasos y se encontró de nuevo en la brecha. El hipaspista de su izquierda encajó su escudo con el suyo, y el compañero de fila de Aquiles hizo lo mismo. Entre los cuatro casi llenaban la brecha.

Sátiro se arriesgó a volver la vista atrás.

Demetrio le gritaba a alguien con voz ronca por la tensión, pero sus hombres lo estaban obligando a salir de la brecha. Los demás estaba claro que querían batirse en retirada, excepto el puñado que ya se había comprometido a apoyar a Sátiro y Aquiles.

Los mercenarios enemigos vacilaban.

—Atrás —ordenó Sátiro. Retrocedió un paso, y el hombre que tenía detrás también cedió terreno.

—¡Ya eran nuestros, los dioses los maldigan! —dijo el hombre que estaba a la izquierda de Sátiro.

Ahora los mercenarios se estaban preparando para cargar.

Sátiro retrocedió otra vez, y otra más, y ahora su cabeza y sus hombros estaban a la altura del borde exterior de la brecha, y notó la tierra arenosa de la rampa bajo sus sandalias y entre los dedos de los pies. Una mala posición desde la que luchar.

Pero los mercenarios titubearon de nuevo.

—Atrás —dijo Sátiro. El peligro de caerse de la rampa era muy real.

Abajo, una balista disparó, y su proyectil impactó contra el lado derecho de la brecha y rebotó alocadamente hasta alcanzar la línea de frente de los hoplitas enemigos. No mató a nadie, pero al caer rompió el tobillo de un hombre y dejó a otro inconsciente.

—Dale a ese hombre una bolsa de daricos —gruñó Aquiles.

Sátiro compartía su opinión; el primer disparo de balista detuvo al enemigo en el borde trasero de la brecha, y Sátiro y su pequeña banda pudieron deslizarse rampa abajo sin que los hostigaran, ni siquiera con jabalinas o flechas.

Sátiro llegó a la base de la rampa y los hombres se apresuraron a darle agua y vino; estaban escarmentados por su derrota y eran conscientes de que los últimos hombres en salir de la rampa habían corrido mayores peligros; eran los mejores.

No eran los hombres de Sátiro; no le correspondía a él amonestarlos ni exigir

explicaciones. Además, sangraba por tres heridas y el maldito *thorax* que llevaba le había rozado la cintura hasta el punto de que casi no podía sostenerse de pie. Abrió la visera de su yelmo prestado, se lo quitó de un tirón y respiró aire a bocanadas, hinchando los costados.

Tenía la pierna derecha roja hasta la rodilla.

Demetrio se abrió paso entre el cordón de guardias y echó los brazos al cuello de Sátiro.

—Temía que hubieras muerto. Por los dioses, habría matado a todo este atajo de cobardes si hubieses caído. Di una palabra y lo haré.

Sátiro no sabía qué hacer con el abrazo de Demetrio; correspondió dándole un apretón y se apartó. Otro hombre le ofreció un odre de vino, y Sátiro bebió un trago largo y se lo pasó al hombre que había luchado a su lado.

—Sátiro de Tanais —se presentó.

—Cleón hijo de Alejandro de Anfípolis —contestó el soldado, estrechándole la mano—. Un honor, señor. Si sobrevivo, contaré a mis hijos que luché contigo en una brecha.

—¿Ha luchado? ¿En la brecha, mientras me arrastraban colina abajo? —preguntó Demetrio—. Eres filarco. Comunica tu nombre a mi secretario militar.

—Todos estos hombres han defendido su terreno —dijo Sátiro, picado en su sentido de la justicia—. Y si se me permite señalarlo, tienen órdenes de protegerte a toda costa, sospecho. Y eso es lo que han hecho. Cuando te has expuesto, han asumido lo peor.

—¡Te he salvado la vida! —protestó Demetrio—. Ha merecido la pena. —Sonrió—. No contaba con que hoy lográramos tomar la periferia.

Sátiro se encogió de hombros. El ataque había sido peligroso y exigente, y había estado a punto de ser un éxito; el Niño Bonito estaba racionalizando la derrota, cosa sorprendentemente humana tratándose de él.

—Lo que tú digas, señor —dijo Sátiro—. Y que los dioses estén a tu lado tal como tú has estado al mío —agregó, por mor de los buenos modales, además de ser verdad. Sátiro no estaba tan agotado como para no recordar la lanza del hombre menudo, aguardando serenamente el momento oportuno para matarlo. Había faltado muy poco. Aquel hombre era un asesino; Sátiro lo había visto en sus ojos. Tiké le había arrebatado su momento de gloria, salvándole la vida a Sátiro.

Le estaba costando trabajo respirar y tenía la sensación de que el mundo se encogía.

Aquiles le puso una mano en el hombro.

—Tienes que hacer que te vean esas heridas —dijo—. Estás formando un charco.

Sátiro bajó la vista y vio que Aquiles estaba diciendo la verdad en sentido literal.

La visión de tanta sangre lo impresionó, y dio un traspié.

Cayó.

Se despertó pensando que habría sido una estupidez morir combatiendo por Demetrio y que había sido un idiota por haber tomado parte en el asalto. Tenía los ojos legañosos, la garganta rasposa y la boca pastosa como si hubiese comido cola o hubiese pasado una larga noche bebiendo con buenos compañeros.

—¿Estás aquí? —preguntó una voz desconocida.

Sátiro tuvo dificultades para enfocar la vista; el rostro de aquel hombre flotó un momento antes de detenerse.

—Más o menos —murmuró.

—¿Cuántos dedos ves? —preguntó el médico.

—¿Tres? —contestó Sátiro.

—Casi aciertas —dijo el médico—. No tengas prisa por levantar la cabeza. Perdiste mucha sangre. Tuve que cauterizar la herida del muslo, pero creo que te pondrás bien si no te contagias.

Mientras el médico hablaba, el muslo comenzó a dolerle entre otros cien rasguños y dolores.

—No quiero amapola —dijo Sátiro.

—Ya has tomado un poco —respondió el médico.

—Pues basta —insistió Sátiro.

—De acuerdo. ¿Has tomado demasiada? Es una queja bastante común entre los soldados. —Asintió otra vez—. Soy Apolinar de Tiro, el médico de Demetrio.

El mundo se iba enfocando, y Sátiro habría pensado que se encontraba en un palacio, incluso en un complejo de templos, excepto por la extraña luz que llenaba la estructura. Una tienda, pues. Un tienda con muchos tapices colgados y decorada con una pesada lámpara de oro.

—¿Cuánto tiempo tendré que permanecer acostado? —preguntó Sátiro. Pensó en Miriam con una punzada de añoranza. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó.

—Dos días, quizá tres, a no ser que las heridas se infecten. —Apolinar sonrió—. En cuyo caso no tardarás en morir.

Sátiro maldijo.

—¿Así es cómo hablas al Niño Bonito?

Apolinar se rio. Tenía una risa contagiosa.

—Sí. Le gustan mis bromas. Tranquilízate, señor, no permitiré que te infectes. Apolo y yo somos viejos amigos.

—Eso suena a *hubris*^[9] —dijo Sátiro.

El médico sonrió, y Sátiro volvió a dormirse.

Después de cada dormida se despertaba sintiéndose mejor y menos inquieto. Comenzó a comer. Primero sopa de cordero y después alimentos más sólidos y sabrosos, traídos directamente de la mesa del rey. Y Demetrio en persona lo visitó dos

veces.

Tras su tercera larga dormida, al despertar encontró a Aquiles a lado de su cama y le sonrió.

—La próxima vez que me esté desangrando, avísame antes.

Sátiro respiró profundamente y aguardó el dolor del muslo. Estaba ahí, pero indudablemente menguado. Y no tenía fiebre.

Aquiles sonrió.

—El resto de los muchachos ha venido —dijo—. Y también el joven Jasón. Todavía hay un montón de gente buscándote. Jasón intentó liquidar a Fiale para vengar a su amo, pero no lo consiguió. Ha venido en tu busca. Sostiene que le dijiste que lo contratarías.

Sátiro suspiró.

—Y lo hice —contestó, preguntándose cuántos complots le endilgarían si aceptaba al chico como libreto.

—Los hombres de Fiale mataron a mucha gente en un prostíbulo, y Jasón trajo a un par de supervivientes. Estoy seguro de que aquí podrán encontrar trabajo —dijo Aquiles con una mirada lasciva—. ¿Tienes planes de montar un negocio?

—Demasiado complicado para mí —respondió Sátiro—. Móntalo tú.

Aquiles asintió.

—Pensé que podría hacerlo, con Menón y los chicos. Así es como se sirve en el ejército; diriges una reata de chicos y chicas, los proteges y te forras. ¿Nos quedaremos aquí un par de semanas?

Sátiro se dio cuenta de que Aquiles hablaba en serio.

—No voy a ir a parte alguna sin permiso de Demetrio. Y tengo que ser capaz de caminar. Pero si tienes intención de seguir a mi servicio, debes saber que me largaré de aquí, de un modo u otro, en cuanto me recupere. Estar herido tiene sus ventajas. He tenido tiempo de pensar. Esto es una distracción. Tengo cosas más importantes que hacer.

Aquiles parecía no haber escuchado una palabra después de su primera frase.

—¿Dos semanas, dices? —respondió—. Está bien.

Cuando Aquiles se hubo ido, el médico y un par de esclavos cambiaron las vendas y los apósitos de sus brazos y piernas. Sátiro contempló de buen humor lo magullado que estaba; el peto le había hecho tanto o más daño que las armas enemigas. Cuando terminaron de hacerle las curas bebió vino aguado y zumo de fruta. Entonces entró Demetrio. Los esclavos le llevaron una banqueta plegable de marfil y se sentó, tomó un poco de zumo y los despachó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Fue una manera curiosamente humana de entablar conversación, tratándose del Niño Bonito; parecía indeciso, inseguro.

—Bastante bien —contestó Sátiro—. No hay infección. Estaré en condiciones de marcharme en cuestión de una semana. ¿Autorizarás mi partida?

Demetrio apartó la mirada. Luego lo miró de nuevo.

—Preferiría que te quedaras —contestó.

Ahí lo tenía.

—No —dijo Sático. La relación con muchas personas le había enseñado que en situaciones como aquella, en las que predominaban los sentimientos, era mejor responder de manera categórica que andarse con rodeos—. No —repitió—. Quiero regresar con mi pueblo.

Demetrio se sonrojó.

—¿He sido poco hospitalario? —preguntó—. ¿No te he dado lo mejor que tenía?

Sático sonrió.

—Esa espada es la mejor que haya empuñado jamás —dijo—. Maldición. La perdí, ¿verdad?

Demetrio negó con la cabeza.

—No, haré que vayan a buscarla. Prepalao está dispuesto a rendir la ciudadela si le permito retirarse a Aquea como es debido. Quizás haya tomado la decisión más acertada, pero es un cobarde. Yo no rendiría esa ciudadela hasta que mis hombres estuvieran comiéndose a los muertos.

—¿Tal como hicimos nosotros en Rodas? —preguntó Sático.

—¡Exacto! —contestó Demetrio, haciendo caso omiso del tono de Sático, o quizá poco acostumbrado al sarcasmo—. La defensa de Rodas siempre será un hito para mí. Así es como debería defenderse una ciudad.

Sático se encogió de hombros y le dolieron las costillas, el costado y todas las magulladuras.

—Prepalao no es corintio.

Demetrio negó con la cabeza.

—No, ¿pero acaso un hombre no puede tener un ideal más elevado que su ciudad? Para eso, bien podría haber luchado para Casandro...

Sático procuró no reír, la risa tenía sus consecuencias, pero no pudo contenerse. Resolló un poco.

—¿Tú morirías por Casandro? —preguntó.

Demetrio se quedó perplejo.

—¿Por qué demonios tendría que morir por Casandro?

Sático resolló otra vez y pensó: «Si sobrevivo, algún día contaré esta historia a mis hijos».

—Me refiero a si fueras un mero lancero macedonio.

Demetrio negó con la cabeza.

—¿Cómo iba a suceder eso? —preguntó—. Francamente, a veces no hay quien te entienda.

Sático asintió.

—¿O sea que no puedes ponerte en el lugar de otro hombre?

—¿Para qué? —preguntó Demetrio—. Yo soy yo. Fingir otra cosa sería una mentira; tal vez hubris.

Sátiro se encogió de hombros, con las consabidas consecuencias, e hizo una mueca.

—Aristóteles tiene mucho de lo que dar cuenta —murmuró.

—Quiero convencerte de que te quedes —dijo Demetrio.

Sátiro no sabía qué decir, de modo que nada dijo. El Niño Bonito estaba haciendo un hueco en su jornada para atraerlo a su causa, y Sátiro decidió que lo menos que podía hacer era escucharlo.

—¿Estamos de acuerdo en que el estado actual de guerra permanente es una maldición para todos los hombres? —preguntó Demetrio.

Sátiro enarcó una ceja.

—Me sorprende oírte decir eso —dijo.

Demetrio frunció el ceño.

—En cualquier caso, mi querido colega rey, ¿me lo concedes? Bien. Pues te pregunto: ¿cuál es la manera más rápida y eficiente de evitar guerras futuras? Y la respuesta es obvia: un único gobierno unificado. Un rey, un imperio, el mundo entero. De un borde de la faja del océano al otro, el círculo completo. Un rey, un imperio, una ley, un conjunto de dioses. Los hombres serán libres.

Sátiro necesitó un momento para asimilar todo aquello.

—¿Libres de qué? —preguntó.

—Libres de la guerra —contestó Demetrio—. Y, francamente, y habla con entera libertad, ¿quién está más preparado para gobernarlo que yo?

Sátiro frunció el ceño.

—Tengo un buen personal, y yo mismo soy trabajador y brillante. Mi objetivo es valioso, Sátiro, paz y prosperidad, un criterio universal. Piénsalo. Eres rey; una moneda universal; pesos y medidas. Un idioma, un arte, una poesía para cultivar la excelencia de los hombres.

Sátiro negó con la cabeza.

—¿Eso va a hacerlos libres? —preguntó.

—Libres de construir, vivir y sostener una familia —dijo el Niño Bonito.

—Con arreglo a tus leyes y a las costumbres que tú dictes. —Sátiro lo miró a los ojos—. ¿Someterías a los sakje a las mismas leyes que a los griegos?

Demetrio se inclinó hacia delante.

—Al principio no, pero sí con el tiempo, mediante un intercambio implacable. Lo que de entrada les parecería extraño les iría resultando cada vez más familiar gracias al comercio y el contacto, hasta que lo aceptaran por su propia voluntad.

Sátiro frunció los labios.

—¿Y si no lo hicieran?

Demetrio se encogió de hombros.

—Siempre hay descontentos —contestó.

—Dicho de otro modo, una guerra de represalia —dijo Sátiro.

—Si no hay otro remedio —dijo Demetrio.

—¿Y cuando tu imperio se derrumbe? —preguntó Sático.

—¿Cómo? —preguntó Demetrio. Parecía ofuscado.

—Los imperios caen —dijo Sático—. Babilonia, Egipto, Micenas, Troya, Atenas, Esparta.

—¿Un imperio fundamentado en el trabajo de hombres racionales y dirigido por héroes y semidioses? —dijo Demetrio.

—Más deprisa que cualquier otro —contestó Sático con escarnio.

—Me estás enojando —dijo Demetrio—. Quiero que te quedes. Muchos hombres me siguen por su propio interés o porque me aman, pero tú... eres mi amigo. Contigo puedo hablar. Aunque no estés de acuerdo, entiendes lo que es ser diferente. A ti también te aman los dioses. Te vi combatir, Sático. Eres más que mortal. Lo mismo que yo. Venga, seamos amigos. Aconséjame, y seremos recordados hasta que el sol caiga del cielo y el mar del caos barra al último hombre de la faz de la tierra.

Sático consideró que aquel no era el mejor momento para dar una respuesta rotunda, pero pensó que bien podría ser una buena ocasión para hacer una pregunta directa.

—Demetrio, ¿puedo decirte una cosa? ¿Algo humano, acerca de mí, que no es en absoluto divino?

Demetrio se rio.

—He sido presuntuoso y te has asustado.

Sático negó con la cabeza.

—No. Sueño con Heracles y creo en los dioses. Aspiro a ser un héroe, no lo ocultaré. Un héroe. Rezo para que Heracles esté siempre a mi lado. —Asintió—. ¿Por qué no aspirar a ser un héroe? —preguntó. Sonrió—. Pero escucha. Amo a una mujer, y resulta que es uno de tus rehenes.

—No tomé rehén a ninguna mujer —dijo Demetrio—. ¿Quién es?

Sático se lanzó de cabeza.

—Miriam, la hermana del amigo Abraham, judío de Rodas.

Demetrio se dio una palmada en el muslo.

—¿Amas a una judía? —preguntó—. Bueno, son una raza guapa, lo admito. Y porfiada, también.

Sático sonrió al recordarla.

—¿La liberarás para mí, y liberarás a su hermano para que ella pueda ser libre? ¿Y permitirás que me reúna con ellos?

Demetrio estaba desconcertado.

—¿Por qué? —preguntó.

«Bien —pensó Sático—, merecía la pena intentarlo».

—Porque eso es lo único que necesito para ser feliz —contestó—. No creo en tu imperio universal. Y aunque lo hiciera, no lucharía contra mis amigos para ayudarte a establecerlo.

El desconcierto de Demetrio se estaba convirtiendo en enojo.

—Tus amigos son unos estúpidos arrogantes que quieren limitarme cuando puedo hacer del mundo un lugar mejor.

—Es muy posible —admitió Sático. Se encogió de hombros—. Pero son mis amigos. Y resulta que yo no necesito dominar para ser feliz.

Demetrio no le estaba haciendo el menor caso.

—¿Tolomeo? No es un héroe; un viejo gordo que ya no tiene sueños y que lo único que desea es gobernar Egipto y disfrutar de sus impuestos. —Entornó los ojos—. León es un mercader; no tiene sentido del honor, solo dinero.

Sático negó con la cabeza.

—Ahí te equivocas, señor, pero no discutamos.

Demetrio adoptó una expresión traviesa.

—¡Ya lo tengo! —dijo—. Tus aliados intentaron matarte. Ya te lo dije, Casandro ordenó tu asesinato.

Sático se encogió de hombros.

—No es la primera vez. Casandro nunca ha sido amigo de mi familia.

—Si te quedas conmigo, juntos podremos acabar con él —le dijo Demetrio.

Sático se encogió de hombros.

—Quiero a Abraham y a Miriam. Regresaré a Pantecapea y no volveré a interferir en los asuntos del Mediterráneo —dijo—. La verdad es que he sido un rey espantoso, pavoneándome por ahí con mis naves de guerra, ayudando aquí y allá, y gastando mis impuestos cuando tendría que haber estado construyendo carreteras, plazas fuertes, graneros y liceos. Ya es hora de que deje de jugar a ser rey esperando que mis amigos hagan el trabajo. —Asintió, consciente de que estaba hablando para sí mismo, y resuelto en su convicción—. Debería darte las gracias. A través de ti, he visto mis errores.

Demetrio negó con la cabeza.

—No —dijo. Se puso de pie—. Te quedaras aquí conmigo. Te consideraría indigno si no intentaras recuperar a los rehenes; ¿por qué no? Y cuando te entregue el que te importa me declararás la guerra. Tu hermana ya me ha cerrado el Ponto. Estoy en mi derecho de ejecutar a los rehenes rodios.

Sático montó en cólera pero se contuvo.

—Si los ejecutas, moriré luchando contra ti, tu padre y tu maldito imperio universal.

Demetrio asintió.

—Es bueno que nos entendamos.

Sático eligió sus siguientes palabras cuidadosamente.

—¿Debo entender que no tienes intención de liberar a los rehenes cuando corresponde según el acuerdo? —preguntó.

Demetrio negó con la cabeza.

—No es posible que alguien cuente con que lo haga. Si libero a los rehenes, Rodas estará en condiciones de actuar contra mí, igual que tú. Y, entonces, seguro

que vuestras flotas destruirían la mía, abocándome al fracaso. Así pues, por más que me duela, los retendré hasta que Lisímaco y Casandro hayan sido neutralizados. Dos años, tres a lo sumo. ¿Tanto quieres a esa mujer? Acelera la caída de ambos. Di a tu hermana que abra el Ponto a mis naves y que se lo cierre a Lisímaco. —Asintió—. Entretanto, eres mi amigo y seguirás siendo mi huésped.

Enojadas acusaciones llenaron la boca de Sátiro, pero se las tragó. Estaba suficientemente lúcido y era suficientemente sensato para saber que una ruptura abierta con Demetrio de nada serviría.

—Lo pensaré —dijo.

Demetrio se puso de pie.

—Así me gusta —dijo—. Júrame lealtad y haré que te traigan a esa doncella hebrea. Percibí el poder que tendríamos juntos, ¿tú no? ¿En la brecha? Ay, cuando pienso en lo que podríamos llegar a hacer, mi corazón late más deprisa.

Sátiro pensó: «Perdimos. Ni siquiera asaltamos la brecha». Pero sonrió.

—Lo pensaré —repitió.

Demetrio volvió a sonreír.

—Seguro que sí —dijo.

Tres días más de polvorienta inactividad y Prepalao rindió la ciudadela, llevándose la guarnición a través del istmo hacia el noroeste, camino de Acaya. Sátiro no vio a Demetrio y el tercer día, mientras se recogían las tiendas del palacio, la cama de Sátiro se trasladó a su propia tienda, la tienda que le habían asignado el primer día.

—Seguiremos a mi señor cuando estés un poco mejor —comentó Apolinar, midiendo una dosis de jarabe—. Prueba esto. Es lo que administro a los hombres que no pueden tomar amapola. No es tan eficaz pero tampoco está mal.

—¿Qué es? —preguntó Sátiro. Se esforzaba en fingir, aparentar estar peor de lo que estaba.

—Hmm. Un brebaje de raíces. —Apolinar sonrió—. Secreto profesional.

—Sabe raro —señaló Sátiro.

—Tus tiendas hacen el mismo ruido que un burdel —dijo el médico, después de que se oyeran unos gemidos a través de las paredes.

Sátiro se encogió de hombros.

—Me parece que mis mercenarios han montado un negocio.

El médico se rio.

—Bueno, plantaré mi tienda un poco más lejos.

A la mañana siguiente, Sátiro se levantó en cuanto el médico se fue y comenzó a hacer ejercicios. Aquiles se personó con Jasón, y Jasón lo untó de aceite y le dio masaje a conciencia. Sátiro comenzaba a sentirse mejor. Se cansaba demasiado pronto para plantearse una acción inmediata, pero estaba mejor.

—¿Cuántos hombres hay ahí fuera? —preguntó.

—Cincuenta hipaspistas —contestó Aquiles.

Jasón asintió.

Sátiro siguió hablando en voz baja.

—¿Alguna idea sobre cómo escapar sin ser vistos? —preguntó.

Aquiles se encogió de hombros.

—Cuando quieras. Nunca hubo un grupo de soldados más contento de encontrar una casa de putas. Pero aún les queda dinero, no es preciso apurarse. Ulises y yo queremos arramblar con todo.

Se rio entre dientes. Jasón se inclinó hacia Sátiro.

—Tu hermana ha rehusado abrir la Propóntide a Demetrio salvo si te entrega. Tengo motivos para pensar que Nerón ordenó tu muerte; en combate, en la brecha. Es lógico, señor; si mueres aquí, en apariencia sirviendo a Demetrio...

Sátiro inhaló aire bruscamente.

—No soy tan listo como creo —dijo.

Aquiles volvió a reír para sus adentros.

—Pero yo sí, señor. Tenemos a esos hombres donde los queremos tener.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Sátiro.

Aquiles se encogió de hombros.

—Pregúntame dentro de un par de días —contestó.

Jasón se acercó un poco más.

—Fallé en lo de Fiale —dijo excusándose—. Necesitaba más fuerza de la que tenía, y su asesino liquidó a mis matones. Salí bien parado pero no descansaré hasta que haya acabado con ella.

—¿Quién le paga? —preguntó Sátiro—. Eso es lo que quiero saber.

Jasón se encogió de hombros.

—Se rumorea que es cosa de Casandro —dijo—, pero podría ser pura palabrería.

—Me dais dolor de cabeza. ¿Alguna novedad sobre los rehenes? —preguntó Sátiro.

—Los trasladó a todos a Éfeso —contestó Jasón—. Hace más de un mes.

Sátiro se sobresaltó. Se levantó de la alfombra, donde había estado ejercitando las piernas, y se sentó en el borde de su diván, sin resuello tras un tabla de ejercicios muy reducida.

—Pero... eso significa que los mandó antes incluso de mi llegada aquí.

Jasón asintió.

—Oh, sí. Recuerdo cuando recibimos la orden. Fue más de una semana antes de que llegaras. Tal vez dos.

Sátiro maldijo.

—Siendo así, Demetrio nunca ha tenido intención de cumplir el tratado.

La furia amenazó con adueñarse de él. Si se hubiese quedado en Delos, ahora sería libre y ya se habría enterado de todo aquello. Había ido a Atenas en balde. Verdaderamente, los dioses lo sabían todo y los hombres eran estúpidos.

Pensó en Casandro ordenando su muerte, y en Demetrio ordenando casualmente el traslado de los rehenes a Éfeso.

No quería tomar parte por ninguno de los bandos, excepto el de Tolomeo.

—He sido un idiota —dijo.

Noche cerrada, y el burdel ambulante de Aquiles estaba a pleno trabajo. Sátiro salió de su tienda con cuidado por si el médico estaba deambulando por allí, pero estaba por respirar un poco de aire fresco, y descubrió que la tienda almacén tenía un tablón entre dos balas de pieles de borrego y que sobre esa mesa improvisada se estaban desarrollando cuatro partidas de taba. Cuatro grandes *phittoi* de vino estaban medio enterrados en el suelo detrás de otro mostrador provisional, y los hombres se sentaban a beber en balas de piel de borrego o en bancos, mientras Menón medía el vino con un cucharón.

Aella apareció de entre la oscuridad.

—¿Una copa de vino, señor? —preguntó—. Oh. —Se rio—. Eres tú.

Sátiro asintió.

—Tomaré una copa de vino —respondió.

Aella asintió.

—Y están los juegos, por supuesto. ¿Te gusta apostar? Y Alex y yo tenemos unos cuantos chicos y chicas; talento local, en realidad.

—¿Qué edad tienes, Aella? —preguntó Sátiro.

La muchacha se balanceó, lo miró con dureza, con ojos fríos como el hielo.

—Diecisiete, me parece.

—¿Esta es la vida que quieres llevar? —preguntó Sátiro.

Aella lo miró a los ojos con desenvoltura.

—No. Esta es la vida que tengo. Si me pagas lo que dijiste, no volveré a tocar una flauta mientras viva. —Se encogió de hombros—. De lo contrario, este es mi comercio hasta que mi monedero lo llene un bebé.

Se marchó indignada.

Alex se sentó junto a él en el banco.

—Solo está enfadada. Sabemos que ahora no tienes dinero. —Se encogió de hombros—. Además, esto es mucho mejor que Atenas. Aquiles nos ha puesto a cargo del negocio. Me quedo con más de la mitad de lo que saco. —Señaló a un chico con el mentón—. Y con una cuarta parte de lo que sacan ellos.

Sátiro tragó bilis.

—Haz venir a Aquiles —dijo.

El vino no era muy bueno. Sátiro meneó la cabeza con desagrado. Se había equivocado, lo habían apresado, y ahora era el amo de un burdel ambulante.

El peso del banco cambió, y Sátiro hizo sitio a Aquiles.

El hombre sentado a su lado no era Aquiles.

—Estratocles —dijo Sátiro con un hilo de voz.

—Sátiro —respondió su viejo enemigo. Levantó las manos vacías para que Sátiro se las pudiera ver a la luz de la hoguera—. Estoy aquí en nombre de tu hermana.

Sátiro se sorprendió.

—¿Qué?

Estratocles se rio.

—A todos nos resulta raro. Pero me envía Melita, y traigo a varios amigos tuyos. Me ha costado lo indecible encontrarte, y sigue habiendo hombres buscándote para matarte. ¿Te acuerdas del médico? ¿Sófocles?

Estratocles observaba a los hipaspistas.

—Será difícil que llegue a olvidarlo —dijo Sátiro.

—Está cerca —dijo Estratocles—. Lo vi en Atenas. Va a por ti.

Sátiro respiró profundamente.

—Apolodoro tiene la flor y nata de tu flota en Egina —dijo Estratocles—. Y yo tengo a Anaxágoras y Cármides conmigo.

De repente Estratocles se irguió.

Tenía una espada en el cuello.

—Más vale que te vayas explicando —dijo Aquiles.

Transcurrió una hora hasta que lo explicó todo, y tardaron otra en trazar nuevos planes.

Un día más, y el burdel cerró, contó sus beneficios y pagó al personal. Los macedonios los vieron partir con sentimientos encontrados; casi todos habían perdido hasta el último óbolo que tenían en un vicio u otro.

El médico de Demetrio había dado el alta a Sático, y Sático se avino a ir en palanquín a reunirse con Demetrio en Acaya. Hizo una pausa en el momento de partir para pedir prestado efectivo, medio talento, al médico, y usó el dinero para liquidar el sueldo de sus guardaespaldas, que lo sumaron a lo que habían obtenido desplumando a los macedonios. Después, tras una última visita a la línea de árboles para aliviar la vejiga, se vio a Sático subir al palanquín, su clámide visible a través de las cortinas de seda del *kline* de viaje.

Los cuatro mercenarios y un puñado de antiguos empleados del burdel observaron la fuerte escolta que se marchaba con el rey del Bósforo como prisionero. Cuando hubieron ascendido a la colina de detrás del Acrocorinto por el camino de Acaya, Aquiles negó con la cabeza.

—Ha sido demasiado fácil —dijo.

—Mmm —respondió Menón—. El capitán de la guardia me debía más de un talento de plata. —Se encogió de hombros—. Tampoco estará con ellos por la mañana.

Estratocles los miró a los cuatro.

—Caballeros, me considero el hombre más astuto del mundo actual, pero manifiesto que solo soy un aprendiz ante vuestra maestría.

Ulises se rio.

—Sí, desde luego, siempre hay alguien más espabilado que tú, por rápido que seas —dijo.

Sático se rascó la barbilla.

—Aun así, temo por Jasón —dijo—. Ese muchacho tebano lleva mi ropa. Cuando lo descubran...

—Eso es lo más bonito —dijo Aquiles, riendo—. Cuando el capitán de la guardia deserte esta noche, se llevará a Jasón consigo. Y esos cabezas huecas le darán caza a él. —El mercenario se rio—. No te inquietes por Jasón, señor. Juega a este juego desde que llevaba pañales.

Una jornada de cabalgada por la montaña los condujo a Megara, donde los aguardaban Cármides y Anaxágoras. Se alegraron de verlo, lo mismo que Sático, que tuvo miedo de echarse a llorar de tan contento como estaba de ver a sus amigos.

—¿Has practicado con la lira? —preguntó Anaxágoras.

—No tanto como debería, sin duda —contestó Sátiro. Estaba afónico por la emoción.

Anaxágoras lo abrazó con fuerza.

—Deja que sea el primero en decírtelo: te lo dije, idiota.

Estratocles se rio a carcajadas.

—Tenemos una barca lista para irnos a Egina —dijo Cármides.

En el muelle, Aella se detuvo.

—¿Señor? —preguntó a media voz.

—¿Despoina? —preguntó a su vez.

—¿Qué pasa ahora?

Sátiro se rascó el mentón.

—¿Contigo? —dijo Sátiro.

Aella asintió.

—Conmigo y con Alex.

—No podéis quedaros aquí. De modo que os venís con nosotros, y os pagaré un talento de oro a cada uno, y podréis estableceros en Tanais o en Olbia.

—No me lo creo —dijo Aella—. Nos cortarás la cabeza y nos arrojarás al mar.

—No, no lo hará —terció Alex.

Aella estaba temblando.

—Ni siquiera somos humanos para los tipos como él. Venga, dame algo ahora y me largo. Tú harás lo mismo, si tienes dos dedos de frente —agregó—, mirando a Alex.

—No puedes regresar a Atenas —dijo Sátiro—. Fiale te matará.

—Eso es lo que tú dices —le espetó la chica—. No voy a embarcarme en esa nave, no pienso marcharme de...

Sátiro entornó los ojos, súbitamente enojado.

—Escúchame bien, jovencita. ¿Marcharte de Atenas? ¿Allí donde puedas vender tu cuerpo hasta que te quedes preñada y, si tienes suerte, quedarte con una cuarta parte de los beneficios? ¿Qué quedará de ti dentro de cinco años? ¿Eh?

—Como si te importara —dijo Aella.

—Claro que me importa. Vosotros dos me salvasteis la vida. Y yo pago mis deudas.

Sátiro lamentó esas palabras en cuanto las hubo pronunciado.

Aella dio media vuelta.

—Que os jodan a ti y a tus deudas —dijo.

Cayó redonda al suelo cuando Menón le dio una colleja.

—Por su propio bien —dijo Menón, disculpándose—. Está prendada de ti, señor.

—¿Qué? —dijo Sátiro, y se sintió idiota.

—Hagámonos a la mar —sugirió Cármides, sonriendo.

Mientras subían a bordo de la falúa, Aquiles gruñó.

—Ahora ¿adónde? —preguntó.

Sátiro todavía andaba dándole vueltas la conversación con Aella, pero esbozó una sonrisa.

—A Éfeso —contestó.

A cien estadios, el capitán de los guardias que supuestamente debían estar escoltando a Sátiro en su viaje para reunirse con Demetrio abrió de un tajo la pared trasera de la tienda donde Jasón aguardaba cándidamente. Ambos salieron por la raja de la tienda y corrieron hacia los caballos que ya estaban ensillados.

—Más vale que saquemos una buena tajada de esto —dijo el macedonio.

Llevaron los caballos al paso, con cuidado y en silencio, hasta salir del cerco de los centinelas, y luego montaron hacia las colinas, camino de Corinto.

Sófocles observó cómo su objetivo escapaba del denso anillo de guardias con bien disimulado regocijo y condujo a su grupo de hombres a sueldo hacia el sur, subiendo por el viejo desfiladero con sus profundas roderas de carros de guerra en la roca para luego bajar al camino principal acayo-corintio justo cuando salía el sol. Los hombres que lo seguían eran mercenarios tesalios, buenos jinetes y curtidos como el cuero viejo. Llegaron a lo alto del paso mucho antes que su presa.

Sátiro y su salvador cayeron en la trampa sin la intervención de un dios para salvarlos, y Sófocles tuvo el inmenso placer de ver cómo su flecha con plumas negras finalmente se clavaba en el cuello de Sátiro pese a que iba cubierto con su clámide. El rey del Bósforo cayó de su caballo y se quedó quieto, y el capitán de la guardia murió un instante después con dos jabalinas clavadas en la espalda.

—A Fiale no le gustará que lo hayas matado —dijo Isocles.

Sófocles no soportaba a aquel hombre, de modo que no se molestó en responder.

—A Fiale no le gustará que lo hayas matado —repitió Isocles con su irritante voz.

—No trabajo para Fiale —dijo Sófocles.

—Pero dijiste... —comenzó Isocles.

—Mentí —interrumpió Sófocles. A un gesto suyo, sus hombres salieron de los lugares donde estaban emboscados.

Isocles se acercó a los cadáveres, pero Sófocles lo detuvo con un gesto.

—No. Déjaselos a los cuervos. Nada de botín. Que Demetrio se pregunte qué ha ocurrido. Y de esta manera, Casandro podrá culpar a Demetrio. ¿Ves cómo le dispararon mientras intentaba escapar? Es perfecto. Ni yo mismo podría haberlo planeado mejor, y debo dar gracias a los dioses que tantas jugarretas me han estado haciendo con este hombre y su hermana. Por fin ha llegado mi turno.

—No me gustas —dijo Isocles con su extraña voz.

—Es una pena, pero aprenderé a soportarlo. Monta de una vez, ¿quieres? Eso es,

buen chico.

—No eres tan listo como crees —dijo Isocles—. Y Fiale...

—Nadie es tan listo como cree ser, jovencito. Y Fiale ni siquiera está en el tablero de juego. —Sófocles frenó su caballo y miró al rey del Bósforo—. Cuánto gozaré contando esta historia —dijo, y se marchó.

Libro III

—¿Y escapó? —preguntó Demetrio. Su tono era afable, y el capitán hipaspista estaba obviamente aterrorizado.

El filarco masculló alguna clase de respuesta.

—¿Puedes repetir eso? —dijo Demetrio. Un esclavo le dio un vaso de zumo de granada. Nerón, su jefe de espionaje, estaba a su lado. Llevaba yelmo y *thorax* de bronce, ambos con mellas recientes. Demetrio había combatido, cuerpo a cuerpo, en el momento álgido del ataque con picas, y había estado rugiendo en la línea de frente cuando aplastaron a los macedonios de Casandro.

—¿Quizás ha muerto? —sugirió el filarco, aunque la mayoría de hombres habría tomado su voz por un susurro.

Demetrio se levantó de un salto de su banqueta, se desabrochó la mentonera y arrojó el yelmo a un esclavo.

—Perdona, ¿has dicho muerto?

Uno de sus *strategoí* estaba intentando llamarle la atención. Demetrio apartó su mirada ligeramente demente del aterrorizado hipaspista e inclinó la cabeza hacia Filipo, hijo de Alejandro.

—Buen combate, señor.

El *strategos* se sonrojó ante el elogio.

—Gracias, señor. Tenemos prisioneros; miles. El ejército entero de Prepalao debe de estar viniéndose abajo.

El rostro de Demetrio se iluminó de satisfacción.

—¡Ya lo tenemos! —dijo, y dio un palmetazo en la espalda al otro hombre—. Por Heracles, Filipo, si Prepalao se viene abajo hemos ganado. Marchamos sobre Asia con nuestras *sarisas* y salvamos a mi padre. Por los dioses, nunca creí que este momento llegaría. —Se volvió de nuevo hacia el filarco—. Muchacho, estás omitiendo algo. Habla. Estoy de un humor benevolente.

El filarco balbuceó, farfulló. Se calló.

—Encontramos al capitán de la guardia —dijo finalmente con bastante claridad—. Muerto.

Demetrio notó que se le encogía el estómago.

—¿Y? —preguntó. Tenía la impresión de que los dioses habían intercambiado a Sático por su victoria. Qué manera tan estúpida de morir para un héroe. Pobre Sático. Se merecía algo mejor aunque hubiese elegido el bando equivocado; tal vez precisamente porque había elegido el bando equivocado. Demetrio lo quería, incluso como contendiente.

—¿Y el señor Sático? —preguntó armado de paciencia. Como amo de Grecia, de repente tenía tiempo de ser paciente.

El hombre comenzó a farfullar, y Nerón le dio una bofetada.

Más tarde, cuando Nerón regresó con una copa de vino, el jefe de espionaje negó

con la cabeza cansinamente.

—La verdad, no sé discernir la realidad de la ficción —dijo. Se sentó en la banqueta de marfil de Demetrio sin pedir permiso. Nerón era uno de los pocos, de los muy pocos que tenía semejantes derechos.

—Cuéntamelo todo —dijo Demetrio.

—Parece que la huida de Sático fue una trampa desde el principio, una emboscada para matarlo. —Nerón se encogió de hombros—. Tengo una idea que me irrita; un reparo, si quieres. Ese filarco está omitiendo algo, algo que le da demasiado miedo divulgar. Voy a suponer que el cuerpo que encontró no era el de Sático.

Demetrio se incorporó en su *kline*.

—Tú... ¡Por Heracles! ¡Eso sería maravilloso!

Nerón sacudió las manos, se restregó los ojos con las palmas, meneó la cabeza como para quitarse la fatiga de encima.

—Me alegro por ti, señor. Tú lo aprecias. Pero es un oponente astuto y, si se ha librado, ha sido un golpe maestro.

—Tonterías —respondió Demetrio—. ¿Qué podemos hacer? Tenemos la flota, tenemos el ejército, al ejército de Casandro a mi merced, y puedo marchar sobre Asia con mis picas mañana mismo, si quiero.

—Si está muerto... —Nerón respiró profundamente—. Si está muerto, su hermana combatirá contra ti en la Propóntide.

Demetrio adoptó una actitud desdeñosa.

—Que lo haga. Llamaremos a las escuadras efesias, allí hay sesenta naves, y trasladaremos nuestras tropas directamente a Asia, evitando la Propóntide.

Nerón asintió.

—Tu padre está en apuros —dijo—. Tenemos que movernos deprisa. Pero todo esto ya lo sabes.

Demetrio se terminó el zumo.

—Hoy he luchado bien.

Nerón enarcó una ceja.

—Ha llegado la hora de poner fin a eso, señor. Estamos así de cerca de la victoria; así de cerca. —Separó los dedos la anchura de una moneda—. Si te hieren, estamos perdidos.

Demetrio se encogió de hombros.

—Voy a ser un dios —dijo—. No sufro heridas.

Nerón suspiró.

—Lo que tú digas. ¿Mis últimas noticias? Tengo un mensajero que dice que Sático tiene quince naves en Egina. Ahora mismo. Una barca de pesca las vio en el puerto.

Demetrio frunció el ceño.

—Si Sático está vivo y libre, a estas alturas ya estará a bordo —dijo Nerón, y se encogió de hombros.

—¿Qué puede hacer? —preguntó Demetrio—. ¿Luchar contra mi flota del istmo con una desventaja de cuatro a uno?

—¿Una incursión naval? —respondió Nerón, impaciente—. ¿Desbaratar nuestro traslado de tropas? ¿Salvar al ejército de Prepalao cubriéndole el flanco?

—Con quince naves, no. Tal vez con cincuenta. Si está vivo hará algo. Y bien que hará. Prepalao era demasiado fácil. Indigno.

La voz de Nerón se volvió dura, crítica.

—No te equivoques, señor. Si Prepalao hubiese sido más duro, ahora estaríamos desesperados.

Demetrio sonrió.

—Anímate. Aunque llevas razón, lo admito. Venga, bebe un poco de vino.

Nerón suspiró.

—Gracias. —Nerón alzó su copa—. Si Sático vive, que navegue hacia su casa.

Demetrio negó con la cabeza.

—¡Ni hablar! Si vive, que lo encuentre en la punta de mi espada.

—Lo maté —dijo Sófocles. Un esclavo le ofreció vino, y lo aceptó.

Casandro soltó un prolongado suspiro. Seguía siendo un hombre apuesto pero la edad comenzaba a hacerse notar; la edad y más de quince años de constantes campañas, traiciones y venganzas.

—La única noticia buena de esta semana —dijo Casandro.

El médico asintió.

—Me he enterado. Y sean cuales sean los informes que hayas recibido, las cosas van peor de lo que te han dicho.

Casandro enarcó una ceja con gesto cansado y se toqueteó las sandalias.

—Estuve allí, cerca del flanco de la caballería de Demetrio cuando comenzó la huida en desbandada. No pude evitarlo, hay pocos caminos para salir de Acaya. Tu caballería desertó, Demetrio aplastó a tu infantería, y ahora casi todos se han pasado a su bando. Demetrio debe haber duplicado sus efectivos.

Casandro tenía los ojos inyectados en sangre. Gruñó.

—Tienes razón. Nadie me ha dicho que las cosas estuvieran tan mal.

El médico fingió terminarse el vino. En realidad no lo había probado; había vertido toda la copa en un orinal mientras Casandro se miraba las sandalias. Pero aparentó paladearlo apreciativamente.

—Prepalao ha dejado de existir como fuerza de combate. Demetrio o bien viene a por ti, o bien acude en ayuda de su padre. En cualquier caso, aquí ha vencido. ¿Qué piensas hacer?

Se agachó cuando la copa de oro macizo que había estado usando Casandro pasó volando junto a su cabeza.

El médico sonrió, recogió su pesado morral y se retiró.

—Todo el mundo culpa al mensajero —dijo.

Fiale salió de la tienda que hacía las veces de antecámara.

—Eso significa que hemos terminado con ese maldito cabrón —dijo con despiadada satisfacción.

—¿Terminado? —preguntó Casandro.

—Le puse veneno en el vino —contestó Fiale—. Mató a Sátiro, y yo lo maté a él. Me parece... equilibrado.

—¡Yo no he terminado con él! —dijo Casandro—. Necesito... un acto de los dioses. Necesito que muera Demetrio. O Antígono. —Respiró profundamente y de repente fue un anciano, un anciano pálido y alterado—. Necesito un golpe de suerte.

—Tócame para que te dé suerte —dijo Fiale, rodeándole la cabeza con un brazo—. Y veré si puedo encargarme de Demetrio.

—¡Llevaba armadura! ¡Sirviendo contra Casandro! ¡Con el maldito Demetrio y su amante mariquita! —vociferó Tolomeo—. ¡Mi jefe de espionaje dice que pasaron días y noches juntos en Corinto!

León suspiró. Sus espías decían lo mismo. Decían que Sátiro de Tanais había resultado herido al servicio de Demetrio y que se estaba recuperando en la tienda palacio.

—¿Qué debo pensar? —inquirió Tolomeo—. ¡Casandro se está viniendo abajo y Sátiro está ayudando a que suceda! ¡Zeus Soter, León!

El señor de Egipto también llevaba armadura. Estaba sentado en el borde de un banco de madera en su tienda dormitorio. Fuera, el largo ocaso asirio estaba cediendo el paso a la noche, y el zumbido de los insectos competía con el rítmico mascar de los miles de caballos que comían la buena hierba del valle de la Bekaa.

El mercader nubio había venido campo traviesa desde Tiro, donde sus naves aguardaban con la flota de Tolomeo, protegiendo su flanco de las escuadras cada vez más confiadas y agresivas de Antígono y Demetrio, estacionadas cerca de Éfeso.

—Que nosotros sepamos, Casandro intentó que lo mataran —dijo León. Se pasó los dedos por la barba—. Si lo sabe es posible que, en efecto, haya decidido servir a Demetrio. —Negó con la cabeza—. Pero lo dudo.

Tolomeo parecía estar totalmente agotado. Su cauta invasión de Palestina y la Asiria inferior era una guerra de cuidadosas maniobras y asedios puntuales en la que las fuerzas de Antígono respondían con energía. Tan solo tres meses antes, habían parecido estar al borde del colapso pero ahora... Ahora Antígono parecía haber reencontrado su juventud.

—¿Cómo pudo ser tan estúpido? —preguntó Tolomeo.

—¿Sátiro? —preguntó León.

—El inútil de Casandro. Ese malnacido intentó matarme, ¿recuerdas? Y ahora, a Sátiro. ¿Por qué? —Tolomeo negó con la cabeza—. Si tuviéramos su flota, todavía estaríamos en el tablero de juego.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó León—. He estado en el mar.

Tolomeo se encogió de hombros.

—A decir verdad, no. Las cosas no están tan mal. Nuca han estado tan mal como cuando Pérdicas tuvo el ejército de Alejandro en los fuertes del Nilo y yo solo contaba con un puñado de mercenarios para detenerlo. Como tampoco tan mal como cuando el Niño Bonito nos atacó en Gaza. Estamos en Asiria. Sobra espacio para batirse en retirada.

—Y este parece ser un buen ejército —comentó León.

—El mejor que se puede comprar con dinero —dijo Tolomeo con un toque de su viejo sentido del humor—. Pero si Casandro se viene abajo, y el muy cabrón se vendrá abajo, entonces todos vendrán a por mí.

—¿Lisímaco? —preguntó León.

—No resistirá lo suficiente para que Seleuco llegue hasta él, pues no hay nada que impida a Demetrio trasladar sus soldados a Asia. Se mueve más deprisa que Lisímaco. —Tolomeo volvió a negar con la cabeza—. No está hecho de bronce. Pero no voy a salvarlo. No puedo vencer a Antígono, tú y yo lo sabemos. Si tuviera a Eumenes... Si tuviera a cualquiera de los muchachos de los viejos tiempos... Pero no los tengo, y dudo que pueda confiar en que este ejército se enfrente al viejo Tuerto.

León suspiró.

—Debería regresar. Si llevas razón, tendremos que cubrir tu retirada.

Tolomeo se rio.

—Sí, si tenemos mucha suerte, tendremos que combatir con ellos, después de todo. —Su sarcasmo fue evidente—. Soy demasiado viejo para esta mierda.

León asintió.

—Piensa en el Tuerto. Debe de tener ochenta años.

Tolomeo asintió.

—Pienso en él constantemente. Creo que si muriera estaríamos salvados.

Los últimos vientos de la tormenta seguían soplando con tanta fuerza que a un falangista le costaría lo suyo mantener enhiesta la lanza. Casi todas las tiendas del ejército estaban derribadas, y los esclavos habían dejado de intentar plantarlas de nuevo.

Lisímaco estaba en la playa, desnudo, intentando rescatar hombres del mar con todos los demás soldados de su ejército. Había tantos cadáveres que las olas parecían estar hechas de hombres muertos.

La mitad de su ejército aniquilada una tarde de borrasca en el Euxino. Cinco mil veteranos yacían en el fondo del mar. Desde Heraclea hasta Sinope, las playas

estaban sembradas de cadáveres, y aún había más hundiéndose bajo las olas o flotando, hinchados, pestilentes y renegridos como troncos podridos en la estela de la borrasca. Su flota, naufragada.

Lisímaco continuó buscando hombres vivos en la marea de cadáveres. Y al cabo de unas horas, pues la macabra tarea parecía eterna, encontró a Amastris y a sus mujeres junto a sus hombres. Su esposa, en quien apenas pensaba en ella aquellos días, nadaba de acá para allá, agarrando hombres por el pelo y tirando de ellos hacia la orilla.

Hasta entonces Amastris solo había sido un instrumento para satisfacer sus deseos; el deseo de conquistar, el deseo de tener un hijo suyo, de adueñarse de su ciudad para tener un puerto en Asia.

Pero al verla atreviéndose a desafiar la resaca para arrebatarse de las garras de Poseidón a un campesino macedonio sonrió, a pesar del desastre que acababa de ocurrir.

Kalias, su principal *strategos*, negaba con la cabeza.

—Estamos acabados —dijo—. Primero Casandro y ahora esto.

Lisímaco contempló a su esposa un minuto más. Era guapa y valiente. Digna, en realidad.

—Sandeces —dijo—. Todavía no estoy acabado. —Se quitó el quitón por la cabeza—. ¿Ves a esas mujeres que están en el agua? ¿Son mejores que nosotros?

Corrió entre los cadáveres y se zambulló de cabeza, dirigiéndose veloz hacia un hombre al que había visto agitar la mano.

A lo largo de toda la playa, soldados agotados y empapados se pusieron de pie, se quitaron el equipo y se metieron en el oleaje.

Lisímaco alcanzó a su hombre. No sabía a ciencia cierta si estaba vivo o muerto, pero hizo lo que había visto hacer a Amastris; agarró el pelo del hombre con una mano, metió su trasero debajo de su espalda y nadó hacia la orilla.

Estaba más lejos de la playa de lo que había creído. Levantó la cabeza y vio que estaba a una sorprendente distancia mar adentro, y a pesar de nadar, parecía que cada vez estuviera más lejos. Nadó con más ímpetu. Comenzó a sentir pánico y lo combatió con la prolongada experiencia de un guerreero veterano que conoce el pánico tan bien como conoce el cuerpo de su amante.

En un momento dado a Lisímaco se le ocurrió soltar el cuerpo, pero tuvo la certeza de que todavía había espíritu en él y, por algún motivo, quizá gracias a un inefable mensaje de los dioses, Lisímaco había decidido que si lograba salvar a aquel hombre, si aquel hombre sobrevivía, su ejército también viviría, su causa viviría y él salvaría su honor. Y si no conseguía salvar a aquel hombre, le parecía justo morir allí, tragando agua, víctima de Poseidón.

Era una lucha sencilla: Lisímaco contra el mar. Lisímaco era fuerte, y su voluntad era tan grande como su cuerpo. No era un gran nadador. Pero no se rendiría a las olas ni soltaría al hombre que arrastraba cogido del pelo.

Fue una lucha larga.

Se le llenó la garganta de agua de mar, se le tapó la nariz, la sal le escocía en la laringe, y combatió el pánico una vez más, saliendo a la superficie del agua. Cambió la manera de cargar con el cuerpo en la espalda; para entonces casi seguro que ya era un cadáver.

Un remolino en el agua junto a su cabeza.

Cerró los ojos. Los abrió y vio una sirena.

—Vas en dirección contraria —dijo Amastris. Estaba serena y en forma como una diosa, e igual de hermosa—. Ven, dámelo a mí.

Agarró el pelo del náufrago y tuvo energía suficiente para sumergirse debajo de él, meterle los dedos en la boca y tirar de él hasta su hombro.

—Sigue vivo —dijo, contenta.

Uno al lado del otro, nadaron hacia la playa.

Antígono leyó los despachos de su hijo sin disimular su regocijo. Su único ojo recorría la pulcra letra de escriba cual vigía atento a la aparición de naves en una costa amenazada.

—¡Ni siquiera sabe que Lisímaco ha naufragado! —Antígono se rio—. Por todos los dioses. ¡Por todos los dioses, caballeros! ¡Tolomeo está solo! ¡Lisímaco ha naufragado en una tormenta, Casandro está derrotado, Seleuco demasiado lejos, Sátiro muerto! —Volvió a reírse—. Y yo que estaba al borde de la desesperación.

—Tolomeo todavía tiene un ejército poderoso —señaló su jefe de espionaje, un siciliota llamado Creón.

—Lo compraremos. Le ofreceremos una tregua generosa, aplastaremos al resto de ellos y la próxima primavera iremos a por él. Ares, hacía años que no me sentía tan joven. Tráeme una chica.

Creón se rio por lo bajo.

—No te hagas daño, señor.

—Maldito seas, Creón. Estoy viejo, no muerto. —Antígono se rio a carcajadas—. Por los dioses. Hemos vencido. Nunca pensé que un día diría estas palabras.

Creón se amilanó.

—Todavía no hemos terminado. Siguen con vida. Lisímaco aún tiene tropas, más o menos la mitad de su ejército, y todos los recursos de Heraclea. Tengo entendido que está marchando. —Miró a su patrón—. Seleuco es poderoso.

—¿Ese cachorro? ¿Qué puede hacer? —dijo Antígono—. Su ejército es una cuarta parte del mío y no tiene flota.

—¿Unir fuerzas con Lisímaco o con Tolomeo? —dijo Creón.

—Sería preciso un milagro —respondió Antígono, y se rio entre dientes.

Miriam estaba haciendo ejercicios cuando oyó el rugido de enojo de su hermano. Terminó sus pasos de baile, pues su hermano estaba de mal humor y más valía no alimentárselo, y luego se puso un quitón por la cabeza y salió de su habitación al jardín central.

No eran esclavos, ni mucho menos. Habían regresado a un cómodo cautiverio, aunque la amenaza de la esclavitud y la muerte pendía sobre sus cabezas todos los días. Vivían confinados en una espaciosa residencia privada que estaba pegada a las murallas de la ciudad, y había cincuenta soldados para vigilar a los cuarenta prisioneros rodios de las casas vecinas.

Abraham, cuando Miriam lo encontró, estaba llorando.

Miriam se sentó a su lado en el banco.

—Nuestro padre ha muerto —dijo Abraham, y se arrancó pelos de la barba.

Miriam notó que los ojos se le arrasaban en lágrimas; lágrimas dolorosas. No había llegado a hacer las paces con el anciano. Ahora nunca podría hacerlas. Pero decir que no lo amaba sería mentir. Comenzó a sollozar, pero fue como si otra persona estuviera llorando porque su mente seguía discurrendo, serena y clara, mientras oía su vergonzoso exabrupto.

Abraham le tomó las dos manos.

—Y Sátiro es posible que haya muerto —dijo—. Demetrio ha conseguido una aplastante victoria en Grecia, y Casandro está acabado. Demetrio y Antígono han vencido.

Permaneció callado un buen rato y Miriam descubrió que no le importaba nada en absoluto la derrota de su bando.

—Sátiro no está muerto —dijo entre sollozos. Ella lo sabría, pensó. Aunque hubiera resuelto decirle que no se iría con él a Tanais, aunque Éfeso le había dejado claro que era judía y no helena, no sería ni su amante ni su esposa.

Lo había decidido. Pero si Sátiro muriera, Miriam lo notaría en su cuerpo.

Si Abraham la había oído, no le hizo el menor caso.

—Demetrio hizo que lo mataran —dijo Abraham, y se le quebró la voz.

Miriam levantó la cabeza.

—Sátiro está vivo —sentenció.

Abraham se quedó mudo de asombro y, de repente, viendo los ojos de su hermana y su postura, lo entendió.

Abraham lo entendió y quiso montar en cólera, enfurecerse por la traición de su hermana a su... ¿viudez?

Lo único que encontró fue el hondo pesar por la muerte de su padre.

—¿Amas a Sátiro? —preguntó.

Miriam bajó la cabeza.

—No me casaré con él.

Abraham entendió lo que encerraban aquellas palabras y la estrechó entre sus brazos.

—Oh —dijo—. Oh, querida hermana.

Éfeso

Amanecía. La luz del color de los pétalos de rosa enrojecía el río donde se encontraba con el mar; crestas de olas que se mostraban rosadas, no blancas. Las gaviotas volaban en círculos hacia el cielo, asustadas por depredadores o meramente juguetonas. Frente a la desembocadura un grupo de delfines daba saltos sin cesar, y costa afuera la calima velaba las islas como el abrigo de Poseidón, aguardando a que el calor del sol la evaporase.

Costa arriba, las velas de cinco grandes naves de grano atenienses arrimadas a las playas pasaban del blanco a un rosa cegador por efecto del sol.

Entre la calima, un destello y luego otro; un destello rítmico.

Destello.

Destello.

Una línea de destellos que el sol arrancaba a unos remos; muchos, muchos remos.

Diez grupos de remos.

Destello, destello, destello.

Velocidad de combate. Velocidad de embestida. Hacia el alba.

Apolodoro estaba a media esloras con el yelmo olvidado sobre la cubierta, y el viento de su temeraria carrera para adentrarse en el estuario le revolvía el pelo. Éfeso quedaba delante de él en lo alto de su risco, y el templo de Artemis, una de las maravillas del mundo, resplandecía con el abrazo de la aurora.

Mucho más cerca, a cincuenta esloras, la flota asiática de Antígono aguardaba fondeada en la leve corriente y otras naves estaban varadas con las popas playa arriba, y el enorme campamento de sus remeros e infantes de marina se extendía hasta los campos de cultivo y en torno a los pequeños olivares y robledos aislados que parecían ascender hasta la ciudad.

Anaxágoras estaba a su lado, igual que Cármides, Coeno, Terón y Eumenes de Olbia.

No había nada que decir, solo las ráfagas de viento, el centelleo del mar y la enormidad del riesgo que corrían.

Y entonces llegaron a las aguas picadas del estuario y comenzaron a remontar el río, todavía a la carrera, con las tripulaciones perfectamente entrenadas. En la orilla, los centinelas gritaban.

—¡Cantad el Peán! —ordenó Apolodoro, y los remeros de la flota entera entonaron la canción. Las hijas de Apolo estaban recibiendo el cántico en la ladera de Delfos cuando los primeros espolones destrozaron las naves ancladas más cerca.

La segunda escuadra del Bósforo entró en el estuario. Melita estaba en la proa de su *penteres*, oyó el himno que se elevaba a los dioses y sonrió.

—Que vean quiénes somos —le dijo a Heracles, el hijo de Alejandro, que estaba a su lado, atemorizado de participar en una empresa de semejante envergadura.

Cuarenta naves de guerra, la flota completa de su reino.

—¡Canta! —ordenó Apolodoro a Heracles, y el muchacho entonó el cántico que les llegaba desde el otro lado del agua y alzó su voz clara y juvenil, y sus remeros lo siguieron, de modo que cuarenta tripulaciones, ocho mil gargantas, rugieron el Peán al amanecer.

En lo alto de la ladera de encima de Éfeso seis hombres oyeron el Peán.

—Ya han arremetido con sus picos —dijo Estratocles. Se golpeó la palma con el puño—. Da gusto trabajar con gente tan competente —agregó contento.

A treinta estadios de allí una diminuta columna de humo comenzó a ascender, y luego otra y otra más, como hilos en el horizonte.

La guarnición de la ciudad comenzó a salir en tropel por las puertas, los hombres se abrochaban la armadura, se echaban al hombro los cintos de sus espadas, metían los brazos en sus *porpakes*.

—Adelante —dijo Sátiro.

Los seis descendieron sigilosamente de una arboleda a la siguiente hasta que perdieron de vista el estuario y el río debido a lo cerca que estaban de la muralla.

—¡Seguidme! —dijo Estratocles. Corrió a toda velocidad hacia la muralla. Un centinela gritó y una flecha voló.

Ya estaban pegados a la muralla, que se alzaba diez veces la estatura de un hombre, capa sobre capa de ladrillos de barro cocido encima de la roca. Otra flecha voló y se clavó en el escudo de Sátiro.

Estratocles corrió en diagonal ante la fachada de la torre más cercana. Los centinelas estaban dando la alarma pero, por supuesto, las alarmas de toda la ciudad ya estaban sonando y su campana pasó desapercibida. Tal como Estratocles había planeado.

Tras una esquina de la muralla, donde un campesino había plantado sus olivos hasta la misma torre.

Encaramarse a un olivo, en la horcadura, un paso largo hasta la capa donde la roca tocaba los ladrillos; un saliente. Estratocles jadeaba, pero señaló la muralla; una sucesión de peldaños larga, en diagonal, escondida por las copas de los olivos y unas enredaderas.

—Contrabandistas —dijo.

Sátiro lo adelantó y subió corriendo los peldaños secretos de la muralla.

Sus guardaespaldas protestaron, pero tenía que hacerlo él en persona, de modo que lo hizo. Hasta lo alto de la muralla, seis hombres contra una de las ciudades más

poderosas de Asia.

Los centinelas estaban alerta pero o bien no conocían los peldaños secretos o no creían que alguien pudiera atacarlos por allí; no había un solo hombre encima de la muralla, y Sátiro alcanzó la plataforma.

Un hombre gritó desde la torre más cercana, y un hoplita con armadura completa acudió corriendo a toda velocidad, saliendo por la puerta de la torre.

Aquiles llegó a lo alto de la muralla detrás de Sátiro.

—Tenemos que despejar las torres sin que vuelvan a dar la alarma —dijo Sátiro.

Aquiles asintió y se dirigió hacia el oeste.

Sátiro se preparó. El hoplita que corría hacia él era un hombre valiente. Corría como un dios y portaba una lanza pesada.

Su inexperiencia se hacía patente en todo, desde la manera en que llevaba el yelmo hasta sus grebas adornadas en exceso. Sátiro lo empujó con su escudo, tirándolo de la muralla, y el hoplita se rompió la espalda al caer sobre los galpones que había debajo de la muralla. Pero murió en silencio.

Sátiro corrió hacia la puerta abierta de la torre.

La segunda escuadra del Bósforo llevaba vasijas de fuego y las utilizó, lanzándolas sobre la playa e incendiando una nave tras otra, pero más al este, en las playas de la ciudad, las tripulaciones estaban despiertas y activas, y comenzaron a subir a bordo de sus buques. Allí había sesenta naves. Suficientes para arrollar a las veinte del Bósforo pese a los estragos que estas habían causado.

En algún lugar de aquel caos, Plistias de Cos maldecía a los dioses y agrupaba a sus hombres. Tenía cinco naves en el agua, luego diez; formaron. Reconoció el *penteres* que tenía delante en cuanto lo vio; sabía contra quien iba a combatir.

Incluso con una ventaja de tres a uno, le constaba que si sus hombres perdían el coraje morirían allí.

Pero se mantuvieron firmes pese al griterío que les llegaba de la ciudad, pese a las naves que ardían en las playas y a los buques naufragados en el estuario. Se sintió orgulloso de ellos. Al cabo tenía veinte naves en formación, suficientes para emprender el combate, y emitió destellos con su escudo, y su escuadra remó avante para enfrentarse a la maldita Melita de Tanais.

Dentro de la torre, escaleras arriba hasta la plataforma de combate; dos hombres, ambos adormilados, ambos contemplando el desastre del fondeadero y sin acabar de creerse que la guerra se les hubiera echado encima. Sátiro se planteó proponerles que se rindieran pero no podía permitirse perder el efecto sorpresa. Atravesó con su jabalina al soldado más cercano y desenvainó la espada.

—Ríndete —dijo.

El efesio negó con la cabeza y lanzó su jabalina. Rebotó ruidosamente contra el escudo de Sático y Menón lo decapitó. Sático no llegó a ver el ataque, solo la cabeza del pobre muchacho saltando el muro de la torre, todavía con yelmo, para aterrizar cincuenta *pous* más abajo, entre los olivos.

Sático hincó una rodilla en tierra y jadeó.

Luego soltó su aspis, se quitó el morral de cuero del hombro y vació los materiales para encender un fuego especialmente grasiento sobre las losas de piedra del terrado de la torre.

Menón tomó un trago de vinagre aguado y se lo pasó, y él también tomó un trago.

Preparó la fogata: madera cuidadosamente guardada para mantenerla seca, envuelta en corteza, y sebo.

Una vasija pequeña llena de carbón, caliente como lava.

Sático vertió las brasas encima del tubo de corteza.

Veinte segundos, y comenzaron a salir nubes de humo.

—Tráeme la paja de sus camastros —gritó Sático por encima de su hombro.

A cuatro estadios de allí Nicéforo observaba la torre haciendo visera con las dos manos. A su espalda, ochocientos hombres, los mejores, que habían desembarcado de las naves de grano atenienses capturadas y que desde medianoche se habían arrastrado literalmente a través de la campiña.

Draco fue el primero en ver el humo. Le dio una palmada en la espalda y señaló.

Nicéforo gruñó. Solo por un instante se le hizo un nudo en la garganta a causa de la emoción y los ojos se le arrasaron en lágrimas. Porque si aquello daba resultado, su nombre viviría para siempre.

—¡Levantaos, cabrones! ¡Es hora de vuestra carrera matutina! —gritó, y los dioses se rieron con él.

Melita se puso de puntillas para tirar su tercera saeta. Estaba disparando a Plistias de Cos. Por el momento había matado a su timonel.

Delante de ella, el *Oinoe* destrozó los remos de una nave enemiga y salió de la formación.

El estruendo del combate en el río era como el que había oído en cualquier otra batalla, magnificado por el eco de un espacio que cerraban las laderas circundantes.

Una flecha le dio en el costado, la punta ancha le hizo un corte en el bíceps y luego impactó contra sus costillas, pero su coselete de escamas la desvió. Disparó al arquero; lo alcanzó mientras este se inclinaba para seguir la trayectoria de su tiro. Los separaba medio estadio, ambas naves se aproximaban tan deprisa que Melita solo tendría tiempo de tirar una vez más. Ensartó la flecha, tensó el arco y buscó el penacho rojo del navarco enemigo.

Había desaparecido de la cubierta de mando.

Estaba escondido casi por completo, la eslorada de su pesado *pentere* entre ambos, con el palo de mesana y toda la jarcia, y él se había quitado el yelmo; aun así, Melita vio el destello de su coraza. Se encaramó a la baranda y mantuvo el equilibrio con sus pies descalzos, vagamente consciente de que todos los arqueros de la nave enemiga estaban tirando contra ella. Y entonces solo estuvieron su arco y su mano y su ojo y la infinita distancia que mediaba hasta el destello de bronce; ningún pensamiento consciente, el ascenso de su flecha de punta fina cual aguja por encima de su objetivo, a través de una jungla de cordajes y mástiles y maderos...

Tiró, y cayó de espaldas en la cubierta de su nave cuando dos flechas impactaron contra su *thorax*. Las escamas detuvieron una. La otra se le clavó.

Plistias alineó su nave, proa a proa con el navarco enemigo, y tuvo la satisfacción de saber que, ocurriera lo que ocurriese ahora, había hecho cuanto podía y que la mayoría de sus naves escaparía. Cuarenta o cincuenta, en cualquier caso; suficientes para desbaratar el brillante efecto sorpresa del enemigo.

Nunca llegó a ver la flecha que lo alcanzó, una punta de aguja que le atravesó la muñeca y se le clavó en el muslo. Agarrado a los remos de gobierno, gritó y trastabilló, su peso se desplazó y toda la nave tembló como si fuese el buque y no el timonel quien estaba herido.

El *Deméter Dorada* abatió, y Plistias gritó de ira y frustración cuando notó el crujido; los remos se estaban liando con los de la nave siguiente en la fila, y con la muñeca y la pierna inmovilizadas no podía siquiera enderezar el timón.

El fuego de lo alto de la torre escupía nubes de humo.

—La puerta —dijo Sático a Menón y Estratocles.

Asintieron; tres hombres contra una compañía de la milicia de la ciudad. Luego corrieron siguiendo la muralla, los tres portando ahora escudos de la ciudad. La puerta quedaba entre las dos torres siguientes y estaba cerrada. Había lucha en el patio del otro lado; Aquiles, Ulises y Ajax, espalda contra espalda contra espalda, con veinte hombres en torno a ellos en el patio, y cuatro o cinco ya muertos. Los tres mercenarios eran cuidadosos, cautos; solo los hombres que se exponían más corrían el riesgo de ser liquidados.

Menón no dijo palabra, simplemente bajó corriendo la escalera que había junto a la puerta, derecho al cerco de enemigos, profiriendo un grito de guerra.

Estratocles lo ignoró.

—¡La puerta! —rugió.

Sático lo miró. En el patio, Ajax cayó.

—¡Todo o nada, Sático! —dijo Estratocles.

Sátiro sabía que, por una vez, Estratocles llevaba razón. Pero se resistía a dar la espalda a aquellos cuatro hombres, cuatro matones a quienes había terminado por amar.

Pero lo hizo.

Metió un hombro debajo de la barra del tambor principal y Estratocles se metió debajo de la otra. Era una tarea para seis hombres.

No había tiempo que perder.

Alguien gritó desde la otra torre. Una campana de alarma comenzó a sonar. Luego otra.

Las barras se movieron una fracción de la anchura de un dedo.

—¡Uno, dos, tres! —graznó Sátiro.

Las barras se movieron, se detuvieron, volvieron a moverse. El ruido de un trinquete en un engranaje. Clic.

—¡Despejad la puerta! ¡Hay unos hombres abriendo la puerta! —gritó una voz en el patio.

Un arrebató de *eudaimonia*; el sonido del rugido de ira de Aquiles, los gritos de miedo y dolor...

Clic, clic, clic.

Una flecha le dio en una greba; dolor transformado en fuerza...

Clic, clic.

—¡Cerrad la puerta! —se oyó muy cerca. Una voz presa del pánico.

¡Clic, clic, clic, cliclicliclicliclic!

Sátiro levantó la cabeza y una flecha se le clavó en el yelmo y le manó sangre de la nariz.

Podía ver a Nicéforo corriendo como un diablo a un estadio de allí.

Dio media vuelta al oír el grito de Estratocles. El ateniense combatía espada contra espada con un hombre que llevaba armadura completa, y los guardias subían en tropel por las dos escaleras que conducían a la plataforma de la puerta.

Sátiro llegó a lo alto de su escalera un paso antes que su adversario y lo arriesgó todo, equilibrio, vida y batalla, en arremeter con el hombro contra el *aspis*^[10] de aquel hombre a toda velocidad, confiando en que el peso del hombre lo frenara.

El hombre cayó escalera abajo y Sátiro rebotó hacia atrás, perdió el equilibrio, rodó sobre las caderas y situó los pies debajo del tronco como un bailarín, levantándose para enfrentarse a la siguiente lanza arrojada contra él, pero su oponente falló, y Sátiro adelantó el pie del escudo; escudos trabados, golpe bajo, un corte profundo en el pie del soldado lo derribó, obstruyendo la escalera. Sátiro dio medio paso, después otro, y un segundo lancero subió; un tercero, más audaz que el resto, saltó desde tres escalones más abajo hasta la plataforma, usando la lanza a modo de pértiga.

Estratocles combatía con brillantez en lo alto de su escalera; había derribado a dos hombres y su lanza chorreaba sangre sobre sus cabezas.

Sátiro tenía dos oponentes, ambos en precario equilibrio. Emprendió, adelantando primero el pie del escudo, un avance precipitado y trastabilló cuando su escudo paró la punta de lanza de su oponente, pero la apartó, y Sátiro golpeó con el borde de su escudo, alcanzó al otro hombre en el yelmo, recibió un golpe, certero pero débil, en el costado, notó la sangre manar pero avanzó de través, y usó la rotación de sus caderas para imprimir la fuerza de su peso en el revés contra el costado derecho de aquel hombre, justo donde el escudo de su compañero no lo protegía. Le cortó el cuello y el yelmo a la vez, de modo que la sangre salió a borbotones de la herida y la base del yelmo se rajó, y su cuerpo cayó para atrás en la escalera.

Los hombres que había en la escalera miraron por encima de sus hombros y acto seguido emprendieron la huida.

Sátiro oyó los pasos con la misma claridad que si estuviera escuchando el final de una carrera. Estaba mareado y tenía la boca como si hubiese estado borracho toda la noche.

Bajó la escalera a trompicones, persiguiendo a sus enemigos vencidos.

Aquiles estaba solo en el patio. Aunque, en sentido estricto, no estaba solo. Menón yacía sobre su regazo, gritando de dolor, con todos los intestinos desparramados. Ajax estaba bocarriba encima de un montón de cadáveres y Ulises había caído a su lado, acurrucado en posición fetal.

El patio estaba lleno de hombres muertos, un osario para los restos de jóvenes valientes que habían muerto por su ciudad.

Nicéforo pasó corriendo por la puerta apenas entreabierta y, detrás de él, cincuenta falangistas empujaron con los hombros y los batientes, gigantescas construcciones de madera, hierro y bronce, se abrieron, golpeando los muros con estrépito, y la ciudad fue suya.

Plistias se las arregló para reemplazar a su timonel. Hizo que un infante de marina le cortara la flecha y permaneció consciente. Libró a su nave del enemigo; dos combates, mil flechas al vuelo. Lo alcanzaron de nuevo en el mismo muslo y no pudo caminar más, y la consciencia iba y venía.

Sus hombres eran magníficos, él se había paseado entre ellos para infundirles ánimo y ellos se habían mantenido alejados de la segunda escuadra del Bósforo. Para entonces todo el estuario era una única melé, y naves amigas se embestían, confundidas por el humo de cuarenta buques en llamas.

Plistias ya no contaba con que escaparan cincuenta naves. Solo le quedaba esperar la victoria aunque sus pérdidas fuesen terribles. Ya poco importaba. Aquella era la flota completa del Bósforo, y si la derrotaba allí, incluso a costa de todas sus naves...

Notó que el oleaje cambiaba y miró hacia el mar a través del humo y la calima. Su nave había cruzado todo el estuario.

—Cubierta de mando —dijo a los dos infantes que lo llevaban, y lo subieron a la

plataforma.

Desde aquella posición un poco más ventajosa, vio el destello de remos.

Suspiró. No tuvo ánimo, o fuerzas, de hacer más. En un instante supo qué había ocurrido, cuál era la estrategia del enemigo y por qué había dado resultado.

—¿Han tomado la ciudad esos cabrones? —preguntó a su trierarca.

—¡Dioses! —se exclamó el oficial, pálido debajo del yelmo—. ¿Por qué?

Plistias miró por encima de su hombro.

—Porque eso significa que hemos perdido a los rehenes —le dijo— y que eso de ahí —señaló con el brazo sano— es la flota de Rodas.

Heracles estaba solo cuando las naves enemigas los abordaron por ambas bancadas de remeros a la vez, de modo que la cubierta se llenó de infantes enemigos tan deprisa como un barco se llena de agua al naufragar.

Melita, la *Reina Bruja* como él la llamaba no sin poca admiración, llevaba su esbelto torso envuelto en un grueso vendaje. Había estado desnuda sobre cubierta mientras dos de sus bárbaros la envolvían después de que uno de ellos le hubiese cauterizado la herida con un hacha al rojo vivo. No había hecho siquiera una mueca.

Estaba a su lado cuando se inició el combate, con dos de sus jefes bárbaros tirando por encima de su cabeza. Heracles era joven, carecía de experiencia y estaba aterrizado, pero incluso para él era obvio que no había dónde huir.

De modo que se situó al frente de ellos. Llevaba un *aspis*; los demás no llevaban escudo alguno.

Los infantes enemigos combatían con los suyos a media eslora, y los remeros salían de las bancadas prestos a echarles una mano; la moral era alta, y saltaba a la vista que creían estar venciendo. Heracles tuvo tiempo de asimilar todo aquello con absoluta claridad antes de que la primera oleada de infantes enemigos lo alcanzara entre gritos de guerra.

Los tres bárbaros que tenía detrás aceptaron el cobijo de su *aspis* y siguieron tirando.

Solo Lucio se mantuvo a su lado.

—Esto va a ponerse feo, hijo —dijo. Pegó su escudo al de Heracles, y el leve golpe sordo resultó casi tranquilizador.

Las rodillas le temblaban tanto que apenas se sostenía de pie.

Un remero, un zoquete a quien nunca había saludado con una inclinación de cabeza, saltó de su bancada con un largo escudo celta al hombro, y el contacto de su cadera contra la de Heracles fue... como el amor. Ahora formaban una línea de tres.

Y entonces el enemigo atacó.

—Mantén el escudo alto —le dijo la voz de Lucio, y así lo hizo Heracles pese a su terror. Puntas de lanza llovían sobre su escudo como pedradas de chicos enojados, y faltó poco para que cayera, pero la propia Melita le empujaba por la espalda con

todas sus fuerzas. Melita tiró. Heracles notó la flecha entre sus piernas y su adversario inmediato pareció estallar de dolor y chilló; un tiro a la entrepierna.

Mientras el herido se desplomaba, su compañero de fila ocupó su lugar. Hubo una pausa; los brazos como aspas del agonizante, su lanza afilada amenazando a sus compañeros; y en ese instante infinito de titubeo, Heracles descubrió que había asestado un golpe por alto al compañero de fila; la punta de su lanza penetró bajo el yelmo y salió como una lengua roja y mojada, y su oponente cayó encima del agonizante.

Y Heracles irguió la espalda.

«No ha sido tan difícil —pensó—. Soy el hijo del Dios de la Guerra».

Todos los guardias habían huido.

Abraham era veterano en asedios y reconocía los ruidos; el enemigo estaba dentro de las murallas.

Gruñó. No serían forzosamente enemigos salvo que llegaran y mataran a todos los rehenes y violaran a su hermana mientras saqueaban la ciudad.

Hizo cerrar las puertas de su casa. Los demás rehenes eran hombres mayores pero casi todos se hicieron con garrotes o leños.

Fuera, en el callejón donde se encontraba la entrada de los esclavos, oyó una voz.

—Esa casa, no. Pagué con oro esta información, Sátiro. Tiene que ser esta casa.

La voz era jadeante, como la de un hombre después de correr cincuenta estadios.

Sátiro.

—¡Sátiro! —gritó Abraham.

Abraham rio hasta que se le saltaron las lágrimas y comenzó a dismantelar sus defensas.

—¡Sátiro de Tanais! —gritó de nuevo, y manos bien dispuestas lo ayudaron a bajar la barra.

Sátiro iba cubierto de sangre. Su espada goteaba sangre, el brazo que la sostenía estaba empapado hasta el codo, y tenía una herida bajo el brazo derecho que chorreaba hasta el muslo desde debajo del *thorax*.

Detrás de él había veinte soldados, y Abraham también vio a Estratocles, el informador, a quien por lo común consideraba enemigo.

Sátiro entró y le echó un brazo al cuello, con sangre y todo.

Pero sus ojos estaban en otra parte.

—¡Abraham! —dijo.

Abraham se volvió, todos aquellos hombres necesitaban agua y comida, saltaba a la vista, y vio a su hermana de pie en el umbral del jardín, enmarcada por el espaldar que sostenía las rosas de la casa.

Aunque Abraham no lo hubiese sabido, nada le habría impedido descifrar aquel momento. Ni Sátiro ni Miriam tenían ojos para nadie más. Y, entonces, como si fuese

lo más normal del mundo, Sátiro dio su espada chorreante y pegajosa a Abraham.

—Sostén esto, por favor —dijo.

Abraham cogió la espada.

Sátiro se adelantó y envolvió a Miriam entre sus brazos. Ella levantó la cara y los soldados se pusieron a vitorear; eran, al fin y al cabo, soldados.

Estratocles sacó un trapo y cogió la espada de Sátiro. Se rio.

—De modo que hemos venido por esto —dijo. Negó con la cabeza—. Los huevos de Poseidón.

Y volvió a reírse.

Diez estadios más allá del estuario, Plistias de Cos estaba al borde de la inconsciencia en una silla junto al timonel de su *Deméter Dorada*. Tenía tres heridas y, aunque ninguna era mortal, juntas lo sumían en un terrible dolor; demasiado sufrimiento para funcionar.

Ahora bien, al suroeste, catorce de sus naves más poderosas se habían abierto paso a través del desastre, catorce naves salvadas de las escuadras del Bósforo y de Rodas. Sobre ellas podría reconstruir su flota. Demetrio todavía mandaba en Atenas, y la flota ateniense bien podría alterar el equilibrio de fuerzas.

A Sátiro le habría gustado llevarse a Miriam en brazos, sin más dilación, hasta una alcoba con un diván, si los dioses hubiesen estado de humor para concederle sus deseos.

Pero el mando rara vez funciona a satisfacción del comandante y, habiendo tomado Éfeso, toda la ciudad excepto la ciudadela, y después de que el lugarteniente de Antígono le hubiese ofrecido rendirla a cambio de un sustancioso soborno, Sátiro solo tuvo tiempo de besar a Miriam, disculparse por mancharle de sangre el quitón y farfullar cuatro sandeces antes de que Cármides le ayudara a quitarse el *thorax* mientras Miriam y Estratocles, ni más ni menos, le echaban agua caliente en las partes del quitón que, empapadas en sangre, se le pegaban al cuerpo. La herida de debajo del brazo era menos profunda que la yema de un dedo, pero el dolor era intenso y sangraba periódicamente.

Mientras estaba de pie, casi desnudo, sobre el suelo embaldosado del cuarto de baño de la villa donde habían estado reclusos los rodios, acudieron varios oficiales. Primero Nicéforo, informando sobre la buena disposición de la ciudadela para rendirse, luego un mensaje de su hermana vía Coeno y, pisándole los talones, una delegación de oficiales rodios ansiosos por comprobar con sus propios ojos que sus rehenes hubiesen sido liberados.

Para cuando el quitón se le despegó de la piel, Sátiro recibió la rendición de la ciudadela y un parte de exploración de un mercenario de Estratocles, un lesbio que se había llevado consigo a un pelotón por el camino de Magnesia el día anterior, cuando Nicéforo desembarcó a sus soldados. La misión del lesbio había consistido en explorar el territorio que mediaba entre ellos y Antígono para evitar sorpresas; en la costa circulaba un rumor que situaba al Tuerto muy cerca, y Sátiro y sus comandantes quisieron corroborarlo.

Sátiro miró de hito en hito al explorador. Cubierto de polvo y con profundas ojeras, parecía que hubiese sido él, y no Sátiro, quien había estado luchando. Intentó recordar cómo se llamaba. ¿Likeles? ¿Policrates? ¿Llevaba el nombre de un orador? ¿Isocles?

—Pericles —recordó al fin.

El lesbio hizo una reverencia a Sátiro y otra a Estratocles.

—Mis señores —respondió el lesbio.

Estratocles estaba sentado en una banqueta, lavando cuidadosamente la herida de Sátiro mientras Cármides vertía vino en sus trapos y Miriam iba a buscar miel. Estratocles levantó la vista de su tarea.

—¿No se supone que deberías estar a cien estadios de aquí, cabalgando a toda prisa? Juraría que me prometiste que tú y tus hombres erais los jinetes más rápidos de Asia.

Estratocles enarcó una ceja.

—Señores, fuimos enviados en busca de Antígono; lo que encontramos fue el naufragio de Lisímaco. Está en el camino de Magnesia; Antígono lo ha derrotado y sus tropas huyen en desbandada. Os... os ruega que lo recibáis. —Pericles se encogió de hombros—. Esas fueron sus palabras, señor.

—¿A qué distancia se encuentra Antígono? —preguntó Sátiro.

—Su caballería no da respiro a Lisímaco —dijo Pericles—. No me entretuve en comprobar si era cierto, señor. Dejé a mi segundo y a casi todos mis hombres en lo alto del desfiladero.

Estratocles asintió.

—Lo has hecho bien —dijo—, pero ahora necesito saber qué revelaste.

Pericles se quedó acongojado.

—¿Revelar?

—Si Lisímaco nos suplica protección, le dirías que estamos aquí, ¿no?

El lesbio se sonrojó.

—Me detuvo una patrulla de caballería —dijo. Se encogió de hombros—. Culpa mía. Lo único que dije fue que tu flota —inclinó la cabeza hacia Sátiro— estaba en Lesbos y que podría venir a Asia.

Estratocles asintió.

—Bien dicho. Muy bien, puedes descansar.

A una seña suya, Miriam lo acompañó a la salida.

—¿Lisímaco? —preguntó Sátiro—. ¿No debería estar a quinientos estadios de aquí?

Estratocles se encogió de hombros.

—Es un gran general, pese a su conducta hacia mí. Vio lo mismo que nosotros, que la flota de Plistias era la clave. Atacó las ciudades asiáticas por tierra para desbaratar los planes de los antigónidas. Apuesto a que esa ha sido su intención. ¿Pero aquí? Se compromete a más de lo que puede asumir.

Sátiro se volvió y miró a Anaxágoras a los ojos.

—Necesito que vayas corriendo a buscar a Melita y que la traigas aquí. Trae también a Terón y a cualquier otro alto oficial que encuentres. Cármides... Menedemos acaba de entrar a ver a los rehenes. Le transmites mis saludos, y que tenga la bondad de atenderme dentro de una hora. Mis más distinguidos saludos, recuerda; somos aliados, no jefes supremos.

Se volvió hacia Miriam.

—Despoina, van a decirse palabras duras.

—No será la primera vez que las oiga —dijo Miriam, y lo miró detenidamente, con los ojos ocultos en buena medida por sus cejas.

—Bien, apreciaré tu consejo. De acuerdo, Estratocles, si has estado en nómina de Lisímaco todo este tiempo, ha llegado el momento de que me lo digas.

Sátiro buscó los ojos del ateniense y sus miradas se encontraron.

Estratocles no apartó la vista.

—Intentó matarme.

Sátiro asintió.

—Tal vez, pero resulta que Melita y yo, por pura casualidad, estamos aquí, con todas nuestras naves y todas nuestras tropas, justo en el momento oportuno para salvar a Lisímaco. Le has servido durante dos años y le vendiste a Amastris. ¿Ves la pauta?

Estratocles se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo. Le he resultado útil aunque no fuese esa mi intención. Lo juro por todos los dioses.

—Escucha, Estratocles, dentro de un momento llegará mi hermana. Entonces será demasiado tarde. Si hiciste que ocurriera esto, dímelo. No permitiré que te ocurra nada.

Sátiro se percató de que estaba de pie con un brazo levantado, y que aquel hombre en quien no confiaba le estaba envolviendo el torso cuidadosamente con un vendaje de lino. Se sintió muy vulnerable.

—Soy inocente —dijo Estratocles en voz muy baja.

—Me cuesta trabajo creerte —respondió Sátiro.

Miriam se rio.

—¿Acaso importa? —preguntó.

Sátiro la miró y sonrió.

—Ah —dijo—. Sabía que eras algo más que una cara bonita.

Estratocles respiró profundamente.

—Pero...

Miriam le puso una mano en el brazo.

—Resulta que te creo, pero, en este caso, me parece que tu verdadera lealtad de nada sirve para resolver el problema que plantea Lisímaco, al menos desde el punto de vista de Sátiro y Melita.

—¿Crees lo que dice? —preguntó Sátiro.

—Si servía a Lisímaco, habría buscado una excusa para irse con los exploradores y tú se lo habrías permitido.

Empezaron a entrar soldados y Miriam cruzó los brazos, súbitamente consciente de ser la única mujer presente, vestida con una fina tela de lino, sin otra prenda debajo.

Sátiro interrogó con la mirada a Estratocles.

—Bien —dijo—, pues dame tu parecer.

Estratocles asintió.

—Permíteme una pregunta: ¿Qué deseas?

Sátiro se encogió de hombros.

—A Miriam —dijo—. Mi reino del Bósforo libre de guerras.

Estratocles asintió.

—Entonces deberías cargar tus naves y zarpar.

Sátiro asintió.

—Excepto... —Estratocles sonrió ante su propio sentido del drama—. Excepto que si no tomas parte en el último acto, no puedes esperar que se te incluya en el acuerdo, y todos codician tu reino. Lisímaco, Antígono, Casandro, Demetrio... todos ellos.

Sátiro asintió.

—Puedo defender a los míos —respondió.

Estratocles se encogió de hombros.

—Por supuesto que puedes. ¿Pero no sería mejor que no tuvieras que hacerlo? Si aguardas, la guerra irá en tu busca; de tus granjeros y tus viñedos. O puedes escoger a uno para vencer. Y me parece que ya has hecho tu elección al tomar esta ciudad. Puedes salvar a Lisímaco, salvar a su ejército, salvar a los aliados y pedir el precio que quieras.

Sátiro asintió.

—Eso también lo he pensado.

—Bien, pues ha llegado la hora de hacerlo. —Estratocles asintió—. Si decides largar amarras, me iré contigo. Pero si quieres que sea sincero —sonrió con ironía—, si decides salvar a Lisímaco, ruego que consideres autorizarme a ser el portador de la noticia. Me causaría un gran placer ser el artífice de su salvación.

Sátiro cruzó una mirada con Miriam.

—Estratocles en realidad es honesto —dijo Miriam—, de una manera terriblemente retorcida.

Estratocles le hizo una reverencia.

—Empiezo a comprender tu elección, Sátiro.

Alboroto en el portalón, y Melita llegó con Scopasis a su lado. Abrazó a su hermano y después a Miriam.

—¿Y bien? —dijo—. Me has enviado un mensajero muy guapo, hermano.

Anaxágoras se había desnudado para correr y estaba allí plantado como una estatua de Apolo.

—Creído —dijo Sátiro.

Anaxágoras se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo. Hace calor, y me dijiste que corriera. —Señaló a Sátiro con el mentón—. ¿Cuál es tu excusa?

Melita se rio, acarició la espalda de su amante un momento y se contuvo, no fuese a perder la compostura.

—Cuéntame —dijo a su hermano.

Sátiro se la llevó a un aparte.

—Lisímaco ha perdido una batalla, quizá solo una escaramuza, pero su ejército está en las últimas y está viniendo desde Magnesia por el desfiladero. Nos pide auxilio.

Melita miró fijamente los ojos de su hermano.

—Tú decides, hermano —dijo—. Vine hasta aquí por ti. Dijiste: rescata a Miriam.
—La mirada de Melita se posó un instante en la figura inmóvil de la mujer de pelo castaño—. Diría que ha sido rescatada. ¿Ahora quieres salvar a Lisímaco?

Se encogió de hombros.

Sátiro aceptó su punto de vista con una inclinación de cabeza.

—Comienzo a pensar que ha llegado la hora de elegir un bando y encargarme de que sea el vencedor.

—Elegimos bando en Egipto. —Melita se encogió de hombros como dando a entender que no les había hecho ningún bien—. Mi bando cabalga en las llanuras y le importa un comino esta guerra, ¿eh?

Sátiro asintió.

—Demetrio tiene intención de conquistar el mundo entero —dijo.

Melita sonrió.

—Pues que le cunda. El mundo se lo tragará. Nadie más que los sakje sabe cuánto mundo hay.

Sátiro se toqueteó la barba. En el umbral, Miriam se escabulló y Menedemos de Rodas le hizo una reverencia, sin quitarle los ojos de los pechos, antes de entrar. Cármides apareció con quitones sencillos de lana, dio uno a Anaxágoras y ofreció otro a Sátiro.

—¡Sátiro! —gritó Menedemos—. Esta vez te has superado.

Sátiro se encogió de hombros.

Melita enarcó una ceja.

—Que yo sepa, Estratocles lo planeó y yo libré todo el combate —dijo. Dedicó una sonrisa a Estratocles—. Quizá deba tenerte en mayor estima, ateniense. Como mínimo, prefiero tenerte en mi bando que en el del enemigo.

Estratocles se sonrojó con evidente placer, tan evidente que Melita se rio.

—¿Eres de arcilla en manos de cualquier mujer guapa? —le preguntó en voz baja, levantando la vista hacia él.

Estratocles suspiró.

—Mis secretos han sido descubiertos.

En el otro extremo de la habitación, Menedemos tomó del brazo a Sátiro, que dejó de intentar escuchar. Le explicó lo que ocurría con Lisímaco.

El rodio asintió.

—¿Y qué dices tú? —preguntó.

Sátiro miró alrededor. Nicéforo estaba entrando con Terón. Abraham le dirigió un gesto de asentimiento desde el umbral.

Sátiro carraspeó, dio unas palmadas y silenció la habitación.

—Amigos —dijo.

Todos pusieron fin a sus conversaciones y lo miraron.

«Esto es poder —pensó para sus adentros—. Me pregunto si alguna vez tendré más del que tengo hoy». Vio al joven Heracles al fondo y sonrió. El muchacho daba

la impresión... de haber madurado un poco.

—En primer lugar, ¡gracias! —dijo Sátiro—. Todos habéis hecho un buen trabajo. Diocles, Apolodoro, ¿bajas?

Diocles sostenía una tablilla en la mano.

—El *Maratón*, siniestro total; dos perforaciones en el casco. El *Artemis Efesia* y el *Pantecapea*, daños graves. En el lado positivo, hemos capturado dieciséis buques utilizables: quince trirremes y un cuadirreme. Dejando aparte las capturas, nos faltan unos seiscientos remeros por causas diversas: heridos, muertos, enfermedad y desertión. —Hizo una pausa—. Sandokes murió con el *Maratón*.

Sátiro echó un vistazo a Nicéforo, más que nada para decirle que era el siguiente, y volvió a mirar a Diocles.

—Por favor, transmite mis elogios a todos los remeros. Ha sido una acción brillante, ejecutada con un riesgo enorme y con todas las de perder. Y diles que hay botín de la ciudad y partes sobre el valor de las capturas; y págales un dracma de plata por barba esta misma noche.

Diocles sonrió con su vieja sonrisa de pirata.

—Me temo que eso será mejor que tus alabanzas, señor.

Sátiro correspondió a su sonrisa.

—Me consta. ¿Apolodoro?

El infante de marina se encogió de hombros.

—Hemos perdido entre una cuarta parte y un tercio de nuestros muchachos. Típico combate naval. Tengo quinientos infantes listos para combatir, y otros cien que necesitan una semana para recuperarse... o morir. Si decides tripular esas naves que capturaste, mis muchachos flaquearán.

Sátiro asintió.

—¿Cuándo podrían marchar tus hombres sanos?

Apolodoro frunció los labios.

—Mañana. No antes.

Sátiro miró a Nicéforo. El mercenario griego asintió.

—Dos muertos, seis heridos y trescientas lanzas desembarcando de las naves ahora mismo. —Se permitió esbozar una sonrisa—. Señor, tú y los tuyos os habéis llevado la peor parte. Mis chicos solo defendieron la puerta.

Sátiro tuvo una visión fugaz de Aquiles con la cabeza de Menón en su regazo.

—Sí —dijo. Suspiró—. ¿Menedemos?

—Nosotros apenas luchamos. Si tengo cinco muertos, me sorprenderé. El *Rosa de Verano* sufrió el ataque de un *penteres* pero estará en orden de combate esta misma noche. —Se encogió de hombros—. Mis infantes no participaron.

Sátiro miró en derredor. Su fatiga era tal que pensó que si cerraba los ojos caería dormido, y tenía tantos dolores que parecían formar un coro. En realidad no quería tomar decisiones, tampoco quería su admiración. Quería ir a ver a Aquiles y quería acostarse con Miriam... y dormir.

Miró a Melita, que asintió secamente.

—Mañana al amanecer marchamos al este —dijo Sátiro—. No era mi plan inicial pero dejaremos una guardia reducida en la ciudadela; infantes rodios, si Menedemos acepta el mando. Yo llevaré a todos mis hombres, infantería de marina y falange, a rescatar a Lisímaco. Melita se encargará de la flota. Enviaremos un mensajero a Tolomeo, mejor por mar. Que localice a León. Si logramos unir a Lisímaco y Tolomeo... —Sátiro hizo una pausa. La suerte estaba echada—. Entonces podremos poner fin a esta guerra. Y he llegado a la conclusión de que esta guerra debe terminar.

El murmullo con que fueron recibidas sus palabras le dijo que había tomado una decisión popular, aunque quizá no la más acertada; al menos esa parecía ser la opinión de Apolodoro, que escupió y salió de la habitación, y de Estratocles, que lo miró a los ojos y encogió los hombros.

—¿Listo para cabalgar? —gritó Sátiro a Estratocles—. Llévate a tu explorador y... ¿Cármides, estás en forma para montar?

El joven sonrió de oreja a oreja.

—Para lo que convenga.

Estratocles asintió.

—Quisiera llevarme una buena escolta y a Heracles. —Sonrió—. Voy a humillar a Lisímaco.

Sátiro gruñó.

—No más de la cuenta —dijo—. Quiero que me ame.

Miriam reapareció, vestida como una matrona. Dedicó una sonrisa a Sátiro, que la atesoró y se mantuvo en pie, con un tremendo dolor en el costado, y se obligó a erguir bien la espalda.

—Hoy he perdido algunos hombres —dijo Sátiro, sin dirigirse a nadie en concreto—. Quiero verlos. Abraham, ¿servirás conmigo? Tengo naves que necesitan capitanes.

Abraham sonrió.

—Te serviré hasta que el Tuerto haya muerto, hasta que reine la paz. ¿Y luego qué? —Se encogió de hombros. Miró a Miriam—. Mi padre ha muerto. Soy el cabeza de familia. Mi vida no está a tu lado.

Sátiro sonrió.

—A lo mejor te sorprende. ¿Por qué no compras una hermosa casa en Tanais? Podrías dirigir tu imperio desde allí.

Abraham ladeó la cabeza.

—¿Planeando el futuro?

Sátiro asintió.

—Me gustaría casarme con Miriam, si me aceptas. —La miró a través de la habitación—. Y si ella me acepta, por supuesto.

Se rio.

Abraham respiró profundamente.

—Si mi padre estuviera vivo... —dijo—. ¿Te convertirías en judío? —preguntó. Sátiro suspiró.

—Ahora mismo no puedo hacerlo. No sé en qué consiste ser judío, Abraham. Digo esto sin prejuicios. Soy servidor de Heracles. Nunca rendiré culto a un dios de manera superficial. Pero nunca interferiré en la devoción de tu hermana.

Abraham frunció el ceño.

—Tienes razón, estos no son el momento ni el lugar. En nuestra religión, no puede casarse con alguien... que no sea de nuestra grey.

Sátiro se dio cuenta de que tenía los puños cerrados y los abrió.

—Bien —dijo—. Tengo cosas que hacer.

Tomó la clámide que le ofreció Anaxágoras, se colgó un cinto de espada al hombro y se dirigió hacia la puerta, con una punzada de dolor a cada paso.

—Vaya, vaya —dijo Anaxágoras.

—Heracles, ancestro mío, dame fuerzas —murmuró Sátiro—. Es mi amigo.

Anaxágoras apoyó una mano en el hombro de Sátiro.

—Lo hace con buena intención —dijo—. Tú eres un hombre piadoso que cumple las leyes de los dioses. ¿Preferirías que él fuese distinto?

Sátiro asintió.

—Sé que dices la verdad pero eso no ha sido desazón. Ha sido intransigencia. — Se encogió de hombros. Apolodoro estaba apoyado fuera, bebiendo vino.

—No te gusta mi decisión —dijo Sátiro.

Apolodoro se encogió de hombros.

—Estoy harto —respondió. Tomó otro trago.

Sátiro echó un brazo al cuello del menudo infante.

—Pues quitémoslo todos de encima, entonces.

Apolodoro asintió.

—Por eso lucharé. Es casi lo único que queda por lo que lucharía, excepto mis amigos.

Sátiro miró a su alrededor.

—Sabrás dónde están los heridos —dijo.

Apolodoro asintió, vació de un trago otra copa de vino.

—En efecto. Vamos.

Los tres se pusieron en camino bajo el sol del atardecer, que amenazaba con achicharrarlos a través de sus ligeros quitones de lana como anchoas recién pescadas y asadas en un espetón de hierro.

Subieron al recinto de los templos. Los heridos estaban en el *asclepeion*. Sátiro deambuló entre ellos, procurando olvidar su fatiga. Dejó que un par de médicos echaran un vistazo a la herida que tenía debajo del brazo, y estrechó la mano de cincuenta heridos. Y por fin encontró a Aquiles, sentado con Ulises.

El de menor estatura llevaba un abultado vendaje en torno al vientre y sus ojos eran los ojos inexpresivos de un hombre con una gran cantidad de opio en el

organismo.

Aquiles levantó la vista.

—Rey —dijo.

—Aquiles —respondió Sátiro—. Lo siento. Decidí abrir la puerta.

Aquiles asintió; un gesto breve, con toda una gama de significados.

—Menón ha muerto —dijo—. Ajax no ha vuelto en sí. Quizás esté muerto, quizás esté bien; ni puta idea. Y Ulises... Vi sus entrañas, y nunca he visto a un hombre recuperarse de eso.

No miró a Sátiro a los ojos.

Apolodoro puso una mano en el hombro del mercenario.

—No me conoces —dijo—. Soy Apolodoro de Olbia. Soy sacerdote del Héroe Kineas. Permíteme ayudar.

—Solo estábamos nosotros cuatro —dijo Aquiles, como si eso lo explicara todo.

Apolodoro miró a Sátiro, y su mirada le dijo que se marchara.

—Tú, Menón, Ulises y Ajax nos habéis salvado —dijo Sátiro.

Apolodoro asintió como diciendo: muy bien, ahora vete.

—¿Quién es ese Kineas, por cierto? —preguntó Aquiles.

—Kineas dijo que la nobleza del guerrero residía en ofrecerse a hacer un trabajo espantoso para que otros hombres no tuvieran que hacerlo —comenzó Apolodoro—. También dijo que, para los dioses, quienes más hacen son los de más valía. —Ahora no parecía ebrio; su mirada era firme, y sostenía a Aquiles por ambos hombros—. Tus amigos eran hombres de gran valía.

Aquiles se echó a llorar.

Sátiro se retiró hacia el anochecer.

—No hagas algo de lo que luego te arrepientas —dijo Anaxágoras a sus espaldas.

—Apreciaba a esos hombres, y ahora están muertos.

Sátiro fue hasta el borde del muro de contención. Encima de él se alzaba el templo de Artemis, y la ciudad de Éfeso se extendía debajo de sus sandalias.

—Eran soldados profesionales —dijo Anaxágoras—. Nos dijiste las probabilidades que había cuando planeaste quién iría dónde. Decidieron ir contigo... por dinero.

Sátiro se encogió de hombros.

—Ahora hay uno muerto, como mínimo.

Anaxágoras contempló las primeras estrellas.

—Me parece que estás más dolido por Apolodoro que por sus muertes —dijo.

Sátiro se volvió para mirarlo a la cara.

—¿Sabes una cosa? No siempre necesito que se me escupa toda la maldita verdad. Sí, ver que Apolodoro se emborracha para armarse de valor me duele, y sí, oírle decir que es un sacerdote de mi padre me asusta. Pero en realidad no tengo por qué hablar de ello. —Se volvió hacia la noche—. Han muerto para que yo pudiera tener lo quería: a Miriam. ¿Y si al final ha sido en balde?

—Haz que no lo sea. Salva a Lisímaco, derrota a Antígono, termina la guerra.

Anaxágoras se encogió de hombros.

—Haces que parezca fácil —dijo Sátiro.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Anaxágoras—. En el pórtico del antiguo templo de Artemis. Donde enseñaba Heráclito. «La guerra es el padre y el rey de todas las cosas; unos hombres devienen reyes y otros son esclavizados. Toda la creación es intercambio: fuego por tierra, y tierra por fuego».

Sátiro sonrió.

—Eres un jodido pedante, ¿nadie te lo ha dicho?

Anaxágoras correspondió a su sonrisa.

—Iré un paso más allá y diré que si Abraham te hubiese garantizado tu boda, ni Aquiles ni Apolodoro habrían herido tus sentimientos. Te lo digo como amigo; ella te ama. Tú la amas. Sucederá.

Sátiro se sintió sucio; amargado, enojado y sucio. Y le constaba que Anaxágoras tenía razón. Tomó la mano de su amigo.

—¿He mencionado que eres un pedante insufrible? —dijo. Lo abrazó, y luego, sin que lo vieran el ejército ni la creciente horda de sus aduladores, entró con sigilo en el templo, hizo sacrificios a Artemis y a Heracles, a Atenea y a Afrodita, y después bajó de la colina hacia el ejército, hacia sus amigos, hacia la guerra que él había comenzado.

Sátiro entró en la casa casi sin ser visto, mediante el simple recurso de pasar confiadamente entre sus propios guardias para entrar en las dependencias de los esclavos. El andrón estaba lleno de oficiales; Cármides, perorando sobre los placeres como un bien en sí mismos; Diocles, disfrutando en silencio de una copa de vino; Scopasis, comiéndose con los ojos a Melita; y la reina de los sakje, aparentemente inconsciente de cómo su presencia afectaba a los demás, pontificando sobre tácticas navales. A primera vista, Sátiro reparó en que estaba un poco ebria y aburrida, intimidando más que informando a su público.

Sátiro siguió adelante.

No conocía la casa, pero todas las casas helénicas tenían su propia lógica, y en algún lugar detrás del andrón y cerca de la cocina habría una escalera que subiera a las dependencias de las mujeres. Había una torre de piedra, visible desde el exterior, tal vez un vestigio de un pasado prehelénico.

Los esclavos de la cocina se sorprendieron ante su llegada pero, a diferencia de los presentes en el andrón, en realidad no sabían quién era. En su mayoría, no estaban de servicio. Un hombre alto y calvo dejó su vaso de vino para levantarse y hacer una reverencia.

—¿Señor? —dijo, en griego asirio. Su acento no era muy marcado, parecía culto.

Sátiro levantó una mano a modo bendición y esbozó una sonrisa.

—Me parece que el grupo del andrón necesita más vino. Pero envía a un hombre, no a una mujer, ¿eh?

Sonrió para demostrar que estaba de su parte.

El esclavo calvo asintió con seriedad.

—También hay una mujer. Creo que no es lasciva.

Sátiro tuvo que hacer un esfuerzo para sofocar la risa.

—En absoluto lasciva, señor —dijo—. Es la Reina de los Masagetas. —Se rio para sus adentros al pensar lo que su hermana le haría a un hombre que la tomara por una flautista—. ¿Puedo tomar una copa de vino? —preguntó. Una muchacha se levantó de un salto para ir a buscársela. Por supuesto, había interrumpido su tardía cena, y la expresión del rostro de aquellos esclavos reflejaba el día que habían pasado. La ciudad, tomada; para los esclavos, podía ser un horror que ninguna persona libre sería capaz de imaginar. Que el horror todavía no hubiese llamado a su puerta era un hecho que aún estaba pendiente de ser demostrado.

Sátiro se tomó un tiempo para sentarse con el esclavo calvo, a quien había identificado como el mayordomo.

—Estás a cargo de la casa, me parece —dijo.

—Sí, señor. —Inclinó la cabeza—. Soy Fobos.

—Fobos, soy Sátiro de Tanais. Me encargaré de que tu *oikos*^[11] no sufra daños.

Aceptó una copa de madera de vino.

Fobos lo miró titubeante.

—Sí, señor —dijo, pero sus palabras transmitían cualquier cosa menos certidumbre.

—¿De quién es esta casa, Fobos?

—Servimos al gran Demetrio, hijo de Antígono —dijo Fobos con cierto orgullo.

Sátiro sonrió.

—La próxima vez que lo veas, dile que insistí en que se respetaran sus posesiones. Si alguien atenta contra ti o los tuyos, te ruego que informes en persona. Demetrio y yo... —Sátiro buscó una palabra que definiera su relación—. Somos... *hetairoi*.

Fobos asintió rotundamente.

—Por supuesto, señor —contestó, como si no se creyera una palabra.

Sátiro se levantó.

—¿Sabes dónde está la señora Miriam? —preguntó. Era imposible tener secretos para los esclavos.

Fobos asintió.

—Está en su dormitorio. Ash, ¿está dormida la señora Miriam?

Otra muchacha se acercó. Negó con la cabeza.

—Haciendo el equipaje —dijo—. En medio de esta puñetera noche. Oh... Mis disculpas, señor.

Hizo un apresurada reverencia.

Sátiro sonrió tan plácidamente como pudo a los presentes en la habitación.

—Por favor, seguid cenando. Tengo cosas que hablar con la señora Miriam.

Con la copa de vino en la mano y siguiendo escalera arriba a la joven Ash — ¿Ashniburnipal? ¿Ashlar? ¿Ashnabul? Era un prefijo bastante común en Asiria— llegó ante la puerta de Miriam. Las manos le temblaban.

—Gracias —dijo a la doncella, que hizo una reverencia y regresó corriendo al comedor.

Sátiro no sabía si llamar o entrar directamente, de modo que hizo una pausa, respiró hondo tres veces e hizo sonar las cuentas que colgaban de la cortina de la puerta.

—Adelante —dijo Miriam, más imperiosa de lo que Sátiro le hubiese oído dirigirse a él alguna vez.

Sátiro entró.

Miriam estaba entre dos canastas; grandes y recias canastas de mimbres, buena artesanía del lugar, fáciles de encontrar por pocos óbolos en el mercado. Una canasta estaba llena.

Ella lo miró.

Él la miró.

—Vine aquí sin nada —dijo, y se encogió de hombros—. No sé de dónde ha salido todo esto.

Sátiro sonrió.

—Nunca he pensado que fueras materialista —dijo.

Miriam correspondió a su sonrisa.

—No me conoces en absoluto —dijo, y acto seguido se le borró la sonrisa—. Oh —dijo.

—Miriam —dijo Sátiro, y se calló. El silencio entre ambos comenzó a prolongarse... incómodo, casi insoportable.

«¿Dónde está mi amada del sitio de Rodas?», se preguntó Sátiro en su fuero interno.

—Te marchas —dijo, quizá con más aspereza de la que quería.

—Al menos podrías haberme traído una copa de vino —respondió Miriam. Respiró profundamente—. Pues sí, me marcho. Antes de que nos hagamos daño.

—Te amo —dijo Sátiro. Ahí lo tenía: la frase inoportuna, expresada de manera inoportuna y en el momento más inoportuno.

Miriam arrojó un lienzo de lino a la canasta; un tanto al azar, pensó Sátiro.

—Y yo te amo a ti —dijo. Se encogió de hombros—. Pero eso no es... importante... para nuestro problema.

Sátiro suspiró.

—¿El problema de que tú seas judía y yo gentil?

—Tú eres rey y yo la hija de un mercader extranjero. Tú eres heleno y yo no. Tú eres guerrero; yo no tengo tiempo para la guerra. Nuestros... sentimientos solo son

fruto de un año de sitio. —Suspiró—. Tenía intención de escabullirme para que nos ahorráramos esta escena.

Sátiro se sentó en su cama.

—A lo mejor no me la quiero ahorrar —dijo.

Miriam negó con la cabeza.

—Lo siento, Sátiro. He tenido tiempo para pensar y...

Se había acercado tanto que lo único que tenía que hacer Sátiro era levantarse y tomarla entre sus brazos.

De modo que lo hizo.

—¡No! —protestó Miriam.

—¿En serio? —dijo Sátiro. La soltó, de modo que quedaron de pie, frente a frente, tocándose, pero con sus brazos caídos en los costados—. ¿De verdad que no?

Miriam volvió la cabeza pero su peso siguió apoyándose contra la cadera de Sátiro.

Sátiro suspiró.

—No solo te amo demasiado para dejar que te escabullas sino que, además, no pienso permitir que finjas que ha sido cosa mía. Si vuelves a decir que no, me marcharé. Y cuando me marche, me habré marchado para siempre.

—¡Basta! —dijo Miriam.

—No. He venido a decirte cuatro verdades y lo voy a hacer. Yo también he tenido tiempo para pensar. Y lo que pienso es que en mi reino hay tantos sabores extranjeros y bárbaros que puedes ser lo que quieras. Fundar una sinagoga. Convertirme al judaísmo. Por eso te digo que dejes de buscar excusas. Si me quieres, deberías tenerme. Si no me quieres, lo soportaré. Casi seguro que encontraré a otra a quien amar; así son las cosas entre los hombres y las mujeres, como dice el viejo Néstor en la *Ilíada*. Pero, por favor, no te engañes con una falsa devoción. Los dioses no esperan de nosotros que sacrifiquemos nuestra felicidad transitoria en nombre de una regla artificial; me niego a creerlo. ¿Qué clase de dios exigiría algo semejante? Lamento que tu padre haya muerto, porque, si estuviera vivo, quizá lo habría convencido, pero muerto es un obstáculo insalvable.

Miriam asintió. Alargó el brazo, le cogió la copa de la mano y se la bebió casi toda.

—Cuando abandoné a mi marido —dijo, e hizo una pausa—. Sabrás que tuve un marido —dijo.

—Sí —respondió Sátiro.

—Lo detestaba. No por algún pecado mortal; oh, era mayor que yo y engreído, pero no me pegaba. No se acostaba con mis siervas. Me daba dinero. —Se rio—. Era bastante apuesto —agregó—. Pero la idea de pasar a su lado el resto de mi vida me helaba la sangre en las venas. Tenía la sensación de ir haciéndome... más pequeña... cada día. Menos persona. Para él no era una persona; era un bien mueble, como su mejor lámpara de bronce y su almacén más grande. Solo hablaba de mí para aludir a

mi padre. Me presentaba como la hija de Ben Israel, como si eso fuese un título. Me trataba con desdeñosa condescendencia.

Estaba temblando, y Sátiro volvió a dar un paso al frente y le tomó las manos.

—Lo abandoné y huí a casa de mi padre. Por increíble que parezca, mi madre no quiso saber nada de mí. Pero mi padre... no me entendía, pero aun así... se puso de mi parte. —Dio media vuelta—. Mi padre, cuya ley estaba quebrantando. Mi madre, que probablemente había sufrido lo mismo a manos de mi padre.

Se bebió el resto del vino.

—Recé para que muriera. Vino a casa y se me llevó de vuelta... con la misma condescendencia, como si hubiese escapado porque sufriera un trastorno femenino. —No podía mirar a Sátiro a los ojos—. Recé para que muriera. Y murió.

Sátiro deseó que hubiera más vino. No podía decir más, todo aquello ya lo sabía, tampoco consolarla ni reconvenirla.

Había alboroto en otra parte de la casa. Oyó que alguien gritaba su nombre, le pareció que era Apolodoro.

¡Sátiro!

Sátiro se levantó.

—Tendré que ser más breve de lo que quería. Miriam, voy a hacer la guerra hasta el final. El final. Tengo previsto ir a ver a Lisímaco esta misma mañana y hacerle una oferta de alianza, para luego respaldarlos a él y a Tolomeo hasta derrotar a los antigónidas. He pedido a tu hermano que sirva conmigo. Quisiera pedirte que consideres si acompañar a tu hermano o irte a Olbia a aguardar el resultado.

Miriam levantó el rostro.

—Nunca más voy a aguardar —dijo—. Seré un actor, no el público. —Se miró las manos—. Eso lo he aprendido muy bien.

En sus palabras, Sátiro encontró motivos de esperanza.

—Soy un mal hombre, pidiéndote que vengas conmigo a un campamento militar...

Miriam se encogió de hombros.

—Lo meditaré, Sátiro. Ahora vete. Y si huyo a Alejandría... no todo el mundo vive en una obra de Menandro. Si te elijo a ti... Oh, Sátiro, tengo que renunciar a toda mi vida para estar contigo. O puedo huir a Alejandría y lo único que pierdo eres tú. ¿Lo entiendes?

¡Sátiro!

—Creo... —Sátiro tenía otro argumento que exponer.

—Creo que debes cerrar el pico —le espetó Miriam. Puso la boca en la suya y respiró su aliento dos veces, un beso que por un instante desató los truenos de Zeus en su cuerpo. Lo apartó de un empujón y volvió a sus canastas.

—Llévate la copa —dijo. Le brillaban los ojos—. No es vino lo que necesito.

Entró en la cocina y encontró a Fobos reconviniendo a Cármides. Curioso: el esclavo lo había protegido, sin que le hubiese dado información alguna.

—Aquí estoy, Cármides —dijo.

—Estratocles te necesita —dijo el joven.

Sátiro cruzó presuroso la sala principal hasta más allá del andrón. En el porche, Estratocles y su lugarteniente latino, Lucio, estaban con un tercer hombre.

—Siento haberte despertado, señor —dijo Estratocles. Sonó tan petulante que Sátiro supo que no lo sentía en absoluto y que, además, dudaba que Sátiro hubiese estado durmiendo.

—Descuida. ¿Qué está ocurriendo? —preguntó.

—He tomado la ciudadela. Necesito tu visto bueno para que la ocupen Apolodoro y tus infantes de marina. El tiempo es crucial.

Estratocles miró a Apolodoro, que salió del corredor iluminado a la penumbra del pórtico; el pelo le brillaba bajo la lámpara que colgaba de la bóveda.

Sátiro asintió.

—¿Apolodoro? —preguntó.

—Listo —contestó Apolodoro. Había bebido más de la cuenta; saltaba a la vista.

—Cármides, acompaña a Apolodoro. Ayúdalo.

Puso una mano en el hombro del infante.

Apolodoro se encogió de hombros.

—No estoy borracho. Solo cabreado. Pensaba que habíamos terminado.

Sátiro permaneció cerca de él.

—La última vez vale por todas, Apolodoro. Tenemos que poner fin a esto, terminarlo.

Apolodoro le sostuvo la mirada, y había dureza en la suya; a la luz de la lámpara, los ojos le brillaban de una manera increíblemente parecida a como habían brillado los de Miriam pocos minutos antes.

—Muchos hombres buenos yacerán bocabajo en la arena para siempre a fin de que esto pueda terminar. —Eructó, y el olor a salsa de pescado flotó en el pórtico—. Si zarpamos hacia el Bósforo, estos caballeros seguirán con su guerra sin nosotros. Alguien vencerá y alguien perderá. Pero nosotros, este guapo muchacho, tú, yo, Anaxágoras, Abraham, Diocles, estaremos vivos. Draco será padre de varios hijos. A tus olbianos y a tus hombres de Tanais, ¿qué les importa? ¿Que el vencedor decide atacarnos? Qué más da. —Miró a Sátiro, y su mirada fue tan pesada como una rama llena de hojas cayendo en un bosque—. ¿Y tu hermana? ¿Qué pasa si muere? ¿Habrá merecido la pena?

Sátiro no tenía respuesta.

—Apolodoro —comenzó.

—¿La chica te ha rechazado? —preguntó Apolodoro—. Una buena guerra hará

que te sientas mejor, ¿eh?

Sátiro había reprimido su genio durante mucho tiempo y en todo tipo de situaciones, y las instrucciones de Filocles sobre el tema estaban comenzando a resultar poco convincentes.

—Eres... —comenzó.

Se había plantado ante el rostro de su amigo, y el infante, pese a su inferior estatura, no se movió ni un dedo.

—¿Un estúpido? Por supuesto, señor. No soy un amotinado. Iré. Lucharé. Quizás incluso muera. Pero por todos los dioses y los héroes, y sobre todo por la memoria de tu padre, cuando te equivocas, tengo derecho a decírtelo. —Se encogió de hombros—. No sé si te equivocas, pero creo que esta campaña está de más. —Dio un paso atrás—. He dicho. Me voy a la ciudadela. No te enamores de este cabrón —señaló con el pulgar a Estratocles— solo porque hayas perdido a la chica.

Se volvió hacia Cármides.

—Baja a la playa y busca el cuerpo de guardia. Tráelos aquí, los quiero en esta calle, frente a la casa, y entonces despierta al siguiente turno y les dices que se la envainen. Tomas el mando de ese turno de guardia, ¿entendido?

Cármides saludó.

Apolodoro regresó al interior.

Lucio se rio.

—Maldita sea, me cae bien.

Sátiro sonrió.

—A mí también. Y creo que me lo tenía merecido.

—Bien —dijo Lucio—, estoy al tanto de los pormenores. Iré a darle las órdenes.

Miró explícitamente a Estratocles, como diciendo «¿ves lo que hago por ti?»..

Estratocles aguardó a que Lucio se hubiese marchado.

—¿Tu *strategos* será un problema?

Sátiro sonrió con ironía.

—Solo si resulta que lleva razón. —Miró a la figura encapuchada que había al lado de Estratocles—. ¿Vas a presentarnos?

El hombre encapuchado apartó los pliegues de clámide que le cubrían la cabeza. Tenía el pelo negro y rizado y era extraordinariamente guapo; una especie de Cármides moreno.

—Soy Mitrídates de Bitinia —dijo.

Sátiro miró a Estratocles.

—Estaba en la ciudadela con los prisioneros especiales —explicó Estratocles.

—Iban a matarme —dijo Mitrídates—. Soborné a varios hombres y compré unos pocos días; y los dioses han provisto. —Sonrió, y la blancura de sus dientes centelleó a la luz de los múltiples pabilos de la lámpara.

—Bitinia —dijo Sátiro, mirando a Estratocles.

—Su tío, otro Mitrídates, ostenta el trono. Se lo dio Antígono cuando echaron a

patadas a este joven vástago porque flirteaba con Lisímaco. —Estratocles sonrió—. Es una ficha importante que ha caído en nuestras manos. Si golpeamos de prisa, podemos derribar a su tío y restituirle el trono; y tendremos abiertos todos los pasos que van de aquí a Heraclea mediante una sola jugada política.

—No soy una ficha de juego —objetó el joven.

Sátiro se frotó el mentón.

—Estratocles, ¿hay algún momento en el que no estés conspirando? Llegado a cierto punto, ¿no tienes las manos demasiado llenas de fichas, como un hombre venciendo al *poieis*? Me tienes a mí y a Mitrídates, aquí presente, y a Heracles, a Banugul y a Lisímaco; si mueres, ¿se termina el mundo?

Estratocles lo miró y de pronto se echó a reír espontáneamente. Se rio un buen rato.

—Necesito una copa de vino —dijo—. Confieso que no te falta razón. Pero ahora no podemos detenernos, y si vamos a reunirnos con Lisímaco por la mañana, más vale que tengamos un plan.

Sátiro sonrió al joven persa.

—Tengo un plan. En buena medida es el mismo que el tuyo. Durmamos un poco.

Estratocles asintió.

—Podría ayudarte con la judía —dijo, en voz muy baja.

—No —respondió Sátiro con firmeza.

Estratocles se encogió de hombros.

—Pues entonces, vino —dijo.

Sátiro sonrió de nuevo al persa y luego se fue derecho a ver a Miriam, pero cuando llegó a su habitación, las canastas habían desaparecido y ella, también.

Se quedó contemplando la habitación vacía el tiempo que tardó su corazón en recobrar el pulso normal. Suspiró profundamente un par de veces.

De acuerdo. Suspiró una tercera vez. Intentó imaginar un futuro en el que Miriam no fuese parte de su vida y en el que nada le importara dónde estaba ni qué pensaba. En cuestión de un año compartiría el lecho de otra mujer, no le cabía la menor duda. Al cabo de dos años, estaría enamorado.

«No, y una mierda —pensó Sátiro—. No quiero entenderlo. ¡Quiero a Miriam!».

Unos pasos ligeros en la escalera interrumpieron sus pensamientos y el corazón volvió a palparle; regresaba, había cambiado de parecer.

—Hermano —dijo Melita. Sonrió y le puso una mano en el brazo—. Tienes muy mal aspecto.

—Estás borracha —replicó Sátiro.

—Es muy posible —dijo Melita, sonriendo con los ojos brillantes—, pero no estoy enamorada, de manera que estoy más lúcida que tú.

—Ya no estoy enamorado —dijo Sátiro, sin tratar de disimular su pesar.

—¿En serio? —preguntó Melita. Le tomó la mano y lo condujo por el pasillo, bajaron por la escalera de servicio hasta la exedra de las dependencias de las mujeres.

Sátiro agarró una ánfora de vino de Quíos en la cocina, y el mayordomo, presuroso, cogió copas y un cuenco para mezclarlo y los siguió.

En la exedra había banquetas plegables como las de los campamentos militares. Sátiro abrió una y se sentó. El mayordomo sirvió vino y agua, los mezcló y se retiró.

—Estoy tentado de llevármelo para que gobierne mi casa —dijo Sátiro—. Ese hombre conoce bien su oficio.

—Me figuro que Demetrio ejecuta a quien no está a la altura de sus exigencias —dijo Melita.

—¿Sabes dónde está Miriam? —preguntó Sátiro.

Melita se encogió de hombros.

—Sí, pero no te lo voy a decir. Aunque en esto estoy de tu parte y no permitiré que olvide las ventajas de... una relación.

—Está en las naves —dijo Sátiro.

—Disculpa, hermano. Me gustaría hablar un momento con el rey del Bósforo. No con un Aquiles con mal de amores. —Melita cogió una copa de vino, la alzó hacia la estrella que llevaba el nombre de Afrodita y dijo—: Por el amor.

Sátiro vertió una libación y negó con la cabeza.

—Si al menos pudiera hablar con ella...

—Ya has hablado con ella. Ahora habla conmigo. ¿Estás decidido a reunirte con Lisímaco?

Se recostó, apoyando la espalda contra la barandilla de la exedra.

—Sí —dijo Sátiro.

—¿Por qué? —preguntó Melita—. ¿Por qué no limitarse a cargar la flota y zarpar? O sea, dejar atrás a Lisímaco y sus conspiraciones y a su niño rey. Que se queden con Éfeso. Además tiene un pequeño ejército, más de dos mil mercenarios que reclutó en Lesbos.

—Estoy decidido a humillar a Antígono —dijo Sátiro—. Y a Demetrio.

—Eso es *hubris* del más rancio, hermano. Eres el reyezuelo de unas pocas ciudades del Euxino, a varios miles de estadios de aquí. —Melita enarcó una ceja—. ¿Voy demasiado deprisa?

Sátiro bebió un poco de vino.

—Sé quién soy. Y sé lo que estoy haciendo.

Melita negó con la cabeza.

—No, creo que no lo sabes. Estás actuando como si fueses un jugador principal, como si fueras Lisímaco o Demetrio. Pero no lo eres. Y estás gastando dinero a espuestas. ¿Para qué? No estás impresionando a Miriam. No me impresionas a mí. Me importa un bledo Demetrio. Puedes tomártelo a pecho, te secuestró e intentó matarte, pero Estratocles ha intentado matarnos un montón de veces. Y ahora es tu aliado. Y si bien admito que hizo un buen trabajo con tu rescate, no es lo que alguien llamaría un hombre de fiar.

Sátiro intentó exponer sus argumentos... y no pudo. No ante el descarnado

realismo de su hermana, tan semejante a la opinión de Apolodoro.

—Es mi cometido —dijo—. Soy un rey soldado. Y me gusta.

Melita negó con la cabeza.

—Te engañas a ti mismo, en eso. Dejé de gustarte después de Rodas. Rodas te arrebató el sentimiento de gloria. Quieres hacerlo porque así puedes evitar regresar a casa y, de paso, evitas gobernar el reino, cosa que te aburre. ¿Por qué tomamos el Bósforo, si ninguno de nosotros lo quiere? ¿Eh? ¿Es posible que en realidad Herón fuese mejor rey?

Sátiro la fulminó con la mirada.

—No.

—Bien, lo admito, todavía no hemos comenzado a matar a nuestros agricultores, pero este año el impuesto sobre el grano, para poder traer la flota aquí, ha empezado a suscitar serias quejas.

Sátiro estaba dolido por la precisión de sus declaraciones y la futilidad de la vida, según la veía en ese momento. Pero respiró profundamente para sobreponerse.

—Ahora mismo, por más triviales que tú y yo seamos en la gran partida, estamos en posesión de una ciudad poderosa y del equilibrio de fuerzas entre Lisímaco y Antígono. Si me marchó, Antígono triunfará.

Melita asintió.

—Y si te quedas, triunfará igualmente. Si te quedas, no me quedaré contigo. Mis clanes me necesitan. Lo creas o no, en las llanuras hay gente que no me ama y que me busca problemas, y aquí estoy yo, rescatándote. Tomando parte en tus ambiciosas estrategias. Y con este son dos veranos seguidos. Me marcharé y me llevaré la flota; al menos la parte de la flota que se paga con mi oro.

—Anaxágoras se pondrá triste —dijo Sátiro.

—Y, sin embargo, me marcharé —respondió Melita. Se encogió de hombros.

—¿Le has pedido que se vaya contigo? —preguntó Sátiro.

—Dijo que haría lo que tú hicieras —contestó Melita.

Sátiro se sentó, apoyando la espalda contra la pared de la casa, bebió un sorbo de vino y contempló las estrellas.

—Si vienes conmigo, en Tanais tendrás tiempo para hablar con Miriam; allí tenemos un hogar, un palacio, arroyos y montañas y lugares para hacer el amor. Ven, hermano. Regresa al mundo real. Deja la guerra a los hombres que la desean.

Apuró su copa de vino y se levantó, un tanto vacilante.

Sátiro estaba enojado, emoción rara en él.

—¿Y si te digo que no es asunto tuyo? —preguntó—. No necesito que me rescaten. No necesito que me ayudes con Miriam, que ha roto conmigo. Tal vez, con el tiempo, puedas encontrarme una señora sakje bien guapa con una dote de mil caballos.

Melita negó con la cabeza.

—Te he hecho enojar.

Sátiro suspiró.

—No, ya estaba enojado antes de que comenzaras. Sigo estando enojado. Estoy de acuerdo en muchas cosas, pero voy a llevar esto hasta el final, y nuestro reino, todos los reinos estarán mejor gracias a ello. Esta noche he escuchado a Apolodoro; ha hablado como sacerdote de Kineas. ¿Lo sabías? Y ha citado algo que dijo nuestro padre, que la única virtud de un soldado es que hace lo que hace para que otros no tengan que hacerlo. Llevo meditándolo toda la noche. Ayudaré a Lisímaco a terminar con Antígono... para que otros no tengan que hacerlo. Mantendré la guerra aquí. Nunca permitiré que se extienda al norte.

Melita se encogió de hombros.

—Ya me figuraba que dirías esto. En cuanto a mí, dudo que alguna vez se extienda al norte, ocurra lo que ocurra. Pienso que Demetrio perdió su oportunidad en Rodas. Tú has desempeñado tu papel. Yo he desempeñado el mío. Abandonemos el escenario.

Sátiro se encogió de hombros a su vez.

—¿Es esto lo que aprendimos de Filocles y de nuestra madre? ¿De Terón y de Coeno? ¿A marcharnos? ¿Esto es excelencia, Melita?

Melita se dirigió hacia la puerta.

—Tal vez no, pero tú y yo podríamos envejecer y morir en la cama, rodeados de personas que nos amen, habiendo construido algo duradero. O puedes morir aquí, luchando contra Antígono. ¿Eso es excelente?

En cuanto lo hubo dicho, Sátiro vio que Melita se arrepentía.

—No es lo que quería decir —dijo Melita. Se encogió de hombros una vez más—. Además, ¿qué es eso sino la elección de Aquiles?

—Y mira de qué le sirvió —dijo Sátiro—. ¿Has tenido sueños?

Melita miró hacia otra parte.

—Premoniciones, sí.

Sátiro asintió.

—Entonces gobierna bien cuando haya muerto, hermana. Nombra rey a Anaxágoras. Será un buen soberano. Tienes un hijo; es mi heredero tanto como el tuyo. Iré a reunirme con Lisímaco. Si dices que voy a morir, bien, tal vez muera. Pues por Heracles mi ancestro que estoy decidido a hacerlo.

Melita se detuvo en la puerta.

—Idiota. Eres tú quien está rompiendo nuestro juramento. ¡Nuestro juramento sagrado! ¡Pronunciado en Heraclea, rodeados por todos los dioses y las furias! Te estás aliando con Casandro y Estratocles, que mató a nuestra madre, contra Antígono y Demetrio. ¡Claro que vas a morir! ¡Estás luchando contra las furias!

Abrió la cortina y desapareció.

Sátiro se quedó contemplando el mar el rato que tardó en beber otra copa de vino.

11

Un esclavo despertó a Sático cuando el sol estuvo completamente encima del borde del mundo. Se levantó con la sensación de una fatalidad inminente, y rezó ante la hornacina de la casa con Apolodoro y dos esclavos, los únicos que se habían levantado para saludar al sol.

—La guarnición está en la ciudadela —dijo Apolodoro lacónicamente—. Dejé a Draco al mando.

—Te ordené que lo asumieras tú —dijo Sático.

—No estás autorizado a salir sin un guardián —respondió Apolodoro—. Órdenes de tu hermana.

—¿Dónde está? —preguntó Sático.

Apolodoro señaló. En la bahía, una escuadra estaba haciéndose a la mar desde la playa.

—Diocles se queda para mantener alejadas a las naves de Antígono —explicó Apolodoro—. Melita se lleva el grueso de la flota de regreso a la Propóntide.

—Eso me dijo anoche —dijo Sático—. Veo a Scopasis.

—Le ha dicho que se equivocaba y se ha quedado para ayudarte. Ha traído a otros cuarenta sakje; valen tanto como los arqueros de diez naves. —Apolodoro negó con la cabeza—. Melita ha montado un buen número mientras tú dormías.

—Pobre Melita —dijo Sático. Scopasis era un hombre corpulento, y sus ojos eran inexpresivos. Había sido forajido y tenía el aspecto correspondiente.

—Anoche tenías otras cosas en mente —dijo Anaxágoras, llegando desde el patio—. Melita dijo que había intentado hacerte entrar en razón.

—Hmm. Si estás de su parte, ¿por qué no te has ido con ella? —preguntó Sático. Anaxágoras enarcó una ceja.

—¿He dicho que estuviera de su parte? Simplemente dije que acataría tu decisión. Mírame, aquí me tienes. ¿Sabes que se ha llevado a Miriam?

Sático había tenido intención de hablar con Miriam una vez más; y ahí la tenía, marchándose.

—Me enteré anoche.

—Te ha dejado a todos los trierarcas y a todos sus infantes de marina. Dejará una escuadra en la Propóntide. —Sonrió—. Solo para que conste, creo que se equivoca. Pienso que tenemos que hacer esto.

Ahora estaba siendo conducido hacia la puerta por su estado mayor, cuyos miembros trabajaban con eficiencia y eran, según pudo constatar, más que conscientes de sus sentimientos. Eso bastaba para enojarlo; eso y la sensación de estar siendo mimado.

El mayordomo estaba en el umbral, vestido con un sencillo quitón de lino y sosteniendo un bastón. Hizo una profunda reverencia.

Sático le asintió.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó.

El mayordomo enarcó una ceja; una ceja muy expresiva que venía a decir que a nadie, por cómodo que estuviera en un sitio, podía gustarle la esclavitud.

—Si vienes conmigo para hacerte cargo de mi casa militar, te liberaré en el acto. Hoy mismo. Pagaré tu precio a Demetrio.

Sátiro pensó que aquella quizá sería una manera de propiciarse la voluntad de los dioses. O, simplemente, de hacer algo honorable. Aquella mañana la muerte parecía estar muy cerca.

El mayordomo hizo una reverencia.

—Señor, soy tu hombre —dijo.

Sátiro señaló a Cármides con el mentón.

—Encárgate. Que asuma su puesto como mi mayordomo y se agencie una tienda y equipo militar. Una docena de esclavos para hacer las tareas. Cuento con que esta campaña sea larga, amigos. Haced provisión aquí de cuanto necesitéis.

Cármides asintió.

—A tus órdenes, señor.

Sátiro miró con aprobación al joven. Le recordaba a alguien, sobre todo cuando adoptaba un aire serio y digno como entonces. Sátiro se quedó contemplándolo un momento y respiró profundamente para serenarse. Estaba de un humor extraño aquella mañana.

Fuera, en la calle, había una docena de caballos; monturas excelentes. Corceles persas muy caros.

Aquiles montaba uno.

Sátiro dejó a un lado su confusión sentimental al ver la expresión del rostro de Aquiles. La vacuidad domeñada. Fue en su busca y le estrechó la mano.

—No tienes por qué venir —dijo.

Aquiles se encogió de hombros.

—Tenemos un contrato, ¿no? —respondió, con voz apagada.

Sátiro se estremeció al oírle la voz, pero asintió.

Estratocles fue el último oficial en unirse a ellos. Se le veía mayor.

—¿Demasiado vino? —preguntó Sátiro.

Estratocles montó de un salto con desenvuelta agilidad.

—O no el suficiente —replicó.

Una vez fuera de las puertas de la ciudad recogieron a una escolta; veinticuatro infantes de marina de Apolodoro que sabían montar, cada cual con su equipo de infantería colgado a la espalda, armados con un par de jabalinas y una lanza. Sátiro, que se había criado entre los sakje, pensó que posiblemente eran el peor escuadrón de caballería que hubiera visto alguna vez; había al menos un hombre que no tenía ni idea de montar al trote, y cuando se tomaron el primer descanso, casi todos los

infantes se dejaron caer de la silla resbalando y caminaron como *porne* después de una noche en un simposio desenfrenado. La mayoría de ellos tampoco tenía nociones sobre el manejo de las caballerías; Sátiro tuvo que atrapar a una yegua joven y luego se encontró impartiendo una lección a un filarco, Licayo de Olbia, sobre cómo estacar y manear un caballo.

Sátiro descubrió que la preocupación por su escolta tenía un aspecto positivo; coronó la cima del monte Pactio, detrás de Éfeso, y cayó en la cuenta de que llevaba horas sin pensar en Miriam ni en Lisímaco.

También descubrió que estaba bastante enfadado con Melita. Y que no tenía ganas de hablar de su enojo; más bien quería atesorarlo, casi como si disfrutara con él. Pensándolo bien, le pareció que era un planteamiento indigno.

Y luego estaba Miriam.

Muchos motivos para estar enojado, realmente.

¿Cómo podía rechazarlo? Dudaba que lo que sentía por él pudiera aplacarse ni por la anchura de una hoja de cuchillo. Siendo así, ¿por qué? ¿Porque su padre había muerto? ¿Porque Abraham no lo aprobaría? ¿Porque era judía?

Sátiro tomó nota de aprender más sobre las creencias de los judíos.

—Caballería en el próximo barranco; seis jinetes o más —dijo Lucio, regresando al trote—. Si no son tontos de remate, nos han visto coronar la montaña.

Sátiro salió de su lóbrego ensimismamiento.

—Preferiría no entablar combate ahora mismo —dijo, dirigiendo la mirada a su escolta.

Lucio sonrió.

—Pues ya somos dos, señor.

Sátiro se volvió hacia Anaxágoras, que montaba mejor que de costumbre; aunque no mucho mejor.

—Mi hermana podría habernos dejado a todos sus sakje, por lo menos —gritó.

Anaxágoras frenó y se recostó.

—No puedo desmontar. Quizá no podría volver a montar.

—Ahí vienen dos de ellos —dijo Lucio.

Sátiro señaló a Licayo, que montaba bastante bien, y a Lucio.

—Tened cuidado, Lucio —dijo—. Estarán asustados y desesperados.

Mientras Lucio trotaba hacia los dos jinetes, Estratocles se detuvo al lado de Sátiro.

—Es mi hombre —dijo. Sonrió, pero miraba con dureza—. ¡Es mío! ¡Se mira y no se toca!

Sátiro sonrió, contento por una vez de haber irritado al informante.

—Por supuesto —dijo, en un tono calculado para dar a entender lo contrario—. Aunque se diría que tú te tomas la libertad de dar órdenes a mis hombres.

Estratocles se encogió de hombros.

—Tú tienes muchos. Yo solo uno.

Sátiro observaba a Lucio protegiéndose los ojos con la mano. Hacia retroceder a su caballo, hablando y señalando, pero negándose a permitir que su montura se acercara a las otras dos lo suficiente para que pudieran alcanzarlo con una jabalina.

—Es muy bueno, la verdad —comentó Sátiro.

—No sabes ni la mitad —respondió Estratocles.

Sátiro se rio.

—¿Sabes una cosa? Si no te andas con cuidado, tú también podrías empezar a gustarme —dijo.

Estratocles abrió la vaina de su espada. El juego de palabras concluyó al empeorar la situación.

—Esto no me gusta.

Lucio dio media a su caballo y regresó hacia a ellos a medio galope, con Licayo pisándole los talones.

—Formad —ordenó Apolodoro.

Apolodoro había entrenado a sus soldados, que sorprendieron a Sátiro desmontando y formando a pie, con cuatro hombres asignados como cuidadores de los caballos. Aparecieron arcos.

Sátiro miró a Estratocles.

—¿Vas a quedarte montado? —preguntó.

Estratocles levantó el mentón.

—¿Y si nos atacan?

Sátiro se irguió para ver mejor, hincando las rodillas en los lomos de su yegua, e hizo un gesto con la mano.

—Vamos por la derecha.

Lucio llegó en medio de una nube de polvo y Licayo desmontó y pasó las riendas a su cuidador de caballos.

—No son hombres de Lisímaco. Son de Antígono.

Escupió.

Apolodoro se acercó al trote.

—¿Señor?

Sátiro lamentaba muchas cosas, y una de ellas era no llevar consigo a cien infantes de marina. Miró a Estratocles, que se encogió de hombros.

—Ayer estábamos en contacto. Hoy el lazo corredizo se ha cerrado.

—Necesito ver... Por Heracles, tengo que pasar al otro lado de esos hombres. ¿Cargarán contra nosotros? —preguntó.

Lucio asintió.

—Hay otros cincuenta más. Creen que fuimos derrotados.

Sátiro se volvió.

—Licayo, regresa a Éfeso. Trae al ejército entero de inmediato. Nicéforo al mando; la falange al completo; todo lo que tengamos. ¡Deja un retén de cien infantes en la ciudadela!

—Antígono tiene por lo menos cuarenta mil hombres —dijo Estratocles.

—Y yo cuatro mil. Mi plan no es bajar a las llanuras. Mi plan es liberar a Lisímaco. —Señaló una nube de polvo que avanzaba por el centro del valle en dirección a Magnesia—. Ese debe de ser él.

—Quizá se rinda —dijo Apolodoro.

Estratocles miró a Sátiro, y su rostro reflejaba lo que pensaba.

—¿Lucio? —llamó. El latino dio la vuelta a su caballo. Se alejaron unos pasos, conversando apresuradamente.

Sátiro observaba al oficial antigónida. Señalaba algo a sus *prodromoi*.

—¿Cuántos arcos, Apolodoro? —preguntó.

—Seis —contestó Apolodoro.

—No hay mejor tiempo que el presente —dijo Sátiro—. A ver si puedes pararle los pies y matar a unos cuantos caballos. —Se volvió de nuevo hacia Anaxágoras y Estratocles—. El momento es ahora. Tendría que haber traído el ejército entero. O liberamos a Lisímaco... o abordamos las naves y nos marchamos. Mi plan es salvar a ese cabrón.

Los seis arqueros corrieron unos cuantos largos de caballo y comenzaron a tirar.

Sus primeras flechas de nada sirvieron. Mientras tiraron por encima de los exploradores enemigos, pareció posible que los *prodromoi* no vieran los astiles en absoluto. Pero la cuarta o la quinta flecha se clavó profundamente en la grupa de un caballo que de inmediato tiró a su jinete, y por suerte o por voluntad de los dioses, la séptima flecha acertó en un hombro del oficial enemigo. Cayó como un saco de arena y, de repente, su mando se disolvió; unos hombres acudieron en su rescate, un filarco gritaba para reagruparlos...

—Si tuviera un escuadrón de verdadera caballería, pondría fin a este combate ahora mismo —dijo Sátiro.

—Puesto que has tenido la audacia de comprometer a tu ejército —dijo Estratocles—, considero que debo hacer lo mismo. En cuanto podamos, Lucio y yo iremos en pos de Lisímaco para decirle que se dirija hacia aquí. —Titubeó—. Suponiendo que confíes en mí para esa misión.

Sátiro seguía observando al enemigo.

—Supongo que no tengo otra opción —dijo. El coselete de escamas comenzaba a pesarle, el día era caluroso y su caballo demasiado pequeño para un combate largo. Le gustó bastante el aspecto del caballo del comandante enemigo, que para entonces pastaba junto a su amo tumbado bocabajo. Se volvió, sonrió a Estratocles y le dio la mano—. Que los dioses te acompañen, Estratocles. Si has planeado todo esto... bien, eres más astuto que Atenea.

Estratocles se rio.

—Ojalá —respondió—. ¿Vas a flanquearlos?

Sátiro captó la mirada de Aquiles. El hombretón seguía montado, observando atentamente el desarrollo del combate.

—Iremos todos juntos. Si tenéis campo libre, seguid adelante.

Sátiro se fijó en que un filarco tenía como mínimo la mitad de sus soldados de caballería agrupados y avanzando. Sus arqueros tiraban con cautela. A aquella distancia, y más ahora que estaban advertidos, los jinetes podían ver el vuelo de las saetas y esquivarlas. Casi todas. Mientras observaba, otro hombre cayó de la silla.

—¡Me quedan la mitad! —gritó el arquero jefe, señalando su carcaj.

Sátiro trotó hasta Apolodoro.

—Cuando carguen, iremos derechos hacia ellos —dijo—. Intentaremos dividirlos. Apolodoro asintió.

—¿Por qué no los esquivas sin más?

Sátiro frunció el ceño.

—Porque no pienso abandonar a mis hombres.

Apolodoro negó con la cabeza.

—Percibo cierta falta de lógica.

Anaxágoras escupió.

—Al menos tengo los pies en la tierra —dijo.

—¡Ahí vienen! —gritó un hoplita, y todos los arqueros corrieron hacia la línea de lanzas. Cada hombre de la línea portaba un escudo; un *aspis* macedonio de dimensiones reducidas. La línea era solo de dos en fondo, pero con un considerable montón de piedras a su izquierda, consecuencia de una avalancha, era bastante sólida.

Sátiro regresó junto a Aquiles, Lucio y Estratocles.

—¿Listos? Seguidme.

Salió a medio galope hacia la derecha, rodeando un bosquecillo de robles viejos que los ocultó brevemente de la caballería antigónida.

El enemigo cometió un error elemental; fueron cautos cuando la osadía les habría ahorrado tiempo y bajas. Su caballería avanzó despacio, trotando de un cobijo al siguiente. Sátiro pensó que casi con toda certeza eran mercenarios y que tal vez llevaban algún tiempo sin cobrar. Pese a su abrumadora superioridad numérica, eran reacios a sufrir bajas hasta un punto sorprendente.

Como tan a menudo sucede en la guerra, pagaron cara su cautela. Los arqueros comenzaron a tirar de nuevo, la distancia era menor y estaban perdiendo de plano. Las flechas apuntaban certeramente y comenzaron a caer caballos.

Veinte largos de caballo, y parecía que todas las flechas dieran en el blanco.

Sátiro había tenido éxito y fracasado al mismo tiempo puesto que su inexperto oponente no había reparado en su movimiento hacia el flanco; cuatro hombres eran pocos, pero ahora avanzaban sin encontrar resistencia y Sátiro, al menos, contaba con un arco y toda una vida de entrenamiento en su uso. Cabalgó colina abajo a medio galope, en diagonal a la aproximación del enemigo; su joven yegua respondía bien a sus rodillas, y Sátiro comenzó a tirar. Cinco flechas alcanzaron al menos dos objetivos, y aun así siguieron sin reparar en él. Se acercó más, cambió de dirección para cabalgar en su misma dirección, y cuando el grupo del flanco enemigo hizo una

pausa a resguardo de los robles, Sátiro frenó y tiró a bocajarro, vaciando dos sillas, y entonces fue cuando se dieron cuenta de que no pertenecía a su bando.

Aquiles derribó a un hombre de la silla cuando intentó flanquear a Sátiro.

Sátiro se irguió a lomos de su caballo y clavó otra flecha a otro hombre. Se oyeron gritos en la línea delantera, y al menos una docena de jinetes enemigos giraron hacia ellos dos.

Sátiro supuso que Estratocles ya se habría alejado y volvió la cabeza de su caballo y galopó hacia el siguiente robledo, volviéndose en la silla para tirar una flecha más hacia atrás como un verdadero sakje. Su tiro fue demasiado precipitado pero hizo que el hombre que lo seguía aflojara el paso.

Sátiro notó que su caballo daba un traspie y reaccionó con instinto de jinete consumado, saltando del animal herido antes de constatar que la joven yegua tenía una jabalina clavada en el costado. Cayó bastante bien al suelo, pero el carcaj se le enredó entre las piernas y acabó tumbado, con el arco perdido y flechas por todas partes.

Rodó sobre sí mismo, evitando la lanzada que esperaba de inmediato, y oyó los cascos del caballo, rodó otra vez y se puso de pie, pero su perseguidor yacía en un charco de su propia sangre con la jabalina de Estratocles clavada en el vientre; el ateniense cabalgaba gallardamente, alejándose al galope después de su certero lanzamiento. Mientras Sátiro lo observaba, recogió el caballo de un enemigo derribado y regresó hacia Sátiro.

Aquiles y Lucio actuaron por su cuenta, separando a media docena de enemigos para eliminarlos como si practicasen juntos a diario.

Sátiro tuvo que poner bocarriba el *gorytos* que se le había enredado, sacarlo de entre sus piernas, agarrar un puñado de flechas y meterlas dentro, así como buscar su arco; una eternidad en pleno combate. Ensartó una saeta en un joven que se estaba rezagando de la lucha a caballo, y Estratocles pasó como un rayo por la retaguardia y lanzó una jabalina; lanzó horizontalmente con mucha fuerza; Sátiro rara vez había visto a un hombre lanzar montado con tanta precisión.

Acto seguido corrió en pos del caballo que Estratocles había dejado suelto. Era un castrado corpulento con unas manchas muy peculiares; como un poni, pero del tamaño de un caballo de batalla. Agarró las riendas antes de que el caballo respingara, y faltó poco para que perdiera su nueva montura, pero le puso una mano en los ollares y comenzó a murmurarle, y entonces, antes de que el enorme caballo tuviera tiempo de pensar, lo montó de un salto, bendiciendo la larga práctica que él y su hermana tenían en montar caballos desconocidos en cualquier momento, y acto seguido galopaba cuesta abajo hacia donde Aquiles, Estratocles y Lucio se enfrentaban a cuatro hombres, espada contra espada y jabalina contra jabalina.

A Lucio lo habían derribado y, aunque estaba ileso, había perdido su caballo.

Sátiro arremetió por la espalda contra el pelotón de hombres montados, y su espada alcanzó al hombre cuya lanza iba a matar a Lucio, y los enemigos se

dispersaron.

Sátiro no sabía cómo les estaba yendo a sus amigos y a sus guardaespaldas, pues los robledos ocultaban la acción principal, y persiguió a sus oponentes derrotados colina abajo, alejándose de la refriega.

No se alejó mucho; aquellos hombres no iban a regresar. Hizo girar a su montura pero resultó que el poderoso castrado era un caballo de batalla nato y no tenía el menor interés en girar. Sátiro echó mano de las riendas, pero el bocado era blando, de cuero o hueso, como los de los sakje, y el castrado no sintió una especial necesidad de responder. Se precipitaron ladera abajo.

Sátiro recorrió un estadio o más antes de conseguir que el castrado volviera la cabeza. Aquiles estaba justo a su lado.

—¿Estás loco? —preguntó el hombretón.

Sátiro negó con la cabeza.

—El loco es este gigantón —contestó. Comenzó a subir cuesta arriba y Aquiles lo siguió de cerca.

La línea todavía resistía. Sátiro ahora los veía claramente en lo alto del paso. Había un montículo de jinetes y caballos muertos delante de ellos, y el resto de la caballería enemiga se había dispersado por el collado.

Sátiro los señaló.

—Confío en que no tengan arcos —dijo en voz baja. Él y Aquiles cabalgaron sin trabas por el centro del angosto valle; recorrieron dos estadios.

Para entonces, los hombres de Apolodoro estaban recogiendo sus jabalinas y rebanando el cuello a los heridos, o arrastrándolos a lugares resguardados. Apolodoro llevaba a hombros a un asirio cuando Sátiro llegó; gruñó, dejó al hombre en la sombra y le dio agua.

Tenían seis prisioneros, todos ellos heridos.

—Lidios —dijo Apolodoro, cuando Sátiro hubo desmontado—. Oficiales mercenarios de las milicias de las ciudades.

Sátiro asintió.

—Gracias a los dioses —respondió.

—De todos modos, casi nos liquidan —dijo Apolodoro.

Sátiro buscaba amigos. Anaxágoras estaba dando agua a un infante de marina herido.

—Dos muertos —dijo Apolodoro—. Y un arquero herido. Lo que me da miedo es el próximo ataque.

Sátiro deambuló entre sus hombres, recogiendo odres de vino y cántaros.

—Aquiles, ahí abajo hay una cascada. Llénalos todos, por favor.

—Soy tu escolta —gruñó Aquiles.

—No habré muerto cuando regreses —dijo Sátiro.

Aquiles gruñó otra vez, pero cogió los cántaros y obedeció.

Sátiro montó de nuevo en su castrado y cabalgó hasta lo alto del paso, donde era

más estrecho. Desde allí arriba vio movimiento en el fondo del valle, hacia Magnesia, y también en las faldas de los montes; veinte estadios o más.

Regresó junto a Apolodoro y Anaxágoras.

—Llevad a todo el mundo a lo alto del desfiladero, debajo del árbol grande. Apilad piedras; cortaremos el árbol cuando nos ataquen.

—¿Por qué no ahora? —preguntó Anaxágoras.

—Por la sombra —contestaron Sático y Apolodoro al unísono.

Dos horas más, y el sol era abrasador. Sático y sus veinte hombres estaban apiñados en la sombra. Corría una buena brisa y todos habían bebido su ración de agua.

Una pared de piedra seca cortaba casi todo el camino en el paso. Había pequeñas aberturas en los márgenes, pero allí el suelo era tan pedregoso que ninguno de ellos había logrado clavar una sola estaca, cuidadosamente afilada, en los agujeros, y cuando probaron a calvarlas delante del muro, Sático pudo derribarlas de un palmetazo.

Sático miraba las rocas que tenían encima; los riscos del paso descollaban sobre su cabeza, como mínimo a lo largo de un estadio.

—Podemos repeler un ataque fortuito —dijo—, pero si apostan arqueros y lanzadores de honda ahí arriba, estamos perdidos.

—Me siento como un crío jugando a soldados —dijo Anaxágoras—. Hemos construido nuestro fuerte y tenemos un montón de piedras para lanzarlas. Mi padre me lo habría prohibido.

Se rio por lo bajo.

—¿Tu padre os prohibía estas cosas? —preguntó Apolodoro—. El mío nos daba una paliza si regresábamos a casa sin sangre debajo de las uñas.

—Ahí vienen nuestras tropas —dijo Anaxágoras, y, desde luego, ahí estaban: cien infantes de marina montados en burros y otros cien arqueros.

La caballería antigónida llegó una hora después y ni siquiera intentó atacar el muro, disuadida por la primera descarga cerrada de flechas. Los arqueros salieron de sus escondites, pero aquellos jinetes eran profesionales y se habían oído algo sospechoso.

Sático los observó, haciendo visera con la mano.

—Un escuadrón de verdad —dijo.

Aquiles asintió.

—Los *agêma* —dijo—. O los Compañeros. En cualquier caso, un regimiento de élite —prosiguió—. Fíjate en sus armaduras.

Sático no estaba dispuesto a permitir que bloquearan el collado. Una hora después de su llegada, calculó que eran unos doscientos. Formó una esmerada línea perpendicular al paso, disponiendo a su hombres en orden abierto, con los arqueros al

frente, preparados para cerrar filas al primer toque de trompeta, y descendió raudo hasta lo alto del valle.

El oficial antigónida nunca se había enfrentado a un ataque de infantería, vaciló... y perdió un buen número de hombres cuando los arqueros los tuvieron a su alcance. No desperdició más recursos tratando de romper la línea de escaramuza de Sátiro; eso le quedó claro. Sátiro ocupó de nuevo su posición inicial sin haber perdido a un solo hombre.

Sátiro y sus hombres recogieron a los enemigos heridos y a todos sus caballos.

Otra hora más y los *apobatai*, la élite de Nicéforo, llegaron a lo alto del collado a paso ligero y bajaron por la otra vertiente para formar detrás de su línea. Nicéforo iba con ellos, lo mismo que Delios, su comandante.

—Habéis tardado poco —dijo Sátiro. Abrazó al mercenario—. Buena idea, la de los burros.

—¿Eh? Fue cosa de Cármides —respondió Nicéforo—. Aunque hice que se quedara con la guarnición. —Bajó la vista al valle—. Ah, los *agêma*. Ese es el viejo Coeno, ¿verdad? Ahora lleva las de perder con nosotros.

—Quiero obligarlos a retroceder hasta más allá de ese bosque de ahí abajo —dijo Sátiro—. Pero he supuesto que tus muchachos necesitarían tomarse un respiro.

Nicéforo sonrió.

—Eso es para los jóvenes —respondió—. Los viejos como yo podemos correr para siempre; será mañana y pasado mañana cuando lo pague.

Sátiro recorrió a caballo la línea, dando instrucciones a sus hombres. Estaban ansiosos; en aquella guerra había algo personal que surtía el efecto de un tónico, y además Sátiro llevaría el mando de sus hombres en persona. Se dio cuenta de que a los soldados les gustaba tenerlo cerca; los llamaba por su nombre, elogiaba a unos y otros su destreza, daba palmadas en la espalda y, a cambio, se nutría de su admiración.

Apolodoro le dedicó una sonrisa desabrida y se echó el yelmo para atrás.

—Es divertido vencer, ¿verdad? —preguntó.

Acto seguido trotaban cuesta abajo, los *apobatai* en formación cerrada en el centro y el resto de infantes de marina por las laderas. Esta vez los *agêma* se retiraron en cuanto vieron movimiento. Como buenos jinetes de caballería, permanecieron fuera del alcance de los arcos, pero cuando llegaron al fondo del valle, hicieron una incursión contra los flancos de Sátiro, separándose en orden perfecto para desplegarse, solo que se encontraron con que Sátiro había duplicado el número de arqueros en los flancos y, tras perder a dos hombres, se replegaron.

Entonces Sátiro los presionó implacable.

—Daría cualquier cosa por veinte sakje —dijo a Aquiles.

Hizo montar de nuevo a su escolta, algunos en caballos mejores, pero no eran jinetes lo bastante buenos para darle la ventaja que necesitaba para llevar a cabo la persecución. Los *agêma* no podían acercarse a su línea y él no podía atacarlos.

Atardecía, y el sol dejó de ser el enemigo. Estaban a diez estadios de Magnesia. La caballería enemiga tenía refuerzos y había intentado atacar sus flancos otra vez, pero los *apobatai* entrenaban con los sakje, practicaban cargas contra caballería como las que hacían los hipaspistas de Alejandro, y su contraataque los había hecho huir en desbandada.

—Ojalá la guerra fuese así siempre —dijo Sático—. Es como un buen día en la palestra.

—Salvo para los muertos —repuso Apolodoro.

Caía la noche, los hombres comían aceitunas, cebollas y queso que habían sacado de sus morrales y Sático vigilaba al grupo de mando enemigo, que estaba a unos dos estadios de distancia. Le constaba que se trataba del grupo de mando por el ir y venir de mensajeros.

Su falange había cruzado el desfiladero; una masa oscura que descendía por el camino a sus espaldas. Sus mensajeros también iban y venían sin cesar.

Nicéforo se había agenciado un caballo.

—Parte de su caballería es de las satrapías, creo. ¿Ves esos albornoces? —preguntó.

—Persas —dijo Aquiles—. Nobles persas. Mira cómo cabalgan.

Anaxágoras estaba haciendo ejercicio, no porque lo necesitara, según les había asegurado, sino para estirar los músculos agarrotados de tanto montar.

—¿Nos enfrentaremos a los medos? ¡Qué honor!

—Solo si ese hombre es idiota —terció Apolodoro—. No puede enfrentarse a nosotros sin infantería. Tenemos demasiados arqueros, y en tanto que este suelo es rocoso y desigual, nuestros infantes de marina son sus iguales.

—Más mensajeros —dijo Sático. Una docena de hombres se dirigía hacia el grupo de mando enemigo, hombres altos con armadura, y de repente Sático supo que estaba mirando al mismísimo Tuerto.

Antígono *el Tuerto* era más bajo que una montaña, pero no mucho más bajo. Su armadura parecía de plata maciza, y el pelo blanco le sobresalía del yelmo.

—Ajá —dijo Sático, y sonrió. El comandante de los *agêma* estaba recibiendo instrucciones de su señor.

—Van a retirarse —dijo Apolodoro.

—Querrás decir que van a atacar —respondió Anaxágoras.

Apolodoro asintió.

—Cuando hablas de música o de filosofía, tú eres el maestro indiscutible —dijo—. Mira a esos filarcos. ¿Hacia qué lado miran?

Antes de que el sol se hundiera la anchura de un dedo, un heraldo salió al galope desde el grupo de mando enemigo.

Sático lo recibió justo cuando llegaba su falange, cuyos hombres jadeaban por el esfuerzo después de haber pasado semanas en sus naves.

—El rey de Asia solicita permiso para recoger a sus muertos —dijo el heraldo—.

Tiene a algunos de tus hombres que intercambiaría gustosamente por los nuestros.

Sátiro miró a Apolodoro buscando confirmación.

—Tenemos... ¿Dieciséis? —preguntó.

Apolodoro asintió.

En la distancia, Antígono dio media vuelta a su caballo y se marchó a medio galope.

—Esperaba reunirme con tu amo —dijo Sátiro—. Soy Sátiro de Tanais.

—Ya nos lo figurábamos —respondió el heraldo—. ¿Debemos suponer que has tomado Éfeso, haciendo caso omiso del tratado y desafiando a los dioses y a los hombres?

Sátiro sonrió.

—Más bien diría que la he tomado con la ayuda de los dioses y los hombres. Pero sí, la ciudad y la ciudadela. A cambio, ¿debo suponer que os estáis retirando porque Lisímaco os viene pisando los talones?

El heraldo aceptó un vaso de agua que le ofreció Anaxágoras y asintió.

—¡Maldición, sí! Nos ha faltado tan poco... Ya era nuestro.

—Bien, ahora no lo es. Como tampoco tenéis Éfeso ni una flota. —Sátiro apartó la vista del heraldo para mirar a Antígono alejándose por la llanura—. Creo que el rey de Asia se encontrará con que esta guerra ha cambiado por completo.

Antígono dio una copa de vino al filarco. Presentaba dos heridas, una en el muslo y otra en el cuello, de modo que no cabía duda de que hubiese cumplido con su misión.

—Nunca hemos estado tan cerca de derrotarlos —dijo el filarco—. Su rey estuvo con ellos; el día entero; en primera línea.

Antígono asintió.

—Así es como hay que hacer las cosas —dijo—. Pensaba que Lisímaco había intentado matarlo. ¿Y mi hijo estaba convirtiendo a ese hombre en su amigo? —Se encogió de hombros—. Ha faltado poco. Puedes retirarte; asegúrate de que te cambien esos apósitos, muchacho. Narses, dale un caballo; el que él elija. Necesito hombres que sean capaces de combatir aunque estén heridos.

Cuando el joven filarco se hubo marchado, Antígono gruñó consternado:

—¿Éfeso perdida?

—A lo mejor miente —murmuró Filipo, su jefe de estado mayor.

—¿En serio, Filipo? ¿Y cómo, exactamente, habría hecho subir a cinco mil hombres al desfiladero si no ocupara Éfeso? ¿Si Plistias estuviera detrás de él? —Negó con la cabeza—. Un día, un puñetero día y habríamos liquidado al maldito Lisímaco y la guerra habría terminado.

Filipo miró hacia el valle. Veinte estadios los separaban de las fuerzas de Sátiro de Tanais. Los hombres de Lisímaco que habían huido en desbandada seguían

llegando en tropel. Solo su retaguardia, dirigida por él en persona, se mantenía cohesionada.

—¿Ataque nocturno? —preguntó Filipo.

Antígono negó con la cabeza.

—Hoy he cometido dos errores —dijo con aspereza—. He subestimado un parte de exploración, mortalmente exacto, en el que se me informaba de que había tropas de refuerzo subiendo al collado. Y luego lo he apostado todo en un ataque contra esas fuerzas en lugar de arremeter contra los flancos de la retaguardia de Lisímaco. —Negó con la cabeza de nuevo—. Filipo, a veces hay que aceptar que Tiké no está a tu lado. Nuestra caballería está cansada. Lisímaco está acabado. Deja que se marche.

Filipo negó con la cabeza.

—Te equivocas; es ahora o nunca. Si nosotros estamos cansados, Lisímaco lo está diez veces más. No podrá repeler un ataque coordinado. Y todavía está a diez estadios de esas tropas de refuerzo.

Antígono estaba cansado, se sentía viejo y no confiaba en Filipo tal como confiaba en su hijo; no le gustaba el tono autoritario de aquel hombre. Llevaba en la silla desde el alba y no se veía dirigiendo un ataque nocturno desde una litera.

—No —insistió.

—Lo dirigiré yo mismo —repuso Filipo.

—Dame una copa de vino —dijo Antígono.

—A duras penas los mantiene unidos —dijo Estratocles, en cuanto llegó a lomos de su caballo. Parecía que le hubiesen dado una paliza: cansado, con bolsas en los ojos y la espalda encorvada—. Pide, suplica, en realidad, que vayas con algunos hombres; solo para alentar a la tropa.

Apolodoro le agarró la brida.

—No —dijo—. Sería una locura correr semejante riesgo.

Sátiro contemplaba las últimas luces del anochecer.

—¿A qué distancia está? —preguntó.

—Diez estadios —contestó Estratocles.

—Veamos si los *apobatai* hacen honor a su nombre —dijo Sátiro.

—¡Insensato! —dijo Apolodoro.

—¡Chitón! —respondió Sátiro—. Puedo y debo hacer esto. Agradecería que confiaras en que tengo una estrategia.

Apolodoro negó con la cabeza.

—Persigues la gloria —sentenció.

Sátiro controló su genio.

—No —respondió—. Me estoy ganando un aliado. De por vida. —Miró a sus amigos y oficiales—. Esto no es vanagloria. Esto es política. Deseo salvar a Lisímaco en persona. ¿Entendéis?

Apolodoro se encogió de hombros.

—Entiendo que prometí a tu hermana, todos lo hicimos, que evitaríamos que cometieras excesos.

Sátiro no pudo por menos de reír.

—Pues tendría que haberse quedado para ayudar. ¿Nicéforo?

El mercenario asintió.

—Si montamos a todos los jinetes, tenemos sesenta hombres, y el resto puede ir en mula —dijo Nicéforo—. Aunque si nos atacan estamos perdidos.

—¿De noche? —preguntó Anaxágoras.

—¿Quieres venir? —preguntó Sátiro a su vez, alegremente.

Filipo insistió en sus argumentos hasta que fue autorizado a efectuar un ataque nocturno contra Lisímaco. Antígono no le permitiría cruzar el valle para atacar a Sátiro.

—Ese cabrón se esconde detrás de una pared de piedra —dijo Antígono—. Me harías perder a un centenar de jinetes; los caballos se romperían las patas. Ni hablar. Ahora bien, una incursión contra Lisímaco... Inténtalo.

El ataque comenzó mal, pues su caballería persa se perdió en la oscuridad. No obstante, a su caballería griega le fue mejor, siguiendo una línea de haces de mimbre dispuesta por un oficial con iniciativa, y arremetieron contra la retaguardia de Lisímaco como furias, sembrando muerte a diestro y siniestro. Filippo reagrupó a la caballería griega y al escuadrón de Compañeros que había involucrado, e hizo una pausa para enviar *prodromoi* a averiguar dónde estaba la línea siguiente, suponiendo que existiera una línea siguiente.

Entonces una horda de bárbaros cargó contra sus Compañeros; surgieron de la oscuridad chillando, sin dejarse intimidar por la caballería, con tatuajes y enormes espadas empuñadas con ambas manos, y el combate se fue al gairete. Cuando retrocedió y ordenó a su trompeta que diera el toque para reagrupar a sus tropas, todos sus jinetes se batieron en retirada. De repente habían abandonado el territorio enemigo, y se toparon con fuerzas enemigas que se movían en la oscuridad, y a sus reclutas de las satrapías les entró el pánico y se dispersaron.

—¡Maldita sea, idiotas, estamos ganando! —les gritó Filippo.

Momentos después los bárbaros estaban muertos o huyendo en estampida; tracios, pensó. Pero había perdido el control de la situación, siempre frágil en plena noche, y era un perro viejo lo suficiente astuto para saber cuándo un ataque nocturno era una causa perdida.

—Hay regulares griegos en el olivar —dijo un explorador—. Han hecho huir a los medos y ahora están rodeando nuestro flanco.

Filipo envió al explorador de vuelta junto con media docena de *agêma* y aguardó, llamando a reagruparse.

Al cabo de unos minutos cayó en la cuenta de que su trompeta estaba enviando una señal al enemigo.

El oficial de sus *prodromoi* regresó con una flecha en el costado.

—Vienen para acá —dijo—. A cientos.

Filipo no oyó nada más, el estridente *eleuelai eleuelai* de los griegos llegó a través del terreno baldío, y su caballería se retiró a medio galope bajo una lluvia de jabalinas y con los flancos amenazados por los tracios.

A un estadio de su campamento, la huida en desbandada aflojó la marcha donde el anciano tenía una falange en campo abierto, formada en buen orden, lanzas en ristre. Defendieron su posición y el enemigo declinó el combate. Los peltastas enemigos, si eso es lo que eran, formaron casi donde se les perdía de vista y se escabulleron.

Filipo, indignado, se quitó el yelmo y fue al encuentro del anciano.

—Mis disculpas, señor —dijo lacónicamente.

Antígono le pasó una cantimplora.

—Les hemos dado demasiado tiempo. Dejemos que se vayan.

Filipo negó con la cabeza.

—Tendría que haber dado resultado.

Antígono gruñó.

—No, en absoluto. —Dio una palmada en la espalda a Filippo—. Soy un viejo cabrón y necesito dormir. Pero la próxima vez que te diga algo, confía en mí, ¿eh?

Filipo bebió un largo trago de vino amargo y escupió.

A dos estadios de allí, Sátiro se apoyó en la lanza que le quedaba. A su lado estaba Lisímaco, el sátrapa de Tracia.

—Estoy en deuda contigo —dijo Lisímaco—. Dioses, después de esto, casi que han merecido la pena los tres últimos días.

Sátiro asintió, casi invisible en la oscuridad.

—Bien... ¿Se te puede hablar claro, aliado?

Lisímaco asintió y dio un gruñido.

—Me gusta creer que soy famoso por ello.

Sátiro abrió su cantimplora, bebió vinagre aguado con miel y se la pasó al sátrapa de Tracia.

—Nada de avances al norte de Heraclea. Nada de joder la marrana en Sinope. Ni un solo soldado en territorio sakje; y me enteraré en cuestión de horas. No más jugar a los asesinatos. Tú yo seremos aliados. Mi hermana te vigilará como un halcón y, si muero, te convertirás en su peor enemigo.

Lisímaco tosió.

—Era Casandro quien te quería muerto. Pensaba que si tú y Estratocles uníais vuestras fuerzas... —Se volvieron, como de común acuerdo, y comenzaron a caminar de regreso al desfiladero—. No deja de ser irónico. En efecto, unisteis vuestras

fuerzas, y el resultado ha sido mi recate. —Se encogió de hombros—. Nunca fue algo personal.

Sátiro habló con dureza.

—Será bastante personal si haces que me maten ahora. Solo espero que lo entiendas. Si los masagetas occidentales se enfrentaran a los getones y los bastarnos, perderías toda Tracia; al menos mientras durase la guerra tribal. Por no hablar de lo que la flota le haría a su comercio marítimo.

—¿Qué quieres que diga? —dijo Lisímaco—. La he pifiado. Y tú me has salvado el pellejo igualmente.

A Sátiro se le ocurrió pensar, por obra de los dioses o tal vez de algún ente peor, que estaban a solas y a oscuras y que, casi con toda certeza, él estaba más descansado y era mejor luchador cuerpo a cuerpo. Podía matar a Lisímaco y, probablemente, quedarse con su ejército. Tal vez tomar Tracia.

—Cuando lleguemos a Éfeso, me gustaría que jurases ante Artemis que serás mi aliado. Yo también prestaré juramento —dijo Sátiro.

—¿Eso es todo? —preguntó Lisímaco.

Sátiro tuvo tentaciones de explicarse pero, al amparo de la oscuridad, negó con la cabeza. Lisímaco era otro tipo de hombre, más parecido a Estratocles que a Sátiro, y tenían poco en común.

—Eso es todo —dijo.

—No podemos mantener Éfeso ocupado —admitió Sático. Se habían replegado en la ciudad, con las tropas de refuerzo de Sático en la retaguardia. Antígono ni siquiera los había seguido hasta el desfiladero.

Lisímaco escrutaba el mar.

—Pensaba que teníais una flota —dijo.

—Nunca he tenido suficientes naves para transportar a tu ejército —respondió Sático—. Antígono marchará de regreso a Magnesia y seguirá hacia el norte, por los desfiladeros, para separarnos de Frigia y Heraclea.

Nicéforo señaló el mapa presurosamente desplegado con un espetón de asar carne.

—Al sur está Tolomeo —dijo.

Diocles negó con la cabeza.

—Corre la voz de que Tolomeo va de regreso a Egipto y que prácticamente ha llegado —dijo.

Sático asintió.

—Eso es lo que dijo Melita, y he recibido un mensaje de León que dice lo mismo. —Negó con la cabeza—. Es como si ambos bandos estuvieran malditos, siempre incapaces de juntar las fuerzas que necesitan para cambiar la situación imperante. —Miró a Lisímaco—. Me temo que estamos a punto de unirnos a tu retirada.

—Ares —dijo Lisímaco, y negó con la cabeza—. Si ataja hacia el norte desde Magnesia, él está en el eje de la rueda y nosotros en la llanta. Tendremos que ir más lejos.

Nicéforo asintió.

—Por suerte, en las montañas su caballería no vale una saliva en una plancha. Serán más lentos que nosotros.

Lisímaco entornó los ojos.

—Si llega a Sardis primero...

Anaxágoras, que había seguido la conversación mientras limpiaba una mancha de óxido de su lanza, se levantó, se limpió las manos con una toalla que le ofreció un esclavo y admiró su trabajo.

—Si llega a Sardis primero, nos alegrará tener Éfeso bajo nuestro control —dijo.

—¿Y tú eres? —preguntó Lisímaco. Su intención, ser grosero, fue evidente.

—Anaxágoras de Corinto, músico y filósofo —dijo—. ¿Y tú?

Apolodoro se rio, y Lisímaco se puso colorado.

—Soy el rey de Tracia —respondió.

—Estupendo. Encantado de conocerte. ¿No deberíamos estar marchando? —preguntó Anaxágoras.

Sátiro dejó a Apolodoro como comandante de la guarnición de la ciudadela con todos sus infantes de marina; la flor y nata de su infantería y su mejor comandante. Pero Apolodoro tenía órdenes claras: defender la ciudad solo en caso de un ataque menor y, de lo contrario, abordar las naves de Diocles y marcharse.

—Si pierdes la ciudad, procura operar fuera de Lesbos; Mitilene y Metinma serán contrarias a nuestras operaciones —le advirtió Sátiro.

Diocles se rio.

—Puedo tomar Lesbos con veinticinco naves y los infantes de marina —dijo—. Podría poner de gobernador a Abraham —agregó con malicia. Abraham había saqueado la campaña de Mitilene años antes, durante otra campaña. Diocles miró a Abraham, que no merecía su fama de pirata despiadado.

Abraham sonrió.

—Lo que tú ordenes —dijo. Con quitón, clámide y armadura parecía diez años más joven.

—No tomes Lesbos —dijo Sátiro. Dio la mano a su navarco, a su mejor amigo y a Apolodoro, y montó en su caballo. Estaba entrenando a su guardia montada: Cármides y veinte infantes de marina que Apolodoro había seleccionado.

—No te hagas el soldado de infantería —le advirtió Apolodoro.

Sátiro sonrió.

—Intentaré ser todo un rey —respondió.

Apolodoro dirigió la mirada hacia donde estaba el rey de Tracia con su guardia montada.

—No como ese —dijo.

Sátiro sonrió, hizo recular un poco a su caballo y dio media vuelta, despidiéndose alzando el brazo. Pero notó una mano en la pierna y frenó, y ahí estaba Abraham.

—Me obligas a preguntar, y eso no es propio de un amigo —dijo Abraham.

Sátiro negó con la cabeza.

—Seguro que ya lo sabes. ¿Por qué echar sal a la herida? —Miró en derredor para ver quién podía oírlos, pero Apolodoro, con el aire de un hombre que ha sido advertido, se estaba llevando a Diocles hacia la ciudadela.

—Quiero que me lo digas a la cara. ¿Crees que voy a aceptar esto sin más? —preguntó. Masculló las últimas palabras, muy en la línea del terror de los mares que había sido cinco años antes.

Sátiro por fin comprendió que había un malentendido.

—Me dijo que no. —Se encogió de hombros—. Le propuse que nos casáramos.

Fue como si alguien hubiese dado una patada a Abraham.

—¿Te dijo que no? —preguntó—. ¡Pero se ha marchado! —Miró alrededor con los ojos un tanto desorbitados—. Había supuesto... es decir, temido... Oh, maldita sea, Sátiro, creía que se había ido a vivir a tu tienda. Me ha amenazado con hacerlo

un montón de veces.

Sátiro no pudo contener la risa aunque el momento no fuese en absoluto cómico.

—No es mía, hermano de mi corazón ya que no por nacimiento. Me echó en cara mi religión y me pidió que la dejara en paz. Así lo hice. Dije cosas que lamento haber dicho. Le dije que encontraría a otra, y mentí. No encontraré a otra. —Miró en derredor; Nicéforo estaba reteniendo a un mensajero, agarrándolo del brazo, y el mundo seguía su curso. Aquello estaba resultando demasiado público, y ni él ni Abraham podían decir... nada más.

Abraham se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—Eso explica tu silencio, desde luego —dijo—. ¿Dónde está?

Sátiro suspiró.

—Con Melita. Siempre fueron buenas amigas, de niñas.

Abraham negó con la cabeza.

—¿Ni una nota? —preguntó.

Sátiro se encogió de hombros.

—Hermano, estoy tan perdido en el mar como tú. —Se rio con amargura—. Supongo que ha sido para lo mejor, ¿eh?

Abraham entornó los ojos.

—¿Tan mal lo tienes? —preguntó.

Sátiro dio un resoplido.

—Por supuesto.

Abraham enderezó la espalda.

—El Señor hace estas cosas con un propósito —dijo—. Tal vez haya un propósito en todo esto.

Sátiro enarcó una ceja.

—No permitas que Diocles y Apolodoro se peleen —dijo—. Búscanos más mercenarios, si puedes. Tengo que evitar que Lisímaco se desdiga. —Sonrió—. Y enseña a montar a Cármides.

Abraham miró hacia la escolta de Sátiro.

—Buena suerte con el entrenamiento —dijo.

El segundo día la escolta estaba cansada pero, para el cuarto, ya se había endurecido. Su manera de montar también había mejorado, aunque era casi un placer ver cometer errores al guapo y atlético Cármides. Carecía de talento para la equitación y no amaba a los caballos.

Los nobles tracios de Lisímaco eran jinetes experimentados, tan duros como los sakje; la mitad de ellos eran getones, enemigos ancestrales de los masagetes occidentales. Iban en la silla del alba al ocaso, y aparte del puñado que ejercía de escolta y de los mensajeros, el resto batía las colinas del noroeste.

El ejército disponía de una buena provisión de alimentos y, gracias a los

ciudadanos de Éfeso, que nunca los amarían, tenían carretas y animales de tiro, y el equipaje del ejército viajaba dentro de un cuadrado impenetrable que formaron los falangistas de mayor confianza de Lisímaco. Sátiro mantenía unidas a sus tropas en una sola división; cuatro mil soldados de infantería pesada al mando de Nicéforo, otros mil no tan buenos al mando de Estratocles y Heracles, y trescientos arqueros con armadura a las órdenes de Scopasis, el capitán de la guardia de Melita. Muchos de los arqueros, no todos pero casi, eran sakje o persas, y si bien habían llegado como arqueros de las naves de guerra, Sátiro les buscó caballos en los alrededores de Éfeso, así como en los valles del norte, y cada caballo le proporcionó un arquero montado más; un soldado mucho más valioso, con diferencia. Por el momento, Sátiro tenía a sesenta de ellos montados.

Los caballos escaseaban en aquellas regiones de Asia. Además, los arqueros montados necesitaban más de un caballo por hombre. En casa, en el Mar de Hierba, los masagetas consideraban pobre a un guerrero que solo tuviera cuatro caballos.

El quinto día de retirada, levantar el campamento ya se había convertido en una rutina. Tras una pantalla de hombres montados y un pantalla interior de infantería en formación, los esclavos y los infantes de clase baja desmontaban las tiendas y los toscos refugios contruidos con lo que hubiera a mano. Los tracios construían cabañas que luego quemaban, antes de reanudar la marcha.

Scopasis se aproximó a Sátiro mientras este vigilaba a una docena de esclavos que desmontaban el pequeño pabellón que su nuevo mayordomo había adquirido, o hecho hacer, y cargaban su equipo en una reata de burros. Aquel mayordomo hacía muy bien su trabajo, y la libertad lo había vuelto todavía mejor. Se llamaba Fobos; Apolo lo había enviado.

Había pagado en metálico los animales de tiro para Sátiro. Obtuvieron los mejores. La mayoría de soldados se había limitado a llevarse sin más los animales que necesitaba.

—Señor de los Hombres que Marchan —comenzó Scopasis con suma formalidad.

Sátiro sonrió. Aquel sakje lleno de cicatrices era un antiguo amante de su hermana, un antiguo forajido y uno de los hombres más duros que Sátiro hubiese conocido. Tan duro como Apolodoro o incluso más, y, sin embargo, su cortesía era un tanto cautelosa y reticente.

—Scopasis, ¿cómo estás esta mañana?

Scopasis hizo una reverencia.

—Deseo pedir un favor, señor.

Sátiro lo había visto venir. Lo llevaba escrito en cada línea de su postura.

—Pues pide.

—Quiero llevarme a mis mejores hombres y abandonar la columna. —Inspiró profundamente—. Durante... unos días.

Sátiro también inspiró profundamente, retuvo el aire, contó hasta diez y lo soltó.

—¿Para qué? —preguntó.

—Caballos —dijo Scopasis, encogiendo los hombros—. Los hombres de Antígono tienen. Los necesitamos. A decir verdad, señor, si no montamos a mi gente, algunos regresarán a las naves a pie. —Volvió a encoger los hombros—. No nos gusta caminar.

Sátiro torció el gesto, pero le constaba que Scopasis no se inventaba lo que decía.

—¿Qué plan tienes? Preguntó.

Scopasis se echó a reír.

Al despertar, Sátiro oyó el tamborileo de la lluvia en el tejado de la tienda. Casi todos los piqueros de Nicéforo carecían de refugio, pero la costa eolia de Asia no tenía un clima húmedo, y confiaba en que la lluvia no se prolongaría. Se dio la vuelta entre las mantas de lana y siguió durmiendo.

Volvió a despertar bajo una lluvia torrencial; las rachas de agua azotaban su pabellón como golpes de garrote.

Entró Cármides, con la clámide de lana empapada.

—Zeus Hospites. Señor, Lisímaco dice que debemos marchar.

Sátiro se restregó los ojos. Llovía tan fuerte que cuando una ráfaga alcanzaba el tejado del pabellón, una fina nube de agua aparecía en el interior de la tienda.

—Me sorprende que las estacas hayan resistido —dijo.

Cármides sonrió.

—Hay una docena de esclavos bajo la lluvia sujetando los vientos de tu tienda —dijo.

Sátiro suspiró.

—Mejor ser esclavo de un mal amo —citó—. ¿Necesitas una clámide seca?

Cármides negó con la cabeza.

—Es inútil.

—¿Tanto así? —preguntó Sátiro.

Una hora después iba calado hasta los huesos, con la cabeza gacha bajo un sombrero de paja, montando como un granjero, con la silla prácticamente en la grupa del caballo y las piernas colgando. El agua no era fría, pero sí mojada. Saltos de agua y cascadas decoraban las empinadas laderas de ambos lados del desfiladero que atravesaban, y las rocas brillaban bajo el sol acuoso, y el cielo era un montón de nubarrones oscuros, apilados unos encima de otros por el vendaval que venía del mar en su carrera tierra adentro.

Aquella noche Fobos negó con la cabeza.

—No se está muy seco ahí dentro, señor —dijo. Señaló el pabellón, los vientos tan tirantes como estachas entre naves de combate, el techo perfectamente tenso. Láminas de lluvia caían de él en oleadas. Dentro, Fobos había hecho montar una

tienda menor, casi con toda certeza la suya. La tienda interior protegía la ropa de cama de Sático.

—Tengo un poco de carne de venado y una vasija de vino, señor —dijo Fobos, e inclinó la cabeza.

—Espléndido —dijo Sático—. Eres un trabajador milagroso. Invita a Cármides y a Anaxágoras.

Se maravillaron con la tienda interior, bebieron vino, comieron pinchos de carne y se quejaron del tiempo. Sático envió a un esclavo en busca de Nicéforo y Estratocles, que acudió con Heracles. Los tres llegaron empapados y sucios de barro hasta las caderas, y Fobos hizo que los lavaran en la tienda exterior.

Sus amigos abarrotaban la tienda interior, y todos elogiaban a Fobos. El mayordomo resplandecía ante tan desacostumbradas alabanzas.

—Podríamos quedarnos aquí alegremente, bien secos —dijo Sático—, pero los miembros de las falanges están empapados y pasan frío.

Nicéforo gruñó.

—He estado empapado y muerto de frío hasta que enviaste un entoldado. —Negó con la cabeza—. No es normal. Nunca había visto llover de esta manera.

Sático asintió.

—De todos modos, tenemos que marchar. Según sabemos, a tres valles de aquí no está lloviendo.

Anaxágoras asintió como si aquello fuese lo más sensato que hubiese oído en su vida.

—Por supuesto —dijo—. Nunca me lo hubiese planteado así.

—¿Cuántas hogueras hay encendidas? —preguntó Sático al joven Heracles. Cármides se inclinó hacia delante para hablar pero Sático le hizo callar.

—No lo sé —contestó Heracles. Apenas comenzaba a reponerse de la miseria de estar empapado y con más frío del que recordaba haber pasado jamás.

—¿Cinco? ¿Cincuenta? —preguntó Sático.

—No lo sé —repitió Heracles.

—Ve a averiguarlo —dijo Sático—. Si los hombres no tienen hogueras, tendrán demasiado frío para dormir y mañana estarán demasiado mojados para moverse, y habrá deserciones. Otro día más, y los hombres empezarán a morir. Y son nuestros hombres.

Heracles negó con la cabeza.

—¿Y qué más da? Si mueren, contrataremos más.

Los ojos de Sático parecieron chispear a la luz de la lámpara.

—Andando, joven Heracles. Es una orden.

—No es justo —dijo Heracles, pero se puso de pie. Estratocles se levantó para acompañarlo. Sático lo retuvo.

—Que aprenda a ser rey —dijo—. O al menos a ser un buen filarco.

Heracles hizo una tarea concienzuda. Regresó al cabo de una hora.

—Nuestros hombres tienen cincuenta y cuatro hogueras encendidas —informó—. Ahora están encendiendo más. La leña sube por el desfiladero desde las granjas del llano.

Sátiro le dio una palmada en la espalda.

—Buen trabajo —dijo, y le pasó una copa de vino.

Por la mañana llovía menos pero seguía lloviendo y había resfriados y estornudos por todo el campamento. Los hombres de Lisímaco habían pasado una noche todavía peor al estar más lejos de la leña, y fueron más lentos en prepararse para la partida. Los hombres de Sátiro aguardaban bajo la lluvia. Muchos de ellos llevaban sombreros y capotes de paja, y los hombres de Nicéforo marchaban armados y con armadura, llevando solo las *sarisas* en las carretas. Casi todos los hombres de Lisímaco marchaban llevando solo un quitón y pasaban frío.

—Si llevan sus armas, tienen algo que vender en caso que deserten —dijo Lisímaco—. Además, con tantos tracios, me consta que no tendré sorpresas.

Contaba con miles de bárbaros que se movían como las olas, cubriendo los montes distantes y el fondo pedregoso del valle. Incluso bajo la lluvia, sus armaduras emitían reflejos de oro.

Sátiro no vio motivo para discutir.

—Cuando coronemos ese cerro —dijo señalando al noreste—, veremos el mar. Entonces habrá que seguir adelante hasta Sardis.

Lisímaco asintió.

—Tenemos que hacer una pausa para aprovisionarnos —dijo.

Sátiro gruñó.

—¿Te refieres a comprar comida a los granjeros o a llevarte lo que necesites sin más?

—Esto es una satrapía de Antígono —respondió Lisímaco—. Nos llevaremos lo que queramos.

—Tampoco es que hayan tenido elección. ¿Por qué no pagar? Tendremos mejor inteligencia y dejaremos a una población amistosa a nuestras espaldas.

Sátiro inclinó el sombrero y observó cómo caía el agua.

Lisímaco lo miró como si tuviera dos cabezas.

—Nadie tiene tanto dinero —dijo—. Si tuviéramos que pagar las provisiones, no habría guerra.

Sátiro se limitó a mirarlo. Melita le parecía cada vez más perspicaz.

El octavo día, Estratocles y Lucio se adelantaron hasta Sardis escoltados por un grupo selecto de soldados de caballería a modo de escolta. La lluvia no había cesado, y los hombres de Lisímaco estaban desertando. Nicéforo había perdido a una docena.

—Necesitamos máquinas de asedio —dijo Sátiro a Jubal. El nubio sonrió. Por el momento no había desempeñado ninguna función en la campaña, aparte de cabalgar

en silencio con la escolta. Era un jinete nato.

—Estaré encantado de construirlas —respondió—, pero necesitaré unas cuantas cosas: madera, hierro, bronce. Algunos artesanos cualificados.

—Sardis —dijo Sático.

Jubal sonrió.

—Claro.

—O bien nos detenemos y la asediamos, y tendrás que construir algunas piezas de artillería, o bien nos abre las puertas y podrás obtener lo que necesites.

Jubal puso mala cara.

—Claro —dijo—. Señor.

Pero Sardis les abrió las puertas a cambio de un pago en metálico al comandante de la guarnición, y Lisímaco dejó a sus hombres extramuros. Jubal compró un par de herreros esclavos, algo de metal y madera cortada y cepillada por valor de un talento de plata. Compró carros y telas impermeabilizadas con aceite de linaza.

Sático compró vasijas; vasijas de fuego como las que se usaban a bordo de los tirremes para mantener el fuego encendido todo el día. Compró hasta el último retal de lona de la ciudad: todos los pabellones, todas las velas de las barcas de pesca. De las montañas llegó una caravana procedente del puerto con nuevos cargamentos. Gastó el diezmo que generaba en un verano la Propóntide en material para hacer tiendas de campaña.

No sirvió para poner fin a la lluvia pero se granjeó el agradecimiento del ejército.

La tercera mañana en Sardis, la decimoprimera desde que partieran de Éfeso, reemprendieron la marcha, justo cuando los exploradores de Antígono aparecieron en lo alto del desfiladero. Sático envió un mensajero a Apolodoro con órdenes de abandonar Éfeso. La ciudad de nada les serviría, pues antes de transcurridas doce horas Antígono cortaría el camino.

Sático fue a medio galope hasta donde estaba Lisímaco, que observaba el descenso de los exploradores de Antígono por el camino que habían dejado atrás. Se les unieron Nicéforo, Estratocles, dos jefes tracios de Lisímaco y Nikeas, el comandante de su escolta y su mano derecha, así como Lucio.

—Doscientos estadios desde aquí hasta Heraclea —dijo Lisímaco.

—En su mayoría entre montañas —respondió Sático—. ¿Has establecido una ruta?

Lisímaco asintió.

—Había planeado tomar el Camino Real desde aquí —contestó—. No contaba con que Antígono nos pisara los talones.

Sático reparó en las primeras unidades formadas que cruzaban el cerro.

—Creo que de todos modos el Camino Real no es una buena opción. Hasta que Plistias se recupere, las naves que tengo en Lesbos cubrirán el flanco del mar. Me gustaría permanecer en contacto con ellas. Propongo que vayamos hacia el norte, atravesando las montañas hasta Cícico, en la Propóntide, o como mínimo, allí donde

conduzca el camino que va hacia el este. Mis naves controlan los estrechos. Desde allí podemos trasladarnos al este por etapas con nuestros flancos cubiertos.

Lisímaco se frotó la barba.

—Eso significa marchar a través de Bitinia. Territorio hostil, muy hostil.

Sátiro saludó con la mano a Mitrídates, rescatado de Demetrio en Éfeso.

—Qué bien que nos viene tener a mano un rey de Bitinia, ¿verdad? —dijo.

Lisímaco lo miró. Incluso Estratocles lo miró con respeto.

Sátiro asintió.

—Pero antes, si se me permite el atrevimiento, deberíamos repeler el avance de la guardia del Tuerto, pues de lo contrario se nos echará encima.

El combate en los vados del río Hermo no fue memorable en ningún aspecto, salvo en que Anaxágoras les contó que los griegos jonios habían luchado contra los persas y los lidios allí.

—Está en Herodoto —dijo Anaxágoras—. Justo aquí, en el puente, hace doscientos años, poco más o menos. Los griegos resistieron, el sátrapa persa de Lidia resultó herido y los jonios se escabulleron.

—Y luego vencieron en Maratón —dijo Cármides.

—¡Ja! —terció Sátiro—. No fueron los jonios. Eran instrumentos al servicio de las potencias en guerra.

—Siguen siéndolo —agregó Estratocles—. Demasiado ricos.

—Demasiado blandos —apostilló Lucio.

Cármides entornó los ojos.

—Un momento... —dijo Cármides.

Anaxágoras levantó las manos.

—¡Es historia! —dijo—. No un insulto deliberado. Además, ¿no me dijiste una vez que tu padre era espartano?

Sátiro volvió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Cómo vino a Lesbos un espartano?

En la llanura, los exploradores enemigos avanzaban cansinamente, y detrás de ellos vinieron dos escuadrones de caballería y un *taxeis* de piqueros, marchando a paso vivo.

Cármides se puso colorado y guardó silencio.

—Aquí vienen —dijo Anaxágoras, y se encasquetó el yelmo. Estaban apostando soldados en una barricada de estacas oculta por una hilera de esteras cubiertas de plantas; era difícil montar una emboscada en un vado frecuentado y sin un resguardo en diez estadios a la redonda.

Los exploradores llegaron a la otra orilla del río y no les gustó lo que vieron. Diez minutos después, la caballería enemiga alcanzó el río pero no lo cruzó, y el *taxeis* se detuvo detrás de ella.

Llegó su equipaje y comenzaron a montar su campamento.

Sátiro los observaba con verdadero respeto.

—Antígono es bueno —dijo.

Lisímaco, que ya estaba retirando a sus mejores bárbaros de las posiciones de emboscada, asintió.

—Es el mejor que queda de nosotros. ¿Por qué lo dices?

—Porque ha tendido una trampa contra la nuestra, hete aquí por qué. Se supone que debemos arremeter contra esa avanzadilla de su guardia, tan alejada de su ejército y sin apoyo. Pero, mira: caballería en los dos puentes.

Lisímaco asintió.

—Me ha engañado un montón de veces y, sin embargo, juro que podría tomar ese *taxeis* antes de que la caballería tuviera ocasión de salvarlo.

Sátiro se encogió de hombros.

—Si esa fuese la guerra que estamos haciendo. Pensaba que nos estábamos retirando.

Lisímaco se rio.

—Así es, así es.

Filipo, con la avanzadilla de la guardia del Tuerto, acampó al otro lado del cauce, dispuesto a vender cara su vida.

Sátiro se retiró y cabalgó por detrás de una pantalla de tracios.

Y aquella noche Scopasis apareció en el campamento. Sátiro había recibido aviso de su llegada; ruido de cascos de caballo. Los centinelas empuñaron las armas y escrutaron la oscuridad.

Traía más de mil caballos en total. Todos sus *sakje* iban montados, y la manada de caballos cubría tanto espacio como el resto del campamento.

—Odio la lluvia —dijo Scopasis. Sonrió—. Pero es buena para robar caballos.

—¿Cómo has conseguidos tantos? —preguntó Cármides.

—Con paciencia —contestó Scopasis.

—¿Me enseñarás? —preguntó Cármides.

—Sí —dijo Scopasis escuetamente.

La ironía, la mano de Tiké para algunos, era que de pronto Sátiro tenía magníficos exploradores de caballería, de hecho los mejores en dos mil estadios a la redonda, justo cuando ambos ejércitos entraban en las montañas. La llanura de Sardis daba paso a los desfiladeros de los montes Temnos. Los *sakje* quedaron inscritos en el grueso del ejército, cruzando altos desfiladeros boscosos que se estrechaban hasta la anchura de las huellas de quienes los seguían.

Pero Scopasis parecía resuelto a explorar, y Sátiro lo envió al norte y al sur en busca de pasos alternativos sobre los grandes pliegues de tierra que separaban los verdes valles de Lidia y Misia.

Detrás de ellos, la caballería y la infantería ligera de Antígono proseguían su avance para no darles tregua.

Y en los cielos las nubes llegaban en grandes cantidades desde el mar, una tras otra, de tal modo que Sático, cabalgando cuesta arriba por la tercera ladera empinada del día, tenía la impresión de llevar media vida empapado. Había convertido en práctica habitual el montar entre los *apobatai* de Nicéforo, llamándolos por su nombre y pidiéndoles quitones secos para hacerlos reír. De vez en cuando desmontaba, entregaba su caballo a un esclavo y marchaba a pie con sus propias raciones de rancho en un morral de cuero, no porque el acto en sí tuviera valor alguno, sino solo porque la infantería necesitaba saber que estaba a su lado.

Cinco días después de partir de Sardis, cuando la lluvia diríase eterna y los agricultores que encontraban por el camino mostraban signos de desesperación por aquel tiempo que inundaba sus campos, Sático estaba marchando con los *apobatai*. Descubrió que los hombres con quienes compartía el sendero eran Lucio, Estratocles y Heracles.

Heracles le lanzó una mirada medio de reproche, medio pidiendo alabanzas.

—Me han dicho que tenía que hacer esto —dijo, y se encogió de hombros.

Llevaba una lona impermeable, una olla de bronce y el mismo morral grande de cuero que Sático, aunque el suyo tenía adornos de bronce. En realidad llevaba el equipo completo de marcha de un hoplita o un falangista. Lo seguía a trompicones un adolescente con su escudo y su yelmo.

Sático se rio.

—Llevas más cosas que yo, muchacho —dijo.

Heracles sonrió. Sático se dio cuenta de que era la primera vez que veía sonreír al chico, que estropeó el efecto resollando para luego alardear.

—¡Es fácil!

La mezcla resultaba hilarante. Sático disimuló su sonrisa, dio una palmada al chico en la espalda y siguió avanzando bajo la lluvia.

Dos estadios ladera arriba, Estratocles se incorporó a su fila.

—Te adora —dijo.

Sático se rio.

—Es un efebo en un cuerpo de hombre.

Estratocles negó con la cabeza.

—Pregunta sin parar. ¿Cómo lo hace Sático? ¿Cómo se viste Sático? —Estratocles sonrió—. Mira ese sombrero; tuvo que buscar al mismo campesino que tejió tu sombrero de paja.

Sático se rio pero acto seguido afirmó con la cabeza.

—Todo el mundo necesita a alguien a quien seguir —dijo—. Yo tuve a Filocles. A ese muchacho podría irle peor que a mí.

Estratocles lo miró y enarcó una ceja.

—Sabes que eres un arrogante, ¿verdad, señor?

Sátiro asintió.

—Si no puedo servir de modelo para los efebos como rey guerrero del norte, ¿para qué sirvo? —preguntó.

—Muy bien, pues —dijo el ateniense—. Me limitaré a mantenerlo apartado de los judíos, ¿de acuerdo?

Sátiro contó veinte pasos antes de permitirse contestar.

—Perdón —dijo Estratocles—. Quería hacer una broma.

Lucio, caminando con dificultad detrás de ellos, se rio.

—La de hombres que he matado por culpa de tu supuesto sentido del humor.

—Cuéntame tu historia, Lucio —dijo Sátiro, para matar el rato.

El latino se adelantó, sus largas piernas se comían el sendero pedregoso. Ahora el ejército avanzaba en columna de a dos, alargándose en los desfiladeros veinte estadios o más. Sátiro y los *apobatai* eran la retaguardia, excepto por los exploradores y los arqueros apostados para hostigar a la vanguardia de Antígono. Cuando Sátiro coronó una cresta alta, pudo ver el distante centelleo acuoso de hierro y bronce. El Tuerto.

Lucio se volvió y contempló el sendero que descendía hacia el valle. Eran casi los últimos. De repente, Sátiro tuvo la extraña sensación de estar solo con Estratocles y Lucio y de que aquella guerra no era más que el tipo de irresponsabilidad contra la que lo había prevenido su hermana. En realidad no estaban solos, reconoció a Filos y Miltíades un poco más arriba, pero procuró no resultar muy evidente al abrir la vaina de su espada; notó que se atascaba y desvió la mirada hacia Lucio.

Lucio seguía escrutando el sendero que habían recorrido.

—Me parece que Antígono ha madrugado esta mañana —le dijo.

En las faldas del monte, en el valle que acababan de abandonar, aparecieron una docena de jinetes y una gruesa columna de infantería, trotando con decisión hacia ellos.

Sátiro empuñó su espada de nuevo y tuvo que tirar de ella para desenvainarla, pues la hoja tenía manchas de óxido.

Lucio lo miró.

—En mi tierra, eso es un crimen —dijo.

Sátiro asintió.

—Si mi preceptor me viera con una espada oxidada... —dijo. Luego miró hacia el valle—. ¡*Apobatai*! —llamó.

Algunas cabezas se volvieron.

—¡Filos! —llamó Sátiro—. Sube corriendo el sendero y dile a Nicéforo que empiece a formar la retaguardia. El Tuerto está intentando atraparnos. ¡Ved que ocurre en las cumbres de ahí arriba!

Filos dejó caer el escudo y se echó a correr, ascendiendo a toda velocidad el empinado sendero con la reserva de energía de todo buen soldado profesional.

Lucio miraba los precipicios que se alzaban ante ellos.

—Estamos jodidos —dijo.

Sátiro negaba con la cabeza.

—¡Tengo exploradores en todos los valles! —protestó.

—Han subido a las crestas —dijo Lucio—. Una vez arriba, moverse no es tan difícil.

Comenzaron a caerles rocas desde las alturas.

El primer ataque solo fue un sondeo, en realidad; cincuenta miembros de diversas tribus cargando desde las rocas.

Sátiro defendió su terreno entre Heracles y Lucio. Heracles estaba asustado, aterrorizado, y hablaba sin cesar, haciendo oír su joven voz por encima de todo lo demás. Habló sobre su madre y sobre una competición que había ganado, una historia lamentable, y no paró de decir que no tenía miedo.

—Aquí vienen —dijo Lucio. Sus primeras palabras en una hora.

Por suerte, buena o mala, los únicos atacantes decididos, un par de hombres demasiado jóvenes para entender la palabra amago, o eso le pareció a Sátiro, fueron derechos hacia su zona de la línea mientras les caía encima una lluvia de jabalinas. Una jabalina se clavó en el escudo de Heracles, que retrocedió medio paso, le dio la vuelta para arrancarla y cayeron sobre él.

Lucio abatió a uno; un simple y brutalmente oportuno tajo contra el hombre que corría hacia ellos a toda pastilla. Un hombre que corre es muy vulnerable. Casi todos los soldados aflojan la marcha cuando alcanzan la pared de escudos, pero aquellos misios no. Murió en el acto.

Sátiro intentó hacer lo mismo que Lucio pero Heracles, presa del pánico, caminaba arrastrando los pies y entonces, lleno de temor, arremetió contra los miembros de aquella tribu, apartando por completo a Sátiro del combate.

La lanza enemiga lo alcanzó justo encima del corazón, rebotó en su *thorax* de bronce, resbaló hacia el cuello y le cruzó la cara. Heracles, herido y desesperado, agarró el fuste y quedaron cara a cara, y la mano de Heracles subió hacia su axila tal como le enseñaban en el entrenamiento, empuñó la espada, la desenvainó hacia atrás y golpeó por encima de la cabeza el rostro del adversario, y, por pura suerte o gracias a Tiké, se la clavó en el ojo, y el enemigo, un muchacho de la misma edad de Heracles, se desplomó, y su espíritu abandonó su cuerpo.

La lluvia de jabalinas había cesado.

—¡Lo he matado! —exclamó Heracles, eufórico—. ¡Por los dioses! ¡He defendido mi posición!

Lucio asintió.

—Sí —dijo. Dio la vuelta a los dos cadáveres y los registró. No tenían nada.

—¡Lo... lo he matado! ¡Cuerpo a cuerpo! ¡Me has visto, Sátiro! —dijo el joven, y por poco se puso a bailar; dio unos saltos, y los ojos le brillaban.

—Esa era la parte fácil —dijo Lucio—. Ahora vienen por nuestros flancos. ¿Dónde está Nicéforo?

Sátiro tenía lo mismo en mente.

—¡Atrás! —gritó a los *apobatai*.

—Huele... a ciervo —dijo Heracles. Contemplaba el muchacho que yacía a sus pies. El pelo lacio del joven caído estaba mojado de su propia sangre, y las moscas ya se posaban sobre aquella masa de alimento. Poco a poco, y con una espantosa certidumbre, el cadáver vació su intestino grueso.

—¡Oh... dioses! —dijo Heracles, y vomitó sobre el cadáver que yacía a sus pies.

Lucio lo agarró del pelo. Permaneció a su lado hasta que el muchacho hubo terminado, y Sátiro le dio un poco de vino de su cantimplora de cerámica.

—Bienvenido a la hermandad de Ares —dijo Lucio.

Sátiro dio una palmada al joven en el espaldar de la coraza.

—Muévete más deprisa o terminarás como él.

Reanudaron el ascenso por el desfiladero al trote.

Empezaron a caer piedras otra vez.

Casi en lo alto del desfiladero, encontraron a Filos muerto, con un tajo en el cuello.

—Oh, no —dijo Lucio.

—Heracles, no nos abandones —dijo Sátiro. Tenía a la mayoría de los *apobatai*, casi doscientos hombres. La opción más evidente era hacerlos formar en el espacio abierto de lo alto del paso y repeler cualquier ataque hasta que Estratocles, Cármides o Nicéforo presintieran que algo iba mal.

Contra esta solución, lo alto del paso se encontraba entre dos grandes riscos que quedaban a un tiro de piedra. Los hombres que defendieran el paso serían bombardeados con piedras y rocas sueltas; no sería el fin del mundo, pero sí molesto. Y había un poco de niebla, casi una bruma, hasta donde alcanzaba la vista de Sátiro. Si su mensajero había muerto, podría transcurrir una hora antes de que Nicéforo se preguntara qué ocurría.

—¿Alguna gran idea? —preguntó Lucio.

Sátiro cobró consciencia de que lo embargaba el *daimon*^[12] y percibió el olor a gato mojado que tantos años llevaba sin oler. «Tal vez moriré aquí —pensó—. Sería propio de Heracles conceder a sus devotos el tiempo necesario para poner los pensamientos en orden de modo que pudieran morir como héroes».

—Sí —dijo. Miró en torno a sí, buscando a los filarcos—. Todos los oficiales —dijo—. Conmigo. Formad filas, caballeros.

Los filarcos de los *apobatai* se reunieron en torno a él, y Delios se echó el yelmo para atrás, mirando en derredor a través de la bruma.

—Aquí podemos resistir, señor —dijo.

Sátiro negó con la cabeza.

—Eso es justo lo que quieren que hagamos —respondió—. En cuanto todos los

muchachos estén juntos, subiremos a ese risco de ahí. No señaléis. Todos a la vez. Los hombres de los flancos tendrán que subir gateando y luchar. Pero si llegamos arriba resistiremos. ¿A quién le queda agua?

Nadie tenía una gota.

—Justo allí hay un arroyo. Que toda la tropa llene las cantimploras. Luego subimos. Filarcos, tomaos el tiempo necesario para buscar vuestra ruta de ascenso.

—Ares... Qué lástima —dijo Delios—. Pero... llevas razón. Mejor morir como leones.

Sátiro sonrió.

—No tengo intención de morir —dijo—. Mi intención es llegar a lo alto de ese risco y matar a cuanto encuentre allí arriba.

Delios no estaba seguro de si el rey bromeaba.

—¿Señor?

Sátiro asintió, dirigiéndose a todos ellos.

—Heracles está con nosotros —dijo.

Detrás de él, oyó que el joven Heracles preguntaba a Lucio:

—¿Qué quiere decir? ¿Se refiere a mí?

—Chitón —respondió el latino.

Los hombres tardaron una eternidad en llenar sus cantimploras. Sobre ellos caían flechas, jabalinas y piedras cada vez con más frecuencia a medida que el enemigo ocupaba el risco que se alzaba ante ellos; más hombres en el risco de detrás. Sátiro paró una roca con el escudo y tuvo que saltar para que no le aplastara los tobillos.

En algún lugar, también tenían amigos. Seguramente eran los arqueros que habían salido de buena mañana a explorar; había miembros de tribus enemigas muriendo en lo alto del risco, y flechas volando en ambas direcciones.

—No lo entiendo —dijo Lucio—. ¿Quiénes son esos bellacos?

—Ni idea. A un arquero regalado no se le mira el dentado —dijo Sátiro. En voz más alta, agregó—: Tiradlo todo menos la cantimplora y el quipo de combate. Si tenéis una lanza larga, descartadla. Si conseguís una o dos jabalinas, cogedlas.

Las filas avanzaban arrastrando los pies mientras los hombres se desprendían de los morrales de comida. Los veteranos se llevaban un trozo de pan o echaban una fruta madura en el pliegue delantero de su quitón. Algunos hombres lo tiraban todo; otros lo guardaban todo.

Había hombres que se apelotonaban, ansiosos por empezar, por acabar de una vez. Por salir de debajo de la lluvia de muerte. Dos hombres habían caído, uno con el cráneo aplastado, otro con un tobillo roto y el cráneo aplastado.

—Aguardad —gritó Sátiro. Encima de ellos, los misios daban gritos de guerra.

El joven Heracles se detuvo y escupió, tratando de quitarse de la boca el sabor a muerte. Lucio parecía aburrirse. Sátiro observaba los montes que se cernían sobre ellos, deseoso de oír las trompetas de la columna principal.

Parecía un lugar raro y un tanto estúpido para morir. Pero el olor a gato mojado

era penetrante en su nariz, y sus manos temblaban con el poder de la *eudaimonia*. Sentía fluir por sus manos la fuerza de diez hombres.

—Si esta es vuestra última hora —gritó Sático con su voz más tempestuosa—, usadla para demostrar a los dioses que sois héroes, no hombres.

Los *apobatai*, al borde de la desesperación y la derrota, lo oyeron, y su rugido de desafío fue el rugido de un león herido, agazapado entre la maleza, todavía peligroso.

—¡A por ellos! —gritó Sático, y emprendieron el ascenso; una carrera alocada, de roca en roca, bajo una descarga cerrada de jabalinas y piedras; casi imposible trepar protegiéndose la cabeza con un *aspis*. Sático subió un pie a una roca grande y algo lo alcanzó en la cadera expuesta, pero acto seguido estuvo arriba, sin saber cómo, y en lugar de resbalar hasta poder encaramarse a la roca siguiente, simplemente saltó; aterrizó en el pico de la siguiente roca gigantesca, el pie ya le resbalaba, y lo hizo otra vez, corriendo de pico en pico mientras las jabalinas le golpeaban el escudo.

No era el único hombre que corría por la cresta de las rocas en lugar de buscar su camino.

Solo era el más rápido.

Subió la ladera del risco y en tres brincos estuvo frente a su primer oponente; estaba perdiendo el equilibrio, y aquel hombre se encontraba debajo de él, de modo que Sático lo lanceó certeramente en lo alto del cráneo cuando se volvió para huir, acertando de pleno en la coronilla, y Sático saltó otra vez. Se encontró en una pequeña planicie herbosa, del tamaño de un puesto de timonel, enfrentado a dos hombres, uno con un arco y otro con un hacha. El arquero clavó una flecha en la espalda del hombre del hacha, que murió ensartado en la lanza de Sático, con los ojos todavía llenos de remordimiento por el error cometido al dejarse llevar por el pánico. De pronto las tribus misias comenzaron a huir en desbandada y los *apobatai* les dieron caza entre las rocas de lo alto del risco hasta que se toparon con unos lanzadores de jabalina agrianos, oriundos del norte de Macedonia; infantería ligera profesional, formada en parte por veteranos de las primeras campañas de Alejandro. Había unos cincuenta, además de unos cuantos tiradores de honda.

Eran profesionales pero no llevaban armadura, escudo ni desesperación. Los hombres de Sático sufrieron bajas por culpa de las hondas, al menos diez cayeron como consecuencia de otros tantos lances, pero entonces, como por arte de magia, una docena de sus arqueros exploradores apareció en un punto más alto del monte, atacando a los agrianos por la espalda, culminando así la toma del risco. Los misios terminaron masacrados, treinta de ellos fueron hechos prisioneros, y los agrianos se empeñaron en librar una obstinada acción de retaguardia aun cuando sus jabalinas tenían menos alcance que los arcos sakje de los exploradores. Pero sabían cubrirse y moverse, y se escabulleron con menos de una docena de bajas.

Sático subió a la cima del risco y se dejó caer contra una piedra. Tenía la espada roja de sangre y óxido, y cuando levantó la hoja para señalar a los tiradores de honda enemigos, la sangre le ensució la mano. Tuvo que luchar otra vez cuando un misio

herido decidió morir antes que rendirse e intentó llevarse a Sático con él. Sático tuvo que matarlo dos veces; un golpe en la cabeza que tendría que haberlo matado y otro que lo decapitó antes de que cayera a sus pies.

Y entonces volvió a dejarse caer contra una roca, el dolor de la cadera era tan agudo que a duras penas se sostenía de pie, y la espada se le pegó a la mano al secarse la sangre de la empuñadura.

Heracles fue el primero en encontrarlo, le dio agua y luego le mojó la mano hasta que la sangre seca se deshizo y pudo abrir el puño de nuevo.

—Aquí no llueve —masculló Sático. A sus pies podía ver a Nicéforo avanzando raudamente hacia él con trescientos lanceros.

—¿Puedes caminar, señor? —le preguntó Heracles.

Sático se rio.

—Tú también eres rey, chaval. Tú y yo no nos llamamos señor.

Heracles miró en derredor.

—¿Esto es... todo lo que hay? ¿Sático? ¿En esto consiste... la guerra? —Se miró los pies, cubiertos por una costra del barro de Ares: sangre, excrementos y tierra—. He tenido mucho miedo.

Lucio se acercó y estrechó los hombros del muchacho con un brazo, y Sático bebió vino de su cantimplora y se frotó la cadera. El *thorax* había resistido, pero ahora que tenía tiempo de mirar, vio que la piedra, pues pensaba que había sido una piedra, había aplastado el reborde en la cadera, desgarrándole la piel.

—Ayúdame a quitarme esto —jadeó. La sangre le estaba empapando el trasero y la entrepierna y le corría por las piernas.

Dejó caer el escudo y ellos desabrocharon el *thorax* y se lo quitaron. Echó en falta su coselete de escamas, pero estaba a miles de estadios al norte.

La herida en sí no era nada, la piedra había aplastado la armadura, y el pliegue de bronce roto le había cortado la cadera repetidamente a cada paso que daba; una serie de cincuenta cortes semicirculares, de los que había manado sangre.

—Esto te dejará una cicatriz espectacular —dijo Lucio—. ¿Puedes caminar?

Sático negó con la cabeza.

—Enseguida me repongo. Tira ese *thorax*; aquí no lo podemos arreglar.

El joven Heracles negó con la cabeza.

—¿Y permitir que pongan tu peto en un trofeo? —dijo—. ¡Ni hablar!

Agarró una piedra y aporreó el punto donde el metal se había abierto y torcido. Con tres golpes le devolvió la forma original, dejando el borde dentado hacia fuera para que no se volviera a clavar en la cadera de Sático.

—¡Buen trabajo, muchacho! —dijo Lucio. Se lo pusieron a Sático por la cabeza y lo abrocharon, y Sático solo sintió el dolor de la herida y cierta presión adicional donde el peso del *thorax* se apoyaba sobre sus caderas. Usó su clámide empapada en sangre para hacer una especie de almohadilla y aún tuvo ánimo para guiñarle el ojo a Heracles.

—Gracias —dijo—. Aunque en realidad no me importa que construyan un trofeo —agregó.

—Ha sido increíble —dijo Heracles, mientras comenzaban a bajar de la montaña—. Me siento como un dios.

Sátiro asintió. El vino le había subido a la cabeza y lo único que quería era dormir. La lluvia había cesado. El sol comenzaba a hacerse sentir a través de la bruma. Nicéforo corría a su encuentro y lo miró con alivio.

—¡No lo sabía! —gritó, desde unos cincuenta pasos.

Cuando Sátiro lo alcanzó, dio una palmada al mercenario en la espalda.

—Yo tampoco. Antígono es un verdadero bellaco.

Reagruparon a la retaguardia, recogieron a sus muertos y se retiraron siguiendo el sendero del desfiladero.

«Sí —pensó Sátiro—. Esto es todo lo que hay».

Libro IV

Casandro estaba en la entrada de su pabellón, contemplando la llanura polvorienta hacia donde Demetrio había acampado, con la playa y sus naves detrás de él. Todavía era oscuro; veía las hogueras de sus adversarios.

—¿Hoy? —preguntó en voz alta a la mujer acostada en su cama—. Ares y Afrodita. Ese canalla puede acabar conmigo cuando le venga en gana. ¿Por qué aguardar?

Fiale yacía en la cama de Casandro, considerando sus opciones. No había esperado que Casandro fuese derrotado tan fácilmente. Seis meses antes era el capitán general de su alianza, al borde mismo de la victoria, y ahora estaban al borde mismo de la aniquilación, con sus ejércitos acosados en toda la Grecia continental y su flota totalmente destrozada.

—Pérfidas desagradecidas; Atenas, Corinto, Platea, Megara... Ninguna de ellas me respaldará. —Casandro cogió el vaso de zumo que le ofreció un esclavo—. Márchate —le ordenó.

Fiale se preguntó si Casandro se pondría... difícil. Los hombres derrotados causaban muchos problemas.

—Le ofrecí mi rendición absoluta si me dejaba como rey de Macedonia. Le ofrecí cambiar de bando y atacar a Tolomeo y a Lisímaco.

El sol comenzó a salir a espaldas de Casandro. Se veía viejo, viejo y malvado.

Fiale se encontró con que estaba acostada en la cama de un hombre viejo y malvado que había perdido una guerra. Suspiró. Casandro había perdido las ciudades griegas debido al maltrato gratuito que les había dispensado, pero aquel no era el mejor momento para decírselo.

Se preguntó si podría saltar de su cama a la de Demetrio.

¿Y si mataba a Casandro? Eso sin duda la congraciaría con Demetrio.

El sol asomaba en el horizonte. Fiale se desesperó. «Tengo treinta y cinco años —pensó—. Soy demasiado mayor para llevar esta vida. Y pronto mi cuerpo dejará de ser lo que todo hombre desea».

—¿Sabes que Sático de Tanais sigue vivo? —dijo Casandro con amargura—. Me pregunto si un astrólogo podría haberme ayudado. Todo lo que he emprendido este año se me ha ido de las manos.

Fiale se incorporó en la cama. Como estaba desnuda, atrajo su atención.

—Ah, eso te hace reaccionar, mi querida gata callejera.

Casandro se acercó a ella, le puso una mano en un pecho y le retorció el pezón con más crueldad que pasión.

—Tiéndete otra vez —ordenó.

Fiale no era cortesana porque sí, y obedeció lánguidamente. Atractivamente. Como si el deseo de Casandro la inflamara. Y mientras él la montaba pensó en él y lo odió, y saboreó su recién descubierto sentimiento hacia él. El sexo con odio no era

nuevo para Fiale y, a su manera, resultaba gratificante.

Casandro no tardó mucho y, cuando hubo acabado, Fiale lo observó regresar a la entrada. El sol había salido; los gallos del campamento cacareaban. Y un mensajero corría hacia ellos cruzando el espacio abierto de enfrente del pabellón.

—¡Señor! —gritó el mensajero—. ¡Señor! ¡Demetrio se ha marchado!

—¡Ja! —exclamó Casandro, y regresó al interior y la besó en la cabeza, cosa que Fiale detestaba—. ¡Eres la piedra de toque de mi fortuna! ¡La hija de Tiké! ¡Haces el amor a Fiale y el mundo gira!

«Cuánto te odio», pensó Fiale. Y suspiró.

Demetrio fue el primero en saltar de la cubierta de su nave a la playa de Éfeso, pero no había hoplitas enemigos que matar ni heroicidades que hacer. Quienes aguardaban en la arena eran Filippo, el general de su padre, y doscientos hombres.

—Gracias a los dioses que estás aquí —dijo Filippo.

Demetrio puso los ojos en blanco.

—Tenía a Casandro. Lo tenía. ¿Qué ha sucedido?

Filippo puso los ojos en blanco.

—Teníamos a Lisímaco... y entonces el rey del Bósforo apareció en el mar con cincuenta naves, tomó Éfeso, ahuyentó a Plistias hacia el sur y salvó al maldito Lisímaco. Su flota controla la Propóntide, y sus ejércitos, que no pueden competir con el nuestro, se están retirando hacia Heraclea por las montañas. Tu padre quiere que te dirijas a la Propóntide y venzas a su armada.

Demetrio sonrió.

—Vaya, ¿Sátiro vivo?

Filippo se enojó.

—¡Claro que está vivo! —respondió.

Demetrio comenzó a caminar playa arriba.

—¿Habéis tomado la ciudadela? —preguntó.

—El comandante cogió sus naves y se marchó sin más. Una delegación de ciudadanos fue a nuestro encuentro en los desfiladeros y nos dijo que la ciudad estaba abierta para nosotros. —Filippo se encogió de hombros—. Sátiro los despojó de bestias de carga. Tu padre se ha quedado con todo su oro. Tengo que dotar a la ciudad de una guarnición y regresar contigo.

Demetrio negó con la cabeza.

—No, no. Creo que haré lo que sugieres y que daré caza a su flota en los Dardanelos. —Miro a Filippo a la cara—. ¿Y los rehenes? —preguntó.

Filippo se encogió de hombros otra vez.

—Los rodios los han recuperado —dijo.

Demetrio maldijo.

—Entonces no tenemos supremacía naval.

Todas las naves de Demetrio desembarcaron a sus hombres para que pudieran cocinar la cena y estirar las piernas. Desapercibidos en medio de la multitud, media docena de hombres con armadura se alejaron del campamento y enfilaron el camino de la ciudad hasta sus puertas. Al cabo de una hora habían comprado caballos o, mejor dicho, jamelgos, el tipo de animal que queda cuando un ejército ha pasado por una población.

Ahora Isocles contaba con sus propios hombres; hombres del tipo que él prefería, no afeminados de voz melindrosa como el médico ateniense sino hombres curtidos de clase baja que no se daban tono o que, si lo hacían, lo hacían de una manera que Isocles comprendía.

Él mismo iba a matar a Sátiro de Tanais. Y tenía un plan.

Cuatro días después Demetrio alcanzó a Diocles en las bocas de los Dardanelos, con sus naves en la playa. Diocles no sabía que hubiera una flota enemiga tan cerca y había concedido un día de descanso a sus remeros.

Demetrio llegó desde el sur, y las naves varadas en el norte de la playa tuvieron tiempo de hacerse a la mar y huir. Diocles puso su nave a flote; era la undécima en la playa, y los rezones de Demetrio ya estaban arrastrando a la octava.

Apolodoro era el duodécimo. Iba al mando de su reconstruido *Maratón*. Diocles lo veía en la popa, dando voces.

Diocles se volvió hacia su timonel.

—Velocidad de embestida —dijo.

Vio que la esperanza se apagaba en los ojos de su subordinado, pero Leónidas obedeció.

El *Atlante* de Diocles viró suavemente, cobrando impulso cuando los remeros hundieron más las palas en el agua. El timonel oriundo de Tarento sonrió forzosamente.

—Es Demetrio —dijo en voz baja.

Diocles vio la figura dorada junto al timonel de dos naves más allá, un enorme *penteres* cuyas máquinas ya estaban lanzando grandes proyectiles contra el *Atlante*. Diocles asintió.

—Tengo que ganar tiempo —dijo, excusándose.

Leónidas se encogió de hombros.

Diocles corrió a proa, donde ya había hombres muertos a causa de los pesados proyectiles que caían a bordo.

—¡Los muertos por la borda! —gritó. Se volvió hacia su capitán de infantería de marina—. Las sofisticadas armas de repetición de Jubal, al agua —dijo—. No pienso regalárselas a Demetrio.

Nautarco, su mejor infante de marina, sonrió.

—Por la borda, y lastradas —contestó.

—Pues entonces las vasijas de fuego; todo lo que tengamos —dijo.

—Los cadáveres por la borda, las máquinas de Jubal, las vasijas de fuego — repitió Nautarco—. Esto pinta mal, ¿eh?

—¿Sabes nadar? —preguntó Diocles.

—Sí, señor —respondió el infante.

—Bien, reza a Poseidón y no saltes al agua todavía —dijo Diocles, y le dio una palmada en la espalda. Acto seguido trepó a la proa, sobre el espolón, para observar las naves enemigas. El *penteres* de Demetrio estaba virando, tratando de decidir si su ataque era una finta o no. Estaba tan cerca del trirreme del otro lado que sus remos respectivos amenazaban con embarullarse, y si conseguían situarse a popa de Demetrio, Diocles podría ensartarle su espolón y ciar para alejarse.

Miró las siete naves que había perdido, que se mecían juntas sobre las olas. Se sintió idiota. Se sintió como si se estuviera clavando su propia espada, pero Diocles no tenía el menor interés en suicidarse.

Corrió a popa hasta el puesto del timonel. No todos sus remeros estaban en las bancadas correctas y solo entonces comenzaron a aflojar el ritmo de la estrepada. Un estrépito en proa al ser alcanzados por otro proyectil.

Más remeros muertos. Eso era lo que ocurría cuando una nave se precipitaba contra veinticinco. Treinta. Un buen número, en cualquier caso.

—Dale justo detrás de la proa. No puede maniobrar; mira el tamaño de esa bruja. ¿Quieres que tome los remos de gobierno?

Leónidas lo miró fijamente.

—Vamos a morir, ¿verdad? —preguntó.

Diocles asintió. En voz baja, contestó:

—Sí.

—Pues entonces deja que me vaya al Hades a mi manera. —Leónidas se irguió—. ¿Sabes quién colonizó Tarento, Diocles?

—Esparta. Me los has contado unas cincuenta veces.

Diocles pensó que tal vez disponían de cien segundos, siempre y cuando el enemigo no le arrancara la proa primero.

Vio cómo se hundía una de las máquinas de repetición de Jubal en el agua que dejaban atrás. Una cosa menos en mente.

Otro estrépito en proa. Sátiro se había llevado a todos los arqueros. Él no tenía con qué responder excepto su espolón.

El trirreme enemigo se había apartado del *penteres*; ya no iban a embarullar sus remos. Había faltado poco. Los trierarcas todavía se gritaban desde sus respectivas cubiertas de mando.

De todos modos, nunca se había presentado una oportunidad tan buena.

El *penteres* venía hacia él.

—Ataquemos el trirreme —dijo Leónidas—. No podemos fallar; todavía está

virando.

—Y el *penteres* nos alcanza —dijo Diocles.

Leónidas asintió.

Diocles asintió.

El tarentino se apoyó sobre los remos de gobierno y la nave viró, levantando flecos de espuma en su proa. Diocles vio caer un proyectil al agua, un disparo fallido; el viraje les había granjeado eso, cuando menos.

Y entonces arremetieron. El espolón se clavó pocos palmos detrás de la serviola y destrozó la caja de remo en una explosión de astillas y gritos. El impacto fue tan fuerte, y el *Atlante* iba tan deprisa que empujó la nave alcanzada hacia abajo y atrás, y el agua formó espuma sobre su proa mientras se hundía. Su popa abordó la proa del trirreme siguiente, barriendo sus remos; más remeros gritando, hombros dislocados, hombres desollados por las astillas.

El *penteres* estaba sobre ellos, por supuesto, pero Diocles disponía de veinte segundos y los aprovechó.

—¡Lanzad las vasijas de fuego! —ordenó. Acto seguido rugió—: ¡Por la borda! ¡Salvaos a nado!

Los hombres saltaron de inmediato, habían estado aguardando la orden. Los infantes de marina se habían quitado la armadura y los remeros habían soltado los remos en cuanto colisionaron con el trirreme enemigo.

Leónidas se encaramó a la barandilla.

—¿Vienes? —preguntó. El trirreme enemigo estaba en llamas, y la proa de su consorte también había prendido.

—Después de ti —bromeó Diocles, y entonces la jabalina de un infante de marina enemigo le dio en la espalda, justo encima de los riñones, y lo atravesó de tal manera que llegó a entrever la brillante punta saliéndole del vientre. Y entonces cayó de cara al abrazo de Poseidón.

Aquiles estuvo malhumorado después del combate en el desfiladero. No había permanecido junto a Sátiro y no había participado en la lucha, y desde entonces se había convertido en la sombra de Sátiro día y noche.

Anaxágoras se comportaba de manera muy semejante, aunque no paraba de burlarse de sí mismo.

Sátiro asintió.

—Recorro la columna de principio a fin con la intención de alentar a los hombres —dijo—. Tengo un caballo y voy donde me place. Vosotros dos no tenéis que estar conmigo en todo momento.

Aquiles lo miró.

—Tenemos un contrato —dijo.

Sátiro asintió de nuevo.

—En efecto, así es. Y por ahora no tengo motivo de queja.

Aquiles negó con la cabeza.

—Tendría que haber estado allí.

El último ascenso a los montes Pelecós y luego el descenso por la escarpada senda hasta las llanuras del río Macesto, con las montañas encumbrándose en ambos lados. Los dos ejércitos estaban comenzando a mezclarse, los hombres compartían fogata y comida, y cuando las tres falanges y sus tropas auxiliares formaron el tercer día a orillas del Macesto, parecieron un solo ejército. Fue la primera vez en mil estadios que habían tenido espacio suficiente para formar.

Lisímaco señaló hacia el norte con el mentón.

—Estamos más o menos a medio camino —dijo.

Scopasis se retorció el bigote.

—Igual que el Tuerto —respondió—. Su caballería nos perseguirá con saña.

Lisímaco asintió.

—Siendo así, tú y mis getones tendréis que mantenerlos a raya —dijo.

Scopasis miró a los jefes getones y escupió.

El sentimiento era mutuo.

Pero el sol brilló durante tres días seguidos. El forraje fue mejor, el pelaje de los caballos brilló de nuevo y la infección de sus cascos comenzó a oler mejor. O no tan mal.

Scopasis encabezó una incursión contra un puesto de avanzada de Antígono y lo atacó en plena noche, regresando con cincuenta caballos y veinte prisioneros, todos ellos miembros del cuerpo de élite de los *agêma*. Sátiro los envió de vuelta con un heraldo y a cambio recibió a los *apobatai* y a cuatro arqueros cretenses heridos durante el combate en el desfiladero; un buen negocio en lo que a él atañía.

Pero el sol volvió más osados a los jinetes de Antígono, y en la retaguardia había refriegas a diario. Sátiro tenía la impresión de que los getones se quedaban atrás y miraban cómo morían los sakje. Tras la tercera vez en que los trescientos de Scopasis lucharon sin recibir apoyo, fue al encuentro del gran jefe getón, un hombre que llevaba tanto oro encima que relucía como Demetrio bajo el sol.

—¿Acaso los miembros de tu tribu son mujeres? —preguntó. Sonrió—. Mujeres, no. Mi hermana ha matado más enemigos que esos niños.

El viejo getón se limitó a sonreír, mostrando sus cicatrices.

—Lo que tú digas, señor —masculló.

Sátiro asintió.

—Digo que todos los getones son unos niños, unos mocosos consentidos. Tú, tráeme agua —dijo a un guerrero barbudo. El hombre se sonrojó.

Sátiro, montado, lo agarró del cuello y le dio un sopapo como si fuese un esclavo.

—Agua, chaval.

Le getón rugió:

—¡No soy un chaval, griego cabrón!

Sátiro sonrió.

—¿En serio? No sabes luchar, así que trae agua.

El jefe asintió.

—Podrías resultar herido, rey extranjero.

La hoja de la espada de Aquiles apareció junto al cuello del bárbaro.

—Mucha gente podría resultar herida —dijo, en tono meloso.

—Muy nobles, los sakje —espetó el getón—. Que nos demuestren su grandeza.

—Es verdad —dijo Sátiro. Su getón no era muy bueno, pero conocía unas cuantas palabras—. Por lo general, los hombres con pene son mejores guerreros que los hombres sin pene.

Le dio la espalda y cabalgó colina abajo hacia la columna.

A la mañana siguiente, Lisímaco se unió a Sátiro y Estratocles para compartir un pedazo de pan y una jarra de vino.

—Mis getones te odian —dijo a Sátiro.

—Más me odiarán hoy —respondió Sátiro—. No tienen intención de luchar, y tampoco es que tú les caigas demasiado bien.

Lisímaco asintió.

—Me parece que están negociando con Antígono —admitió—. Es por la lluvia —agregó.

—Es por los sakje —replicó Sátiro—. Estratocles tiene un plan.

El sol estaba bien alto cuando el asalto de la caballería de Antígono, tarde pero resuelta, sobrepasó a los piquetes y entraron en tropel en el valle. Pillaron desprevenidos a los sakje. Solo eran un puñado, el resto dormía o estaba en otra parte,

y los *agêma* enemigos surgieron de las orillas del río, mataron a un puñado de soldados de infantería ligera y a unos esclavos que todavía se estaban bañando y prosiguieron hacia la retaguardia de la infantería. Una docena de sakje huyeron delante de ellos, tirando desde la silla.

El enemigo les tenía ganas. Tantas ganas que los persiguió por una loma que quedaba a la izquierda, llegando derechos al campamento getón, donde dispersaron la manada getona, mataron a varias esposas de guerreros y quemaron las tiendas.

Y entonces los sakje contraatacaron, empujando a la caballería macedonia de regreso al río, otra vez a través del campamento getón, tirando flechas sin cesar. Salvaron a cincuenta mujeres y a casi todos los niños, y en la persecución recuperaron casi toda la manada getona.

La mañana siguiente, sin que nadie se lo hubiese ordenado, los getones asaltaron el campamento antigónida.

Estratocles se mostró petulantemente indignado. Scopasis también.

Y siguieron marchando hacia el norte, y Antígono siguió persiguiéndolos.

En el cruce del Camino Real, Sátiro envió a Cármides al norte con un mensaje: llevar la flota al este hasta Quíos, cubriendo el flanco. Entonces condujo el ejército al este, tomando la bifurcación hacia Miletópolis, Apolonis y las ciudades griegas del norte de la Tróade.

—Estamos en la frontera con Bitinia —dijo a Estratocles.

—Estoy en ello —respondió Estratocles. Guiñó el ojo a Heracles.

Lisímaco negó con la cabeza.

—Si los bitinios ponen un ejército en nuestro camino —murmuró— estamos perdidos.

En realidad, Scopasis ya había localizado el núcleo de un ejército local, seiscientos soldados de caballería y algunos peltastas, formando en la ribera este del gran lago, cerca de la ciudad que Eumenes había fundado en Nicea, tan solo a trescientos estadios de allí.

—He dicho que estoy en ello —insistió Estratocles.

El ejército marchó hacia el este, de cabeza a la trampa bitinia.

Mitrídates el viejo, tío del hombre que Demetrio había capturado y perdido, estaba sentado en una banqueta de campaña, escuchando los informes de sus exploradores acerca del ejército de Lisímaco, que estaba marchando derecho hacia él.

No era que aquello fuese del todo bueno, pues su ejército libraría el combate de su vida en el terreno restringido de las riberas de lago, circundado de altas montañas, y que tan caro le había costado.

¿Cabía confiar en que Antígono hiciese que valiera la pena?

Se preguntó por qué Lisímaco no le había hecho siquiera una propuesta.

Por tanto, no se sorprendió cuando sus guardias le dijeron que había llegado un mensajero de parte de Lisímaco. Con una mujer.

Aquello estaba mejor.

Los hicieron entrar. El mensajero iba maniatado y despojado de armas. Le sangraban la boca y los ojos. Tenía ojos de asesino y, solo por un instante, a Mitrídates no le hizo ninguna gracia.

—No eres heraldo —dijo.

—Si lo fuera —contestó el hombre—, serías culpable de impiedad.

—Heraldo —replicó Mitrídates—. ¿Te parezco un maldito griego? Además, no portas insignia. Puedo ordenar que te maten. De hecho, debería hacerlo.

El hombre se encogió de hombros.

—Preferiría vivir —dijo a través del labio partido—. Estoy aquí para decirte que Sátiro de Tanais está detrás de ti con cuatro mil sakje, y para proponerte condiciones.

A ningún comandante le gusta que sus subordinados se enteren de sus fracasos; menos aún aquellos cuyo poder es tan precario como el que ostentaba Mitrídates III de Bitinia.

—Despejad la tienda —ordenó, mirando a sus rivales más peligrosos: el señor de Nicea y el señor de Apolonis, antiguos mercenarios en tiempos de Alejandro y ahora tiranos de poca monta en Asia—. Y tú cállate —dijo al hombre del labio partido.

Se quedó con dos guardias y cuatro esclavos.

—Ahora cuéntame tu historia —dijo. Había tenido un momento para pensar en ello, y si bien Sátiro quizás había logrado llegar hasta él, viajando por mar hasta Heraclea, Mitrídates no entendía cómo podía haber transportado a cuatro mil sakje. Aquello no se sostenía.

El hombre se encogió de hombros.

—Estoy aquí para proponerte condiciones.

—Tienes un acento curioso —dijo Mitrídates—. ¿Quién es la mujer? —preguntó. Se volvió para mirarla y una daga se le clavó en el ojo.

Lucio soltó aire, una prolongada exhalación semejante a un suspiro de desesperación. Ambos guardias estaban muertos y los esclavos habían huido, y Mitrídates IV ocupaba la banqueta.

—No ha sido mi mejor trabajo —admitió.

El joven sentado en la banqueta de marfil enarcó una ceja y movió ligeramente la cabeza adelante y atrás, más como un apuesto filósofo que como un caudillo.

—Por suerte, era un idiota —dijo.

—¿Debería preocuparnos el resto de los nobles? —preguntó Lucio.

Mitrídates suspiró.

—Si no hemos muerto antes de un minuto, seré rey por una temporada —

respondió.

—Ares, ¿ese es tu plan? —preguntó Lucio. Acarició distraídamente el filo de su espada con el pulgar.

El señor de Nicea asomó la cabeza a la tienda. Abrió ojos como platos, primero ante la sangre y de nuevo al ver al joven sentado en la banqueta. El señor de Nicea era entrecano, greco-persa, alto y de nariz aguileña.

—Entra, mi señor, y jura lealtad —dijo Mitrídates.

—¿Señor? —respondió el niceno. Luego entró. Parecía poco seguro de sí mismo. Un puñado más de caudillos de la región llegaron tras él; demasiados para que Lucio los matara a todos.

—Ahora somos aliados de Lisímaco y Sátiro de Tanais —anunció Mitrídates—. Recibiré un pequeño subsidio en oro. Todos vosotros recibiréis vuestra parte.

El apuesto joven sonrió.

Todos correspondieron a su sonrisa. A nadie le gustan las batallas cuando la alternativa es un subsidio.

Comenzaron a arrodillarse para prestar juramento.

Lucio se percató de que estaba mareado. «Necesito cambiar de ocupación», pensó.

Antígono se encontró con que sus enemigos lo estaban aguardando a orillas de lago Askania y le quedó claro que su baza, los bitinios, lo había traicionado.

Sentado en su caballo, observaba al enemigo que tenía enfrente. Sus tres grandes falanges ocupaban toda la ribera del lago y contaban con una nutrida caballería. Él las duplicaba en número, pero ellos habían comenzado a cavar trincheras en la estrecha franja de tierras de labranza que mediaba entre las colinas y el agua.

—Malditos bitinios —espetó.

Aun así, sus efectivos eran más que suficientes para llevar a cabo una ofensiva. Estaba convencido de que sus veteranos macedonios podrían vencer de forma aplastante a cuantos reclutas tuviera el enemigo. Pero en las batallas siempre surgían imprevistos y de repente estaba en territorio hostil, y si perdía allí... Bueno, ya podía irse olvidando de conquistar el mundo. Tendría suerte si le daban sepultura.

Antígono llevaba guerreando desde los quince años y ya había cumplido ochenta y uno. No había alcanzado esa edad tomando decisiones precipitadas. De modo que detuvo la marcha de su ejército y envió a sus ingenieros a la línea de frente. Asimismo ordenó a su caballería que empezara a reunir a la población de la campiña. Si sus dirigentes decidían oponerse a él, el pueblo serviría como esclavo.

Además, su hijo estaba transportando a sus tropas desde Europa por mar, en la retaguardia de Lisímaco. No tenía por qué luchar allí.

Salvo que pudiera ganar. Y una cosa que los malditos bitinios no sabrían hacer sería aguardar sentados mientras él expoliaba sus tierras.

Sátiro acechaba a los antigónidas mientras comenzaban a construir un campamento fortificado tras la compacta pantalla de caballería e infantería ligera; miles de hombres. Detrás de ellos había dos *taxeis* enteros, casi tantos piqueros como todo el ejército de Lisímaco, con las picas erguidas bajo el sol.

Anaxágoras, Estratocles y Mitrídates contemplaban la escena a su lado. Un poco más atrás, Lucio, Heracles y Cármides jugaban a los dados. Heracles había comenzado a tomar a Cármides como modelo a seguir, o como su *erastés*^[13]. Todavía eran sus primeros días. Sátiro los observaba con una reserva que no había sentido en campañas anteriores. Su hermana tenía razón. La alegría se había esfumado. Ya no lo fascinaba la manera en que la guerra fortalecía los vínculos de honor y amistad entre los guerreros. Ahora lo observaba de lejos, sabiendo que en su mayoría morirían.

—¿A qué viene tanta pesadumbre? —preguntó Anaxágoras—. Está haciendo exactamente lo que dijiste que haría.

Sátiro se encogió de hombros.

—Eso no hace que sea mejor. Puede cortarnos los suministros en cuanto se haya asegurado el acceso a la comida y el agua.

Mitrídates se mesó la barba.

—Vosotros, los griegos y los bárbaros. Está esclavizando prácticamente a toda la población del norte de Misia para construir ese campamento.

Anaxágoras soltó una carcajada.

—Mitrídates, serás un gran rey pero eres un pésimo historiador. Los asirios hicieron lo mismo, igual que los babilonios y los persas, tus antepasados. Ningún pueblo tiene el monopolio de la barbarie. Es un rasgo humano. Todos los seres humanos lo comparten.

Mitrídates suspiró.

—Me parece que es un pobre consuelo para mi pueblo. —Miró a Sátiro, que estaba masticando una manzana; una manzana nueva, demasiado verde para ser comida, pero su sabor era delicioso—. ¿Podemos hacer algo al respecto? —preguntó Mitrídates.

Sátiro asintió.

—Necesitamos madera, hierro y bronce para construir máquinas de guerra. Jubal los está juntando con la caballería. Cuando esto esté hecho, enviaré a mi pequeña brigada alrededor del lago. Antígono hará lo mismo. Lo mejor sería que enviaras a los nobles de tu caballería y a sus criados tan lejos como puedas, adentrándose en Misia si es posible, para hostigar a sus patrullas y dificultar la recogida de madera. Y de esclavos.

Mitrídates negó con la cabeza.

—Si libero a mis nobles, nunca regresarán —dijo—. La mayoría está dispuesta a cambiar de bando si se le ofrecen ciertas garantías.

Sátiro asintió una sola vez, bruscamente.

—Ya me lo figuraba. Muy bien. Vayamos en busca de Lisímaco.

Estratocles se mostró interesado.

—¿Por qué? Es decir, ¿es por miedo? ¿O porque ya te odian?

Mitrídates se rio.

—Odian a cualquiera que sea más importante que ellos. Es nuestra manera de ser. Y dicen, no sin razón, que lo único que les ha hecho Antígono ha sido esclavizar a unos cuantos campesinos.

Estratocles asintió.

—¿Quién dirías que es tu noble más peligroso? ¿El que es más probable que deserte?

Mitrídates volvió a reírse.

—La verdad es que me vería en un aprieto si tuviera que señalar a uno entre ellos —dijo—. Aunque Darío Thrakes, según lo llamamos, es el peor de todos, y está al mando de casi mil jinetes. Es intocable.

Estratocles reparó en la mirada que cruzaron Sátiro y Lucio.

—De este podrías encargarte tú mismo, jefe —dijo Lucio.

Estratocles suspiró.

Lisímaco, cuando lo encontraron, estaba observando a Jubal construir máquinas de guerra. Tenía a sesenta hombres, hombres de su confianza, muchos antiguos marineros y unos cuantos antiguos artificieros esclavos, componiendo máquinas, y a otros trescientos obreros bitinios trabajando con azuelas y hachas.

—Hete aquí un hombre peligroso —dijo Lisímaco—. ¿Me lo venderías?

—No es mío y, por tanto, no puedo venderlo —respondió Sátiro—. Prueba a preguntarle.

Jubal estaba de pie, con el quitón recogido en las caderas, mostrando a un joven herrero el diseño de las escuadras de una máquina de torsión, explicándole cómo cortar las planchas y unir las para formarlas con el mínimo trabajo.

—Necesitamos una incursión de caballería —dijo Sátiro.

Lisímaco asintió.

—Por supuesto.

—Mitrídates dice que sus hombres desertarán si se los autoriza a abandonar nuestras filas —dijo Sátiro.

—¡Por las tetas de Afrodita! —exclamó Lisímaco—. ¿Por eso quieres a mis getones?

—Y a todos mis sakje, sí —contestó Sátiro, y se encogió de hombros.

—Se odian mutuamente. Tu Scopasis y mi Sakarno no son amigos. —Lisímaco negó con la cabeza—. Y si los perdemos... ¡Ares, Tanais, si los perdemos no podemos cubrir nuestra retirada!

«Si él me llama Tanais, ¿debería llamarlo Tracia?», pensó Sátiro. Lisímaco era una curiosa mezcla de veterano y rey advenedizo.

—Si no lo intentamos, ya nos podemos retirar ahora mismo —dijo Sátiro.

Lisímaco negó con la cabeza.

—Disponemos de unos cuantos días.

Sátiro todavía iba montado, y se sirvió de la altura y de su voz para demostrar su descontento.

—No estoy de acuerdo —dijo—. No disponemos de unos cuantos días. Mañana, Antígono ya tendrá a su caballería en la ribera sur.

Lisímaco sonrió a su estado mayor, cuyos miembros aguardaban a unos pocos largos de caballo.

—Lo dices por tu experiencia como *strategos*, ¿eh?

Sátiro enarcó una ceja.

—Lo menos que se puede decir es que tu exploración ha sido mala. Antígono te aventajó en Magnesia y también cuando te encontré porque prefieres mantener a salvo a tus mejores tropas en lugar de enviarlas a buscar y eliminar a los exploradores enemigos.

—¡Qué bonito! Lecciones de hoplomaquia de un mozalbete griego. —Lisímaco negó con la cabeza—. Escucha, Tanais, no te pongas colorado por mí como una doncella ante su primera verga. He luchado contra Antígono y su hijo durante casi todo el tiempo que llevas vivo. Explorar... Escúchame bien. Puedo ver su campamento. Él puede ver el mío. Si quiere rodear el lago y matar bárbaros, deja que lo haga.

Sátiro asintió.

—Luchaste para Alejandro, ¿verdad? —dijo—. Pues deberías ser más sensato.

«Debería mantener la boca cerrada y marcharme», pensó.

Lisímaco montó ágilmente a lomos de su hermosa yegua nicena, el tipo de caballo de batalla por el que los hombres mataban. No se había amilanado.

—Recuerdo muy bien cómo es la juventud —dijo—. Te perdono. Eres un buen aliado, Sátiro de Tanais, y no quiero discutir. De modo que te daré cincuenta getones, ni uno más.

Varios oficiales de su estado mayor, todos ellos macedonios, se rieron. Lisímaco se volvió hacia ellos.

—Guardaos vuestra opinión para vosotros, caballeros. Recordad dónde estaríamos sin estos hombres.

Sátiro inhaló profundamente, retuvo el aire y contó, escuchando el sonido inaudible de una escala tocada con la lira. Cuando terminó, su mirada fue limpia, y su sonrisa, sincera.

—Envíame a los jinetes al anochecer —dijo—. Y gracias.

Él y Lisímaco se dieron la mano.

Mientras se alejaba, Estratocles se puso a su lado.

—Yo también voy —dijo—. Y quiero que Mitrídates envíe a su cabrero, Darío cómo se llame, con cincuenta hombres.

—Asumiré el mando yo mismo —respondió Sátiro.

—Tanto mejor —dijo Estratocles.

Sátiro quería un buen caballo niceno como el de Lisímaco. Su castrado mordía el bocado constantemente, y ahora daba empujones con la cabeza, tratando de comportarse como un semental. Sátiro le dio unas palmadas en el cuello.

—¿Tienes planes para Darío? —preguntó.

—Pienso que debería dar su vida por su país —contestó Estratocles—. ¿Puedes dar un mando a Heracles?

Sátiro se volvió en la silla y miró al joven.

—Tenía intención de ascender a veinte jinetes mercenarios. ¿Podemos confiar en Heracles para hacerlo?

Estratocles asintió.

—Averigüémoslo.

Anaxágoras agarró la riendas de Estratocles.

—Lamento interrumpir un buen complot —dijo.

—¿Pero? —dijo Sátiro, sonriendo.

—Sabéis que los hombres ya saben quién es, ¿no? —preguntó Anaxágoras.

—Quien sostiene ser —agregó Sátiro.

Estratocles se encogió de hombros.

—Tarde o temprano tenía que suceder —dijo.

—Draco y algunos *apobatai* son muy... sensibles al respecto. —Anaxágoras negó con la cabeza—. Si es hijo de Alejandro, ¿debemos enviarlo a patrullar con la caballería?

—Que demuestren su veneración manteniéndolo con vida —dijo Sátiro. Se preguntó de quién era la voz que había pronunciado aquellas palabras con tanta rotundidad.

Fue obvio que Anaxágoras también se lo preguntó. Miró a Sátiro a los ojos y le sostuvo la mirada.

—Ten cuidado —dijo—. Creo que se requiere una lección de música.

—Después de la incursión de caballería. Cármides, tráeme a Scopasis; mis saludos, y si tendría a bien ir a verme a mi pabellón.

El pabellón de Sátiro era otro asunto polémico. Todos lo utilizaban; Anaxágoras, Cármides, Nicéforo y Estratocles se sentaban a beber vino y usaban las reservas de aceite de cedro que Fobos tenía para ahuyentar a los mosquitos, así como el jabón de lavanda y las piedras de afilar y... todo. Aquel hombre estaba en todo.

Pero en cierto modo, el pabellón rojo de seda impermeabilizada y los esclavos que lo atendían, para entonces más de quince, conferían a Sátiro el aire de un potentado, de un rey. Sátiro entendía mejor que algunos de sus hombres que siempre había vivido como uno de ellos cuando estaba de campaña y, por consiguiente, el aspecto del pabellón lo diferenciaba como nunca lo había diferenciado hasta entonces.

El pabellón ofendía a Anaxágoras, a Cármides y a Draco pero no a Nicéforo, que simplemente quería uno igual para él, como tampoco a Scopasis, que nunca daba la impresión de reparar en él, siempre y cuando se le diera un vaso de vino en cuanto desmontaba.

Sátiro comprendía su descontento, que en realidad era para con él, y que también se debía al cambio que estaba experimentando, pasando de ser capitán a ser rey. De líder de unos pocos a líder de un ejército. Rara vez tenía tiempo para discutir de filosofía con Cármides, de tocar la lira con Anaxágoras o incluso de hablar sobre Miriam. Tenía ganas de hablar sobre Miriam pero su sentido de la justicia hacía que se mordiera la lengua. Anaxágoras tenía sus propios problemas y no necesitaba conversar sobre una mujer que, de hecho, los había abandonado a los dos.

Scopasis estaba aguardando en el pabellón, recostado contra una pared de la tienda, con las piernas estiradas y un vaso de vino en la mano.

—Te saludo —dijo con formalidad.

Sátiro desmontó de su castrado, pasó las riendas a un esclavo y sonrió a Scopasis.

—Te saludo, hiparco.

Scopasis sonrió al oír el término griego.

—¿Cuándo amaste a un caballo por última vez? —preguntó Scopasis.

—Venía pensando lo mismo —dijo Sátiro, y asintió—. Hace demasiado tiempo. Mueren como moscas.

Scopasis dobló las piernas y se puso de pie.

—Pues entonces permite que te muestre una cosa que tengo para ti —dijo.

Detrás de la tienda había un niceno gris como una tormenta en el mar, con la cabeza alta y la crin y la cola más claras.

—¿Ha muerto Antígono? —preguntó Sátiro—. ¿De dónde sale este caballo?

El semental, pues su condición era obvia, llevaba arreos de cuero rojo con adornos de bronce y un freno también de bronce al estilo persa, y por tanto sakje, y una silla con respaldo como la que utilizaban los sármatas.

Scopasis se encogió de hombros.

—Lo encontré vagando en la llanura del sur, con una soga rota en el espolón —dijo—. Mi yegua se quedó prendada de él.

—Es magnífico —dijo Sátiro. En efecto, era el caballo más alto que Sátiro hubiese visto alguna vez, o poco le faltaba. Melita tenía un par de nicenos de batalla, también de buena talla—. Deberías quedártelo.

Scopasis negó con la cabeza.

—Es demasiado exigente. Necesita cinco esclavos y una provisión constante de grano, pero en una batalla... Por los dioses, Sátiro, es todo un caballo de batalla. Te lo regalo.

Sátiro abrazó al sakje. Scopasis le dio unos golpes en la espalda.

—Los dioses han enviado a este caballo —dijo Sátiro—. Pues estaba pensando en lo malos que son los míos... y en que tengo que dirigir una incursión de caballería.

Quiero a todos los sakje, todos tus jinetes. Tendremos a cincuenta getones y otros cincuenta bitinios y como mínimo cincuenta soldados griegos de caballería. Mi plan es atacar dando la vuelta al lago, una larga expedición hasta la retaguardia de su ejército.

Scopasis asintió.

—Ya era hora. Iré, por supuesto, con todos mis hombres.

Cenaron juntos bastante tarde. Estaban todos: Sátiro y Scopasis, Cármides y Heracles, Nicéforo, Anaxágoras, Jubal y Orestes, su capataz, así como dos filarcos elegidos por Fobos; Naxes, un *tetes*^[14] ascendido a oficial, y Aniceto, un aristócrata exiliado de Samos que parecía espartano de la cabeza a los pies. Fue una buena cena. Corzo con pan fresco y una fuente de higos tan ricos que los hombres se comieron hasta el último y se sentaron en sus banquetas chupándose los dedos, riendo como niños.

—Fobos, eres un trabajador milagroso —dijo Sátiro.

—Me esfuerzo en complacer, señor —contestó el mayordomo—. Debo decirte, señor, que todo esto me resulta... excitante. Desearía haber ido de campaña mucho antes. El desafío de gobernar tu *oikía*^[15] en estas circunstancias... es maravilloso. ¿Puedo mencionar que tu masa monetaria está menguando, señor?

Sátiro se sobresaltó.

—¿Menguando? Te di un talento de plata.

—Sí, señor. Me queda poco más de una cuarta parte. Insististe en que lo pagara todo. —Se encogió de hombros—. Los higos no son baratos. El corzo tampoco, la verdad. El mercado de estos pagos es... muy caro.

El mayordomo sonrió con remordimiento.

Sátiro se quedó atónito. No estaba en absoluto acostumbrado a pensar en el dinero, pero un talento de plata bastaría para satisfacer la paga de cien mercenarios un verano entero.

—Por Hefesto, señor, ¿cuánto pagaste por los higos?

Fobos se encogió de hombros.

—Un momento, señor, por favor —dijo, e instantes después regresó con una tablilla de cera de cinco pliegues. La abrió sobre una rodilla.

—Veamos... Aquí. Mykós hizo la compra. Un buen tipo con los pies en la tierra. Cinco óbolos de plata de Atenas.

Asintió y cerró las tablillas.

—¿Cinco dracmas? ¿Por unos higos? —Sátiro se volvió hacia sus invitados—. Ruego que me disculpéis, caballeros, pero necesito que me devolváis los higos. Tenemos soldados que pagar.

Cármides se cayó de la banqueta, de tanto como reía.

Anaxágoras le dio una palmada en la espalda.

—Es la primera broma que te oigo desde que salimos de Atenas —dijo.

—Hasta ahora, la comida era barata —repuso Sátiro. Se volvió de nuevo hacia Fobos—. Eres un administrador excelente, y reconozco que sirves al más alto nivel. Necesito que lo bajes un poco. Un talento de plata tiene que durar toda la campaña. Y un poco más.

Fobos se sorbió la nariz.

—Ah. Muy bien, señor. Economizaré.

Scopasis alzó su copa.

—¡Hazlo a partir de mañana! ¡Por el momento, sírvenos más vino de Quíos!

Sátiro negó con la cabeza.

—Un talento de plata es el valor de veinte granjas al norte de Olbia; la recaudación entera de un distrito.

Fobos asintió.

—No es barato, ser rey —contestó con gravedad.

Cuando se reunieron todavía era oscuro. Los getones llegaron temprano; solo treinta en lugar de cincuenta, al mando de un joven noble rubio que parecía más celta que getón. Su griego era excelente. Se llamaba Calicles, y si bien guardaba distancias con Scopasis, no estaba a disgusto con los demás oficiales.

Todos sus hombres acudieron con dos caballos por cabeza o más.

Heracles comandaba a dos docenas de hombres, casi todos veteranos mayores que él. En su mayoría los macedonios sabían montar, y la infantería estaba llena de campesinos tesalios que eran jinetes natos, pero que no podían permitirse un caballo ni panoplia. El joven Heracles parecía más aterrado que henchido por su primer mando.

—No te preocupes —dijo Sátiro—. ¿Quién es tu hipereta?

Draco se presentó, saliendo de la oscuridad.

—Soy yo, señor —dijo. Sonreía de oreja a oreja.

—Me preguntaba dónde estabas —dijo Sátiro. «Estoy demasiado lejos de estos hombres», pensó—. Puedes ser el hipereta de todas las fuerzas. Consígueme una trompeta. Cármides, búscame un trompetero. Aunque sea un esclavo.

Mitrídates proporcionó el trompetero, un chico muy joven, de no más de doce años. Su trompeta parecía tan larga como alto era él, y montaba un caballo magnífico; casi tan alto como el castrado de Sátiro, un caballo enorme para un chico.

—Artajerjes, hijo de mi tío abuelo —dijo—. Tiene suerte de que no lo haya ejecutado. Si no regresa —la mirada de Mitrídates se endureció—, no derramaré ni una lágrima. —El nuevo rey de Bitinia parecía preocupado a la luz gris que antecedió al alba—. Debería cabalgar contigo. Aunque solo sea para no perderlo de vista.

Sátiro miró a Darío Thrakes, el señor de los bitinios del norte, un hombre que parecía un noble getón más que Calicles, que era quien ostentaba el mando. Pero los

tracios llevaban generaciones instalados en Bitinia.

—No le quitaremos el ojo de encima —dijo Sátiro, dirigiendo una mirada a Estratocles.

Estratocles estaba ajustando la cincha de su silla. Era un ateniense de la clase de los *hippeis* y un experto jinete; uno de los pocos con los que contaba Sátiro. Lucio era un latino del cuerpo de caballería, también un profesional. Entre los tres tenían más experiencia como jinetes de caballería que la mayoría del resto de sus soldados tomados en conjunto.

Estratocles se dio por satisfecho con la cincha, toqueteó las hebillas de su brida de estilo sakje, y Lucio lo ayudó a subir a la silla. El ateniense dio la vuelta a su yegua.

—Iré a hacerme amigo suyo —dijo.

Las fuerzas bitinias eran poderosas, casi cien soldados de caballería, todos ellos con dos monturas. También tenían un tren de equipaje.

Sátiro cabalgó al encuentro del señor Darío y le estrechó la mano. Una mano que no le fue ofrecida con demasiada buena voluntad.

—Buenos días. Eres un jinete de buen ver, señor. Por favor, deja los carros de equipaje.

Darío sonrió.

—No —respondió.

Sátiro se encogió de hombros. Se volvió hacia Draco.

—Quémalos —dijo.

Darío se quedó inmóvil.

—Vamos a...

Sátiro se obligó a sonreír.

—Tú y todos tus hombres vais a morir. ¿Lo entiendes? La guerra no es un juego. Quieres esos carros para poder largarte y abandonarnos. Eso no va a suceder, mi señor. Y si sucede, os daremos caza y os mataremos. Hasta el último hombre. ¿Lo entiendes? Te crees astuto y peligroso. Los hombres que tienes alrededor llevan guerreando toda su vida. ¿Lo entiendes, señor?

Vio todo lo que encerraban los ojos de Darío: miedo, odio y aceptación. Sátiro sintió hastío.

Detrás del noble bitinio, Estratocles sonreía sin alegría.

A mediodía se encontraban al sur del lago, bordeando la ladera por detrás de las crestas de la sierra principal de las montañas que circundaban el lago, de modo que quedaban ocultos para Antígono, a no ser que sus jinetes hubiesen llegado antes a la cima. Había partidas de sakje y getones por doquier, cada una de ellas con un soldado de caballería bitinio como explorador y guía.

Darío cabalgaba entre Estratocles y Lucio, y resultaba tan obvia su condición de rehén, que sus hombres lo entendieron y obedecían.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó Sátiro a Estratocles.

Estratocles sonrió.

—Soy ateniense —contestó—. Antes de los macedonios, teníamos un imperio que cubría buena parte de Tracia y casi toda la costa asiática. Aliados mal dispuestos; una especialidad ateniense. No te preocupes; cuando terminemos, los bitinios serán tan entusiastas como Scopasis. Incluso más.

Lucio hizo una mueca.

Heracles era cauto y cuidadoso con sus hombres, y Draco tenía que infundirle brío. Scopasis era demasiado impulsivo y Sátiro tenía que refrenarlo, encontrando una fina frontera entre la velocidad y la insensatez.

Anaxágoras cabalgaba a su lado y compartía su cantimplora.

—Juegas con ellos como yo toco la cítara —dijo—. Cármides es un líder de primera categoría.

—Pero mal jinete —repuso Sátiro.

—Pues dale clases de equitación. Heracles es buen jinete —agregó Anaxágoras.

—Pero su primer mando lo pone nervioso; se amilana por nada.

Sátiro hincó las rodillas en los lomos de su castrado y se irguió, mirando primero al frente y luego hacia la ladera que descendía por la izquierda hacia el sur. Podía ver sakje, casi todos con chaqueta roja, en la lejana sierra siguiente y también delante de ellos. Anheló estar a lomos de su semental pero estaba reservando al niceno para el momento inevitable.

Tuvo un pensamiento para su antepasado Heracles. La noche anterior había soñado con la muerte.

Anaxágoras se volvió hacia Artajerjes.

—Háblame de ti, jovencito. ¿Quién es tu padre?

El joven medo se ruborizó.

—Mi padre era Jerjes, hijo de Artafernes. Está muerto. Mi madre está muerta. Mis hermanos y hermanas están muertos. Yo era rehén en Misia cuando los mataron, y ahora soy prisionero de mi tío abuelo. ¿Puedo llevar una espada?

Anaxágoras negó con la cabeza.

—Son peores que los macedonios —dijo—. Podrás tener una espada cuando el rey y yo consideremos que eres digno de ella. ¿Sabes manejar una espada?

—Pues claro —respondió el chico.

Anaxágoras enarcó las cejas.

—¿En serio? —preguntó.

—Tu primer pupilo —dijo Sátiro—. Todos los chicos sostienen que saben luchar y manejar la espada.

—¿Sabes tocar música? —preguntó Anaxágoras.

—Toco el arpa. Y la flauta. —El chico asintió—. Y la trompeta —agregó con desdén.

A Sátiro no le gustó lo que estaba viendo en el oeste. Se irguió sobre las rodillas,

cambió de postura para arrodillarse sobre la grupa del castrado. Tenía que ver más lejos.

—¿Prefieres estar aquí con nosotros o en la tienda de Mitrídates? —preguntó Anaxágoras.

—¡Aquí con vosotros, señor! Mitrídates tiene que hacerme matar. —El chico se encogió de hombros—. Si llego a adulto, seguramente lo mataré.

Anaxágoras chasqueó la lengua.

—O sea que la trompeta te ha concedido unos cuantos días de vida —dijo.

Había hombres en un barranco. Sátiro estaba convencido. Casi convencido. El sol brillaba en lo alto del cielo y, pese a estar tan cerca el otoño, el calor se hacía sentir.

—Da el alto —dijo Sátiro—. Un toque largo.

Artajerjes se quedó helado.

—Vamos, chico —dijo Sátiro.

El chico se llevó la trompeta a los labios y sonó el toque; la primera vez, fue una especie de resoplido como el de una bandada de gansos, pero el segundo fue un sonoro clarín que se oyó en todo el valle.

Los sakje se pararon en seco.

Unos cuantos getones dejaron de moverse. Al menos los oficiales miraron a su alrededor.

—Enemigo al frente. ¿Conoces el toque? —preguntó Sátiro. Aquello era lo que hacían los sakje, utilizar trompetas para decir qué debían hacer los exploradores que estaban lejos. Los Exiliados eran maestros de la trompeta. Sátiro y Scopasis conocían todos los toques, mas no así el resto de los filarcos. Heracles no conocería más de cinco, y ese era uno de los motivos por los que él y Cármides permanecían siempre cerca de la columna principal.

Anaxágoras dio el toque con un silbido y Sátiro le lanzó una mirada agradecida.

El chico se llevó la trompeta a los labios y tocó. El primer toque fue vacilante pero, una vez más, el segundo sonó alto y claro.

Sátiro agarró una lanza de Cármides y señaló el barranco, a tres estadios de distancia, donde había visto destellos. En la lejanía, delante de ellos, un hombre a caballo, más pequeño que un insecto, agitaba una lanza. Los jinetes sakje se desperdigaron hacia la derecha y la izquierda, envolviendo la entrada del barranco.

Tomaron cuatro prisioneros y el combate comenzó.

La caballería antigónida estaba llegando a lo alto de la sierra. Los hombres del barranco eran sus *prodromoi*, y contaban con una poderosa fuerza a sus espaldas.

Sátiro hizo avanzar a su columna al trote, haciendo caso omiso del sol y de la sed de sus caballos hasta que sus hombres estuvieron en la umbría del valle.

—Abrevadlos por secciones —dijo, y cambió de caballo para montar al niceno. Aquel caballo era un placer; sereno, compuesto, impaciente. Se volvió hacia Cármides.

—No avancéis hasta que todos los caballos hayan bebido. Luego venid a mi

encuentro.

Hizo una seña a Artajerjes y a Anaxágoras y subieron por la ladera hacia donde se libraba el combate.

Scopasis contaba con veinte hombres, una docena de sakje y también algunos bitinios. Los había hecho desmontar en un olivar, una arboleda silvestre de acebuches en lo alto del flanco de la sierra que dominaba el lago. Los sakje tenían arcos. Igual que algunos bitinios y getones.

El enemigo ya había efectuado un intento de atacar su posición. Era casi inexpugnable; las rocas afloraban del suelo arenoso y los árboles proporcionaban una densa cobertura. Pero justo debajo de la cima había un prado alargado alfombrado de flores tardías, y el zumbido de las abejas llenaba el aire. En el otro extremo del prado, trescientos jinetes enemigos formaron dos grandes romboides, y delante de ellos avanzaban dos docenas de soldados de infantería, moviéndose con cautela a través del prado.

—Han intentado tomar el camino —dijo Scopasis, señalando la grieta entre dos rocas enormes. La grieta estaba llena de hombres y caballos muertos—. Bonito caballo —dijo, y sonrió.

—Da gusto montarlo —respondió Sátiro.

Scopasis asintió.

—No hagas que lo maten —dijo—. Me gusta.

Sátiro asintió. Se descolgó el *gorytos* y fue al encuentro de un soldado de caballería bitinio.

—¿Sabes tirar? —preguntó.

El bitinio sonrió. Tenía dos dientes de oro y parecía especialmente codicioso.

—¡Sí, mi rey! —contestó.

Sátiro le dio su arco.

—Lo quiero de vuelta —dijo—. De modo que procura no morir.

De nuevo la sonrisa reluciente de oro.

—Sí, mi rey —repitió el bitinio.

Sátiro regresó al lado de Scopasis.

—¿Qué tal son los bitinios?

—Nada malos. Algunos saben montar. —En boca de un sakje, aquello era todo un elogio—. ¿Cuánto falta? —preguntó.

Sátiro negó con la cabeza.

—He dicho a Cármides que abrevara a todos los caballos —contestó—. Y Estratocles ya está al oeste de aquí, quizá ni siquiera sabe que nos hemos detenido.

Scopasis asintió.

—Lo sabrá —aseguró—. Aquí vienen.

La caballería enemiga, mayormente misios, con algunos persas y oficiales griegos, avanzó hasta reunirse con sus arqueros. Intentaron circundar la cima para toparse con menos resistencia.

Al cabo de quince minutos se retiraron, dejando una docena de muertos y heridos. Scopasis hinchó las mejillas y sopló.

—Idiotas. Ahora sus caballos están exhaustos y sin abreviar.

Sátiro negó con la cabeza.

—Recuerda que hasta ahora todo les ha salido a pedir de boca —dijo—. No tienen motivos para esperar otra cosa.

Los getones y los bitinios no cabían en sí de gozo; cuarenta hombres contra trescientos, y habían repelido el ataque.

Los sakje estaban despojando metódicamente de sus pertenencias a los enemigos muertos.

Entonces el hiparco enemigo envió a sus exploradores de infantería, que investigaron cuidadosamente el terreno en torno a la cima. Estaban obsesionados con Scopasis y no repararon en el cuerpo principal de la caballería aliada hasta que la tuvieron prácticamente encima. Sátiro montó de un salto, agarró las riendas y se contoneó a lomos de su caballo. Ya notaba las piernas cansadas y se sintió viejo.

—Ven cuando puedas —gritó a Scopasis. Descubrió que su trompetero estaba a su lado y cabalgó a lo largo del camino, pasando por encima de los cadáveres infestados de moscas del primer ataque, hasta adentrarse en el campo de las abejas.

Cármides estaba formando sus filas. Resultaba extraño, más como un sueño que como un combate real. Estaban en un prado soleado en lo alto del monte, de modo que lo único que Sátiro veía era un campo cuajado de flores y las cumbres lejanas, como si estuvieran luchando en el cielo para entretenimiento de los dioses. El zumbido de las abejas le llenaba los oídos.

Cármides estaba medio paralizado por la responsabilidad; nunca había mandado a tantos hombres y desmontó para organizarlos, pues se sentía inseguro en la silla.

Estaban formando bien; los griegos profesionales en el centro, y los sakje y los getones en los flancos. Todavía los duplicaban en número, pero sus caballos estaban descansados y todos los sakje tenían arcos. Sin que se lo ordenaran, avanzaron a medio galope y dispararon una descarga cerrada.

Sátiro llegó tarde para detenerlos y se encogió de hombros.

—Sin duda te están ayudando con esta acción —dijo Anaxágoras.

—No necesitábamos combatir —respondió Sátiro—. Sus caballos no tienen agua. Tendrían que haberse retirado. Pero ahora los hemos incitado, y su hiparco carece de experiencia, de modo que atacará y morirán hombres.

—Así es la guerra —dijo Anaxágoras.

—¿Te pondrías tan filosófico si se tratara de tu vida? —preguntó Sátiro, un tanto gruñón.

El corintio frunció los labios y buscó a tientas su yelmo. El enemigo se aproximaba.

El primer enfrentamiento se libró duramente. El enemigo quizás estuviera cansado y sus caballos sedientos, pero tenía más monturas, más soldados y cierta

determinación, y la melé fue desesperada. Sátiro encabezó el contraataque desde el centro; se puso al frente del pequeño escuadrón de guardias de Cármides, tomó una lanza del filarco, se bajó la mentonera con un chasquido y señaló con la lanza.

Los dos ejércitos se encontraron con un estrépito como el de una avalancha en un valle invernal, y el prado quedó tan atestado que los hombres apenas tenían sitio para luchar. Sátiro, montado en su niceno, llevaba ventaja, y derribó a un noble lidio con armadura de escamas que montaba un caballo de mucha menos talla. Su lanza rebotó en el almófar del lidio, cuya lanza erró al intentar alcanzarle el hombro, y acto seguido se encontró frenando frenéticamente, con las manos en la crin del niceno, procurando mantenerlo derecho mientras pisoteaba al otro caballo.

Había perdido la lanza, de modo que desenvainó la espada; la flamante espada que le había regalado Demetrio. Los lidios tenían buenas armaduras, y la punta de su espada enseguida se embotó contra los petos de bronce que casi todos ellos llevaban.

De pronto se vio en medio de las fuerzas enemigas. Las filas de ambos bandos se habían entremezclado, y los golpes resonaban contra su espaldar. Estaba enfrentado a un oficial macedonio, y Sátiro le agarró el codo con la mano de la brida, le estampó el pomo en el rostro y le arrebató la lanza de las manos mientras caía al suelo. Era una buena lanza, corta y muy afilada, y Sátiro la empleó contra las grupas desprotegidas de los caballos lidios que lo rodeaban, retorciéndola y punzando como una víbora.

Y entonces oyó a Cármides gritado a su derecha; agarraba el asta de la lanza con ambas manos, corrió su peso y el semental retrocedió unos pocos pasos, tan sagaz como un perro, y Sátiro lo amó. Volvió a mover su peso y el caballo retrocedió de nuevo.

Un golpe terrible en la cabeza y se vio en el suelo, aunque cayó de pie, pero un caballo le pisó un pie y lo derribó.

El semental permaneció vigilante a su lado.

Debió de perder la conciencia unos instantes, pues de pronto Cármides estaba justo encima de él, y Sátiro dobló las piernas y se levantó, aunque la cabeza le daba vueltas y el pie le dolía tanto que no podía apoyar su peso en él. Pero la lanza del macedonio estaba justo allí y la agarró de inmediato, la usó para apoyarse y entonces, tal como le habían enseñado a hacer de niño, la puso contra el lomo del semental y la pisó con el pie bueno, apretó los dientes a causa del daño que le hacía el otro pie y subió la pierna. Apenas podía aferrarse y quedó colgado ahí un momento como una paca de lana, pero estaba arriba y, a pesar del dolor, alargó el brazo hacia atrás y recuperó la lanza.

Scopasis había arremetido contra el flanco de los enemigos. Sátiro veía donde se estaban replegando y lo desorientados que estaban por la carga de Scopasis.

Miró a su alrededor. A su trompetero le corría sangre por el cuello; una oreja rebanada. Y su trompeta estaba partida en dos. La había usado a modo de garrote.

—¡Reunión! —comenzó a gritar. Le dolía la cabeza.

Sátiro los condujo a todos al extremo del prado que quedaba más cerca de la cumbre y confió en que el hiparco enemigo tuviera la sensatez de batirse en retirada. El pie le dolía como si cada una de las abejas del prado le hubiese picado en el mismo sitio, y tenía una abolladura en el yelmo que parecía hecha con un hacha. Una de sus sienes estaba pegajosa debido a la sangre.

—Envía a todos los sakje por los bordes del prado hasta las rocas. Los griegos en medio, con los getones y los bitinios, en formación cerrada. Una cuña.

Sátiro señaló, ya tenía la voz ronca.

Scopasis captó la orden, organizó los destacamentos de los flancos, y los sakje desmontaron de sus ponis y comenzaron a avanzar por el terreno rocoso. La infantería ligera enemiga estaba allí, pero sus jabalinas nada podían contra los arcos y las armaduras, y perdió el acantilado.

Sátiro se situó en la punta de la cuña. El mando traía aparejadas ciertas tareas.

Tenía un miedo de lo más impactante. Se sentía aletargado y asustado. Aquella escaramuza no era decisiva para la campaña. Y, sin embargo, era posible que muriera allí. Los hombres contaban que su padre había sufrido una herida en un primer combate y que había quedado demasiado débil para resistir un segundo, y que por eso había muerto.

Hizo que su voz no dejara traslucir miedo e irguió la espalda. Cármides y Anaxágoras eran los siguientes hombres en la cuña. Ambos sonreían como tontos.

Sátiro pensó en mil cosas que deseaba decir. Muchas de ellas eran acerca de Miriam.

Los sakje avanzaban poco a poco por el prado. Los veía levantarse para tirar, haciendo salir a los *psiloi* enemigos de sus escondites, o simplemente abalanzarse sobre ellos en breves ataques, matando a los más rezagados. Los *psiloi* enemigos eran muy inferiores en número y finalmente abandonaron la lucha; las dos docenas que quedaban huyeron en pos de la protección de su caballería.

Sátiro respiró entrecortadamente dos veces. Trató de establecer contacto con su dios... con el olor a gato mojado, la *eudaimonia* que lo alentaba a combatir y lo convertía en uno con su dios.

Nada encontró, y se estremeció como si tuviera frío. Notaba pegajosos los dedos que agarraban la empuñadura del oficial macedonio. Tenía sangre debajo de las uñas y en los cortes de las manos.

Quería regresar y decirle a Miriam que preferiría ir a Alejandría con ella que ser rey del Bósforo.

El hiparco enemigo, demasiado carente de experiencia o tal vez simplemente demasiado testarudo para aceptar que lo habían vencido, estaba organizando otra carga. Sus caballos estaban agotados, pero al parecer tenía hombres de refuerzo. Ahora llenaban el campo de un lado al otro, de a tres en fondo o más.

Los sakje vaciaban sus carcajes contra los antigónidas, y los lidios, pese a sus armaduras, estaban sufriendo bajas.

Sátiro se dio cuenta de que le temblaban las manos y se enojó.

¿Tenía miedo? ¿O estaba a punto de cargar contra un enemigo que lo superaba en número con creces porque aquel era el momento decisivo?

Ya no sabía qué pensar.

—Recuerda quien eres —dijo en voz alta, y los hombres que lo rodeaban lo tomaron por su discurso previo a la batalla, y las manos se cerraron sobre las astas de las lanzas.

—Podemos aguardar —dijo Anaxágoras, mientras otra descarga de flechas sakje caía sobre los lidios.

—¡Al paso! —ordenó Sátiro. La cuña inició el avance, los hombres de los flancos cerraron filas. Miró hacia atrás. Hasta donde le alcanzaba la vista, la formación era compacta.

Un poco menos de un estadio.

Los lidios comenzaron a avanzar. Los sakje los estaban irritando y el terreno despejado los invitaba.

Anaxágoras, por supuesto, llevaba razón.

Sátiro se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—¡Al trote! —ordenó. Su caballo era perfecto para ir en la punta de la cuña, era un rompedor de líneas. Era valeroso y respondía al instante entre las piernas de Sátiro, un trote ligero que amenazaba con dejar atrás a Anaxágoras y a Cármides. De un modo u otro el magnífico caballo infundía valor a su jinete.

Sátiro nunca había encabezado una cuña hasta entonces, excepto en el campo de entrenamiento. Pero conocía la sensación de estar solo, montado en un monstruo enorme que corría debajo de él, haciendo temblar la tierra. Volvió la vista atrás y faltó poco para que cayera de la silla cuando su semental saltó un obstáculo que había en el suelo, un cadáver del primer encontronazo.

Medio estadio.

El mayor error en una carga de caballería era galopar demasiado pronto. Su madre se lo había enseñado a él y a su hermana, y también Coeno y Diodoro y Crax y todos los Exiliados... Ojalá los tuviera ahora a su lado.

Los lidios se lanzaron a la carga, y ahora la fatiga de sus caballos se hacía evidente en el blanco de sus ojos, el sudor de sus ijares, la desesperación en el rostro de los hombres.

Veinte largos de caballo, y Sátiro supo a qué hombre se enfrentaría; volvió la cabeza un momento y constató que la cuña todavía estaba bien formada, incluso los bitinios mantenían sus puestos en las filas.

Las manos ya no le temblaban. Solo había un hombre montado en un caballo bayo enfrente de él, y la punta de su lanza aproximándose a sus ojos, y su propia lanza.

Dio rienda suelta al caballo.

—¡A la carga! —rugió. El miedo seguía estando presente pero lo había superado casi por completo.

El semental era todo corazón. Saltó hacia delante y Sático alzó la lanza con ambas manos, dejando que corriera...

Alcanzó la punta de lanza de su oponente con la suya, la empujó hacia arriba con ambas manos y le clavó la lanza en el torso; escamas salieron despedidas desde el punto de impacto como lluvia de una tienda golpeada con un palo; arrancó la lanza del cadáver y la puso de través para parar el mandoble del siguiente hombre, cuya yegua bailaba debajo de él. El oficial chusquero intentó dominar a su caballo y Cármides lo mató; la punta de la cuña había penetrado en las líneas enemigas y el semental seguía volando a galope tendido. Sático le hincó una rodilla y giró hacia la izquierda, rozando apenas el suelo.

Una flecha pasó rozándole la cabeza.

Sático se agachó sobre el cuello del caballo y siguió corriendo por el prado, trazando una amplia curva; tenía a cincuenta jinetes detrás, hombres de Cármides y Heracles mezclados, y efectuado el viraje llegaron a la retaguardia de las líneas lidias, y los lidios se vinieron abajo. Entonces comenzó una lucha encarnizada; cuerpo a cuerpo, caballo contra caballo, y la presión era mayor de la que Sático hubiese sentido alguna vez combatiendo a pie.

Vio caer a Heracles. El joven sufrió una herida de lanza que lo dejó clavado a su caballo, y el caballo cayó, tirándolo con él. La montura de Sático parecía leerle el pensamiento y saltó por encima del príncipe derribado, y Sático derribó del caballo a uno de sus atacantes mientras el otro daba media vuelta.

La polvareda era tan densa que Sático apenas veía. Casi no podía respirar, pero la presión de la lucha disminuía.

El joven trompetero seguía estando a su lado, y ahora tenía una lanza y una espada. Sático le dedicó una sonrisa.

—No te hagas el héroe —le dijo.

El rostro del chico estaba pálido como la muerte a pesar de su tez morena, pero se las arregló para torcer los labios.

Sático frenó y dio media vuelta, y ahí estaba Scopasis, montado de nuevo, al frente de una docena de sus arqueros.

—Ese hombre puede darse por muerto —dijo Scopasis. Señaló la flecha sakje clavada en la grupa del semental.

—Es el mejor caballo que he montado en mi vida —respondió Sático con la emoción acumulada durante el combate.

Scopasis dijo:

—Eres igual que tu hermana.

Sático se echó a reír. Iba a vivir.

Como siempre, las secuelas fueron mucho peores que la lucha. Casi un tercio de

sus fuerzas estaba herido; Estratocles había atrapado a los lidios y estaba arrepentido.

—Tendría que haber dejado que se marcharan —dijo, haciendo una mueca mientras el trompetero le vertía vino en la herida del hombro—. ¡Ares! —bramó, y luego se calmó—. Oh, Tártaro, duele un huevo. Tendría que haber sido más sensato. Estaba detrás de ellos, y debería haber dejado que se marcharan.

—¿Cómo están los bitinios? —preguntó Sático.

—Son auténticas furias cuando los provocan. En cuanto el pobre Darío ha muerto, se han vuelto locos por vengarlo. —Estratocles arqueó la espalda y reprimió un grito de dolor. Solo se oyó un gruñido—. Joder, el tajo es profundo. Lucio, dime si es muy grave.

—Menos de lo que mereces —dijo Lucio—. Profundo. Pero todo es grasa y músculo; punta de lanza, no un filo vivo. Hace falta más vino. Y un poco de miel.

Sático no estaba herido pero tenía el pie como si se lo hubiera pisado un elefante, no un caballo, y no podía caminar.

—¿Darío ha muerto? —preguntó.

—Una verdadera tragedia —contestó Estratocles—. ¡Au! —gruñó.

Heracles no estaba muerto pero tenía una pierna rota en dos sitios, y una herida de lanza que penetraba por la parte delantera del muslo y salía por detrás, y si bien no le había cortado una arteria, había perdido mucha sangre y se sumía en la inconsciencia cada vez que despertaba. Cármides tenía heridas en ambos brazos. Anaxágoras estaba ileso.

Igual que Scopasis, que asumió el mando. Con Darío Thrakes muerto, los bitinios podían mezclarse con los sakje sin ninguna deferencia.

Calicles, el noble getón, tenía un corte muy feo en el rostro.

—Necesito un yelmo mejor —dijo, compungido—. Nunca había participado en un combate tan cerrado. En realidad, no es como lo hacemos nosotros. Esto está hecho para los griegos. —Miró en derredor—. Mis muchachos piensan que los sakje quizá no sean tan malos —dijo, con una media sonrisa—. ¿Y no es la mar de conveniente que Darío el tracio haya muerto? ¿Puedo aportar mis dos óbolos? Soy totalmente inofensivo y no tengo intención de desertar, ¿de acuerdo?

Sático no quería beber vino, no fuera a ser que se desmayara, pero el agua le supo a sangre en la boca.

—Es un asunto repugnante —dijo—. La guerra, quiero decir.

Calicles asintió.

—Soy rehén —dijo—. Por eso fui enviado.

Estratocles estaba comprobando el estado de su hombro, levantando y bajando el brazo izquierdo. Miró al tracio.

—Ahórratelos —dijo—. No vamos a hacerte daño.

En ese preciso momento parecía puramente malvado, con su nariz rota y el rostro surcado de cicatrices, pero Sático se dio cuenta que solo se debía a la edad, la fatiga y la indignación consigo mismo.

Sátiro miró a Estratocles.

—¿Dónde ha muerto Darío?

—En el primer combate; en lo alto de la sierra. Una jabalina en las costillas. Ni siquiera lo he visto caer. Esos cabrones han profanado su cadáver. Cuando lo hemos encontrado, los bitinios se han puesto fuera de sí.

Estratocles le sostuvo la mirada sin vacilar.

Scopasis gruñó.

—Inútil de mierda —dijo.

«Menudo epitafio», pensó Sátiro.

Habían sufrido muchas bajas pero nunca volverían a tener una oportunidad como la que tenían entonces para capitalizar su victoria. Así era la costumbre sakje: seguir en la victoria, abandonar en la derrota. Sátiro se quedó con su escolta y todos los heridos y, al anochecer, Scopasis se llevó a los sakje, getones y bitinios supervivientes a la otra vertiente de la sierra para atacar el campamento enemigo.

Sátiro observó el asalto desde la cresta, sin lamentar en absoluto no estar participando. Siguió el avance de la incursión de Scopasis guiándose por las chispas que despedían las hogueras mientras los sakje mataban a los hombres que dormían junto a ellas, y por las llamas de las tiendas incendiadas.

A decir verdad, los daños fueron mínimos. A la mañana siguiente, cuando los asaltantes hubieron regresado y yacían como muertos, durmiendo junto a sus caballos, no había más rastro del asalto al campamento enemigo aparte de una docena de tiendas chamuscadas y un único cadáver, un centinela que habían matado de noche y cuyos camaradas todavía no habían encontrado, aunque ya lo habían visitado un par de buitres.

Otros diez hombres de Sátiro habían muerto durante la incursión, algunos haciendo mucho ruido. Tenían casi cincuenta prisioneros. Cuando los asaltantes de Scopasis estuvieron listos para moverse, Sátiro cabalgó hasta donde estaban los lidios.

—Soltadlos —ordenó, y Draco y Cármides se pusieron a cortar las correas con las que les habían atado las muñecas.

Transcurriría una hora o más antes de que tuvieran algo semejante a circulación sanguínea en las manos.

—Me quedo con vuestros caballos —dijo Sátiro—. Os recomiendo que volváis a casa.

Los dejó allí, al borde del prado donde sus compañeros de armas habían muerto.

El pie todavía le dolía. La espalda le dolía. No había pasado tanto tiempo seguido en la silla desde que tenía diecinueve años.

No obstante, Antígono había perdido la cordillera del sur, y eso significaba que no podría flanquear su posición en el lago. Sátiro dejó a Scopasis con lo mejor de los

sakje y los bitinios y se llevó al resto de los hombres de vuelta al campamento, acarreando a los muertos a lomos de los caballos capturados.

Lisímaco no se dejó impresionar.

—Tenías ganas de montar a caballo —dijo, viendo desfilar a los muertos—. Mis hombres no te amarán después de esto.

Sátiro se crispó.

—¿Te parece poco que quemáramos parte del campamento enemigo? ¿Que nosotros, no Antígono, controlemos los valles del sur?

Lisímaco asintió.

—No digo que sea poco pero, mientras has estado fuera, el viejo cabrón a hecho avanzar sus máquinas de sitio un estadio y está destrozando mis fortines de primera línea. Solo mis mejores piqueros se atreverán a subir allí.

Sátiro asintió.

—Guerra de sobra para todo el mundo, entonces —dijo. En el este se estaban juntando nubes de tormenta. Fue cojeando en busca de Jubal.

Jubal estaba construyendo una tercera línea de fortines, montículos de tierra reforzados con madera, con máquinas montadas en aspilleras. No estaban muy bien hechas, pero ahí estaban.

Jubal le dio un fuerte apretón de manos.

—Señor —dijo, y asintió—. Lisímaco va a perder la primera línea, ¿eh? Deja que la pierda. Puedo construirlas más deprisa de lo que él tarda en perderlas.

—Por Ares —respondió Sátiro—. Qué manera de hacer la guerra.

Sin embargo, Sátiro había visto aquel tipo de guerra en Rodas, y no guardaba sorpresas para él, a diferencia del prado plagado de abejas.

Esa noche los mejores piqueros de Lisímaco prendieron fuego a la madera de la primera línea y se retiraron en orden. Una hora después las máquinas de la segunda línea lanzaron canastos con cabida para un *mythemnoi* de grava sobre la antigua primera línea y los *apobatai* cargaron contra los peltastas supervivientes de Antígono, amenazados por el bombardeo y derrotados por mercenarios tiznados con carbón.

Los *apobatai* volvieron a retirarse al amanecer, dejando una ruina humeante. La primera línea le había costado más de trescientos hombres a Antígono, y a Lisímaco solo le había costado unas cuantas fanegas de piedras.

Los chubascos regresaron la noche siguiente y Antígono asaltó la segunda línea al amparo de una lluvia tan violenta que un hombre no podía levantar el rostro sin que le hiciera daño. Los campos entre ambos ejércitos se convirtieron en un barrizal en el que los hombres se hundían hasta los tobillos e incluso más. Las trincheras de Jubal tenía drenajes pero los campos de enfrente no; los antigónidas se emplearon al chapotear por el barro, y los hombres de Lisímaco estaban preparados para enfrentarse a ellos. Pero tras una enconada lucha a la luz de los relámpagos, los viejos

veteranos macedonios expulsaron a sus oponentes más jóvenes de la segunda línea de fortines.

No obstante, Jubal ya tenía preparada una cuarta línea, en una carrera contra los chubascos, y las máquinas de la tercera línea soltaron sus piedras cuidadosamente acumuladas sobre los antigónidas, quienes descubrieron que los fortines de la segunda línea estaban diseñados para no poder guarecerse de la tercera línea. Antígono lo intentó de nuevo dos noches después de que comenzaran las lluvias, y tuvo que detenerse en las zanjas anegadas por la tormenta. Todavía estaban allí cuando se hizo de día, y Sátiro luchó en el barro con Cármides y Anaxágoras a ambos lados de él. Lanzó jabalinas, dio gritos de aliento y, durante unos minutos desgarradores, se enfrentó a los hombres que trepaban desesperados por escaleras de mano llenas de barro desde una zanja. Al final ofrecieron a los hombres atrapados en lo alto de los fortines que se rindieran al enemigo, y ellos aceptaron agradecidos, dejando caer sus escudos y arrodillándose en el barro.

Probablemente fueron estos prisioneros, cuando regresaron dos días después, quienes contaron a sus compañeros que había un hijo de Alejandro con vida en el campamento enemigo. La herida del muslo se le había inflamado, pero el Señor del Arco de Plata no había enviado una infección a matar al muchacho, y los médicos confiaban en su pronta recuperación.

Sátiro cabalgaba con doce hombres a modo de escolta al mando de Nicéforo, y Lisímaco con el doble. Antígono aguadaba en el barro de la orilla del lago, y la lluvia caía como el desdén de los dioses.

Sátiro había oído hablar de aquel anciano toda su vida pero nunca había llegado a conocerlo. Ahora por fin veía a Antígono, y su respeto, rayano en el temor reverencial, se multiplicó por tres. Antígono iba tan erguido como una *sarisa* y llevaba una armadura que dejaría agotado a un hombre más joven. Sus brazos cubiertos de vello blanco eran puro músculo, y el bronce de su coraza sin duda ocultaba más de lo mismo.

Sátiro lo saludó como un luchador de pancracio.

Antígono *el Tuerto* asintió.

—Serás el rey del Bósforo —dijo.

—En efecto —respondió Sátiro.

Antígono ignoró a Lisímaco como si ni siquiera estuviera presente.

—Creo que has ganado este asalto, muchacho —dijo el anciano—. Quisiera disponer de un día para recuperar a mis muertos, si logro encontrarlos en este barrizal, y otros dos días para retirarme. A cambio, este año no regresaré.

Lisímaco escupió.

—El año se termina, jefe. Estas lluvias anuncian el invierno.

Antígono no apartó los ojos de Sátiro.

—Oigo el susurro del viento —dijo—. Una tregua de tres días. —Se encogió de hombros—. O convenzo a los muchachos de que tenemos problemas, traigo a todo mi ejército hasta tus líneas y vemos qué logro hacer.

Lisímaco sonrió.

—Aunque vencieras, estarías acabado. Seleuco o Tolomeo se te comerían vivo.

Antígono no se inmutó.

—Di a ese viento estúpido que no supondría diferencia alguna para él. Estaría muerto.

Antígono era viejo, pero su voz transmitía... poder.

Lisímaco entornó los ojos.

—Tráelo —dijo.

Sátiro negó con la cabeza. Los tracios de Lisímaco llevaban días desertando, regresando a su tierra a través de la Propóntide. Y la situación entre los piqueros no era mucho mejor. Incluso los hombres de Estratocles, incluso los de Nicéforo desertaban. El tiempo era atroz. El barrizal era un lugar espantoso para morir.

Sátiro acercó su caballo al de Lisímaco.

—Me consta que lo odias —dijo en voz baja—, pero si vencemos, lo mejor que conseguiremos será una retirada. Está proponiendo retirarse. Dejemos que lo haga con honor.

Lisímaco respiró profundamente. Pareció estar a punto de replicar, pero un amago de sonrisa asomó a sus labios y asintió.

—De acuerdo —dijo.

Al cabo de dos días, Antígono se había marchado a Misia.

Pero las lluvias no cesaron y, con el invierno, llegó la peste.

Libro V

—Hay que reconocérselo —dijo Sófocles al vacío—. Tiene más vidas que un gato, y ha cambiado el curso de la guerra.

—Isocles lo matará para mí. Tú has fallado —dijo Fiale. Estaba en un columpio, bastante por encima de su cabeza; uno de los divertimentos del nuevo templo de Afrodita que había erigido Licurgo. Sófocles practicaba con su puñal, repitiendo el mismo paso una y otra vez, mientras, aparentemente, hablaba con la pared, o con la estatua de Afrodita en su advocación de diosa de la guerra.

—Isocles quizá tenga buena mano para aterrorizar prostitutas pero no puede decirse que sea precisamente un asesino —dijo Sófocles.

—Está bastante loco. Tal vez poseído por los dioses. ¿Quién sabe? —preguntó Fiale, con voz soñadora.

—Siendo así, quizá tenga una oportunidad, porque Sátiro y Melita son, que yo sepa, la pareja que más ayuda de los dioses recibe. Tengo ganas de matarlos — Sófocles pasó el puñal de la mano izquierda a la derecha antes de entrar a fondo—, pues la idea atrae a mi muy desarrollado sentido del *hubris*.

Fiale saltó del columpio y aterrizó como la bailarina que era.

—Sátiro tiene una amante —dijo.

—Tampoco es para sorprenderse —repuso Sófocles.

—Cállate, no seas grosero. Su amante es, para que te enteres, una muchacha bárbara de Alejandría. Quiero que la secuestres.

Sonrió volviendo la cabeza hacia él, que con un revés de su puñal la dejó desnuda puesto que el quitón le cayó pese a que Fiale diera un salto para esquivar el arma.

Sófocles recogió la prenda, se frotó el rostro con ella y se la devolvió.

—Tienes un cuerpo espléndido, desponia. No mataré a una esclava bárbara de Alejandría para ti. Sería indigno de mí.

Fiale se quitó las sandalias.

—Podría decir que una bárbara de Alejandría quizás esté a tu altura, si tuviera ganas de ser cruel.

Sófocles dejó de moverse, arrojó su puñal a la base de la estatua de Afrodita, y se quedó mirándola. Estaba desnuda, sosteniéndose de puntillas, toda su pose una provocación.

—¿Estoy siendo seducido? —preguntó Sófocles.

—No. La seducción es sutil. —Fiale se aproximó a él y le recorrió un muslo con el pulgar, le acarició el pene con los dedos y se escabulló de él con el mismo tipo de movimientos que él usaba en los combates—. Esto es más directo —agregó—. Fiale se volvió, sin apartar los ojos de él, y se tendió a un lado del altar.

Contaba con dos asesinos para satisfacer sus necesidades y podía amarrarlos con dos herramientas bien simples: su cuerpo y la plata contante y sonante. Pero en el templo de Afrodita era sacerdotisa, y tenía un compañero con quien podía realizar la magia más potente y peligrosa.

Sófocles se puso cachondo, en esto no era un asesino sino meramente un hombre

típico, y Fiale salmodió su encantamiento al ritmo que imponía su amante. Y acumuló aquella fuerza en su cabeza hasta convertirla en una paloma negra que envió volando a través del mar.

Isocles tenía una casa en Heraclea y dos esclavos, y sus seis hombres eran el terror del vecindario. Era una buena vida. Isocles recibía mensajeros de Fiale y de Casandro, y se deleitaba en su papel de hombre peligroso, cortejado por personas importantes. Tenía riqueza y posición. Lo había recibido Amastris en persona. Pagaba sobornos a una docena de sus funcionarios de la corte, y también sobornaba a sus esclavos. Si Estratocles todavía hubiese estado al servicio de Amastris, para entonces ya habría atrapado al intruso y lo habría castigado. Pero Amastris había tomado otra decisión, y su capitán de la guardia era uno de los hombres a quienes Isocles pagaba mejor.

Isocles bebía vino, violaba a sus esclavas y aguardaba la llegada de la primavera como una araña repugnante aguarda junto a una tela prácticamente invisible.

Diodoro yacía en un diván, amodorrado por el calor de Babilonia. Safo, su esposa, yacía en un diván separado. Hacía demasiado calor.

—¿Irás Seleuco? —preguntó Safo.

Aquella pregunta estaba en boca de todos los hombres y mujeres informados de la ciudad. Lisímaco había solicitado a Seleuco que se dirigiera al nordeste con su ejército. Era un secreto a voces que Lisímaco había sido derrotado casi por completo en otoño, que Casandro estaba en las últimas, que Tolomeo se había retirado a Egipto, indignado.

Se decía que Antígono tenía doscientos elefantes y ocho mil hombres.

Diodoro tenía sesenta años pero los llevaba muy bien. Su pecho seguía estando tan bien musculado como su peto de bronce y sus brazos eran como los de una estatua de Ares, por más que tuviera todo el pelo blanco. Se incorporó, y un esclavo lo abanicó con más brío, confundiendo su emoción por una exigencia de brisa fresca.

Diodoro miró a la mujer que amaba y negó con la cabeza.

—¿Quieres regresar a los inviernos? —preguntó—. Yo no puedo regresar a Alejandría. Y me parece que me estoy volviendo demasiado viejo para esto. Ya va siendo hora de retirarse.

—¿Tanais? —preguntó Safo.

—Entre los dos poseemos una tercera parte —dijo Diodoro.

—¿Y? —preguntó Safo.

—Seleuco me ha citado a la segunda hora después de que el sol esté en el zenit para que le hable de Sátiro de Tanais —contestó Diodoro—. No ama en absoluto a Lisímaco.

—Podría irme a casa —dijo Safo.

—¿A casa? —preguntó Diodoro.

—A Olbia, donde mi vida cambió. O a Tanais. —Sonrió y se levantó del diván—. En Babilonia hace demasiado calor —le dijo—, y los bichos son agobiantes, y los lugareños, demasiado serviles. Las únicas personas con quienes se puede hablar son los judíos y los medos. —Se rio—. Lo que son las cosas. Fui esclava durante seis años y ahora hablo como un macedonio.

Diodoro se agachó y le dio un beso.

—¿Puedo confesar una cosa? —preguntó.

—¿Te has acostado con mi nueva lavandera? En tal caso, ya puedes ir lavándote tú mismo la ropa de campaña —bromeó, y le dio un golpe con el abanico.

—¿La que bizquea o la que tiene esa extraña enfermedad en la piel? No. Deseo confesar que quiero llevarme a los Exiliados al norte y combatir. Si Seleuco va, esto será el final. En un sentido o en el otro. La última tirada de dados. —Se encogió de hombros—. Es mi maldición.

—Maldito sea Kineas. Tuvo que decirte que te dejaba todas sus batallas inconclusas.

Safo había oído contarle cien veces.

—Si estuviera vivo, estaría allí.

Diodoro hizo una seña a un esclavo para que se acercara.

—Si estuviera vivo... —dijo Safo, y sonrió—. Me han dicho que Sátiro hizo una campaña brillante.

—Ha cambiado el curso de la guerra —respondió Diodoro con satisfacción.

—Es igual que su padre —dijo Safo.

Diodoro se encogió de hombros.

—Sí y no. Kineas era un mercenario con el corazón de un rey y Sátiro es un rey con el corazón de un mercenario.

Safo negó con la cabeza.

—No. Lo conozco mejor que tú. Es un hombre de valía. Igual que mis hermanos. Igual que tú, querido.

Diodoro enarcó una ceja.

—Esta es mi ración anual de cumplidos, ¿no? Más vale que la atesore. Espero que sea un hombre de valía, amor mío, porque se ha convertido en el eje de la campaña de este año. Ahora tengo que irme.

—Presenta mis respetos a Seleuco y a su amante —dijo Safo.

—¿Con o sin sarcasmo? —preguntó Diodoro, pero al parecer la pregunta era retórica puesto que no aguardó una respuesta.

Safo llamó a su criado personal y le pidió un punzón y una tablilla.

León se recostó en su *kline* y leyó la carta de Safo por tercera vez. A su lado,

Nihmu estaba tendida con la cabeza apoyada en el brazo del diván, contemplando el mar.

—Volverás a irte —dijo Nihmu.

—Podrías venir conmigo —respondió León.

—¿A Tanais? —preguntó Nihmu—. ¿Al Mar de Hierba?

León negó con la cabeza.

—Reuniremos las flotas en Rodas —dijo—. Tengo entendido que la batalla, cuando llegue el momento, se librará en Asia, seguramente lejos del mar. Plistias está en Mileto. Demetrio controla la entrada de la Propóntide. —León encogió mucho los hombros—. Todas mis naves, todas las de Tolomeo y las que le queden a Rodas; en conjunto, doscientos buques. Demetrio y Plistias han estado construyendo todo el invierno; ni idea de lo que tendrán. Pero me sorprendería que tuvieran menos de doscientos buques. —León negó con la cabeza—. Todo el mundo tiene los ojos puestos en los ejércitos y los elefantes. Una flota de doscientas naves tiene tantos hombres como un ejército de cincuenta mil.

Nihmu suspiró.

—Sí, querido.

León le acarició la espalda con la mano.

—Esto es el final. O, por lo menos, todos nosotros intentaremos que sea el final. —Miró de nuevo la carta—. Diodoro, Crax y Safo están viniendo desde Babilonia con Seleuco.

Nihmu Seguía contemplando el mar.

—Toda la gente de Kineas, una última vez.

León la miró y vio que lloraba.

—¿Sabía lo que iba a suceder? —preguntó Nihmu—. Yo nunca imaginé algo como esto.

León sonrió.

—¿Por qué lloras? Veremos a todos nuestros amigos.

Nihmu logró esbozar una sonrisa.

—Sí —dijo—. Y después moriremos.

León sonrió. Su esposa había sido pitonisa y tenía la costumbre de decir tales cosas. A veces tenían significado, a veces no, y a veces el significado era críptico. De modo que sonrió, le dio un beso y se levantó.

—El hijo del hombre nace para morir —sentenció León.

Nihmu asintió.

—Debería ponerme a practicar tiro al arco —concedió.

Antígono estaba sentado sobre una piel de leopardo dejada caer sobre un banqueta y observaba a dos remeros que luchaban por un premio. Demetrio estaba sentado a su lado, y la presencia de su hijo le hacía sentir... completo. Feliz. Aunque

quisiera ser un dios. Era la fantasía de un joven. Antígono *el Tuerto* tenía a sus espaldas ochenta y dos años de dolor, heridas y edad. Ya no deseaba vivir para siempre, pero desde luego no iba a dejarse matar fácilmente.

—Tengo el mejor ejército que haya tenido desde que murió el rey —dijo Antígono.

—Te refieres a Alejandro —dijo Demetrio—. Ahora tú y yo somos reyes.

—Me refiero al rey. Él era rey. Nosotros... estamos luchando en las ruinas de su templo. —Antígono contemplaba la puesta de sol sobre el mar—. Tráeme todo tu ejército. Deja que el maldito Casandro se apañe con su picha flácida, y ven a Asia. Hagámoslo; una tirada a todo o nada. Estoy cansado, y he estado así de cerca diez veces, y quiero ganar.

Una sonrisa se fue dibujando despacio en el rostro de Demetrio.

—¿Tú y yo... juntos? ¿Un solo ejército? Nadie podrá vencernos.

Antígono asintió.

—Nadie lo ha hecho hasta ahora —dijo—. Por cierto, antes de venir compra hasta el último jodido hoplita que haya en Grecia. Compra a todo el mundo. Tira la casa por la ventana. Cómpralos aunque solo sea para que no pueda comprarlos el capullo de Casandro. Compra a todos los tesalios que encuentres.

—¿Tienes dinero? —preguntó Demetrio.

—Eres el amo de Atenas, hijo. No esperes dinero de mí. —Antígono gruñó—. Conocí a tu Sátiro —agregó.

—¡Te cayó bien! —dijo Demetrio.

—Vale cincuenta veces lo que Lisímaco. No es mal *strategos*; se quedó prendado de un castaño en las montañas, y luego me lo tiró encima. —Antígono se rio—. Ojalá pudieras comprarlo. Puesto que no puedes, he pagado para que lo envenenen.

—¡Envenenarlo! ¡Padre, es un héroe! —Demetrio negó con la cabeza—. Eso es mujeril.

—Hijo mío, tengo ochenta y dos años. Puedo ser tan mujeril como me venga en gana. —El anciano sonrió—. ¿Sabes por qué venceremos?

—¿Porque voy a ser un dios? —preguntó Demetrio.

—No, ni mucho menos.

Antígono bebió un poco de vino. Esa parte de la vida seguía siendo buena. Todavía le gustaba el buen vino. Y una buena hogaza de pan con la corteza crujiente. Y la vista de un campo de batalla donde hubiese ganado.

—¿Porque tenemos Atenas y Tiro y todo el dinero? —dijo Demetrio.

—No fingiré que eso no nos ayudará —dijo Antígono, y se rio de nuevo—. Pero no. Es porque Casandro es un inútil de mierda, y porque Tolomeo quiere que esto termine, y porque Lisímaco es incapaz de encontrarse el culo con las dos manos a oscuras, y porque Seleuco es un arrogante... y todos ellos se odian entre sí. Tú y yo, hijo, confiamos el uno en el otro, y cuando el bronce se encuentre con el hierro, eso es lo que contará.

Demetrio rodeó con los brazos a su padre y le dio un beso.

—Cuando me llames, estaré a tu lado —dijo.

Antígono se terminó el vino y tiró la copa al mar.

—Pues entonces, que se vayan a la mierda —dijo—. Seremos reyes del mundo.

La caravana llegó a Heraclea con cincuenta camellos y cien caballos cargados de especias, sedas y tejidos de algodón, chales de lana de las tierras al este de Hircania, espadas forjadas por gigantes legendarios y veinte cargas de lapislázuli procedente de las canteras de los altísimos desfiladeros de Sogdiana y Bactria.

La caravana estaba al mando de una mujer, y los miembros de su tribu la llamaban «la viuda». Se rumoreaba que era muy guapa y su voz era amable, pero los duros y morenos mercenarios sogdianos contaron a los muchachos en el zoco que había matado a un bandido en los desfiladeros con su hierro, y que también había matado a otro, uno de los suyos que creyó que podría calentarle la cama, clavándole el pulgar en un ojo hasta el cerebro.

Cubierta de polvo, vestida hasta la garganta y con un albornoz persa era esbelta, pero eso era lo único que cabía decir de ella. Y rica, sin lugar a dudas pronto iba a ser muy rica. Ya solo el lapislázuli era el mayor cargamento de la preciada piedra que llegaba a Heraclea en treinta años.

Hablaba griego con fluidez y exactitud. Los comerciantes del zoco la amaron y odiaron de inmediato, y sus fieros guardias, que atraparon a un ladrón junto a los camellos, lo destriparon y lo estacaron junto a sus líneas como advertencia para los demás.

Todavía iba cubierta de polvo cuando terminó de regatear con un mercader de joyas por un puñado de rubíes sin tallar, la única venta que le interesaba hacer, por el que obtuvo una bolsa de daricos de oro y atrajo el interés de todos los ladrones de Heraclea. Solo se le veían los ojos, cosa que en opinión del joyero suponía una ventaja injusta a la hora de hacer un trato, pero eran unos ojos preciosos, grandes y líquidos y de un llamativo azul lapislázuli, y además, pese a todo el regateo, acababa de ganar los beneficios de un año entero. Se sintió bienhechor cuando ella le hizo la pregunta.

¿León el nubio? Pues claro que todavía tenía un factor allí. Le fueron dadas las indicaciones pertinentes.

La viuda gritaba órdenes y los hombres hacían cosas, y el zoco hizo sitio para cincuenta camellos y sus encargados. Tenía un número increíble de mercenarios sogdianos y unos cuantos hircanos. Sus caballos bastaban para suscitar envidia.

Recorrió, acompañada por dos hircanos, los callejones de detrás del ágora hasta el almacén que le habían indicado que visitara. En realidad, era una vieja casa griega emparedada entre dos almacenes.

El factor de León era un joven de barba morena y ojos vivarachos; costaba darse

cuenta de que había sido esclavo desde la cuna, o tal vez toda su alegría fuese consecuencia de haber alcanzado finalmente la libertad. Hizo una reverencia; los informadores ya le habían transmitido la noticia de su llegada, pero se quedó pasmado cuando vio que la nueva estrella del ágora se presentaba en el umbral de su casa.

Antes de que el corazón le latiera cien veces, estaba recostada en un diván con una copa de vino en la mano. Una esclava la ayudó a enrollar el albornoz para descubrirle la cabeza y los hombros, y bajo los pliegues de su polvoriento abrigo persa llevaba un *chitoniskos* de hombre. Sus botas persas fueron sustituidas por unas sandalias de oro que sacó de su bolsa.

El hombre de confianza de León, Héctor, alzó su copa.

—A Hermes, dios de los viajeros, que te trae a mi puerta. ¿Y a quién debo dedicar esta copa, señora de los bonitos ojos?

La mujer tenía una mirada juguetona, para ser una matrona de su edad.

—Tu amo y yo hemos sido más rivales que amigos —dijo—. Sin embargo, creo que ahora somos aliados, y he traído un cargamento para ayudarlo a financiar un ejército.

Héctor negó con la cabeza.

—Me desconciertas, mi señora. Si mi patrón tuviera un rival como tú, sin duda yo lo sabría.

—¡Bah! —dijo ella, y los ojos lapislázuli titilaron—. Soy una mujer mayor y el mundo se ha olvidado de mí. Ya nadie recuerda mi nombre, pero, cuando era joven, los hombres me llamaban Banugul.

Entonces fue cuando Héctor la reconoció: era la mujer a quien su patrón llamaba la «Víbora de Hircania».

No obstante, se proponía regalarle el cargamento de la caravana más rica de los últimos treinta años, y le resultaba imposible imaginar de qué manera podría estar conspirando contra él.

Hacia el final de la jornada, ella y sus hombres habían ocupado su casa casi por entero. Héctor estaba preocupado pero Banugul lo autorizó o, mejor dicho, insistió en que escribiera cartas a Tanais y a Alejandría. Héctor envió una tercera copia a Rodas. Y así se encontró atareado, descubriendo de paso que él mismo controlaba el mercado de lapislázuli. Una manera deliciosa de vivir, para un mercader.

Miriam se sentó en un diván, con las piernas estiradas delante de ella, y abrió el rollo. Se ocupaba de buena parte de los asuntos de su hermano; así no pensaba, pues pensar hacía sentirse mal.

Pero la carta procedente de Heraclea era para León, no para Abraham. Titubeó, pero el nombre de Sátiro de Tanais saltó de la página a ella y no se supo contener. En un momento de la larga misiva, bajó las piernas del diván al suelo, se levantó y salió

al jardín, primorosamente restaurado, cruzó el embaldosado del antiguo andrón, ahora parte de una sala de recibir de mayores dimensiones, y subió la corta escalera que conducía al almacén de su hermano.

Abraham, vestido con la toga larga propia de los judíos, estaba con Dédalo de Halicarnaso. Eran viejos camaradas, por supuesto, pero los ojos de su hermano brillaron inequívocamente.

Miriam de pronto fue consciente de que no iba vestida para recibir. Y estaba en el almacén, donde las mujeres no eran bien recibidas, pero no tuvo ánimo de marcharse para cambiarse.

Abraham le sonreía como un tonto.

—¡León viene de camino! —dijo—. Tolomeo ha enviado parte de su flota. ¡Me asignarán un mando!

Se contuvo, intentó recobrar la actitud imperturbable de un hombre de valía. No lo logró y volvió a sonreír. Entonces quiso borrar su sonrisa, sabiendo a ciencia cierta lo que Miriam sentiría cuando se marchara a combatir al lado de León... y de Sátiro.

—La carta es para León —dijo Miriam. Se encogió de hombros, un gesto muy elocuente que daba a entender que ella, siendo meramente mujer, cometía esas equivocaciones y la había leído, y que, de hecho, nadie debía reprenderla por ello; todo en un solo gesto—. Banugul de Hircania está en Heraclea con una caravana de bienes para convertir en dinero de modo que su hijo pueda comprar mercenarios. — Le tendió la carta—. Casi mil talentos, según dice la carta.

Dédalo negó con la cabeza.

—¿Mil talentos? ¡Por la forja de Hefesto! Eso bastaría para comprar al propio Antígono.

Abraham se rascó la barba.

—Es... una enemiga. Pero, por supuesto, su hijo está con Estratocles, y Estratocles...

Miró a su hermana.

Miriam suspiró.

—Estratocles es un bando en sí mismo.

Dédalo puso mala cara.

—Yo también he oído hablar de ella. La amante de Alejandro. ¿Pero eso qué cambia?

Abraham negó con la cabeza.

—Nada. Y, en cualquier caso, tampoco podemos enviar un mensaje de vuelta. En cuanto las tormentas de invierno se desaten en el cielo, Demetrio cerrará la Propóntide. Tal como están las cosas, el capitán que ha traído esta carta debe de ser un loco.

—Demente —dijo una voz desde la puerta del almacén.

El corazón de Miriam dejó de latir.

—Pensé que los vientos invernales serían una apuesta más segura que doscientos

trirremes —dijo Sático. Llevaba su viejo quitón azul celeste y botas de marinero, y parecía más un pescador que el rey del Bósforo.

Abraham abrazó a su amigo.

Sático tuvo la gentileza de mirar a su amigo mientras se abrazaban. Luego sus ojos se desviaron hacia Miriam.

—He venido para intentar convencerte una vez más —dijo. Parecía no avergonzarse la presencia de Dédalo y Abraham.

El curtido mercenario se puso colorado. Cruzó una mirada con Abraham.

—Me parece... que oigo a mi madre llamándome —masculló.

—¿Una copa de vino antes de irte? —preguntó Abraham.

—Los judíos sois los hombres más hospitalarios del mundo —dijo Dédalo.

Alargó el brazo hacia su mano y ella se la dio. Se sentaron, incómodos, sobre un arcón lleno de cerámica negra ateniense y virutas de madera. Por un momento que hubiese aburrido a un espectador, permanecieron callados.

—Debes ser hijo de Poseidón —dijo Miriam en voz baja.

—Seguro que tu Jehová no soporta a Poseidón —respondió Sático—. Puesto que es un dios celoso.

Miriam se ruborizó.

—Ahora hay judíos en Tanais. Intenté que su sacerdote me enseñara hebreo. Tuvo que admitir que no lo dominaba demasiado bien. —Sático se encogió de hombros—. Por eso pasamos el invierno hablando en griego. Está construyendo un templo; más bien pequeño. Lo pago yo.

Miriam miró hacia otro lado.

—No puedo ser judío —dijo Sático—. Por favor, mírame, no es una broma. Entiendo que sea la religión de tu pueblo. Puedo respetarlo, pero nada de lo que me contó ese buen hombre de Tanais me haría abandonar el culto a Heracles... o a Apolo, a Atenea, a Pitágoras, a Sócrates o ni siquiera a Aristóteles. Pues para mí se trata de una lista de normas, normas dictadas para gobernar al pueblo en un lugar muy lejano del de mi pueblo. Tal vez ocurra lo mismo con todas a religiones. Pero a Heracles no le importa el sabor de la carne que como, solo que yo sea un hombre excelente. Que invierta cuanto poseo en esa excelencia y que nunca me conforme con ser de segunda. Y se me ocurrió pensar, este invierno, que tú eres la persona más excelente que haya conocido jamás; que no me conformaré con una chica griega o una princesa sakje dueña de mil caballos, en la misma medida en que no permitiría que otros hombres arreglaran el mundo mientras yo me quedo de brazos cruzados.

—Podrías haber muerto, navegando en estas fechas.

Miriam estaba enojada. Sático asintió.

—El otoño pasado pensé que iba a morir. Melita también lo pensaba. Había un augurio. —Se frotó el mentón. Tenía sal en el pelo y parecía mayor de lo que era en realidad—. No soy un mozalbete. De modo que no voy a decirte que sin ti moriré. Pero, desde luego, preferiría vivir contigo.

Miriam asintió.

—¿No deberías estar en Heraclea, con Casandro y Lisímaco? ¿Preparando el último acto de esta guerra?

Sátiro la miró a los ojos.

—No. Eso le corresponde hacerlo a Estratocles. Ya debería estar aquí, a estas alturas. Mi hermana y yo hemos hecho correr la voz, recaudado nuestros impuestos, hablado con nuestros granjeros y los miembros de las tribus. Estratocles puede negociar por nosotros.

—¿Confías en él? —preguntó Miriam, con los ojos muy abiertos.

Sátiro sonrió.

—Hay algo mágico en él —dijo—. He surcado dos mil estadios de mar embravecido para ver a la mujer que amo, y estamos hablando sobre Estratocles.

Se miraron a los ojos.

—Vivirás conmigo; esposa, amante, amiga, elije el papel que prefieras; podemos mirarnos a los ojos para siempre —dijo Sátiro.

Miriam se humedeció los labios y luego apartó la vista.

—No —dijo—. Con el tiempo, perderá su sabor. Discutiremos sobre la manera de criar a los hijos, sobre los derechos de los judíos en la ciudad, sobre la forma de imponer nuevos impuestos. Sobre Estratocles. Sobre la guerra.

Sátiro se puso de pie.

—Sí, estoy de acuerdo. En mi opinión, parece una forma encantadora de pasar el tiempo. Preferiría discutir enconadamente contigo que inquietarme ante la aburrida sonrisa de una princesa y sentirme culpable mientras me tiro a sus esclavas. —Le dio la espalda—. ¿He sido demasiado franco? —Le tomó las dos manos—. Hemos sobrevivido un año al sitio de Rodas, y vi cómo te ponía a prueba el crisol de Ares... y no quisiste nada.

Miriam respiró profundamente. Sátiro lo vio en su semblante.

—¿Debo suplicar? —preguntó.

Miriam negó con la cabeza.

—Escucha, Sátiro. Deja de parlotear y escucha. Después de Éfeso, me pregunté lo siguiente: si no soy judía, ¿qué soy? ¿Quién soy? —Negó con la cabeza—. Y dentro de mi mente oigo la misma voz que vengo oyendo desde que murió mi marido. Desde que le dije a mi padre que no regresaría junto a él. —Apretó las manos con fuerza, como si se estuviera ahogando y él pudiera salvarla—. Creo que te imaginas que soy fuerte cuando en realidad soy débil. Me da miedo fallarte, y también me da miedo descubrir que me hayas subsumido, que me haya convertido en un cuerpo y una sonrisa complaciente. No estamos hechos el uno para el otro.

Sátiro sonreía. Su sonrisa la molestó.

—Piensas que lo sabes todo —dijo Miriam de mal humor.

—Te conozco a ti. Lo que dices es verdad pero tú eres tú. ¿Crees que yo no tengo esos miedos? El año pasado faltó poco para que perdiera mi vida y mi reino por no

hacer caso a los consejos de mis consejeros. Ahora hago caso omiso a mi hermana para endeudar mi reino a fin de librar una guerra que quizá no sea asunto mío. Me parezco más a Demetrio de lo que me atrevería a reconocer ante alguien que no seas tú y, a decir verdad, amor mío, lo estoy dando todo para vencer a Demetrio y Antígono aun estando casi seguro de que son los mejores. Estoy cansado de la guerra y he comenzado a dudar sobre cuáles son mis motivos para combatir. El camino que me ha traído hasta aquí está adoquinado con los cadáveres de personas que amé; Diocles murió en otoño, Helios murió aquí, Filocles, Néstor... Y cuando me voy a dormir, me estremezco y doy vueltas sin parar, tratando de ser otra persona, alguien que no mata gente cada verano. Y, pese a todo eso, disfruto de mi vino, adoro el mar y vendería el resto de mi vida a cambio de acostarme esta noche en tu cama.

Miriam se sonrojó.

—Esto sí ha sido demasiado franco —dijo, sonriente.

—No, en absoluto.

La rodeó con los brazos. Miriam lo besó. Sátiro había titubeado porque nada había más lejos de su intención que obligarla a besarlo. Ella no levantó la cara y aguardó; entrelazó las manos detrás de su cabeza y lo besó.

—¿Has... cambiado de parecer? —preguntó Sátiro.

—No. Escucha, amor mío. Hablaré con Abraham y, si obtengo su consentimiento, te pondré a prueba o, mejor dicho, nos pondremos a prueba, día a día. —Se encogió de hombros. Le dio un beso y se apartó—. Y esta noche no dormirás en mi cama. Reniega cuanto quieras. Pero es que sospecho que una vez estés en ella, nunca conseguiré sacarte.

Sátiro la agarró y le acarició el costado hasta la cadera. Miriam chilló y Sátiro se echó a reír.

El sonido de su risa llegó hasta el jardín.

—El rey del Bósforo está seduciendo a mi hermana —dijo Abraham, y levantó la copa para que le sirvieran más vino.

—Brindo por eso —respondió Dédalo.

Estratocles llegó a Heraclea como un sacerdote que acudiera a un festival. Aquello era, en todos los sentidos, el apogeo de su vida, la culminación de su trabajo, y descubrir que Banugul de Hircania estaba viviendo en casa del factor de León no hacía sino mejorar el sabor del momento. Y el dinero que ella tenía, por supuesto.

Su llegada señaló algo en lo que había creído toda su vida, mientras saltaba de una maraña a otra entre las conspiraciones de hombres de menor talla. Que si planeabas bien las cosas, trabajabas duro y dabas lo mejor de ti mismo, los dioses te traían suerte. Nunca había hecho planes a propósito de Banugul. Pero el dinero que traía consigo le facilitaba la tarea.

Casandro fue a Heraclea como un junco roto pero todavía fuerte. Había reclutado

un ejército nuevo en Europa, así como una pequeña flota. Lisímaco estaba allí con Amastris, convertido en señor incontestable de Misia y de la Tróade, con treinta mil soldados profesionales, veinte elefantes y una flota de naves de buen porte.

Ajax Seleuco, sobrino del rey de Babilonia, también estaba allí en representación de cincuenta mil hombres y cien elefantes que, según se decía, estaban marchando a través de Asia siguiendo el Camino Real hacia Sardis.

Nadie habló en nombre de Tolomeo, pero Estratocles tenía su carta en su bolsa de rollos, en la que aludía a las doscientas naves que estaba juntando en el puerto de Rodas para abrir los Dardanelos cuando los vientos veraniegos comenzaran a soplar.

Mitrídates de Bitinia estaba allí, señor de diez mil jinetes de caballería, amo de las puertas de Asia y ahora su firme aliado.

Todo ello hizo que Estratocles tuviera ganas de reír, tendido junto a Banugul en una casa que antaño había asaltado para matar a Sátiro y Melita de Tanais, y donde ahora era un invitado de honor. Le acarició el costado y recordó que, un años antes, aquellos mismos aliados lo habían elegido a él para que lo matara. Y ahora, como capitán general de Sátiro y Melita, su dinero, su sagacidad y sus soldados eran el *porpax* de la alianza, el asa con la que todos los demás rivales portaban el escudo.

—Nunca te había visto tan contento —murmuró Banugul.

—Ni yo a ti —le dijo Estratocles al oído.

—Mi hijo se ha convertido en todo un hombre —dijo Banugul—. Y, más importante todavía, sigue vivo.

—Es un buen muchacho, y me parece que ha descubierto que no quiere ser el hijo de Alejandro. Quiere ser él mismo; tal vez rey de Hircania.

Estratocles sonrió.

—Con eso quieres decir que no lo necesitas —respondió Banugul.

Estratocles rodó sobre el diván, le dio un beso, alargó un brazo por encima de ella y cogió la copa de vino que tenía en una mesa junto a la cama y que compartía con ella.

—No puedo dejar de ser como soy —dijo—. Tengo planes, planes y más planes. Unos tienen éxito y otros fallan. Y mi mayor defecto es que minimizo los riesgos, y algunos de mis complots rivalizan con otros que también son míos. —Se tendió y sonrió a la penumbra—. Había planeado utilizar a tu hijo para volver loco a Casandro. Y ya ves, Casandro se ha puesto él solito en mis manos y tu hijo no quiere ser una herramienta. De modo que he tenido la sensatez de no luchar contra el destino.

—He pagado para hacer circular un rumor —dijo Banugul—. Que es el hijo de Eumenes de Cardia.

Estratocles se rio.

—Buena jugada, señora. Ningún macedonio cruzaría la calle para servir a un hijo bastardo de Eumenes. —La tomó por los hombros—. Pero es el hijo de Alejandro.

—Tal vez —concedió Banugul—. ¿Sois realmente amigos tú y el hijo de Kineas?

¿Durará esta alianza?

Estratocles rio para sus adentros y no le contestó, y pasaron el rato haciendo otras cosas.

Ahora bien, por la mañana, con Lucio a sus espaldas, Estratocles subió al templo de Hera.

Se había puesto sus mejores galas; un quitón con llamas de púrpura de Tiro lamiendo la lana blanca inmaculada del dobladillo, siendo este tan grueso que costaba atravesar la tela con los alfileres de oro que sujetaban la prenda. Sobre los hombros lucía una clámide púrpura, bordada en oro, y en la frente, una diadema de oro y amatistas rojas que por sí sola valía tanto como un *penteres*, sin contar los demás atavíos que llevaba: sandalias de oro con hebillas de oro, engastes de oro en el puñal que portaba bajo la axila, anillos de oro en los dedos. Le había costado tiempo y esfuerzo componer el atuendo, pero el efecto logrado merecía la pena. Pues su quitón y su diadema proclamaban a todos: «Intentasteis matarme y aquí estoy, y soy yo quien lleva las riendas de esta cuadriga».

Ya no se trataba de Atenas. Estratocles había amado Atenas toda su vida pero Demetrio estaba sorbiendo el tuétano de los huesos de la ciudad. Y cuando él cayera, si Casandro podía ser destruido con él, Atenas sería libre. O tan libre como podía serlo una ciudad en el mundo de monstruos que había creado Alejandro.

Se modo que subió la escalera. Saludó a Lisímaco con una inclinación de la cabeza, hizo una reverencia a Amastris, sonrió a Fiale y se rio de Casandro, cuyos ojos destilaban veneno.

«Una vez, este hombre me llamó víbora», pensó Estratocles.

Intercambiaron comentarios tan piadosos como inanes.

—¿Dónde está tu nuevo patrón? —preguntó Fiale.

—¿Sátiro de Tanais? —preguntó Estratocles a su vez, como si no supiera a quién se refería—. En otra parte, ocupándose de asuntos importantes.

La conmoción que causó tal declaración hizo que merecieran la pena todos los tormentos del último año.

—¿Y su hermana? —preguntó Lisímaco.

—En el Mar de Hierba —contestó Estratocles—. Os mandan sus excusas.

—¿Ares! —exclamó Lisímaco—. ¿Han desertado de la alianza?

Estratocles sonrió. Tenía todo el tiempo del mundo.

—Me dieron sus instrucciones —dijo.

—¿Es intolerable! —protestó Casandro.

Estratocles sonrió de nuevo, dio vueltas a su vino y contempló una imagen excelente de la diosa; imperiosa, matronil y, sin embargo, hermosa. No era su diosa favorita y, sin embargo... sin embargo...

—Aliados —dijo Estratocles. Todos lo miraron. Hizo una reverencia a la sacerdotisa de Hera—. Mis instrucciones son que todos prestemos juramento, en nombre de nuestros principios, de apoyar la alianza hasta que Antígono sea derrotado

y durante el año siguiente. Me he tomado la libertad de redactar copias por adelantado.

—Yo no acepto órdenes de un reyezuelo y, menos aún, de un ministro de tres al cuarto —dijo Casandro. Tenía el rostro hinchado y los dedos, dentro de sus anillos, abotagados como los de un cadáver abandonado en el agua.

Estratocles no necesitaba a un médico para que se lo dijera; Casandro tenía hidropesía. No estaba gordo, estaba hinchado de agua.

«Oh, los dioses hacen lo que un hombre no puede hacer», pensó Estratocles.

—Esto no son órdenes —dijo Estratocles—. Aquí todos somos aliados; estamos entre iguales.

—Yo soy el rey de Macedonia y tú eres un informante a sueldo.

Casandro había sido una vez el más guapo de los mortales. Ahora era repulsivo, y parecía ignorar el cambio que había sufrido su físico; discursos que antes parecían imperiosos, ahora parecían patéticos.

Estratocles se volvió hacia los demás reyes.

—No tenía intención de ofender. Nuestro propósito era planificar una campaña. Habíamos supuesto que todos estabais a favor.

El joven Seleuco asintió.

—Estratocles de Atenas, mi hermano tiene intención de marchar hacia el oeste con sus elefantes y su caballería. Pero si Casandro no va a venir...

—Soy el rey de Macedonia —insistió Casandro—. Soy el jefe de esta alianza.

Lisímaco lo agarró del codo. Estratocles vio que el rey de Macedonia hacía una mueca de dolor.

Lisímaco habló deprisa, en voz baja, y cuando Fiale intentó aproximarse a su señor, Lisímaco la mantuvo a distancia extendiendo un brazo y faltó poco para que le diera un golpe. Fiale dio media vuelta y se marchó, bajando la escalera del templo.

Ojalá hubiese pensado en tener a unos asesinos aguardándola.

Estratocles la observó alejarse y luego volvió a mirar a Casandro, que estaba asintiendo. Miró a Lucio, y Lucio señaló a Fiale con un movimiento casi imperceptible de la cabeza, y Estratocles pestañeó una vez. Aquello fue todo. Lucio se fue entre el remolino de su clámide, bajando la escalera, aparentemente en dirección opuesta a Fiale.

El rey de Macedonia se alisó el manto, hizo reverencias a las sacerdotisas de Hera y se acercó pausadamente a Estratocles.

—Lo siento —dijo—. Tengo dolor por las mañanas, y me pongo gruñón. Todos sabemos —las palabras parecían salir de su garganta como cálculos biliares del paciente de un cirujano— cuánto has hecho por la alianza.

«Caray, esta sí que ha sido buena —pensó Estratocles—. Podría morir ahora mismo».

Casandro bajó la voz.

—No olvidaré esto —dijo.

Estratocles lo miró a los ojos.

—¿Estás diciendo que no olvidarás que pese a tus esfuerzos por hacerme matar, sigo sirviendo a tus intereses? Yo no olvido nada, señor. Tendría que ofenderte durante años antes de ver satisfecha mi venganza. Pero —prosiguió con mucha labia— no soy el amo de esta casa. El objeto de esta alianza es la destrucción de Antígono. ¿Estamos de acuerdo?

Hicieron falta cuatro días, pero al final resultó que tenían una cosa en común: todos odiaban a Antígono más de lo que se odiaban mutuamente.

Fiale rompió todas las copas de la casa que le habían prestado. Fue a las dependencias de los esclavos y la emprendió con su cerámica.

—¡Sátiro ni siquiera está aquí! —rugió.

Isocles se encogió de hombros.

—Tiene que venir. Y entonces lo mataré.

—¡No va a venir! —dijo Fiale—. Afrodita, deben guiarlo los dioses. O hay un espía en esta casa.

Isocles se cruzó de brazos.

—Despoina, cierra el pico. Escúchame. Estamos en el corazón de la alianza. Este puerto recibe a sus soldados; esta es su base de aprovisionamiento. Por la verga erecta de Ares, tarde o temprano vendrá y entonces caerá en mis manos. Tengo hombres en todos y cada uno de los almacenes, en cada embarcadero, en las playas, guardias de la puerta... Esta ciudad es mía. —Sonrió—. Llegará por mar o por tierra, y ya no tendrá escapatoria.

Fiale tiró otra vasija, una pesada jarra de agua. El estrépito le pareció satisfactorio.

—¿Y si nunca viene? —preguntó.

El latino regresó con un corte en el brazo.

—Es como dar una patada a un panal —dijo—. ¿El asesino que contrató en Atenas? Lo he visto. Tiene veinte soldados y unos cuantos matones lugareños.

Estratocles puso la misma cara que un armero pone al ver el trabajo chapucero de otro armero.

—Amastris se está volviendo descuidada —dijo.

Aquella noche dio un largo paseo con Banugul, de profesional a profesional.

—Necesito que te hagas amiga de Amastris —dijo Estratocles—. Una amistad entre reinas. Podría ser una aliada muy útil, pero está infiltrada. Puede ser obra de Casandro o de Fiale, o incluso del Nerón de Demetrio. No sé con seguridad para

quién trabajan pero esta ciudad está llena de bribones y de traidores. Y necesitamos esta ciudad.

Banugul sonrió.

—Me admira tu versión de la charla amorosa. —Asintió—. Yo podría ser una buena aliada para Heraclea. ¿Nos presentarás?

Estratocles sonrió.

—Pero ella no sabe nada de... lo nuestro.

—Nunca olvido que fuiste su amante.

Banugul le clavó un dedo en el costado y lo hizo saltar.

—Es demasiado joven para mí y, además, no todas las mujeres saben ver a través de mi fealdad al gran filósofo que llevo dentro.

Se rio. Banugul le hizo cosquillas.

—Eres un tonto.

—¿Te casarás conmigo, si seguimos vivos cuando se termine este año? —preguntó Estratocles.

Sófocles se enteró de que Sático de Tanais estaba en Rodas en cuando desembarcó. No era exactamente un secreto, pero la noticia era lo bastante fresca para no haber cruzado el estrecho hasta Mileto.

Había ido a Alejandría obedeciendo órdenes de Fiale y no encontró ni rastro de su presa. La información que le había facilitado era errónea. Sófocles, liberado del hechizo de su presencia, tuvo una profunda y pertinaz tentación de adentrarse en Asia y mantenerse al margen de todo aquello. No tenía el menor interés en matar a la joven judía. No suponía un desafío; y, le gustara o no, Fiale se equivocaba por completo. Se permitió pensar que estaba maldita. Tal vez loca.

Sófocles también sospechaba que Fiale trabajaba para Nerón, el jefe de espionaje de Demetrio. Un agente doble o incluso triple. Y eso hacía que las tareas que ella le encomendaba fueran demasiado peligrosas, incluso para considerarlas, puesto que no sabía cuáles serían las consecuencias.

Sin embargo, Sático de Tanais... Él sí que era un objetivo digno. Amado de los dioses, o eso decían los hombres. Y como Fiale, Casandro y Antígono ofrecían sustanciosas recompensas por su cabeza, era el contrato más valioso que Sófocles hubiese tenido alguna vez. Que alguien hubiese tenido alguna vez.

Por otra parte, Sófocles solo había fallado una docena de veces en su vida, y casi todas habían guardado relación con Sático en mayor o menor medida.

Su mente conservaba grabado al fuego el recuerdo del desdén del niño de doce años que había sido.

Sófocles se instaló en una casa que alquilaba habitaciones a mercaderes y comenzó a trazar sus planes. Contaba con cuatro hombres y los usaba cuidadosamente; en el ágora, en los almacenes. Tardó tres días en saber sin lugar a

dudas que Sático estaba viviendo con el judío Abraham. Estaba rodeado de amigos bien armados. Estaba perdidamente enamorado de la hermana del judío. En Rodas no había secretos.

—¿Miriam?

Sático entró en el jardín con tres hombres muy corpulentos; corpulentos incluso para una mujer alta con un hermano guerrero también alto.

Miriam se levantó, y se tocaron las manos. Habían llegado a un punto en el que no podían evitar tocarse en público; la tensión era una delicia, una tentación y una profunda frustración. Sático sospechaba que los esclavos se reían de ellos. Le constaba que Anaxágoras lo hacía.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó Miriam. Formaban un trío aterrador, como titanes redivivos. Era fácil que fuesen los hombres más adustos que Miriam hubiese visto alguna vez.

—Estos tres son Aquiles, Ulises y Ajax —dijo Sático, y sonrió.

Miriam sonrió a su vez.

—No me cabe duda —dijo.

—Me han servido bien y merecen algo mejor que ser arrastrados de nuevo a la guerra.

Sático negó con la cabeza; el mero hecho de estar junto a ella le nublabá el juicio.

Aquiles se rio.

—Sois toda una pintura, ¿lo sabéis, eh? —Tendió una manaza a Miriam—. Sático quiere que seamos tus guardias.

Miriam los miró.

—Seré la envidia de todas las matronas de Rodas.

Ulises le lanzó una mirada lasciva.

—Sí —dijo.

Ajax se mesaba la barba, mirando la casa.

—Podría acostumbrarme a esto.

Aquiles miró a Sático.

—¿Sin condiciones? ¿Esto es todo, cuidar de esta mujer? —Asintió—. Creo que te has portado bien con nosotros, por no decir más.

—Hasta que ataque la horda de bárbaros —señaló Ajax.

Miriam puso los brazos en jarras.

—¿Sabéis lo que veo? A tres matones del ágora que van a dejar preñadas a todas mis esclavas y que se van a beber todo mi vino. ¿Por qué necesito guardias?

Anaxágoras llegó con su hermano. La saludó dándole un beso en la mejilla y estrechó la mano de Aquiles.

—¿Puedes repetir la pregunta, despoina?

—¿Por qué necesito guardias? —preguntó Miriam.

—Sátiro está aquí porque lo hemos convencido de que hay mucha gente distinta con intención de matarlo y de que debería eludir cualquier trampa que le hayan tendido, dar un paso inesperado y desaparecer. —Anaxágoras puso una mano en el hombro de Sátiro—. Sátiro piensa que todo el mundo sabe... bueno, que estáis muy unidos.

Miriam se ruborizó.

Abraham enarcó una ceja.

—Al menos todos los habitantes de Rodas.

Anaxágoras asintió.

—Exactamente. De modo que Sátiro ha traído a estos tres buenos hombres — dirigió una pequeña reverencia a Aquiles, que sonrió— para que te protejan.

Miriam enarcó una ceja.

—¿T tú? ¿Vas a marcharte? —preguntó, con un levísimo temblor en la voz.

Sátiro sacudió la cabeza.

—Soy un idiota, Miriam. Tendría que haber comenzado por aquí. Sí. No aguardaré a León, pese a las ganas que tengo de verlo. Me voy por mar a Egas, y luego por tierra hasta donde esté Seleuco. Tengo que trazar el plan de la campaña de este verano. Y lo presentaré en persona. Veo poco probable que alguien consiga asesinarme en el Éufrates; de hecho, nadie sabrá quién soy. —Tomó aire—. Pero tú serás un objetivo. Y si no lo eres, estos tres vagos tendrán un lugar donde gozar de un merecido descanso.

—Bien —dijo Miriam—. Entendido. Siendo así, no tengo de qué quejarme.

Resultó que Sátiro era un héroe de proporciones épicas para los rodios.

Sófocles no había vivido tanto tiempo dedicándose a lo que se dedicaba porque fuera estúpido. En Rodas, siendo una isla, ningún asesinato quedaba impune. Los rodios torturarían al hombre que matara a su héroe. Concebía planes para matarlo y escapar, pero el riesgo que conllevaban era enorme.

Peor aún, de pronto la joven judía tenía tres guardaespaldas de aspecto muy peligroso; corpulentos, fanfarrones y con los ojos de ser lo que aparentaban. Sófocles veía aquellos mismos ojos cuando se miraba en el espejo. Conocía a los de su calaña.

Sus hombres tenían miedo de los nuevos guardaespaldas.

Mejor, pensó, aguardar un momento más oportuno.

A Sófocles le gustaba Rodas y, además, no tenía prisa. Se sentía como si estuviera en el centro del mundo. Se tendía en su colchón duro de lino y escuchaba el mundo rodar. Todas las noticias llegaban a Rodas; que Seleuco había partido de Babilonia y Antígono marchaba a su encuentro. Que los aliados habían firmado un acuerdo en Heraclea y que Estratocles había llevado las negociaciones. Sófocles alzó una copa por su antiguo... ¿Camarada? ¿Contratante? Aquel hombre había cambiado las tornas para mayor perjuicio de Casandro, considerado por muchos el más taimado de los

diádocos.

Demetrio tenía un ejército y una flota en los Dardanelos, y marchaba hacia el este para luchar contra Lisímaco. Su flota aguardaba en Abido para enfrentarse a la flota conjunta de Rodas, Egipto y Casandro.

Y Sátiro de Tanais estaba en Rodas, tendido en un diván, al parecer sin tomar parte.

Sófocles dio una semana de tiempo a sus informantes. Descubrió que era prácticamente imposible penetrar en la casa de Abraham; en lugar de esclavos, tenía judíos a sueldo y estos eran inmunes a los sobornos. O, peor todavía, tal como Sófocles averiguó a costa suya, aceptaban los sobornos y luego los denunciaban.

De pronto se encontró con que uno de sus matones lugareños se estaba desangrando en la calle, y uno de los corpulentos guardaespaldas aporreaba la puerta de su pensión mientras los otros dos vigilaban la parte trasera del edificio.

Sófocles no había vivido tanto por ser idiota. Huyó por los tejados en un abrir y cerrar de ojos. Al cabo de una hora volvía a estar embarcado en una nave con rumbo a Mileto, un paso por delante de los hombres que habían comenzado a vigilarlo a él.

Estaba sentado en una taberna del puerto viejo de Mileto, observando los peces que comían las migas de pan que les echaba y planteándose, una vez más, la posibilidad de renunciar a todo aquello y desaparecer, cuando vio que un *triakonter* entraba en el puerto como una nave de competición; los remos daban estrepadas como las patas de un insecto acuático, resplandeciendo al sol acuoso de la primavera. Y entonces la nave efectuó un viraje en redondo, ralentizando su marcha por efecto de la propia maniobra, y retrocedió de popa hasta vararse en la playa, casi a los pies de Sófocles. Los hombres desembarcaron para comer y contrataron a un piloto conocedor de la costa cilicia. Y Sátiro de Tanais saltó a las aguas someras de la orilla. Varios de sus amigos saltaron detrás de él, pidiendo vino a gritos.

Sátiro de Tanais estaba en tierra, en una Asia bajo dominio enemigo, con un puñado de amigos y sin escolta.

Sófocles se vio tan tentado por la inmediatez que encordó su arco y cargó una flecha antes de recargar. A aquella distancia, no podía garantizar un tiro certero.

Siguió a los hombres mientras compraban comida, siempre cara en Rodas, y a dos remeros esclavos a los que habían liberado sin demora al desembarcar. Sófocles los vigiló toda la noche, pero estuvieron en compañía de los hombres más ricos de la ciudad y Sófocles había dejado atrás a sus hombres y no tenía secuaces.

Y por la mañana el pequeño *triakonter* zarpó presuroso con rumbo sur, dirigiéndose hacia las lejanas costas de Cilicia y Aigai, su destino final. Tal era la información que Sófocles había podido cosechar.

Sófocles contrató hombres nuevos, aguardó un día, alquiló una nave y los siguió. Estaba tan excitado que le costaba trabajo dormir. Los dioses le estaban sirviendo su presa en bandeja.

Diez días después desembarcaron en Aigai, y Sófocles solo iba un día por detrás

de ellos. Remontó la costa por tierra a caballo, montando disfrazado de judío, ironía que no le pasó por alto, llegando a tiempo para oírlos comprar caballos, buenos corceles de precio exorbitante, en el ágora. No eran hombres sosegados, y los dos más guapos peleaban constantemente y se jactaron ante el tratante de caballos de que iban a cruzar Asia.

Todo el tiempo del mundo, siendo así. Sófocles pagó un adelanto a sus hombres, compró a un par de matones que pasarían por guardias de caravana para engrosar sus fuerzas y trató de decidir si era mejor vender a Sátiro al mejor postor o simplemente matarlo.

—Esta es la opción más segura —dijo Sático.

Estaba tendido a la luz de una pequeña fogata, con la lira de viaje de Anaxágoras en las manos. Había tocado la pieza que interpretaba mejor y nadie se había impresionado demasiado.

—¿Más segura que qué? ¿El suicidio? —preguntó Anaxágoras.

—No podemos regresar navegando a través de los Dardanelos —dijo Sático.

—De acuerdo —respondió Apolodoro—. Fue disparatado intentarlo la otra vez.

Jubal asintió, dio un mordisco a una manzana y le guiñó el ojo.

—Transcurrirán dos meses antes de que Lisímaco haya llevado el ejército a Sardis —dijo Sático.

—Por eso lo más lógico es que vayamos a unirnos a Seleuco —agregó Cármides.

Todos se echaron a reír.

La voz juvenil de Cármides se alzó sobre las risas.

—Es como un diálogo de Platón, en el que solo se argumenta debidamente una opinión.

—Nosotros conocemos el terreno y él no —respondió Sático, insistiendo—. Si Antígono va en su busca quedará aislado en las montañas, al este de Magnesia.

—Admítelo, Miriam te desafió —dijo Anaxágoras.

Volvieron a reír hasta que Sático cogió un puñado de arena y se lo tiró a Anaxágoras a través del fuego.

Apolodoro apuró su odre de vino, se levantó y se alejó del grupo.

—Tengo que encontrar una roca que necesite una libación —dijo.

Cármides fue a dar una vuelta sin prisa por el pequeño valle y Sático lo vio recoger ramas secas a la luz casi extinta del sol. Jubal fue a echarle una mano. No tenían esclavos, criados ni hipaspistas. Así lo habían decidido en Rodas.

—¿Por qué, en realidad? —preguntó Anaxágoras.

—No supone un gran riesgo. Y, si quieres que te sea franco, este invierno hubo dos casos de envenenamiento en Tanais. Otra intentona en Olbia; uno de los esclavos de Eumenes. Estratocles me dijo que me mantuviera alejado de Heraclea.

—Por algo lo diría —dijo Anaxágoras. Era el único del círculo más cercano a Sático que apreciaba al ateniense.

La yegua castaña recién comprada de Sático dio un bufido y Sático se levantó, derramando el vino de su copa de asta al hacerlo.

—Heracles —dijo en voz baja.

Todavía podía ver a su yegua, que sacudía la cabeza y tiraba de su estaca. Era nueva para él; había dejado todos sus mejores caballos a cargo de su hermana para que viajaran con la manada. Pero aquello era alguna clase de señal. Por desgracia, siendo un caballo que no conocía, podía significar cualquier cosa, desde un dolor de vientre a ganas de comer, pasando por miedo a los perros o los lobos.

—Calla, bonita —le dijo, caminando hacia ella. La garró de la brida y la bestia se paralizó, con la cabeza alta, mostrando los dientes y respirando trabajosamente.

El arco. Oyó la voz con la misma claridad que si el dios hubiese estado a su lado, donde apenas llegaba la luz de la fogata. Su arco colgaba en su *gorytos* del árbol al que estaba atada la yegua. Fue en su busca, pues nunca debía cuestionarse a un dios, y se agachó para abrochar la hebilla de la cincha.

Anaxágoras estaba de pie, iluminado por las llamas.

—Abajo —dijo Sático.

Anaxágoras se echó cuerpo a tierra.

Sático tenía una flecha en el arco, con el culatín de asta bien encajado en la cuerda.

Algo se movió en la penumbra.

Mientras levantaba el arco, Sático recordó que Apolodoro andaba por allí.

«Descuidado», pensó.

Siguió vigilando. Oyó reír a Cármides y Jubal. Sático no sabía si dar la voz de alarma o permanecer oculto. Pero a medida que la espera se fue prolongando, su determinación se debilitó.

—¡Alarma! —rugió.

El resultado fue espectacular.

Justo al otro lado de los caballos, un hombre se puso de pie con un arco. Podía tirar a bocajarro pero, por suerte, el árbol que había sostenido el *gorytos* de Sático se interponía parcialmente entre ellos, de modo que hizo una pausa para asegurarse de efectuar un buen tiro.

Anaxágoras se levantó entre las rocas que había a la izquierda de Sático. Su única arma era una piedra, pero su lanzamiento fue certero.

El arquero se ladeó para esquivar la piedra, que le dio en el hombro mientras tiraba; su flecha se desvió. Sático lo alcanzó en el costado, se encontraba a tan poca distancia que difícilmente podía fallar, y el intento de esquivar la piedra de Anaxágoras había dejado al descubierto su torso.

La flecha siguiente llegó desde muy a la izquierda de Sático, desde el otro lado de Anaxágoras, que volvía a estar escondido entre las rocas, y se clavó en el estuche de su arco, perforó el bronce y dos capas de cuero, partió una flecha por la mitad y alcanzó el muslo de Sático.

Puso otra flecha en el arco pero ni siquiera veía al segundo arquero.

—¡Alarma! —bramó.

Sacó dos jabalinas de caza de su caja y las lanzó con cuidado, sin exponerse, hacia las rocas donde estaba escondido Anaxágoras.

Vio que una de ellas se clavaba y acto seguido descubrió que había un tercer hombre en medio de los caballos. El último resplandor rojo del sol arrojaba una luz confusa, pero algo brilló.

Sático tenía frío y calor alternativamente, pero lo embargaba la *eudaimonia* y

tenso su siguiente saeta hasta que las remeras le tocaron la mejilla, se dejó caer de espaldas y tiró entre las patas de los caballos. Un caballo piafó, arrancando su estaca del suelo... y un hombre gritó, con la flecha clavada en la pierna, justo encima del tobillo.

Sátiro tuvo que contonearse para sacar otra flecha. Necesitó un poco de tiempo y la poca luz que todavía quedaba. El hombre derribado seguía gritando.

Sátiro se dio cuenta de que tenía que incorporarse para poder tirar otra vez. Y sabía que cuando se incorporase quedaría a la vista de cualquiera que lo estuviera vigilando desde un punto más alto de la ladera. Se arrastró sobre la espalda, cortándose con la grava, a fin de situarse detrás del árbol. La oscuridad caía como una cortina; ya no veía el monte vecino, que solo quedaba a seis estadios. En algún lugar se oían los cencerros de un rebaño de ovejas.

De pronto tuvo la espalda sobre un lecho de pinaza. Debía de estar cerca del árbol.

Movimiento en lo alto de la ladera, ruidos de escarbar y gruñidos como los de una jauría de perros salvajes, y luego ruido de rocas rodando.

Y, más cerca, un movimiento justo detrás de su árbol.

El hombre que había alcanzado gritó otra vez.

La flecha que sostenía entre sus dedos le pareció poco adecuada. Demasiado pesada. Pero no se atrevió a apartar los ojos.

Se incorporó; el asesino escondido en la maleza tiró; Sátiro tiró; se oyó un chillido, su yegua gruñó y la lanza de Anaxágoras voló entre los caballos y se hizo el silencio.

Mientras buscaba a tientas otra flecha, Sátiro se dio cuenta de que el primer chillido había sido el silbido de su flecha. Había tirado una flecha de señales.

Artemis debía estar riendo con ganas.

Oyó movimiento, avanzó pegado al árbol, maldiciendo el daño que le hacía la pierna izquierda, y Anaxágoras apareció de entre la oscuridad, empuñando una segunda jabalina.

—He fallado. ¿Quiénes son? —preguntó el músico.

—¿Bandoleros? ¿Quién sabe? —Sátiro se frotó el muslo y soltó una palabrota. Había mucha sangre—. Me han dado.

Los arbustos se movieron un par de veces durante la hora siguiente. Sátiro fue dejando de sentir la pierna izquierda; estaba tumbado encima de ella, y la sensación de hormigueo le decía que debía moverse, pero no se atrevió.

—Si se llevan los caballos, estamos perdidos —susurró Sátiro.

Anaxágoras se agachó.

—Voy a sacarte esa flecha.

—No, ni hablar. —Sátiro tenía frío y dolor pero conservaba la sensatez—. Los dos quedaríamos fuera de combate.

Un silencio prolongado. El hombre con la flecha en la pierna ya no gritaba.

Sátiro quiso comprobar qué hacía su yegua. Estaba pastando hierba.

—Me parece que se han ido —dijo.

—¿Jubal? —llamó Anaxágoras.

—Estoy aquí —contestó. Estaba junto a la fogata, al lado de las armas.

—¿Cármides? —llamó.

—¡Aquí! —respondió su voz juvenil. También junto al fuego.

—¿Apolodoro?

Silencio.

—¿Apolodoro? —llamó Anaxágoras.

—Aquí mismo —dijo el infante de marina. Salió de entre los caballos. Incluso a oscuras presentaba muy mal aspecto, le corría sangre por la cara y tenía rajados los nudillos de ambas manos.

Cármides montó guardia, y Anaxágoras abrió su bolsa de cuero y alivió las heridas de Apolodoro, dos cortes largos en los brazos, mientras Jubal le limpiaba la sangre y le untaba unguento.

Después Anaxágoras avivó el fuego mientras Jubal y Cármides se apostaban en la oscuridad, al otro lado de los caballos, para establecer una zona de seguridad. Peinaron toda la circunferencia del campamento y regresaron con tres cadáveres: un hombre aporreado con una piedra, otro con el cuello rebanado y una flecha entre las piernas, y un tercero con una flecha en el costado.

Apolodoro estuvo de acuerdo con el cómputo.

—Ese cabrón me atacó mientras estaba... ocupado —dijo—. Oí el grito de alarma. Me hizo un tajo. —Negó con la cabeza—. Era fuerte como un toro. —Se encogió de hombros, una figura ensangrentada a la luz de las llamas—. Yo lo he sido más.

Anaxágoras le dio más vino.

—Esto, señor, te dolerá lo indecible por la mañana. No lo empeores con una resaca. Tengo amapola...

Apolodoro negó con la cabeza.

—He tomado demasiada. Igual que Sátiro.

Anaxágoras añadió dos haces de ramas a la fogata. Ahora hacía demasiado calor donde Sátiro estaba tumbado, y en el claro parecía que fuese de día.

Anaxágoras chasqueó la lengua.

—Veneno —dijo—. Me temo.

Sostenía una pequeña herramienta muy extraña, un artilugio siniestro con una cuchara plegable.

—Esto te dolerá mucho —avisó—. Es una cuchara para flechas. Tengo que meterla en la herida para extraer la flecha, porque es barbada. Y luego tengo que intentar retirar el veneno. ¿Lo entiendes?

Sátiro miró a su amigo.

—Sí —contestó.

—Bien —dijo Anaxágoras—. En realidad es la primera vez que lo hago —
agregó, y estas fueron las últimas palabras que Sátiro oyó.
Llegó el dolor, y él se desvaneció.

La inconsciencia solo duró unas pocas horas, y Sático lo lamentó porque los días siguientes fueron de los más penosos que hubiese vivido jamás. Tenía fiebre y perdía y recobraba la consciencia, pasaba calor y se sentía desdichado y, a pesar de todo, Apolodoro había asumido el mando y los hacía avanzar, atravesando los valles de Asia occidental, dirigiéndolos hacia el este por el camino de Zeugma.

Toda una vida montando a caballo hacía que Sático fuese capaz de permanecer en la silla incluso con fiebre. Pero la experiencia fue horrible; deliraba, la herida se inflamaba más con cada paso del caballo, y cuando trotaban, tenía la sensación de que la pierna se le rompía con cada sacudida.

Y las atenciones de sus amigos lo corroían día tras día. Se sentía como una carga. En realidad, era una carga.

Pero el cuarto día le bajó la fiebre y se acostó sudoroso e irritado por los insectos, y el mero hecho de que lo irritaran los insectos fue en sí mismo un motivo de dicha.

Anaxágoras se puso en cuclillas a su lado con una lámpara de aceite, sin hacer el menor ruido.

Sático suspiró.

—Estoy despierto —dijo.

—¡Vaya! —dijo Anaxágoras—. ¿Fiebre?

—Menos —contestó Sático—. Ares, me siento como una boñiga.

—Filos, es que pareces una boñiga. —Anaxágoras le llevó un cuenco de cerámica—. Cómete todo esto si te lo puedes tragar.

—¿Me envenené? —preguntó Sático.

Anaxágoras negó con la cabeza.

—No lo sé. No soy médico, pero no puedes asistir al templo de Apolo sin aprender algunas nociones elementales de curación. Por desgracia, si bien observé a los médicos oler heridas y prescribir hierbas para venenos, no tengo ni idea de cómo se hace. —Se sentó—. La flecha olía a mierda... con perdón. Apolodoro dice que quizás estaba embadurnada con excrementos de cerdo. Según parece son un veneno muy potente.

—¿He oído mi nombre? —preguntó Apolodoro.

—Sático se encuentra mejor —contestó Anaxágoras.

Apolodoro gruñó.

—Pues entonces todos deberíamos poder dormir un poco —dijo.

Al día siguiente Sático montó con más soltura, aunque el trote seguía resultándole brutal y la herida del muslo chorreaba sangre y pus cuando Anaxágoras se la apretaba.

Aquella noche Apolodoro trajo un cepillo de cerdas de oso que le había prestado

un granjero de los montes del norte de Zeugma, que les había ofrecido refugio en una hermosa casa de piedra.

—Sátiro, nos preocupa el pus de tu herida.

La fiebre estaba subiendo de nuevo, y Sátiro asintió pesadamente.

—Sé un truco. Un truco de soldado —prosiguió Apolodoro, hablando despacio y con claridad.

—¿Y? —preguntó Sátiro.

Apolodoro le mostró el cepillo.

—Te va a doler como el Hades —contestó Apolodoro.

Sátiro asintió.

—Prueba —dijo. Apenas sabía lo que estaban haciendo.

Anaxágoras retiró el vendaje, y la herida estaba roja como el lino de Tiria, con zarcillos de infección que le subían casi hasta la entrepierna y le bajaban hacia la rodilla.

—Deberíamos quitar todo eso —dijo Anaxágoras—, pero no sé cómo hacerlo.

Jubal se frotó su barba recortada.

—Morirá —dijo—. Los hombres necesitan estar fuertes para perder una pierna.

Sátiro temía por su pierna. No parecía que fuese una parte de sí mismo. Parecía que hubiese cobrado una forma maligna de vida propia.

—Déjame probar —dijo Apolodoro—. Esto te va a doler... Bien, dale al rey algo para morder. Llena de vino este cuenco.

Lavó el cepillo con el vino y entonces, sin contemplaciones, comenzó a restregar la herida. Limpió las llagas purulentas y el cepillo llegó hasta el fondo de la herida, y Sátiro vomitó a causa del dolor. Anaxágoras le sujetaba la cabeza.

Entonces perdió el conocimiento.

Después volvió en sí y siguió sufriendo atrozmente. El cuenco estaba negro de porquería de la herida. El olor a pus invadía todos los rincones de la pequeña granja. Sátiro vio el rostro del campesino; la O de pasmo de su boca.

—No grites —dijo el dios—. No grites. Los héroes no gritan.

Sátiro intentó sonreír a Heracles, cuyo cuerpo llenaba la orilla del arroyo.

—Señor —dijo. Se preguntó por qué solo veía a su dios cuando sentía dolor.

—La capacidad de soportar el dolor —dijo Heracles— es un camino.

Sátiro oyó que alguien tocaba la lira, las notas caían en cascada como en un pequeño salto de agua.

—Oh —dijo Heracles—. El músico. Bien, es un curandero bastante bueno. Pórtate bien, muchacho. Sé excelente.

Sátiro vio que Anaxágoras estaba tocando para él, tal como lo había hecho cuando tuvo paludismo en Rodas. Pero la música parecía tener color y textura, las notas fluían por la habitación, bailando como mariposas en el aire de finales de primavera y a menudo se posaban en su herida recién vendada.

El rostro de Anaxágoras reflejaba angustia. Era muy propio de él que se culpase.

Sátiro deseó poder ver a Miriam con la misma claridad que veía a Anaxágoras. Se preguntó si estaba muriendo. No tenía la impresión de estar muriéndose, y eso bastaba para que se preocupara. Estaba adormilado y la pierna no le dolía. En realidad, no la sentía.

Se la habían amputado, después de todo.

Intentó incorporarse para mirar. Asombroso lo difícil que podía ser ver tu propia pierna. Sin duda, si se la hubiesen amputado, habría algún indicio.

O le dolería.

Movió la cadera adelante y atrás, y ahí estaba el dolor lacerante en la herida. Satisfecho, se tumbó de nuevo, y acto seguido apareció Apolodoro y le inmovilizó los hombros.

—Descansa —dijo.

Sátiro temía morir si se rendía al sueño. Intentó ver a Miriam, deseó haber hecho el amor con ella. La añoraba y se lo quería decir, mas de su boca no salió una sola palabra.

Qué raro morir en una granja de Asiria, precisamente.

Y entonces se desvaneció.

Coeno se recortó la barba, escogió sus caballos, cargó las alforjas y cogió sus dos mejores jabalinas de la pared donde le había parecido oportuno dejarlas después de su última cacería. Su criado, Boras, se ocupó de la comida y de su propia montura, y después cabalaron hasta el santuario de Artemis, en las colinas que se alzaban sobre el río Tanais, y ofrecieron un sacrificio.

—Estoy bastante seguro de que no regresaré —dijo Coeno a su criado. Por la mañana, la artritis era tan acusada que tenía que frotarse las manos para conseguir abrirlas y cerrarlas, y dormir en el suelo ya no tenía el menor atractivo. Tenía sesenta y cuatro años.

Subió al altar con un cervato que había atrapado vagando por el bosque después de haber matado a la madre con una lanza, y cortó el cuello del animal en el ara. Allí el sacerdote era él.

Y mientras la sangre fluía, Coeno rezó por sus amigos.

Casi todos eran espíritus del inframundo. Niceas, Filocles, Kineas... Amigos de su juventud y su madurez. Amantes... ¿Dónde estaba Nihmu ahora? ¿Sobre la tierra o debajo de ella? ¿Y León? Recordó al apuesto Ajax. Recordó a Nicomedes. Hombres buenos que habían muerto valerosamente.

—Si esta es mi última vez —rezó Coeno—, señora, déjame ser un hombre tan bueno como ellos.

Después siguieron el curso del Tanais hacia la ciudad. Había cambios en ambas orillas: más granjeros griegos, sindi y meotes, y más sármatas en las tierras altas. Sármatas que habían llegado para quedarse, tanto si perdían como si ganaban sus

batallas contra los sakje. Cuando vencían, avanzaban, y cuando los derrotaban, los supervivientes simplemente se unían a los clanes sakje según la antigua costumbre de la estepa.

En la bifurcación, donde el camino cruzaba el último vado del río, había cientos de jinetes aguardando; sakje de la vieja escuela, con abrigos rojos y cuerdas de crin en las sillas, la mayoría provistos de dos *gorytoi*, cada uno con su arco y sus flechas, y una reata de caballos.

Ataelo montaba su mejor caballo, un corcel persa gris plomo. A su lado estaban sus hijos. Ataelo era mayor que Coeno, y eran los señores de aquella tierra, y se abrazaron con solemnidad.

—No por ir —dijo Ataelo.

Coeno se desconcertó.

—Pero...

Ataelo señaló a su hijos.

—Ellos van. Por ser viejo, amigo. Demasiado viejo para luchar en jodido desierto. —Ataelo señaló hacia las tierras altas de Tanais, en dirección a las lejanas montañas del Cáucaso, en dirección a Asia—. Quédate y bebe vino por mí, Coeno, hermano griego. Deja que los jóvenes luchen por Sático. Los viejos al calor del fuego.

Coeno sonrió.

—No, no, amigo mío. Esta es la última batalla, y voy. Por nada me la perdería.

Ataelo gruñó.

—No última batalla, hermano griego. Nunca última batalla. —El señor de los sakje se golpeó el pecho con el puño—. Yo por luchar sesenta veces; nunca derrota. Perdí esposa por Sático y Melita, perdí hijos. Perdí caballos. —Miró hacia la estepa—. Perdí mi corazón por Kineas. He estado muerto dos veces, ¿eh? Ahora en casa, vigilar rebaños. —Se irguió en la silla—. Ve, hermano griego. Ataelo morirá en cama.

Thyrsis saludó a su padre. Se volvió hacia Coeno.

—Temerix está en casa, en su herrería. Juntos decidieron... quedarse en casa.

Coeno vio a Maetón, el lugarteniente de Temerix en las guerras contra los sármatas. Fue a su encuentro.

—¿Temerix se queda en casa? —preguntó.

Maetón se encogió de hombros. Tenía a más de cien hombres montados en ponis, hombres con pesados arcos y hachas.

—Temerix dice que yo era hombre de Kineas, y soy viejo. Dejemos que los jóvenes vayan a la guerra.

Coeno miró a Thyrsis y a Maetón.

—¿Con quién hablaré? —dijo. Pero regresó al lado de Ataelo y estuvieron abrazados un buen rato. Ataelo le dijo algo al oído, algo acerca de Kineas.

Coeno no pudo sino recordar al bárbaro borrachín cabalgando de regreso a su campamento.

Kineas se volvió y miró por encima del hombro. Un jinete solitario trotaba hacia el cercado. Coeno rio.

—¡Ataelo! —bramó Kineas.

El escita alzó una mano polvorienta a modo de saludo y pasó las piernas por encima del costado del caballo, saltando al suelo con suma agilidad. Golpeó la ijada del caballo con una fusta corta y la bestia se volvió y entró al paso en el cercado.

—Buen caballo —dijo. Tendió la mano para que le pasaran la jarra.

Coeno se la pasó de inmediato sin vacilar ni un instante. El escita bebió un buen trago y se limpió la boca con la mano. Entonces Coeno le dio un abrazo de oso.

—¡Creo que me caes bien, bárbaro! —dijo.

Abrazó al sakje con más fuerza y después levantó la mano.

—¿Listos para marchar? —preguntó.

Eumenes, arconte de Olbia, congregó a sus *hippeis* en el hipódromo que Kineas había ordenado construir cuando el arconte era Leuconte. Dieron un buen espectáculo, pero solo cincuenta de ellos eran suficientemente buenos para ir a la guerra. Ya los había escogido.

Y los encabezaría él mismo porque se lo había pedido Melita en persona.

Vaciaron un par de trirremes capturados a Macedonia en tiempos de Kineas. Se llevaron ochenta caballos de batalla de la magnífica casta olbiana que Ataelo y Niceas habían comenzado a criar treinta años antes, robustos castrados que eran fruto del cruce de caballos sakje de las estepas con yeguas persas de gran tamaño.

Mientras Eumenes estaba en la playa, supervisando el embarque de sus *hippeis*, sintió como si Kineas estuviera presente en todas partes; desde la estatua heroica del ágora hasta los mismísimos caballos que montaban sus hombres, Kineas había sido el arquitecto de todo.

Eumenes era un hombre justo, y debía a Kineas una batalla más. Incluso aunque esta fuera a conducirlo más allá de Troya.

Besó a su esposa y dio sus últimas voluntades a su hijo, a quien no se llevaba consigo. Cedió la banqueta de marfil a Licaeo. Había ostentado el cargo de arconte para Kineas y ahora, siendo anciano, podía mantener el trono caliente para Eumenes.

Melita frenó su caballo. Iba, casi literalmente, cubierta de oro; desde la punta del yelmo hasta los pies de su abrigo largo de piel de caribú, resplandecía de láminas de oro, símbolos de oro, escamas de oro. La funda de su *gorytos* era de oro batido, con un bajorrelieve de los dioses cenando en el Olimpo, y su escudo tenía a Artemis, una Artemis montada, labrada en oro.

Sus riendas eran doradas. Su silla de guerra con respaldo estaba labrada en oro. Cada palmo de sus arreos tenía una lámina de oro. Su caballo descollaba entre los

demás; un caballo regio con el pelaje del color del acero.

Le hincó los talones en los ijares y tiró del bocado, y el corcel se empinó como lo haría en una batalla, sus cascos azotaron el aire, y los masagetas gritaron en señal de aprobación.

Detrás de ella, sus mejores caballeros, Scopasis, Sindisfarnax y el resto, formaron una cuña impecable.

Los masagetas llenaban la planicie del sudeste de Tanais. Sus tiendas se extendían estadios, y si había más yurtas al estilo sármata que nunca, era un fiel reflejo de los cambios que llegaban al Mar de Hierba. Ahora el señor de los sármatas occidentales cabalgaba sin trabas por los montes que flanqueaban el curso del Tanais. Su pueblo acudía al consejo del Euxino.

La reina de los masagetas cabalgó al frente de sus caballeros de élite a lo largo de seis estadios de guerreros tribales: los Lobos Pacientes, los Caballos Rampantes, los Gatos Esteparios, los Manos Crueles. En el extremo sur de la línea estaba Nicéforo con una fuerza simbólica de piqueros; Eumenes aguardaba con doscientos jinetes de caballería, Maetón con sus exploradores y Thyrsis con los suyos. El *taxeis* de Nicéforo había zarpado hacia Heraclea. Los *apobatai* no habían salido de la ciudad después de la campaña de otoño.

Coeno la saludó y Melita correspondió, levantando el hacha de guerra hasta el yelmo.

—Ataelo se ha quedado en casa —dijo Coeno.

—Ya lo sé. Soy la reina. La gente me cuenta cosas.

Se echó el yelmo ático para atrás y Coeno pensó que nunca se había parecido tanto a Atenea.

—Intenté que cambiara de parecer —dijo Coeno.

—¿Por qué? —preguntó Melita—. Él es el sensato. El loco es mi hermano. Esta no es nuestra guerra.

—¿Por eso vamos todos? —preguntó Coeno.

—Vamos, Coeno —dijo Melita, levantando el hacha para saludar a Maetón—. Filocles me diría que si voy, soy tan responsable como Sático. Y lo soy. Pero mi corazón me dice que deberíamos quedarnos en casa y prepararnos para derrotar de forma aplastante al vencedor.

—De ahí que solo te lleves a una décima parte de tus fuerzas —señaló Coeno.

—Una décima parte sería demasiado. Me llevo una muestra de nuestras fuerzas, y eso es perder demasiado. —Se encogió de hombros. Con la armadura, apenas se notó—. En total me llevaré a mil guerreros y dejaré la mitad en Heraclea. Y Parshevaelt se queda. Aquí necesito a alguien de confianza. —Sonrió—. Por otra parte, he invitado a todos los jefes sármatas a acompañarme. —Se rio—. Todos nuestros amigos quieren venir. Pero como reina, son precisamente los que quiero que permanezcan en casa. Todos nuestros enemigos desean que perdamos. De modo que, como es natural, son los que quiero tener donde pueda vigilarlos.

Coeno miró a sus caballeros.

—Esos hombres bastarían para cambiar las tornas en una batalla.

Melita asintió, y su rostro fue el rostro de los que Huelen a Muerte.

—Por eso no me separo de ellos. Pongámonos en marcha.

Coeno formó filas con Scopasis y, detrás de ellos, los hombres y mujeres escogidos entre los masagetas, los Guardianes de la Puerta Occidental, los Escitas Reales y su remonta, sus esclavos y sus carros se sumaron a la columna, y el resto de los masagetas los ovacionaron hasta que la nube de polvo que levantaban se perdió de vista. Y entonces regresaron a las praderas.

Cuando despertó, el primer pensamiento de Sático fue: no estoy muerto.

Fue un pensamiento de lo más agradable, y antes de que hubiese transcurrido una hora Anaxágoras le quitó el vendaje y le mostró la herida. Las líneas rojas habían desaparecido, ya no había más líneas rojas de muerte que se extendieran hacia su entrepierna y su corazón.

Estaba debilitado, pero era veterano de numerosas heridas y conocía la rutina; comenzó a comer cualquier cosa que tuviera a su alcance.

Le concedieron tres días de descanso.

Sus amigos estaban fuera todo el rato, cabalgando. Mayormente, Sático veía a Belial, el granjero que los había acogido. Intuyó que sus hijas estaban escondidas en las vigas del techo y se dio cuenta de que toda la casa les tenía miedo. Pero comió y vigiló.

El tercer día de reposo estuvo suficientemente alerta para entender que sus amigos estaban patrullando. Jubal regresó con un tobillo torcido; una mala caída del caballo.

—Hay hombres que intentan matarte, ¿eh? —dijo, y sonrió.

Sático negó con la cabeza. Incluso allí, a tres mil estadios de Tanais.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—No lo sé. Una buena banda; doce o más. Asaltamos su campamento. Solo apresamos a tres. —Se encogió de hombros—. El resto se había largado al oeste. ¿A tender una emboscada?

Sático llevaba días sin ver a Cármides.

—¿Y Cármides?

—Apolodoro lo envió al este, en busca de Seleuco. Suponemos que estará en Zeugma. Apolodoro tiene miedo de que nos haya adelantado.

Jubal se frotó la barba. Fuera, los caballos estaban agitados.

—Oh, oh —dijo Jubal. Sacó un arco de su estuche y se acercó a la ventana. En cuanto se asomó, se apartó de un salto.

—Una partida de hombres.

Sático estaba tendido bocarriba, tan débil que no podía sujetar siquiera un arco de mujer.

Encima de él, una niña de no más de siete u ocho años, lo saludó con la mano.

—A esconderse —dijo Sático.

Sófocles todavía cojeaba por la flecha que lo había alcanzado durante el combate de cinco días antes; gracias a los dioses la flecha había sido de señales, pues de lo contrario estaría muerto en lugar de magullado. Desmontó maldiciendo. Había recorrido todo el camino desde las montañas hasta el Éufrates y perdido a su presa.

Deseaba una buena noche de sueño y la ocasión de reagruparse. Seleuco estaba a menos de un día hacia el este y a Sófocles no le gustaba la idea de seguir el rastro de su presa en medio del ejército más numeroso de Asia.

En cuanto hubo desmontado, se puso en guardia. El lenguaje corporal del granjero lo delató. Ocultaba algo.

Por supuesto, bien podían ser alimentos, caballos o una hija guapa. Y Sófocles estaría encantado de adueñarse de todo aquello.

—No queremos hacerte daño —dijo, levantando la mano.

El granjero asintió.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó. Tenía a dos esclavos con él; hombres corpulentos pero no entrenados en el manejo de armas.

—Danos de comer, danos todos tus caballos y déjanos tranquilos —contestó Sófocles—. Mañana a esta hora nos habremos ido.

El granjero miraba a todas partes.

—Podéis ocupar el establo, supongo —dijo.

—¿Eres idiota? —Sófocles estaba dolorido y harto de campesinos—. No te pido que hagas suposiciones. Me quedaré en la casa. —Lanzó las riendas a uno de sus hombres—. Despejad la casa. No toquéis a su familia. Los esclavos son otro cantar.

Había banquetas en la exedra de abajo, y Sófocles se acomodó en una.

—Una copa de vino me pondría de mejor humor —dijo al granjero.

El vino lo sirvió la esposa del granjero. Lo había mezclado con hierbas. Sófocles tuvo un instante para imaginarse envenenado por la esposa de un granjero frigio, y la idea le hizo sonreír. Se lo bebió todo de un trago.

—No está mal —comentó—. ¿Miel?

Ella asintió, con los ojos como platos.

Telon, su lugarteniente, un hombre inteligente para tratarse de un zopenco, llegó corriendo desde el otro lado de la casa.

—Hay caballos en el establo —anunció—. Caballos de batalla.

Sófocles alargó el brazo para agarrar a la esposa del granjero pero ella fue más rápida de lo que él esperaba; empuñaba un atizador de hierro, lo aporreó en la espalda y en la cabeza y lo derribó.

Telon la mató; la cortó casi en dos con un *kopis* enorme.

Sófocles estaba mareado, tenía el estómago revuelto y un chichón en la cabeza. Vomitó y se encontró mejor. Telon trataba de abrir la puerta del establo y gritó pidiendo ayuda, y sus hombres intentaron entrar por una ventana.

Sófocles buscó su manta y tuvo que recurrir a toda su voluntad para desatar las correas de cuero que la mantenían enrollada.

«Esa bruja me ha envenenado», pensó.

Su cerebro funcionaba muy despacio. Deshizo los nudos; la manta se desenrolló de motu proprio. Metió una mano en la cartera de cuero que había en medio del petate; encontró un frasco. Se lo llevó a los labios.

No había tiempo para medir. Solo gracias al vómito había sobrevivido tanto rato. Tomó un sorbo, se lo tragó...

Vomitó una y otra vez. Sus hombres lo estaban llamando.

Por todos los dioses, esa vez había faltado muy poco. Tenía los párpados de un ojo pegados por la sangre.

Habían matado al granjero y a uno de sus esclavos.

Respiró profundamente un par de veces.

Levantó la vista. Oyó ruido de cascos de caballo; vio la nube de polvo.

Negó con la cabeza, hastiado y sin dar crédito.

—¡Montad! —gritó con voz ronca, y fue trastabillando hacia su caballo, dejándose la manta.

Telon, al menos, tuvo el atino de hacerle caso. Se olvidó de la puerta cerrada del establo y salió disparado hacia su caballo. Al ver a dos de los suyos montados, los demás corrieron en busca de sus caballos. El último hombre murió de un tiro mientras intentaba montar, pero el resto escapó.

Sátiro se encontró con que bajar del escondite de las vigas del techo era toda una aventura en su estado, pero mereció la pena porque el hombretón con el pelo de color zanahoria que sujetaba la escalera de mano resultó ser Crax. Detrás de él estaban Cármides y media docena de soldados de caballería que Sátiro conocía desde su infancia.

—¿Los habéis atrapado? —preguntó Sátiro.

—Solo a uno —contestó Crax—. Han matado al personal.

Fuera, en la exedra, las hijas del granjero se echaron a llorar. Cármides se dirigió hacia allí, y Sátiro lo siguió como buenamente pudo, apoyándose en Crax.

—No has envejecido ni un día —dijo Sátiro.

Crax se rio.

—Díselo a mis caderas una mañana fría —respondió.

Las dos hermanas tenían ocho y doce años, y sus padres y casi todos sus esclavos estaban muertos; víctimas colaterales de la guerra.

—Han muerto por mí —dijo Sátiro, cansado.

Jubal asintió.

—Tendrán parientes por aquí cerca.

Fue hasta las niñas y las rodeó con sus brazos, y ellas se le echaron al cuello.

Sátiro descubrió que estaba pisando una manta ajena. Le resultó vagamente familiar y supuso que era de Jubal. A pesar del daño que le hacía la herida, o quizá debido a él, se dejó caer sobre las tablas del porche y comenzó a enrollarla.

Crax atendía a sus hombres.

Sobre la manta había una vasija de alabastro, una pieza de la mejor artesanía, y Sátiro la cogió, le quitó el tapón, olió el contenido y lo inundó el recuerdo.

—Sófocles —dijo. Habían transcurrido diez años pero conocía aquel olor, así como aquel frasco. Revolvió el resto de la cartera; ampollas de cristal que valían una fortuna, llenas de polvos diversos. Una tablilla plegable y un bonito estilo de oro. Un rollo de recetas.

Dos poemas de Safo.

Una nota, escrita en un trozo de papiro, con una dirección de Alejandría.

La dirección de Ben Zion.

Sátiro soltó el aire entre los dientes y esperó que bastara con Aquiles y sus amigos para proteger a Miriam.

Apolodoro y Anaxágoras tardaron horas en regresar, cabalgando cansinamente a lomos de caballos agotados. Los hombres de Crax los recogieron a dos estadios de la granja, de modo que cuando llegaron ya estaban al corriente de lo acontecido.

Para entonces una docena de lugareños y dos mujeres se habían hecho cargo de la granja y de las niñas. Sátiro tuvo tiempo de preguntarse qué sería de ellas, si terminarían gozando de una buena dote o siendo esclavas en su propia tierra.

Durmió en la casa una noche más, y los hombres de Crax ayudaron a enterrar a los muertos. Después todos partieron hacia Zeugma.

Desde el primer momento, la visión del ejército de Seleuco lo decía todo. Los elefantes podían verse desde estadios de distancia, remontando lenta y pesadamente el curso del Éufrates. Eran enormes, y corría el rumor de que Seleuco había cedido todas las satrapías indias a un rey indio a cambio de quinientos elefantes. Si lo había hecho, solo había traído menos de la mitad. Sátiro contó más de cien antes de que el dolor y el aburrimiento lo vencieran, pero no había más de doscientos.

Con todo, era la mayor concentración de elefantes que Sátiro había visto desde la que organizó Eumeles. Y, como mínimo, otorgaría a la alianza las mismas posibilidades de vencer que tenían los antigónidas.

Sátiro llegó a la ciudad amurallada de Zeugma a tiempo de ver al rey de Babilonia en persona mientras ofrecía libaciones al Río Dios en el puente. Seleuco abandonaba el Éufrates y se dirigía al este, hacia el mar y luego Frigia, y se estaba despidiendo, como rey de Babilonia, de una de las deidades del país. Sátiro lo miraba y se sintió sucio.

Cuando hubo terminado, Seleuco se aproximó rodeado de cortesanos. Era un hombre de mediana edad con una calvicie incipiente, y tenía la mandíbula cuadrada propia de los macedonios, pero nunca había bebido mucho y, pese al pelo ralo, la edad le confería dignidad. Sátiro lo había visto por última vez cabalgando con el estado mayor de Tolomeo en Gaza, cubierto de polvo. Le hizo una reverencia.

Seleuco correspondió a su formal saludo.

—Me asombra verte aquí, Sátiro —dijo—, pero estoy encantado, por supuesto. Diodoro dice que tienes el punto de concentración y un mapa de la campaña.

Sátiro estrechó la mano que le tendía.

—Veo que no te privas de nada —dijo—. ¡Gracias a los dioses!

Seleuco le sonrió con ironía.

—He traído a mis mejores... y a mis peores. La flor y nata de mi caballería y los cabrones de quienes no me puedo fiar en casa. ¿Qué hay de Tolomeo?

—Envió su flota a Rodas —contestó Sátiro. Se encogió de hombros.

—¿Y Casandro? —preguntó Seleuco.

—Vacío Europa para Lisímaco, que ahora tiene a Prepalao para contender. Dudo que en Europa quede un solo hombre en condiciones de llevar armadura.

Sátiro se estaba cansando.

—Una banqueta para el rey del Bósforo —ordenó Seleuco Nicátor—. Diodoro me dijo que te habían herido. Tienes bastante buen aspecto.

—Estoy bien, gracias. En unos días volveré a estar en forma. ¿Puedo acompañarte al oeste?

Sátiro se dejó caer en la banqueta con gran alivio.

—Será un placer. Y tus Exiliados estarán encantados de tenerte cerca. ¿El famoso Sátiro de Tanais? Vale lo que mil hombres.

Sátiro sonrió a Seleuco.

—Antes no eras tan adulator.

—Antes no era rey de Babilonia —dijo Seleuco, muy en serio.

Seis días, y la vanguardia había atravesado los montes Tauro y había acampado en Cybistra, en Licaonia. Los elefantes todavía estaban en los desfiladeros de las montañas y la retaguardia no había salido de Zeugma.

Diodoro estaba junto al fuego, sentado entre Crax y Andrónico. Safo servía el vino. Montaba a horcajadas con los hombres y se negaba a ir con la caravana del equipaje. Había participado en más campañas que muchos de los veteranos. Sátiro tenía ganas de abrazarla cada vez que la veía.

Ella y Diodoro lo conmovían en extremo, quizá porque eran los mayores. Diodoro era viejo. Sátiro nunca había esperado verlo así; aquel hombre había permanecido duro como el diamante, desafiando el paso del tiempo, durante toda la infancia de Sátiro, y ahora era una figura enjuta de carnes, todo tendones y piel curtida con profundas arrugas en el rostro y unas mejillas tan afiladas que podían cortar. Y la belleza de Safo se había marchitado; era una anciana y nadie la tomaría por una beldad.

De ahí que hubiese necesitado un par de días para descubrir que las apariencias engañaban y que las personas que lo habían criado eran esencialmente las mismas. Nadie les había dicho lo viejos que eran. Diodoro no chocheaba; cuando su voz

arremetía contra un soldado, el aludido languidecía. Safo causaba un efecto muy parecido en Diodoro, así como en Crax, en Andrónico y, bastante pronto, en el propio Sátiro, que descubrió que a juicio de ella estaba mimando su herida cuando quizá debería estar haciendo ejercicio.

—Menuda espartana habrías sido —gruñó Sátiro, cuando lo obligó a doblar la pierna izquierda a su satisfacción.

—Soy hija de Tebas, un lugar mucho mejor que Esparta y con hombres mejores. Pregunta en Leukra.

Asintió, habiendo ganado otra discusión, y dio instrucciones a su esclavo para que ayudara a Sátiro a doblar la pierna otra vez.

Así pues... dos días, y había vuelto a convertirse en su hijo. No estaba tan mal.

Sobre todo habida cuenta de que lo trataban como a un niño adulto.

—¿Qué crees que hará el Tuerto? —preguntó Diodoro. Se recostó sobre su capa y Safo se unió a él, metiéndose entre sus brazos como una mujer mucho más joven.

Sátiro cambió de postura, hizo una mueca de dolor y miró a Apolodoro.

—Intentará derrotarnos concienzudamente. Ahora estará recibiendo los primeros informes que confirmen que Seleuco se ha puesto en camino. De modo que puede venir al este contra nosotros o dirigirse al norte para atacar a Lisímaco. —Hizo una pausa—. Aunque no es tan sencillo —agregó.

Diodoro gruñó.

—Nunca lo es —dijo.

—Habrá o no habrá una acción naval en los Dardanelos. Eso podría cambiarlo todo. También es posible que Demetrio marche tierra adentro para unirse a su padre, y eso sí que lo cambiaría todo. —Hizo un pausa—. También... Hades, no lo sé. Demetrio podría decidir aplastar a Casandro y abandonar a su padre...

—Ni hablar —dijo Diodoro—. Esa es la ventaja que tienen sobre nosotros. Tenerse el uno al otro. Demetrio no abandonará a su padre. ¿Vencerá en los Dardanelos?

Sátiro aceptó la copa de vino que le ofrecía Cármides.

—Poco importa —contestó Sátiro, como si repitiera una lección para Diodoro. ¿Cuántas veces había salido de la clase de Filocles, con la cabeza llena de sus enseñanzas sobre Platón, para ir a repetirle la lección a Diodoro, que lo aguardaba con la armadura puesta?

—Vaya —dijo Diodoro—. ¿Por qué?

Su tono decía que le gustaba la respuesta.

—Si vencemos, nuestras tropas podrán moverse libremente por la costa de Asia. Pero tanto Alejandro como Lisímaco nos han demostrado que incluso si nuestras naves pierden, el ejército puede avanzar sin obstáculos hasta Frigia a través de la Tróade. Ahora tenemos Bitinia. Ese cambio lo es todo. Lisímaco no necesita una flota para dirigir un ejército contra Antígono, y sus líneas de aprovisionamiento estarán a salvo.

Sátiro se recostó, sintiéndose como un chaval de quince años.

Diodoro asintió.

—Bien, has estado al mando de más ejércitos que yo, hijo. Pero a mí me parece que un combate naval seguirá teniendo dos consecuencias. La primera, en la moral: si vencemos, hará efecto en las tropas. Y, en segundo lugar, si nuestras naves vencen, Antígono no puede alejarse mucho de su logística, por miedo a que Lisímaco desembarque detrás de él. ¿Sabes que estamos en contacto con la flota de Tolomeo?

Sátiro no estaba al corriente.

—Hay veinte trirremes siguiéndonos por la costa. —Diodoro asintió—. Reza a Poseidón, hijo. Una victoria en el mar nos ahorraría un montón de problemas. Pero, por lo demás, tu análisis es correcto. Tiene que escoger entre uno de nosotros, tan pronto como pueda. Me da que irá a por Lisímaco; lo ha derrotado más de una vez, y a nosotros ninguna.

Sátiro movió las caderas.

—Solo espero que no tengamos que combatir antes de diez días —dijo—. Apenas puedo montar.

Safo se rio.

—Pero podrás —dijo.

—La retaguardia tardará diez días en llegar aquí —señaló Diodoro—. Nuestro ejército se extiende a lo largo de seiscientos estadios de malos caminos. Pero diez días... Será eso, más o menos. Dentro de diez días faltará muy poco para entrar en combate.

Cinco días, y dos de ellos de lluvia. Sátiro podía montar bien otra vez y hacía mucho ejercicio, entrenándose con Anaxágoras y Crax, cuya espada celta era tres palmos más larga que cualquier espada griega y la manejaba de un modo extraño, cortando con amplios movimientos circulares y entrando a fondo en los ataques.

Cinco días los llevaron a la orilla del lago Caralia, a más de cien estadios del mar y, no obstante, plagado de gaviotas. La lluvia llenaba los cursos de agua y, por más incómodo que resultara, permitía que la vanguardia avanzara más deprisa. De repente abundaba el agua para abreviar a los caballos.

Seleuco también era ducho en el arte de la guerra. Cada noche, cuando se detenían, se montaba un ágora de mercaderes de las poblaciones más cercanas, aunque esas poblaciones estuvieran a cincuenta estadios, con carros llenos de productos agrícolas, ovejas, cabras, forraje para los caballos. Lo único que exigían era cobrar en metálico, y la caja de caudales de Diodoro parecía no tener fondo.

—No tiene sentido ser un mercenario rico si no mantienes bien alimentados a tus caballos —dijo.

Al atardecer del quinto día Crax llegó tras una larga exploración en el noroeste; se había llevado a seis hombres, llegando tan lejos y tan rápido como le permitió su

reata de ponis. Seleuco y una docena de oficiales se dirigieron a la cabeza de la columna para escuchar el parte de novedades.

Crax estaba bebiendo sidra. Iba cubierto de polvo y parecía un espectro, y los hombres que habían cabalgado con él simplemente cayeron de sus sillas y yacían como muertos.

La presencia de Seleuco no amilanó a Crax, aunque inclinó la cabeza ante el rey de Babilonia; más bien, pensó Sático, como un granjero meote saludando a otro en un camino.

—¿Y bien? —dijo Seleuco.

—Suponemos que Antígono está en Sardis, intentando establecer contacto con su hijo, que está viniendo al sur desde la Tróade con dieciocho mil hombres. No vimos a ninguno de ellos, señores, pero hay un destacamento de la caballería de Antígono un trecho de camino arriba, al norte de la minas que hay en el cruce de caminos. Los lugareños lo llaman Kotia. Me llevé a un hombre de allí; no había cobrado desde el festival de otoño de Ares y habló. Dijo que nos aguardan en Gordia y que tienen tropas listas para marchar en esa dirección y sorprendernos en los desfiladeros.

Seleuco asintió.

—Resulta muy útil que el Tuerto me tome por idiota. Aun así, si nos aguardan en Gordia...

—Envía a tus reclutas de las satrapías hacia allí —propuso Diodoro.

—Sardis... —comenzó Seleuco—. Queda a seiscientos estadios. ¿Dónde está Lisímaco?

Crax negó con la cabeza.

—No lo sé, señor, y mi prisionero tampoco.

Diodoro soltó un taco, y Seleuco también.

Sáticoapuró el vino de su copa.

—Dame una docena de hombres con seis caballos por barba y lo encontraré —dijo—. Conozco estas montañas. El año pasado estuve de campaña en los alrededores de Sardis.

Diodoro asintió.

—Preferiría enviar...

Sático negó con la cabeza.

—No, ningún asesino va a seguirme a través de Frigia.

—Estaba pensando qué ocurriría si las patrullas del Tuerto te atrapasen —dijo Seleuco—. Pero necesito esa información más que a ti, Sático. Si vas a hacerlo... que Atenea y Hermes te acompañen.

Sático se llevó a sus amigos, así como al galo Andrónico y a una docena de soldados de caballería, todos con reatas de caballos. Y a Crax. El bastarño era imparable, y estaba despierto y con sus propios caballos a punto al despuntar el día.

Partieron antes del alba y cabalgaron hasta el anochecer, durmieron con las riendas en los brazos y reanudaron la marcha también de noche, avanzando por el

norte de los lagos y después campo a través hacia Acmonia, cruzando territorios tribales donde la gente vivía en lo alto de las laderas, en pueblos que parecían colgados del cielo. Nadie los molestó.

Tomaron el camino de Sardis en Thyrai y fueron derechos al este, hacia el sol naciente. Abandonaron el camino cuando su avanzadilla descubrió la presencia de soldados, y prosiguieron por los montes que se alzaban junto al río Kogamas.

—Bienvenidos a Lidia —dijo Sátiro. Se sentía de maravilla; el muslo le dolía, pero tal como solía doler cualquier herida. Tres días en la silla, y era como un dios. Y libre de lentas columnas.

El valle del Kogamas estaba lleno de hombres. Cuando acamparon, la luz de sus hogueras se extendían hacia el este hasta donde alcanzaba la vista.

—Ese es Antígono —dijo Crax—. Yo no llegué tan lejos, pero aquí lo tenemos. Al este de Sardis. ¿Dónde está su hijo? ¿Dónde está Lisímaco?

Andrónico gruñó.

Anaxágoras se dejó caer al suelo y desenrolló sus mantas.

Sátiro se rio.

—¿Sabes una cosa, Anaxágoras? He prestado un gran servicio a mi hermana estas dos últimas semanas.

Anaxágoras ya estaba entre sus mantas.

—¿En serio? —preguntó.

—Has aprendido a montar como un sakje —contestó Sátiro—. Ahora seguro que se casa contigo.

—No estoy seguro de que la equitación sea la destreza por la que se casará conmigo —repuso Anaxágoras. Sonrió, se dio la vuelta y cayó dormido.

Un día más cabalgando con prudencia, a menudo al paso; fue el trayecto más lento hasta entonces, y se distanciaron de Antígono. Su caballería ocupaba los caminos, pero el terreno alto del flanco norte del valle estaba vacío, excepto por los refugiados.

Tenían noticias, todas ellas contradictorias. Demetrio había cosechado una gran victoria en Galípoli; había perdido la flota; había abandonado la flota y marchado tierra adentro; había vencido a Lisímaco; había sido derrotado; todos habían muerto.

—¿Ves por qué es tan fastidioso explorar? —preguntó Crax.

Sátiro negó con la cabeza.

—Crax, sabes muy bien que llevo ocho años dirigiendo campañas como *strategos*, ¿verdad?

Crax le dio una palmada en la espalda.

—Y, mira por dónde, todavía tienes mucho que aprender.

—Crax, mi madre te enseñó a explorar.

Sátiro estaba harto de que lo aleccionaran con condescendencia.

Crax se rio.

—Fue Ataelo quien me enseñó a explorar, joven rey. Y si tanto sabes, ¿por qué te sientas a discutir con un viejo miembro de una tribu mientras el sol te perfila para cualquiera que esté en el valle? ¿Eh? —Se rio de nuevo—. Tu madre sería más sensata.

Sátiro negó con la cabeza y se resignó a ser un eterno adolescente para aquellos hombres.

Llegaron a Tiatira y Sátiro, que cabalgaba con Apolodoro como avanzadilla, interceptó a un mensajero. Tenía un rollo de Demetrio para Antígono.

Sátiro lo leyó, se lo devolvió al mensajero y dijo:

—Sigue tu camino.

El joven, un lidio, aterrorizado por tener el puñal de Apolodoro en el cuello, se relajó.

—Gracias, señor.

Sátiro hizo una reverencia.

—¿A qué distancia está el señor Demetrio?

El mensajero montó de nuevo, cogió su morral y su tubo de rollos, y saludó.

—A cuarenta estadios, señor. En Estratónica. Y marcha hacia aquí tan deprisa como le permiten sus piqueros.

—¿Y Lisímaco lo persigue? —preguntó Sátiro.

—Con ahínco. Pero estamos resistiendo.

El mensajero saludó otra vez, agarró las riendas y se marchó, y Apolodoro negó con la cabeza.

—Voy a suponer que ese cabrón se ha largado a contarle a Antígono algo que quieres que sepa. —Se encogió de hombros—. De lo contrario, teníamos la mejor fuente de inteligencia que podíamos tener, enviada por los dioses, y has dejado que se marchara.

—Demetrio está yendo a encontrarse con su padre, y ha enviado su flota de regreso a Atenas en lugar de enfrentarla a la nuestra. Y le está diciendo a su padre que nuestras tropas están en Gordia. —Sátiro respiró profundamente. De repente, las manos le temblaban—. Atenea, quizá lo conseguiremos. Vayamos a buscar a los demás.

Aquella noche todos se reunieron en torno a una fogata que no era mayor que la cabeza de un hombre. Cuando Sátiro se fue a orinar, no veía ni un titileo. Estaban en cuclillas, con las capas abiertas para retener el calor y ocultar la llama, y Crax iba alimentando el fuego pacientemente con trocitos de madera.

Sátiro explicó la situación a todos sus hombres.

—La guerra puede cambiar en función de que uno de nosotros logre regresar junto a Seleuco —dijo—. Necesito que todos los hombres lo sepan. Antígono y Demetrio están a punto de unir sus fuerzas, tal vez mañana mismo, en las planicies que hay al norte de Gordia. —Sátiro procuró elegir sus palabras con cuidado, tratando

de imaginar a un soldado de caballería informando de aquello al rey de Babilonia—. Si Seleuco avanza como un rayo, podrá pasar al oeste de Antígono y unirse a Lisímaco.

Dibujando en el suelo pedregoso y usando bolitas de pan para indicar las posiciones, realizó un mapa completo con las montañas señaladas mediante piedras.

—¿Lo entendéis? Si lo hacemos mal, Seleuco se enfrentará a Antígono en las planicies... solo.

Sátiro miró a su alrededor. Daban la impresión de comprenderlo.

—¿Así que... nos vamos todos en busca de Seleuco? —preguntó Crax.

—Irás tú. Yo me llevo a Anaxágoras, Jubal, Cármides y Apolodoro al oeste en busca de Lisímaco. Estamos tan cerca de conseguirlo que no podemos permitirnos que se tome un día de descanso ni que titubee... ni que se dirija a la costa para ponerse en contacto con la flota. —Sátiro negó con la cabeza—. Un día, unas pocas horas, y podríamos perder.

Crax asintió.

—Bien —dijo—. Supongo que todos sois adultos.

Por la mañana todos se dieron la mano y los dos grupos se dividieron.

Antes de que la gaviotas hubieran bajado a comer las alubias que habían dejado en el suelo, ya los separaban cinco estadios.

Tardaron dos días en rodear a Demetrio y su ejército; dos días de subir cada vez más alto a las montañas del norte de Sardis; dos días de esconderse entre las rocas y los acebuches. Dos días de raciones escasas para los hombres y los caballos.

El tercer día llovió. El agua caía del cielo como si los dioses vaciaran cubos de agua encima de ellos, pero aprovecharon la ocasión para avanzar; la visibilidad era de menos de dos largos de caballo. Las rocas resbalaban, y Sático y Apolodoro, que se turnaban a la cabeza, sufrieron alguna caída, y Apolodoro tuvo que matar a uno de sus caballos.

Entrada la tarde, ni siquiera Apolodoro estaba seguro de qué dirección seguían. Se habían apartado de la cordillera a fin de ganar tiempo y ahora, mientras cabalgaban bajo el diluvio con la cabeza gacha, a Sático le preocupaba que en realidad se hubiesen desviado en una dirección equivocada. Los descensos podían ser más difíciles que los ascensos.

El sol se estaba poniendo en algún lugar detrás de las nubes interminables y el viento arreciaba, haciendo que el agua los azotara. Hacía rato que sus capas estaban empapadas. La luz era engañosa, y Sático tenía miedo de estar dirigiéndose al sur, derecho hacia Antígono, y volvió a preocuparle que estuvieran perdiendo un tiempo precioso.

El terreno se estaba aplanando.

Sático hizo trotar a su caballo y se puso al lado de Apolodoro.

—Quiero bajar hasta el camino —gritó—. Quiero saber dónde estamos exactamente. Quiero ganar tiempo.

La lluvia atravesaba el sombrero de paja de campesino que llevaba Apolodoro y le chorreaba por el rostro, empapándole la barba y haciendo que se le viera viejo. Viejo y preocupado.

—Hazlo —le contestó gritando a su vez.

Sático buscó a ciegas la ruta para bajar de los montes, fustigando a su caballo cuando vacilaba. No amaba a aquella yegua, pero era la mejor de su reata y abrigaba la esperanza de que fuese capaz de mantener el equilibrio pese a la luz engañosa y al aguacero.

Iban bajando, bajando, bajando... y Sático comenzó a preocuparse otra vez. Le costaba imaginar que hubiesen subido tan alto, no quería ni pensar en que luego tendría que volver a subir por aquella rocosa ladera para reencontrarse con sus amigos.

Se le ocurrió que, con prisa o sin ella, lo más sensato era volver a subir al monte, buscar a sus amigos y montar el campamento que buenamente pudieran hasta que la lluvia amainara. Un simple vistazo a la luz del día les mostraría dónde estaban.

Bajaba y bajaba. De pronto Sático tuvo claro que se había perdido. Veía un curso de agua en el fondo del valle, y la oscuridad se cernía sobre él como la lluvia. Era

puñeteramente tarde para intentar subir de nuevo a la montaña.

Y entonces vio el camino.

No podía haber un camino en el fondo de todos los valles. Tenía que ser el camino de Sardis, el Camino Real.

Se quedó un momento sentado a lomos de su caballo, después desmontó para que el animal descansara y le dejó beber el agua que corría borbotando por la cuneta del camino. Tenía un puñado de grano, lo metió en su sombrero de paja y la yegua se lo comió vorazmente, engullendo el sombrero y todo. También llevaba en el morral un trozo de bresca, casi tan grande como su puño, una masa pegajosa y rezumante; él se comió la mitad y le dio la otra mitad a la yegua, que giró las orejas hacia delante como si reconociera que aquello, al menos, era una buena recompensa a su esfuerzo.

Por primera vez, Sático sintió amor por la bestia.

—Buena chica —le dijo, y le dio unas palmadas en el cuello.

Ahora tenía que volver a subir a la montaña.

Estaba tan entretenido con el caballo que no reparó en los soldados.

Se aproximaban con la cabeza gacha bajo la lluvia torrencial; más de cien jinetes de caballería, hombres empapados con capas empapadas sobre caballos empapados.

Sático estaba en medio del camino. Logró montar a lomos de su caballo, a eso le dio tiempo, y acto seguido jinete y montura se vieron rodeados.

—¡Sal del camino, imbécil! —gritó un filarco.

Sático ocultó el rostro y apartó a su yegua del grupo de hombres, de modo que quedó sumergida hasta los espolones en la zanja llena de agua de lluvia. Se quedó allí y aguardó hasta que los *agêma* de Demetrio, su caballería de élite, pasaron de largo mientras anochecía. Quinientos jinetes y, en medio de ellos, el propio Demetrio y dos hombres que Sático reconoció: Nerón, su espía, y Apolinar, su médico.

Sático se cubrió la cabeza con la capa y permaneció tan quieto como pudo.

Nerón lo miró.

Demetrio lo miró. Estaba riendo; bajo una lluvia torrencial, se reía como Dioniso. Iba confiado y tan contento.

Eso fue lo que más impresionó a Sático. Y Demetrio y Nerón estaban hablando, pero Sático no pudo oírlos por culpa de la lluvia.

Nerón volvió la cabeza, miró a Sático y gritó.

Sático contuvo el aliento.

Un par de soldados se adelantaron hasta donde estaba Nerón.

Sático hizo retroceder a su caballo, paso a paso, por la zanja paralela al camino. Ahora el agua era más profunda y gélida. Pobre bestia.

Sático rezó a Heracles, y sus plegarias fueron atendidas en forma de un sendero, probablemente la ruta que los peones camineros utilizaban para las tareas de mantenimiento de la cuneta.

Más gritos a sus espaldas.

—Arriba —dijo al caballo, le hincó los talones en los ijares y la yegua saltó

resueltamente, confiando en él, y de pronto estuvieron en el sendero y Sátiro dejó de tener prisa. Ahora había una pantalla poco espesa de acacias entre él y el camino del otro lado de la zanja. Dieron unos pocos pasos, Sátiro desmontó y cubrió la cabeza de la yegua con su capa.

—Había un hombre justo ahí, al lado del camino —insistió Nerón.

Demetrio asintió.

—Sin duda tan abatido como nosotros, amigo mío. Ojalá encuentre donde refugiarse. —Dio una palmada en el hombro a su jefe de espionaje—. Seguramente era uno de tus *prodromoi*.

—Es lo que he pensado —dijo Nerón—. Mataría por un informe que me dijera dónde está Seleuco.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Demetrio—. O, dicho de otra manera, a la mierda con Seleuco. Hemos esquivado a Lisímaco. Ahora vamos a unirnos a mi padre y el mundo será nuestro.

Nerón siguió cabalgando pero volvió la vista atrás cada dos por tres hasta que dejó de llover.

Los dos hombres eran concienzudos a pesar de la humedad y el frío. Reconocieron el borde de la zanja y los árboles. Luego buscaron dentro de la zanja, pero por suerte estaban veinte largos de caballo colina arriba, clavando sus lanzas en el agua.

A Demetrio, y también a Nerón, se le servía bien. Aquellos soldados no se daban por vencidos.

Sátiro aguardó a que la lluvia arreciara y, cuando lo hizo, llevó su caballo al paso hacia el norte a lo largo de la zanja. No se dio prisa ni volvió la vista atrás.

Al cabo de media hora la lluvia amainó y, transcurrida una, había avanzado diez estadios y estaba en el camino, y entonces dejó de llover.

Se planteó la posibilidad de retroceder y decidió que correría un riesgo descabellado. Tenía un caballo, ningún equipo de acampada, ninguna arma aparte del puñal que llevaba en el brazo.

El cielo se despejó mientras avanzaba por el camino, y la luna salió, y hacía frío. Montó y cabalgó, mayormente para no coger frío, echando pie a tierra cada dos estadios para correr al lado del caballo.

Su yegua flaqueaba. Rebuscó en el morral empapado y encontró una salchicha. La bestia se la comió. Un pedazo de pan rancio. También se lo comió.

El material para encender fuego, envuelto en un pañuelo de lino. En la lata de bronce, recordó, había metido uvas pasas prensadas de la granja donde se había escondido. La masa de pasas estaba seca y tenía el tamaño de su puño. Rompió un

pedazo y le dio el resto al caballo.

Era noche cerrada. Su excelente clámide de campaña estaba empapada pero todavía lo abrigaba, o al menos era mejor que nada, y el caballo tampoco tenía frío. Su yegua era lo que más le preocupaba. La necesitaba viva. De hecho, había empezado a cobrarle afecto.

Caminaron. No volvió a montar. La necesitaba para una emergencia y, mientras no se presentara, Sático seguiría a pie.

Amaneció. Una bonita mañana, con el sol asomando en lo alto de la sierra como en las descripciones del poeta; largos rayos arbolados surgían entre dos cimas para lamer la siguiente. Dedos rosáceos tentando lascivamente a la tierra.

Sático iba prácticamente dormido, caminando lenta y pesadamente. Intentaba encontrar un nombre para su yegua. Le parecía importante ponerle nombre antes de que se tumbara y muriese. Y estaba exhausta. Y él no tenía más trucos, no podía darle más miel ni más calor.

Pero en algún lugar de los montes que se alzaban junto a él había un hombre con un fuego encendido. Percibió el olor. Le infundió esperanza. Siguió adelante, poniendo un pie delante del otro, subiendo una cuesta empinada. Recordó aquel tramo de camino y supo dónde estaba exactamente: entrando en las Puertas de Misia.

Cerca del collado vio el humo, y después vio el fuego, y después vio a los hombres. Se echó a reír.

Lo habían estado vigilando durante todo su ascenso a la quebrada mientras preparaban el desayuno.

Siguió caminando. Eran sakje; estuvo bastante seguro de reconocer en el hombre alto y moreno que estaba junto al fuego a Thyrsis, el Aquiles de los masagetas.

—¡Thyrsis! —gritó.

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Dos hombres que no había visto salieron de su escondite y quitaron sus flechas de los arcos.

Thyrsis dejó su taza en el suelo y corrió camino abajo para darle un abrazo.

—¿Qué haces aquí, oh, rey? —preguntó Thyrsis.

—Explorar —contestó Sático—. ¿Tendrías la amabilidad de dar de comer a este excelente caballo?

Una joven sakje se hizo cargo de la yegua y Sático se sentó en una roca a un lado del camino.

De repente se encontró despertando bajo un sol radiante con el muslo dolorido y entumecido, pero sentía tal mejoría que se rio por lo bajo.

—Sopa —dijo Thyrsis.

La doncella sakje le dio un cuenco, y Sático se lo bebió todo y después otros tres, y comió un poco de pan seco.

—¿A qué distancia está el ejército? —preguntó.

Thyrsis se rio.

—A seiscientos estadios —contestó—. Solo somos un señuelo.

Sátiro se frotaba el muslo y masticaba el pan.

—Necesito tres caballos y a un compañero. Necesito que te dirijas al sur, que encuentres a Anaxágoras, Apolodoro y Jubal. Están en algún lugar de esos montes. Creíamos que Lisímaco le iba pisando los talones a Demetrio.

Thyrsis se rio y se dio una palmada en el muslo.

—Somos los mejores. Nosotros somos doscientos, y vamos con Eumenes y sus olbianos. Le hicimos huir sesenta estadios.

—¿Y Lisímaco? —preguntó Sátiro.

—Con la reina en Helicore, la capital de Bitinia. —Sonrió al ver la turbación de Sátiro—. Tu hermana y el rey de Tracia se llevan muy bien. Están aguardando noticias en el cruce del Camino Real.

Sátiro gruñó.

—Esas noticias las tengo yo —dijo—. Solo tengo que llegar allí.

Sátiro se tomó la molestia de ir a ver a su yegua, que dormía profundamente el sueño de un animal agotado. Después montó en un poni sakje y, con el propio Thyrsis a su lado, salió al galope hacia Helicore, doscientos estadios al norte.

Al atardecer encontraron piquetes de caballería compuestos de getones que, aunque no amaban a Thyrsis, le profesaban un precavido respeto. Sátiro llegó al mayor campamento militar que hubiese visto alguna vez. Perdió la cuenta de las tiendas, las cabañas, los carros... Habría fácilmente más de veinte mil hombres, y sospechó que aquella multitud seguía siendo menor que la de las hogueras de Antígono en el valle que se abría debajo de Sardis.

Calicles, el noble tracio, reconoció a Sátiro en el acto y lo condujo hasta donde se encontraba Lisímaco, cenando.

Melita vio a Sátiro y lo saludó con una inclinación de cabeza como si fuese lo más natural del mundo. Él la besó en ambas mejillas.

Lisímaco le dio un abrazo.

—¿Traes noticias? —preguntó.

—He visto a Demetrio retirándose, y también a su padre. Vengo de parte de Seleuco. —Levantó la mano para acallar un torrente de preguntas. Hizo una reverencia a Prepalao, el anciano general de Casandro—. *Strategos*, nos conocimos cerca de Corinto —dijo.

El macedonio asintió con fría formalidad.

—Creo recordar que yo estaba en la punta de tu lanza —le dijo.

Sátiro hizo otra reverencia.

—Tu amo había ordenado matarme poco antes —respondió Sátiro—, y me arrepiento de haber servido a Demetrio, aunque fuese por despecho.

El anciano macedonio frunció los labios pero, en lugar de decir lo que tenía en mente, se encogió de hombros.

—Dinos dónde está Antígono —pidió.

—Antígono está en Sardis —respondió Sátiro—. Lo vi hace cuatro días pero dudo que se haya movido. Está allí para coligarse con Demetrio, que a estas alturas ya habrá llegado.

Lisímaco estaba muy serio.

—Cuando dejé a Seleuco, estaba en Capadocia. Antígono cree que está en las puertas de Gordia, pero no es así. —Sátiro cogió un trozo de pergamino que le alcanzó su hermana y comenzó a dibujar un mapa, tal como había aprendido a hacerlo con los pajes de Tolomeo en Alejandría—. Aquí está Gordia. Aquí, Dorilea. Nosotros estamos aquí, en Bitinia. Esta es la posición de Seleuco en Capadocia, aquí, en Koloneia. ¿Lo veis?

Prepalao fue el primero en verlo.

—Tenemos que dirigirnos al este, hasta Dorilea. —El macedonio se rascó la barba—. Aunque Antígono puede llegar antes que nosotros.

—Casi con toda certeza, Antígono y su hijo subirán por la costa hacia donde piensa que estáis: en los desfiladeros al norte de Sardis. Camino de Éfeso... o de Sardis. ¿Sí?

Sátiro lo tenía todo en la cabeza; la gran estrategia. Podía verlo como si fuese el águila de Zeus señoreando en los cielos, observando a los hombres arrastrarse como hormigas por los valles de Asia.

Lisímaco miró a Melita, asintiendo.

—Es lo que hemos querido hacer desde el principio: dirigirnos al este para alcanzar la línea de marcha de Seleuco. —Se volvió hacia el general de Casandro, señalándolo con el mentón—. Otros han sido más cautelosos. —Lisímaco se inclinó ávidamente hacia delante—. ¿Cuántos hombres tiene Seleuco?

—Doce mil de caballería persa, otros tantos reclutas de las satrapías y doscientos elefantes. Aparte de sus propias tropas. —Se encogió de hombros—. Algo de infantería, pero no tan buena como la nuestra.

Prepalao se levantó.

—No soy el viejo cauteloso por el que me toma Lisímaco. Simplemente, nunca pensé que Seleuco viniera de verdad. —Los miró con ironía—. No adoptes esos aires de superioridad, rey de Tracia. Si tú y yo tenemos algo en común, es que ambos hemos sufrido derrotas aplastantes a manos del joven Demetrio.

Lisímaco torció el gesto.

Melita negó con la cabeza.

—Podemos discutir mientras marchamos.

Con mil soldados de caballería y mil de infantería, la contribución del Bósforo era tan pequeña como para considerarla insignificante, pero Prepalao y Lisímaco necesitaban un adlátere, o un contrapunto, e hicieron caso a Melita.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó Melita.

Lisímaco asintió.

Prepalao se rascó la barba gris y asintió.

—La suerte está echada —dijo—. Si Antígono llega antes que nosotros a los pasos de las montañas, tendremos que retirarnos. Y entonces Seleuco se quedará solo.

Un esclavo dio un vaso de vino a Sátiro, que se desplomó sobre el diván de su hermana. Melita le dio un beso y Sátiro se quedó dormido casi de inmediato.

—Hagámoslo —dijo Prepalao.

Cuando Sátiro despertó a la mañana siguiente, se encontró en un campamento prácticamente vacío de soldados. Las tiendas y cabañas habían quedado reducidas a meros montones de paja; los cercados de los caballos eran poco menos que montículos de estiércol. Los esclavos trabajaban duro para llenar de tierra las letrinas.

El sol estaba en medio del cielo. Sátiro había dormido hasta el mediodía. Estaba acostado en su cama de campaña dentro de su pabellón, y Fobos le había preparado un desayuno de pan dulce y granada, que tomó con zumo de granada y agua con gas de una fuente cercana.

Sátiro se sintió viejo. Tenía los músculos agarrotados. Pero la comida le ayudó, y después de desayunar un esclavo le dio un masaje con un esmero rayano en la violencia, y luego se acostó otra vez.

Fobos le sirvió la cena: pinchos de cordero y vino de Quíos. Scopasis se unió a él; Melita lo había dejado atrás para que se ocupara de la escolta de Sátiro y de recoger a los exploradores sakje y a la caballería griega que habían servido de señuelo. Thyrsis ya había partido en su busca por el camino de Sardis.

Resultaba extraño estar sentado a la luz del ocaso y contemplar cómo terminaba de desmontarse un campamento. Atrás habían quedado hombres enfermos o tullidos que atendían a los caballos de refresco o que simplemente estaban a cargo del último convoy de equipaje, un puñado de desertores arrepentidos y unos cuantos reclutas esperanzados que habían llegado tarde a la fiesta.

Sátiro fue a acostarse por tercera vez en un día, reflexionando en el aspecto que presentaban los restos de un campamento, y se despertó con las piernas más agarrotadas que nunca. Pero no podía quedarse escondido en la tienda como Aquiles para siempre. De modo que permitió que Fobos lo vistiera con un quitón de lino rojo tirio y una clámide a juego con bordados de oro. Su mejor espada estaba en su caballo de equipaje con Cármides y Jubal o se había perdido, de modo que tomó otra, más ligera y más larga.

Montar no fue un placer; cabalgar fue mucho peor. Sátiro trotó a lomos de un caballo de viaje en torno al campamento durante media hora, acostumbrando sus músculos, y después montó a su caballo de batalla; un caballo que apenas había montado desde que lo adquiriera más o menos en aquel mismo lugar.

Fobos y sus esclavos habían desmontado la tienda y la habían cargado con el resto del equipo en una docena de burros y un carro. Su pequeño convoy de equipaje

ya había emprendido la marcha, pero Fobos tenía dos banquetas, una mesa y una copa de vino aguardándolo en el espacio abierto que antes ocupaba el pabellón, así como un último asno para acarrearlos.

Sátiro se sentó en una banqueta y el masajista le alivió parte del dolor de las pantorrillas y los muslos, sobre todo donde había sufrido la herida. La cicatriz se había cerrado.

Sátiro bebió un trago de vino.

—Eres el mejor sirviente del mundo, Fobos.

—Me esfuerzo en dar satisfacción —respondió Fobos—. Si se me permite la osadía, señor, tengo entendido que estamos en guerra con mi antiguo amo Demetrio.

Sátiro asintió. Apuró el resto del vino.

—Sí —contestó.

Fobos asintió a su vez.

—Me parece que lo mejor sería que evitaras caer en sus manos. No será indulgente.

Sátiro sonrió.

—Haré lo posible para evitar que eso suceda.

—Que todos los dioses te bendigan, mi señor.

Fobos sostuvo el caballo de Sátiro mientras él montaba.

Sátiro tuvo toda una jornada de viaje para meditar cómo en dos días había dejado de ser un fugitivo muerto de hambre para convertirse en rey del Bósforo.

«Filocles se reiría», pensó.

Sátiro no tuvo dificultad alguna para alcanzar al ejército. Recorrieron más de cien estadios aquel día, pero su vanguardia se las arregló para avanzar casi el doble, llegando hasta Tricromía, a orillas del río Hermos, tan cerca de Dorilea que casi podían tocar sus murallas.

Una hora después de que Sátiro llegara al campamento, Melita estaba cenando con él, y Thyrsis, Eumenes de Olbia y Scopasis fueron a tomar una copa de vino; los olbianos y los sakje ya se habían retirado del camino de Sardis y Misia.

—Demetrio está al norte de Sardis con treinta mil hombres —dijo Eumenes—. Ayer exploró los desfiladeros con mucha precaución. Tomamos a un par de prisioneros pero no sabían nada y los soltamos.

Sátiro hizo circular una segunda copa de vino.

—Todavía estoy cansado —dijo—. ¿Encontrasteis a mis amigos?

Eumenes sonrió.

—Nos encontraron ellos a nosotros. Tu infante de marina, que es como un héroe de un poema épico, quiso montar un caballo de fresco y venir conmigo. Pero el chico... ¿Cármides? Se quedó dormido en el caballo y sufrió una caída. Lo dejé con mis *prodromoi*.

Sátiro negó con la cabeza.

—Cuando me perdí en la lluvia, no imaginaba que todo esto pudiera acabar tan bien.

Antes de que los primeros rayos del sol alcanzaran el valle del Hermos, Sátiro estaba levantado y había construido un pequeño altar sobre una roca que quedaba encima del campamento de la caballería. Sacrificó un cordero a Hermes por haber protegido a sus amigos y otro a Apolo por haberle curado la herida. Después regresó al campamento, habló con Nicéforo y Likeles, que estaba temporalmente al mando de todos los infantes de marina. Después montó su caballo bayo de viaje, hizo que un esclavo se ocupara del de batalla, y se dirigió al este con sus veinte infantes de caballería, según los llamaban ahora los demás soldados del Bósforo, a las órdenes de Draco, que se rio de él y le recordó que habían cruzado aquellas tierras juntos cuando Sátiro era un niño.

Lisímaco iba con la vanguardia; llevaba a mil soldados tracios de caballería que eran incendiarios natos, de modo que su exploración podía seguirse en todo el horizonte. Era una forma de guerra brutal pero Sátiro, que estaba con Lisímaco, tuvo que admitir que mantenía informado al comandante sobre los progresos de sus hombres.

—Todo esto es territorio enemigo —dijo Lisímaco.

Sátiro dudaba que el campesinado de las colinas fuera realmente aliado o amigo de alguien. Y el primer pueblo que cruzaron hizo patente la ferocidad de los tracios: hombres muertos, mujeres muertas y animales muertos. Todos los tejados quemados.

Melita llegó entrada la tarde con Scopasis y toda su gente. Sus caballeros iban desprovistos de armadura, pues la habían dejado en los carros del convoy de equipaje que los seguía, y los muchachos y muchachas adolescentes solo iban armados con un arco y un puñal.

Melita saludó a Lisímaco con su fusta.

—Concede un día libre a tus getones —dijo. Y lo dijo con tanta simpatía que solo Sátiro percibió la violencia con la que dijo getones—. Pasaremos entre ellos al anochecer.

Lisímaco se encogió de hombros.

—No creo que deba llamarlos. Estamos progresando a buen ritmo.

Melita se golpeó con impaciencia la pierna enfundada en cuero.

—Mi gente puede correr el doble, y no nos detenemos para violar a los animales. —Sus verdaderos sentimientos estaban saliendo a relucir, y las cicatrices del rostro se le pusieron coloradas—. Y si estamos tan cerca de Antígono como cree Prepalao, esas columnas de humo en el horizonte están de más, ¿no crees?

Sátiro rara vez había amado tanto a su hermana como en aquel momento. Lisímaco aceptó su sugerencia con una sonrisa. Fue una sonrisa condescendiente, la de un hombre en la flor de la vida a una mera mujer, una mujer que jugaba a ser comandante de caballería.

Melita se encogió de hombros para quitar hierro a la ofensa, aceptó la parte de su aprobación que necesitaba y se marchó a medio galope con sus caballeros pisándole los talones.

Lisímaco negó con la cabeza.

—Me han dicho que combate y todo —dijo.

Sátiro lo miró y sonrió, si bien por un motivo completamente diferente.

—Incluso vence —dijo—. ¿Sabes cómo la llaman los masagetas?

—¿Piernas largas? ¿Ojos encantadores? —preguntó Lisímaco, riendo por lo bajo.

—Huele a Muerte. —Sátiro sonrió al rey de Tracia—. A nuestra madre la llamaban Manos Cruelas. Y no porque sí. Pregunta a tus getones.

Hizo una reverencia, saludó con la mano a sus infantes de caballería y se marchó a medio galope, siguiendo a su hermana. Tuvo que ponerse en marcha deprisa, pues Draco amenazaba con escupir al rey de Tracia.

Atravesaron Dorilea y nadie intentó defenderla ni atacarlos en los desfiladeros del otro lado de la ciudad. Los sakje cruzaron el vado del río Hermos al galope, pillaron desprevenida a una patrulla antigónida y capturaron a todos sus miembros: cinco soldados de caballería y un filarco. Aquellos hombres no tenían nada valioso de lo que informar, pero su impresión ante la aparición de los sakje resultó muy elocuente, y su filarco era menos ignorante de lo que cupiera pensar.

Sostuvo que había una división del ejército de Antígono detrás de ellos, a media jornada de marcha hacia el sur, en Kotiaeo.

Sátiro oyó aquel nombre y desmontó. Sacó su rollo de trabajo de la alforja y marcó un punto en el mapa.

—Crax aludió a Kotiaeo —dijo Sátiro—. Ares, de eso hace diez días. Pregunta al filarco dónde está Seleuco.

El filarco negó con la cabeza en silencio.

Sátiro señaló con el dedo a Scopasis y le indicó a los prisioneros.

Draco desmontó y movió la pequeña X de Kotiaeo más al oeste.

—He estado aquí —dijo.

Un par de sakje los tomaron bajo su custodia y se dirigieron al norte, en dirección a Lisímaco.

Sátiro señaló la nueva ubicación estimada de Kotiaeo.

—Pongamos que Antígono haya descubierto que no estamos al norte de Sardis... anteayer. De modo que marcha hacia el noreste a través de Mokedene. ¿Tenía una guarnición en el este, en las puertas de Gordia, y ahora corre hacia allí? ¿O viene a nuestro encuentro? En realidad, poco importa. Nos ha vencido en la carrera hasta el cruce de Kotiaeo, y allí no vamos a combatir. Y queremos unirnos a Seleuco, que está aquí abajo, y enfrentarnos a Antígono en la llanura o, mejor dicho, en el altiplano. Donde podemos emplear nuestra caballería.

Melita permanecía sentada en su caballo, observándolo.

—Me gustaría contribuir a tu monólogo pero, para mí, todo eso es espacio vacío.

Sátiro negó con la cabeza.

—Pues no debería serlo, hermana. Descendimos por este valle fingiendo que éramos esclavos. Desde aquí nos dirigimos al sudeste, siguiendo el curso del río Sangario. ¿Recuerdas?

Melita sonrió.

—Eras un chico raro. Estuve muerta de miedo. Gasté todas mis energías en acarrear aquel maldito canasto.

—Resultabas una esclava muy atractiva —terció Draco.

—Tú no tenías ojos para mí, macedonio. En cambio para mi esclava...

Ambos rieron por lo bajo.

—Sí, era un bocado muy tierno. Muy del gusto de un soldado —dijo Draco, humedeciéndose los labios lascivamente.

Sátiro torció el gesto.

—¿Tuviste miedo? Te comportaste como si estuviéramos jugando.

Melita se encogió de hombros.

—¿Acaso piensas que tendría que haberme puesto a correr y a gritar? —Se encogió de hombros—. A lo que íbamos: ¿has decidido adónde debería dirigirse el ejército?

Sátiro se rascó la barba.

—Hay que consultarlo con Lisímaco y Prepalao.

Se miraron a los ojos. La sonrisa que compartieron podría haber durado una generación.

—Thyrsis —llamó Melita—. Guías abajo, en el vado, y cada cinco estadios. En parejas y con caballos de refresco. Y en cuanto la vanguardia llegue arriba, que recojan el parte de novedades y vengan a nuestro encuentro.

Thyrsis parecía estar aburrido.

—Es un trabajo de niños. Quiero combatir.

Melita le sostuvo la mirada y él se encogió de hombros.

—Sí, mamá —dijo, y algunos sakje se rieron, unos cuantos de él, y otros de ambos.

—Necesito que Anaxágoras regrese —dijo Melita—. Los muchachos se están inquietando. Es preciso que vean que tengo mi propio semental.

Sátiro suspiró y encabezó el avance de los infantes de caballería. Se habían convertido en buenos jinetes. De hecho, en su mayoría eran capaces de manejar un arco sin desmontar. Pero después de dos días con los sakje estaban cansados y doloridos. Y no disponían de suficientes caballos de refresco para poder seguir el ritmo.

Sátiro les dio los caballos de la patrulla antigónida capturada, y varios jefes sakje hicieron su aportación a la reata de monturas de refresco. Dos hombres que no podían seguir el ritmo fueron dejados atrás como guías. El resto avanzó deprisa, dirigiéndose al sureste, con Draco en cabeza. Sus años de servicio con Eumenes de Cardia, con Alejandro y en Heraclea lo habían provisto de un buen conocimiento de la región, y los condujo infaliblemente hasta el vado del Sangario, bastante al oeste de Gordia... y desguarnecido.

Acamparon al otro lado del vado, y los hombres durmieron con las armas a mano y el caballo embridado. Tenían piquetes en un radio de un estadio del campamento. Se levantaron a oscuras, antes del amanecer y cambiaron de rumbo, dirigiéndose al sudoeste. Melita envió a Scopasis y la mitad de los miembros de sus tribus de regreso a lo largo del río, patrullando derechos hacia el oeste, a fin de establecer contacto con el enemigo.

Sátiro subió todas las montañas. Arriba el terreno era llano, cada vez más agrícola. Estaban en los altiplanos de Anatolia central y, cuando acamparon de nuevo, Scopasis desenrolló sus mantas como si le hubiera picado un escorpión y fue en busca de Melita, con cara de asombro. En la mano llevaba un par de puntas de flecha; puntas de bronce cuidadosamente fundidas, diminutas puntas trilobuladas como las que solo usaban los sakje.

—Nuestro pueblo ha estado aquí antes —dijo Scopasis.

—Oh, sí —contestó Melita, y cantó una de las canciones de su madre sobre la Gran Marcha contra el rey de Frigia.

Draco se sentó con la espalda apoyada en la de Sátiro, y se puso a sacar brillo a la hoja de su puñal.

—Qué mujer, esta hermana tuya —dijo.

Volvieron a partir al despuntar el día. Sátiro envió a uno de sus infantes de caballería de regreso a la cadena de guías, una cadena que ahora se extendía a lo largo de casi seiscientos estadios. Habían comenzado a enviar guías al frente pero Sátiro quería información sobre su avance.

A media tarde Sátiro subió al cerro; llano y largo, de diez estadios de anchura. Había vides silvestres a la largo de toda la cresta. Resultaba difícil cabalgar y desmontó. Oyó que sus soldados lo maldecían.

Pero en el extremo oeste del cerro había un montículo, y debajo, un risco, y el terreno descendía bruscamente hacia el sudeste. A su derecha veía a Melita y sus exploradores como nubes de polvo en el sendero que corría por el cerro inferior.

Y mucho más al oeste, a veinte estadios o más, había una línea de polvo que ascendía a los cielos como ofrendas quemadas en cien altares.

A su lado, Draco soltó un grito.

Hacía tiempo que Sófocles había renunciado a capturar a Sátiro. No tenía intención de perseguir al rey del Bósforo hasta el ejército seléucida. Era el tipo de cosas que hacían los hombres en las canciones persas, pero Sófocles tenía intención de alcanzar la vejez.

De modo que cabalgó hacia el norte, rodeando al rey del Babilonia. Tuvo que detenerse dos días cuando sus tripas se deshicieron de los últimos restos del veneno de la esposa del granjero. Sus matones habían desertado, robándole todos los caballos menos uno.

Pero no lo habían matado, y dio gracias a los dioses y prosiguió su marcha hacia el norte. Llovía tanto que no veía ni el camino.

Gajes del oficio.

Tardó cuatro días en encontrar el ejército de Antígono, y otro día entero en conseguir que un estúpido oficial de caballería lo condujera hasta el anciano en persona. Dedujo de los comentarios que hacían los hombres que lo custodiaban, con tanta amabilidad como firmeza, que Demetrio se había unido a su padre precisamente el día anterior.

Para cuando lo recibieron padre e hijo, sus noticias eran de nueve días antes, pero aun así, todavía valiosas.

Demetrio había oído hablar de él. Nerón también. Nerón acudió y entonces comenzó en serio el interrogatorio.

Sófocles había tomado una decisión antes de su llegada. Iba a cambiar de bando. Ya no sabía ni le importaba en qué bando estaba Fiale. Necesitaba la protección de uno de los bandos, y todos los signos y presagios que podía ver decían a gritos que Antígono, con un ejército mayor, la gigantesca manada de elefantes, su brillante hijo y el pozo sin fondo de riquezas asiáticas, vencería.

Y Sófocles estaba harto de obedecer a personas poco inteligentes.

Por consiguiente, refirió pacientemente todo lo que sabía.

Y sabía muchas cosas.

Nerón le estuvo haciendo preguntas todo el día; un día entero, con dos bárbaros tatuados vigilando. A Sófocles la tortura le gustaba tan poco como a cualquiera, y no se cansó de señalar que sería más valioso como agente de espionaje que como cadáver torturado.

Finalmente, al final del día, Nerón le dio un cuenco de sopa.

—Una vez más: ¿perseguías a Sátiro de Tanais?

Sófocles, que había contestado la misma pregunta diez veces, se encogió de hombros.

—Sí.

Nerón parecía estar enojado, pero Sófocles había resuelto hacía rato que él, Sófocles, no era el motivo de su enojo.

—¿Y lo perdiste? —preguntó Nerón.

—Dos veces. Lo perdí a orillas del Éufrates, en Zeugma, hace veinte días. Luego

seguí de cerca a Seleuco unos cuantos días, hasta... bueno, estaba herido y volví a perderlo. Se dirigía hacia el norte.

Nerón se tapó la cara con las manos.

—Sátiro de Tanais navegó rodeando nuestra flota para unirse a Seleuco. Y después dejó a Seleuco dirigiéndose al norte. Eso es lo que me estás diciendo. Sátiro es el eje entre sus ejércitos. Y se fue al norte.

Sófocles encontraba más interesante la sopa que aquella teoría. Hizo el ruido que los hombres hacen cuando no les apetece hablar.

Nerón lo dejó tranquilo un rato y después regresó.

—Queremos que regreses junto a Seleuco —dijo—. Y que espíes.

Sófocles se encogió de hombros.

—Mejor Seleuco que Lisímaco. Ninguno de sus orientales me conocerá, y hablo bastante bien el persa. —Se terminó la sopa—. ¿Y mato a Sátiro?

Demetrio, favorecido con su segundo mejor peto y el yelmo debajo del brazo, intervino.

—De ninguna manera. Si me entero de que lo han asesinado, me encargaré de que te descuarticen y te quemen. ¿Queda claro? Soy yo quien matará a Sátiro, en combate singular. Lo he soñado. Él es el digno adversario de mi historia, y no permitiré que lo mate otro.

Nerón enarcó una ceja.

Demetrio suspiró.

—Nerón, me consta que velas de corazón por nuestros intereses, pero tenemos más de doscientos elefantes, cincuenta mil hoplitas y la mejor caballería del mundo. Y a mi padre y a mí. ¿No te das cuenta? Deseamos esta batalla. Ahora es cuando los tenemos a todos juntos y los hacemos añicos. Bastará un poco de suerte para que matemos a Seleuco, al idiota de su hijo, a Lisímaco y a Sátiro. A todos. Cortamos las cabezas de la hidra, y listos.

Nerón se encogió de hombros.

—Entiendo el plan. Es solo que me parece... optimista.

Demetrio le dedicó una sonrisa radiante.

—Nerón, a veces me pregunto quién de nosotros trabaja para el otro. ¿Eres el instrumento de mi ambición imperial? ¿O soy yo el de la tuya? Esto es una orden. Obedece, por favor.

Nerón se volvió hacia Sófocles.

—Bien, ya has oído al príncipe. Observa, espía e informa. No mates a Sátiro ni a ningún otro.

Sófocles asintió.

—Por supuesto. Entretanto, ¿podría tomar más sopa?

Sátiro fue al encuentro de Seleuco en medio de su columna. El polvo los envolvía como nubes de tormenta, y el altiplano de Asia se extendía a ambos lados, ondulándose hasta las remotas montañas.

Antíoco fue el primero en verlo y salió de la columna dando un grito, y entonces Sátiro se encontró al lado de Diodoro, y se estrecharon la mano.

—Por todos los titanes, ¿de dónde sales? —preguntó Diodoro.

—Del oeste. —Sátiro notó que el corazón le latía más fuerte al verlos a todos ellos, al saber que lo había logrado. Había rodeado a Antígono en veinte días y, salvo si Lisímaco se había dormido, la unión del ejército solo estaba a uno o dos días vista—. A estas alturas, Lisímaco debería estar en el vado del Sangario.

Antíoco tenía un mapa de pergamino. Sátiro sacó el suyo de su morral; tenía manchas de vino, de comida y de agua pero lo conocía como si fuese su propio cuerpo.

—Antígono está en Arginousa. Anteayer su retaguardia estaba en Kotiaeo. —Antíoco dio una palmada en la espalda a Sátiro y miró más allá de él—. ¡Hay una mujer! —dijo.

—Mi hermana —respondió Sátiro—. La reina de los masagetas. Los exploradores sakje de tu flanco derecho son nuestros, y hay más de camino.

—Veo que todos os conocéis —dijo Seleuco. Su semblante habitualmente serio reflejó cierto buen humor mientras Melita abrazaba primero a Diodoro y después a Crax.

—Esta noche, fiesta en el campamento de los *prodromoi* —gritó Crax, pasando por alto la presencia del rey de Babilonia. Casi todos los *prodromoi* de los Exiliados pertenecían a las tribus sakje.

Seleuco agachó la cabeza sobre las anotaciones del papel.

—Tengo que ir hacia el norte por el camino de Dorilea —le dijo al cabo de un instante—. Así se acorta la ruta de Lisímaco hasta mí y presionamos a Antígono para que no pueda bajar por los valles fluviales y combatir a Lisímaco solo. —Se dio un puñetazo en la palma de la mano—. Ahora ya es nuestro.

De súbito, la tribu de ricos y aristocráticos oficiales macedonios que rodeaba a Seleuco cobró importancia. Seleuco trazó sus planes en cuestión de segundos y envió a su hijo y a Diodoro al norte con su guardia montada, los Exiliados y la flor y nata de su caballería persa.

—Tan rápido como podáis, hasta la garganta. No me importa que ganéis o perdáis, pero quiero que entabléis batalla contra esos hombres hoy mismo.

Su voz restalló como un látigo, y una docena de jóvenes nobles macedonios se marcharon con órdenes concretas para los sátrapas, los nobles persas de más confianza, los Exiliados, los *agêma* y los Compañeros. El resto del ejército, incluso los elefantes, giró casi como un solo hombre y salió del camino. Al cabo de diez

minutos solo quedaron a la vista remolinos de polvo, y entonces llegó la caballería, en su mayoría avanzando a un trote ligero, en filas de seis, llenando el camino y con los arneses tocando la música de Ares al pasar. Los Exiliados ya estaban veinte estadios al norte. Los *agêma*, el regimiento de élite, tuvieron que cabalgar desde la retaguardia, cambiando de caballos sobre la marcha. Los persas eran los que iban mejor montados y los más vistosos; cuatrocientos jinetes escogidos.

Melita dejó sola a Safo para susurrarle a su hermano:

—Deberíamos regresar al este —dijo—. Lisímaco necesita estar informado.

—El rey y la reina del Bósforo no tendrían que hacer de mensajeros —dijo Seleuco—. Y, técnicamente, los Exiliados forman parte de vuestras tropas.

—Menos mal que no les pago el salario —dijo Sátiro—. Y Melita y yo sabemos cómo llegar desde aquí. Tus exploradores podrían desperdiciar un día.

Seleuco hizo una seña a Crax.

—Dime las ciudades que hay al norte de aquí y a qué distancias están.

—Prumnessos, seis estadios. Ya se ven los tejados. Después Akroinos, poco más que un castillo fronterizo. Y después Ipsos. A unos noventa estadios. —Se encogió de hombros—. Aunque el camino hace curva.

Seleuco puso la punta de su daga en el mapa manchado de Sátiro.

—Akroinos —dijo—. Ipsos si Antígono titubea esta tarde.

—Akroinos o Ipsos —respondió Sátiro. Dio la mano al rey de Babilonia.

—Pasado mañana al amanecer —dijo Seleuco.

Resultaba raro abandonar el ejército, pero Sátiro estaba comenzando a disfrutar de la guerra en los intermedios. Una guerra que dependía del aguante y la orientación. Era como combatir en el mar.

—Esto es lo que hacen los sakje —explicó Melita—. Cabalgamos por el mar de Hierba, moviéndonos a nuestras anchas. Sabemos dónde estamos, y ningún enemigo sabe tanto.

Estaban de nuevo sobre el cerro desde el que Sátiro había visto a Seleuco por la mañana. Los acompañaban menos de doscientos miembros de las tribus y quince hombres de Draco. Draco había tenido que retirarse.

—Soy un maldito viejo —dijo—. Me reconcome, pero no haría más que retrasaros.

Sátiro lo dejó con Safo.

Anocheecía; el día más duro hasta la fecha. Doscientos estadios. Sátiro había montado los cuatro caballos que llevaba consigo. Iban bordeando su ruta de regreso al este por el norte, buscando a los hombres que Melita había enviado río arriba con Scopasis.

Los exploradores de Scopasis los encontraron a ellos la última noche, en la confluencia del Partenios y el Sangario. El agua rugía en su descenso, y los sakje

estaban al otro lado del río. Sátiro se dispuso a cabalgar hacia el este para cruzarlo por el vado, pero los sakje lanzaron cuerdas de orilla a orilla y situaron una línea de hombres a través del río para dispersar la corriente, de modo que Sátiro pudo cruzar sin más dilación.

Ahora estaban con seiscientos jinetes en la ribera norte del Sangario.

Scopasis los condujo a una higuera y les dio *kumis*^[16]. Sátiro encontraba tan repugnante su sabor que no solía tomarlo pero aquella noche todo era delicioso, y bebió con ganas.

—Antígono tiene jinetes a lo largo y ancho de las llanuras del oeste —dijo Scopasis, gesticulando con su navaja a la última luz rojiza del sol—. Exploran como un atajo de niños jugando. Solo recorren los senderos fáciles.

—Hoy o mañana habrá un enfrentamiento al oeste de aquí —dijo Sátiro—. ¿Dónde está Lisímaco?

Scopasis suspiró.

—En algún lugar detrás de mí. Van tan lentos que nos dan ganas de luchar sin ellos. —Scopasis señaló al norte—. Deberían llegar al vado esta noche.

Sátiro quería acostarse pero le obsesionaba la idea de que, después de tanto trabajo, Antígono pudiera terminar enfrentándose a Seleuco sin que este contara con apoyo por haber tenido la audacia de arremeter para salvar a Lisímaco.

—Si antes del amanecer, vosotros dos conducís a los sakje derechos al oeste siguiendo el curso del río, avanzando a la manera sakje...

Lo dibujó en la tierra, a la luz de las llamas.

Scopasis fue el primero en entenderlo.

—Con suerte, aparecemos en su flanco cuando se enfrenten a Diodoro. Si no hay suerte, alertamos a sus centinelas y provocamos que actúen como las hormigas en un hormiguero cuando viene el oso.

Asintió.

Melita se desperezó.

—¿Por qué aguardar al amanecer? —preguntó.

Partieron a la luz de la luna antes de que Sátiro hubiese terminado su sopa de cebada.

Sátiro se dirigió sin prisa hasta donde aguardaban sus soldados de caballería.

—Tranquilos —dijo—. No voy a montar hasta el amanecer.

Eso le valió una aclamación.

Dos horas después del amanecer estaba abrazando a Apolodoro y a Cármides.

—Cabalgas demasiado rápido para mí —dijo Cármides.

—Te estoy preparando para que tengas una novia sármata bien guapa —bromeó Sátiro—. Liad el petate, caballeros. La batalla es inminente.

Eso los estimuló.

—¿Dónde? —preguntaron Apolodoro y Anaxágoras al unísono.

—A cien estadios de aquí —contestó Sátiro, y se encogió de hombros.

Apolodoro se marchó corriendo. Nicéforo se acercó, oyó la noticia y salió como el rayo hacia el campamento de los *apobatai*.

Sátiro no desmontó. Cabalgó hasta Prepalao, que estaba pasando revista a sus macedonios, y reunió a su estado mayor y a Lisímaco. Pasó diez minutos explicando su plan. Dibujó de nuevo el mapa de su pergamino arrugado en un pergamino intacto.

Su indecisión sacó de quicio a Sátiro el rato que tarda un herrero en verter un lingote de bronce. No tenían punto de comparación con Seleuco.

Se debatió entre decir algo o aguardar. Él era el más joven y, con mucho, el más humilde de ellos, pero era el único que conocía el terreno.

Sátiro recorrió la columna en busca de Estratocles, que iba con los mercenarios y lo abrazó como un hermano perdido tiempo atrás. A Sátiro le sorprendió el entusiasmo del ateniense.

—Necesito que guíes a la coalición —dijo Sátiro—. Cada minuto cuenta.

Estratocles había permanecido con sus hombres y con Heracles, ahora taxiarca de dos mil hoplitas jonios. Heracles saludó con gallardía. Sátiro le correspondió, Estratocles montó y se dirigieron hacia la cabeza de la columna.

Estratocles se llevó a Lisímaco a un aparte y habló con él; tonos graves, urgencia.

Al cabo de un rato salió de la tienda, encontró a Sátiro y montó.

—Está hecho —dijo—. Voy a ir al frente de mis hombres.

Sátiro volvió a entrar en la tienda, donde ya hacía demasiado calor. Lisímaco se estaba poniendo la armadura.

—Puedes quedarte aquí —dijo al *strategos* macedonio—. Las tropas del Bósforo y mis tracios están marchando. Y nosotros marcharemos toda la noche.

La primera escaramuza de caballería fue tan obviamente un amago que Demetrio la pasó por alto y condujo a su caballería hacia el este, buscando a Lisímaco. Pero antes de que el día hubiese cumplido dos horas recibió recado de su padre sosteniendo que había miles, esa fue la palabra que usó el mensajero, miles de soldados de caballería subiendo por el camino del lago desde Synadda.

Los hombres de Demetrio estaban bien entrenados y respondieron a la perfección, de modo que la irregular línea de escaramuza que se dirigía al oeste cambió de frente para dirigirse al sur en menos de media hora, y comenzaron a peinar el terreno, regresando hacia al suroeste. El centro de la línea de frente divisó caballería enemiga al norte del camino, pero Demetrio se quedó sin luz diurna para interceptarla. Y al caer la noche recorrió la línea de sus hogueras. Había asegurado a su padre contra un posible ataque sorpresa. Y sus mejores hombres tomaron dos prisioneros que confirmaron sus sospechas. Se estaba enfrentando a Seleuco. Desde el sur.

—Bien hecho, Nerón —dijo Demetrio.

En la neblina que antecedió al amanecer propiamente dicho llamó a los mejores de sus Compañeros. Dio instrucciones a sus oficiales en el patio del templo de Cibele, y muchos de ellos rezaron allí. Los augurios fueron propicios.

Los augurios de sus enemigos también debieron de ser propicios. Demetrio descendió de las colinas hacia la niebla más densa de la vaguada, con su caballería formada en paralelo al camino, visible a través de la llanura, y el enemigo cargó contra él; cuñas formadas por caballería profesional a lomos de caballos espléndidos.

Ambos bandos cargaron dos veces. Eran del mismo nivel. Durante la segunda carga, Demetrio mató a un oficial macedonio, alguien importante, y de pronto había soldados con armadura y capa azul en su flanco sur. Sacó a sus Compañeros con tanto cuidado como los había hecho entrar en combate, recogió a sus mercenarios griegos y bajó de las colinas por tercera vez, encontrando el camino vacío.

Envió exploradores en todas direcciones y persiguió al enemigo.

Lo alcanzó de nuevo justo cuando se disipaba la última neblina; un día radiante con unas pocas nubes altas. Y ahí estaban las capas azules; casi mil. Estaba lo bastante cerca para ver que su líder era un anciano.

Demetrio los reconoció. Lo habían capturado cuando era niño. Asintió.

—Astas de toro —ordenó a su caballería griega de ambos flancos.

Y entonces los pliegues de tierra del norte del camino arrojaron persas como Jasón sembrando dientes de león.

Demetrio tuvo que aceptar que lo obligaran a regresar a sus colinas. Solo una vez allí, cuando conectara con la caballería de su padre, podría reagrupar sus tropas.

Pero con cuatro mil jinetes más, podría imponerse. Dio media vuelta una vez más, pese a la fatiga de sus mejores hombres, y volvió a arremeter colina abajo.

Las capas azules y los persas tuvieron que ceder terreno. No hubo combate. Ambos bandos eran demasiado profesionales para desperdiciar vidas en un enfrentamiento rehusado. Las capas azules se retiraron hacia el sur, siguiendo el camino, y los persas cubrieron sus flancos.

Y entonces algo golpeó como un rayo a Demetrio en el flanco izquierdo.

Scopasis frenó para arrancar su lanza del cadáver del hombre que había ensartado como un pescador ensartaría un salmón en el río Tanais. Necesitó ambas manos y la fuerza del caballo para liberar la punta. Y la punta estaba torcida; la lanza, inservible.

Melita agachó la cabeza y salió de su línea al galope para dirigirse ladera arriba. Su trompetero no se separó de ella. Ascendieron alejándose del combate hasta que pudo ver.

El sol se estaba poniendo y el camino brillaba como una cinta de plata entre los campos verde claro de ambos lados. Las nubes de polvo de la caballería que avanzaba abajo parecían matas de diente de león.

Estaba en el flanco de un enemigo. Su pueblo había cabalgado todo el día para

aquel momento y no sería ella quien los detuviera, por más que debajo de ella un par de chicas adolescentes estuvieran decapitando a un hombre, y a otro le estuvieran arrancando la cabellera, vivo.

Respiró profundamente.

—Toca «miradme» —dijo.

El trompetero se llevó la trompeta a los labios y sopló largo y fuerte, y todos los miembros de las tribus volvieron la cabeza.

Melita levantó su lanza e indicó el sur, señalando la retaguardia de la formación enemiga. Los superaban en número a razón de veinte a uno, pero el sol se estaba poniendo a espaldas de ella, había polvo en el aire y para los hombres que huían cada enemigo contaba por tres. O eso decían los sakje.

Demetrio oyó la trompeta y le cayó el alma a los pies.

Más persas o, peor aún, sus aliados saka. En torno a todo su flanco; sin duda se habían deslizado por los montes sin ser vistos.

Demetrio ordenó un nuevo ataque a sus Compañeros. El resto, mercenarios y aliados, eran más realistas. Habían comenzado a replegarse en cuanto oyeron la trompeta.

Perdieron hombres pero se impusieron. El enemigo, o bien era tímido o bien mucho menos numeroso de lo que el miedo lo había hecho parecer. Pero Demetrio no podía arriesgarse a sufrir una derrota, y Seleuco tenía una caballería portentosa. De modo que se retiró de nuevo a sus colinas, y sus jinetes acamparon donde habían comenzado.

Mas no así el enemigo. Solo cuando cayó la noche y las hogueras fueron visibles se dio cuenta Demetrio de que las capas azules se habían retirado antes de que la situación empeorase. El camino del sur estaba vacío.

Algunos de sus hombres gritaron entusiasmadamente, pero Demetrio se sintió solo. Envió tres mensajeros a su padre.

—¿Acaso pensabas que iba a marchar dejándote atrás? —preguntó Antígono a la mañana siguiente—. Tenemos localizado a Seleuco. Lisímaco quizás esté todavía cerca de Heraclea; envíe exploradores hasta lugares tan remotos como Gordia y, por el momento, seguimos sin novedades.

Demetrio hizo un dibujo sobre una mesa de madera con su daga.

—¿Y si Lisímaco estuviera al este de nosotros, en el Sangario?

Antígono asintió.

—Es posible pero, si atacamos hoy, poco importará.

—Padre...

—Yo me encargo de la estrategia, muchacho. Un golpe aplastante. No mearemos

encima de ellos, les daremos una patada en los huevos. Pongámonos en marcha tan rápido como podamos. Tú cubres mi izquierda. —Miró los rayones de la mesa—. Con un poco de suerte, podemos alcanzarlos a media tarde y habrá comenzado la guerra.

La luna estaba alta cuando Sático encontró a Melita. Los hombres de su hermana estaban llorando a sus muertos; dos jinetes que habían partido al reino de las sombras.

—Estás demasiado al norte —dijo Melita—. Tenemos que replegarnos en los montes.

—Ya estoy al sur de aquí; hay un pueblo, Malos, veinte estadios al sur. La infantería de Nicéforo está descansando allí. He venido a buscarte.

Sático estaba sentado como una estatua a la luz de la luna.

Melita le tomó la mano.

—Finalmente te has convertido en un sakje, hermano —le dijo—. ¿Cuántos estadios has cabalgado esta semana?

—Todos los estadios que recorre el viento —contestó Sático, cansado—. Y ahora tenemos que recorrer veinte más.

Incluso a la luz de la luna, las llanuras a los pies de los montes se veían animadas con hombres en movimiento y hogueras. Lisímaco había sido más temerario de lo que Sático había esperado; había lanzado a su ejército en un carrera a través de las llanuras, confiando en que tendría tiempo de organizarlo si se producía una batalla. Las mejores unidades, los macedonios de Prepalao, los mercenarios veteranos de Lisímaco y los tracios, habían avanzado casi tan raudos como la caballería.

Sático encontró a Lisímaco, Estratocles y Prepalao debajo de la parra de una taberna de Malos. Las calles estaban atestadas de soldados, y había hombres que simplemente se habían tumbado a dormir sobre sus escudos.

—Si Antígono nos pilla esta noche, estamos perdidos —dijo Lisímaco—, pero hoy hemos avanzado cien estadios y cruzado un río. No podríamos haber hecho más.

—Hoy Seleuco ha librado un combate dilatorio —dijo Sático—. Tenemos que ponernos en marcha al amanecer. Me gustaría que tuvieras a bien darme toda la caballería al despuntar el día, incluso a los tracios. Puedo estar en la posición de Seleuco hacia mediodía.

Prepalao negó con la cabeza.

—No tengo inconveniente en que te lleves mi caballería, pero, en realidad, lo que Seleuco necesita es nuestra infantería.

Sático asintió.

—Sin embargo, nuestra caballería demostrará que estamos cerca. Y a lo mejor... a lo mejor Antígono cometerá una equivocación.

Demetrio tuvo que admitir que las capas azules constituían una caballería excelente. Los condujo en torno a la vaguada pero no logró acorralarlos, y sus aliados persas permanecieron leales pese a los donativos de dinero que les envió descaradamente a través del valle. Nerón regresó de una de estas incursiones negando con la cabeza.

—He hablado con un noble que se llama Darío. Todos se llaman Darío. Ha dicho que semejante conducta sería despreciable, y eso que no tenía pinta de griego —dijo, y se encogió de hombros.

Demetrio enviaba más hombres a la sierra sin cesar, intentando flanquear a los persas o intimidarlos para que se batieran en retirada, y a última hora de la mañana los había hecho retroceder. Sin embargo, sus caballos todavía estaban cansados por el esfuerzo del día anterior y necesitaban agua y alimento mejor: grano.

El sol estaba alto encima de ellos, asando a hombres y caballos por igual, cuando las capas azules torcieron a la derecha por escuadrones y formaron cuatro romboides profundos con las puntas de cara a él, y sus batidores, armados con arcos, comenzaron a hostigar a la caballería de Demetrio.

Demetrio volvió la vista atrás, hacia el tramo norte del camino. Había protegido a su padre bastante bien, pensó; los piqueros estaban llegando en largas columnas, listos para formar en cualquier momento pero sin impedimentos para caminar tan deprisa como podían, y sus picas viajaban en carros para que no agotaran sus energías bajo el sol abrasador.

Demetrio miró a Nerón, negando con la cabeza.

—No es posible que tenga intención de oponer resistencia —dijo, señalando al anciano a caballo, a un estadio de ellos.

—El que va con él es Antíoco —respondió Nerón—. Lo sé por un prisionero.

—Mi supuesto rival —dijo Demetrio. Se frotó el mentón—. ¿Estamos en condiciones de cargar, Filipo? —preguntó a su filarco.

—No, salvo que los caballos puedan oler agua, mi rey.

Filipo negó con la cabeza y desmontó.

Demetrio estuvo de acuerdo, pero aquello se estaba demorando demasiado. Y eso era lo que aquel capullo de allí abajo quería: hacerle perder tiempo.

—Eso no puede ser bueno —dijo Filipo a sus espaldas. Antes de que terminara de hablar, Nerón soltó un taco y se marchó al galope, dirigiéndose al cerro, donde un puñado de jinetes griegos se estaba reagrupando, recortado contra el cielo en lo alto de la cresta.

Llegaron más hombres a raudales por el collado.

—Lycos, ve con Nerón. Haz un informe y llévaselo a mi padre.

Demetrio dio media vuelta a su caballo y fue al trote hasta donde estaba su padre, sofocado de calor dentro de su armadura. Él y sus oficiales miraban detenidamente el

cerro.

—Dije una patada en los huevos. —Antígono negó con la cabeza—. Estás meando encima de ellos.

—Padre, mis caballos están exhaustos y necesitan agua, mis monturas de refresco las tienes tú, y los jodidos persas han vuelto a flanquear a mis estúpidos griegos — dijo Demetrio.

Antígono soltó una maldición.

—¿Por qué no me has dicho que necesitabas abreviar a tus caballos? —Esto en boca de un hombre que refunfuñaba diciendo «no me atosigues con pormenores»—. Por el conejo tembloroso de Afrodita, hijo, si necesitamos abreviar, abrevaremos. Les lanzaré una ofensiva de piqueros. Trae a la caballería de vuelta a través de nosotros. Pondré los elefantes en nuestros flancos. No tienen infantería, no opondrán resistencia, ¿verdad?

Hizo una seña a sus oficiales.

Nerón llegó como un rayo al grupo de mando.

—Es Lisímaco —anunció—. La caballería que va detrás de nuestro flanco es tracia.

Antígono palideció pese a estar moreno. Demetrio tuvo la impresión de que algo abandonaba a su padre en ese momento, tal vez el *daimon* del que tanto hablaban los hombres.

—Lisímaco —dijo Antígono. Miraba camino abajo hacia las capas azules, que acaban de dar media vuelta y comenzaban a retirarse entre vítores—. Ares follándose a Afrodita y todos los dioses mirando. Se nos ha escapado por un pelo.

Demetrio suspiró.

—Todavía podemos atacar.

Antígono negó con la cabeza.

—No. No... tiraremos los dados que tenemos. Acampamos aquí, todo el mundo a descansar. Mañana combatimos. Avanzamos poco a poco hacia el oeste, hasta que nuestro flanco esté en el río Kaistros. Y fortificamos el frente. No se lo pongamos fácil.

A seis estadios de allí, Sátiro estaba con Diodoro y Antíoco, Crax y Melita, Andrónico y Scopasis, Calicles, Anaxágoras y Cármides. En el cerro que quedaba justo al este del extremo del flanco de la caballería de Demetrio, la hilera derecha de la caballería de los sátrapas persas estaba conectada con la hilera izquierda de la escolta de Sátiro y los tracios. Su línea de frente era continua, y los caballeros de Melita ya habían girado el flanco hacia el norte. La caballería griega se retiraba tan rápido como podía, huyendo de la descarga cerrada de flechas, y los hombres de Melita se detenían para recoger cada una de las saetas que habían tirado. El combate ya había perdido ímpetu.

Coeno apareció entre la polvareda con sus *hippeis* de Tanais, y Eumenes de Olbia con los suyos. Sátiro los abrazó a los dos.

—¿Tus hombres serán mis Compañeros? —preguntó Sátiro a Coeno—. ¿Tendrás tú el mando?

Coeno negó con la cabeza.

—No. El mando me desagrada. Dejemos que lo asuma Eumenes, tiene la chispa necesaria. Pero cabalgaré a tu lado.

Sátiro se volvió hacia Eumenes.

—Es una grosería ofrecértelo en segundo lugar —dijo.

Eumenes sonrió a Coeno.

—Sería extraño que me lo ofrecieras antes de ofrecérselo a mi maestro.

Cármides estuvo encantado con la noticia.

—Demasiada responsabilidad para mí —dijo.

Eumenes rodeó al muchacho con el brazo.

—Me recuerdas a un joven que una vez conocí.

Coeno permaneció montado.

—Ese es el problema de la edad y la nostalgia, Eumenes. Transcurrido el tiempo, todos te recuerdan a alguien.

Casi a sus pies, Apolodoro terminó de subir penosamente la cuesta con doscientos infantes armados como hoplitas a sus espaldas, que corrían como los atletas que eran, y detrás de ellos, los *apobatai*, corriendo con el mismo brío, al mando de Nicéforo.

Apolodoro se detuvo al llegar a la cima, se echó el yelmo para atrás y bramó:

—¡Terminad como habéis comenzado!

Los rezagados hicieron un esfuerzo final y la columna cerró filas. Apolodoro se detuvo a los pies de Coeno y saludó.

Coeno se rio.

—Se nota que quieres impresionar al rey de Babilonia —dijo, agachándose en su montura—. Es aquel tipo bien vestido que hay ahí.

Apolodoro sonrió y condujo a sus marines al otro lado del collado.

Coeno lo observó mientras corría al encuentro de Seleuco. Vio el saludo del rey babilonio.

Sátiro se puso a su lado.

—Tengo esa sensación —dijo.

Coeno asintió.

—Yo también. ¿Me harías un favor?

Sátiro se volvió hacia su amigo mayor.

—Lo que sea.

—La noche antes de la batalla, tu padre hizo una cosa: reunió a sus amigos e hizo sacrificios a los dioses. Y cantamos; incluso pasajes de la *Ilíada*. Y después bebimos juntos. Haz lo mismo esta noche. Casi todos estamos aquí.

Había lágrimas en los ojos del anciano.

—Quiero decir que casi todos seguimos vivos. Y los espíritus de los demás... también estarán aquí.

Sátiro contempló los campos que se divisaban desde el cerro. Casi a sus pies, una granja con los muros de piedra y un gran patio tapiado parecía una pequeña fortaleza en el borde de la planicie, y los polvorientos campos asiáticos se extendían sin fin, salpicados de brillantes amapolas escarlata hasta donde alcanzaba la vista, perdiéndose en la bruma que levantaba el ejército adversario. A lo lejos, la pequeña aldea de Ipsos descansaba sobre el cauce seco de un arroyo. La irrigación pintaba los campos más distantes de verde chillón, mientras que los campos más altos de los granjeros más pobres eran grisáceos, faltos de color. Al día siguiente todo aquello estaría arrasado, fuese de ricos o de pobres.

Sátiro se quedó reflexionando un momento.

—Mañana a esta hora todavía habrá más espíritus —dijo.

Hacía una noche de verano perfecta, y los campamentos se extendían desde los cerros del flanco oriental hasta el río en el oeste, y ninguno de los presentes había visto jamás semejante enfrentamiento; ni en Gaza ni cuando Alejandro todavía pisaba la faz de la tierra.

Sátiro informó a Fobos, que hizo que el simposio se desarrollara como si cada día se encargara de servir vino a doscientos invitados; tal vez lo hacía.

Había sakje. Era imposible invitar solo a unos cuantos sakje, desconocían el concepto de invitación. Una fiesta era para beber. El primer hombre a lomos de un poni llegó al pabellón de Sátiro una hora antes del ocaso, mientras Fobos y sus esclavos todavía apilaban la leña para cuatro grandes hogueras. Otros esclavos trajeron corderos, cabritos, un par de vacas y un toro.

Fobos, ahora aceptado por todos como parte de la casa militar de Sátiro, se encontró con que Draco, a su entender un buen servidor aunque bebedor empedernido y fornicador peligroso, ya estaba tonteando con los esclavos. Fobos llamó la atención del asesino.

—Señor, hay un recado que solo un caballero puede hacer por mí.

Draco hizo un esfuerzo para apartar los ojos de un complaciente cómplice de su lujuria.

—Lo que necesites, colega.

La palabra «caballero» le había subido a la cabeza. Fobos sabía manejarse bien entre los soldados.

—Necesito un sacerdote... un sacerdote respetable, un griego civilizado. De lo contrario el señor Sátiro hará los sacrificios él mismo, cosa que no resulta decorosa.

Draco rio por lo bajo.

—Hay que ver de qué cosas te preocupas, Fobos. Pero... este es tu trabajo, no el mío. Antíoco tiene un sacerdote de Zeus. Es ateniense. Lo conocí ayer.

—¿Tendrías la amabilidad? —preguntó Fobos, al tiempo que entregaba al macedonio su capa limpia de polvo y planchada.

Draco asintió y se fue a través del campamento. Tomó un caballo y, como tenía que ir al sector de la caballería, se llevó una espada. Y cuando pensó a quién iba abordar, se detuvo y también se cambió de quitón.

Bastante antes de que oscureciera, Fobos planteó a Sátiro otro dilema. Habiendo invitado a sus amigos, que también eran los amigos de su padre, y a los sakje, ahora había ciertos oficiales que deseaban acudir al simposio sin invitación. La visión de una hilera de jarras de vino tan larga como ancha era una falange, y un conjunto de hogueras como la pira funeraria de Patroclo, y un rebaño de carne expiatoria suficiente para alimentar a un ejército entero...

—El señor Antíoco desea asistir —dijo Fobos—. El rey de Babilonia. El rey de Tracia. El *strategos* de Macedonia.

Sátiro frunció el ceño.

—No es la fiesta que tenía en mente.

Melita negó con la cabeza.

—Claro que lo es. Si madre y padre estuvieran aquí, ¿no harían precisamente esto? ¿Qué puede alentar más al ejército que ver a sus jefes juntos en la devoción y la cordialidad?

Sátiro sonrió.

—Muy bien. Acojamos a todo el mundo.

—Perfecto —respondió Fobos—. Ya me he tomado la libertad de invitarlos.

Todavía no era noche cerrada y los sakje clamaban que se encendieran las hogueras. Había bastantes saka orientales con los reclutas de las satrapías, y ahora doscientos hombres inundaban la zona dispuesta para el simposio. En su mayoría habían tenido el atino de llevar vino y camastros para tenderse.

Un hombre alto y guapo con la nariz grande y una hermosa tez morena como la mejor madera hizo una profunda reverencia a Sátiro.

—No me conoces —dijo. Tenía la voz de un actor griego interpretando a un persa.

—Darío —dijo Sátiro.

Se abrazaron, y Darío abrazó también a Melita.

—¿Dónde está León? —preguntó.

—En el mar, cubriendo nuestro flanco —contestó Sátiro.

—Ah. Lo apenará haberse perdido esto. —Darío miró a los saka y los sakje—. Mis disculpas; muchos son míos, persas y saka. De modo que he traído un poco de vino y unas cuantas manos para ayudar a servir.

De hecho, cada uno de los hombres que tenía detrás llevaba una ánfora de vino; una verdadera fortuna.

—No soy pobre —dijo con una sonrisa—. Seleuco me ha dado un rango alto.

—Lo serás por la mañana si nos bebemos todo eso —señaló Melita.

—¿Y este hombre tan apuesto? —preguntó Darío.

—Mi amigo Anaxágoras —contestó Sátiro.

Melita se rio.

—Mi marido, cuando se digne a pedírmelo.

Sátiro tuvo el placer de ver sonrojarse de consternación a Anaxágoras.

Viejos amigos se aglomeraron a su alrededor para dar sus felicitaciones, pero Melita soltó su grito de guerra y se callaron.

—Antes tiene que pedírmelo —dijo—. Mi corazón es tan griego que no puedo pedírselo yo.

Anaxágoras sonrió, hizo una reverencia y... se esfumó.

Sátiro se preguntó si estaría enojado. No era fácil ofender a Anaxágoras, tal vez no le había gustado aquel desenlace en público.

Costaba saberlo.

Los viejos amigos se arrimaron una vez más, y Sátiro lo olvidó todo en un torbellino de memorias.

Sófocles tenía que salir del recinto y escapar a toda prisa. Lo sabía todo, todo lo útil de lo que debía enterarse.

Había pasado la jornada engatusando al médico de Seleuco, un hombre que nunca había estado en Atenas y que necesitaba toda la ayuda que se le pudiera brindar. Sófocles le dio buenos consejos, le dio a conocer dos de sus mejores fármacos, sin cobrar, y conversó sobre vendajes y venenos. A cambio solo le pidió que se apostara junto a la tienda de mando y escuchara.

No le gustaba lo confiados que estaban los seléucidas, pero tenía bien grabados en la cabeza los puntos débiles de su coalición. Ahora podría decirle a Nerón qué sátrapas sería fácil sobornar; se había enterado por boca del propio Seleuco.

Hizo una reverencia a todos y salió presuroso del complejo de tiendas que hacía las veces de palacio, pero se dio demasiada prisa, de modo que los centinelas del cordón exterior lo detuvieron. Era el tipo de error que más odiaba. Se juró no volver a cometerlo otra vez.

Draco desmontó junto al vallado de los oficiales, cerca de las tiendas del rey de Babilonia. Su caballo detestaba el olor de los elefantes, y lo ató a la argolla de una estaca. Luego caminó hasta los centinelas, sacudiéndose la arena de las manos.

Había un hombre bastante apuesto bordeando el palacio de tiendas, pero caminaba demasiado deprisa. A los soldados no les gustó y lo detuvieron para preguntarle qué andaba haciendo. Draco aplaudió su profesionalidad y de repente tuvo la impresión de reconocer aquella voz. Paró en seco.

Cuando aquel hombre finalmente pasó el control, Draco lo siguió por las calles de detrás del palacio de tiendas, donde acampaban los Compañeros de caballería y la infantería.

Draco era cualquier cosa menos indeciso. Observó los andares de aquel sujeto y estuvo seguro.

Fue tras él por la avenida principal de la infantería, y después a lo largo de una calle lateral, pasando por delante de las tabernas improvisadas y los tenderetes que vendían aceite de oliva y sartenes nuevas a los soldados.

Lo siguió hasta llegar a la puerta de su tienda, y allí, sin dejar de caminar, le hundió la espada en la espalda.

Luego le dio la vuelta. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Draco—. Espero que sí. Toma, cómete esto, malnacido.

Le clavó la espada en la boca con tal ímpetu que la punta le salió por el cogote. Draco imprimió más fuerza a la punta y le partió las vértebras con un chasquido, movió la hoja de un lado a otro y lo decapitó. Suspiró al recordar que llevaba su mejor capa, pero envolvió la cabeza con ella.

Empujó el cadáver para que se desangrara en la puerta de la tienda.

Recogió la cabeza y se fue en busca del sacerdote de Zeus.

Anaxágoras regresó a la fiesta como un rayo. Iba montado y llevaba ni más ni menos que a Scopasis y a Thyrsis consigo, y cabalgaron a través de la reunión como una carga enemiga, dispersando a los invitados, aunque nadie resultó herido. Fue toda una proeza ecuestre, y todavía fue mejor por la agilidad con la que Anaxágoras arrancó a la Reina de los Masagetas de la conversación que mantenía con Safo y la joven Thais, la concubina de Antíoco, así como con Lucio y Estratocles. Estaba hablando con ellos y de súbito se vio cargada como un saco a lomos del caballo de Anaxágoras, alejándose a medio galope.

Anaxágoras tenía fuerza en los brazos y la agarraba como una mano de bronce.

—¿Te casas conmigo? —preguntó.

La risa de Melita cascabeleó por encima del ruido de los cascos del caballo, llegando a oídos de los invitados.

Fue una manera estupenda de iniciar la celebración, sobre todo cuando regresaron, desmontaron y, más formalmente, anunciaron su compromiso. Fobos fulminó con la mirada a Draco, que entró con la ropa arrugada, sucio y con pinta de estar borracho, pero lo cierto era que había llevado al sacerdote, que se apresuró a cumplir el mandato de su señor.

No obstante, Sátiro insistió, como anfitrión, en sacrificar él mismo el toro.

Incluso los sakje guardaron silencio.

Ningún hombre, ya sea devoto, sacerdote o un pío aristócrata, sacrifica un toro a la ligera. No es una cuestión de dinero sino de tajar bien. Los sacerdotes bien podían cortar el cuello del toro con un cuchillo afilado, pero de un soldado se esperaba que lo hiciera a la antigua usanza.

Sátiro era fiel a la antigua usanza. Subió al altar y le dio la cuerda a Anaxágoras, que la sostuvo bien tensa, estirando el cuello del animal sobre la losa de piedra. A la antigua usanza.

Sátiro levantó la vista al cielo, hacia la última luz del día, y le pareció ver un águila allí arriba, o quizás un cuervo, alejándose en espirales en el propicio lado

derecho del cielo y, solo por un instante, deseó ser él quien estuviera en el cielo, muy por encima de las necesidades de los hombres y mujeres.

Envió sus pensamientos al Olimpo, a Heracles, y desenvainó; giró las caderas y dio el mandoble.

No era su espada de combate, era la espada más pesada que le habían podido prestar. Y Tiké estuvo con él: la hoja pasó entre las vértebras del cuello como si el propio dios tuviera su mano en la empuñadura.

El toro se desplomó, el último trozo de carne se desgarró con el peso del cuerpo, y la cabeza rodó, cayendo a los pies de Anaxágoras.

El rugido de los soldados fue como una avalancha de sonido.

Seleuco, el circunspecto y refinado Seleuco, le dio una palmada en la espalda como si fueran bebedores empedernidos.

—¡Espectacular! —gritó Seleuco por encima del gentío.

Sátiro limpió la hoja e hizo una reverencia al sacerdote, que lo miró como un hombre al que le han puesto muy alto el listón.

Pero el sacerdote hizo una faena competente, sacrificando a su manera corderos y cabritos, y el charco de sangre bajo el altar se fue haciendo cada vez más profundo; se vertieron libaciones, y el humo ascendió a los cielos desde los largos huesos envueltos en grasa y dispuestos sobre los fuegos del altar. Un par de acólitos cortó la carne y se la pasó a Fobos, un digno Fobos con un reluciente quitón rojo, que la cortó en tajadas con una destreza y rapidez que hizo que la desolladura pareciera arte de magia.

Sátiro, completado su acto piadoso, se sintió como un héroe y vertió una libación especial, y después se unió a sus amigos, pasándoles una copa de vino aguado, sin dejar de observar a los sacerdotes; un sacrificio a Atenea, un sacrificio a Hera, un sacrificio a Afrodita...

Seleuco se aproximó a Sátiro.

—Gracias, rey de Tanais. Esto ha sido un acierto, una manera apropiada de hacer que los hombres muestren su respeto a los dioses la víspera de una batalla. Una demostración oportuna de que somos helenos en esta tierra de bárbaros.

Sátiro estaba mirando un grupo de saka de Darío que se había congregado en torno a Melita, y sonrió. Pero se dio cuenta de que Seleuco estaba intentando ser simpático, superar su reserva habitual; y, además, ambos habían estado juntos en la corte de Tolomeo.

—Gran rey, tus elogios son miel para mis oídos —dijo Sátiro.

—Nunca me llamo a mí mismo gran rey —respondió Seleuco.

«Pero lo harás», pensó Sátiro.

—¿Hay novedades sobre las flotas? —preguntó.

Seleuco asintió.

—Nuestras flotas ya se están dispersando. La flota de Demetrio está en Atenas y Corinto. Hubo dos acciones; Plistias rehusó en ambas ocasiones. Tengo entendido

que tu amigo Abraham, el judío, ¡qué bien lo recuerdo de Alejandría, siempre el más guapo de entre los jóvenes!, se distinguió en los Dardanelos. Pero cada vez que le presentaron batalla, Plistias remó hacia atrás e intentó sembrar el caos en nuestra flota.

Seleuco se encogió de hombros.

Antíoco, su hijo, sonrió.

—El señor León insistió en que la flota remara en todo momento. Nunca permitió que se izaran las velas, ni siquiera con viento por la aleta en la travesía desde Alejandría hasta Chipre. Y León se aseguró de que los remeros cobraran puntualmente en la luna llena de cada mes. Remeros fuertes y bien pagados; eso es todo lo que hay que saber sobre táctica naval.

Sátiro asintió.

—León fue uno de los hombres de mi padre, y todos están reunidos aquí. Confiaba en que tuviera ocasión de venir por las montañas.

Antíoco negó con la cabeza.

—El señor León, el judío Abraham y tu Aekes; ¡qué tripulación tan políglota forma tu gente! Es un ilota espartano, ¿verdad?

—Me parece que ahora es navarco en la flota del Bósforo —respondió Sátiro.

Antíoco no se ofendió.

—Oh, por supuesto. En cualquier caso, tomaron una ciudad de la Propóntide hace menos de una semana; la última plaza fuerte de Plistias. De modo que ahora las flotas de grano pueden navegar sin contratiempos y nuestros aliados controlan ambas orillas de la Propóntide. Deben de estar a mil doscientos estadios de aquí.

Lisímaco se acercó y ofreció vino a Sátiro en una copa de oro; vino sin aguar. Sátiro tomó un sorbo.

—Gracias por hacer esto, Sátiro. La tropa agradece las muestras de devoción. Hace más fácil tragarse la perspectiva de la batalla, ¿eh?

Sonrió y bebió.

El sacerdote estaba sacrificando el último carnero; uno negro, para el dios que muchos llamaban Plutón, dios de la buena fortuna. No obstante, todos los helenos sabían que en realidad invocaba a Hades, el dios del inframundo.

Derramó un gran *fiale* de vino sobre el altar, y con la acre fragancia cobreña de la sangre, el rico aroma de la grasa al cocer y los vapores de vino especiado que emanaban de los huesos chisporroteantes, el aire estaba cargado de olores de los dioses.

—Plutón, dios de la buena fortuna; marido de Perséfone, que nos trae la primavera en toda su abundancia, amorosa hija de Deméter; hermano de Zeus, todopoderoso bajo la tierra, envíanos a tu hija Tiké y prívamos de tu mano. Y permite que los espíritus de nuestros amigos beban de estas libaciones de vino y sangre, y se acuerden de cuando eran hombres y pisaban la faz de la tierra bajo el beso del sol.

El sol se estaba poniendo; una bola roja de fuego en el remoto horizonte de los

cerros occidentales.

Coeno estaba allí. Había nacido en el seno de una de las familias más antiguas de Grecia, que sostenía descender del propio Zeus, o eso contaban los poetas, y los reyes macedonios lo dejaban indiferente.

Seleuco alargó el brazo. Coeno había sido íntimo de Tolomeo en Alejandría, y ambos se conocían bien. Se dieron la mano, y Coeno abrazó a Diodoro, que había hecho carrera con el rey de Babilonia.

—Ojalá levante a todos los espíritus —dijo Coeno, y había lágrimas en sus ojos.

Seleuco asintió.

—Todos los hombres que Alejandro llevó al Gránico, a Iso, a Arabela, al río Jaxartes y al Hidaspes, a Persépolis, Babilonia, India. Debe de haber cinco ejércitos ahí abajo.

Lisímaco solía mostrar un aire de ironía, como si no se tomara nada en serio, ni la vida ni la muerte, el peligro o el desdén, ni siquiera la derrota. Pero cuando el sol se hundió detrás del horizonte, negó con la cabeza.

—¿Por qué ha dicho eso el sacerdote? Esos espíritus superarán en número a todos los hombres de ambos ejércitos que hay aquí.

Coeno asintió.

—Tal vez la víspera de una batalla sea el mejor momento para recordar a los caídos, pues mañana quizá nos sumemos a ellos. Cuando estéis pelados de frío y podridos en la tierra, hermanos, ¿no querríais pensar que de vez en cuando otros hombres derramarán vino en vuestra memoria y que brindarán por todas vuestras gestas y os elogiarán?

Para entonces se había formado un gran círculo de hombres y mujeres en torno a los altares. El sol iba descendiendo y arrojó un último resplandor bronceo sobre todas las cosas.

Espontáneamente, un macedonio tomó la palabra.

—Recuerdo el Gránico —dijo—. Recuerdo que intentábamos subir el ribazo y que Menón y todos sus malditos hoplitas estaban arriba, matándonos. Mi hermano cayó allí.

Docenas, quizá centenares de voces se alzaron en la oscuridad.

—¡Sí! —gritaron, y dijeron en voz alta los nombres de los hombres que habían conocido y caído allí.

Diodoro alzó su copa de vino.

—Recuerdo Queronea, hermanos. Luché con Atenas contra Macedonia y vi el cadáver de mi padre, y dos de mis amigos de infancia murieron allí.

Y de nuevo, el coro de voces; más reducido esta vez. De nuevo los nombres a voz en cuello.

Coeno tomó la copa.

—Recuerdo Iso. Iba con la caballería aliada. Clístenes cayó allí, cuando derrotamos a los nobles persas.

En esta ocasión el coro surgido de la oscuridad sonó más fuerte, cientos de voces se alzaron, y la lista de nombres gritados se prolongó el tiempo que tarda un hombre en beber una copa de vino, o en pasar una velada bajo las estrellas.

—Recuerdo Arabela —dijo Seleuco—. Estaba con los Compañeros cuando ganamos Asia. Muchos amigos míos cayeron allí...

Y de nuevo, y más alto, cientos de voces, cientos de nombres.

—¡Ecbatana! —gritó un piquero.

—¡El combate en los desfiladeros de Persépolis! —gritó otro.

—¡El Hidaspes! —gritó un oficial del estado mayor de Seleuco—. ¡La batalla con elefantes!

Y el coro ya había devenido un grito ronco.

Los nombres de batallas siguieron brotando en la creciente penumbra que rodeaba las hogueras mientras el sol finalmente se escondía detrás del horizonte; el sitio de Tiro y la Guerra Lamiaca, citados en orden por Estratocles, las primeras contiendas de los diádocos... Escaramuzas de las que Sátiro ni siquiera había oído hablar.

Su hermana se acercó y su mano encallecida tomó la de Sátiro. Los nombres surgían de la oscuridad; nunca en estricto orden cronológico, sino a medida que los hombres se armaban de valor para gritarlos; batallas y escaramuzas famosas, una eterna letanía de guerras y víctimas de guerras. Y a veces la voces que brotaban en la negrura eran voces de mujer.

Eumenes de Olbia alzó la copa.

—El vado del Río Dios —dijo.

Los sakje rugieron en señal de aprobación.

Lisímaco negó con la cabeza.

—Allí murieron Zopirión y cuatro mil labriegos y veteranos macedonios y tracios; no ha sido muy oportuno mencionarlo.

—¡El río Jaxartes! —gritó Melita a la oscuridad, y de nuevo los sakje rugieron, así como todos los saka y muchos de los bactrianos y persas.

—¡Allí cayó Kineas, venciendo a Alejandro! —gritó Melita otra vez.

Lisímaco gruñó y en cambio Seleuco asintió al ver que los saka se envalentonaban para agregar a sus muertos. Sin embargo, Heracles, el hijo de Alejandro, miraba el fuego. Lucio rodeó los hombros del muchacho con el brazo y se lo llevó a un aparte, por si acaso lo reconocían y aclamaban, o algo peor.

Ya era noche cerrada, las hogueras ardían con fuerza y su fuego sustituía al del sol.

Y los veteranos de cien batallas siguieron gritando los nombres de sus combates y los de sus amigos ausentes; Rafah, el río Tanais, Chipre, Gaza; combates terrestres y combates navales, escaramuzas y batallas, y ahora el coro de voces era un rugido de mil leones que llenaba la noche.

El sacerdote de Zeus fue al encuentro de Seleuco y le hizo una reverencia.

—Mi señor... No tenía ni idea... Mis disculpas. No tenía intención de provocar

esto.

Seleuco tiró al suelo un poco de vino de la copa que Fobos le puso en la mano.

—Noto su presencia; y no soy supersticioso, sacerdote.

Apolodoro, envalentonado por el vino, gritó a los comandantes:

—¡Vosotros ayudasteis a crear los espíritus! ¡Ahora soportadlos!

Y cientos de voces rugieron su aprobación.

La competición entre batallas y la amargura por los amigos perdidos podrían haber causado peleas. Allí había persas junto a hombres que habían matado a sus padres, y también macedonios junto a los saka que habían combatido contra ellos en todos los campos de batalla.

Empero Fobos hizo que el vino corriera, una legión de esclavos llevaba las ánforas hasta donde llegaba la luz de las hogueras, con crateras que durante el día eran meros cuencos de madera o cacerolas del comedor de oficiales o simples vasijas de arcilla cocida que tenían un tacto pegajoso y se manchaban de negro con el vino; y los sakje las compartieron con los persas, los macedonios y los griegos, los jonios y los asirios, el vino fue pasando de mano en mano, y con él, parte del miedo.

Entonces Anaxágoras se puso a tocar.

Bien podría llevar una hora tocando; el sonido de la lira no es lo bastante fuerte para competir con quinientos hombres, pero poco a poco se fue haciendo un silencio, respetuoso y cansado, y la melodía de su lira se alzó en la noche sobre los susurros.

Y cuando estuvo seguro de contar con la atención general, tocó el Peán de Apolo.

De entre todas las canciones de los helenos, el Peán de Apolo era una de las pocas que también conocían los sakje y los saka. Lisímaco comenzó a cantar, y se le sumaron Prepalao y Diodoro, Andrónico y Seleuco, Coeno y Apolodoro, Melita y Scopasis, Cármides y Thyrsis y Draco y Fobos; incluso los esclavos cantaron, de modo que el cántico se adueñó de la noche junto con el vino y la sangre.

Un poco apartado de las hogueras, Estratocles lloraba. Lucio lo rodeó con un brazo.

—Al menos esta vez estamos a este lado de la línea —dijo.

Estratocles rio con lágrimas en los ojos.

A cuatro estadios de allí, Demetrio contemplaba el resplandor que se divisaba en el sureste; el extremo izquierdo del campamento de su enemigo. Un rugido tras otro llegaron desde aquel resplandor, y ahora oía el inconfundible sonido del Peán.

Un hombre surgió de la oscuridad, un oficial bajo y fornido cuyo pelo rubio brillaba a la luz de la llamas.

—Señor —preguntó—, ¿cuál es la contraseña para esta noche?

Demetrio no reconoció al oficial pero tampoco le preocupaba demasiado que se produjera un ataque nocturno.

—Zeus y Victoria —respondió.

El oficial se detuvo a escuchar el sonido del Peán.

—Vaya —dijo, como si lo decepcionase.

Dio media vuelta y emprendió el regreso hacia las hogueras distantes, y Demetrio se preguntó quién sería. Mas cuando se volvió para llamarlo, allí no había ni un alma.

Se encogió de hombros y fue al pabellón de su padre. Antígono estaba apagado; tomó una buena cena pero no estuvo procaz ni desdeñoso de sus enemigos; en absoluto su típica actuación antes de una batalla, pensó Demetrio.

—Estas últimas noches he soñado mucho —dijo Antígono.

—Sospecho que se debería a algo que comiste —respondió Demetrio. Negó con la cabeza—. Padre, una batalla más. Los tenemos donde queríamos; a todos excepto a Tolomeo.

Antígono levantó la cabeza, y su media sonrisa y su mirada maliciosa fueron las que Demetrio había visto toda su vida.

—Sí, muchacho. Los tenemos a todos en la cesta; pero empiezo a preguntarme: ¿puede una manada de hienas convertirse en una de leones? ¿Has oído el alboroto de su campamento? —Negó con la cabeza—. ¿Y dónde, en el gran círculo de la Madre Tierra, ha encontrado Seleuco tantos elefantes?

Demetrio nunca había tenido que tranquilizar a su padre; le resultó raro.

—Calma, padre. ¿No eres tú quien siempre me dice que los elefantes son un truco? ¿Que apenas surten efecto en una batalla?

—Doscientos elefantes surtirán un efecto tremendo —respondió Antígono—. Tengo intención de situar a todos los nuestros en la línea de frente; separados en intervalos para dar más peso a nuestra avanzadilla e intimidar a sus elefantes.

Demetrio se encogió de hombros.

—Ahí lo tienes, entonces. Asumiré el mando del flanco derecho de la caballería...

—Tendrás el de casi toda la buena caballería. He planeado una pequeña sorpresa para mañana por la mañana.

Antígono bebió un poco de vino. Demetrio asintió.

—¿Cuál? —preguntó.

—¿Qué pasa, tienes miedo de no oír los toques de trompeta, chico? —preguntó Antígono—. Que sea viejo no significa que esté para el arrastre. Recibirás mis órdenes igual que los demás oficiales, por la mañana.

Bebió un sorbo de vino. A cuatro estadios de su pabellón, estaban cantando otra vez. Antígono negó con la cabeza.

—No me gusta lo que oigo —dijo.

Cármides cantó la *Ilíada*; buena parte del libro primero, *La cólera de Aquiles*, como recordatorio de cómo el orgullo y la ira podían dividir a un ejército de aliados. Su voz era bella, sus posturas, nobles, y las notas de Anaxágoras surgían de su lira

como las llamas de un fuego, encendiendo la imaginación, apaciguando los miedos, y Cármenes entonó las palabras del poeta hasta quedarse sin voz.

Sátiro cantó un poema de Safo y, cuando cantó, lo hizo pensando en Miriam, que estaba a mil estadios de allí.

Melita cantó una canción de Teognis un tanto subida de tono, sobre un hombre que amaba en demasía a los muchachos, más divertida que nunca en boca de una mujer, y los griegos se golpearon los muslos y rieron. Después cantó una canción sakje sobre una doncella que vengaba la muerte de su amante matando a sus asesinos uno por uno, y los saka soltaron sus estridentes gritos de guerra.

Safo se acercó al fuego, vertió una libación y permaneció quieta un buen rato. Luego fue a sentarse con Diodoro, Crax, Antíoco y todos los «ancianos» que habían servido con Kineas y Apolodoro.

Sátiro se encontró llorando. Vio cómo Safo abrazaba a Diodoro y observó cómo Apolodoro sacrificaba un cordero, salmodiando un himno en honor de Kineas con medio centenar de hombres más.

—¿Venceremos mañana? —preguntó Sátiro a Coeno.

Coeno se encogió de hombros.

—No soy comandante —dijo—, pero estos hombres tienen la moral muy alta.

Estratocles, que estaba conversando con Antíoco, conspirando, sospechó Sátiro, de pronto dejó de hablar, se acercó y ofreció su copa de asta llena de vino a Coeno.

—Presiento que venceremos —dijo Estratocles.

Seleuco se zafó de Prepalao, que había bebido demasiado.

—No perderemos —sentenció—. Tenemos un buen ejército y una retirada segura, y esta velada ha contribuido a fortalecer los lazos de nuestro ejército.

Sátiro torció el gesto.

—No me conformo con evitar la derrota —dijo—. Tal vez el vino me haya vuelto presuntuoso, pero no estoy en esta guerra para evitar una derrota. Estoy en esta guerra para ponerle fin. Tengo veintiocho años...

—Te falta un mes —terció su hermana gemela.

—Tengo casi veintiocho años y llevo guerreando desde los doce. Los hombres que hay en torno a estas hogueras no han conocido otra vida. Merecen que esto se acabe.

Sátiro cruzó los brazos, habiendo dicho más de lo que pretendía.

Anaxágoras sonrió. Cogió la copa de vino y bebió un buen trago.

—Tocar tanto rato es como una competición de atletismo —dijo—. Escucha, Sátiro, estoy de acuerdo en que esta guerra debería terminar, pero ten en cuenta lo siguiente, por favor. Hay cincuenta mil hombres en torno a estas hogueras, y los soldados enemigos suman la misma cantidad. Y los últimos treinta años, ¡por todos los dioses, Sátiro, treinta años!, han acostumbrado a los hombres a estar en guerra. Los helenos han perdido los hábitos propios de la paz. Todo lo solucionan mediante guerras. Una batalla no cambiará eso. Los perdedores morderán el polvo pero reharán

su vida, los vencedores se pelearán entre sí.

Estratocles asintió.

—¿Cómo se ganarán la vida estos hombres, Sátiro? La guerra es una profesión honorable. ¿Acaso deberían ser bandoleros? Y los caballeros, ¿adónde irán? ¿De vuelta a las ciudades que los exiliaron, de vuelta a sus granjas arruinadas y a sus familias muertas? Los hombres modestos, ¿qué encontrarán a su regreso? Los cobardes que se quedaron en casa, los jóvenes que se quedaron con los telares, con los tornos de los alfareros, con las fraguas de los herreros son los que ocupan todos los trabajos. Prosperan con el comercio. ¿Qué podrá hacer exactamente un hombre que ha sido jefe de hilera durante veinte años cuando regrese a Corinto? ¿Ponerse a teñir telas? ¿Ser el aprendiz de un hombre diez años más joven?

Sátiro cogió la copa de vino, recién llenada por el propio Fobos, y bebió. Agua pura con un poco de vinagre. Fobos les estaba diciendo a todos que ya era hora de acostarse. Asintió.

Melita estuvo de acuerdo.

—Nunca hubiese venido aquí, pero mi hermano insistió en que inclináramos la balanza para que los aliados pudieran poner fin a este estúpido sueño de un imperio universal y que cada cual pudiera regresar a su pradera.

Anaxágoras le sonrió pero negó con la cabeza.

—Se ha puesto de moda culpar de todo al rey Alejandro —le dijo—, pero soy estudiante de historia, y digo que Ashniburnipal, Darío y Jerjes, Agamenón y Príamo, Sargón... El sueño de una conquista universal se encuentra en todas partes. No lo inventó Alejandro.

Seleuco asintió.

—Aprendí esos nombres en Babilonia —dijo—. Sargón; eres un hombre culto. Pero Alejandro hizo más que cualquier hombre anterior a él.

Anaxágoras asintió.

—Tal vez, pero acabar con Antígono no acabará con las inquietas ganas de conquistar. Y tú, señor rey —prosiguió, mirando a Sátiro—, no renunciarás a tus tierras ganadas a punta de espada, como tampoco Tolomeo, Lisímaco ni Casandro.

Seleuco asintió.

—Es cierto.

—La guerra es el rey y el padre de todos —dijo Anaxágoras. Se encogió de hombros—. No sé cómo lograr que los hombres hagan la paz. A decir verdad, ni siquiera estoy seguro de que sea buena idea.

Sátiro pasó la copa de agua con vinagre.

—Yo estoy seguro de que para mí es una buena idea —dijo.

Se sirvió agua a los jueguistas, y Sátiro fue de grupo en grupo mientras se dispersaban, con su hermana y sus amigos, estrechando manos y deseando buena

suerte. Encontró a Draco entreteniendo con un cuento a un grupo de macedonios.

—A la cama —dijo Sático. Draco estaba tan borracho que tenía el rostro sonrojado, tan sonrojado que era visible a la tenue luz del rescoldo.

—¡Maté al maldito médico! —dijo Draco, echando los brazos al cuello de Sático.

Los pensamientos de Sático estaban muy lejos de allí. No sabía de qué le estaba hablando el veterano borracho.

—¿A quién? —preguntó.

Draco llevaba una capa enrollada debajo del brazo, y se desternilló de risa.

—Un momento —dijo, y siguió riendo a carcajadas. Desenrolló la capa con un diestro tirón y los macedonios maldijeron cuando vieron lo que había envuelto entre los pliegues, pero se rieron.

Melita no se inmutó. Agarró la cabeza por el pelo.

—Sófocles —dijo, con satisfacción.

Sático escupió para no vomitar.

—¿Dónde lo has encontrado?

Draco seguía descoyuntándose de risa.

—Vagando por el campamento como el espía que era.

Sático negó con la cabeza.

—No quiero ni pensar cuántos más espías tiene Antígono entre nosotros —dijo—. Estratocles, ¿has visto esto?

El ateniense se quedó mirando la cabeza un buen rato. Luego la cogió de la mano de Melita.

—Lo conocía —dijo, con una franqueza inusual en él—. Incluso fuimos camaradas, en ciertos momentos. ¿Puedo llevarme esto para enterrarlo?

Draco asintió.

—Claro. Oye, puedo llevarte hasta donde está su cuerpo. Lo dejé en su tienda.

Se rio una vez más.

Anaxágoras observó cómo se perdían juntos en la oscuridad.

—¿Qué les tiene reservado la paz? —preguntó.

Sático negó con la cabeza.

—Entiendo lo que quieres decir —respondió—, pero tiene que haber algo. Draco es más una ruina de hombre que un hombre cabal.

—No hablo así porque ame la guerra —dijo Anaxágoras—, aunque confieso que tiene sus alegrías, como por ejemplo el amor. Lo hago fundamentándome en lo que observo. Draco vive aquí, tal como un granjero vive en su granja. Y ha matado a ese asesino. Sin él...

Sático asintió. Y suspiró y estrechó la mano de su hermana. Fueron juntos hasta una hoguera y derramaron libaciones; una por su padre, otra por su madre y una última por Filocles. Sático percibía su presencia allí mismo, en medio de la oscuridad.

Una hora después, Draco y Estratocles fueron a las hogueras. Se habían consumido, pero los montones de brasas eran tan altos como los muslos de un hombre. Draco desapareció en la negrura y regresó con Fobos y un fila de esclavos, y apilaron troncos para alimentar una de las hogueras; troncos de cedro viejo, procedentes de una empalizada que había valle arriba. Y entonces el macedonio cogió en brazos el cuerpo del médico ateniense y lo echó al fuego, quemándose la pierna al hacerlo. Estratocles puso la cabeza junto al cuerpo y vertió vino y aceite sobre el fuego. Después quiso untar aceite en las quemaduras del macedonio, pero Draco ya se estaba alejando, dando traspiés.

Lucio encontró a Estratocles sentado a solas, envuelto en su clámide, contemplando cómo ardía la hoguera.

—No era amigo tuyo —dijo Lucio.

Estratocles asintió.

—¡Por los dioses! ¿No estaría trabajando para ti, verdad? —inquirió Lucio—. Somos... Creía que habías optado por un bando —agregó con súbita desconfianza.

—Y lo he hecho —respondió Estratocles. Parecía cansado—. He optado por un bando. Y mañana formaré en primera línea de mi falange y haré lo posible por derrotar a Antígono. Pero Sófocles y yo... —Miró hacia otro lado—. Comenzamos juntos. Terminamos de maneras distintas. Y, sentado aquí, me preguntaba si mañana mi cuerpo acabará en una fosa; toda una vida de intrigas, unos instantes de brutalidad. —Negó con la cabeza y alargó el brazo para coger la cantimplora de Lucio, que se la había ofrecido, llena de espeso vino dulce—. Comenzamos juntos. No creo que sea demasiado tarde para que terminemos juntos.

Bebió.

Lucio recuperó la cantimplora y tomó un trago.

—Estratocles, has sido un buen jefe. Y he ganado dinero... mucho dinero. Pero, ganemos o perdamos, mañana es el final. He tenido suficiente con un par de años... para regresar y pagar mi exilio con dinero. —Se encogió de hombros y se recostó—. Dejémonos de sensiblerías y disfrutemos de mañana.

—¿Una vez más? —dijo Estratocles—. ¿Velarás por mi vida?

—¿Alguna vez te he fallado? —preguntó Lucio—. Estás vivo, ¿verdad, griego ingrato?

Se echaron a reír.

Seleuco se erigió en comandante en jefe y ni Lisímaco ni Prepalao se lo refutaron, de modo que cuando convocó a los *strategoí* al amanecer, acudieron, todavía impregnados del buen compañerismo de la noche anterior.

Seleuco volvía a ser tan reservado, cauto y circunspecto como de costumbre. Saludó a Sátiro inclinando la cabeza y distribuyó vasos de agua.

—Si esperáis un plan de batalla complejo —dijo—, os habéis equivocado de tienda.

Mientras se reían por lo bajo, los condujo al espacio abierto de enfrente de su pabellón y después colina arriba hasta el punto más alto del collado, desde donde se divisaba la amplia extensión de la planicie entre los cerros del este y el río en el oeste, un mosaico de campos que con los primeros rayos del sol naciente lucían los colores del verano.

Lisímaco asintió con la cabeza sin que se hubiera pronunciado una sola palabra.

Prepalao frunció el ceño.

—Nos enfrentamos a una de las mentes más agudas y capaces de nuestro tiempo —dijo.

—Tenemos más caballería y más elefantes, y con tantos hombres de tantos lugares distintos, lo mejor que nos cabe esperar es que avancemos todos juntos y que no combatamos en entre nosotros —respondió Seleuco—. Quiero poner a toda la infantería en el centro; Prepalao y todos los mercenarios de a pie; Prepalao a la derecha, junto al olivo aislado. Allí es donde formará tu hilera del extremo derecho; alejada del pueblo y de cara al campo abierto.

Prepalao asintió, reservándose su opinión.

—Tengo la impresión de que nuestra falange es menor —prosiguió Seleuco—. Solo llenaremos la planicie hasta la granja tapiada... No, allí, más a la izquierda.

Señalaba con un bastón de mando, y Sátiro negó con la cabeza.

—Eso son diez estadios —dijo.

Seleuco asintió.

Antíoco sonrió.

—Doce estadios y unos cuantos pasos, Sátiro. Yo mismo lo medí. Suficiente para una falange en formación de dieciséis en fondo y tres mil cuatrocientas hileras de anchura en orden normal de combate.

Sátiro pensó en la mayor batalla que había conocido, la de Gaza, y en la única en que había asumido el mando de un ejército, la del río Tanais. En el Tanais, ambos bandos habrían desaparecido en medio de cincuenta mil hombres, y aquello era solo una falange.

—Nos atacará por un flanco o por los dos —dijo Seleuco—. Anticipar qué hará Antígono es una pérdida de tiempo. Por tanto, supongamos que serán ambos. Lisímaco, quiero que tomes el mando de la caballería del flanco derecho. Quiero a

todos los sakje y los saka allí. Mi propia caballería formará en la izquierda, a las órdenes de mi hijo. Diodoro ocupará el extremo izquierdo de la línea, con sus hileras de más a la izquierda en el río.

Seleuco se volvió hacia Sátiro.

—Lamento que, de hecho, haya repartido tu contingente entre los distintos mandos. Tu caballería irá con Lisímaco, tu infantería, con Prepalao, y los Exiliados irán con mi hijo.

Sátiro asintió. Estaba molesto; no era un comandante falto de experiencia, y acababan de privarlo de un mando.

Todos los ojos estaba puestos en él.

Pensó: «Ninguno de ellos está satisfecho. Lisímaco quiere más caballería. Prepalao quiere el mando de todo el centro. Y si expreso mis quejas, no ayudo a la alianza. Así pues, ¿por qué estoy aquí?

»Y, comparado con esto hombres, soy el menos experimentado».

Asintió.

—Siendo así, me mantendré en la reserva —dijo—. ¿Tú dónde estarás?

—Me quedaré con mil jinetes y cincuenta elefantes en la reserva —contestó Seleuco.

—¡Cincuenta elefantes! —exclamó Prepalao—. Podríamos tenerlos en la línea de frente.

Seleuco asintió.

—Tal vez, pero son míos, y creo que una batalla de estas dimensiones solo puede ganarse con un golpe masivo, un golpe demoledor. Esta no será una victoria fácil, caballeros. Mi plan, si puede llamársele plan, consiste en resistir. Parar el mejor golpe que Antígono y Demetrio puedan darnos, y tener otro golpe a punto para contraatacar. Escalonaré la falange; Prepalao y sus macedonios en el extremo derecho, y ocho filas entre cada taxeis, como un tramo de peldaños.

Todos asintieron. Aquella información la conocían desde los tiempos de Filipo.

—La caballería de la derecha, delante; la caballería de la izquierda, detrás de la falange del extremo izquierdo; los hombres de Nicéforo, creo. Pueden defender la izquierda del frente.

—¿Dejamos que se nos acerquen? —preguntó Lisímaco.

Seleuco negó con la cabeza.

—No, sería malo para la moral. No, cuando hayamos formado, avanzaremos. Pero quiero que vosotros, la caballería del flanco izquierdo, os retraséis. Aguardad a que os dé la señal.

Sátiro se inclinó hacia delante.

—¿Dónde tienes previsto dar tu golpe demoledor? —preguntó.

Seleuco negó con la cabeza.

—No tengo ni idea —contestó—. Si la batalla se desarrolla con arreglo a mi plan, cosa con la que no cuento, arremeteré contra la intersección de la caballería de su

flanco derecho con el extremo izquierdo de su falange. —Enarcó una ceja—. Pero esto es puro *hubris*. Los atacaré donde sea preciso.

Un esclavo, o quizás un liberto, pero en cualquier caso el secretario de Seleuco, paseaba en torno al grupo, repartiendo tablillas de cera encuadradas en madera.

—Este es el orden en que deseo que forméis —dijo—, con el nombre de cada contingente. Todos los *psiloi* y todos los *peltastoi* en el centro. Dudo que su orden importe demasiado; no durarán mucho.

—No dejes que esos inútiles desordenen mi falange —dijo Prepalao.

Lisímaco no fue tan desdeñoso con sus tracios.

—Formad con aberturas —dijo—. Poned hileras en las filas de atrás para que los peltastas puedan atravesar la falange. Es una insensatez pedirles que vayan a hostigar a la falange enemiga sin tomar alguna precaución para su salida desde el centro.

Prepalao se encogió de hombros, a todas luces indiferente.

Sátiro se inclinó hacia delante una vez más.

—Quisiera apoyar al rey de Tracia en esta cuestión —dijo—. Si hay aberturas, la caballería puede encargarse de la escaramuza en el centro. Y cuando los *peltastoi* se retiren, podrán reagruparse y sumarse a la reserva.

Prepalao dio un resoplido, pero Antíoco estuvo de acuerdo y Seleuco se dejó influenciar.

—Es cierto —concedió— que parece un desperdicio abandonar a los *peltastoi* a su suerte puesto que morirán, pero no hay sitio para ellos en los flancos. Muy bien. Si cada taxeis saca cuatro hileras del centro de su línea, tenemos una abertura de dos caballos de anchura a cada estadio.

Prepalao negó con la cabeza.

—Esas aberturas se cerrarán cada vez que perdamos, y esos hombres están perdidos fuera de la línea —dijo.

Seleuco cruzó una mirada con el viejo veterano macedonio. Finalmente, Prepalao se encogió de hombros.

—La responsabilidad será tuya —dijo—. Pero escucha, rey de Babilonia, vas a enfrentarte cara a cara con Antígono *el Tuerto* en igualdad de condiciones. Preferiría que intentáramos hacer algo; una retirada fingida, una marcha nocturna, un combate bajo la lluvia. Cualquier cosa. Ninguno de nosotros lo ha derrotado nunca, ¿eh? Y tu plan consiste en aceptar lo que sea que haga y después atacar.

Sátiro asintió.

—Así es como se ganan los combates a espada —dijo—. O de pancracio.

—Vaya. —Prepalao sonrió forzosamente—. ¿Acaso eres experto?

Sátiro asintió.

—Sí —contestó.

Antíoco se rio.

—¿Seguro que no eres macedonio? —preguntó.

Hicieron libaciones, primero a Zeus Sóter, después a Atenea y, finalmente, a

Alejandro.

—Caballeros —dijo Seleuco—. Que Tiké esté junto a un hombro de cada hombre mientras Atenea le guarda el otro con Niké a su lado, y que el Águila de Zeus vuele encima de todos.

Incluso Prepalao sonrió.

—Id con los dioses. Vayamos a formar. Una buena formación es media batalla ganada.

Lisímaco saludó y fue al encuentro de su estado mayor, que aguardaba en un aparte, y comenzó a dar órdenes. Prepalao estaba con su hijo y envió al muchacho corriendo al campamento macedonio.

Antíoco dio una palmada a Sátiro en la espalda.

—No dejes que el comportamiento del viejo te afecte —dijo.

Sátiro negó con la cabeza.

—Creía que sería Lisímaco quien se negaría a bailarle el agua. Me preocupaba que alguien nos traicionara. No me esperaba que el general de Casandro fuese un viejo chocho.

Seleuco negó con la cabeza.

—No tiene un pelo de tonto, Rey del Norte. Y cuento con que tenga la firmeza suficiente cuando se crucen los bronce. Y su empecinamiento me dice que está planeando luchar. Si hubiese guardado silencio, aceptando mis órdenes...

No dijo más, pero no fue necesario.

Todos temían una traición, incluso ahora.

Antígono había dormido mal y maldijo en respuesta al saludo de su hijo.

—Los llamados aliados están formando —informó Demetrio.

Antígono estaba quieto, de pie, mientras un esclavo le ayudaba a beber zumo de granada y otros dos le ponían la armadura. Llevaba un pesado *thorax* de bronce macizo.

—No quiero esta cosa —protestó—. Voy a ir a pie con la falange. Si esos capullos no me ven allí, no defenderán su terreno.

Demetrio hizo señas a los esclavos.

—Pues ponte uno de escamas, si quieres, o de cuero.

—¿Eres tonto de remate? —preguntó Antígono, malhumorado, a un esclavo, y asestó tal golpe al muchacho que lo tiró al suelo. Ni siquiera gimió—. Me encuentro fatal —dijo Antígono—. Me pasa algo en el vientre. ¿Has tenido algún sueño?

Demetrio negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no.

—Yo sí; he soñado con un montón de buenos muchachos de Pella que han muerto siguiéndome por ahí. —El anciano se encogió de hombros, una vez libre de la pesada armadura—. Algo ligero me irá mejor —dijo al mismo esclavo al que acababa de

pegar.

Tenían un *thorax* de cuero blanco y lino grueso, cuidadosamente acolchado.

—Eso es lo que quiero —dijo el anciano—. Y grebas.

—¿No tendrás intención de ir en la fila de frente, verdad? —preguntó Demetrio.

—Soy el puto rey —contestó Antígono—. ¿Qué clase de rey se esconde de una lucha que ha empezado él mismo? ¿Eh? Creía haberte enseñado mejor. Cuando los reyes se escondan de sus propios combates, el mundo se habrá ido al Hades.

Demetrio abrazó a su padre, bastante espontáneamente.

—Ganemos esto y gobernemos el mundo —dijo.

Antígono sonrió.

—Eres un buen muchacho —dijo con brusquedad y la voz ronca—. Por los dioses...

Dio una palmada en la espalda a Demetrio.

Fueron juntos hasta la entrada del pabellón. Los esclavos encargados de armar a Antígono se estaban haciendo con un par de *sarisas* para que el rey pudiera elegir. La *saurauter* más cercana quedó apoyada en la alfombra cuando el esclavo la descolgó de las gazas de la pared de la tienda, a espaldas del anciano. La *saurauter* le dio un golpe en el tobillo y Antígono cayó cuan largo era, con la muñeca izquierda mal doblada bajo su cuerpo. Chilló de dolor, y todas las cabezas en un estadio a la redonda se volvieron para ver a su rey tumbado de bruces.

Demetrio corrió a su lado y en seguida lo puso de pie, y los hombres lo vitorearon aunque muchos hablaron entre dientes con sus camaradas.

—Bobos supersticiosos —gruñó Antígono—. La muñeca me duele como...

Fulminó con los ojos a un hombre que lo estaba mirando.

—¿Qué pasa contigo? ¿Nunca has visto a un hombre tan feo como yo?

El hombre farfulló algo y se retiró hacia donde estaban sus amigos, y Demetrio se rio.

—Nadie puede decir que esta mañana no eres tú mismo —dijo.

Antígono se dirigió al entoldado donde daba sus órdenes.

—No soy yo mismo —replicó—. Si Seleuco me ofreciera una tregua de tres años, la aceptaría. Nunca pensé que fuese capaz de reunir un ejército tan grande.

Demetrio negó con la cabeza.

—No es mayor que el nuestro. Y tú eres el mejor general de nuestro tiempo.

Antígono torció el gesto.

—Y una mierda —espetó—. Al mayor general de nuestro tiempo le gusta tener una buena ventaja en hombres y elefantes. —Negó con la cabeza—. Aunque conozco unos cuantos trucos, eso sí.

Todos los oficiales macedonios se pusieron de pie en cuanto Antígono entró. Saludaron. Antígono inclinó la cabeza secamente.

—Hagámoslo simple —dijo—. Formad tal como estáis acampados; exactamente como estáis acampados. Formad la falange de a veinte en fondo; aun así tendrá la

misma anchura que su línea de frente, y será mucho más sólida.

—Podríamos trasladar sus extremos... —dijo Filipo con cautela.

—Cuando seas el puñetero señor de Asia podrás ordenar tu falange como te venga en gana, Filipo —dijo Antígono.

—Alguien está picajoso esta mañana —respondió Filipo, y el anciano sonrió.

—Lo estoy —admitió Antígono—. De manera que no me contrariéis. Lakshapur, llévate todos los elefantes y sitúalos a lo largo del centro tal como comentamos ayer. Cinco largos de caballo entre cada bestia deberían bastar. Las bestias aplastarán a sus bárbaros y a sus *psiloi* del centro y entonces, espero, la falange se cagará de miedo. Algunos de sus hombres valen menos que un pedo... Al fin y al cabo, nosotros tenemos a todos los viejos veteranos.

Filipo enarcó una ceja.

—Demetrio, tú irás al mando de la caballería del flanco derecho. Filipo, tú al de la caballería del flanco izquierdo. —Ambos hombres asintieron—. A mi señal, los elefantes avanzarán. Tambores y clarines, ¿eh?

Lakshapur, uno de los últimos indios que había entrado al servicio de Alejandro veinticinco años antes, asintió con determinación.

—Y entonces —dijo Antígono con rotundidad—, Filipo se llevará a todos los de la izquierda excepto a los reclutas y cabalgará detrás de la falange hacia la derecha. Toda la caballería; un gran ataque contra la izquierda enemiga. Hacéis pedazos a su caballería y arremetéis contra la parte más débil de su falange antes de que tengan tiempo de recuperarse.

—Eso nos deja con nuestra izquierda desprotegida —terció Filipo.

Antígono sonrió.

—¿Eres el único que tiene los huevos de discutir conmigo? —preguntó.

—¿Huevos? —Filipo se encogió de hombros—. Las esposas lo hacen constantemente —contestó, y todo el mundo se rio.

Antígono asintió.

—Sé que corremos peligro. Por eso pongo a los compañeros de a pie y a los argiráspidas allí. Y, además —prosiguió—, sabemos que vamos a ir por la derecha. Ellos no se lo esperarán. ¿Quién ataca el flanco protegido del enemigo? Y no lo sabrán. Apuesto un talento de plata contra una tortuga a que Seleuco tiene al inútil de su hijo o a Lisímaco allí, con órdenes de quedarse atrás. —Antígono se rio—. Si se demoran una hora, son nuestros. Demetrio atravesará su caballería, rodeará su flanco y asunto resuelto.

—Por supuesto —dijo Demetrio. Estaba orgulloso, encantado de que le asignaran una posición de honor y de máxima responsabilidad. Jugaba a ser Alejandro mientras su padre jugaba a ser Filipo. La diferencia era que su padre lo amaba—. Pasaré entre ellos como un alfiler caliente cortando cera.

Antígono sonrió rebotante de orgullo.

—Encárgate de que así sea, hijo —dijo—. Todo depende de ti.

Demetrio estuvo atareado durante dos horas, organizando la caballería del flanco derecho a su satisfacción, cabalgando de un lado a otro a lo largo de la línea, observando mientras las filas del extremo derecho de la caballería de élite de su padre formaban, haciendo un ajuste tras otro. Al final se decidió por la fuerza bruta en lugar de la sorpresa. Dispuso sus mejores escuadrones en cuñas a lo largo de todo su frente, con los hombres que llevaban mejor armadura en las puntas de las cuñas, ocho profundos triángulos de su mejor caballería pesada; el resto, los reclutas lidios, hombres responsables pero con poca instrucción, junto con los misios y los frigios, en rectángulos compactos, de a seis en fondo, en ángulo hacia la derecha para cubrirle el flanco; y una larga barrera de bárbaros, los tracios de Asia Menor, a modo de pantalla protectora. Los lidios y los frigios dejaron aberturas amplias entre los escuadrones; allí sería donde Filipo introduciría a sus lanceros.

El enemigo también estaba formando. Justo enfrente, vio formar a las capas azules. Eran buenos escuadrones, y formaron tan deprisa que su comandante de barba cana les ordenó desmontar, y aguardaron con las riendas en la mano.

Demetrio deseaba ordenar lo mismo pero no estaba seguro de que fuera una idea práctica. Cualquier retraso a la hora de montar desordenaría el frente entero.

Haciendo visera con la mano, estuvo observando mientras el sol ascendía y empezaba a hacer calor. Se enfrentaba a Antíoco, estaba convencido; el comandante enemigo tenía un niceno gris, en absoluto un caballo macedonio. Y era joven. Demetrio se puso contento; contento porque no dudaba de su capacidad para vencer a Antíoco. Entonces buscó a Sátiro, sobre todo entre las capas azules; eran sus hombres, pero él y su yelmo de plata no se veían en parte alguna.

Demetrio no se preocupó. Encontraría a Sátiro y lo derrotaría, hombre a hombre. Así era como se hacían aquellas cosas, y aquel era su día.

Cuando estuvo seguro de sus preparativos, fue a ver a su padre.

—¿No tienes una unidad de caballería que mandar? —preguntó su padre, a modo de saludo.

—Está todo listo —contestó Demetrio. Él y su padre se abrazaron—. Me enfrento a Antíoco —agregó.

—Sí, y Filipo a Lisímaco. —Antígono estaba apoyado en su lanza—. Tengo más de ochenta años, soy demasiado viejo para portar una espada todo el día, así que acabemos con esto de una vez. —Pero sonrió—. Creo... Creo que ya son nuestros —dijo con prudencia, evitando afirmar con un *hubris* descarado.

Ambos ejércitos formaron más o menos con la misma rapidez, aunque los oficiales de alto rango de ambos bandos podían hacerse una idea bastante útil de la calidad de sus oponentes inmediatos por la rapidez y la manera en que formaban. Antígono envió un mensajero a Filipo para preguntarle si estaba listo, y padre e hijo vieron formar a una falange particularmente inepta cerca de la granja tapiada del extremo de la línea enemiga.

—¡Me muero de ganas de arremeter contra ellos! —dijo Demetrio. Había hombres que llegaban rezagados a líneas mal formadas, algunos incluso arrastraban sus lanzas. Parecía que ya estuvieran derrotados.

—En cuanto Filipo esté listo —dijo Antígono. Entre sus elefantes y los del enemigo solo mediaban dos estadios, y ellos y los destacamentos de escaramuzadores, también una línea de diez estadios de longitud, estaban levantando polvo. En una hora ambos bandos serían invisibles el uno para el otro, salvo que iniciaran el avance antes.

Pero, por supuesto, eso lo sabía todo el mundo.

—Ve con los dioses —dijo Antígono a su hijo. Hizo una pausa—. Me parece que esta será la mayor batalla que el mundo haya visto alguna vez.

—Qué maravilla —dijo Demetrio, encantado.

Volvieron a abrazarse y Demetrio se fue a su puesto.

Junto a la granja, Apolodoro, Nicéforo y una docena de taxiarcas arengaban a sus hombres, que deambulaban por los campos, dirigiéndose sin ninguna prisa hacia una línea absolutamente defectuosa.

—¡Parecen milicianos! —dijo Nicéforo por decimoquinta vez, viendo otra fila cuya idea de formar sin premura consistía en marchar más despacio.

Apolodoro pensó que los hombres que arrastraban las lanzas a sus espaldas estaban sobreactuando, pero la farsa daba la impresión de levantar sobremanera la moral de la tropa, fuera cual fuese el efecto que causara sobre enemigo. Pocas cosas gustan más a un soldado que la sensación de estar siendo ingenioso ante el enemigo, y el esfuerzo distraía a los hombres del caos que los esperaba.

En realidad, Apolodoro había plantado una hilera de estacas de fresno para marcar el frente verdadero y otra para marcar el frente profundamente arqueado que formarían unos aficionados. Había dedicado las primeras horas de la mañana en hacerlo, y estaba bastante contento con el resultado. Sus infantes parecían especialmente vulnerables en el extremo anejo a la granja; una unidad mal formada, demasiado apartada para recibir apoyo, cuyas últimas filas alcanzaban la cresta de la colina que tenían detrás.

Era indudable que la caballería enemiga estaba avanzando, y lo hacía con ímpetu. Tenían ocho grandes cuñas apuntando a Diodoro y a Antíoco, y Apolodoro albergaba sus dudas sobre la calidad de los reclutas de las satrapías de Seleuco. Puesto que ellos constituían el extremo izquierdo del ejército y serían los últimos en arremeter una vez que el grueso central hubiese formado, envió criados de regreso al campamento para que las mujeres de los infantes y los criados les llevaran jabalinas y arcos. Y también envió a otro mensajero al frente, hacia la nube de polvo, para que ordenara a sus arqueros de infantería que salieran de la línea de los *psiloi*.

Nicéforo entornó los ojos.

—No tenemos autoridad para hacer esto —dijo, pero miró los escuadrones de caballería enemiga y asintió con la cabeza—. Aunque... estoy de acuerdo.

Sátiro salió de la reserva, casi un estadio detrás de la falange, donde tanto su caballo de batalla como el de viaje estaban igualmente ofendidos con el gran escuadrón de elefantes. De hecho, los olbianos que servían como su escolta habían tenido problemas toda la mañana, y Eumenes había convencido a uno de los *mahouts*^[17] indios para que sacara a un elefante de la formación, de modo que pudiera conducir a sus caballos en torno a la bestia; uno por uno, primero con los ojos vendados y después ya no, con sus jinetes caminando junto a sus cabezas, murmurándoles cosas. Era un truco sakje; los escitas tenían mucha experiencia con los elefantes; y los caballos se habían calmado considerablemente cuando Eumenes hubo terminado y le daba las gracias al *mahout*.

Primero vio a Estratocles, y se dirigió hacia el ateniense. Heracles estaba pálido bajo su yelmo, aunque sonriente, y se reía de algo que Lucio acababa de decirle al oído. Estratocles llevaba el yelmo debajo del brazo.

—Detesto aguardar —dijo Estratocles—. Y detesto no tener el control de la situación.

Frunció el ceño.

Sátiro se encogió de hombros.

—Al menos tienes mil hombres a los que mandar —dijo—. Yo no soy más que un soldado bien vestido a las órdenes de Eumenes, un hombre que ya estaba al frente de unidades de caballería cuando mi padre estaba vivo.

—Te lo cambio —dijo Estratocles.

A la izquierda de Estratocles, Nicéforo y Apolodoro compartían una cantimplora.

—¡Ares! —exclamó Sátiro—. ¿Cuándo vais a formar?

Como pagador que era, le indignó ver a sus tropas desordenadas a lo largo y ancho de un estadio. Unos cuantos infantes de Apolodoro roncaban a pierna suelta en el porche de la granja tapiada.

Ambos hombres sonrieron.

—Te he pillado —dijo Apolodoro. Le dio las explicaciones pertinentes y Sátiro se marchó mucho más contento, salvo por la visión de las cuñas de la caballería de Demetrio, juntas como nubes de tormenta sobre el horizonte un día de siega.

Recorrió todo el frente hacia la izquierda, hasta donde Diodoro estaba sentado debajo de un árbol mientras un esclavo le guardaba el caballo.

—Se avecina una tormenta —dijo Diodoro. Señaló las cuñas que avanzaban en la planicie—. Cuando regreses junto a Seleuco, dile que Antíoco y yo no podremos oponernos a eso mucho tiempo.

—Apolodoro ha llenado de arqueros el patio de la granja —dijo Sátiro, señalando la granja que hacía de eje entre la infantería y la caballería del flanco izquierdo.

Diodoro asintió.

—Eso quizá salve a muchos de nosotros. Escucha, Sátiro —dijo, secándose el sudor de la frente—. Safo se lleva el tren de equipaje. Ya se ha puesto en marcha.

—¿Qué? —dijo Sátiro.

Diodoro asintió.

—No me fío de las tropas de las satrapías de Antíoco; me fío de Darío, pero el resto son unos borregos. Y algunos mercenarios... En fin, es una precaución que he tomado durante años. Envía a todos tus seguidores, a Fobos y tu gente con ella. Hemos quedado en que aguardará en Akroinos.

—¡Eso es una parasanga! —exclamó Sátiro—. ¡Treinta estadios!

Miró a su alrededor. La reserva de Crax y Diodoro, cien soldados de caballería con armamento pesado y armadura de escamas, montados en sus grandes caballos nicenos como nobles persas o sármatas. De hecho, Sátiro vio que, en efecto, los había en las filas. Había desmontado, miró a Diodoro y le guiñó el ojo.

Andrónico estaba tumbado a la sombra de un árbol. Sátiro no lo había visto, pero él levantó la cabeza.

—Si este ejército se desmorona, no queremos que nuestras chicas estén al alcance de esos cabrones —dijo el galo.

—Di a Nicéforo que se prepare para formar un redondel —dijo Diodoro. Sátiro lo abrazó, y también a Crax, a Andrónico y a una docena de otros hombres, y después saludó al hiparco.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —dijo Diodoro—. Eres todo un rey.

Sátiro sonrió ante el cumplido.

—Pues me siento inútil —respondió.

Entonces montó y cabalgó hacia la posición de Nicéforo, a quien dijo que se preparase para formar un redondel.

Melita no cuestionó la ubicación de sus sakje; estaban en la izquierda del flanco derecho de la caballería, de modo que quedaban estrujados entre la falange macedonia y los nobles getones que tenía a su derecha. Su gente habría estado mejor en las planicies abiertas del extremo derecho, pero Lisímaco no se había fiado de ellos, o de ella, y había enviado allí a sus Compañeros.

El enemigo había enviado tropas de choque contra su izquierda. Melita observaba las filas de piqueros avanzar y retroceder para volver a formar su línea de frente, una maniobra compleja, efectuada con desdeñosa eficiencia. Comía una manzana tranquilamente, le dio el corazón a su caballo y asintió para sí misma.

Sus caballeros llevaban armadura completa; una cuña de oro a sus espaldas. Aguardaban desmontados, y detrás de ellos había otro grupo de caballos con un puñado de guerreros agarrándolos por las bridas. Ningún sakje noble participaba en una batalla sin una montura de refresco a mano. Sus escaramuzadores estaban en la

retaguardia. Poco podrían hacer en un combate frontal. Por eso los había ubicado donde se mantendrían con vida. Y como sus hombres, y también mujeres, llevaban las mejores armaduras de toda la caballería de la derecha, era posible que su emplazamiento fuese el mejor, después de todo. Aun así, Melita añoraba el campo abierto, donde habría tenido más espacio para maniobrar.

De pronto sintió, más que vio, que algo iba mal en las disposiciones enemigas. Había demasiado movimiento; no podía describirlo mejor. Deseó tener cerca de su hermano para comentárselo; Sátiro tenía un enfoque más intelectual de la guerra que ella. O a Coeno.

Scopasis estaba detrás de ella, hablándole a su caballo, con Thyrsis a su derecha. Se planteó si hablar con ellos sobre lo que veía pero estaban demasiado atareados preparándose para combatir, para matar. Para rivalizar entre ellos.

Qué estúpidos, pensó. Los amaba a ambos.

Y como en respuesta a una plegaria, Anaxágoras apareció de entre la polvareda. No la abrazó; sabía que en ese momento era la Reina de los Masagetas. En su lugar, le hizo el saludo militar.

—Sátiro dice que puedo cabalgar contigo —dijo.

Melita sonrió tan abiertamente que casi le dolieron los labios.

—Tal vez —respondió—. Pero si me amas, antes me harás un recado.

Anaxágoras asintió.

—Lo que mandes —dijo, con una llamativa ausencia de bravuconería masculina.

—Busca a Lisímaco y pregúntale por qué el enemigo se está moviendo tanto, y después le dices que, en mi opinión, deberíamos atacar. Después, como no te hará caso, ve a decirle lo mismo a Sátiro. Y después regresa aquí.

Anaxágoras se marchó al galope.

Melita lo vio llegar a la posición de Lisímaco, que estaba con su grupo de mando en el centro de la caballería. Y entonces, a su izquierda, los elefantes enemigos barritaron mientras avanzaban pesadamente.

Anaxágoras era un hombre paciente, pero Lisímaco no dio señales de ir a permitir que se le aproximara. De hecho, no se dio por aludido porque todo su ser estaba concentrado en vigilar el centro. Los oficiales macedonios que lo rodeaban miraron a Anaxágoras con velado desdén; era un griego montando un caballo sakje y ya iba cubierto de polvo.

Aguardó el rato que consideró cortés, dadas las circunstancias, y luego cruzó la línea de edecanes, derecho hacia el rey de Tracia. Una mano intentó agarrarle la brida pero Anaxágoras ya lo había previsto y llegó a su objetivo.

—Melita de Tanais desea que te fijas en la caballería que tenemos enfrente. Dice que ve mucho movimiento y opina que debería atacar.

Habló demasiado deprisa, pensó, pero el rey de Tracia se volvió y lo escuchó

hasta el final.

Entonces sorprendió a Anaxágoras, a quien tenía catalogado como macedonio charlatán y arrogante, y observó un buen rato la formación de caballería que tenían enfrente.

—Por la minúscula verga de Eros —maldijo Lisímaco—. O se están retirando o cambiando los flancos. Ve a decir a Seleuco que quiero atacar, y si da su aprobación, que toque sus trompetas.

Anaxágoras cambió de caballo y galopó raudo hacia el centro, a seis estadios de allí. Los elefantes del centro estaban a menos de un estadio. Lisímaco envió a tres de sus macedonios con el mimo mensaje; las nubes de polvo estaban empezando a oscurecerlo todo, y quería asegurarse de que el mensaje llegara a su destinatario. Como de mutuo acuerdo, los cuatro hombres se dispersaron por la llanura, dirigiéndose hacia donde creían que podría estar el grupo de mando.

Anaxágoras se equivocó y, desde cierta distancia, demasiado cerca del frente que ya había comenzado a avanzar cuando se percató de su error, oyó que los elefantes barritaban. Una ráfaga de brisa, una abertura en la polvareda... y vio a otro de los mensajeros y a quien tenía que ser Seleuco, y dirigió a su caballo en aquella dirección.

Seleuco no estaba en el altozano donde Anaxágoras había supuesto que estaría; estaba más a la izquierda, desde donde podía observar a la caballería de Demetrio. Anaxágoras cabalgó al galope y al llegar desmontó para que su caballo descansara.

Seleuco lo miró.

—Ah, el músico —dijo—. Eres el mismísimo vástago de Apolo.

—Hoy hago las veces de Hermes —respondió Anaxágoras—. Señor Rey, Lisímaco envía...

Seleuco miraba más allá de Anaxágoras, hacia su derecha.

—Ya me han informado —dijo secamente.

—Melita también quería que lo supieras. Deseaba atacar.

Fue un poco exagerado, en realidad, y Anaxágoras se sorprendió de su propio atrevimiento.

—¿Tiene experiencia como comandante de caballería? —preguntó Seleuco. No pareció una pregunta retórica.

Sátiro asintió.

—Cincuenta combates en las llanuras y varias batallas con los helenos.

Seleuco no quitaba el ojo a la caballería de Demetrio.

—En un día entero de batalla, un comandante suele tomar dos o tres decisiones —dijo. Observó a Demetrio un rato más, y el ruido de los elefantes les llegaba desde la planicie; los chillidos, los barritos, los alaridos de los hombres atrapados entre las bestias. Los mejores *psiloi* de ambos bandos estarían internándose con ímpetu en la nube de polvo. Los peores ya estarían huyendo.

Sátiro asintió.

—Lo sé bien —dijo.

—¿Antígono me está leyendo el pensamiento y atrae a mi temerario Lisímaco hacia una trampa? ¿O ha decidido retirar a su flanco de caballería por considerarlo inferior? ¿O son de poco fiar? ¿O Lisímaco se equivoca y simplemente se están retrasando al formar? —Suspiró—. ¡Ares, qué calor! Imagina cómo debe de ser en la falange. Ni siquiera llevo puesto el yelmo.

Bebió un trago de agua, al menos Anaxágoras esperó que fuese agua, escupió y volvió a mirar a Demetrio.

—Sátiro, di a la reserva que estas trompetas no suenan para ellos. ¡Deprisa! —agregó.

Sátiro, el mensajero de más alto rango de todo el campo de batalla, se fue al galope. Su caballo de viaje seguía teniendo pánico a los elefantes, y le costó lo suyo entenderse con el príncipe indio que los conducía. Tardó varios minutos en informar personalmente a la reserva. Para cuando lo hubo hecho, su caballo de viaje estaba exhausto. Pero aun sí regresó junto a Seleuco a tiempo de oír cómo tocaban las trompetas, todas a la vez, con un estruendo que sonó a música de los dioses.

Lisímaco no entendía qué estaba demorando tanto al rey de Babilonia; sobre todo habida cuenta de que cada vez era más obvio que había unidades de caballería separándose del grueso del ejército que tenía enfrente. La caballería de la izquierda enemiga que iba detrás se desplegó en destacamentos que arremetieron, listos para iniciar escaramuzas con jabalinas y arcos.

Temblaba con una mezcla de inquietud y excitación cuando a lo lejos sonaron las trompetas y otros tres de sus jóvenes oficiales montaron en sus caballos de inmediato y se dirigieron a las posiciones que tenían asignadas para ordenar a sus escuadrones de caballería que emprendieran la marcha hacia la polvareda.

Aguardó hasta que vio que el mensajero alcanzaba a Melita, con mucho la más guapa de sus oficiales de caballería, y confió en que conociera bien su trabajo. Entonces cogió el yelmo, se lo puso y abrochó las mentoneras. Un esclavo le pasó una lanza pesada y la agarró. La levantó por encima de su cabeza y fue a situarse al frente de sus compañeros.

—¡A la carga! —gritó Lisímaco.

Filipo se detuvo junto a Demetrio mientras el resto de su caballería griega seguía trotando hacia el extremo derecho.

—Creo que Lisímaco se huele algo —dijo Filippo—. Veo polvo y he oído trompetas.

—No seas quisquilloso —respondió Demetrio—. Este es nuestro momento.

Agarró un par de lanzas que sostenía un esclavo y cabalgó hacia el frente de su

propia cuña de Compañeros.

—¡Llegó la hora de la victoria! —gritó Demetrio, y emprendió el avance.

Sátiro tuvo una visión casi perfecta de la primera carga de Demetrio. La brisa se había llevado el polvo del extremo occidental del campo de batalla y pudo ver cómo Diodoro hacía montar a sus soldados mientras Demetrio iniciaba su avance.

Buena parte de los reclutas de las satrapías se vinieron debajo de inmediato. En cuestión de segundos, miles de jinetes corrieron hacia la retaguardia.

Y Demetrio todavía no había alcanzado a sus enemigos.

El contraataque de Seleuco fue poco contundente y demasiado tardío; incluso los Compañeros más expertos se pusieron nerviosos con la desertión de la mitad de la caballería de las satrapías, y los persas más dignos de confianza corrieron al oeste, con intención de flanquear y hostigar, en lugar de cargar derechos hacia una muerte segura.

Mientras Sátiro observaba el desarrollo de la batalla, solo los Exiliados de Diodoro y los Compañeros de Antíoco opusieron resistencia a la carga. No eran suficientes para enfrentarse a todas las cuñas.

En los últimos segundos anteriores al impacto, Andrónico hizo sonar su trompeta de plata y las capas azules respondieron como bailarines en las Pírricas, y sus filas fluyeron a izquierda y derecha; sus caballos estaban descansados y su disciplina era inquebrantable. Formaron de a tres en fondo amplias filas contra las cuñas, tan deprisa como un banco de peces cambia de dirección, con las puntas apuntando a las aberturas que mediaban entre las cuñas antigónidas.

Antíoco y su cuña de Compañeros chocaron de frente contra la cuarta cuña antigónida y el impacto, los relinchos de pavor de caballos sin jinete y los gritos de los hombres se oyeron por toda la planicie: el grito de guerra de Ares. A su izquierda, Darío y su caballería intentaron enfrentarse con la quinta cuña de los hombres de Demetrio; Darío murió allí al intentar abrirse paso hasta el propio Demetrio, el primero de los hombres que Kineas había entrenado para que muriera aquel día, rodeado de sus parientes, y la quinta columna quedó despuntada y descalabrada tras el enfrentamiento.

No obstante, el resto de las cuñas, así como los lidios y la caballería del flanco oriental, prácticamente no se toparon con resistencia alguna y avanzaron despiadadamente, interceptando a los rezagados de las tropas persas y de las satrapías. Los persas tuvieron que replegarse una y otra vez, y los antigónidas victoriosos prosiguieron su avance, matando a los rezagados y persiguiendo a los soldados que huían tan deprisa como se lo permitían sus agotados caballos.

Y así, sin más, en un soplo, el día se ganó y se perdió.

Ahora bien, Diodoro, el viejo zorro astuto, no se perdió. Sus unidades penetraron por las aberturas que el enemigo había dejado entre sus cuñas, abriéndose paso de tal

manera que las formaciones se desmoronaron y terminaron la carga en largas columnas enfrentadas a la nada; los antigónidas insistieron en su avance, persiguiendo a los persas que huían, o giraron hacia el centro de la lucha, donde estaba su joven rey.

Diodoro rehízo sus columnas, dio media vuelta y regresó trotando a la granja. Sátiro sintió un gran alivio al ver que todavía estaba con sus hombres, y entonces la brisa cesó y el polvo lo inundó todo otra vez.

Los escaramuzadores regresaban por las aberturas que habían dejado algunos *taxeis* de piqueros. Eran como hormigas que salieran disparadas de sus hormigueros, como agua filtrándose en un dique.

Nadie parecía ocuparse de ellos, de modo que Sátiro cambió de caballo, dejó su yelmo y su caballo de batalla con los olbianos y fue en su busca con Cármides y sus infantes de caballería.

Si a los *peltastoi* los sorprendió ser recibidos con nuevas órdenes, no fueron desobedientes. Solo estaban cansados e impresionados con los elefantes.

—Hacia la izquierda. Formad en la loma. ¿La veis? —dijo Sátiro una y otra vez. Para cuando su décimo o duodécimo grupo de hombres se puso en marcha, el primer grupo ya estaba en la loma; había soldados sentados, algunos tendidos, pero su posición era obvia. Los hombres comenzaron a dirigirse allí antes de que los alcanzara, y trazó un amplio círculo para subir por el cerro hasta donde había estado su campamento la noche anterior, a fin de tener visión hacia el oeste, donde Melita y los sakje relucían al sol.

Las fuerzas aliadas superaban en número a la caballería enemiga, o lo que de ella quedaba, pero aquellos jinetes eran resistentes y no tenían intención de emprender una carga frontal de caballería y perderla. En lugar de eso, se dispersaron a lo largo del frente como buenos profesionales y entonces probaron a hostigar con escaramuzas, acercándose para lanzar jabalinas contra los Compañeros de Lisímaco y los mercenarios griegos.

Mas cuando hicieron lo mismo contra los caballeros de Melita en el extremo izquierdo del combate que se libraba en el ala derecha, descubrieron que todos y cada uno de los sakje tenían un arco.

En dos descargas cerradas, la caballería lidia que tenían enfrente quedó hecha pedazos, diezmada, y los sakje acabaron con los supervivientes, aniquilándolos sin que tuvieran ocasión de reaccionar.

Melita acometió con ímpetu, ampliando su cuña para cubrir más terreno. Las falanges enemigas estaban escalonadas lejos de ella; una larga línea de polvo y brillantes picas. El otro extremo, a doce estadios, quedó a la altura de su nueva posición después de la carga; el extremo más cercano estaba a dos estadios, y sus disciplinados soldados profesionales ya estaban formando un redondel perfecto y

prácticamente impenetrable.

Miró a su izquierda, donde los elefantes antigónidas y, en menor cuantía, los elefantes seléucidas estaban enzarzados con todos los *psiloi*. La línea seléucida se estaba llevando la peor parte, pero la infantería ligera antigónida y sus elefantes estaban a más de un estadio por delante de sus propias picas; más bien a dos.

Todo esto en un vistazo, con polvo o sin polvo.

—¡Thyrsis! —gritó.

Su Aquiles acudió desde su posición.

—De vuelta con los chicos y las chicas; todos los escaramuzadores. A la izquierda, justo ahí, contra sus escaramuzadores, y abris un pliegue tan profundo como podáis. No luchéis contra los elefantes; luchad contra los hombres.

Thyrsis le hizo el saludo militar. Los ojos le brillaban.

—¡A la orden! —gritó, y se fue galopando hacia donde los adolescentes aguardaban en la retaguardia. Había más de quinientos jinetes de la caballería ligera de Melita; descansados, impacientes, demasiado jóvenes para saber que no podían enfrentarse a los elefantes.

Entonces hizo girar a sus caballeros en el sentido contrario, hacia la derecha, y avanzó sirviéndose de sus arcos para ahuyentar a los lidios, como la esposa de un granjero espantando moscas con una escoba.

Sátiro vio que la avanzadilla sakje penetraba en la abertura del flanco occidental antigónida, y montó el segundo caballo del día hasta agotarlo para ir a decírselo al rey de Babilonia.

Seleuco asintió. Toda su atención estaba puesta en Demetrio y su caballería. Antíoco estaba destrozado, el joven había desaparecido y no llegaban mensajes desde aquel flanco. El yelmo dorado de Demetrio y la trompeta dorada de su trompetero ya estaban dos estadios por detrás del frente seléucida, amenazando con aplastar a los aliados como una alfombra al desenrollarse. Y Demetrio no vacilaba en saborear su victoria. Sus hombres se estaban reagrupando como profesionales... como mínimo, los profesionales lo hacían. Los lidios, los misios y los frigios ya estaban a tres o cuatro estadios, montando caballos marrones, persiguiendo a los reclutas de las satrapías.

Pero su caballería de élite y la de Filipo habían girado hacia el este.

Seleuco siguió observando un minuto más. Se volvió, barriendo con la mirada todo el campo de batalla.

—¿Lisímaco está venciendo? —preguntó.

Sátiro asintió.

—Está dispersando la caballería enemiga.

Seleuco gruñó.

—Espero que se acuerde de arremeter contra la retaguardia de su falange —dijo

—. Las batallas no las gana la caballería.

Siguió contemplando la batalla el tiempo que un hombre tardaba en regatear el precio de una salchicha en el ágora. Después asintió secamente.

Sonrió a Sátiro.

—Bien, allá vamos. Enviaré la reserva de elefantes contra Demetrio. Si tú atacas por la derecha con tus Compañeros, yo atacaré por la izquierda con los míos.

Sátiro hizo una reverencia sin desmontar.

—Será un honor.

Seleuco se encogió de hombros.

—Es donde están apostados. Adelante.

La reserva cambió de frente hacia la izquierda con una fluidez sorprendente. Los elefantes eran rápidos; bien abrevados, bien conducidos y descansados, hicieron la conversión pesadamente, pero a Sátiro le sorprendió su velocidad. Llevó su caballería a lo alto de la loma donde los *peltastoi* aguardaban reagrupados.

—Quedaos aquí —les dijo. Identificó a un oficial griego; al menos hablaba buen griego aunque fuese vestido como un tracio. Sátiro frenó y cambió de montura, montando a su hermoso caballo de batalla mientras le daba instrucciones.

—Organízalos tan bien como puedas. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

El oficial sonrió.

—Alejandro —contestó. Le faltaban muchos dientes y parecía tan grande como un elefante, y Sátiro no tuvo claro si aquel gigantón le estaba tomado el pelo o no.

—Bien. Eres el *strategos* de los *peltastoi*. Forma una línea aquí mismo; de a cuatro en fondo o como tú prefieras. ¿Ves el patio de la granja? —preguntó.

Alejandro sonrió.

—Me crié en una granja, jefe —contestó—. Sé cómo es una granja.

—Cuando te dé la señal, bajáis allí y ayudáis a los hombres del patio de la granja a combatir contra la infantería ligera —dijo Sátiro.

—De acuerdo, jefe —respondió el tracio. Sonrió otra vez, y Sátiro no tuvo ni idea de si aquel hombre lo había entendido o si tenía otras intenciones.

Sátiro montó de un salto a la silla sakje con respaldo de su magnífico caballo de batalla persa.

El desdentado Alejandro saludó con presteza.

Sátiro empuñó el hacha sakje que llevaba colgada en la silla y correspondió al saludo.

—Quédate aquí y estad preparados para cuando regrese —le dijo, y salió al trote hacia donde estaban Eumenes y sus olbianos formados en romboide, medio estadio adelante y a medio estadio de los elefantes, lo más cerca que la caballería podía estar, incluso después de toda una mañana acostumbándose a las enormes bestias.

—¿Listo? —preguntó Sátiro a Eumenes.

A modo de respuesta, Eumenes señaló el frente, donde Demetrio ya estaba avanzando, con o sin elefantes. Había hecho girar por completo al flanco selécida, y

su segunda carga iba contra Diodoro y los Exiliados, que estaban contraatacando en el borde de los campos de labranza, protegiendo el flanco de la infantería.

Sátiro se dio cuenta de que si aguardaba a los elefantes, Diodoro saldría muy mal parado. Era probable que Seleuco estuviera dispuesto a sacrificar a un mercenario a cambio de un premio tan grande.

Sátiro, no.

Hacía calor.

Aquello se había convertido en el rasgo definitorio de la existencia de Estratocles; el calor, el peso de la panoplia, el sudor que le corría por la espalda y entre los músculos pectorales hasta la entrepierna, hasta los muslos. El *thorax* de bronce se le apoyaba bien en las caderas pero, a lo largo del último año, había perdido peso y ganado musculatura, y la armadura, tan cuidadosamente ajustada en una tienda situada debajo del Hefestión de Atenas, ahora tenía que ir acolchada bajo los cierres de los hombros así como en el vientre; acolchado que estaba hecho de lana de oveja, material que daba calor, picaba y enseguida se empapaba en sudor.

Debajo del yelmo llevaba un gorro frigio que se le ajustaba bastante bien, pero era de lana y también esa prenda estaba embebida del agua de su cuerpo. El yelmo pesaba el doble que cuando se lo había puesto una hora antes, al iniciarse la acción de los peltastas; maldijo el ostentoso penacho de crin por el peso que añadía.

Llevaba grebas en las piernas, de bronce reluciente con hebillas de plata, cada una con una figura de Atenea labrada en plata, sosteniendo a Niké en el aire. Forradas de cuero, acolchadas con fieltro de lana.

Portaba un *aspis* forrado de bronce, de un diámetro similar a media estatura de un hombre, con el *porpax*^[18] y las hebillas también de bronce y la estructura de madera de sauce. Cada hora pesaba más.

Colgado al hombro, el cinto de una espada de acero calcedonio, regalo de Sátiro, y en la mano, mojada de sudor, el astil de una pica tan larga como la estatura de tres hombres. No era una *sarisa* macedonia propiamente dicha. Los mercenarios de Estratocles preferían una pica menos larga, más ligera, más fácil de manejar en las distancias cortas.

Le constaba que presentaba un aspecto espléndido, pero no se había movido ni un palmo y ya estaba bañado en sudor, castigado por un sol que parecía subir cada vez más alto en el cielo para mortificarlo solo a él, a quien la brisa intermitente no refrescaba en absoluto.

Y Estratocles no era un muchacho novato. Era un viejo veterano. Aquella sería su tercera vez en la fila de frente, y sabía que los hombres de en medio de la formación pasaban mucho más calor y no tenían la más remota posibilidad de recibir un soplo de brisa.

—Eso no puede ser bueno —dijo Lucio.

Estratocles volvió la cabeza, no sin un considerable esfuerzo, y vio un elefante sin *mahout* que vagaba de aquí para allá a su derecha. La bestia se detuvo para barritar y acto seguido se dirigió hacia el norte, desapareciendo en una nube de polvo.

Heracles bebió de su cantimplora. Después miró a su alrededor.

—Supongo que si tengo que mear, tengo que hacerlo aquí mismo —dijo.

—Y después todos los hombres de tu hilera pisarán tus meados —agregó Lucio. Los hombres se rieron. Todos los mercenarios apreciaban a Lucio.

—Les ayudará a refrescarse los pies —repuso Heracles, y se puso a orinar. El hombre que tenía detrás soltó una risotada con toda naturalidad. Otros hombres de la hilera captaron el chiste y también se echaron a reír.

—¿Tus meados son fresquitos? —gritó un bromista.

—Solo bebo vino helado —replicó Heracles.

—A la mierda con pisarlos, me los beberé —gritó un hombre que había perdido la juventud en la Guerra Lamiaca.

Estratocles se sorprendió sonriendo. Aquellos hombres eran como los hombres con quienes había crecido hasta ser adulto. Muchos de ellos era atenienses o jonios; también había unos cuantos espartanos, algunos de ellos marginados de Esparta, y otros tantos corintios. Griegos. Hombres que sabían para qué servía un gimnasio; hombres que sabían leer y luchar.

Un chico, desnudo salvo por una capa roja, llegó corriendo por la línea de frente.

—¡Señor Estratocles! —gritaba.

Estratocles levantó su escudo; Atenea en oro sobre fondo rojo. El chico corrió hacia él.

—Vamos a arremeter, señor. Toda la línea. Tú tienes que escalonarte —el chico puso especial cuidado al pronunciar aquella palabra—, escalonarte sobre el *taxeis* de tu derecha.

Estratocles se desabrochó las mentoneras y se echó el yelmo para atrás. Hizo un molinete con su pica, un recuerdo de los músculos de la juventud, una exhibición de la destreza que todavía conservaba, y la puso paralela al suelo a la altura de su cabeza, como si quisiera abrazar toda la línea de frente. De espaldas al enemigo, gritó:

—¡Listos para marchar!

Los hombres miraron a derecha a izquierda, midieron distancias, algunos juntaron sus escudos haciéndolos entrechocar. Algunos soldados de la línea de frente portaban el *aspis* antiguo; entre ellos Estratocles, Lucio, Heracles y un par de Exiliados atenienses que se hacían llamar Platón y Gorgias. Los demás portaban el *aspis* macedonio, más pequeño y ligero.

Invento, cómo no, de un ateniense.

—¡A la carga! —gritó Estratocles, retrocediendo delante de su *taxeis*. No había sido taxiarca hasta entonces, en Antenas nunca lo hubiese sido, pero conocía la instrucción y los movimientos tan bien como los inútiles políticos electos que habían

conducido a los muchachos a Queronea y a lo largo de toda la Guerra Lamiaca.

En realidad, Estratocles estaba aterrorizado. Ahora bien, como casi todos los hombres de su edad, había estado aterrorizado tantas veces que el terror era un viejo adversario, un adversario al que podía superar más fácilmente de lo que superaba la falta de sueño, el calor o las picaduras de los insectos.

Paso a paso, adelante. Su auleta captó el ritmo de sus pasos y se puso a marcar el compás con su aulós; un chaval competente. Estratocles volvió la vista hacia la falange que tenían a su derecha; seguía avanzando, un poco adelantada, con una abertura cada vez más ancha en el crítico punto de unión entre ambas unidades, pero intentar arreglar eso ahora desordenaría a sus hombres.

Después quizá sería demasiado tarde.

La política era más fácil y, en aquel momento, el asesinato parecía, con mucho, una solución más eficiente.

El golpe en la espalda fue la primera advertencia de que había un enemigo en la polvareda, y entonces, de repente, aparecieron los montañeses frigios, tan sorprendidos de que unos hoplitas los atacaran como Estratocles de que lo alcanzara una segunda jabalina por la espalda. Afortunadamente, su bronce era el mejor que pudiera comprarse con dinero y la única consecuencia de aquellos lanzamientos fueron dos hendiduras profundas en la superficie del espaldar.

Estratocles tardó un instante larguísimo en comprender que estaba en combate.

Lucio, no. Hincó su lanza por encima del hombro del ateniense, alcanzando el escudo en forma de media luna del peltasta, y lo derribó.

Heracles le clavó su pica; tras girarla y cambiar el punto de agarre con dos movimientos bien practicados, lo hirió de muerte y saltó por encima del cadáver.

Estratocles lo vio todo a cámara lenta, como en un sueño, y tuvo tiempo de pensar: «Ya no es un chico. Tiene veintisiete años y esta tendría que haber sido su vida. Y ahora quiero que se aleje de todo esto y viva su vida, no que muera aquí tratando de emular a Alejandro.

»Pero cada día se parece más a Alejandro».

Los frigios desaparecieron de delante de ellos tan deprisa como habían aparecido. Hubo una descarga cerrada de jabalinas, golpes como puñetazos contra su escudo, y su Atenea de oro dejó de estar intacta.

El *taxeis* había avivado el paso; cualquier veterano sabía que la manera de librarse de los peltastas consistía en arrollarlos. No solo habían cerrado la abertura con el *taxeis* de la derecha, ahora lo estaban rebasando; las líneas de frente eran prácticamente contiguas.

A Estratocles se le ocurrió pensar que no solo había elefantes ocultos en la polvareda, sino que su *taxeis* y el de Nicéforo iban a medirse contra los mejores soldados del mundo... a saber, contra quien el Tuerto decidiera situar a la derecha de su línea.

Estratocles se arriesgó a mirar a la izquierda... y allí no había nada en absoluto.

—Atenea —dijo en voz alta. Demasiado tarde para preguntarse en qué rincón del Hades estaba Nicéforo.

Sus hombres iban a paso ligero, en formación cerrada pero avanzando a toda velocidad. Se sintió orgulloso de ellos; preocupado, aterrorizado; pero sospechaba que arremeter con semejante ímpetu supondría una ventaja, salvo si se topaban con los elefantes, e incluso en tal caso; tuvo una idea a pesar del sudor y la mugre; los elefantes quizá se asustaran ante la pared de puntas de lanza, si esta avanzaba tan rápido.

—Has perdido el juicio —jadeó Lucio.

—Es bueno saberlo —gruñó Estratocles.

Ahora su fila de frente estaba perdiendo cohesión.

El *taxeis* que tenía al lado también avanzaba a paso ligero.

—¡Lanzas! ¡Abajo! —ordenó Estratocles a voz en cuello, y a lo largo de todo el frente las picas bajaron a la altura del pecho, del cuello, y los hoplitas se echaron a correr, y en lugar del Peán, los atenienses habían iniciado su grito de guerra: *eleu eleu eleu eleu*, primero gutural, ascendiendo hasta un chillido.

Una insinuación de brisa, como el lametón de un gato en una parte sucia de su pelaje; un lametón de brisa y ahí estaba el frente del *taxeis* enemigo, el último de la derecha de la línea. No, el penúltimo de la derecha. Había otro bastante más alejado en la polvareda. Y llevaban la estrella de Macedonia en sus escudos, y el grito de guerra jonio sonó con estridencia.

Ningún hombre del bando de Estratocles sentía el menor amor por Macedonia.

Demasiado tarde para detenerse y alinearse. Demasiado tarde para poner orden, para plantearse otras opciones aunque estas se le agolparan en la mente.

El enemigo también cometía equivocaciones. Como hacer una pausa en su avance para descansar con las *sarauters* clavadas en la tierra mullida de los campos de labranza. Los mercenarios jonios surgieron de la pared de polvo dando alaridos. Justo enfrente de Estratocles, un elefante solitario salió disparado ante los alaridos; dio media vuelta, sin *mahout* que lo montara, y corrió derecho hacia los macedonios que tenía detrás. Los costados del animal estaban teñidos de escarlata, la sangre manaba a borbotones de sus heridas.

Justo a la izquierda había dos elefantes muertos; meros montones de carne que parecían formar parte del terreno y le cubrieron el flanco, aunque solo fuese por unos instantes.

Muchos antigónidas arrancaron sus lanzas del suelo y las bajaron. Una punta dio de lleno en el escudo de Estratocles, que dio un traspié, giró y hubiese perdido el equilibrio de no ser porque otras tres o cuatro lanzas golpearon su *aspis* y lo mantuvieron en pie. Levantó el *aspis* hasta que las puntas de las lanzas le pasaron rozando la cabeza y arremetió por debajo de sus astiles con la cólera de Ares. Gritaba *eleu eleu eleu eleu* a pleno pulmón, y el mundo, el universo entero de Aristóteles, solo tenía la amplitud de la visera de su yelmo ático.

La punta de su lanza rebotó en un escudo, la levantó con un giro de las caderas y la clavó en el cuello de un hombre indefenso.

Y rugió.

Diodoro ya estaba herido. Algo se había introducido en el hueco del faldón de su peto, lacerándole el muslo; le dolía y, peor todavía, la sangre le chorreaba por la pierna y ensuciaba su caballo blanco.

Tenía a casi todos sus hombres juntos. Había perdido a Crax y al escuadrón de caballería pesada durante el primer enfrentamiento, y solo Ares sabía dónde estaban, si no habían muerto todos. Pero sus tres escuadrones estaban bien alineados, abrevando a sus caballos por turnos en el patio de la granja, y sus *prodromoi* acechaban al borde de la nube de polvo del otro lado de la granja mientras él descansaba sentado, sangraba y contemplaba cómo Demetrio ganaba la batalla.

El muy cabrón.

Diodoro se volvió hacia Andrónico, técnicamente su *hyperetes*, cargo que en la caballería equivalía al de hipaspista, aunque no podía decirse que el galo rubio fuese un subordinado en toda regla.

—Ha movido todo su flanco izquierdo hacia la derecha, para enfrentarse a nosotros —dijo Diodoro, con la admiración de un profesional.

—No los necesitaba —respondió el galo Andrónico—. Los persas eran hombres hechos y derechos, los demás eran como niños. —Escupió, bebió de su cantimplora—. ¿Retirada? —preguntó, después de observar como volvía a formar Demetrio, con sus escuadrones prácticamente intactos.

Diodoro volvió la vista atrás, hacia donde Apolodoro, el amigo de Sátiro, guarnecía la granja, el patio tapiado y los establos, y un poco más allá, donde Nicéforo, un mercenario, aunque llevaba muchos años al servicio de Sátiro y Melita, había avanzado cautamente, manteniendo un flanco de su *taxeis* doble anclado a la granja. Estaba claro que intentaba llenar un vacío; ya había efectuado una conversión de noventa grados hacia la derecha y luego había extendido su derecha, reduciendo a la mitad la profundidad de su falange; un movimiento desesperado, en realidad.

Diodoro se quitó el yelmo y se lo lanzó a Justo, su esclavo de campaña. Aceptó el agua que este le ofreció y se mojó la cabeza. Envalentonado, levantó el borde de su coselete, aterrorizado ante la idea de ver un pedazo de intestino. Le temblaban las manos.

Tenía una herida, como la de una mujer después de dar a luz, en el sitio donde la punta de lanza había atravesado la armadura, deslizándose pegada al bronce del peto en lugar de clavarse en su cuerpo.

—Bendita Atenea —dijo, sintiéndose mejor de inmediato. Aquella herida distaba mucho de ser mortal, no revestía la menor importancia. Dolía a rabiar, eso sí. Pero poco importaba—. Si ahora nos largamos, todo el flanco se hunde —dijo. De pronto era un hombre mucho más seguro de sí mismo que unos momentos antes.

Andrónico se encogió de hombros.

—La batalla está perdida —dijo con la agudeza propia de un profesional.

Diodoro dobló con cuidado una rodilla debajo de su trasero y se irguió sobre el lomo de su caballo. El animal se mostró paciente; habían hecho aquello cientos de veces.

En el oeste, Demetrio estaba preparando su segundo ataque: el golpe definitivo para acabar con Seleuco.

En el este, Prepalao había dado a la falange la orden de avanzar. Probablemente no estaba enterado del desastre que había sufrido su flanco occidental. O sí lo estaba y, al avanzar, ponía las cosas más difíciles a Demetrio y de paso impedía que sus hombres se enterasen.

En el sur, de repente, una gruesa columna de elefantes surgió de la polvareda, había no menos de cincuenta animales, cada uno con pesados arreos de batalla y una dotación de cuatro o cinco hombres; picas y arcos, jabalinas. Iban abriendo la columna para formar una línea de combate mientras Diodoro los observaba. En ambos lados de las enormes bestias estaban formando sendos escuadrones de caballería.

Diodoro señaló el más cercano con su lanza.

—Mira —dijo—. Son de los nuestros.

Se rio, y Andrónico también. Todos los olbianos, más jóvenes y guapos, llevaban la misma capa azul encima de hermosas armaduras, y una fortuna en monturas.

—Ay, cuando éramos jóvenes y apuestos —dijo Andrónico.

Diodoro no supo si aquello era una muestra de sarcasmo galo o un lamento sincero.

Diodoro asintió, flexionó la mano con la que sostenía el astil de su lanza y oteó el campo de batalla, protegiéndose los ojos con la palma de la mano, tratando de interpretar lo que veía. En medio de la polvareda, más allá de Nicéforo, oyó el grito de guerra de Atenas: *eleu eleu eleu eleu*. Sonrió.

—Ha llegado la hora de combatir, amigo mío.

Diodoro había tomado una decisión.

Andrónico sacaba brillo a su trompeta con un trapo.

—O, mejor dicho, esos de ahí son nuestros amigos y por eso vamos a combatir —respondió.

Diodoro echó un último vistazo. Los escuadrones de Demetrio estaban comenzando a avanzar; ocho cuñas, con compactas formaciones de caballería en cada flanco.

—Sucederá aquí —dijo Diodoro—. Si perdemos la granja, el día habrá terminado.

Andrónico se rio.

—El día ya está terminado. Eres como un luchador de pancracio que se niega a aceptar la llave que lo asfixia hasta que cae al suelo, inconsciente o muerto.

Diodoro se sentó de nuevo con mucho cuidado y tomó el yelmo que le alcanzó

Justo.

—Tal vez. Toca «atención».

Ahora la caballería de Demetrio avanzaba a un trote rápido. Diodoro fue a medio galope a reunirse con sus jefes de escuadrón.

—Ese flanco de caballería; lidios. Los caballos, agotados. Dejad que se acerquen al linde de los campos de labranza; que los arqueros de la granja los hostiguen. Después cargad. ¿Entendido?

Acto seguido se fueron de regreso a sus puestos de mando y Diodoro se quedó solo.

Una vez que los enviara, no habría vuelta atrás.

Pensó en Kineas.

Sátiro condujo a los olbianos adelante, vigilando a Demetrio, cuya caballería de élite se extendía hacia el norte y el sur, solapándose en ambos extremos con la línea de reserva de Seleuco. Tenía grandes unidades de caballería lidia y frigia en cada extremo de su línea de cuñas, un poco ladeadas hacia el interior, como las astas de una gran bestia equina, a fin de rodear la reserva.

Sátiro sonrió al admitir que Demetrio estaba reaccionando con brillantez a la treta que Seleuco había urdido con la reserva.

Diodoro iba a enviar a los Exiliados contra los lidios del extremo norte de la nueva línea de Demetrio.

Sátiro apuntó su romboide hacia la punta de la cuña antigónida situada más al norte.

Deseó contar con más hombre, pero no los había.

Bajó la lanza, la agarró con ambas manos y apoyó los riñones contra el respaldo acolchado de su silla sakje.

—¡Al trote! —ordenó.

Los olbianos, jinetes natos medio sakje medio griegos, avanzaron. Tenían probada experiencia; casi todos habían servido como parte de la escolta en el río Tanais, nueve años antes. Los hombres del centro del romboide estarían sacando sus arcos de los *gorytoi*, lanzas en ristre. Incluso unas pocas flechas tiradas por lo alto momentos antes del choque causarían estragos en una formación enemiga, hiriendo a los caballos en los cuartos traseros. Kineas, su padre, Eumenes, Urvara y Srayanka, su madre, habían perfeccionado aquella táctica en el Mar de Hierba antes de que él naciera.

El cordón que mantenía juntas las mentoneras de su yelmo se había aflojado y se le clavaba debajo del mentón a cada salto del trote, pero su caballo de batalla trotaba con una ligereza y finura incomparables.

—¡Cerrad filas! —ordenó Eumenes a voz en cuello.

Sátiro logró echar la vista atrás; el romboide era como un ente con vida propia.

Un estadio.

Veía al hombre que sería su primer oponente; la punta de la cuña antigónida. Un aristócrata, un hombre nacido para la guerra.

A través de la estrecha visera de su yelmo, lo que Sático vio fue a un hombre que no montaba bien, a lomos de un caballo de menor talla que el suyo.

Flechas sueltas comenzaron a pasarle silbando junto a la cabeza puesto que los arqueros ya estaban tirando. Difícil fallar, incluso a aquella distancia y desde un caballo en movimiento, contra un objetivo que llenaba el horizonte.

Los antigónidas no tenían arcos.

La lluvia de flechas arreció; medio estadio, y la vida entera se reducía al ritmo del trote, el ruido de las flechas desgarrando el aire, el hombre con el que se iba a enfrentar.

Cincuenta largos de caballo.

Veinte largos de caballo.

—¡Ahora! —gritó a Artajerjes, su trompetero.

Las llamadas resonaron, y la punta de la cuña dio rienda suelta a sus monturas, y de una zancada su caballo de batalla se puso al galope; una descarga cerrada de flechas de señales pasó volando sobre sus cabezas, asustando a los caballos menos entrenados. Había caballos cayendo a lo largo de todo el frente antigónida, su cuña se hacía trizas porque las filas traseras intentaban cabalgar por encima de los muertos o, peor todavía, los heridos y las monturas fustigadas. La lanza de Sático atravesó al oponente que había elegido, la punta de la cuña enemiga; le perforó el peto y le salió por detrás como lo haría un punzón en un trozo de cuero, arrastrando consigo al jinete, que cayó del caballo...

Sático soltó la lanza, pues la punta nunca saldría de aquella herida, y desenvainó la espada mientras su caballo se empinaba y daba coces con las manos; dos golpes rápidos y un semental enemigo cayó muerto, dejando a su jinete atrapado bajo los cascos. Sático iba agarrado al cuello de su caballo, tajando con la espada; golpes fuertes que alcanzaban yelmos y espaldas con armadura, pero los soldados enemigos estaban hechos polvo y sus hombres los derribaron.

Los caballos de los lidios estaban cansados, eran de menor talla, habían recorrido un trecho de planicie más largo, y las flechas que caían del cielo los pillaron por sorpresa; las flechas de señales asustaban a sus caballos, y ya eran hombres muertos.

Pánico, su caballo de batalla, lo llevaba sin esfuerzo aparente a pesar de su armadura, como si apenas rozara el suelo. La sensación era de euforia, como el *daimon* del combate magnificado por el *daimon* de la velocidad.

«Pero preferiría estar en la cubierta de una nave», pensó Sático, no sin cierta incongruencia. Se preguntó dónde estaría Abraham; dónde estaría Miriam. Conservaba en la memoria la imagen nítida del prado de Tanais donde había montado de niño; donde había matado a la niña sármata.

Se había alejado de la cola de la cuña antigónida. En lugar de atravesarla

directamente por el medio, vio que su romboide había desmoronado la cuña para luego situarse a un lado. Miró para atrás; los caballos enemigos no tenían forma huir, atrapados contra las monturas mayores que descendían hacia las polvareda.

Incluso siendo vencedor, resultaba horripilante.

A su izquierda los hombres de Demetrio arrojaban lanzas contra los elefantes, liquidando a sus dotaciones. Tampoco era que fuese un enfrentamiento desigual; solo los antigónidas más valientes se atrevían a enfrentarse a las bestias, y muchos caballos eran reacios o huían, pero a las dotaciones de los elefantes también les costaba lo suyo causar bajas entre los jinetes.

Sátiro no conseguía ver a Seleuco en el otro extremo de la línea.

Más cerca, a su derecha, Diodoro cargó contra los lidios, y el combate se extendió hasta el recinto tapiado en torno a la casa; los hombres luchaban en distancias cortas, pecho de caballo contra pecho de caballo, el ardor de los Exiliados contra la superioridad numérica de los lidios. Los arqueros de la infantería de marina apostados en la granja descargaron sus flechas contra los caballos desprotegidos de los lidios desde el flanco.

Y entonces algo cedió. Los lidios se desplazaron. A pesar del polvo, Sátiro reparó en el movimiento. Había estado a punto de ordenar a Artajerjes que reagrupara a sus caballeros en el sector derecho, para ayudar a los Exiliados, pero los lidios se abombaron, y algunos hombres comenzaron a volver la vista atrás; hombres aterrorizados.

Crax había atacado la retaguardia de los lidios desde el olivar anejo a la granja donde había estado escondido; un truco sakje. Eran cien hombres contra dos mil, pero sus centelleantes armaduras de escamas y su súbita aparición en la retaguardia enemiga invirtieron la batalla, y de repente los lidios estaban instando a sus caballos a retroceder.

Igual que Diodoro, ubicado a menos de un estadio de allí, Sátiro había llegado a la conclusión de que ahora la granja era la cave de la batalla. Diodoro y Apolodoro la defendían.

Sátiro revoleó su espada y señaló el sur, hacia el flanco de la cuña siguiente.

—Toca reunión; reunión en la izquierda —ordenó a Artajerjes.

Nicéforo había extendido su derecha tan lejos como pudo permitírselo sin poner en entredicho la esperanza de que sus hombres resistieran cuando los atacaran. A pesar de su esfuerzo, había una abertura tan ancha como un *taxeis* entre su hilera de más a la derecha y la de más a la izquierda de Estratocles, y el ateniense había cargado, adentrándose en el campo de batalla con su flanco al descubierto, y había desaparecido en la polvareda.

De la polvareda salieron elefantes, en su mayoría solos, algunos con sus dotaciones. La abertura tenía aquella ventaja: los elefantes y los peltastas podían

pasar sin riesgo; una calle entre puntas de lanza.

Dos elefantes aparecieron juntos tan solo a unos pocos largos de lanza al oeste de su posición, ambos con sus dotaciones intactas, y los dos animales se empinaron y barritaron, emitiendo sonidos más aterradores que su brutalidad. Raudas como centellas, las bestias parecían sudar sangre; colmillos arrancados o rotos. Los piqueros de las *houdas*^[19] adversarias se hostigaban entre sí y contra el animal enemigo, y el arquero de la *houda* seléucida tiró furiosamente con un arco largo de caña, liquidando a los soldados de la dotación antigónida de uno en uno, hasta que el elefante antigónida dejó de luchar, a pesar de la sangre, a pesar de los continuos esfuerzos de su adversario, para aplastar con delicadeza la carne muerta de su *mahout*, caído desde su posición entre sus orejas. Después dio media vuelta emitiendo un lamento como el de una madre llorando a su hijo muerto y huyó.

Los hombres de Nicéforo rugieron su aprobación.

Y entonces Antígono salió de la nube de polvo.

Venían despacio, precavidos, con las lanzas bajas, marchando al paso más lento. Nicéforo vio a Antígono de inmediato, cerca de la hilera más a la derecha; todo un caballero.

El *taxeis* de Nicéforo solo tenía media profundidad en la sección derecha, de modo que si no quería arriesgarse a verlo descalabrado, tenía que avanzar. Nicéforo salió de la formación.

—¡Lanzas abajo! —rugió.

Y mientras las puntas relumbraron al moverse, bajó la suya.

—¡Niké! —rugió.

Tres mil voces le contestaron:

—¡Niké!

—¡Adelante! —bramó.

Y entonces el elefante, herido y furioso, se echó a correr a trompicones entre las dos falanges. Hombres de ambos bandos retrocedieron y, en cuestión de segundos, ambos bandos fueron como una maraña de madejas de lana, con filas en todas las direcciones, sin orden ni concierto mientras el elefante enloquecido de dolor chocaba por delante y por detrás, sufriendo profundas heridas de las lanzas de los hombres más valientes; aun así el elefante las rompía, agitaba la trompa, los colmillos con capuchones de bronce chorreaban sangre y excrementos mientras daba muerte a cuantos hombres alcanzaba hasta que ninguno se atrevió a tocarlo. Era la pesadilla de todo soldado: un elefante enloquecido atrapado en una falange. Los hombres murieron como trigo o cebada segados en época de cosecha.

Nicéforo resistió, clavó su lanza en el costado del elefante, pues las bestias enloquecidas no tienen aliados, y desenvainó la espada.

—¡Cerrad filas! —gritó—. ¡Formad otra vez!

Sus hombres empezaban a ceder terreno.

—*Apobatai!* —chilló—. ¡Mantened la formación!

Sus mejores hombres murieron allí, apoyando los hombros contra sus escudos, intentando empujar a los mejores hombres de Antígono mientras se defendían de los miles de golpes que asestaba el elefante enloquecido. Hincaron los talones y empujaron, dieron tajos por arriba y por abajo cuando sus lanzas se rompieron, dieron puñetazos y mordiscos cuando perdieron las espadas.

Nicéforo apuntaba a Antígono y se abría camino matando, avanzando paso a paso, con un ojo puesto en el elefante que seguía causando estragos a su derecha, pero en el caos de la melé, donde no había filas ni hileras, solo el torbellino de muerte del elefante y la visión del yelmo dorado con penacho rojo de Antígono, sacó fuerzas de flaqueza hasta el límite; tajar, un paso, levantar el escudo, otro paso...

Estaba a seis hombres de Antígono cuando perdió el mundo de vista.

—¡Id por su retaguardia! —gritó Melita a Lisímaco—. ¡Nosotros no ocupamos de esto!

Señaló con el hacha la pared maciza que formaban los piqueros antigónidas, formados en un cuadrado completamente erizado de puntas de bronce y acero.

Lisímaco, o bien lo entendió o bien tomó su propia decisión, y su lanza se alzó por encima de la derrota aplastante de la caballería enemiga y señaló primero al norte y luego al oeste. Sus Compañeros cabalgaron con él, así como Calicles y los tracios.

Pasaron con gran estruendo por detrás de los dos mil piqueros que resistían la ofensiva del sector izquierdo de la infantería antigónida; hombres que se habían enfrentado a unidades de caballería en Iso y en Arabela, para quienes las lanzas, las jabalinas y los cascos de caballo no eran motivo de espanto.

Melita se alejó hacia su gente, llamó a sus jefes, alzó el arco con el puño y señaló bruscamente a los piqueros.

Antes de que frenara, las flechas habían comenzado a volar.

Incapaces de responder, los piqueros cerraron filas, solaparon sus escudos y resistieron.

Pero los sakje no tenían amenaza alguna que combatir y se acercaron más, tirando a los pies, las espinillas y los rostros; los hombres y mujeres más jóvenes comenzaron a desafiarse entre sí. Una chica apenas adolescente, con trenzas rubias enrolladas en la cabeza, cabalgó a lo largo del frente de la falange, a un palmo del alcance de las *sarisas*, tirando contra las filas desde arriba, entre los vítores de los masagetas. Y detrás de ella, un muchacho, más audaz o enloquecido con la batalla, cabalgó derecho hacia la brecha que había abierto una flecha, una brecha que duró segundos, y metió a su poni en la brecha y los cascos del caballo y su espada corta hicieron estragos hasta que lo mataron; diez sarisas en el pecho y en su caballo. En un rincón de la melé, otra chica le echó el lazo a un filarco y lo sacó a rastras de entre las filas; el filarco cortó la cuerda y la mató de dos tajos de espada, pero quedó asaetado como un acerico. Antes de que su cuerpo cayera al suelo, Thyrsis saltó de su caballo a la espalda del

filarco, le rebanó el cuello y le arrancó la cabellera a la vista de sus hombres. Levantó la ondeante cabellera y gritó, y todos los sakje gritaron.

Desesperados, los argiráspidas cargaron, dispersando a los sakje, que huyeron como moscas de un matamoscas, pero los falangistas no consiguieron alcanzar a un solo jinete. Y los sakje se daban la vuelta y tiraban mientras cabalgaban libres, y murieron ancianos, hombres que había sobrevivido a cincuenta batallas.

Melita se detuvo con su estandarte junto a un pozo.

—Cambiad de caballo —ordenó.

Estratocles llevaba tanto rato luchando que ya no podía pensar. El brazo con el que manejaba la espada subía y bajaba por su cuenta; se agachó, con el escudo sacudiéndole el hombro; tenía la boca seca como el pergamino; y aun así seguían empujando.

Estaba desorientado, ya no sabía en qué dirección estaban el frente o la retaguardia.

Había perdido a Lucio y a Heracles, y solo los agudos alaridos del *eleu* le indicaban que los hombres que tenía detrás eran los suyos.

Quería desplomarse.

Tenía la mano roja de sangre de otros hombres, y también de la suya, y los dedos pegados a la empuñadura, y le parecía que tenía la mandíbula rota.

El brazo de la espada subía y bajaba.

Alguien gritaba como un cerdo asustado.

Sátiro tenía a sus caballeros a mano. Tuvo un momento para beber un trago de agua, para palmeaar el cuello de su caballo.

—Buen trabajo —dijo a su trompetero. El muchacho persa era valiente como un león.

Artajerjes sonrió de oreja a oreja.

Señaló más allá de Sátiro, que al volverse vio que otro escuadrón antigónida estaba formando para atacarlo. Otra cuña. Formaban tan deprisa que Sátiro sospechó que debían de ser los Compañeros antes de divisar el yelmo dorado, el penacho púrpura y el caballo blanco.

Demetrio en persona.

Sátiro señaló a Eumeles.

Eumeles asintió.

—Por eso estamos aquí —dijo.

Sátiro envainó de nuevo la espada. Alguna superstición, alguna devoción le dijo que no luchara contra Demetrio con el regalo de su anfitrión. Agarró el hacha sakje de mango largo que llevaba en la silla. La levantó con esfuerzo.

—Demetrio es mío —dijo. Respiró profundamente para aliviar el peso del peto y sus temores, y su nariz percibió olor a gato mojado.

A Demetrio lo fastidiaba que su caballería pareciese incapaz de penetrar la línea de elefantes, pero estos solo deslucieron su ataque sin mayores consecuencias. Casi ninguno de sus hombres murió; sus caballos simplemente se negaban a avanzar.

Fue la mayor frustración que hubiese conocido jamás, aquella victoria podía tocarse con las puntas de los dedos, las espaldas de las falanges enemigas estaban justo al otro lado de los elefantes...

... o de la caballería que cubría su flanco. Veía la falange de su padre, los Compañeros de a pie, avanzando hacia el este de la granja.

Era el momento.

Levantó la lanza.

—Toca a reagruparse —ordenó. Señaló a la derecha, hacia el flanco de las capas azules que se divisaban junto a la granja. Para cuando los hubiese hecho pedazos, los elefantes habrían sido eludidos. Olvidados.

La caballería enemiga comenzó a salir de la melé que tenía justo al sur.

Se rio, pues él era el Rey de la Tierra, y lanzó su reluciente espada al sol y la agarró al vuelo por la empuñadura, y sus Compañeros lo vitorearon.

Allí estaba Sático de Tanais, a un estadio, al frente de sus caballeros, y nada, nada en absoluto, podría haber dado más placer a Demetrio en aquel momento que cabalgar hacia la victoria sobre su selecto adversario.

Sus hombres, tan conscientes de la victoria como él mismo, entonaron el Peán.

Encima de la polvareda, el cielo era azul y, a los lejos, en los confines occidentales de la planicie, las montañas se elevaban pintadas de púrpura y lavanda; las más distantes, doradas bajo el sol del mediodía. Allí arriba, en el reino del éter, todo era paz. Un águila, el mejor de los augurios, trazaba un perezoso círculo a su derecha. O tal vez era un cuervo.

Sático escupió agua y levantó el hacha.

—Adelante —dijo. Se volvió en la silla, satisfecho con sus últimos planes. A Eumenes le dijo—: Cuando vaya a por Demetrio, quedaos quietos. No me sigáis.

Eumenes se sorprendió. Detrás de él, unas voces entonaron la Canción de Atenea que los *hippeis* de Olbia cantaban desde que Kineas fue su caudillo.

*¡Ven, Atenea, ahora más que nunca!
¡Permítenos conocer tu Gloria!
¡Ahora, oh Señora y Reina, a ti oramos,
concede a tus siervos la victoria!*

Sátiro estaba a cincuenta largos de caballo de Demetrio cuando hincó bruscamente los talones en los ijares de *Pánico* y salió disparado como una flecha. Demetrio llevaba armadura completa.

Su caballo, no.

Los actos de Sátiro eran apresurados, pero disponía de todo el tiempo del mundo porque eso era lo que Srayanka les había hecho practicar desde que aprendieron a montar. Y porque tenía la batalla en la palma de la mano. Su mano izquierda. La mano del arco.

No era preciso que matara a Demetrio pero tenía que detenerlo. Tenía que detenerlo completamente. A toda costa.

Llevaba el hacha sujeta a la muñeca, el mango se prolongaba por su brazo derecho hasta casi tocar el astil de la saeta que ya tenía preparada, y el arco apareció en su mano como si estuviera practicando con los chicos y chicas en el Mar de Hierba, y una flecha se alojó por sí misma en la cuerda, con el culatín bien encajado y la cuerda cada vez más tensa; el pulgar de tirar en la comisura de los labios...

La conmoción de Demetrio cuando su caballo se desmoronó, la saeta de Sátiro hundida hasta las remeras en el cuello del corcel. El arco de nuevo en el *gorytos* porque si no su madre gritaría, el hacha en alto y el juego de muñeca que envió al Hades al segundo hombre de la cuña, y *Pánico* hizo honor a su nombre y se abrió paso entre caballos menores como si fueran briznas de hierba.

Sátiro tiró a otro enemigo de su montura y tuvo tiempo de pensar «he derribado a Demetrio» antes de que un golpe lo pillara desprevenido. Lo vio venir... Supo que no lo pararía a tiempo... Levantó el mango del hacha...

Estratocles luchaba contra un adversario, le dio un golpe con el borde del escudo, después un puñetazo y, cuando se desplomaba, intentó arrebatarse la lanza pero ya no lograba cerrar la mano. La lanza cayó al suelo y Estratocles se quedó mirándola, como atontado.

Hasta donde le alcanzaba la vista en medio de la polvareda, solo había hombres matando a otros hombres.

Levantó el escudo guiado por el mero instinto, apoyó la mano agarrotada en el *porpax* para así hacer más fuerza. Le hirieron en el muslo pero se mantuvo de pie.

—¡Agáchate! —gritó Lucio, y Estratocles se dejó caer.

Se metió como una tortuga debajo del escudo y por tanto no vio a Platón y Gorgias atacar a los hombres con los que se había enfrentado, matando a dos. Tampoco vio a Lucio decapitar a otro hombre de un solo revés de su *kopis*.

Entonces Lucio le tendió una mano.

—No sabía que fueras un héroe —dijo.

Estratocles no tuvo claro si se lo había dicho con ironía, de modo que se limitó a sonreír. Le faltaba energía para decir... cualquier cosa.

Incluso beber de su cantimplora era casi demasiado.

Se oían gritos por la izquierda.

Y vítores por la derecha.

—No estamos combatiendo —aventuró Estratocles.

Lucio se detuvo y escuchó.

—Ares, llevas razón.

—¿Dónde está Heracles? —preguntó Estratocles.

—Caído. Muerto o herido, no lo sé. —Lucio se encogió de hombros—. Te he seguido a ti.

Conservaba parte de su *taxeis*; era difícil saberlo con certeza, pero casi todos los hombres que tenía alrededor habían estado en la primera o la segunda fila. Los vítores que oía a su derecha podían ser de cualquiera, pero si eran vítores antigónidas, significaba que toda la línea estaba destrozada. Por otra parte, si eran vítores seléucidas...

Al fin y al cabo, habían derrotado a sus adversarios, ¿no?

Saberse tan ignorante de su propia situación le hizo tener ganas de reír. Estratocles *el Informante*, el gran espía, perdido en un campo de batalla en el que era incapaz de distinguir a los amigos de los enemigos.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lucio.

—De mí —contestó Estratocles—. ¡Conversión a la izquierda! ¡Reagrupaos, cabrones! ¡Atenea! ¡Atenea!

Apolodoro dirigió su tercera carga desde la granja contra el flanco de la falange enemiga. Se había percatado de que lo único que mantenía unidos a los hombres de Nicéforo eran precisamente aquellos ataques relámpago.

Todos y cada uno de los soldados apostados en la granja luchaban por su vida. Andrónico había situado en la tapia a su *taxeis* de élite y a cuantos hombres logró reunir.

Apolodoro sabía que estaba defendiendo el eje de la alianza. Sabía que los Exiliados estaban muriendo en los campos del suroeste para mantenerlo con vida, e hizo cuanto estuvo en su mano por darles apoyo con flechas y jabalinas; pero seguían muriendo.

—¡Nicéforo ha muerto! —se oyó gritar a un soldado por la derecha, presa del pánico.

Apolodoro deseó que hubiera alguien que le dijera qué debía hacer, pero no era un hombre dado a perder el tiempo.

Se echó a correr a lo largo de la tapia, saltó junto a lo que quedaba de la hilera del flanco de los lanceros de Nicéforo y arrebató una *sarisa* a un hombre asustado.

—¡Nicéforo vivirá para siempre! ¡Y nosotros también! ¡Adelante! —gritó, y el eco de la tapia de piedra, o la voz de Atenea a su lado, pareció amplificarle la voz

para convertirla en la voz de un dios.

Tal vez nunca avanzaron, pero resistieron el tiempo que tarda en latir cincuenta veces el corazón de un hombre.

Y entonces oyeron los gritos:

—¡Atenea, Atenea!

Los soldados tienen su propia manera, ajena a la comprensión racional de la carnicería, el caos y el miedo, de abrirse camino en lugares de los que ningún otro hombre saldría con la mente intacta, de mantenerse firmes cuando la mera razón exige huir. Igual que los marineros, los soldados son supersticiosos porque en el fondo de sus corazones saben que el mundo de la melé no está al alcance de la comprensión racional.

Los hombres de Nicéforo, horrorizados por el elefante y desmoralizados por la muerte de su comandante, habían resistido. Y en cuanto oyeron el grito de Atenea supieron que no habían perdido.

Habían vencido.

No fue una decisión racional, pues el lugar donde estaban quedaba encajonado entre la mejor infantería de Antígono y la avanzadilla de la caballería de Demetrio, unos cuantos jinetes desperdigados que iban cruzando las líneas de los Exiliados y de los olbianos de Sátiro, y que dos minutos antes habrían bastado para hacerlos huir despavoridos.

Ahora, en cambio, irguieron la espalda, afianzaron los pies, se pusieron de cara al enemigo y acometieron.

En su segundo avance, Melita condujo a sus caballeros en torno a la formación enemiga, disparando mientras cabalgaban; convirtió la larga línea de tiro de sus caballeros en una alineación de a tres en fondo, enfrentada a la esquina más occidental del rectángulo macedonio; y empezaron a llover flechas a cántaros.

En el lado contrario, los jóvenes de las tribus sakje se aproximaron demasiado y fueron ensartados como peces en espetones, pero tiraban una y otra vez, tan de cerca que una pesada flecha de guerra podía atravesar un *aspis* y clavarse en el brazo de un anciano, o rebotar en el borde y romperle la nariz. Y los escudos de los ancianos comenzaron a desplomarse; ¿quién es capaz de sostener un escudo a la altura de la nariz durante una hora?

Los macedonios cargaron de nuevo.

Esta vez, los caballeros de Melita no huyeron tan lejos... y en seguida dieron la vuelta a sus caballos. Melita empujó a su yegua, peligrosamente cerca de perder el equilibrio y caerse, y salió como una exhalación. Los macedonios se habían dispersado al cargar y Melita estaba en medio de ellos, matando con el hacha, y de pronto volvieron a cerrar a filas, dejando una alfombra de cadáveres y un rectángulo más reducido.

Eran unos guerreros espléndidos.

Melita tenía intención de matarlos a todos.

Un muchacho, un muchacho entusiasta, disparó a un filarco encima de la rodilla, dio un chillido y metió a su poni en la brecha. Un macedonio todavía más osado clavó su lanza en el caballo del muchacho; el caballo se estremeció y cayó, arrojando contra el frente del rectángulo al muchacho, que fue a caer sobre seis hombres y veinte puntas de lanza...

Tan rápido como una trucha pica un señuelo en un arroyo de montaña, una par de muchachas se metieron en la brecha, disparando mientras cabalgaban; una murió en el acto, partida en dos por un *kopis*, pero el caballo de la otra arrolló a los hombres prácticamente desarmados de las filas sexta y séptima y murió allí, mientras su amazona cortaba con el puñal pies de enemigos calzados con sandalias. Otro muchacho se precipitó por la brecha ensanchada, echó todo su peso para delante y murió, al alcanzarlo por la espalda la pica de un veterano con veinte años de experiencia...

Thyrsis cabalgó derecho a la brecha, mató a un filarco con el hacha y, cuando su caballo comenzó a hundirse sobre la grupa, el Aquiles sakje lo apremió con su voz y el caballo se levantó, impulsado por unas ancas del tamaño de postes de vallado, y dio un salto, y Thyrsis se vio en medio del rectángulo de los argiráspidas.

Y entonces, más deprisa de lo que incluso Melita pudo comprender, su pueblo los cercó, la nube de polvo creció y después...

Solo había sakje.

Sátiro volvió en sí con Eumenes en un lado y su trompetero persa en el otro. Estaba tendido en la loma de encima del patio de la granja, y el fragor de la batalla, los pulmones de Ares, hacían casi imposible oír lo que Eumenes estaba diciendo.

La cabeza le retumbaba y le dolía... todo.

—Tu yelmo. ¡Estás en deuda con el herrero! —dijo Eumenes. Sostenía un trapo húmedo sobre la cabeza de Sátiro—. Me parece que no tienes el cráneo roto.

Fue recuperando la memoria poco a poco.

—¡Derribé a Demetrio! —dijo.

Eumenes asintió.

—Hemos intentado hacernos con su cuerpo. Sus hombres han luchado como leones. —El arconte de Olbia sonrió—. Nosotros, también. Hemos recuperado tu cadáver, y ellos, el suyo. Nos ha parecido un buen trueque cuando hemos descubierto que estabas vivo.

Sátiro se incorporó y deseó no haberlo hecho. Era como si llevara una corona de espinas en la cabeza.

—¡Heracles! —dijo, levantando la voz.

Eumenes le puso una mano en el hombro.

—Ganemos o perdamos, hemos terminado. Mis caballos no volverán a cargar y las monturas de refresco están a seis estadios de aquí, detrás de los elefantes.

—Ponme de pie —dijo Sátiro.

Una mano grande y peluda apareció en su visión periférica, le agarró el brazo y tiró.

—He aguardado —dijo Alejandro—. Tienes una pinta espantosa. ¿Qué hacemos ahora?

Sátiro sonrió forzosamente.

—Heracles —rezó, agradecido.

El patio de la granja era un osario, y los Exiliados estaban cediendo ante los lidios; o tal vez frigios o misios. No tanto cediendo como muriendo.

Pero al otro lado del patio de la granja la falange de Antígono estaba en apuros.

Sátiro se obligó a volver la cabeza.

—Cármides, desmonta a la escolta. —Tomó un trago de vino, vino sin aguardar que le ofreció Eumenes—. Eres mi favorito —dijo Sátiro al arconte de Olbia.

—¿Estás loco? —preguntó Eumenes con admiración. Detrás de él, Coeno negó con la cabeza.

—Alejandro, forma a tus peltastas en filas tan cerradas como puedas. Vamos a cruzar el patio de la granja para atacar a la falange enemiga.

Miró al gigantón a los ojos, y este asintió.

—Podemos hacerlo —dijo Alejandro, razonablemente.

Cármides formó a los infantes de marina supervivientes al frente de la multitud de peltastas. Los *hippeis* de Olbia desmontaron y se sumaron a ellos. En total, tenían bastantes hombres, encabezados por un frente poco numeroso de soldados con armadura completa; armadura de la cabeza a los pies, de hecho.

Sátiro desenvainó la espada, respiró profundamente y tragó bilis. Tuvo que refrenar las ganas de vomitar. No había tiempo.

Bebió otro trago que le ofreció su trompetero, agua esta vez, y Heracles le despejó la cabeza para que pudiera verlo todo. Vio morir a Crax debajo del árbol que había detrás de la granja, el último hombre de un puñado de valientes, y un círculo de enemigos a sus pies. Vio a Diodoro, todavía montado, todavía combatiendo, y a Carlo, el germano, con un hacha, cubriéndole la espalda. Vio a Apolodoro al frente de los falangistas de Nicéforo. Y vio a Antígono, un anciano cansado, señalando a los Exiliados casi desmoronados y gritando.

—Ahora o nunca, chaval —dijo Coeno.

—Seguidme —gritó Sátiro, y se echó a correr cuesta abajo hacia el patio de la granja.

Chocaron contra los hoplitas enemigos al intentar asaltar el patio desde el flanco, los dispersaron o mataron, y entonces los infantes de caballería y los olbianos se abalanzaron sobre el flanco abierto de los Compañeros de a pie antigónidas, hombres fuertemente armados con hachas y espadas.

Los peltastas tenían otras ideas. La desesperada melé no era de su agrado. En cuanto el patio de la granja quedó despejado y los infantes de Apolodoro que habían sobrevivido vitoreaban como héroes al tiempo que daban caza a los últimos antigónidas escondidos en los establos, los peltastas corrieron a la tapia y arrojaron todo lo que tenían, cada jabalina acaparada, cada lanza y después piedras de la tapia, contra la esquina derecha del frente de la falange antigónida.

Sátiro se encontró prácticamente solo, cara a cara con hombres mejor dispuestos, luchando por su vida. No tenía ni idea, pero a dos largos de caballo Antígono *el Tuerto*, el terror de Asia, el más grande estratega de su tiempo, estaba muerto, con un par de jabalinas en el pecho y el yelmo aplastado por una piedra que había lanzado un peltasta tracio. Y, con su muerte, la falange pareció morir. Una vez más, la noticia de su pérdida pareció transmitirse al instante a todos y cada uno de los hoplitas de su ejército.

Los Compañeros de a pie se vinieron abajo.

Junto al olivo de detrás de la granja, Diodoro estaba montado en su exhausto caballo de batalla, entre cuyas patas yacía el cadáver del galo Andrónico, a quien diez hombres habían matado. Había media docena de lidios cautelosos enfrente de Diodoro. Ya había matado a dos. Tenía una lanza en la mano y, puesto que aquello era el final, no tenía por qué rendirse y vivir un día de derrota.

«Vencer o morir sin conocer la derrota. ¿No era eso lo que los hombres pedían a los dioses?»

»Adiós, Safo. Has sido la alegría de mi vida.

»Kineas, voy a tu encuentro, y como mínimo me llevaré a uno más de estos cabrones conmigo».

Hizo retroceder un paso a su caballo, la rienda corta, y vio que una oleada de peltastas saltaba la tapia del patio de la granja, persiguiendo a unos lidios. Su desenfreno era tal, que pensó que tenían que ser hombres muertos de miedo, hombres que huían en desbandada.

Los seis lidios volvieron la cabeza casi como un solo hombre.

Uno recibió una pedrada en la sien y cayó. Diodoro arrancó la lanza del cuerpo de un lidio y se la clavó a otro.

Diodoro alcanzó a ver hombres que conocía: el arconte de Olbia, el joven Eumenes, que ya no era un muchacho sino un adulto. Blandía un hacha en alto, y de súbito los lidios desaparecieron.

El caballo de Diodoro murió gallardamente. Dio tiempo a Diodoro para que desmontara y después se dejó caer al suelo, fiel hasta el último suspiro. Diodoro se quedó de pie a la sombra del olivo con una lanza en la mano.

Cuando Eumenes llegó para abrazarlo, tenía a cincuenta soldados de caballería en torno a él, y se las arreglaron para componer algo semejante a una formación en el

lugar donde el galo Andrónico había muerto, porque, igual que Diodoro, estaban vivos. Y eso significaba que debían mantenerse a la altura de las circunstancias.

Eumenes lo abrazó.

—¡Hemos... vencido! —dijo, como si no acabara de creérselo.

Diodoro soltó un largo y profundo suspiro.

—Entonces supongo que estoy vivo —respondió. Pensó en Niceas y Graco, en Filocles, en Crax y Andrónico, en Kineas y todos los demás.

Uno de sus soldados de caballería más jóvenes, un muchacho nuevo de Atenas, estaba bebiendo.

—¿Puedo ofrecerte un trago, señor? —preguntó a Diodoro.

«Un muchacho bien educado», pensó Diodoro.

—¿Qué hay en esa cantimplora, chaval?

El muchacho sonrió.

—Vino, señor.

Diodoro cogió la cantimplora y derramó la mitad de su contenido en el suelo empapado en sangre.

—¡Niké! —dijo.

Miriam llegó a Tanais después de que la caída de la última guarnición de Plistias abriera la Propóntide al tráfico marítimo aliado, y se embarcó en la primera nave que zarpó hacia el Euxino. La nave de su hermano.

Desembarcó en Tanais y Terón la llevó a la ciudadela, donde se sintió forastera. La llevó al ágora, donde se sintió forastera, y a la sinagoga, donde judíos alejandrinos que conocía desde la infancia hicieron que se sintiera... forastera.

«Si me quedo aquí —pensó—, esta será mi vida. Siempre seré una extraña».

El tercer día de desasosiego, estaba en el ágora.

—¿Lo reconoces? —le preguntó Abraham, señalando la estatua de bronce dorado sobre su pedestal de mármol.

Miriam se encogió de hombros.

—No puedo leer lo que pone —dijo—. Conocí a Filocles pero no me lo imagino cubierto de oro.

Abraham se rio.

—Es Kineas, el padre de Sático. Y aquella mujer debe de ser la famosa Srayanka.

Miriam asintió. El corazón le palpitaba en el pecho y le faltaba el aliento. Sentía algo semejante a la ira.

—Nada de estatuas para nuestros padres, por descontado —dijo.

—¡Miriam! —exclamó Abraham.

—¿Sabes una cosa, hermano? Te pones armadura cuando te viene bien, mandas una nave de guerra cuando te viene bien. Juegas a dar de comer a la flautista... según dicen. Deja de fingir que tu hermana te impresiona con lo que dice. Ahora mismo hay muchas cosas que no me gustan.

—¿Quieres marcharte? —preguntó Abraham.

—No, hermano, quien quiere marcharse eres tú. Quieres marcharte y unirte a la falange y salvarlo. Te estás muriendo de ganas de hacerlo.

Cruzó los brazos.

Detrás de ella. Aquiles y Ajax cruzaron una mirada y se alejaron unos pasos.

Abraham no perdió la calma.

—Es demasiado tarde —dijo—. Si León está en lo cierto, combatieron unos cuantos días cuando salimos victoriosos de la ciudad. —Se encogió de hombros—. Cuando asumí el mando sabía que quizá me perdería la batalla. Es a León a quien compadezco.

—¿Por qué tienes que ser tan implacablemente bueno? —preguntó Miriam.

Dio media vuelta y vio que sus tres curtidos asesinos no cabían en sí de alborozo.

Terón cenó con ellos, insistió en que Aquiles, Ajax y Ulises asistieran a la velada, y los atendió el mayordomo.

El físico de Terón no acusaba el paso de los años... aparentemente. Su aspecto era espléndido a la luz de las lámparas, y los obsequió con un poco de poesía, les sirvió el vino en persona e hizo lo posible para hacer feliz a Miriam.

A la mañana siguiente, apareció en la puerta de su habitación. Detrás de él había una mujer encantadora que tendría unos treinta años.

—Hola, soy Calixta —dijo, entrando en la habitación de Miriam—. Según dice Terón, necesitas que te den ánimos.

Miriam negó con la cabeza.

—No lo sé.

Calixta sonrió. Era guapísima y tenía los refinados modales de las grandes damas. Las grandes damas helenas.

—Eres la mujer a quien Sátiro quiere. Si tú lo quieres a él, eso es lo único que debe preocuparte.

Miriam miró a aquella dama y la odió en el acto, al menos en parte por su cejas perfectamente depiladas, sus pechos cónicos y su exquisito peinado.

—Soy judía —dijo, con trágica rotundidad.

Calixta permaneció callada un momento y después asintió.

—¿Nunca coincidimos en Alejandría? —preguntó.

Miriam negó con la cabeza.

—Las buenas chicas judías —dijo Calixta— no se mezclan con esclavas prostitutas. Fui *porne*, y después cortesana; esclava, y después liberta. Y ahora soy la esposa de Terón. En Alejandría, sería una vergüenza para él. En Tanais —prosiguió con serena felicidad—, somos quienes deseamos ser. Es todo lo que puedo decirte. Traes lo que tienes aquí y haces lo que quieres.

—Haces que parezca fácil —dijo Miriam. La avergonzaba, mortificaba, que aquella mujer hubiese tenido que superar diez veces los obstáculos que ella había superado.

—Mi marido dice que cada combate es el único combate; es lo que dice a propósito del pancracio. —Se encogió de hombros—. Es válido para todo el mundo. Este es tu desafío: ¿estás preparada para ser reina? Porque Sátiro quiere una aliada, no una compañera de cama. Hace mucho tiempo que lo conozco.

—¿Y has sido su compañera de cama? —preguntó Miriam, con una acritud que lamentó de inmediato.

Calixta se puso de pie, la viva imagen de la elegancia.

—Ta vez sí, tal vez no. Nunca te lo diré. Y a ti, querida, no debería preocuparte puesto que eso pertenecería a un mundo diferente, ¿no es así? Nunca he sido su compañera de cama en Tanais. Aquí solo me acuesto con un hombre, y solo cuando lo deseo. Para mí es como el paraíso. Y ahora puedo marcharme, o quedarme y entretenerte con música y poesía.

Miriam se encontró de pie, sintiéndose muy descortés.

—Quédate y bebamos vino.

Calixta sonrió y se dejó caer en una silla.
—Cuéntame cómo es lo de ser judía —dijo.

Banugul vendió su cargamento, puso dinero en manos de banqueros y aguardó impaciente. En una ocasión bebió demasiado y lloró por Heracles y por Estratocles. Por lo que perdería si murieran.

Una nave de León se deslizó dentro del puerto, sostenida por las alas de sus remos, sostenida por las alas de Niké.

León en persona iba a bordo, así como Nihmu, su esposa sakje, y le hicieron una visita. Le dijeron que Seleuco y los aliados eran vencedores absolutos, y que Heracles perdería el brazo izquierdo a la altura del codo pero que estaba fuerte como un roble.

—No volverá a combatir —dijo León. Saltaba a la vista que no sabía cómo sería recibida aquella noticia.

Banugul se puso de puntillas y le dio un beso.

—¡Ajá! ¡Amo su brazo perdido! —dijo—. ¿Va a venir a casa?

—Cuando pueda viajar, vendrá aquí —respondió Nihmu—. Y Estratocles está vivo. No más herido que otros hombres, y es muy popular. Te envía esta carta.

Banugul leyó la carta y acto seguido se echó a llorar tanto que se le corrió el *khol* de los ojos, y solo el hombre que la amaba de verdad la habría encontrado guapa.

Nihmu y León, que habían esperado una reacción muy diferente, se levantaron para irse.

—¡Estratocles juró que te pondrías contenta! —dijo Nihmu.

Banugul tiró la carta.

—Y lo estoy —respondió—. He estado sola demasiado tiempo con mis guardias como única compañía. Y eso me recuerda... un asunto pendiente.

Se explicó.

León vio a Amastris a solas en su visita siguiente, le entregó la carta oficial de su marido Lisímaco, y también ella lloró. Entonces León reclamó al capitán de la guardia de Amastris, que lo acompañó a la salida y fue detenido de inmediato por dos filas de infantes de marina de León.

Estos procedieron a bloquear seis callejones y dos calles del barrio de los extranjeros con la despiadada eficiencia de quien tiene demasiado que perder y no quiere correr riesgo alguno. Además, habían desalojado un sinfín de vecindarios durante los últimos veranos. Sabían cómo hacerlo.

Los hircanos y los sogdianos de Banugul habían efectuado la exploración y tomaron por asalto el edificio, matando a cuantas personas encontraron, fueran esclavas o libres. Isocles y su gente se sorprendieron tanto que en su mayoría iban desarmados. Los hircanos no se perturbaban por tales nimiedades.

Sacaron a rastras a la calle a Isocles, que maldecía con su extraña voz.

—Tengo amigos aquí. Todos los hombres de la guardia, todos los cortesanos son

míos. Eres hombre muerto —le dijo a León.

—Dame sus nombres —exigió León.

Cuando lo hubo hecho, un infante lo degolló.

Y Fiale, a quien habían prendido entre gritos, lo observaba todo con creciente horror, y finalmente se arrojó a los pies de León.

—¡Me habría matado! —chilló—. ¡Oh, León, tú siempre has sido mi amigo! —
Le agarró las rodillas—. ¡Misericordia, señor!

León titubeó. Fiale era muy guapa. La recordó bailando en una fiesta...

Dejó de estar tan guapa cuando Nihmu le clavó una flecha en la garganta.

—Aquí tienes mi misericordia —dijo Nihmu—. No la he desfigurado.

Miró a su marido y sonrió.

—Hombres —dijo, y se agachó para recuperar su flecha.

Epílogo

Sátiro desembarcó de su nave insignia y se encontró con que Terón y León habían organizado una recepción como las que los alejandrinos solían ofrecer a Tolomeo; en miniatura, y a un coste considerablemente menor, según ambos aseguraron a su rey, sonriendo de oreja a oreja.

La caballería de Olbia cumplió un último deber para con su rey, escoltándolo a su palacio, y los hoplitas se alinearon flanqueando las calles. Los campesinos tracios, meotes, sindi y sakje, todos los hombres y mujeres que no habían sentido la caricia gélida de la guerra, se apretujaron a sus espaldas y chillaron hasta quedarse roncós.

En el ágora, los Exiliados que habían sobrevivido a la batalla desmontaron entre las estatuas de Kineas y Srayanka.

Diodoro los reunió por última vez y satisfizo las pagas adeudadas.

Y los sacerdotes de Apolo y Heracles, de Atenea y Zeus hicieron sacrificios, y toda la población se juntó para cantar el Peán.

Sátiro los abrazó a todos; un hombre tras otro, los amigos de su padre y sus propios amigos. Su paciencia fue infinita... porque ya sabía que ella estaba allí. Miriam lo estaba aguardando.

Departió con un hombre tras otro y, finalmente, cuando hubo terminado de atender a los hombres y a los dioses, subió la escalera que lo conduciría hasta Miriam.

No era consciente de ello, pero no había tenido mejor aspecto en toda su vida que en aquel momento, con la capa militar azul, armadura y un quitón blanco recién lavado.

La escalera le pareció considerablemente larga, y abrigaba alguna duda por más que Abraham lo hubiese abrazado al pie de la escalera como si nunca tuvieran que separarse.

No obstante, cuando la vio en compañía de Banugul, Safo y Calixta, supo que su caso había sido argumentado y que el jurado estaba a su favor.

Se miraron a los ojos.

Miriam le dedicó la sonrisa pícara que Sátiro recordaba de casa de su padre. Miriam sacó la punta de la lengua.

Entonces algo abandonó su ser, algún efecto secundario de las heridas, o el último espíritu del golpe en la cabeza, o simplemente un persistente veneno maligno, y lo embargó la *eudaimonia*. Se acercó a ella y, con sumo atrevimiento, se agachó para besarla en público.

Los ojos de Miriam le dieron a entender que después pagaría por semejante exceso de confianza, pero no se arredró.

—¿Te casas conmigo? —preguntó Sátiro.

—¿Cómo dices? ¿Sin preliminares? —respondió Miriam—. Me han dicho que se te dan muy bien los discursos.

—¿Te casas conmigo? —preguntó Sático otra vez.

—¿Esto es lo que entiendes por cortejar? —preguntó Miriam.

—Es el momento en que todas las personas que amo están juntas, y tengo prisa.

Sonrió.

Y Miriam sonrió.

Y en algún lugar más allá del borde del mundo marchaban ejércitos. Pirro de Epiro se preparaba para invadir Sicilia, y Casandro asediaba Corfú, e incansables conspiradores y curtidos asesinos de ambas márgenes del Mediterráneo se enfrentaban unos a otros en mesas y campos de batalla.

Sin embargo, en el norte del Euxino, el grano crecía en interminables llanuras que la guerra no había asolado. Los labriegos araban la tierra y los olivares daban aceitunas, aunque fueran pequeñas, y los sakje y los sármatas, los meotes y los sindi, los griegos de las ciudades, hombres de toda clase y condición, habían colgado sus escudos en la paredes y sus hachas y espadas en las campanas de sus chimeneas y hacían bebés. Y cereales, plata y oro. Y los hombres mayores contaban a los jóvenes cómo era el mundo cuando Niceas defendió el patio delantero de Hircania, cuando Filocles cayó salvando Alejandría, cuando Kineas derrotó a Alejandro, cuando su rey guerreó contra el Tuerto y salvó Asia.

Mas también pusieron cuidado en decir a sus hijos e hijas que en la guerra había sangre y tormento, ardor y muerte, muchos perdedores y pocos vencedores.

Podría haber durado para siempre, aquel paraíso.

En realidad, les quedaban menos de treinta años.

Pero los emplearon bien.

Glosario

Airyánám (avestano). Noble, heroico.

Aspis (griego clásico). Escudo redondo, grande y muy cóncavo que solían llevar los hoplitas griegos (no así los macedonios).

Baqca (siberiano). Chamán, mago, hechicero.

Cítara (de griego clásico). Instrumento musical semejante a la lira.

Clámide (del griego clásico). Prenda semejante a una capa, hecha de una única pieza de tela, de tejido prieto y tal vez incluso hervido. La clámide solía prenderse con broches en el cuello y se llevaba como una capa, pero también podía echarse sobre los hombros y prenderse debajo del brazo izquierdo o derecho para usarla como prenda de vestir. Los hombres libres a veces aparecen desnudos con una clámide, pero rara vez aparecen con quitón y sin clámide; la clámide, no el quitón, era la prenda esencial, o al menos eso parece. Tanto hombres como mujeres usaban clámide, aunque de manera distinta. Una pieza de tela de 180X270 cm parece permitir un correcto drapeado y tener la longitud que le corresponde.

Daimon (griego clásico). Espíritu.

Efebo (del griego clásico). Hoplita novato, joven que acaba de comenzar la instrucción para ingresar en las fuerzas armadas de su ciudad.

Epilektoi (griego clásico). Los hombres elegidos de la ciudad o de la falange; soldados de élite.

Estadio (del griego clásico). Medida de longitud que equivale a 1/8 de milla, la distancia que se recorre en un estadio, 178 m 30 estadios equivalen a una parasanga.

Eudaimia (griego clásico). Bienestar. Literalmente, «con buen espíritu». Véase *daimon*, arriba.

Falange (del griego clásico). Formación de infantería utilizada por los hoplitas griegos en la guerra, de ocho a diez columnas en fondo y tan ancha como las circunstancias permitían. Los comandantes griegos probaron formaciones con más y menos columnas pero la falange era sólida y muy difícil de romper, presentando al enemigo un auténtico muro de puntas de lanza y escudos, tanto en la versión macedonia con picas como en la griega con lanzas. Además, falange puede aludir al grueso de los combatientes. La falange macedonia era más profunda, con lanzas más largas llamadas *sarisas*, las cuales suponemos que eran como las picas que se usaron en tiempos más recientes. Los miembros de una falange, sobre todo de una falange macedonia, a veces se denominan *falangistas*.

Filarco (del griego clásico). El comandante de una fila de hoplitas, que podía ser

de hasta dieciséis hombres.

Gamelia (griego clásico). Una festividad griega.

Gorytos (griego clásico y posiblemente escita). El carcaj abierto por arriba que llevaban los escitas, a menudo muy ornamentado.

Himatión (del griego clásico). Prenda consistente en un amplio manto de no menos de 3 m de largo por 1,5 m de ancho, que cubría el cuerpo y un hombro y que usaban tanto los hombres como las mujeres.

Hiparco (del griego clásico). El comandante de la caballería.

Hipereta (del griego clásico). El trompetero del hiparco.

Hippeis (griego clásico). En el ámbito militar, la caballería de un ejército griego. En sentido general, la clase de la caballería, sinónimo de caballeros. Usualmente los hombres más ricos de una ciudad.

Hoplita (del griego clásico). Soldado griego de infantería que porta un *aspis* (el escudo redondo grande) y combate en la falange. Representa a la clase media de hombres libres en casi todas las ciudades, y si bien a veces parecen caballeros medievales por su aspecto, también son la milicia de la ciudad y en sus filas se cuentan artesanos y pequeños granjeros. A principios de la época clásica, un hombre con tan solo doce acres de cultivo tenía derecho a portar *aspis* y servir como hoplita.

Hoplomachos (griego clásico). Hombre que enseñaba a luchar con armadura.

Kline (griego clásico). Diván o cama en el que los helenos tomaban las comidas y quizá también usaban para dormir.

Kopis (griego clásico). Puñal o espada de hoja curva, bastante parecido a un moderno Ghurka kukri. Aparecen con frecuencia en el arte griego, e incluso parece que algunos cuchillos de comer se hacían con esta misma forma.

Machaira (griego clásico). La pesada espada de la caballería griega, más larga y resistente que la espada corta de la infantería. Su objeto es dar más alcance al jinete y no es útil en la falange. También es aplicable a cualquier otra arma blanca de puño.

Parasanga (del griego clásico, del persa) Medida de longitud equivalente a 30 estadios. Véase más arriba.

Pous (griego clásico). Medida de longitud de aproximadamente un pie (33 cm).

Prodromoi (griego clásico). Exploradores; los que corren delante o primero.

Psiloi (griego clásico). Soldados de infantería ligera, por lo general armados con arcos y hondas, y a veces jabalinas. En las guerras de las ciudades estado griegas, los *psiloi* se reclutaban entre los hombres libres más pobres, aquellos que no podían costear la carga económica de una armadura de hoplita y el entrenamiento diario en el

gimnasio.

Quitón (del griego clásico). Prenda semejante a una túnica, confeccionada con una sola pieza de tela doblada por la mitad, prendida con broches o alfileres en el costado, el cuello y los hombros, y con un cinturón por encima de las caderas. El quitón masculino podía llevarse largo o corto. Si se llevaba muy corto, o estaba hecho con una pieza de tela pequeña, a veces se denominaba *chitoniskos*. Suponemos que la mayoría de quitones se confeccionaban con una pieza de tela de 180X270 cm aproximadamente, y que mediante el cinturón y los pliegues se ajustaba su longitud. Los broches, los pliegues y los cinturones podían ser sencillos o muy elaborados. En Grecia la mayoría de estas prendas se hacían de lana. En el Este, es posible que se prefiriera el lino.

Sastar (avestano). Tiránico. Un tirano.

Spola (griego clásico). Pieza de la armadura que protege el torso, hecha de cuero. En las descripciones de Heracles como héroe, aparece con una *spola* con forma de piel de león, aunque los soldados podían llevar cualquier cosa, desde una túnica ligera de cuero hasta una protección abdominal rígida y llamarla *spola*.

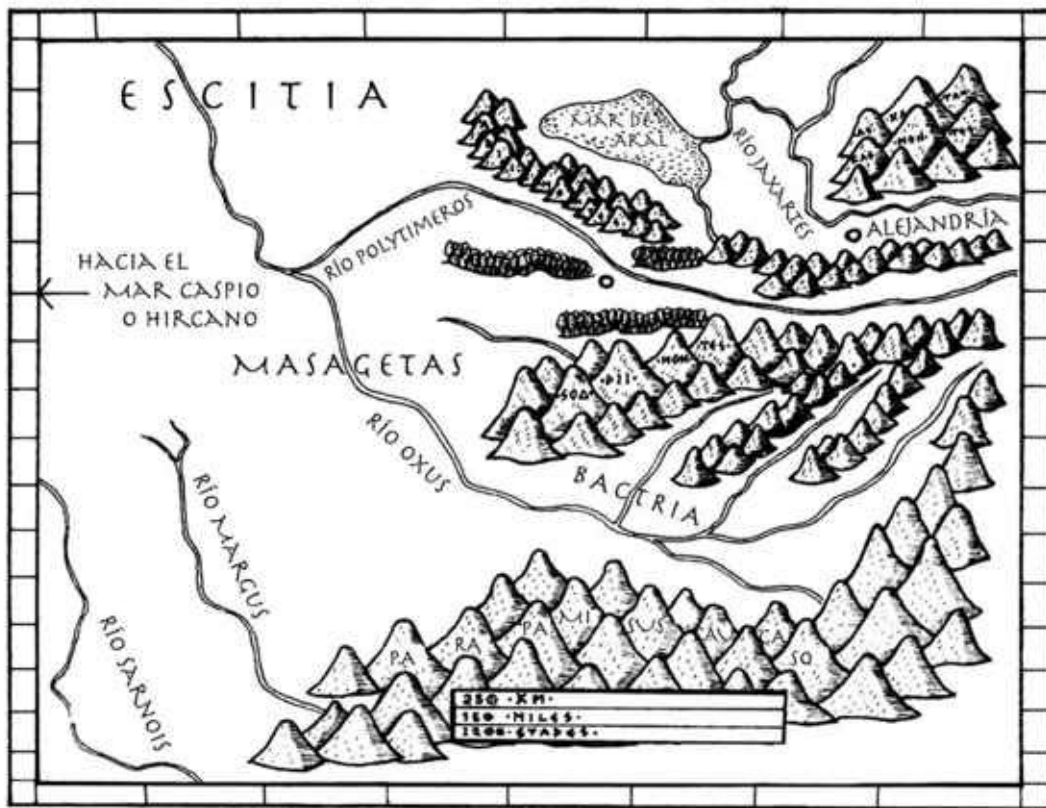
Taxeis (griego clásico). Las secciones de una falange macedonia. Puede aludir a cualquier grupo, pero a menudo se utiliza con el significado de «compañía» o «batallón». Los *taxeis* tienen entre quinientos y dos mil hombres, en función de las bajas y las deserciones. Sinónimo aproximado de falange, si bien la falange puede estar constituida por doce *taxeis* en una gran batalla.

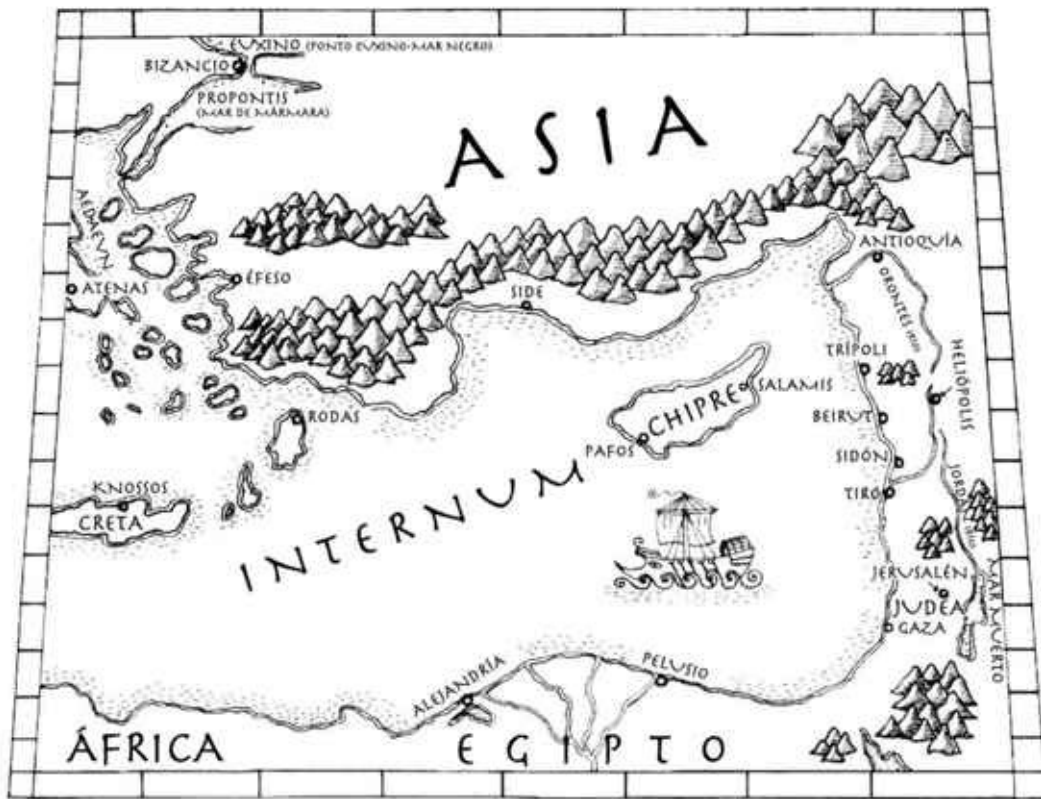
Thorax / Thorakes (griego clásico). Pieza de la armadura que protege el tórax; literalmente, la que cubría el abdomen. Podía ser de bronce, de acolchado de lana o una mezcla de tejido y armadura de metal; también podía aludir a una armadura de cuero como la *spola*. La llamada «coraza de músculos», forjada por los armeros para que parecieran el abdomen de un hombre, es uno de los tipos existentes, y probablemente el más caro.

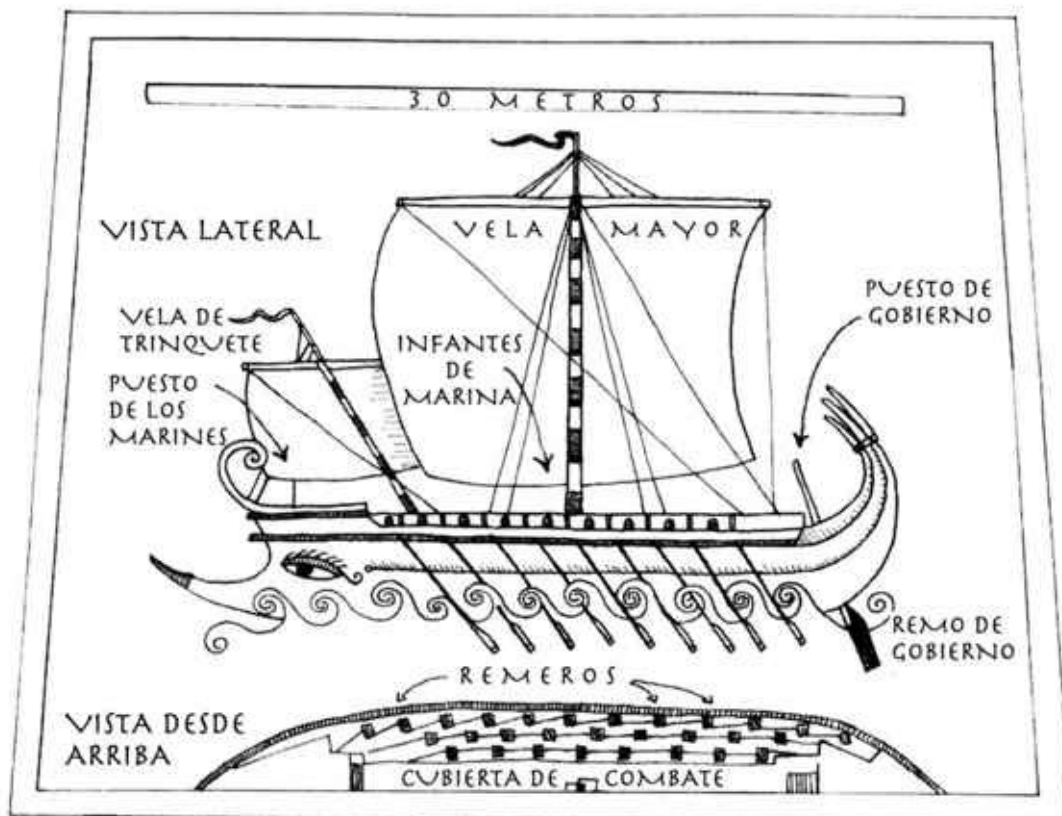
Xiphos (griego clásico). Espada de infantería de hoja recta, usada habitualmente por los hoplitas y los *psiloi*. En el arte clásico griego, sobre todo la cerámica de arcilla roja, hay muchos hoplitas que las llevan, pero solo se han recuperado unas cuantas y sigue abierto el debate sobre su forma y uso. Se parece mucho al *gladius* romano.













Notas

[1] En las naves helénicas, el cómitre era el responsable del mando directo de los remeros. <<

[2] Los hipaspistas eran la infantería pesada de élite. <<

[3] La parasanga es una unidad histórica iraní de distancia comparable a la legua europea. <<

[4] Soldado de la infantería de marina. <<

[5] *Areté* viene a significar excelencia, y se alcanza mediante el cultivo de tres virtudes propias del buen ciudadano: la valentía, la moderación o equilibrio y la justicia. <<

[6] En la Antigua Grecia, el próxeno (*próxenos*) era el representante de los intereses de un país en otro, de forma análoga a los actuales cónsules generales. Eran designados, a cambio de ciertos honores y privilegios, por el estado que les confiaba velar por sus intereses. Por lo general, no eran ciudadanos del país que les nombraba, sino de aquel en el que desempeñaban sus funciones. Su misión consistía en ocuparse de los viajeros llegados de aquella polis por cuyos intereses velaba. Se ocupaba del recién llegado, ayudándolo a resolver un sinfín de asuntos, proporcionándole fuentes de información y facilitándole los contactos. <<

[7] La *sarisa* era una pica larga, arma principal de la falange macedonia. Su gran altura era ideal en la lucha contra hoplitas y otros soldados de infantería que portaban armas más pequeñas. <<

[8] Al traducir *thumb my nose to your sister*, gesto de mofa que se hace apoyando el pulgar en la nariz y moviendo los demás dedos, se opta por la expresión «nacer tararí» a fin de no utilizar la más común de «hacer pito catalán» porque resulta anacrónica en el contexto. <<

[9] *Hubris* es un concepto griego que alude a un orgullo o confianza en uno mismo muy exagerados, resultando a menudo en merecido castigo. <<

[10] El *aspis* es el término genérico para la palabra «escudo» y, en concreto, el que usó la antigua infantería pesada de Grecia hasta el siglo IV a. C. <<

[11] *Oikos*, equivalente al término «casa» en la Grecia Antigua, es el conjunto de bienes y personas que constituía la unidad básica de la sociedad en la mayoría de las ciudades-estado (polis), e incluía al cabeza del *oikos* (generalmente el varón de mayor edad), su familia extendida (varias generaciones además de la familia nuclear), y sus esclavos, que vivían juntos en un marco doméstico. <<

[12] *Daimon* significa inspiración espiritual o pensamiento creador, y alude a diferentes realidades que comparten los rasgos fundamentales de lo que en otras tradiciones se denominan ángeles y demonios. <<

[13] En la Grecia antigua, el *erastés* era un hombre adulto comprometido en una pareja pederasta con un adolescente, llamado «erómeno». Un *erastés* era generalmente un ciudadano influyente de la clase alta, comprometido en la vida social y política de su polis, que gozaba de cierta fortuna. Aunque algunas veces estaba casado y era padre de familia, generalmente esta relación tenía lugar antes del matrimonio. <<

[14] Los *tetes* (literalmente «los que trabajan por un sueldo»), eran los ciudadanos más pobres, obligados a alquilar sus servicios a otros por medio de salarios. Formaban la mayor parte de los colonos en el marco de la colonización griega. <<

[15] *Oikía* es el término griego que designa la casa de un hombre prominente. <<

[16] El *kumis* es un producto lácteo hecho a partir de kéfir de leche. Tradicionalmente se ha elaborado con leche de yegua, aunque hoy en día se emplea normalmente la leche de vaca. Es una bebida típica de Asia Central. Hay constancia de que el kumis formaba parte de la alimentación de los antiguos escitas en torno al siglo VII a. C. <<

[17] Un *mahout* es aquella persona que maneja y conoce a un elefante. <<

[18] El *porpax* era el brazal en el que se deslizaba el antebrazo para agarrar el escudo.

<<

[19] Una *houda* es un compartimento posicionado sobre el lomo de un elefante. Fue usado más a menudo en la antigüedad como símbolo de prestigio, como protección en las batidas de caza mayor y, en el ámbito militar, como puesto de mando, atalaya o barricada móvil. <<